

«Karen Chance se sitúa
entre las mejores autoras
junto a Laurell K. Hamilton,
Charlaine Harris y J. D. Robb
para mostrarnos a una mujer
fuerte que no espera a ser
rescatada» —SF Revu



Emvuelta en la noche
Karen Chance

Por la escritora superventas de
'El aliento de las tinieblas' y 'La llamada de las sombras'

Lectulandia

Recientemente nombrada la mayor vidente del mundo, Cassandra Palmer aún tiene una espina clavada: un hechizo la mantiene sentimentalmente unida a Mircea, un atractivo vampiro maestro, y mientras sea así, nunca recuperará las riendas de su vida.

La magia que les une solo se puede romper con un conjuro que se encuentra en el Códice Merlini, un antiguo grimorio. Parece ser que el Códice se ha perdido en estos últimos tiempos, así que Cassie tendrá que buscarlo en el único sitio en el que aún se puede encontrar: el pasado. Pronto se da cuenta de que el libro se ha perdido por una razón. Los hechizos que contiene son tan peligrosos que por su deseo egoísta de liberarse de Mircea podría poner en peligro al mundo entero.

Lectulandia

Karen Chance

Envuelta en la noche

Cassandra Palmer - 3

ePub r1.0

sleepwithghosts 31.08.14

Título original: *Embrace the Night*
Karen Chance, 2008
Traducción: Eva Iluminada Fernández Luzón

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Tracy Amber Lewis

Un ángel desconsolado se hizo añicos convirtiéndose en una estela de polvo gris y lanzando sus alas en dos direcciones. Tardé un segundo en darme cuenta de que no estaba muerta, y entonces me lancé al lado de un obelisco cercano. Me aplasté contra el suelo, sintiendo el barro filtrándose en mi ropa ya empapada, mientras una descarga de tiros hacía saltar chispas del granito que había por encima de mí. Empecé a sospechar que quizá esto de hacer de *Tomb Raider* no era tan divertido como me esperaba.

Pero bueno, esa estaba siendo la historia de mi vida últimamente. Una cadena de eventos, que se podrían clasificar muy desinteresadamente como desastres, me habían dejado con el puesto de pitia, la principal vidente de la comunidad sobrenatural. El Círculo Plateado, un grupo de usuarios de la magia de la luz, había esperado que uno de sus dóciles acólitos heredara el cargo, ya que siempre había sido así desde hacía ya unos cuantos miles de años. La verdad es que no les había hecho mucha gracia que me entregaran el poder a mí en vez de a ellos: Cassie Palmer, clarividente inexperta, la protegida de un líder de una banda de vampiros y conocida cohorte de un mago de la guerra renegado.

Algunas personas no tienen ningún sentido de la ironía.

Los magos habían expresado su descontento y habían intentado enviarme a que explorara el gran misterio de lo que nos depara el futuro después de la muerte. Como a mí no me interesaba mucho la idea, había estado intentando permanecer bajo su radar, pero parecía que no lo estaba haciendo demasiado bien.

Decidí intentar cubrirme mejor al lado de una cripta, y fue a medio camino de allí, cuando algo que se parecía a un mazo me golpeó y me tiró al suelo. Un rayo cayó en un árbol cercano y llenó el aire de chasquidos eléctricos, haciendo salir serpientes azules y blancas que reptaban siseando sobre una maraña de raíces al aire. Dejó el árbol partido a la mitad y ennegrecido por el centro como si fuera leña antigua; el aire estaba inundado de ozono y mi cabeza a punto de estallar al ver de la que me había librado. Por encima de mí, un relámpago cruzó inquietantemente el cielo, una parte perfecta de efectos especiales que habría apreciado mucho más en una película.

Hablando de ironía, sería realmente divertido que la Madre Naturaleza consiguiera matarme antes de que el Círculo tuviera esa oportunidad. Me arrastré a tientas hacia la cripta, indefensa y cegada por la noche, intentando borrar las imágenes de lo ocurrido. Al menos descubrí por qué las culatas de las pistolas están forradas: para que cuando la palma de tu mano esté sudando por ese terror tan absoluto, aún te las puedas apañar para agarrarla.

Mi nueva nueve milímetros no encajaba tan bien en la mano como la anterior,

pero me estaba familiarizando rápidamente con el peso. Al principio había decidido que estaba bien llevarla mientras disparara solo a los tipos malos sobrenaturales que ya me estuvieran disparando. Más tarde, había tenido que ampliar esa definición a cualquier momento en que mi vida estuviera en peligro. En ese momento me inclinaba hacia una postura más amplia, a una mezcla entre «defensa proactiva» y «los bastardos se lo tienen merecido»; y, si sobrevivía bastante tiempo, tenía la intención de culpar a mi compañero trastornado por pegarme su trastorno.

Encontré la cripta al rasparme la mejilla contra la áspera piedra calcárea del exterior del foso. Agudicé el oído, pero no había señal de mis atacantes. Una lluvia de disparos sonaba contra un sendero cercano, rebotaba en los adoquines y salía volando en todas las direcciones. Vale, no había otra señal aparte del hecho de que alguien seguía disparándome.

Me abracé a la pared y me dije a mí misma que no debía reaccionar de forma exagerada y desperdiciar balas. Ya había lobotomizado a un cupido después de que una ráfaga de viento lanzara algunas hojas por delante de él, dando la sensación fugaz de que se había movido; y eso había sido con el resplandor de una luna casi llena. Pero ahora era peor ya que el viento había traído nubes oscuras y la salpicadura de la lluvia hacía imposible escuchar los pasos silenciosos.

Por fin se detuvieron los disparos, pero todo mi cuerpo continuaba temblando, hasta el punto de que dejé caer el cargador de reserva que había sacado del bolsillo. Al antiguo aún le quedaban bastantes balas, pero no quería quedarme sin ellas en un momento crucial. Otro disparo golpeó al cupido que había decapitado, rozando una de sus pequeñas nalgas. Me estremecí y mi pie golpeó algo que salpicó en un charco. Me puse de rodillas, buscando a tientas en la hierba e intentando maldecir por lo bajo.

—Un poco a la izquierda. —Me giré, levanté la pistola, tenía el corazón acelerado, pero el hombre con el pelo oscuro que estaba apoyado en una fuente recubierta de musgo no parecía preocupado. A lo mejor porque ya no tenía un cuerpo por el que preocuparse.

Me relajé un poco. Fantasmas con los que podía tratar; los había estado esperando. Père Lachaise no es el cementerio más antiguo de París pero es enorme. Tuve que agudizar mi visión para ser capaz de ver algo detrás del resplandor verde de miles de huellas de fantasmas, entrecruzando el paisaje como una loca tela de araña. Había sido la razón principal por la que no había dejado venir a mi ayudante fantasmagórico. Billy Joe podía ser un pesado, pero la verdad es que no quería servírselo como aperitivo de mediodía a un montón de fantasmas hambrientos.

—Gracias.

—Eres estadounidense.

—Ah, ¡sí! —Una bala golpeó contra una reja de hierro que había al lado y me estremecí—. ¿Cómo lo sabes?

—Querida... —Miró con mordacidad mis vaqueros llenos de barro, las playeras que una vez habían sido blancas y mi camiseta gris empapada. Esto último había sido una compra impulsiva de hacía unos días, algo que ponerme para hacer prácticas de tiro para recordar a mi exigente entrenador que aún era una principiante en eso. Su ocurrencia de «No tengo licencia para matar, tengo un permiso para aprender» ahora me estaba empezando a parecer realmente irónica.

Lara Croft habría llevado algo un poco menos cubierto de barro y su pelo hubiera tenido un estilo sexi, estaría apartado y se le podría ver la cara. Mi propia mata de pelo rizada estaba en una fase en la que era muy larga para poder apartarla y demasiado corta para poder amarrarla en una cola de caballo. Como resultado, tenía pelos rubios húmedos cayéndome sobre los ojos y pegados a las mejillas, aparte de una falta total de estilo.

—Cuando los buenos estadounidenses mueren, van a París —dijo el fantasma, después de darle una calada a un cigarrillo—. Pero tú no estás muerta. Supongo que la pregunta debe de ser otra... ¿Estás bien?

Mi mano se cerró finalmente sobre el cargador y lo metí en la pistola de un golpe. Le inspeccioné disimuladamente, preguntándome qué respuesta sería la que probablemente me ayudaría más. Me llamó la atención la chaqueta larga de terciopelo, la corbata de seda y su sonrisa indolente.

—Depende de a quién preguntes.

—Prevaricación, ¡divino! Siempre me llevé mejor con los pecadores.

—Entonces, a lo mejor puedes decirme cuánta gente hay ahí fuera.

Otro fantasma apareció lentamente, llevando solo unos pantalones vaqueros azules de tiro bajo. Me resultaba vagamente familiar, con el pelo castaño a la altura de los hombros, rasgos clásicos y una leve expresión de mal humor.

—Sobre una docena. Acaban de disparar a mi horrible monumento conmemorativo.

El fantasma más mayor se sorbió la nariz.

—Seguro que tus legiones de admiradores levantan otro en menos de una semana...

—¿Qué le voy a hacer si soy popular?

—Y luego procederán a destruirlo, y todo en las inmediaciones.

—¡Eh! ¡Tranquilo!

El fantasma más mayor se enfadó.

—No me hables de estar tranquilo, ¡pretendiente absurdo! ¡Yo era tranquilo! ¡Yo era la personificación de lo tranquilo! A efectos prácticos, ¡yo inventé la palabra tranquilo!

—¿Podéis los dos no hablar tan alto? —pregunté agudamente. El sudor me caía por un lado de la sien y se me metió en el ojo; quemaba. Pestañee para quitármelo y

observé unas cuantas sombras moviéndose cada vez más cerca. Sólo existían al borde de mi visión, y parecía que desaparecían siempre que las miraba directamente. Luego un hechizo explotó por encima de mi cabeza, iluminando la zona como si fuera una bengala y ofreciéndome una vista clara. El arco gótico que había por encima resonó con tiros, haciendo que pedazos de mampostería se desmoronaran sobre mí mientras me ponía debajo.

—¡Esto es ridículo! Sois peores que los locos que Kardec atrae. —Los fantasmas me habían seguido, claro.

—¡Místico, ja! El hombre que ni siquiera ascendió, pero siempre hay alguien rezando o cantando o cubriéndole con flores.

—Él creía en la reencarnación, tío. A lo mejor ha vuelto.

Me abrí camino por una telaraña larga y conseguí no resbalar en las losas de piedra que estaban resbaladizas por la lluvia y por las hojas putrefactas.

—¡Callaos! —susurré enfadada.

El fantasma más mayor se sorbió la nariz.

—Por lo menos los místicos no son maleducados.

Miré hacia abajo a los borrosos garabatos que se suponían que eran un mapa e intenté ignorarlo. Hubiera sido más fácil si no hubiera estado empapada y mugrienta y si la cabeza no me hubiera estado latiendo con tanta intensidad. Realmente quería salir de allí. Pero gracias a cierto tortuoso líder vampiro, esa no era una opción.

Estaba merodeando un cementerio en plena noche, esquivando perros de seguridad, rayos y magos de la guerra enloquecidos por un hechizo conocido como el *geis*. El vampiro en cuestión, Mircea, me lo había lanzado hacía años, sin preocuparse de que yo le diera permiso o incluso sin recordar mencionar que lo había hecho. Los vampiros expertos son así, pero en este caso, podría haber sido más por su arrogancia habitual que por su olvido.

Por un lado, el hechizo me proporcionaba protección mientras crecía: me señaló como suya, lo que significaba que ningún vampiro sano me tocaría ni se acercaría a mí. Por otro lado, estaba diseñado para asegurar lealtad a una sola persona: lealtad exclusiva, completa y total. Ahora que los dos ya éramos adultos, el hechizo quería unirnos a Mircea y a mí juntos para siempre y no entendía que yo no colaborara. Ese era un problema, ya que había conocido a gente que se había vuelto loca por esto, incluso se había suicidado antes que vivir con el dolor constante y corroyente que era una de las trampas del hechizo cuando fallaba. Pero quedarme sentada disfrutando del paseo tampoco era una opción.

Si alguna vez el vínculo se formaba completamente, nuestras vidas estarían dirigidas por el compañero dominante, y no tenía duda de que ese sería Mircea, dejándome estancada como su pequeña esclava ansiosa. Y ya que él era un miembro acreditado del Senado vampiro, el organismo rector de todos los vampiros

norteamericanos, sin duda yo también acabaría haciendo sus recados. El pensamiento de lo que podrían ser algunas de esas solicitudes era suficiente para que me entrara un sudor frío. Era lo que el Círculo temía: la pitia bajo el control de los vampiros. Y mientras yo no estuviera a favor de su método de evitarlo, les podría dar la razón de mala gana: sería un desastre.

Convertirme en pitia me había transformado en un objetivo para cualquiera de la comunidad sobrenatural a quien le atrajera el poder; en otras palabras, a casi todos, pero había ganado algo de tiempo siempre y cuando el hechizo estuviera involucrado. Cuánto, no lo sé. Significaba que realmente necesitaba ese contrahechizo. Y según los rumores, el único grimorio que contenía una copia estaba enterrado en algún lugar cerca de aquí.

Claro que ayudaría bastante si pudiera leer el maldito mapa. Lo miré fijamente, pero la única iluminación era la luz de la luna que se filtraba a través de los restos de la que una vez había sido una vidriera preciosa. La mitad de una Virgen sentada miraba hacia afuera, hacia un cielo gris marengo, en el que el resplandor de los relámpagos perfilaba las capas de las nubes de vez en cuando. Tenía una linterna, pero encenderla sólo me haría mucho más...

Algo arremetió contra mí.

—No dispaes —susurró un hombre.

Olía a sudor, metal y suciedad; todo eso unido a un chisporroteo nervioso de energía estática que era prácticamente su firma. Encendí la linterna y vi lo que esperaba: una descarga de pelo pálido que como siempre estaba haciendo gestos burlones ante la gravedad, una mandíbula cuadrada, una nariz ligeramente larga y unos ojos verdes furiosos. El renegado más famoso del Círculo y mi reacio compañero, John Pritkin.

Respiré aliviada y le puse el seguro a la pistola. Conocer a Pritkin era querer matarlo, pero hasta ahora me había resistido a esa tentación.

—¡No deberías acercarte a mí de esa forma tan sigilosa! —le susurré.

—¿Por qué no me disparaste? —me preguntó.

—Me dijiste que no lo hiciera.

—Yo... es que... —Pritkin parecía incoherente en ese momento, así que le puse la punta de la pistola ligeramente en el estómago. Mi intención era sólo demostrar que no estaba indefensa, pero en un segundo, estaba pegada contra el lateral de la cripta, el brazo en el que tenía la pistola estaba inmovilizado contra la pared, mi cuerpo estancado entre la dura superficie y había un mago de la guerra muy enfadado. De mala gana admití que podría haber tenido una o dos fantasías que empezaban con este escenario, pero dudaba de que la noche fuera a acabar de la misma forma.

—Sabía que eras tú —le dije antes de que le volviera su capacidad para hablar—. Hueles a pólvora y a magia. —Eso era más cierto que nunca, ya que su abrigo, un

guardapolvo de piel gruesa que escondía su colección de armas tenía una mancha grande donde la piel estaba chamuscada y ondulada. Como si se hubiera librado de un hechizo por los pelos.

—¡Todos esos magos ahí fuera! —susurró salvajemente—. ¡Están ahí! ¿Y qué demonios haces aún aquí?

—Tengo el mapa —le recordé.

—¡Dámelo y vete!

—¿Y dejarte aquí solo? ¡Hay una docena!

—Si no te vas ahora mismo...

Levanté la barbilla, aunque había apagado la linterna, así que probablemente no pudo verlo.

—¿Qué? ¿Vas a dispararme?

Me agarró el hombro con la mano, casi me hacía daño. *No tienes al loco mago de la guerra*, me recordé justo cuando una bala atravesó la entrada abierta. Rebotó varias veces en las paredes de la cripta antes de que chocara con lo que quedaba de la Virgen.

—¡Si te quedas aquí mucho más tiempo, no tendré que hacerlo! —susurró furiosamente.

—Cojamos el maldito mapa y larguémonos los dos de aquí —le dije razonablemente.

—Por si no te has dado cuenta, ¡esto era una trampa!

—Maldita sea, ¡ya no se puede confiar en nadie! —El anciano mago francés que habíamos visitado en su linda casita pequeña en el campo parecía de fiar, con su encanto del Viejo Mundo y sus amables ojos, y su asqueroso mapa que nos había enviado a la caza del tesoro desde el infierno. No era justo; se suponía que los tipos malos no se parecían a los abuelos de nadie—. Y Manassier parecía tan...

—Si la siguiente palabra que sale de tu boca es «agradable», te haré la vida imposible cuando volvamos. Completamente imposible.

No me preocupé de empeorar eso con una respuesta. Pritkin era sólo... Pritkin. En algún momento había aprendido a adaptarme a eso. A menudo me había preguntado si le había dado al Círculo la mitad de los problemas que yo antes de que rompiera con ellos por su decisión de apoyarme. Si era así, pensarían que me habían dado las gracias por habérselo quitado de encima. A lo mejor planeaban enviar un bonito ramo al funeral.

—Mira, de lo único que estamos seguros es de que algunos magos llegaron aquí antes que nosotros. A lo mejor todos decidieron desvalijar el lugar la misma noche. —La verdad es que no me lo creía; nos habían atacado casi en cuanto llegamos y ni siquiera habíamos encontrado nada aún, pero odiaba abandonar ya nuestra mejor pista. Y dejar que Pritkin la persiguiera solo no era una opción. Tenía el mismo

instinto de supervivencia que un bicho en un parabrisas luminoso.

Una mano fuerte me agarró del brazo.

—¡Ay! —señalé.

—¡Dame el maldito mapa!

—De ningún modo.

—¡Eh! —Levanté la vista para ver al fantasma más joven mirándonos fijamente—. En el caso de que lo perdieras, la gente está intentando matarte.

—La gente siempre está intentando matarme —dije irritada.

—De la única forma que vas a morir esta noche es si yo te mato —me dijo Pritkin.

—He tenido relaciones como esta —declaró el fantasma.

—Nosotros no tenemos ninguna relación —murmuré.

—¡Eres más terca que una mula! —Pritkin dejó de despotricar (aunque de todos modos yo no le estaba escuchando) y comenzó a mirar a su alrededor como un loco—. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Quieres decir que le dejas que te hable así y a ti ni siquiera te toca nada? ¡Vaya estafa!

—Nada, sólo un par de espíritus —le dije, lanzándole una mirada al fantasma.

—¡Eh! Quédate justo ahí.

—Estoy ofendido por ese comentario —intervino su homólogo—. Somos los dos espíritus más activos de todo este...

—¿Activos? —Una mano bajó por mi brazo, un tacto un tanto dulce como tosco, encallado de sostener pistolas, hacer flexiones y de morder los cuellos de las personas—. ¡Ni se te ocurra! —le dije a Pritkin, luego volvía dirigirme al fantasma—. ¿Cómo de activo?

El fantasma más mayor se estaba acicalando un poco.

—Vemos todo lo que pasa por aquí. Las cosas que te podría contar...

—Así que si hubiera pasadizos escondidos, ¿tú lo sabrías? —pregunté, cuando Pritkin encontró mi muñeca. Un momento más tarde, me había arrebatado el mapa de la mano.

—Aún no me voy —le dije.

—¡Ah! Tú estás tras esta cosa, ¿verdad? —preguntó el fantasma más joven.

Decidí no forcejear con Pritkin para conseguir el mapa, pues no sería digno. Tampoco funcionaría.

—¿Qué cosa?

—La cosa con la cosa. —Meneó una mano negligente. Estaba empezando a sospechar que si uno se muriera borracho, su fantasma sería de esa forma.

—¿Podrías ser un poco más específico? —Antes de que pudiera contestar, llegó un extraño sonido de fuera, un quejido débil y agudo. Sentí una mano en la espalda

que me empujó brutalmente hacia el suelo. Al segundo, Pritkin ya estaba encima de mí, aplastándome con una posición fetal mientras las cosas explotaban y llovía fuego a nuestro alrededor.

Durante largos momentos, puntos rojos y violetas bailaron detrás de mis párpados fuertemente cerrados. Había temblores cada minuto en el suelo, como los seísmos de un terremoto y mi piel pinchaba los restos de la energía. Cuando abrí los ojos precavidamente, vi la luz de las estrellas filtrándose desde un agujero enorme en el techo y nubes de piedra desintegrada en el aire.

Pritkin estaba de nuevo de rodillas, disparando a los magos que disparaban de vuelta, disparos que hacían eco en los monumentos altos y compactos como si fueran petardos. La mayor parte del tiempo pensaba que era demasiado rápido para optar por la solución de disparar a alguien y esperar a que se muriera. Otras veces, como cuando alguien estaba intentando hacer un escurridor de mi cabeza, me parecía que estaba bien.

—¡Allí! —ofreció el fantasma más joven, señalando a la derecha—. Venga.

Se puso derecho, ignorando un sendero tortuoso cercano a favor de un atajo a lo largo de los suelos cubiertos de lápidas.

—¡Uno de los fantasmas sabe dónde está el pasadizo! —le dije a Pritkin.

Miró sorprendido y yo fruncí el ceño. Solo porque no sabía cómo matar de siete maneras a un tipo con mi codo no quería decir que fuera una inútil. Parecía que estaba a punto de discutir acerca de la sabiduría de los espíritus confiados al azar o posiblemente acerca de mi sensatez, pero los magos me hicieron accidentalmente un favor enviando un hechizo que explotó con una grieta masiva contra un castaño cercano. El tronco en llamas se cayó, llevándose la mitad de la cripta con él. Por suerte, no era la mitad en la que estábamos nosotros.

—¡Vamos entonces! —gritó Pritkin, cogiéndome la mano y corriendo como si esta hubiera sido su idea todo el tiempo.

—¡Por aquí! —Lo arrastré detrás del fantasma cuando una neblina fresca de balas hacía vibrar los escombros que había detrás de nosotros.

Me resultaba difícil caminar: la tierra empapada se pegaba a mis zapatos a cada paso que daba y la lluvia hacía casi imposible mantener la imagen pálida y parpadeante que tenía delante. Pero Pritkin, ¡maldita sea!, evitaba el recorrido de obstáculos de granito como si él mismo los hubiera puesto allí.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté la cuarta vez que golpeé una lápida muy dura.

—¿Hacer el qué?

—¡Ya lo ves! —le acusé.

—Aquí. —Sentí una mano en la barbilla por una décima de segundo y Pritkin farfulló algo. Parpadeé y de repente todo tenía un aspecto extraño, llano y borroso, como la mala recepción de una televisión. Sombras de hojas se movían por su cara

cuando una ráfaga de viento agitó un árbol, salpicando gotas de lluvia sobre nosotros y podía distinguir los bordes de ese ceño familiar.

—¿Por qué no hiciste esto antes? —le pregunté.

—¡Pensaba que te ibas a ir antes!

—Vosotros dos, ¿queréis esto o no? —preguntó el fantasma con las manos puestas en sus caderas inconsistentes. Se había detenido enfrente de la imagen de una mujer con aspecto aburrido inclinada sobre una lápida. Ya había crecido bastante musgo sobre su vestido de granito y era prácticamente verde. Pude descubrir que era verde y viscoso después de que el fantasma me mandara darle tres golpecitos a su rodilla. No pasó nada.

—¿Y ahora qué?

—Tienes que decir la palabra mágica.

—Por favor.

Se rió.

—No, quiero decir, la palabra mágica de verdad para que la estatua se aparte del camino.

Un hechizo explotó en las ramas de un roble que sobresalía y un grupo de hojas en llamas cayó a mi alrededor, amenazando con prenderle fuego a mi pelo.

—¿Qué es esto?

—No lo sé. —El fantasma se encogió de hombros con negligencia—. No es precisamente lo que necesito.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Pritkin, enviando su completo arsenal de armas animadas a la línea de avance de las formas oscuras. Sus cuchillos se abatían y bailaban, lanzando chispas de sus protecciones con cada paso que daba, pero no parecía que estuvieran deteniendo demasiado a nuestros perseguidores.

—¡El fantasma no conoce la contraseña!

Pritkin me lanzó su mejor mirada de asesino y susurró una de sus extrañas palabrotas británicas. No creo que fuera el ábrete sésamo, pero el hechizo que él lanzó con su siguiente respiración funcionó casi igual de bien. La estatua se abrió a la mitad para descubrir una caverna enorme.

Dentro estaba tan oscuro como un agujero negro perfilado contra el cielo eléctrico. Saqué mi linterna y la encendí, pero apenas se veía nada en la oscuridad. Era incluso peor, no había peldaños, solo una escalera de aros de hierro que descendía hasta un túnel claustrofóbico esculpido en roca sólida.

—He visto a muchos cazadores de tesoros entrar aquí —comentó el fantasma más viejo, flotando a mi lado—, pero pocos vuelven a salir, y los que lo hacen salen con las manos vacías.

—Eso no nos pasará a nosotros.

—Eso es lo que todos ellos dicen —murmuró, justo cuando un hechizo explotó

sobre su cabeza. Metí la pistola y la linterna en mi cinturón, agarré el primer aro oxidado y resbalé hacia abajo. Pritkin me seguía prácticamente por encima y tan pronto los dos estuvimos abajo, envió un hechizo de vuelta al túnel que causó un derrumbe.

Bloqueó a nuestros perseguidores, pero también cortó la poca luz que había. Una vez que el estruendo de la roca que se caía se detuvo, nos vimos en un silencio sepulcral y una oscuridad completa. Aparentemente incluso la visión mejorada necesita algo con lo que poder funcionar mejor, porque yo no podía ver nada en absoluto.

Encendí la linterna. Tardé un momento hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz, y cuando lo hicieron, aullé y di un paso atrás. La luz tenue no mostraba mucho: era como si la oscuridad de aquí abajo estuviera hambrienta y se comiera la luz tan pronto como encendía la bombilla. Pero no me hubiera importado haber visto incluso menos. A lo largo de cada lado de un pasillo largo había huesos colocados en pautas por todo el camino hasta el techo bajo. El agua se había filtrado de algún sitio y un montón de calaveras que allí había estaban llorando lágrimas verdes y les estaba creciendo barba verde enmarañada. No les hacía parecer menos espeluznantes.

—Las catacumbas —dijo Pritkin, antes de que yo pudiera preguntar.

—¿Las qué?

—Los parisinos comenzaron a utilizar antiguas canteras de caliza como cementerios subterráneos hace unos cuantos años. —Cogió la linterna y enfocó el mapa frunciendo el ceño—. No creo que se extendieran hasta aquí.

—¿Hasta dónde entonces?

—Si estos túneles conectan con esos en la ciudad, entonces son cientos de kilómetros. —Comenzó a dirigir la luz aquí y allí. Deseé que se detuviera; iluminó charcos de agua en las fosas vacías de modo que parecía como si las caras se movieran—. Siempre se han contado historias de las catacumbas bajo el Père Lachaise, pero pensaba que eran simples rumores.

Miré fijamente una calavera cercana. No tenía cuerpo, estaba sentada encima de un montón de lo que parecían fémures y estaba perdiendo el hueso de la mandíbula. Pero, de algún modo, parecía que aún estaba sonriendo.

—Me parecen muy reales.

La linterna distinguió un destello de oro, medio quemado en el mortero, manteniendo una línea de huesos en el lugar. Raspé el cemento con el dedo y era tan antiguo que las piezas se desconcharon. El círculo dorado que descubrí no se movía, pero pude verlo mucho mejor. Parecía estar formado de una serpiente que se estaba comiendo su propia cola.

—El uróburo —dijo Pritkin, acercándose detrás de mí.

—¿El qué?

—Un símbolo antiguo de la regeneración y la eternidad.

—¿Cómo una cruz?

—Más antiguo. —Movi6 la luz alrededor de 6l un poco m6s—. La asamblea de brujas de Par6s tuvo que haber creado sus propias catacumbas, seguramente durante la Inquisici6n. A veces se desenterraban a las brujas y los magos y se mutilaban o se quemaban sus cuerpos. Esto habr6a sido una manera de prevenir eso.

—¿Quieres decir que esto es un cementerio de magos?

—Posiblemente. Los romanos cavaron las fosas de caliza. Estuvieron aqu6 durante siglos antes de que las autoridades parisinas decidieran utilizarlas. A lo mejor la comunidad m6gica fue quien tuvo primero la idea. —Desde la parte de arriba de la escalera cay6 una lluvia repentina de piedra y escombros. Sonaba como si nuestros perseguidores no se detuvieran—. ¿Puedes transportarnos all6? —me pregunt6, se6alando un vago garabato en el mapa.

Mi nuevo trabajo ten6a m6s inconvenientes de los que pudiera contar, pero tambi6n ten6a algunas ventajas. Bueno, al menos, una. El poder que vino con el cargo de pitia me permit6a transportarme y tambi6n a una o dos personas m6s conmigo en el espacio y en el tiempo. Era un arma condenadamente 6til, y hasta ahora, la 6nica que ten6a. Pero ten6a sus limitaciones.

—No puedo hasta que no sepa ad6nde vamos.

—¡T6 ya te has transportado antes en el tiempo a sitios en los que nunca hab6as estado!

—Eso es distinto.

Hubo una avalancha repentina, y un hechizo se estrell6 contra el suelo por detr6s de nosotros, encendiendo una tormenta de violenta luz blanca. Golpe6 las calaveras, haciendo que se agrietaran y se rompieran, luego rebot6 en la pared de enfrente, lanzando fragmentos de piedra por todos los sitios como pu6ales voladores. Pritkin me protegi6 de lo peor de la explosi6n, luego me agarr6 la mano y me llev6 hasta el final del pasillo.

Como ya no iba rebotando contra las paredes, supuse que 6l a6n pod6a ver algo, pero para m6 era una ca6da precipitada hacia la nada. 6l hab6a apagado la linterna, supongo que para que a nuestros perseguidores les resultara dif6cil seguirnos, pero sin la luz, los t6neles estaban tan oscuros que no sab6a si mis ojos estaban abiertos o cerrados.

—¿C6mo de distinto? —me pregunt6.

—El poder me permite ver otros tiempos, otros sitios; no el presente —le expliqu6, estremeci6ndome.

Las im6genes de la explosi6n grabadas en mi retina hac6an que formas rojizas saltaran ante mis ojos y segu6a pensando que estaba a punto de estrellarme contra algo.

—Si quiero transportarme espacialmente aquí y ahora, tengo que ser capaz de visualizar adónde quiero ir. —Y una línea débil en un mapa no se acercaba ni remotamente a lo que yo necesitaba.

El pasillo se estrechó de repente, hasta el punto de que era imposible continuar uno al lado del otro. Pritkin iba primero, tirando de mí casi a ritmo de carrera. Hacía calor, el aire era bochornoso y el suelo debajo de nuestros pies no era llano. Era obvio por qué alguien pondría aquí un tesoro: sin ninguna dirección clara podrías estar deambulando por aquí durante meses y no encontrar nunca nada.

Pritkin se detuvo, tan bruscamente que choqué contra él. Extendió el mapa en la pared y me dio la linterna. La encendí y vi una escena mucho menos organizada que la anterior: los huesos se habían caído de las paredes y cubrían el suelo, y en algunos casos estaban amontonados en pilas sin el más mínimo intento de orden. A diferencia de los que estaban en el pasillo principal; estos parecían que los habían dejado tirados de cualquier manera. Normalmente no soy muy sentimental sobre la muerte; he visto muchas, pero aún parecía que algo no iba bien. Los amigos y los enemigos, los padres y los hijos, todos mezclados, sin nada que dar a la historia, sin una fecha de muerte, ni siquiera un nombre.

—Ayudaría si alumbraras el mapa con la linterna —comentó Pritkin mordazmente. Así lo hice y la luz también iluminó su cara. Su expresión no era tranquilizadora—. ¿Están tus fantasmas aquí? —preguntó.

—No. Dejaron de seguimos después de los límites del cementerio. —Y parecía como si los hubiéramos dejado detrás hacía un rato.

—¿Y qué me dices de los otros?

—¿Por qué quieres saberlo?

—¡Porque este mapa no es suficiente! Nos serían útiles algunas orientaciones.

Sacudí la cabeza.

—Estos cuerpos han sido perturbados. Creo que los trajeron aquí desde su lugar original de descanso.

—¿Qué significa eso?

—Que sus fantasmas podrían haber estado detrás. —Sin mencionar que si aquí se habían quemado magos, no habrían dejado fantasmas de todas formas. Que yo supiera, las criaturas sobrenaturales no acostumbraban a hacerlo.

—Pero sus huesos están aquí.

—No importa. Los espíritus pueden atormentar una casa, incluso cuando sus cuerpos no están allí. Todo tiene que ver con lo importante que sea para ellos en vida el lugar donde sienten una conexión. —Miré a mi alrededor y reprimí un escalofrío—. Yo tampoco creo que me sintiera realmente conectada a este lugar.

Pritkin por fin se decidió por una dirección y volvimos a irnos, deslizándonos por huecos en la roca que, a veces, apenas eran bastante grandes para mí. No sé cómo

podía pasar él, pero deduje de los comentarios que murmuraba y que lograba escuchar desde atrás que no lo hacía sin perder algo de carne.

Finalmente llegamos a un pasillo ligeramente más ancho, lo que significaba que aún teníamos que ir en fila, pero que podíamos coger velocidad. Por un minuto pensé que habíamos logrado perder a nuestros perseguidores, pero como siempre, se cumplió la Ley de Murphy.

Llegamos a toda prisa a una esquina para toparnos casi directamente con un grupo de figuras oscuras. Había gritos, disparos y hechizos, y uno de estos últimos explotó contra las protecciones de Pritkin, reventándolas como las pompas de jabón al calentarlas.

—¡Corre! —me dijo gruñendo. Escuché ruidos sordos, como truenos distantes y luego el techo se vino abajo con un estruendo que consumió el mundo.

Tardé dos minutos en darme cuenta de que aún no estaba muerta. Estaba de cuclillas protegiéndome la cabeza con las manos, esperando un ataque, pero el pasillo estaba tan silencioso como la tumba que era. Las únicas personas que estaban a nuestro lado estaban unidas con cemento a las paredes o quemadas bajo el montón de escombros que su propio hechizo había derribado sobre sus cabezas. Me desplomé hacia atrás y me caí en el suelo, respirando irregularmente e intentando no chillar.

Después de un minuto, busqué a tientas mi linterna y mi mano se cerró sobre un cilindro de plástico frío. Me sentí aliviada al ver que aún funcionaba y vi a Pritkin echado de lado. No se movía y tenía sangre corriendo por su barba de tres días, brillante y aterradora. *Murphy y su pequeña ley se pueden ir al infierno*, pensé con furia, sacudiéndole frenéticamente.

—¿Serías tan amable de dejar de hacer eso? —me preguntó de manera educada.

Me quedé mirándolo fijamente. No estaba del todo segura, pero un John Pritkin educado podría ser una señal del apocalipsis.

—¿Te golpeaste la cabeza? —Me intenté acercar a él para verle mejor y mi rodilla le lanzó accidentalmente una lluvia de piedras a la herida profunda y sangrienta que tenía en la frente.

—Si te digo que estoy bien, ¿dejarás de intentar ayudarme? —Todos los músculos de mi cuerpo se relajaron con ese tono tan familiar, la crispación y su seca impaciencia. Eso estaba mejor, eso era terreno conocido.

—¿Así que estás vivo? —le pregunté con voz ronca.

—Maldita sea, sí.

Sin embargo se quedó allí tumbado, así que alumbré con la linterna a mi alrededor, dándole un minuto. Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que estaba viendo exactamente. Obviamente había vuelto a alzar sus protecciones porque brillaban, azules y acuosas, ondulándose lentamente bajo el haz amarillo, pero el techo de la cueva ya no estaba sobre ellas; o, para ser más precisa, estaba allí, sólo que ya no estaba pegado a nada.

Bloques enormes, labrados a medias, algunos que aún soportaban marcas antiguas de cincel, yacían encima de las protecciones tan repentinamente finas. Cada vez que se doblaban, se deslizaban pequeñas lluvias de escombros y polvo en la parte de arriba y goteaban por los laterales resonando en el silencio como suaves susurros. Las piezas grandes no tenían adónde ir, pero se movían lo bastante como para que fuera obvio que no estaban sujetas a nada. Incluso los pequeños pedazos del tamaño del adoquín nos harían mucho daño si se cayeran sobre nosotros y ni siquiera me pregunté lo que harían los grandes con nosotros: dos magos lo demostraban de

manera sangrienta apenas a unos metros de distancia.

Podía haberme estirado y haberlos tocado justo donde ellos estaban atrapados entre la protección y el derrumbe. Sus cuerpos estaban extrañamente contorsionados, atrapados entre la roca y los escombros como antiguos fósiles; sus ojos abiertos brillaban en la luz que los reflejaba. Excepto que los fósiles normalmente no vienen completos con la prueba de cómo se han convertido en eso, al menos no con el brillo de tecnicolor.

El blanco con rayas rojas del hueso destrozado de nuevo resaltaba fuertemente contra el dorado tenue de los especímenes más antiguos. Una mano estaba apoyada contra el azul de la protección, atrapada en un gesto de defensa, como si la fuerza humana se pudiera mantener contra el peso de una montaña. Me hizo preguntarme durante un momento de locura si también aparecería la próxima vez que Pritkin levantara sus protecciones, si dejaría un contorno rojo.

De repente sentí el aire mucho más pesado en mis pulmones. A pesar del gran número de cosas imposibles que me habían pasado últimamente, parecía que mi cerebro no acababa de asimilar lo ocurrido. Estaba insistiendo en alto en que los grandes bloques de roca que pesaban quizá una tonelada cada uno no se sostenían en el aire y que los dos íbamos a morir en cualquier segundo.

Solté un pequeño sonido asfixiante, pero logré tragarme la burbuja de histeria antes de que pudiera reventar. Si Pritkin hubiera puesto la protección hacia arriba un segundo más tarde, en lugar de dos, habría cuatro cuerpos nuevos sepultados allí. Pero no fue así. Estábamos a salvo. Más o menos.

Pritkin se había dado la vuelta y me estaba mirando fijamente, con intensidad y concentrado.

—Esto es exactamente por lo que te dije que te fueras a casa.

—Tengo una respuesta devastadora para eso —le informé con dignidad.

—No, justo ahora no.

—¿Quieres abandonar? —parpadeé. Podía contar el número de veces que él me había pedido opinión: ninguna—. Porque es casi seguro que haya más ahí fuera.

Me acordé del fantasma diciendo que había doce magos en total; lo que significaba que detrás de ese derrumbe de montaña, aún había diez más merodeando, a menos que estuvieran atrapados en algún sitio que no podía ver. O a menos que se hubieran ido, suponiendo que el derrumbe nos había matado. Pero no, no había tenido esa suerte.

—Tú sabes lo que está en juego —le recordé.

—Ya sabía yo que ibas a decir eso. —Pritkin se incorporó hasta ponerse de rodillas con un gruñido. Los escombros se movieron con él, tanto que otro bloque grande se cayó.

La voz de Pritkin, unida a su acostumbrada impaciencia, me cortó el pánico:

—Vamos.

—¿Vamos? —sonó más a un chillido de lo que yo pretendía—. ¿Cómo? Porque yo puedo hacer que nos transportemos a casa, pero no más allá de aquí. No sé lo que hay al otro lado ni tan siquiera dónde está el otro lado...

—Tan solo quédate cerca. —Antes de que él hubiera acabado casi de hablar, sus protecciones habían cambiado de olas fluidas a cristal duro, reflejando el derrumbe a través de cientos de facetas cortantes. Se cayeron unas pocas rocas más, lo que causó que llovieran más desde la parte de arriba y se eliminara la superficie nueva y rígida con ruidos sordos. Pritkin comenzó a gatear hacia adelante y sus protecciones con él, llevándome casi en volandas antes de que me espabilara y me pusiera a su lado detrás de él.

No fue hasta que vi el cuerpo de uno de los magos deslizándose de lado y rodando detrás de nosotros cuando me di cuenta de lo que estaba pasando en realidad. Nuestra pequeña pompa se estaba abriendo camino entre las rocas y la mugre era como un topo de cristal que estaba intentando hacer una nueva madriguera. Golpeamos una pared una vez, buscando una entrada que no estaba allí, pero la encontramos a unos pocos pies a la izquierda y la rompimos; la cueva se estaba derrumbando detrás de nosotros.

Pritkin dejó caer sus protecciones con un suspiro audible, y el polvo que habíamos causado con nuestro escape nos inundó, casi me cegó. Seguimos adelante para escapar de la nube asfixiante que no tenía manera de dispersarse en una zona sin viento o sin aire. Pero antes de que hubiéramos avanzado diez metros, nos encontramos con lo que parecía ser otro derrumbe.

Cuando pestañeé para quitarme el polvo de los ojos, me di cuenta de lo que estaba viendo. Un túnel estrecho se extendía enfrente de nosotros, cubriendo desde la mitad hasta el techo lo que parecía una milla de huesos. Pritkin escaló hasta la cima de la masa de humanos rotos mientras iluminaba con la linterna alrededor.

—Hay un agujero en la pared allí arriba. Seguramente nos lleve hasta otro túnel.

Miré la pila de huesos inquieta. Todo lo que haya estado muy cerca del aura de una persona acaba dejando su impronta parapsicológica. Había vivido otras historias de terror por haber tenido el más leve contacto, sin darme cuenta, con un desencadenante poderoso. Y no podía pensar en un desencadenante más poderoso que una parte de cuerpo real.

—¡Deprisa! ¡Maldita sea! —Pritkin me tendió una mano mientras el sonido de las voces hacía eco débilmente desde el pasillo que había detrás de nosotros. Alguien había escuchado nuestra salida.

Me levanté con cautela, antes de que pudiera pensarlo demasiado. Los huesos eran viejos y estaban secos y crujían asquerosamente bajo mi peso. Muchos se astillaban, enviando pequeños cuchillos a las palmas de mi mano y rajando mis

pantalones, pero no había destellos parapsicológicos. El moverlos tenía que haber acabado con cualquier huella que hubieran formado.

Cuando Pritkin había hablado de un agujero en la pared, no estaba bromeando. A duras penas logré deslizarme a través de ese hueco y por su manera de maldecir parecía que él se había dejado allí una buena porción de piel.

—¡Muévete! —me susurró, dándome un empujón en los riñones. Entré gateando en la pequeña caverna hecha de roca, llegué hasta el otro lado del agujero y casi tiro abajo unas escaleras que comenzaban a solo unos cuantos pies de allí.

El hueco de las escaleras claustrofómicamente bajo era de lo menos atractivo. Tan solo veía la oscuridad que se juntaba en cada hueco y en cada esquina. La verdad es que no quería ir allí. Entonces, un hechizo golpeó el techo detrás de mí y causó una grieta como un disparo de un cañón; lo reconsideré y empecé a gatear por las escaleras delante de Pritkin.

Lanzaron un segundo hechizo mientras aún estábamos en los escalones. Siguió y siguió, como una explosión de una bomba a cámara lenta, causando que la gravilla salpicara mis manos y el cuello como si fuera granizo. Me lanzó escaleras abajo, pero las vibraciones subían por las piernas y hacían casi imposible encontrar un punto de apoyo. Y después ya no importó, pues que no había ningún punto de apoyo que pudiera encontrar. La roca se desintegró debajo de mis pies y caí en la oscuridad, en el aire vacío, antes de frenar en agua congelada.

Tardé un momento en darme cuenta de que no me estaba ahogando. El agua me llegaba sólo hasta la cadera, pero era como hielo y el frío se lanzó directamente a mi columna vertebral. Pero lo peor era la ya familiar nube de polvo que me estaba atrapando en una neblina asfixiante. Me agité haciendo ruido con el agua para alejarme del derrumbe, intentando respirar, y me encontré pisando agua. Agarré una calavera cubierta de musgo que sobresalía de la pared, mis dedos encontraron un asidero en los huecos de sus ojos. Me agarré, demasiado agradecida para encontrarlo repulsivo en ese momento, respirando entrecortadamente y dando grandes bocanadas de aire.

—¡Pritkin! —Apenas era un chillido, pero un momento más tarde la luz de la linterna me dio en los ojos dejándome ciega.

—¿Sigues viva?

Intenté contestar, pero mis pulmones decidieron que sería un buen momento para expulsar toda la materia extraña que había respirado y acabé teniendo arcadas y asfixiándome. Perdí el agarre en el hueso viscoso, resbalé y caí en el agua congelada. Durante un momento largo y aterrador, estuve perdida en un interminable mar de oscuridad que inmediatamente me congeló hasta la médula. Luego, dos manos anchas empezaron a buscar a tientas un agarre en mis hombros y me echaron para atrás hacia la superficie, recordándome dónde estaban el arriba y el abajo.

—¡Señorita Palmer!

Escupí una bocanada de pasta de caliza, el resultado de agua aceitosa mezclado con polvo y jadeé.

—¡Demonios, sí!

Pritkin asintió con la cabeza e iluminé alrededor con la linterna, vislumbrando un pasillo donde el suelo se ondulaba extrañamente y de repente todo eran sombras grises y pálidas, y tremendamente verdes. Parecía que todos los niveles más bajos se habían inundado. Sabía nadar, pero no me entusiasmaba la idea de navegar por una corriente oscura subterránea con apenas suficiente altura para poder respirar.

—Yo me encargaré de esto —dijo Pritkin con tono grave—. Transpórtate fuera de aquí.

—¿Y si continúan viniendo?

—Ya me las apañaré.

Y me llamó terca. Inspiré otra vez para informar a mis pulmones de que la asfixia tendría que esperar y me dirigí hacia la inundación.

—Simplemente nada.

Pritkin no contestó, al menos que las palabrotas contaran, aunque eso podía haber sido debido al hechizo que golpeó el agua por detrás de nosotros, subiendo instantáneamente la temperatura de fría a hirviente. Chillé y el pensamiento coherente desapareció. No pensé, tan solo le agarré la mano y me transporté.

Un segundo más tarde, aterrizamos en el mismo pasillo, pero sin nube de polvo, sin magos y sin ninguna inundación. Antes estaba pisando agua, así que ahora solo aparecí a unos pocos pies del suelo. Por desgracia, Pritkin había estado flotando y cayó un poco más lejos. Como a unos seis pies.

Golpeó el suelo rocoso con un ruido sordo, una maldición y un crujido, este último proveniente de la desaparición de la linterna. Intenté preguntarle cómo estaba, pero sentí una punzada en el costado y, durante un largo momento, me fue imposible hacer llegar el oxígeno a los pulmones. Me deslicé por la pared para sentarme ya que de repente mis rodillas se sentían demasiado débiles para poder fiarme de ellas.

—¿Qué pasó? —jadeó Pritkin después de un momento. Sin linterna y sin hechizos mortales moviéndose rápidamente alrededor, todo estaba muy oscuro. Pero por la procedencia de su voz, parecía que seguía en el suelo.

—He hecho que nos transportemos atrás en el tiempo —conseguí chillar.

Decidí que probablemente no estaba bien que aún me sintiera débil y con náuseas a pesar de estar tan cerca del suelo y completamente inmóvil. No podía imaginarme qué es lo que había salido mal. Sólo me había transportado dos veces ese día: una vez para llevarnos a París desde la casita de Manassier y otra, justo ahora; aunque estaba agotada. Parecía que traer a otra persona conmigo sacaba mucho de mí. Lástima que nadie se hubiera preocupado de darme el manual.

—¡La próxima vez dame un pequeño aviso!

—De nada.

—¿En qué momento estamos?

Escupí más polvo con sabor a cal. Ahora ya sabía por qué Lara Croft siempre llevaba una cantimplora. Mi cuerpo estaba empapado, pero tenía la garganta seca. Tragué seco repasando el Rolodex mental que me da mi poder.

—Mil setecientos noventa y tres.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Porque no quería sentirme cocida viva?

—Nos podías haber transportado un día atrás, ¡una semana! ¡Esto no sirve para nada!

Claro, pensé amargamente. Lara Croft también tendría algún tipo de técnico agradable para sacarle de todo esto. Y un compañero que no fuera un gilipollas. Me levanté con cuidado y, para mi sorpresa, me di cuenta de que sólo estaba ligeramente mareada. Forcé los oídos, pero todo lo que escuchaba era mi propia respiración agitada y un goteo débil, un goteo de agua que procedía de algún sitio.

—Vamos —dije, buscando a tientas hasta que encontré la mano de Pritkin. Su piel estaba fría por el agua y su pulso era rápido pero no estaba mal. No, por ejemplo, como el mío, que parecía que podía reventar una vena. Necesitaba asegurarme de que no tenía que volver a transportarme en algún momento que fuera pronto. Como por ejemplo en toda la semana.

Pritkin se encontraba donde estaba antes.

—¿Ir? ¿A dónde?

—¡A encontrar el Códice! Pensé que podría estar bien buscarlo sin que nadie nos esté disparando para variar.

—Una idea excelente, excepto por la pequeñez de que la asamblea de brujas es una de las más antiguas de Europa. Podrían haber abandonado esta instalación en nuestra época, pero en esta, sin duda había magos por todos sitios. Sin mencionar los cepos y las trampas. Si aún no nos hemos tropezado con una zona de protección, ¡pronto lo haremos!

—¿Tienes otra sugerencia?

—Sí. ¡Transpórtanos fuera de aquí! —Incluso en la completa oscuridad, estaba segura de que podía ver su mirada feroz.

Tomé aliento, más molesta de lo que podía recordar; bueno, a decir verdad, más molesta que antes de conocer a John Pritkin.

—¿Por qué no pensé en eso?

—Tú te has transportado muchas veces antes en un solo día.

—Y antes acabó conmigo.

—Nunca lo habías mencionado.

—Nunca lo preguntaste.

Hubo una pausa corta.

—¿Estás bien?

—Sí, de maravilla. —La verdad es que odiaba su sugerencia, pero no se me ocurría una mejor—. Al menos vamos a despejar el pasillo primero —le dije comprometiéndome—. Luego, intentaré ponernos allí un poco antes, antes de que empiecen los fuegos artificiales.

Tardamos una eternidad en bajar ese pasillo, no por la oscuridad, sino porque Pritkin estaba seguro de que alguien estaba a punto de lanzarse sobre nosotros. Pero los únicos problemas eran los de siempre: el calor, el aire y la concentración para intentar no caer en el suelo desnivelado o rasparnos un poco más de piel en la pared. Por fin llegamos a una bifurcación en el camino y Pritkin se detuvo.

—¿Estás segura de que estás preparada para esto?

—¿Cuál es tu plan si te digo que no?

—Esperar aquí hasta que digas que sí.

—Entonces supongo que estoy lista. —No tengo claustrofobia, pero la verdad es que me estaba cansando de esos túneles. Le agarré la mano más fuerte, concentrándome en nuestra era y nos transportamos.

Esta vez el mundo se derretía lentamente a nuestro alrededor, como pintura disolviéndose en el agua, desprendiéndose en lentos goteos. No suelo sentir el paso de los años, solo siento una caída libre ingrávida que termina en el momento en el que había planeado estar. Esta vez sí lo sentí. La realidad nos envolvía en ondas nauseabundas, impalpables y etéreas. De pronto, estaba agradecida por no ver, porque lo que llegué a sentir era terrorífico: durante un buen rato, fui una corriente desgarrada de átomos dislocados, violentamente privada de conciencia, con un cuerpo tan alargado que no tenía ni principio ni fin.

Luego volví en mí de nuevo, sólo para volver a comenzar con el proceso. Había fragmentos de conversaciones, unas pocas notas de música y lo que sonaba como otra explosión o derrumbe, todo en una sucesión rápida, como si alguien anduviera toqueteando una radio demasiado deprisa. Y por fin me di cuenta de lo que estaba pasando. Este viaje no había sido un salto largo, sino que había sido una serie de saltos más pequeños, con nosotros saltando de un tiempo a otro como si nos dirigiéramos lentamente hasta nosotros mismos.

Pude sentir el tiempo, y era pesado, como nadar a través de melaza. Pasar por los siglos era como correr una maratón. En la oscuridad. Con pesos atados a mis piernas.

Cuando por fin salimos, fue como sentir el oxígeno cuando te ahogas: impactante, inesperado, milagroso. Suponía que iba a aparecer debajo del agua, pero aparentemente habíamos pasado la zona de la inundación, porque tropecé contra una pared en su mayor parte seca. Me senté repentinamente, inclinando la cabeza hacia

atrás, tragando un suspiro tan fuerte que hizo que me mareara.

Pritkin gateó para apoyarse en una pared cerca de mí.

—¿Estás bien?

—Deja de preguntarme eso —le dije. Luego tuve que quedarme completamente inmóvil para ocuparme de las náuseas. Era como si mi estómago hubiera ido un par de segundos por detrás del resto de mi cuerpo y cuando lo alcanzó, no se alegró mucho de estar allí.

—Me tomaré eso como un sí.

Tragué, aún sabía a polvo, y me dije a mí misma que vomitar sería muy poco profesional.

—Sí. Es sólo que... la curva de aprendizaje puede ser un poco difícil.

Después de unos cuantos minutos de estar sentada tranquilamente con los ojos cerrados, logré relajarme y comenzar a respirar con regularidad.

—No tienes por qué hacer esto —dijo Pritkin—. Yo podría...

—No te podría sacar de aquí ahora mismo ni aunque mi vida dependiera de eso —le dije sinceramente.

—Tu poder no debería fluctuar así —me dijo; noté desconcierto en su voz.

—El poder no fluctúa. Mi habilidad para canalizarlo es la que lo hace. Cuanto más cansada estoy, más difícil se hace.

—Pero no debería ser tan difícil —repitió Pritkin obstinado—. Mi poder no...

—¡Porque es tuyo! —Maldita sea, justo ahora no tenía aliento para una de nuestras interminables discusiones—. Éste no es mío. No nací con él. Es un préstamo, ¿te acuerdas?

El poder se había originado con la pitia que había sido la sacerdotisa de un anciano que se hacía llamar Apolo. Lo vi tan solo una vez, cuando me había prometido entrenarme. Hasta ahora, le había prestado a esa promesa la misma atención que le había prestado a mis objeciones acerca de recibir el cargo: ninguna. Por desgracia, no tenía ningún sitio más adonde ir.

A diferencia de la mayoría de las pitias a las que se les había entrenado completamente durante una década o dos para su puesto, mi introducción había durado unos treinta segundos; el tiempo suficiente para que la última titular del cargo me diera el poder a mí antes de morir. Y todos los demás que me podrían haber dado algún consejo estaban bajo el control del Círculo.

Nos quedamos allí sentados en silencio durante un rato. Finalmente reuní las fuerzas para quitarme los zapatos y lanzar mis calcetines empapados contra la pared lejana, en donde aterrizaron con un sonido de trapos mojados. No fue de mucha ayuda ya que me tuve que volver a poner los zapatos mojados.

—Antes de que completaras tu ritual para convertirte en pitia, tu poder controlaba cómo y dónde se manifestaba —dijo Pritkin, mientras que yo, con un gran esfuerzo,

lograba ponerme en pie. Me había quedado casi dormida por segunda vez sobre su hombro, con la ropa mojada, el suelo duro y todo—. ¿Es así?

—Sí. Sólo me dejaban sentarme en el asiento del conductor después de comprar el coche, por decirlo de alguna manera. —Lo que era mejor a que me lanzaran a otro siglo cada vez que me daba la vuelta para arreglar lo que fuera que estaba a punto de joderse, normalmente sin tener ni idea de lo que podría ser.

—Entonces tienes que empezar a controlar tu resistencia. De lo contrario, podrías verte atrapada en otra época o tu sistema se podría poner a prueba, y posiblemente terminaría haciéndote mucho daño.

—¿No me digas? —Salí hacia el pasillo, sentí los pies como si estuvieran recubiertos de cemento—. No se me hubiera ocurrido nunca a mí solita.

—Te lo digo en serio. —Pritkin me cogió del brazo, en su parte favorita, justo por encima del bíceps. Seguramente algún día tendría allí la hendidura permanente de sus dedos—. Tienes que comenzar a experimentar para descubrir tus límites. ¿Cuántas veces puedes transportarte antes de que te quedes agotada? ¿Ha sido más agotador retroceder en el tiempo las últimas veces? ¿Qué otros poderes tienes sobre el tiempo?

—Si no dejo que nadie se suba a caballito, tres o cuatro, dependiendo de lo cansada que esté para empezar; ¡maldita sea! Sí; y la verdad es que no lo quiero saber —le respondí en orden a sus preguntas—. ¿Ahora podemos ocuparnos de la crisis actual, por favor, y dejar las preguntas para después?

Pritkin se calló, pero con un silencio significativo que indicaba que esto no se había acabado. Le dejé dándole vueltas mientras yo me concentraba en no pegármela contra nada. Nos dirigimos a otro pasillo oscuro y polvoriento.

Por fin encontramos el depósito; fue tan simple como encontrárnoslo; o, para ser más precisa, chocamos con la puerta oxidada de hierro que bloqueaba la entrada. Me eché atrás unos cuantos pasos mientras Pritkin correteaba. Escuché una cerilla y de repente pude ver. La luz amarilla acuosa se filtraba hacia afuera desde una pequeña linterna puesta en un nicho, permitiéndole comprobar la zona por si había trampas. No encontró ninguna, lo que parecía que le preocupaba más que si las hubiera encontrado.

—¿Qué pasa? Manassier dijo que este sitio estaba abandonado.

Pritkin se pasó la mano por el pelo, que a pesar del sudor y del polvo de la caliza aún actuaba como una entidad independiente.

—¿Puedes transportarnos todavía?

—Quizá.

—Si algo va mal, tienes que transportarte inmediatamente, ¿lo entiendes?

—Claro.

Pritkin me lanzó una mirada desconfiada y yo le devolví el mejor de mis gestos amables. Me había preguntado si lo entendía y yo le había dicho que sí. No habíamos

quedado en nada.

Pasó el dedo por el mecanismo de la puerta, atravesando una pulgada de polvo y suciedad. Algo hizo un ruido seco y él se echó hacia atrás antes de empujar la puerta con el pie. La puerta se abrió sin resistencia; pero él dudó en el umbral.

—No me gusta. Es demasiado fácil.

Yo personalmente pensaba que lo fácil estaba bien. De hecho, era la primera vez que nos encontrábamos con algo fácil.

—A lo mejor nuestra suerte está cambian...

Pritkin entró en la habitación y desapareció con un sonido ahogado.

—¡Pritkin! —No hubo respuesta. Me arrodillé en el umbral, pero no había nada que ver: solo una pequeña cueva vacía, sin salida y sin ningún mago.

Me agarré fuertemente a las barras de hierro de la puerta y alargué la mano. Mi mano no encontró nada aparte de caliza polvorienta que medía como medio metro y que luego desaparecía en el suelo. Eché el brazo para atrás, pero no parecía que estuviera dañado. Una ilusión, entonces.

Me estiré en el suelo, cerré los ojos y me incliné hasta tal punto que mi frente hubiera golpeado la roca si es que realmente hubiera habido un suelo allí. Cuando no lo hizo, abrí los ojos en la oscuridad. Después de un momento, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y me mostraron unos dedos sucios, blancos y tensos agarrándose a un fragmento de caliza tres o cuatro metros más abajo. Eran de humano y debajo de ellos, casi fuera del alcance de mi vista, había una cabeza puntiaguda y familiar.

—Coge mi mano y haré que nos transportemos fuera de aquí —le grité, esperando que de verdad pudiera hacerlo. Levantó la cabeza rápidamente.

—¿Qué es lo que te acabo de decir? —preguntó Pritkin.

—Hola, soy Cassie Palmer. ¿Nos conocemos?

Una frialdad de acero penetró la repentina suavidad de su tono.

—Señorita Palmer. Apártese del borde. Ahora.

—No me voy a caer —le dije irritada.

—¡Tampoco iba a hacerlo yo! Hay algo aquí abajo. —No podía ver muy bien la cara de Pritkin, solo veía una imagen borrosa pálida en las sombras, pero no parecía muy contento. Algunas personas pensaban que él sólo tenía una manera de estar: cabreado. En realidad, tenía muchísimas de esas. En las últimas semanas había aprendido a distinguir entre cabreado de verdad, cabreado impaciente y cabreado asustado. Sospechaba que de esta última era cómo él se encontraba esta vez. Si era así, ya éramos dos.

Esa impresión ganó intensidad cuando él maldijo y disparó varias veces a algo en la oscuridad. El olor débil y amargo de la pólvora flotó hasta mí cuando me moví hacia adelante, manteniendo las piernas extendidas y esperando que si distribuía mi

peso sobre una superficie más grande, no causara ningún deslizamiento de rocas. Me estiré hasta que oí algo que saltaba hacia mi hombro, pero ni siquiera estaba lo bastante cerca de él. Y si no lo podía tocar, no podía transportarlo.

Me mordí el labio y miré fijamente al suelo que no estaba allí. Era un tanto extraño verlo desde este ángulo, como si la superficie del océano se hubiera manchado con suciedad y guijarros. No me ayudaba a concentrarme, así que me eché hacia atrás, me senté y en lugar de eso me quedé mirando fijamente la parte de arriba.

Hubo un tiempo en que mi reacción a las cosas que me asustaban había sido la de correr y esconderme. Era una estrategia eficaz para mantenerme con vida en los buenos tiempos en los que por todo lo que tenía que preocuparme era por un vampiro homicida. La diferencia entre entonces y ahora era que en aquel tiempo había tenido problemas que realmente podía dejar atrás. Ahora tenía obligaciones y responsabilidades, el tipo de cosas que siempre está contigo. Había alrededor de una docena de pesadillas intentando obtener el puesto ganador cada día; cada una de ellas era espectacularmente horrible a su manera. Y justo en lo alto de la lista estaba el miedo que tenía y ver cómo un amigo se moría intentando ayudarme.

De repente me alegré por no poder ver el fondo.

La roca se desmoronó bajo mis dedos mientras me deslizaba a un lado; o a lo mejor era que mis manos estaban temblando. Una cascada de piedras pequeñas desaparecieron más allá de la ilusión y algunas de ellas tuvieron que haber golpeado a Pritkin, porque le escuché maldecir de nuevo.

—¿Qué demonios estás...?

—Más terca que una mula, ¿lo recuerdas? ¿Y puedes ver mi pierna?

Estaba cogida al borde del abismo con los brazos y codos, y aún seguía increíblemente inmóvil. No miré abajo, pero durante unos segundos, me esforcé en escuchar las piedras golpeando el suelo; no escuché ni una.

Intenté palpar con el pie sin caerme abajo, pero solo me encontré con aire. *Maldita sea, ¿y si necesitara tocar piel desnuda? ¿Por qué no había pensado antes en descalzarme?* Intenté quitarme un zapato, pero el agua había hecho que mis zapatillas de deporte encogieran y estuvieran pegadas a mis pies.

—Coge mi tobillo.

Un montón de cualquier cosa, menos lenguaje amable, hizo eco en las paredes.

—¡No puedo agarrar nada sin hacerte caer!

—¡Tienes dos brazos!

—Escúchame. —La voz de Pritkin fue baja y controlada, el tono que solía utilizar cuando pretendía ser razonable—. No puedo soltar el arma. Hay algo aquí abajo. Me empujó hacia dentro. Se podría aburrir conmigo en cualquier momento e ir tras de ti. Tienes que... —Dejó de hablar con el sonido de tiros y explosiones y pies embotados haciendo eco en la parte de abajo del pasillo—. ¡Transpórtate, maldita sea!

—¡Agárrate a mi pierna!

Me asomé hasta el punto de que mi cabeza apenas estaba sobre la parte de arriba del abismo, pero aún no tocaba nada. La maldita roca se estaba abriendo debajo de mis dedos y el sudor por los nervios hacía que mis manos fueran resbaladizas. Mis brazos enviaban pequeños dolores cortantes hasta los hombros y no había ningún apoyo para mis pies en ese lado del abismo.

¿Demonios, a cuánto estaba él de distancia?

Y entonces, eso ya no era importante, porque un par de pies embotados se detuvieron justo delante de mis ojos. Estiré el cuello lo bastante como para ver a un hombre mayor con pelo entrecano y ojos grises pálidos sonriéndome. Manassier. Bueno, eso ya explicaba bastante.

—No pensaba que fueras a llegar tan lejos —me dijo con su acento marcado. Y pensándolo, sólo esa tarde, lo hubiera encontrado atractivo.

En algún momento me había mordido la lengua tan fuerte que sabía a cobre.

Tragué sangre.

—¡Sorpresa!

Él se encogió de hombros.

—No importa; aun así, recojo la recompensa.

—¿Hay una recompensa?

—Medio millón de euros. —Su sonrisa se hizo más grande—. Estás a punto de hacerme rico.

—¿Medio millón? ¿Te estás quedando conmigo? Soy la pitia. Valgo mucho más que eso.

Sacó una pistola, una Sig Sauer P210, que reconocí debido a las clases de tiro que Pritkin me había estado dando. Mi puntería no había mejorado mucho, pero ahora podía identificar todos los tipos de armas. Incluso la que estaba a punto de matarme.

—Soy un hombre simple —dijo Manassier—, con necesidades simples. Con medio millón me bastará.

Parecía que me había tocado un criminal sin avaricia. Me tragué un loco impulso por reírme.

—No tienes que dispararme —respiré entrecortadamente—, de todas formas no puedo aguantar mucho más.

—Sí, pero si resbalas, el Círculo podría decir que te moriste por causas naturales y no me pagarían la recompensa. Y entonces todo esto no habría servido para nada.

—Sí, eso sería una pena.

Le quitó el dispositivo de seguridad a la pistola.

—Ahora estate tranquila y esto no te dolerá.

—Eso sería un buen cambio. —Parecía que mi cuerpo pesaba una tonelada, mis brazos estaban hechos polvo del cansancio y me dolían las articulaciones de los

hombros. Sería un alivio tan solo dejarme caer.

Y así lo hice.

Le escuché gritar algo en francés y sentí una bala pasar al lado de mi cabeza, pero no tenía importancia porque estaba cayendo y no había nada a lo que pudiera agarrarme, sólo suciedad deslizante y rocas de caliza desmoronándose debajo de mis manos. Sacudí los brazos con furia, agarrando la única cosa que tenía que encontrar, pero durante un segundo interminable, solo sentí aire. Luego mis dedos chocaron con algo caliente y vivo y lo agarré, y después los dos estábamos cayendo. Hubo una ráfaga vertiginosa de aire; mi poder no funcionaba y todo lo que podía pensar es que yo misma nos mataría a los dos; luego recuperé la conciencia y mi corazón intentó detenerse; la realidad giró y se curvó a nuestro alrededor.

Y caímos en un vestíbulo de un casino a medio mundo de allí.

No lo había calculado demasiado bien debido a toda esa cosa del terror absoluto, así que caímos desde casi metro y medio de altura. Pritkin dio en el suelo primero, con un gruñido de reproche y conmigo agarrada a su espalda. Y luego todo se volvió increíblemente tranquilo durante un minuto, como siempre pasaba cuando sobrevivía a algo extremadamente peligroso y completamente estúpido. El hecho de que reconociera el fenómeno seguramente significaba que ya había pasado demasiadas veces. Me quedé allí tumbada temblando, escuchando un recrudecimiento en el parloteo educado de los invitados sin preocuparme por nada. Todo lo que podía pensar es: *¡Gracias a Dios! No hice que nos matáramos.*

Después de un momento de confusión, tosi fuerte y me quité de encima de Pritkin. Tenía la cara llena de polvo, las palmas de mis manos raspadas; jadeaba y cojeaba. Algunos músculos se contraían con espasmos, agarrotándose con un dolor agudo y luego se relajaban. Tenía ganas de romper a llorar y gritar de alegría a un tiempo.

Por fin Pritkin gimió y se irguió. Estaba pálido y sudaba copiosamente con el pelo húmedo pegado a la frente. Tenía cortes en la cara y en las manos, y quemaduras en el antebrazo.

Quería tocarlo, volverme a asegurar que los dos habíamos sobrevivido de verdad, pero no me atreví. Una chica podría perder la mano de ese modo. Así que, en lugar de eso, me quedé mirándolo fijamente, tan contenta de estar viva que apenas notaba mi espalda dolorida, mis brazos temblorosos y mi feroz dolor de cabeza.

—Ha sido divertido —dije con voz ronca—. Sí, sí, divertidísimo.

Pritkin tiró de mí hasta sentarme, una mano sucia y cicatrizada me agarró la nuca.

—¿Estás bien? —Su voz era aguda y cortante, ligeramente sobrecogida por el pánico.

—Te dije que dejaras de preguntarme...

Me sacudió y, a pesar de hacerlo solo con una mano, hizo que mis dientes

repiquetearan.

—Si alguna vez vuelve a pasar algo como esto, ¡me dejas atrás! ¿Entiendes?

Hubiera discutido, pero me estaba sintiendo un poquito conmocionada por alguna razón.

—No soy buena abandonando a la gente —dije finalmente.

Una persona de la recepción salió corriendo hacia nosotros, con el maletín de primeros auxilios en la mano, pero Pritkin gruñó al pobre chico y rápidamente se volvió atrás.

—Entonces, ¡aprende a serlo!

Empezó a dar pisotones fuertes, cojeando, medio de lado.

—De nada —murmuré.

Pritkin y yo habíamos aterrizado en el club Dante, una combinación de casa embrujada y casino al estilo de Las Vegas. Pritkin se había referido a ese sitio como nuestra base de operaciones, así que yo hice que nos transportáramos a nuestra guarida. Y, como todos los escondites, estaba bastante alto. No sólo porque era una propiedad bien protegida y dirigida por vampiros, sino también porque hacía poco habíamos ayudado a destrozarnos gran parte de ella, y nos parecía poco probable que muchos de nuestros enemigos pensarán en ir a buscarlos allí. Al menos, ese era el plan.

A la tarde siguiente estaba sentada en el Purgatorio, el bar del vestíbulo, intentando arrancarle la cabellera a una cabeza reducida, cuando entró un vampiro. Estaba envuelto en una capa y capucha oscuras que en cualquier otro sitio hubieran parecido teatrales, pero el picor en la parte inferior de mi espalda me revelaba lo que era. Parecía que el plan era básicamente una mierda.

Lo miré por el rabillo del ojo mientras terminaba de diseccionar la cabeza. Por fin pude despegar la mata de pelo negro enredado más o menos intacta. Posé la pieza de plástico moldeado con la que había estado trabajando y recogí la cabeza real que estaba posada en una bandeja que había a mi lado boca abajo. Uno de sus ojos arrugados y arqueado me deslumbró con su enfado.

—No me creo que haya llegado a esto —se quejó—. Ahora alguien me matará.

—Eso ya lo han hecho antes.

—¡Qué mala idea tienes, rubia!

Puse la larga cola de caballo sobre su piel arrugada y la ajusté. Se rumoreaba que la cabeza había pertenecido a un jugador que no cumplió con la persona equivocada y, desde entonces, solía obedecer órdenes en el bar de los zombis en la parte de arriba. En este momento no tenía trabajo, cortesía de un incendio que había estado fuera de control durante casi una hora. De algún modo, la cabeza había sobrevivido, pero su pelo no.

Me sentía un poco responsable (los magos de la guerra del Círculo le habían prendido fuego en un intento de quemarme viva), por lo que había intentado reponer sus mechones chamuscados con algunos que había tomado de una de las imitaciones que se vendían como souvenir en la tienda de regalos. Dante no es conocido por la buena calidad de su mercancía, así que me había pasado una hora revisando como unas cien cabezas, intentando encontrar una buena que le pegara. Parecía que nadie agradecía mi ayuda.

—¡No puedo ir por ahí con esta pinta! —dijo amargamente mientras yo alcanzaba el pegamento—. Aquí soy la atracción principal. ¡Soy la estrella!

—O esto ole arranco el pelo a una Barbie —le amenacé—. No hacen pelucas de tu tamaño.

—Cariño, no hacen nada de mi tamaño; y esto no ha sido nunca un impedimento.

—Prefiero no saber lo que eso significa —le dije sinceramente.

Ahora el vampiro estaba echándole un vistazo a las mesas llenas de gente. A lo mejor estaba aquí para tomar algo o para echar una partida rápida de dados, pero lo dudaba. Hacía poco había rechazado una oferta de empleo del Senado vampiro, algo que por lo normal no se considera bueno. La sorpresa no era el que hubieran enviado a alguien para reformular su oferta en términos más enfáticos, sino que habían tardado muy poco tiempo en hacerlo.

Vi cómo una camarera de aspecto hostil, vestida con unas cuantas correas negras y botas de tacón hasta el muslo se adelantaba para saludar a la recién llegada. Caminaba como si le dolieran los empeines y seguramente eso era lo que le pasaba. «El estilo del Purgatorio marca nuestro territorio»; se había elegido así para que los nombres rimaran, pero no estaba hecho para turnos de ocho horas de pie. Podría atestiguarlo personalmente, ya que había pasado literalmente varios días en sus zapatos.

La idea era esconderse de todos. Al menos eso era lo que Casanova, el director del casino, había afirmado. Yo sospechaba que lo que él quería era tan solo ayuda gratis.

El maestro de Casanova era Antonio, un jefe criminal de Filadelfia conocido como Tony, aunque estos días tenía mala fama por llevarle la contraria a su propio maestro, que resultaba ser Mircea.

Entre otras cosas, Tony había intentado matarme, cosa que hubiera interferido seriamente en los planes de Mircea. Mircea no era del tipo de los que perdonan, así que había confiscado todo lo que Tony poseía, incluido el casino y a su director. Antes de estar apartado por el *geis*, él le había ordenado a Casanova que me ayudara, pero no le había dado datos específicos. Como resultado, la ayuda de Casanova se había convertido en un montón de trabajos de sustitución por los que yo aún esperaba un cheque de cobro.

Pero hasta que Pritkin nos encontrara un líder real y auténtico, no tenía mucho más que hacer; excepto mirar el reloj fijamente y de manera obsesiva, preguntándome cuántos segundos de libertad me quedaban. El estar ocupada me ayudaba con eso. Un poco. Y Casanova tenía razón en cuanto a la vestimenta. El conjunto de pantalones cortos de PVC brillantes y *bustier* no escondía mucho, pero con maquillaje en los ojos y una peluca larga negra, apenas ni yo misma reconocía mi pelo rubio y mis ojos azules. Juguetecía con la cabeza e intentaba parecer despreocupada, esperando que el disfraz diese resultado.

El hombre que estaba sentado a mi lado comenzó a protestar:

—¿Un aplastapulgares? —Tiró la lista de bebidas en la barra—. ¿Qué demonios es esto?

—No estás en el Infierno —le corrigió el camarero—, y ningún alma come ni bebe en el Purgatorio.

—¿Entonces, qué es lo que hacen? —preguntó el tipo sarcásticamente.

—Sufren. —Pensé que el atuendo de mazmorra del camarero, que consistía en un pecho desnudo, capucha de verdugo y puños de tachones, ya debía de haber dejado eso claro. Si no, el par de docenas de aparatos de tortura que servían de decoración de pared podrían haberle dado una pista al tipo.

—Estoy sufriendo... ¡de sed! —insistió el turista.

—Un aplastapulgares es un destornillador —le expliqué amablemente.

—Oye, gracias Elvira. Entonces, ¿qué voy a hacer? ¿Adivinar un acertijo antes de poder pedir una bebida?

—No es tan difícil —le dijo el camarero pacientemente, poniendo un cóctel en llamas enfrente de otro huésped.

—Un linchamiento es una limonada de Lynchburg, una doncella de hierro es uno pasado de moda...

—¡Lo único que quiero es un bloody mary! ¿Tienes uno de esos?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Bloody mary.

El vampiro se había detenido detrás de mí.

—No funcionará —le dije. No iba a cambiar de opinión de ninguna de las maneras. En general no se puede confiar en los vampiros, pero el Senado hace que la media de los vampiros parezca un dechado de virtudes.

—Eso es lo que he estado intentando decirte —escupió la cabeza—. ¡Esto es un escándalo!

Puse la cosa desagradecida de vuelta en su bandeja y me giré para enfrentarme a mi visita indeseada.

—¿Para qué te tomas la molestia de disfrazarte? Como si no fuera a saber lo que eres en realidad.

—No es por ti —dijo el vampiro, echándose para atrás la capucha.

Un par de ojos marrones cálidos e intensos se encontraron con los míos, el color era tan suave y familiar como el ante muy gastado. Lo único nuevo era su expresión agonizante. Le pregunté, conmocionada:

—¿Rafe?

Se derrumbó contra la barra del bar, sujetándose el estómago como si le hubieran dado un puñetazo. Me bajé del taburete en el que estaba sentada y le ayudé a sentarse en el suyo mientras sentía cómo temblaba a pesar de la capa de lana gruesa y

enmarañada que llevaba fuertemente apretada. Las casas en la parte de afuera brillaban en el calor de finales de junio, aunque estaba abrigado como si fuera a haber una ventisca. Lo conocía de toda la vida y nunca le había visto con ese aspecto tan malo.

Nos habíamos conocido en la corte del vampiro que le transformó, el susodicho Tony, que le había ordenado pintar mi habitación cuando era una niña. Dudo que Tony lo hubiera hecho para complacer a su huésped clarividente. Tan solo encajaba con su retorcido sentido del humor para darle al mejor artista del Renacimiento los trabajos con la más mínima importancia que él pudiera encontrar. Pero la verdad es que Raphael había disfrutado haciéndolo, y en los meses que le llevó llenar mi techo de ángeles, estrellas y nubes, nos habíamos hecho muy buenos amigos. Él había sido una de las pocas cosas que me había hecho soportable el crecer en la casa de Tony.

Los labios de Rafe estaban fríos cuando me besó brevemente, y sus manos estaban como el hielo. Le calenté las suyas con las mías con la preocupación corroyéndome por dentro. Se suponía que no podía estar frío. Los vampiros están tan calientes como los humanos a menos que estén famélicos, pero eso no podía ser. Como todos los maestros, Rafe podía alimentarse de moléculas de sangre dibujadas a distancia. Si le apeteciera, podría extraer la sangre de medio bar sin que nadie se diera cuenta hasta que los cuerpos comenzaran a golpear el suelo.

—Estoy bien, Cassie. —Rafe apretó mis manos e inmediatamente me sentí más centrada. Siempre tenía ese efecto sobre mí, quizá porque él me había consolado muchas veces cuando era una niña y yo había crecido creyendo que si él decía que algo estaba bien, tenía que ser cierto; y las viejas costumbres nunca mueren.

—Entonces, ¿qué pasa? Algo no va bien. —Tragó saliva, pero en lugar de responder, tan solo me miró suplicando, su cara bailaba con las sombras de los neones de las llamas del vaso que rodeaban el bar. La corta calma que había sentido huyó rápidamente y se fue por las ventanas.

—¡Rafe! ¡Me estás asustando!

—No era mi intención, *mia stella*. —Su voz, normalmente la de un tenor con un poco de acento, era ronca. Tragó saliva, pero cuando quiso volver a hablar otra vez, se ahogó. Me soltó las manos para agarrarse la garganta; su cara se desfiguró con un rictus y yo eché un paso atrás, chocando con la fría columna de neblina que era Billy Joe.

Algunas personas tienen guías espirituales, tipos serenos que les dan su ayuda desde el más allá. Yo tengo un sabihondo y antiguo tahúr que se pasa más tiempo amañando las partidas del casino del que pasa aconsejándome. Claro que, considerando que su existencia mortal acabó de un cabezazo en Misisipi, por gentileza de un par de vaqueros a los que les había estado haciendo trampas, eso no podría estar tan mal.

—Está resistiéndose a cumplir una orden —dijo Billy sin necesidad.

Le envié una mirada impaciente. El lugar de Billy como el segmento deficiente de nuestra asociación a menudo significa que él sabe más acerca del mundo sobrenatural que yo, pero de los dos, yo soy la que sabe más de vampiros. El haber crecido al lado de Tony ya se había encargado de eso.

Incluso los vampiros que se hacen maestros aún están unidos al control de su propio maestro; a menos que alcancen el estado de primer nivel, y eso, por regla general, no lo consigue la mayoría. Pero los vampiros más mayores tienen más flexibilidad para interpretar ordenes que uno que acaba de nacer. Mucho más si son listos y están dispuestos a correr el riesgo de ser castigados. Y Rafe ya había hecho antes concesiones por mí, informando a Mircea del plan de Tony para matarme, incluso aunque había sido un gran riesgo para él mismo. Si no me hubiera ayudado, yo nunca hubiera vivido lo bastante como para convertirme en pitia.

—Tony no está por aquí para dar ninguna orden —dije lentamente y algo de la horrible tensión abandonó la cara de Rafe. La perdición de nuestras existencias estaba literalmente fuera de este mundo, escondida en algún sitio en el Reino de la Fantasía—. No podría haberte prohibido que me vieras, a no ser que fuera una orden antigua.

Durante un largo momento Rafe permaneció quieto de una manera muy poco natural, las luces parpadeantes del bar eran los únicos movimientos que se veían en su cara. Luego, lentamente, casi de manera imperceptible, movió la cabeza de un lado a otro. Me quedé mirando a Billy Joe, que se había echado para atrás unos cuantos pies. Las llamas se filtraban inquietantemente a través de él, doradas y rojas y con un ocre translúcido. Levantó su sombrero con un frágil dedo.

—Bueno, esto se va reduciendo.

Asentí con la cabeza. Descartando a Tony, sólo quedaba una persona cuyas órdenes podrían hacer que Rafe se asfixiara con el simple pensamiento de contradecirlas: el maestro de Tony.

Hacía mucho calor y humedad en el bar, y demasiados cuerpos, pero aun así tenía escalofríos en los brazos. Sentía el insatisfecho anhelo de una parte de mí en la extrema tensión de mi sangre, mis huesos y mi piel, intentando alcanzar a alguien que no estaba ahí. Levanté la cabeza y miré el letrero que había en el bar: «No me conduzcas a la tentación, eso significaría volver». No era ninguna puta broma.

Rafe me estaba mirando con los ojos grandes y preocupados. Sólo se me ocurría una razón por la que él estuviera allí: pedirme que viera a Mircea. Y eso era justo lo que no necesitaba. Volví a tragarme el impulso de chillar. Esos días estaba de los nervios, pero no era culpa de Rafe.

—Tú también puedes regresar —le dije de manera insegura—. No puedo hacer nada.

Rafe sacudió la cabeza con un movimiento desenfrenado y negativo que hizo que

sus rizos oscuros danzaran locamente por delante de su cara. Miró alrededor de la sala, los ojos se movían como si fueran dardos repentinos, como si pensara que alguien podría estar acercándosele de manera sigilosa. Se le podía notar lo nervioso que estaba: algo que él nunca había sido capaz de controlar completamente, ni siquiera en la corte. Le había costado más de una vez.

Su mirada volvió a mi cara y puede ver desesperación en ella, pero también determinación:

—No estoy bien —dijo, y se detuvo como si estuviera esperando algo.

Pestañeé, completamente segura de que no sabía de qué estaba hablando. Los vampiros no se ponen enfermos. Sí, los disparan, se queman, les clavan una estaca, pero una gripe... no suele pasar.

—Puedo llamar a un curandero —le ofrecí.

Dante estaba más que familiarizado con los accidentes. Un par de gárgolas hambrientas habían decidido tomarse un tentempié en alguna de las actuaciones de animales la pasada noche y solo descubrieron que los lobos entrenados no eran lobos en absoluto. El resultado había sido una batalla casi apocalíptica en los niveles más bajos que había dado al personal médico del lugar algo que hacer para el resto de la noche. Y ese tipo de cosas no era lo que se dice exactamente poco común.

—No creo que un curandero pueda sanarme —dijo Rafe lentamente; sus ojos brillaban como si no hubieran obtenido aún el castigo merecido. Me di cuenta de lo que tenía en mente mientras me miraba con impaciencia. Si pretendía estar hablando de él en lugar de Mircea, podría evitar la prohibición.

El pensamiento que se pasó por mi cabeza es que Mircea no debía de estar al tanto de su criterio habitual para haber dejado una escapatoria tan obvia.

—No pasa nada —le dije, esperando anticiparme a una explicación dolorosa—. Si pudiera hacer algo, ¿no crees que lo hubiera hecho?

El *geis* que me estaba sometiendo al infierno le estaba haciendo cosas peores incluso a Mircea. Se fortalecía dependiendo del tiempo que hubiera estado en el lugar, y debido a un pequeño accidente con la línea del tiempo, se había estado ocupando de él mucho más tiempo que de mí. Más de un siglo.

Mi antigua rival para el puesto de pitia, una lunática llamada Myra, había decidido acabar con la competencia con un pequeño homicidio creativo. Ella no podía matarme porque había una regla que prohibía el asesinato de la pitia o de la persona designada para heredar. Pero conociendo todas las cosas relacionadas con el tiempo, Myra había elaborado una alternativa. Si Mircea moría antes que Tony, y yo tuviera nuestra pequeña discusión, me quitaría la protección, dejando hacer a Tony el trabajo sucio por ella.

El único problema de su plan era que requería jugar con la línea del tiempo y a mi poder eso no le gustaba. Continuaba enviándome atrás en el tiempo para

prevenir los intentos de asesinato. Y durante uno de esos viajes conocí a Mircea en un periodo antes de que se hubiera establecido el *geis*. El hechizo lo reconoció inmediatamente como la otra pieza que se necesitaba para completarse y saltó de mí hacia él. Eso no sólo le dio el *geis* un siglo más temprano, sino que aseguró que cuando él tuviera el hechizo original y nos embrujara, él terminaría teniendo los dos poderes y no sólo uno. Y yo podía dar fe de que uno ya era lo bastante malo.

—Pero... ¡no hay nadie más! —Rafe parecía casi desesperado ante mi negativa. También parecía sorprendido. Me sentí un poco culpable, algo que era extremadamente injusto. Mircea había empezado esto, no yo.

—Si conociera el contrahechizo, ya lo hubiera lanzado —le repetí con el tono un poco más mordaz del que solía utilizar con Rafe. *Pero bueno, ¿qué pensaba que había estado haciendo la semana anterior?*

El libro que contenía el único contrahechizo conocido era el *Códice Merlini*, una recopilación de tradición popular antigua y mágica que se había perdido hacía mucho tiempo, y eso, suponiendo que hubiera existido alguna vez. La mayoría de la gente que habíamos contactado Pritkin y yo opinaban que el Códice no era nada más que un mito. Era como el resto de la leyenda del rey Arturo; un mago altanero tras otro nos lo había asegurado. Nunca había existido un Camelot, excepto en la imaginación de un poeta francés medieval. Y no había ningún *Códice*.

La única excepción era Manassier quien había tenido sus propios motivos para enviarnos a una búsqueda inútil. Hasta ahora, todos los demás se habían negado a hablar, no sabían nada o estaban buscando hacerse ricos gracias a un par de imbéciles desesperados. Yo ya había estado luchando contra el pánico creciente y la angustia de Rafe no ayudaba mucho.

—¡Por favor, Cassie! —su voz resonó por todas las esquinas y mi estómago se contrajo al ver la mirada de desconsuelo en su cara. Si hubiera sido cualquier otra persona, es decir, un vampiro, esa mirada habría despertado los murmullos furiosos de mis instintos paranoicos. Pero Rafe no sabía engañar así. Al menos nunca había sabido. Y yo sospechaba que su carácter, en esencia, estaba muy definido después de más de cuatrocientos años.

—Ya te lo dije, no tengo el hechizo —le dije, de manera más amable—. Quizá en algunas semanas.

—¡Pero yo estaré muerto en algunas semanas! —dijo sin querer.

Por un momento el mundo se inclinó. Había un vacío rugiendo en mis oídos y parecía que el bar se estaba acortando, sin aire suficiente y sin bastante luz. Era como si el pesado tono grave del pulso continuo del Purgatorio estuviera de repente retumbando dentro de mi cerebro.

Rafe se me quedó mirando tranquilamente.

—Lo siento Cassie, no fue mi intención decírtelo de esa manera.

Por un momento, tan solo lo miré fijamente, un relámpago de comprensión atravesó mi mente como un trallazo. Sabía que el hechizo era malicioso; mis propias reacciones habían sido más que suficientes para eso, pero ni siquiera me había planteado si podía llegar hasta ahí. Mircea era un maestro del primer nivel. Solo había un puñado en el mundo y era casi imposible matarlos. La idea de su muerte a causa de un hechizo, cualquier hechizo, era una locura, pero especialmente uno que ni siquiera había sido diseñado como un arma para matar.

—Tiene que haber algún error —le dije finalmente—. Sé que estás sufriendo, pero...

—No sufriendo, *mia stella* —me susurró—. Muriendo.

—Pero si yo voy hacia ello, ¡sólo hará que las cosas empeoren!

Rafe se estremeció cuando solté el pronombre inadecuado, pero no siguió hablando.

—La Cónsul ha convocado a expertos de todas las partes del mundo. Y tú sabes que a ella no le mentirían. —No, no podía imaginármelo. La Cónsul lideraba el Senado vampiro y era, con mucho, su miembro más tenebroso—. Escuché a uno decirle que si completas el hechizo, a lo mejor... me liberarás. Pero no sabía de nada más que pudiera hacerlo.

—Encontraré otro modo —le prometí, sintiendo ganas de vomitar.

Rafe me miró realmente perplejo ante mi negativa. Como si pedirme que arriesgara una vida entera de esclavitud no fuera algo grande.

—No veo qué le pasa a este. Mircea nunca te haría daño...

—¡No se trata de eso! ¿Cuánto has disfrutado siendo el mensajero eterno de Tony?

—Mircea no es como ese bastardo de Antonio —dijo Rafe, horrorizado.

Sacudí la cabeza con frustración. No, Mircea no era Tony; a pesar del *geis*, a pesar de todo. Eso ya lo sabía, pero era un vampiro y a la única cosa a la que los vampiros no se pueden resistir es al poder. Si el *geis* le daba a Mircea el control sobre el mío, él lo utilizaría y, al igual que con Tony, no podría decir nada de lo que hiciera con él.

Tony me quería muerta sobre todo porque le había tendido una trampa con los agentes del FBI. Había tenido un gran número de razones para ayudarles, pero en lo alto de la lista estaba el que él había usado mis visiones para que le indicaran el lugar en donde el desastre estaba a punto de ocurrir y, por lo tanto, donde podía encontrar una oportunidad para sacarle provecho. Joven e ingenua, yo le había creído cuando me aseguraba que él quería la información para alertar a las personas que pronto estarían en peligro. Cuando averigüé lo que había estado haciendo realmente, juré que nunca volvería a utilizar mis visiones para eso. Él no lo haría, nadie lo haría.

Tragué saliva, sabiendo que esto no iba a acabar bien, pero tenía que preguntar:

—Dime la verdad, Rafe. ¿Fue Mircea el que te envió?

Si realmente se estaba muriendo, tendría sentido que hubiera mandado a Rafe para que me lo dijera. Mircea me había salvado la vida al denegar a Tony su venganza. Le debía una y yo había esperado a que intentara aprovecharse de eso.

Lo que no tenía sentido era el por qué le ordenaría a Rafe que me diera un pretexto detallado para hacerme creer que realmente le había dicho que no se acercara. Pero aunque Mircea ya parecía que estaba a principios de los treinta, tenía quinientos años. Y, como a la mayoría de los vampiros mayores, calificar de bizantinos sus procesos mentales era quedarse muy corto. Había descubierto hacía mucho tiempo que la manera más fácil de averiguar lo que en realidad quería un vampiro era buscar lo que le beneficiara más e ignorar todo lo demás. Y lo que beneficiaría a Mircea era completar el *geis*.

Rafe me guiñó los ojos, y por un momento hubo algo perdido y abierto de par en par en su expresión, algo casi magullado.

—¿Crees que te mentiría?

—Si Mircea te lo ordenara, sí. ¡No tendrías otra opción!

—Siempre hay otras opciones —dijo Rafe, ofendido—. Si me hubieran ordenado que te mintiera... —Se encogió de hombros—. No puedo hacer nada si a veces no soy tan buen actor.

—Pero tú le tienes mucho cariño a Mircea. Podría ser una orden con la que tú hubieras estado de acuerdo.

Suspiró con desesperación.

—Mircea tiene muchas cualidades buenas, Cassie. Las conozco bien. Pero también tiene defectos, uno en concreto que espero que no acabe siendo mortal. Es testarudo. Demasiado como para escuchar a los expertos de la Cónsul cuando le dicen que él no puede rechazar esto. Demasiado testarudo para creer que incluso su poder puede fallar. Y demasiado orgulloso para admitirlo, ¡eso si es que se lo creyera!

Eso sonaba a Mircea, y yo nunca me había dejado de preguntar cómo reaccionaría si el *geis* no funcionara. Si sucediera algo, yo había asumido que su único pensamiento sería utilizarlo para ponerme bajo su poder. Pero mientras que ya casi me había acostumbrado a que mi vida girara sin control, no cabe duda de que no era su norma. Mircea manipulaba a otras personas, las utilizaba para conseguir lo que él o lo que el Senado quería. No estaba acostumbrado a que nada ni nadie le hiciera lo mismo a él.

—Y ten esto en cuenta —dijo Rafe urgentemente— cuando pienses en engaño: el mago Pritkin no tiene ninguna razón para salvar a Mircea. Si él muere, el hechizo se rompe. Todo lo que tiene que hacer es andarse con rodeos el tiempo suficiente para que esto pase y tú seas libre.

Una negativa automática creció en mis labios, pero se agotó antes de que pudiera

pronunciarla. El Códice contenía algún hechizo misterioso que Pritkin no quería encontrar. Nos habíamos puesto de acuerdo en que una vez que supiéramos dónde estaba el libro, le dejaría eliminarlo antes de que yo buscara el contrahechizo para el *geis*. ¿Pero qué pasaba si él no confiaba en mí? No conocía lo suficiente a la comunidad mágica como para saber a quién pedirle información, así que todos los expertos con los que habíamos hablado habían sido de Pritkin. ¿Todo ese asunto de «tú vete, yo me quedo» en París había sido por mi bienestar o era un intento de asegurarse que yo no encontraría nada? ¿Y si la verdadera razón por la que seguimos encaminándonos era porque eso era lo que él quería?

—Casi se me olvida. Tengo algo para ti. —Rafe buscó a tientas por debajo de su capa durante un momento, luego sacó un paquete pequeño envuelto en una pieza de fieltro negro.

—Los duendes se lo devolvieron a Mircea. Como maestro tuyo, supusieron que él te las podría dar.

Rompí el fieltro y un paquete viejo y andrajoso de cartas del tarot se cayó en mis manos. Estaban sucias y arrugadas, y muchas de ellas se estaban quedando sin esquinas. Me quedé un poco sorprendida al verlas, ya que las había perdido en un viaje desastroso al Reino de la Fantasía en busca de Mircea. Me había alegrado de haber salido con vida de allí y no me había preocupado mucho de lo que me había dejado.

De repente una carta se asomó de la baraja sin que yo la hubiera ayudado a salir.

—El mago invertido —dijo una voz resonante, antes de que la pudiera volver a poner en su sitio y metiera el paquete en el bolsillo de mis pantalones cortos. No me dio ninguna tranquilidad.

Mi antigua institutriz había tenido la baraja hechizada para informar del clima espiritual total de una situación. Se suponía que era una broma, pero con los años, me di cuenta de que sus predicciones eran deprimentemente correctas. Eso era un problema porque, no importaba cómo intentara darle la vuelta, el Mago III Dignificado nunca era algo bueno.

¿Sabes esos tipos con los tres granos debajo de las conchas en carnaval? ¿Esos con animales disecados que van todos mohosos porque nunca les ha importado nada? El Mago III Dignificado se parecía mucho a ellos: un comercial o estafador que puede hacer que te creas casi todo. Puedes evitarlo, pero lo tendrás siempre pegado a tus talones, porque él no parecerá un impostor.

Había guardado la carta con precaución, pero la imagen de la cara del mago pequeño aún parecía estar suspendida en el aire enfrente de mí. Y mi imaginación le estaba dando los ojos verdes y brillantes de Pritkin. No sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar para asegurarse de que el hechizo continuara perdido. Y si Mircea muriese, mi mayor razón para encontrar el *Códice* moriría con él. A lo mejor Pritkin

no consideraba una sola muerte un precio muy alto que pagar para mantenerlo en silencio.

Sobre todo si esa muerte era la de un vampiro.

Rafe me miró en silencio durante un momento, luego se aclaró la garganta.

—Podría haber una alternativa.

Esperé, pero él tan solo se quedó allí sentado, su mandíbula funcionaba, pero no salió ningún sonido.

—Te escucho.

—No te lo puedo decir —dijo finalmente, sonando derrotado. Aparentemente la orden de Mircea no había sido tan deficiente después de todo.

Miré a Billy, que suspiraba y se encogía de hombros. No le gustan las posesiones, pero le permiten andar de puntillas a través de los pensamientos de alguien, reuniendo información perdida de aquí y de allá. Y yo dudaba que Mircea le hubiera prohibido a Rafe pensar en lo que fuera que él no quisiera saber.

—Suelta tus protecciones —le dije— y mantén ese pensamiento.

Rafe parecía un poco nervioso, pero Billy se deslizó dentro de su piel unos segundos después; tenía que hacerlo cuando se lo pidiera. Miré a mi alrededor, preguntándome lo que dirían los turistas si supieran que en este momento un fantasma estaba poseyendo a un vampiro a unos pocos metros de ellos. Hacía que los espectáculos del escenario del Dante parecieran un poco flojillos comparado con este. Entonces Billy salió por el otro lado de Rafe como un histérico:

—No, demonios, no.

—¿Qué has visto?

—Nada. Nada en absoluto.

—Estás mintiendo. —No podía creerlo. Billy tiene un montón de defectos, pero él no miente. No a mí.

La expresión de su mandíbula y sus ojos color avellana parecían más implacables que nunca.

—Y si estoy mintiendo, ¡es por tu propio bien!

Según dice la tradición, existen cuatro razones principales por las que un fantasma se aparece a los mortales: para reprochar, advertir, recordar o aconsejar. Yo podía añadir unas cuantas más: molestar, bloquear o en el caso de Billy Joe, para mandarlos seriamente a la mierda.

—Yo juzgaré eso —le dije de manera enfadada.

—¿Y tus juicios han sido tan buenos hasta ahora?

—¿Disculpa?

—Cada vez que te involucras con los vampiros, pasa algo malo. —Billy levantó tres dedos translúcidos—. Tomas. «¡Oh Billy! Tan solo es un dulce niño callejero que necesita un hogar». Un dulce callejero que resultó ser un vampiro maestro disfrazado

que te traicionó y ¡que casi te mata!

Bajó un dedo.

—Mircea. «¡Oh Billy! Lo conozco desde siempre, no tenemos por qué preocuparnos». Hasta que te puso ese maldito *geis* y te manipuló para que te convirtieras en pitia; eso es lo que pasa.

Bajó otro dedo, dejándome mirando fijamente un gesto grosero.

—¿Ves por qué estoy un poco preocupado?

—¡Pero de todas formas ya estoy involucrada en esto! —le recordé fuertemente.

—No te gustará.

—Ya no me gusta. ¡Dímelo! —El camarero me estaba mirando como si fuera algo gracioso. Probablemente se estaba preguntando por qué estaba chillando en el bar.

—Tu amigote ha estado haciendo algunas investigaciones —dijo Billy con una desgana obvia— y escuchó un rumor. Pero seguramente no sea más que eso. Las personas han estado especulando sobre el Códice durante siglos.

Rafe sacudió la cabeza, luego volvió a aclararse la garganta. El camarero empezó a alejarse poco a poco. Le envié una sonrisa, pero sus ojos decían claramente que pensaba que estábamos Chiflados. No me hubiera preocupado tanto sino pensara que tenía parte de razón.

—¡Billy!

Suspiró.

—Dicen que el Códice nunca se perdió, que los magos lo han tenido todo este tiempo, pero han hecho circular el rumor porque no querían que nadie más lo buscara.

—Maravilloso —dije malhumorada—. Justo lo que necesito es otra confrontación con el Círculo.

—Cass —dijo Billy, casi amablemente—, hay más de uno.

Me llevó un momento entender lo que quería decir; entonces mis ojos se deslizaron automáticamente hacia Rafe.

—¿El Negro lo tiene? —susurré con una voz baja violenta.

El Círculo Negro era un grupo de practicantes de magia negra, gente que no tenía escrúpulos con tal de obtener poder ni tampoco para lo que hicieran con él. Hacía poco se habían aliado con algunos vampiros pícaros contra el Círculo Plateado y el Senado vampiro: una guerra que amenazaba con tragarse por completo el mundo sobrenatural. Hasta ahora, la mayoría de las veces me las había apañado para mantenerme alejada y, la verdad, quería que siguiera siendo así.

Por lo menos Rafe tuvo la cortesía de parecer un poco avergonzado.

—Estoy intentando evitar tener más enemigos —le dije en alto

—Y si Mircea quiere asaltar una fortaleza oscura, tiene a personas que lo harán —señaló Billy. Segurísimo que no nos necesita.

Asentí con la cabeza de manera enfática. Por una vez, lo que Billy estaba diciendo tenía mucho sentido. Rafe parecía perdido, incapaz de escuchar a Billy cuando no estaba en su terreno, por decirlo de alguna manera.

—Mircea tiene una cuadra preparada... —comencé, hasta que Rafe me cortó con un gesto nervioso.

—Ninguno de ellos hará nada —dijo con voz ronca, como si estuviera medio atragantado. Fui al otro lado de la barra para cogerle un poco de agua.

—¿Por qué? ¿No quieren que él muera?

—¡No! —Miró a su alrededor inquietamente, pero lo que había sido casi un grito se había perdido en el sonido de la música y en el murmullo de la conversación. Se inclinó sobre la barra del bar y dejó salir su voz en un susurro, tan baja que prácticamente tuve que leerle los labios—. Podría haber unos cuantos a los que no les gustan sus puestos, quienes piensan que podrían hacerlo mejor en otro lugar, pero la mayoría de ellos son bastante sabios para ver que... —Se detuvo.

—¿Ver qué?

Rafe cogió el vaso que le había dado, pero no bebió. Lo posó y comenzó a restregar las dos manos por encima de la barra del bar con un movimiento inconsciente, angustiado.

—Si Tony no está y Mircea se muere, no habrá nadie que nos proteja. La familia estará destrozada, otros maestros nos cogerán a cada uno de nosotros para añadirnos a su base de poder. Y no nos conocerán, Cassie; no les importará. Para ellos seremos mercancía, nada más. Cosas para usar y tirar cuando no logremos complacerles.

Me maldije a mí misma mentalmente por no pensar que ese momento podía llegar. Estaba claro que la muerte de Mircea sería más que una tragedia personal: su puesto como patriarca familiar lo aseguraba. Y sería devastador para personas como Rafe.

Él nunca le había tenido mucho respeto a Tony, donde un dedo índice inmóvil significaba más que un genio artístico. Pero al menos, conocía las normas de la familia y dónde encajaba en la jerarquía. En una nueva familia habría una lucha constante por un puesto, quizá durante décadas. Y Rafe no era un guerrero. Podría no durar lo bastante como para hacerse con un nuevo sitio para él.

—Entonces, ¿por qué la familia no le va a ayudar? —le pregunté—. ¡Ellos corren el mismo peligro que él!

—¡Porque la Cónsul lo ha prohibido! —susurró Rafe—. ¡Sólo con estar aquí me arriesgo a desatar su ira!

Bueno, eso explicaba el nerviosismo.

—¿Y por qué haría ella eso? —La Cónsul era tan asustadiza que no podía esperar ganar la guerra sola. Últimamente, el Senado solo era tan fuerte como sus miembros y ya había perdido más de un cuarto de ellos por combatir o traicionar. Ella no se

podía permitir perder también a Mircea.

—Ella dice que ya se está haciendo todo lo posible, y que solo empeoraremos las cosas si interferimos. Pero creo que hay mucho más que eso detrás. Tú eres la persona obvia a la que nosotros buscamos y ella no quiere que nosotros te ayudemos.

—¡Pero estoy intentando ayudar! —Hacerme con el *geis* me beneficiaría tanto como a Mircea, y si había algo que hubiera pensado que la Cónsul entendería, era de interés personal.

—Eso ya lo sé, Cassie, pero ella no. Ella cree que tú aún estás enfadada con él por pedir el *geis* y podría tratar de convertirse en venganza. Ella sabe que tú no tienes que ayudarlo, que una vez que él muera, el *geis* se romperá...

—¿De verdad ella cree que haría eso? ¿Mantenerme al margen y verlo morir?

Las manos de Rafe se agarraron a la parte de arriba de la barra del bar.

—No sé lo que podría pensar en circunstancias normales. Pero ¡éstas no son normales! Estamos en guerra y ella tiene miedo de perderlo. Y es más, ella tiene miedo de tu poder. El miedo no es una emoción que ella siente a menudo, y cuando lo hace... tiende a reaccionar de forma exagerada. A lo mejor, si hablaras con ella...

Le lancé una mirada, pero no se molestó en contestar. Tenía la sospecha de que el plan de la Cónsul para librar a Mircea del hechizo podría involucrar matar al que le había lanzado ese hechizo. Quien, gracias a la ya mencionada mierda de la línea del tiempo, era yo.

—Mircea no va a morir —dije, intentando convencerme a mí misma y convencer a Rafe—. Es un miembro del Senado, ¿no un recién nacido!

Rafe no contestó. En lugar de eso, tendió la mano y la abrió para dejarme ver una horquilla fina de platino. La reconocí inmediatamente. A diferencia de un montón de vampiros ancianos, Mircea no solía vestir con la ropa que utilizaba cuando era joven. Solo se la vi llevar una vez y había sido para hacer una declaración política. Él prefería el atuendo moderno y sencillo con la única señal exterior de su origen: la longitud de su pelo. Una vez me había dicho que en su época sólo los siervos y los esclavos llevaban el pelo corto y que él nunca había sido capaz de superar ese prejuicio. Pero incluso allí, él se ajustaba a las convenciones modernas y mantenía su pelo atado en la base de su cuello. Con esa horquilla.

Me quedé a un par de pasos de distancia, desesperada por no tener una visión. Sólo pensar en Mircea ya era bastante difícil: no podía arriesgarme a verlo. Pero esta vez, no tuve el cuidado suficiente. Una ola de imágenes chocó contra mí y me arrastró.

Pestañee y mis ojos enfocaron una nueva escena, me zumbaban los oídos a causa del silencio repentino. Velas con una luz tenue proyectaban un charco de luz dorada pálida alrededor de una cama grande, elevada a unos pocos pies del resto de la habitación. Me dio la sensación de estar en un ambiente cómodo: madera oscura,

alfombras suaves y un montón de antigüedades pesadas, pero no podía centrarme en ellas. Toda mi atención se la había llevado el cuerpo que yacía sobre las sábanas arrugadas, piel blanca como la porcelana al lado del tejido del color chocolate. Las sombras azules oscuras suavizaban las líneas fuertes y limpias, cubriéndolas con una belleza sutil completamente distinta a la electricidad. Observando cómo las llamas de tono naranja dorado corrían por los músculos de Mircea, por fin comprendí el encanto de las luces de las velas.

Se había desabrochado la camisa, pero aún la tenía puesta; eso era todo lo que llevaba puesto. La tela blanca y delgada que le cubría apenas se veía, translúcida por el sudor que la empapaba. Una rápida sucesión de imágenes desfiló ante mí; ninguna de ellas estabilizaba mis emociones: pezones tensados al máximo, los músculos del estómago temblando, las caderas perfectas y tensas, ojos ámbar líquido.

Su cuerpo, ya tenso a causa del dolor, de repente se estremeció y se giró violentamente. Su espalda estaba arqueada con el pecho hacia afuera; sus músculos flexionados de tal forma que parecía que su espina dorsal iba a romperse. Sus dedos abiertos sobre las sábanas húmedas sin poder hacer nada, sus muslos temblaban como si acabara de correr una maratón. Su cabeza contra el colchón, los dientes apretados, los tendones de su cuello marcados de forma austera. Lo miré fijamente con un dolor que me oprimía el corazón y que me hacía querer cogerle y agarrarme a él, como si eso, de algún modo, le mantuviera a salvo. En lugar de condenarnos a los dos.

Por fin sus miembros se destensaron y se tumbó sobre su espalda. Aún respiraba con dificultad; los temblores siguieron durante largos minutos. Unos pocos mechones de pelo oscuro brillante estaban pegados a su garganta. Eran de un color distinto al de sus ojos y las venas azules pálidas eran visibles justo debajo de su piel; este era su único color.

Su cara no tenía por una vez la máscara agradable que solía llevar y parecía que estaba hambriento, casi como una fiera. Tenía los ojos abiertos de par en par, enfocados intensamente en el techo y estaba murmurando algo con una voz ronca y poco clara. Luego, se detuvo, apretando los puños contra las sábanas húmedas que tenía debajo. Había un olor a sangre en sus labios de cuando se los había mordido en el ataque. Se lamió la sangre mientras su mirada repentina se movía rápidamente por la habitación. Aunque en realidad yo no estaba allí, aunque seguramente él no me podía ver, de repente unos ojos febriles y encendidos con fuego me lanzaron una mirada.

—Cassie. —Mi nombre era mitad caricia, mitad gruñido.

Me vi en lo alto de los escalones, como si su voz me hubiera llamado. No sentía pánico, las visiones no es que sean exactamente poco corrientes para mí, pero esta en particular me comunicaba algo más que simples imágenes. Podía sentirlo todo: la madera pulida de los pilares de la cama, aromatizada con cera de abeja; las cortinas

de terciopelo marrón y pesadas, atadas con una cuerda suave de satén y el contorno sedoso que las ribeteaba deslizándose suavemente sobre mis nudillos. Nunca me había pasado eso en una visión.

Lentamente caí en la cuenta de que me podía haber transportado accidentalmente aunque eso parecía imposible. Desde que me había convertido en pitia, había tenido mi poder bajo control y no al revés. Yo decidía adónde iba y cuándo. Empecé a echarme hacia atrás cuando una mano que temblaba se levantó y se deslizó por mi muslo, febrilmente caliente sobre mi piel. Estaba claro, podía haberme equivocado.

El pelo de Mircea colgaba lacio, sin vida y enredado y sus mejillas sobresalían claramente debajo de la piel amoratada. A pesar de la solidez de su cuerpo, parecía agotado. Pero los ojos eran los mismos: abrasadores, brillantes y peligrosos. La intensidad que tenían hizo que me decidiera a que, después de todo, quizá debiera dejarme llevar por el pánico, sobre todo cuando se me comenzó a erizar la piel, y no era de miedo.

Sin avisarme, mis piernas se aflojaron y me caí en una depresión ya caliente de su cuerpo, su perfume se aferraba a todas las cosas como una neblina adulterada. Su almizcle era casi un sabor que me rodeaba con algo oscuro, dulce y salvaje. Me desconcertó, mi cerebro intentaba catalogar demasiado a la vez: las sábanas, la ropa de cama tradicional, limpia y almidonada tan finamente hecha que podía haber sido de seda; las motas de polvo brillaban con la luz de las velas como si fueran polvo dorado; unas cuantas gotas de sudor del pelo de Mircea cayeron sobre mi mejilla como si fueran lágrimas; y el peso de su cuerpo sobre el mío, su presión entre mis piernas, firme, y la sangre caliente.

Tomó mi boca con fuerza, los dientes y los labios casi de manera feroz. Me mordió el labio inferior hasta que me escoció, luego le pasó la lengua a las marcas con movimientos rápidos que me aliviaban solo un poco y lo dejaba incluso más sensible para el siguiente mordisco. Refunfuñó, las palabras no tenían sentido, pero el pensamiento era claro como el cristal: «Eres mía».

Justo cuando decidí que no había nada en el mundo excepto esa boca hábil, comenzó a darle forma a mi cuerpo con sus manos, deslizándose por mis caderas y estómago, hasta mi pecho y hombros, luego hacia mi garganta y de vuelta hacia abajo. El PVC conducía el calor casi tan bien como la piel desnuda; cada roce quemaba, cada movimiento posesivo de sus manos decían «eres mía» sin necesidad de que pronunciara las palabras.

Había estado viviendo con el hambre provocada por el *geis* y ya casi me había acostumbrado, casi había olvidado la satisfacción que se sentía, hasta que el calor de su roce me lo recordó. Sus dedos apretaban con una fuerza que magullaba, pero apenas lo notaba. Un beso lento y cariñoso siguió a otro mordisco provocador. Mis ojos permanecían cerrados, soñando, mientras me marcaba con sus labios y dientes y

un deslizamiento de manos adictivo.

Sus sentimientos resonaban a través del vínculo, tan fuerte como si él hubiera hablado, y podía sentir su dureza sobre mí. Dolía que aún estuviéramos separados, aún éramos cuerpos separados cuando el *geis* quería que los dos fuéramos uno. Era un dolor profundo y vacío, como el hambre que va más allá de la inanición, donde la necesidad es una punzada que se convierte en una nada larga y corroyente. Nunca había conocido un hambre semejante con la comida, pero aun así lo reconocía. El hambre puede tener muchas formas.

Me había pasado toda mi vida de adulta volviendo a empezar. Había estado constantemente huyendo de cualquiera, de Tony, del Senado o del Círculo; nunca me quedaba mucho tiempo en el mismo sitio, no quería conocer a nadie porque sabía que muy pronto volvería a marcharme y los dejaría atrás. Había aprendido a no querer las cosas, a intentar no esperar nada porque si me acostumbraba estando allí, sería mucho más duro cuando tuviera que dejarlas. Había mirado a una persona tras otra con ojos paranoicos, manteniéndolos a todos (amigos potenciales, enemigos, amantes) a una distancia de seguridad dolorosa. Y todo ese tiempo, el hambre crecía por alguien que se quedara, alguien permanente, alguien que fuera mío.

Y ahora el *geis* estaba susurrando, de manera tan seductiva que podía tenerlo todo: a Mircea, una familia, un mundo entero que yo entendía y que me entendía a mí. Podría ser humana, pero no creía que fuera como ellos. No me había dado cuenta de lo mucho que lo había hecho hasta estas últimas semanas, cuando me había perdido en un mar de magia humana que no tenía sentido, en razonamientos humanos que no podía seguir y en peleas humanas que podrían acabar destruyéndome. Sentía un deseo repentino e intenso por piel fría, voces silenciosas y ojos antiguos. Por un hogar.

Sólo que ya no tenía ninguna de esas cosas. Tan solo era yo, pensé amargamente, acariciando las líneas angulosas de sus mejillas con mis pulgares. El único sitio en que realmente me sentía como en casa era el último sitio al que iría nunca.

Mis manos se enterraron en su pelo, incluso mientras mi cerebro intentaba tratar esto como todas las cosas que siempre quise y que nunca me habían permitido tener. Pero la división y el compromiso de mis sentimientos no estaban funcionando. Nada de mí quería escuchar un «más tarde» o «espera» o «demasiado peligroso»; no con ese pelo oscuro corriendo por mis dedos, envuelto como una restricción de seda alrededor de mi muñeca, justo tan suave como parecía, y bonito, increíblemente bonito.

Exploré su cuerpo mientras el hambre y un profundo deseo de posesión se debatían con la precaución de toda una vida. Me moría por tener esto. Mis manos temblaron cuando pasaron por la curva de sus piernas hasta el hueco de sus rodillas, la cima de sus muslos. No era bastante y era demasiado. Necesitaba salir ya de allí,

pero nunca había deseado quedarme tanto en toda mi vida.

Cogí su camisa, se la aparté hasta los brazos. Sus hombros eran lo bastante anchos como para que me tuviera que estirar para desnudarlos, los músculos se anudaban con tensión cuando mis manos se deslizaban sobre ellos; el sudor resbalaba en las palmas de mis manos. *Yo podría tener esto*. Debatí conmigo misma, *solo por un minuto*, unos pocos segundos robados antes de que hiciera lo correcto y saliera de allí.

Le acaricié los bíceps hasta las duras alas que formaban sus clavículas y la fuerte columna de su cuello. El cuerpo de Mircea eran líneas largas, relucientes; los ángulos estaban suavizados por puro músculo, el cuerpo clásico de un corredor, nadador, un esgrimista. Llegué a su mejilla y seguí la línea de su mandíbula, donde un músculo temblaba sin poder hacer nada, hasta llegar a los labios que se abrieron con el roce de mis dedos.

Su lengua pasó entre mis dedos de la misma manera que su voz había hecho temblar toda mi piel cuando examinaba la curva de ese labio inferior. Nuestros ojos se encontraron, y sentí que podía caer en esa mirada ámbar durante semanas si yo misma lo permitiera. Esperé a que él me besara, pero en lugar de eso, sus labios encontraron mi cuello, tocándolo suavemente con su boca, su lengua se deslizó al hueso antes de volver a subir a explorar la piel vulnerable de mi garganta.

Los dientes me rozaron, una sensación pequeña precisamente en el lugar preciso donde un vampiro te mordería, pero no tenía miedo. Despegada, suelta, flotando en la ingravidez, pero no asustada. Se retrajo lentamente, su lengua se deslizaba lentamente y de manera posesiva justo sobre mi pulso, y una vez más sentí sus dientes. No eran las cuchillas desafiladas de un humano, sino que era algo afilado que me recordaba con quién estaba en la cama. Pero aun así, seguía sin estar asustada. Porque Mircea nunca me mordería.

Solamente había agarrado la carne por encima de la yugular, lo bastante fuerte para que yo pudiera sentirlo, y no la soltaba. Era una sensación ligera, sin dolor, pero mi pulso estaba latiendo fuerte contra la presión de sus labios y sentía un dolor claustrofóbico cuando tragaba saliva.

—Mircea —comencé, y sentí los colmillos entrando en mi piel.

Durante un momento de terror, mi corazón daba trompicones en mi pecho, dividido entre abrirse camino a través de mi tórax y detenerse, todo al mismo tiempo. Pero no podía concentrarme en lo que su error controlado podría significar porque inmediatamente al dolor le siguió un oleaje ingravido de mera necesidad. Estaba haciendo rozar nuestras caderas una contra otra mientras clavaba sus dientes más adentro, la agonía brillante rota por flases estroboscópicos de intenso placer; todo sangraba en una ola surrealista de sensación que crecía y caía con cada movimiento sinuoso de su cuerpo.

Comencé a hacer esos sonidos, gimoteos altos y ahogados y pequeños jadeos débiles, que no sonaban para nada a mí. Arquee la espalda cuando Mircea comenzó a alimentarse, la sensación se ondulaba a través de mí con un chisporroteo casi audible. Parecía liberar alguna parte de mí que había estado estirada muy fuerte durante mucho tiempo, como una banda elástica que se estira hasta el límite. Finalmente se rompió con un chasquido que sentí en el hueso como si una articulación dislocada de repente se hubiera vuelto a poner en su sitio. La total rectitud de la articulación me dejó sin aliento, murmurando por mis venas, diciéndome que yo pertenecía aquí, justo aquí, sólo aquí. Jadeé con asombro, la tensión indescriptible fluía hacia afuera mientras me relajaba en el abrazo de Mircea.

Podía sentir mi sangre entrando en él, caliente y viva, con el pulso acelerado. Intenté apartarlo, pero, en lugar de eso, mis manos se encontraron con sus hombros y lo acerqué hacia mí un poquito más. Mircea me inmovilizó con una mano en el pelo y la otra detrás de mis caderas, uniéndonos.

Y después yo estaba sentada en la orilla de la playa, el agua verde azulada rozaba mis pies medio enterrados en la arena.

Miré a mi alrededor frenéticamente, desorientada, esperando que alguien me atacara desde algún sitio. Me di la vuelta y me aferré a la arena, intentando ser un objetivo más pequeño, y por un momento el sol cegó mis ojos. Me quedé inmóvil, segura de que alguien usaría esa ventaja para acercarse sigilosamente, pero no pasó nada. Pestañee un par de segundos hasta que pude obtener una vista clara, pero todo lo que veía era sol, cielo y arena y, en la cima de una colina rocosa, un pequeño templo cayéndose a trozos.

Seguía sin pasar nada. Después de un momento, mi corazón dejó de latir como si se me fuera a salir del pecho y volvió a la normalidad. Me quedé allí tumbada y observé una bandada de pequeños pájaros marrones entrando y saliendo del tejado del templo, donde parecía que había un nido. Aparte de las olas que me rozaban los tobillos, eran las únicas cosas que se movían en toda la playa.

Finalmente, cuando nada me atacó, me incorporé y me puse de rodillas. Mi mente, ya con menos adrenalina, pudo volver a pensar, así que supe quién era el que tenía que volver a ver. El ser que una vez había sido dueño de mi poder se me había aparecido antes en una situación similar. Parecía que encontraba divertido visitarme en los momentos más incómodos posibles.

Uno de los pequeños pájaros marrones iba dando saltitos por la arena, su pie hacía hendiduras borrosas que el agua volvía a llenar rápidamente. Corría hacia la arena mojada cuando las olas se retiraban, buscando cualquier trocito comestible que se pudiera haber dejado atrás, luego las perseguía cuando se iban hacia el mar. Al final se cansó del juego y saltó sobre mí, buscando que le diera algo. Parpadeé y cuando volví a mirar, un rubio guapo con una túnica demasiado corta descansaba sobre la

arena a mi lado. Por un segundo pensé que había aplastado al pequeño pájaro, pero luego me di cuenta de la verdad.

—Todo soy yo, Herófila —me dijo, gesticulando—. Las olas, la arena y, por supuesto, el sol, aunque es más fácil conversar de esta manera.

—¡Me llamo Cassandra! —le dije bruscamente.

Me había dado el nombre de la segunda pitia de Delfos, su santuario antiguo, cuando nos conocimos por primera vez. Se suponía que era algún tipo de título de reinado, pero no me sentía cómoda usándolo cuando no sabía cómo hacer el trabajo que representaba. Sin mencionar que el nombre era horrible.

—¿Dónde has estado? —le pregunté—. Prometiste que me formarías. ¡Eso no se traduce en dejarme colgada durante una semana! ¿Sabes lo cerca que he estado de estropearlo todo?

—Sí. Por eso fue por lo que te saqué de allí. —Levantó la mirada, mientras jugaba con un trozo de alga marina. A diferencia de la última vez que lo había visto, no parecía que estuviera cubierto con polvo dorado. Pero aún no podía verle la cara, la cual era simplemente un óvalo de luz. Era más extraño que majestuoso; era como hablar con una lámpara muy grande—. No puedes seguir así. Tenemos que hacer algo con el *geis*: es una distracción.

—¿Una distracción? —Podía pensar en un montón de maneras de describirlo y seguramente esa no estaría en la lista—. Mircea se está muriendo y ¡seguramente yo sea la próxima!

—No si recuperas el Códice. La respuesta que estás buscando está allí.

—¡Eso ya lo sé! Lo que no sé es dónde está o cómo encontrarlo. Cada líder que hemos tenido nos ha conducido a un final mortal, ¡casi literalmente con el último! ¿O es que no estabas prestando atención ayer?

Acabó de trenzar el alga marina y la ató alrededor de mi muñeca, estilo brazalete.

—Si fuera fácil, entonces no sería una prueba.

—No necesito más pruebas, ¡necesito ayuda!

—Ya tienes la ayuda que necesitas.

—Entonces supongo que la he tenido que dejar pasar sin darme cuenta.

—Encontrarás lo que necesitas cuando lo necesites. Quizá sea tu gran don, Herófila. Atraer a la gente.

—Vale, sólo que parece que todos quieren verme muerta.

Se rió, como si mi inminente fallecimiento fuera la cosa más graciosa que había escuchado en todo el día.

—Te prometí que te formarías. Muy bien, aquí tienes tu primera tarea. Encuentra el *Códice* y disipa el *geis* antes de que cause más complicaciones.

—¿Y si no puedo?

—Tengo fe en ti.

—Eres el único.

—Lo conseguirás, estoy seguro. Y si no —se encogió de hombros—, entonces no te mereces tu puesto.

Y luego volví: pegada a unos hombros desnudos y fuertes, los dedos se deslizaban sobre la piel resbaladiza por el sudor. Incluso para alguien acostumbrado a la manera brusca en que las visiones van y vienen, era un poco chocante, especialmente porque Mircea seguía alimentándose y seguía siendo asombroso.

Nunca me había sentido así de conectada, sujeta, tan cerca de nadie y quería que siguiera así para siempre. Después de un momento me di cuenta de que solamente eso era lo que parecía que estaba pasando. Y aunque mi corazón estaba rugiendo en mis oídos, motitas estaban nadando enfrente de mis ojos y mi respiración iba acompañada de gritos ahogados, él no se detenía.

—Para, Mircea —le dije tan claro como pude, teniendo en cuenta los colmillos en mi garganta. No hizo nada, aparte de apretarme la cadera, caliente por la fiebre, incluso por encima del pantalón—. ¡Mircea! A no ser que planees matarme, ¡para!

Empujé lo más fuerte que pude, sin importarme en ese momento si el movimiento me rompía el cuello, solo quería que se quitara de encima. Mis manos estaban en un ángulo incómodo sobre sus hombros y mi fuerza no podía hacer nada contra la suya, pero pareció que algo de lo que había hecho había funcionado. Se detuvo.

Pude sentir una sensación de duda en él, la necesidad se enfrentaba con la razón y durante un momento, realmente no sabía quién ganaría. Luego, lentamente, como si se estuviera moviendo debajo del agua, se echó hacia atrás sacando sus dientes de mi cuello.

—Cassie... —Parecía aturdido, su voz era ronca y se entrecortaba un poco al final—. Pensaba que eras un sueño.

Me quedé mirándolo fijamente, mareada.

—Creo que quizá sea así.

Me miró, tragando saliva duramente, el brillo febril de sus ojos era incluso más intenso, como el de un adicto que se acaba de tomar una dosis.

—Entonces mis sueños están mejorando.

Lo besé, un rápido enredo de lenguas, calor y suavidad.

—Estamos buscando una solución.

—Lo sé. —Se detuvo y miró alrededor de la habitación, como si estuviera esperando ver algo o a alguien. Cuando no vio nada, se echó para atrás, se estremeció y tembló mientras se alejaba.

—¿Lo sabes? ¿Cómo? —La única respuesta que obtuve fue el agarrotamiento de sus músculos debajo de mis manos.

Cerró los ojos, para no poder verme.

—Tienes que irte, Cassie.

Era un buen consejo, pero no tenía sentido que Mircea fuera la persona que me lo diera. Yo sabía por qué estaba haciendo todo lo que podía para evitar completar el *geis*, pero él no tenía ningún motivo para hacerlo. Le sacaría de su suplicio actual y conseguiría una valiosa sirvienta. No había inconveniente.

—¿No quieres completar el *geis*? —le pregunté lentamente, segura de que se me estaba pasando algo.

—No. —Apretó los puños en las sábanas, lo bastante fuerte como para que los nudillos se le pusieran blancos—. ¡Quiero que te vayas!

—No entiendo. —Le toqué el hombro, sin pensar, mi propia mente aún seguía confusa por el hechizo y él se estremeció como si le hubiera pegado una bofetada. Se alejó de mí; se fue al otro lado de la cama y se quedó allí sentado frente a la pared.

—¡Vete, Cassie! Por favor.

—Vale, está bien.

Definitivamente estaba pasando algo extraño, pero no tenía tiempo para pensar qué era. Hubo un estallido, como un disparo y yo salté, luego me di cuenta que nadie estaba disparándome. La mano que Mircea había puesto alrededor del enorme pilar de la cama lo había partido en dos como si fuera una rama.

Cuando mi corazón volvió a latir, estaba volando, la oscuridad se tragó la habitación detrás de mí. Parpadeé con fuerza, intentando aclarar mi visión, y cuando volví a mirar, estaba de vuelta en el bar. El camarero se sobresaltó de repente al verme allí y salió volando hacia la sala de atrás.

Lo miré fijamente sin expresión en la cara, luego me pude ver en el espejo que había detrás de las botellas de licores. Reflejaba los ojos abiertos de par en par, mejillas coloradas y una boca hinchada por los besos. Me puse la mano en el cuello y cuando la miré, estaba roja. Observé fijamente la sangre en la palma de la mano e intenté decir algo. Pero no pude.

Rafe me dio una servilleta y yo la presioné sobre en mi garganta; el beso de Mircea aún vibraba en mis labios. Ya, la falta de su tacto era un dolor intenso detrás de las costillas, como si él hubiera dejado sus huellas marcadas en algo más profundo que mi piel.

—¿Ahora lo entiendes? —preguntó Rafe suavemente.

Asentí con la cabeza lentamente. Eso no había sido una visión. Me había transportado inconscientemente, directa al lado de Mircea, y si yo había perdido tanto el control, ¿cuánto peor había sido para él? Me di cuenta de que el *geis* no lo mataría: lo volvería loco. Y para detener un hambre así, más tarde o más temprano una persona pagaría cualquier precio.

Aunque tuviera que ser su propia vida.

El *Crystal Gazing* no es la voz periodística más respetada de la comunidad sobrenatural. Su eslogan publicitario ya lo dice todo: «Noticias que no deben publicarse». Pero, de vez en cuando, sus periodistas buscadores de escándalos aparecen con una historia que los periódicos más respetados rechazan como un simple rumor. Y raras veces, ese rumor resulta que es cierto.

Pero hasta ahora, aunque se especulaba mucho acerca de la identidad de la nueva pitia, nadie había conseguido averiguar el nombre. Era sólo cuestión de tiempo, pero yo agradecía cualquier aplazamiento. Y la falta de nueva información había permitido que las historias más jugosas mandaran esa a las páginas del final. El titular de, hoy trataba de una mujer desconocida que había estado asaltando las instalaciones del Círculo, aunque como de costumbre, el artículo carecía de hechos y le sobraban términos como «zorra vigilante» y «fanática atractiva». Silenciosamente le deseé suerte. Sus actividades podrían explicar por qué nadie había conseguido localizarme aún.

Se había acabado mi descanso, así que puse el periodicucho en mi taquilla para volver al trabajo. Mi actual actividad para matar el tiempo implicaba la búsqueda interminable de Casanova para encontrar nuevos modos de sacar un poco de pasta. De algún modo, había timado a uno de los nuevos y prometedores diseñadores de moda para alquilar una de las tiendas caras de la galería. Parte del trato había sido tener espacio para un espectáculo de moda al principio de cada nueva temporada, junto con los servicios de las chicas como modelos y bastantes empleados del casino para hacer el trabajo pesado. Yo, por supuesto, era una de esas personas.

Una mujer morena bonita estaba en la taquilla al lado de la mía, y nos detuvimos para evaluar la vestimenta que llevaba la otra. La suya consistía en un montón de pintura como de cadáver, un colgante de calaveras y una falda compuesta de brazos tullidos. Los habían cortado a la altura del codo, así que formaban un efecto de minifalda y se movían bastante, de modo que resultaban espeluznantes.

—Zombi —me dijo, pintándose los labios en el espejo que había en la parte interior de su taquilla.

—¿Disculpa?

—Ya sabes, las que solían trabajar en la parte de arriba.

—Pensaba que las habían cortado en tiras. —Habían estorbado al Círculo cuando me estaban buscando. Y aunque los zombis son bastante fuertes por lo general, no lo habían hecho muy bien cuando se enfrentaron a un cuadro de magos de la guerra.

—Bueno, sí, pero ya conoces al jefe. No quería desperdiciar ningún recurso.

—¿Qué dices?

—Dijo que era difícil conseguir a los que eran lo bastante listos para servir mesas, pero lo bastante dóciles para no merendarse a la clientela. Está utilizando camareros humanos mientras encuentra más, pero él quería algo que le recordara a todo el mundo que se supone que esto es un bar de zombis, así que...

—¿Él cogió las partes de sus cuerpos para vuestros trajes?

—No está tan mal —dijo, viendo mi expresión—. Salvo por sentirme manoseada cuando me siento.

—¿Qué?

Frunció el ceño mirando su falda.

—Uno de estos tipos sigue tocándome el culo. Pero cuando me quejé, los *bokores* me dijeron que no podían reemplazarlos todos, así que tenía que adivinar cuál era. Pero todos parecen iguales.

Contemplamos las cosas grises secas alrededor de su cintura durante un momento. Conseguí no estremecerme cada vez que un dedo huesudo rozaba su piel desnuda, pero mi vestido no era tan recatado. Así como mucha parte de la colección, estaba hechizado para responder al humor, con un repertorio que mataría de envidia a un camaleón. Había estado mostrando escenas de naturaleza tranquilas durante toda la mañana, pero ahora había cambiado a una bruma sucia amarilla y marrón, el color de la luz del sol filtrada a través de la contaminación.

—No había visto ese vestido antes —dijo la chica morena, sus ojos se entrecerraron.

—Estoy ayudando con el espectáculo.

—¿Como modelo? Pero si me dijeron que ya no necesitaban a ninguna chica más.

—No, sólo estoy haciendo cosas en el *backstage*, pero el diseñador quería que también nos vistiéramos.

—¡Ah! Entonces, está bien —dijo, enternecida—. Pensé que había algo que no iba bien. Quiero decir, no estás mal y todo eso, es sólo que... no eres exactamente...

—¿Carne de modelo? —Sonreí, pero mi vestido se cambió de color: al del horizonte sulfuroso amarillo y gris de San Francisco. *Genial*.

—Sí, eso es. —Cuando vio el nuevo color, se le arrugó la nariz—. ¡Oh! ¿Cómo puedes volver a cambiarlo para que tenga un color más bonito?

—No estoy segura. —Y no era muy probable que el diseñador, un rubio coqueto que se llamaba Augustine, aprobara el cambio.

—¡Anímate! —me dijo jovialmente—. De todas formas, si estás en el *backstage* seguro que nadie te ve.

Golpeó con su cadera la taquilla para cerrarla y aulló repentinamente cuando uno de sus brazos que se movían le tocó el culo. Y justo así, mi vestido volvió a tener el color de un día bonito soleado.

Bueno, ha sido más fácil de lo que pensaba.

Una cosa buena de mi última asignación había sido la oportunidad de conseguirle un trabajo a una amiga. Puesto que no tenía pasaporte, ni tarjeta de la seguridad social ni tampoco un buen dominio del inglés, me había estado preguntando cómo iba a ganarse la vida. Especialmente ya que sus referencias eran de hacía unos cuatrocientos años.

Encontré a Françoise en el *backstage* y le ayudé a ponerse el vestido que le habían asignado, una capa blanca sólida con una falda larga y unas mangas cortitas. Era bonito, pero no podía entender lo que estaba haciendo en una colección que hacía incluso palpar a las brujas ricas antes de hacer un pedido. Luego un pequeño punto se desprendió de un hombro, extendió ocho piernas negras pequeñas y se fue a trabajar.

Una fila de otros puntos que yo había confundido con botones se despegó de su hombro y siguieron al primero. Para cuando el vestido estuvo abrochado, las arañas habían cubierto la mitad del cuerpo con una tracería de encaje negro, tan delicado y complicado como las telarañas que imitaban. Los diseños se hacían y se deshacían constantemente, tan rápido que parecía que fuegos artificiales de seda explotaban por toda la tela, cada uno de ellos se abría en un diseño único antes de sufrir una metamorfosis y convertirse en otro incluso más elaborado.

Miré el vestido con admiración codiciosa mientras Françoise se ponía los guantes. Todas las modelos llevaban guantes, como una forma de unir la colección. En su caso, eran largos y negros y hacían doble servicio: tapaban además las cicatrices en donde hacía cuatrocientos años un torturador que conocía su arte la había dejado desfigurada para siempre.

Ella había nacido en el siglo XVII en Francia, donde se topó con la Inquisición, que no aprobaba a las brujas. Los había esquivado, pero se vio arrastrada contra su voluntad al Reino de la Fantasía; esclavos que intentaban hacer un franco rápido vendiendo brujas a los duendes. Las cicatrices se las hizo justo antes de que la secuestraran, y su comprador, un duende noble con una mujer celosa, no se había atrevido a curarlas. Al final se había escapado hasta llegar a los duendes oscuros, quienes decidieron que sería más útil como esclava que como comida. Claro que ellos no se habían dado cuenta de lo de las cicatrices.

Toda la aventura duró solo unos pocos años desde la perspectiva de Françoise, pero la línea del tiempo de los duendes no está sincronizada con la nuestra. Cuando finalmente logró escapar, el mundo que había conocido había desaparecido tiempo atrás. Por eso ella era la única persona que conocía a quien el destino se había deleitado en jugarle incluso más malas pasadas que a mí. Por suerte, era alta, morena y exótica, las características que no se habían valorado en su propio siglo, en donde preferían a las mujeres pequeñas, con pieles claras y tradicionales. Pero en nuestra época había sido suficiente para persuadir a Augustine de que pasara por alto su falta

de credenciales. Parecía que la amazona que estaba anticuada ayer era la supermodelo de hoy.

Una vez que Françoise estuvo lista, a la espera de un maquillaje que no necesitaba, puse toda mi atención en intentar ganarme un bolso de mano. Por fin lo arrinconé entre un perchero de vestidos y la pared. Salté, agarrando la manilla escamosa cuando se retorció e hizo todo lo posible por arañarme la cara.

Augustine apareció al lado de mi hombro, pero no se preocupó en ayudarme. Observó la lucha durante un momento por encima de las gafas púrpura salvaje que estaban a punto de caerse de su nariz larga. Se parecían a las que Elton John podría haber llevado para cantar Rocket Man, con montura ancha con brillantes. No le pegaban con sus ojos azules pálidos o con sus rizos arreglados con maña. Claro que era difícil pensar en cualquier cosa que las hubiera complementado.

—Hay algunas... personas... que preguntan por ti —me informó—. No tienen entradas y francamente...

—¿Qué personas? —pregunté, temiendo la respuesta. Podría enumerar a las personas que me podrían considerar su amiga con los dedos de una mano. Y excepto Rafe, ninguno de ellos sabía dónde me encontraba.

—Bueno, no lo sé, ¿no? —Los ojos de Augustine destellaban—. ¿Por qué no paro todo lo que estoy haciendo a tan solo unos segundos del espectáculo para ocuparme de tus amigos desaliñados que ni siquiera están en la lista de invitados?

No contesté de inmediato, porque la bolsa me estaba ganando por ahora. Le habían salido cuatro patas cortas y gruesas, y un hocico con una línea de dientes. Ahora una cola, cubierta de escamas duras de jade, sobresalió de repente del trasero, proporcionándole el equilibrio necesario para zafarse de mí. Se dejó caer al suelo y se alejó de prisa tras un cinturón de piel de serpiente. El cinturón intentó escapar arrastrándose, pero la bolsa lo agarró por la cola y se tragó esa cosa contorsionada en un par de bocados.

Reduje a la fuerza al descarado complemento de moda, sujetándolo contra el suelo con ayuda de Françoise, y le até el morro con una bufanda.

—¿Qué aspecto tienen?

—A eso es a lo que me refiero —dijo Augustine con brusquedad, dándole vueltas a sus rizos—. Parecen marginados de una producción de bajo presupuesto como «Rent». Y eso sin mencionar cómo huelen. Deshazte de ellos. Ahora.

Se fue haciendo aspavientos indignado.

Miré desde detrás de la cortina que separaba el *backstage* de la pasarela, intentando divisar a mis visitantes, pero no era fácil. La sala de baile estaba llena de brujas vestidas para impresionar. Parecía como si los sombreros grandes estuvieran aquí para el verano, porque al principio todo lo que pude ver fue un campo de círculos de colores brillantes meneándose y bamboleándose como flores que se

mueven con la brisa. No había nadie a la vista que pareciera que oliese a algo que costara menos de cien dólares los tres centilitros. Luego, un par de brujas que me habían bloqueado parcialmente la vista se sentaron en sus asientos y los vi.

Augustine estaba equivocado: no eran amigos.

La música comenzó a sonar y la primera modelo me apartó de un codazo y se deslizó por la pasarela, su bolso de piel de leopardo se movía sigilosamente a su lado. Apenas me di cuenta, mis ojos se centraron en las dos figuras a las que habían acurrucado en la puerta de atrás. No los reconocía, pero sabía lo que eran. Los abrigos gruesos que llevaban puestos los delataban. Y a pesar de su apariencia desaliñada, dudaba de que hubieran venido para renovar su vestuario.

Observaban a la multitud de manera indiferente; había visto esas miradas despreocupadas en la cara de Pritkin tan a menudo que sabía cuánto engañaban. Me adelanté hasta la sombra de la cortina, preguntándome si podría salir sin ser vista, cuando uno de ellos le dio un golpe con el codo a su compañero y asintió dirigiendo la cabeza hacia un grupo de niños vestidos con ropa sucia y pobre, acurrucados contra una pared. Los magos se dirigieron hacia allí, con las caras serias y los niños salieron corriendo. La mayoría de la gente había encontrado ya sus asientos, así que no había nada entre los niños y sus perseguidores, excepto los dos vampiros que servían de saludadores.

Hubo una alianza temporal entre el Círculo y el Senado debido a la guerra, pero eso no borraba los siglos de aversión y desconfianza. Especialmente cuando los magos de la guerra habían sido los responsables de un ataque a las premisas hacía poco más de una semana ahora. Los vampiros bloquearon el camino con sonrisas insolentes en sus caras, y los magos se pararon, derrapando.

Los niños habían corrido por el pasillo, pegándose a las paredes y ahora estaban subiéndose al escenario. La mayoría de la gente estaba mirando la pasarela que había sido diseñada para que se prolongara hasta el centro de la sala, así que no se vieron nada más que unas pocas caras de asombro. Se dirigieron directamente al *backstage*, pero se detuvieron en el borde de tanta actividad.

Miraron de un lado a otro entre donde yo estaba y un montón de modelos rubias peleándose por meterse en sus trajes. Luego un niño negro de unos catorce años le dio con el codo a una chica baja.

—¿Cuál?

La chica tenía el pelo rubio oscuro y unos ojos grandes marrones que se centraron en mí de forma infalible.

—Esa. —Señaló con la mano que no agarraba un osito de peluche maltrecho.

El bolso en mis brazos hizo una repentina embestida, haciendo que casi perdiera el agarre. Françoise dijo algo que no sonaba a francés y el bolso se quedó inmóvil, una zarpa negra y brillante apenas a un centímetro y medio de mi rostro.

—¿Quieres que te sujete el cocodrilo? —me preguntó.

—Me parece un buen plan. —Le pasé agradecidamente esa cosa malvada.

El chico miró a la chica con una expresión de duda.

—¿Segura?

Ella asintió con la cabeza y volvió a morder la cabeza del osito. El muchacho se acercó y extendió una mano. La camiseta que llevaba era fina y estaba llena de agujeros y sus vaqueros le llegaban a la rodilla. Una de sus zapatillas de deporte no tenía cordón y estaba abrochada con un imperdible, y llevaba una sudadera vieja y andrajosa alrededor de su cintura. Pero el estrechamiento de manos fue firme y me miró a los ojos. Tuve una sensación extraña de *déjà vu*, incluso antes de que dijera nada.

—Soy Jesse. Tami nos envió.

—¿Tami?

—Tamika Hodges.

Lo miré fijamente, sintiendo como si alguien me hubiera dado una patada en la barriga. Él me devolvió la mirada fija, sus ojos negros eran desafiantes, esperando que lo ignorara, lo rechazara o lo lanzara a los lobos. Reconocí la mirada. Hacía una década, yo tenía más o menos su edad, y era justo tan intimidante, tan desafiante, y estaba muy segura de que ya no podía confiar en nadie. Había tenido razón en la mayoría de las cosas.

Hacía años, había decidido destruir a Tony; mi ambición había sido solo la de deshacerme de él. Acabé en Chicago, porque ahí fue donde el autobús que cogí se detuvo. Como alguien al que apenas se le había dejado salir del complejo de Tony en las afueras de Filadelfia, y eso solo con media docena de guardaespaldas, resultó que mi nueva libertad me asustaba. Tenía dinero, gracias a un amigo generoso, pero me asustaba quedarme en un lugar decente, porque seguro que me despertaría y me encontraría a un par de hombres de Tony amenazándome. Sin mencionar que para una chica de catorce años era un poco difícil reservar sola una habitación en un hotel. Habían sido muchos refugios.

Pronto descubrí que había unos cuantos problemas relacionados con la vida en los refugios. Aparte de los borrachos o los drogatas y las peleas con cuchillos, además había límites en el periodo de tu estancia. La variedad de largo plazo tenía un personal que podría informar a las autoridades que tenía a una adolescente alojada, así que tendía a moverme a las versiones de dos semanas. Era bastante tiempo para sentirme cómoda pero no el suficiente para que nadie llegara a conocerme.

Aunque la mayoría de este tipo de refugios guarda registros, y una vez que tu tiempo pasa, no te permiten volver en seis meses. El límite de tiempo era necesario para evitar que la gente tomara una residencia permanente, pero también aseguraba que yo pasara por todos esos refugios tan agradables en cuestión de meses.

Finalmente acabé en uno que estaba abarrotado de gente, una tercera parte de nosotros estaba viviendo en un patio con el suelo sucio y una valla a su alrededor. Se le daba a todo el mundo un saco de dormir por la noche y se le decía que encontrara un lugar fuera. La multitud más grande y más tosca reclamaba el césped descuidado y las pequeñas parcelas suaves de tierra, dejando el patio duro de hormigón para los nuevos y los drogadictos, y a la señora vieja y loca que se pasaba la noche haciendo sonidos de pájaros.

Una mañana me había despertado con el tacto de un brazo frío al lado del mío que pertenecía a un chico joven que había muerto de sobredosis mientras dormía. Fue ese mismo día cuando apareció Tami en una de sus recogidas habituales buscando a niños que habían pasado por temas del mundo de la magia. Cuando una mujer afroamericana bonita con tiernos ojos marrones, y una voz que parecía mucho más grande que su pequeño cuerpo, me ofreció un lugar donde quedarme, no tuvo que insistir demasiado. Solo un par de minutos después de haberla conocido, ya estaba arrastrando mi mochila por la suciedad hasta su destartado Chevrolet.

Por suerte, Tami había sido legal y me llevó a unirme a un grupo variado que se hacía llamar humorísticamente la Mafia Inadaptada. La primera vez que escuché el nombre hizo que mirara dos veces para cerciorarme, pero después de un momento parecía extrañamente adecuado. Me había ido de una mafia a otra, pero con una diferencia definitiva: la nueva intentaba mantener a la gente viva, mientras que la otra intentaba lo contrario.

Al final dejé el grupo y regresé hasta donde estaba Tony para intentar derrumbarlo y para cuando por fin tenía todos mis planes listos, ya habían pasado tres años. Y luego hubo todo aquel escándalo y el capo de la mafia perdido y el precio que ya existía sobre mi cabeza, que no debía confundirse con la nueva atractiva recompensa ofrecida por el Círculo. Entre una cosa y otra, habían pasado más de tres años antes de que regresara al edificio de oficinas abandonado al que nosotros habíamos llamado hogar. Todo lo que me encontré fue un espacio con eco, ventanas sucias y suelos cubiertos de polvo.

No sé por qué me extrañó tanto. La clandestinidad mágica cambia rápido en este mundo: tres años son más que tres décadas. De todas formas, me quedé en Chicago unos días, sintiéndome inquieta y extrañamente sujeta. No me había atrevido a ponerme en contacto con Tami después de haber vuelto por miedo a que Tony se hubiera enterado y hubiera pagado su venganza con ella por haberme ayudado. Pero subconscientemente siempre había asumido que volvería algún día y que nada habría cambiado. Y ahora que había pasado, no sabía qué hacer.

Al crecer en un lugar en donde cualquier signo de debilidad era rápidamente explotado, había aprendido a enterrar las emociones inconvenientes, pero no a liberarlas. Cuando incluso el más joven de los vampiros era más bueno que un

detector de mentiras a la hora de percibir cambios fisiológicos: una pulsación ligeramente elevada, una décima de segundo aguantando la respiración, el pestañeo demasiado rápido de un ojo; o aprendías a tener dominio sobre ti mismo o no durabas mucho. En Chicago descubrí que una vida entera de práctica es dura de cambiar, incluso cuando ya no necesitas esas habilidades.

Deambulé sin rumbo fijo por algunos lugares favoritos, incluyendo la panadería donde ella había trabajado, pero nada parecía lo mismo y no reconocía a nadie. Después de unos días, me di cuenta que Chicago no había sido mi hogar: Tami lo fue y ella se había ido. Así que dejé algunas flores en la esquina del antiguo edificio, aún sabiendo que solo iba a alimentar a las ratas y seguí adelante.

—¿Cómo supisteis donde encontrarme? —le pregunté a Jesse.

—Jeannie lo sabía. Ella ve cosas a veces. Dijo que nos ayudarías.

—¿Jeannie es una clarividente?

—Sí; no es muy buena. No ve mucho y la mayoría de las cosas que ve son cosas estúpidas. Sólo tiene cinco años —dijo despectivamente—, pero Tami pensó que era una buena idea. Ella dijo que te buscáramos si le pasaba algo a ella. Después de que todo se viniera abajo, nos subimos al autobús.

—¿Después de que se viniera abajo el qué?

—Los magos vinieron. Se la llevaron. —Sus ojos negros se clavaron en los míos, anticipándome la respuesta a una pregunta que él aún no había hecho. También conocía esa mirada. Comprendía un par de cosas sobre la traición.

—Yo me ocuparé de vosotros —me escuché decir, y me pregunté si estaba loca. Hasta ahora, había sido una faena simplemente el cuidar de mí misma. Tami tenía que haber estado desesperada para enviármelos, cuando tenía el objetivo más grande de todos sobre mi espalda. Quería hacerles miles de preguntas, pero no había tiempo. Obtendría algunas respuestas, pero primero teníamos que escapar de nuestros perseguidores.

Volví a mirar por el lateral de las cortinas y vi que Casanova se había unido a los vampiros para derrotar a los magos. Llevaba un vestido que saltaba y crujía con llamas animadas, *parte de la línea de ropa masculina*, supuse. Le hacía resaltar su pelo oscuro y su tez color aceituna de una manera bonita, pero su expresión era la misma: los magos de la guerra no eran sus personas favoritas. Podía hacerles pasar un mal rato, pero no podía echarlos sin ningún motivo, y ellos estaban entre nosotros y las salidas.

Conté rápido cuántos éramos: ocho en total. Nueve, corregí, cuando un bebé que una niña estaba agarrando comenzó a gimotear demasiado fuerte. Demasiados para transportar.

Miré a Françoise.

—Podría utilizar una distracción.

—*Ow beeg* —preguntó con indiferencia.

—*Beeg*.

—*D'accord*.

Se fue al otro lado del escenario y comenzó a cantar algo en voz baja. En unos segundos, un banco de nubes oscuras comenzaron a soltar gotas que cayeron sobre la pasarela sin tener en cuenta el hecho de que estábamos en el interior. Tiraron las sillas y la gente se fue gateando; el murmullo de la parte de atrás se convirtió casi al instante en un rugido. Aparentemente las brujas conocían una mala señal cuando veían una.

De repente, los magos dejaron la cortesía a un lado, agitaron bruscamente sus identificaciones delante de las narices de Casanova, y salieron corriendo por el pasillo. Eso fue casi en el mismo instante en que algo viscoso y verde golpeó la pasarela. Ni siquiera tuve ocasión de identificarlo antes de que un montón de otras cosas lo siguieran, explotando de la masa negra de nubes que resonaba como palomitas. El bonito vestido de gasa que llevaba la modelo pasó de ser de un melocotón alegre a un verde oscuro tristón, un tono que casi hacía juego con la piel de la rana que se le había puesto sobre su hombro.

Ella chilló cuando una parte de la rana empezó a escurrirse hacia su pecho y comenzó a andar a trompicones por la pasarela, pero mientras su cuerpo se iba cubriendo rápidamente con pequeños cuerpos rotos, la mayoría aplastados y rajados, fue casi inevitable que ella resbalara y se cayera de culo. Después de todo, ese tipo de cosas siempre van de mal en peor.

Se lanzaban hechizos protectores hacia todos los lados, los que, cuando chocaron con los anfibios camicaces causaron fuegos artificiales carnosos en el aire. Las brujas que estaban en el medio de la sala, libremente salpicadas con tripas de rana, se molestaron aún más y atacaron a sus hermanas con desenfreno. Esto hizo que los magos redujeran el ritmo, pero aún podía verlos, nefastos y determinados, abriéndose camino con dificultad a través de las peleas hacia nosotros.

—¿Estáis todos? —le pregunté a Jesse.

Dijo algo, pero no pude oírlo por el ruido de las sillas del público que golpeaban violentamente a los magos maltrechos. Claro que también estaban golpeando un montón de otras cosas, que volaban de un lado a otro por el viento, por los hechizos y por el caos. Pero no noté que nadie desapareciera bajo una montaña de cara madera pintada. Parecía que los magos ya habían pisoteado el orgullo de demasiadas brujas.

—¿Qué?

—¡No! —me gritó Jesse al oído—. ¡Fuimos los únicos que escapamos!

—Vale. Vamos a escapar de nuevo.

Miranda le echó un vistazo a mi vestido, que había cambiado a un remolino agitado de hojas de otoño, y sus orejas se echaron hacia atrás. Era conveniente tener una indicación obvia de su estado de humor, ya que nunca había aprendido a entenderla muy bien. El pelaje en su cara felina podría haber tenido algo que ver con eso, o posiblemente las expresiones de las gárgolas son demasiado distintas de las de los humanos para que yo pudiera descifrarlas.

El grupo actual de Inadaptados iba en tropel detrás de mí, dejando pisadas sucias en el suelo blanco inmaculado de losa. Los había llevado a las cocinas del servicio de habitaciones, ya que no estaba segura de dónde vivía Miranda. Ella era la líder del grupo de duendes oscuros que Tony había utilizado para el trabajo barato, pero sólo los había visto en el trabajo, cortando y picando en trocitos con velocidad preternatural o empujando carros cargados por los pasillos del Dante.

Rara vez se detenían excepto para posar para fotografías con los invitados que suponían que eran enanos con trajes. Me preguntaba si alguna vez alguien se había dado cuenta de que su película siempre salía un poco borrosa, de la misma manera que sus ojos nunca alcanzaban a enfocar a los pequeños sirvientes. Tony se había gastado una fortuna para proteger el casino, aunque teniendo en cuenta la cantidad de alcohol que la mayoría de los huéspedes consumía, probablemente no habría tenido que preocuparse. Dudaba de que hubiera sido tan generoso con los alojamientos de sus trabajadores, así que lo que yo quería de Miranda seguramente me iba a afectar.

Uno de los niños, una niña que parecía tener doce años, pero que luego me enteré que tenía dieciséis, llevaba a un bebé en brazos. Quizá tenía cuatro meses y tenía una pequeña arruga alrededor de los bordes, llevaba una camiseta rosa con un pañal y sólo un calcetín; su mejilla estaba sonrojada de estar presionada contra el pecho de la niña. Estaba a punto de lanzarme con mi discurso cuidadosamente preparado cuando Miranda sonrió, mostrando sus colmillos afilados en su larga y seria cara. Ya no me seguía mirando.

Me giré para ver que muchas gárgolas avanzaban ligeramente hacia los brazos de la chica, se acercaron mucho, así que ella me lanzó una mirada de súplica mientras agarraba a su bebé más fuerte.

—No le harán daño —le aseguré—. A los duendes... bueno, les apasionan los niños.

Era un discurso ridículo, cuando era algo tan obvio. Una de las gárgolas más grandes, con la cabeza de perro sobre su impecable ropa blanca de chef, casi chocó contra una pared porque estaba saludando al bebé mientras le ponía una cara cursi. Los ojos de Miranda también se fijaron en el niño, tanto tiempo que comencé a

preocuparme.

—¿Todo bien? —Le empujé suavemente y ella me dio un zarpazo. Las zarpas no se habían alargado, gracias a Dios.

—Mi gente defendería a un *crèche* con sus vidas —le dijo a la madre con dignidad.

La chica pareció aliviada, pero seguía echando un ojo a la gárgola más cercana. Era uno de la variedad más pequeña, con orejas de burro flexibles bajo un elevado sombrero de chef. Con indecisión extendió una mano desfigurada, más aún que la de Françoise; estaba completa si no fuera porque le faltaba un dedo. Pero los demás dedos acababan en una zarpa larga y ondulada de un denso negro grisáceo.

La mano estaba temblando, lo que hizo que subiera y bajara un leve destello de luz por la superficie de la zarpa como una barra de aceite. El bebé se percató de los colores tan bonitos y gorjeó, tratando de alcanzarla. La criatura se lo arrebató de un zarpazo, dejando salir un berrido y cayéndose hacia atrás sobre su propia cola agazapada. Claro que esto siguió intrigando al bebé que se quejó sin parar hasta que su madre lo puso en el suelo, luego gateó hacia el Orejas de burro con la misma intención de un cazador detrás de su presa. Su único calcetín se iba arrastrando y su mano regordeta se extendió. Las gárgolas se echaron hacia atrás en un desorden caótico.

Orejas de burro se encontró atrapado entre el bebé feroz y un banco de hornos que estaban llenando la habitación con el olor de canela y mantequilla. A lo mejor eso era lo que atraía a la niña, o posiblemente solo sentía curiosidad; de cualquier manera, gateó atrevidamente hasta la criatura encogida de miedo y levantó sus manos en forma demandante. Él la miró fijamente con los ojos bien abiertos hasta que Miranda se aclaró la garganta. Luego él la cogió rápidamente y ella hizo un ruido de satisfacción y se aferró en su túnica, antes de meterse la mayor parte de su bufanda en la boca.

Después de todo, mi trabajo no había sido demasiado difícil.

Diez minutos más tarde, estábamos reunidos alrededor del mostrador de preparación, comiendo rápidamente rollos de canela y leche. El personal de cocina me había estado dando de comer durante una semana. Me había pasado todo ese tiempo pensando que no solo estaban siendo amables conmigo: yo era su conejillo de indias, alguien que les hacía saber si las recetas funcionaban o no. Aparentemente las gárgolas no tienen las mismas papilas gustativas que los humanos; y ahora tenían a una pila de nuevos probadores del sabor con los que experimentar.

A pesar del trastorno causado por nueve niños hambrientos abalanzándose sobre el festín de azúcar, le intenté explicar:

—Miranda, te agradezco esto, pero antes de que aceptes cuidar a los niños, hay unas cuantas cosas que deberías saber.

Miranda no hizo ningún comentario. Le había arrebatado al bebé a su subordinado aterrorizado y estaba dándole cucharadas de compota de manzana a una velocidad alarmante. Soltó un pequeño ronroneo de aprobación cuando la pequeña soltó un esputo.

—Bueno, la cosa es... —Jesse, que ya estaba en su tercer rollo de canela, me lanzó una mirada penetrante, dijo claramente:

—No nos compliques esto.

Tragué saliva, pero no obstante, seguí adelante.

—Los niños que acaban como fugitivos en nuestro mundo normalmente tienen... bueno, hay motivos.

—Como con nosotros —murmuró, claramente, pero sin escucharme.

—Sí... Algo así. —Las gárgolas habían huido del Reino de la Fantasía por el prejuicio y la violencia en ascenso y estas dos cosas les resultaban muy familiares a los niños de Tami. Pero fuera de su elemento común, era probable que los duendes fueran mucho menos poderosos que los Inadaptados—. Mira, si vas a ayudarme a refugiar a estos niños, al menos hasta que se me ocurra alguna cosa, tienes que entender...

Me detuve porque un pie rasposo tocó mi piel. Le lancé una mirada a Jesse, pero él ya se había levantado de la silla:

—Tengo que hablar contigo —me dijo con mordacidad.

Me froté la pierna y fruncí el ceño:

—Vale.

Acabamos en la parte de fuera, sentados al lado de una rampa para carga usada para traer los productos más grandes a las despensas de la cocina. Un par de gárgolas estaban allí abajo, esparciendo migas de pan en el asfalto, mirando hacia arriba esperanzados.

—¿Qué hacen? —preguntó Jesse.

Yo también me lo había preguntado hacía tiempo, hasta que pasé un poco de tiempo en las cocinas.

—Digamos que las cosas cocinadas aquí normalmente están bien, pero comer carne requiere un cierto sentido de aventura.

Asintió con la cabeza, luego se acordó de lo que se suponía que tenía que decirme.

—¿Qué es tan importante? ¿Estás intentando arruinarnos esto?

Parecía que Jesse era un diplomado orgulloso de Tami en el curso de Mejor Defensa. Desgraciadamente para él, así era yo.

—Estoy intentando ser sincera con Miranda para que sepa en lo que se está metiendo. Creo que es justo, ¿no?

Estiró el dedo pulgar a la gárgola más cercana que tenía una cabeza felina que

contrastaba extrañamente con un cuerpo de reptil cubierto de protuberancias.

—¿Crees que podemos hacerles daño?

—Creo que el grupo con el que yo solía ir podría hacerlo.

Me vino a la mente un día en concreto. Un par de narcotraficantes, que habían establecido su tienda en el piso de abajo de nuestro edificio, habían decidido que podían hacerlo sin ningún otro precarista. Entraron a la fuerza en casa una mañana después de que Tami se fuera a trabajar. Yo había estado cuidando de Lucy, una empática de once años, y de Paolo, un were de doce años que había sido abandonado por su grupo. Nunca supe por qué, porque él apenas habló en todo el tiempo que estuvo con nosotros, y lo que había dicho, no había sido mucho. Encontramos su cuerpo mutilado un par de semanas más tarde, después de que él huyera de nuestra protección antes de la luna llena. Los weres habían sido bastante listos para no ir tras él y esperar hasta que se marchara. Los comerciantes no fueron tan sabios.

No habían tenido la oportunidad de averiguar lo que incluso un were joven puede hacer. Lucy se había quedado en casa conmigo por una razón. La mayoría de los niños que acababan parcialmente en la casa mágica de Tami mantenía las cosas unidas muy bien durante un tiempo. Intentaban encajar y evitar llamar la atención de sí mismos mientras se imaginaban cómo funcionaban las cosas, para no equivocarse y que se les volviera a mandar fuera. Pero algo siempre los impulsaba a marcharse tarde o temprano, normalmente después de que hubieran estado el tiempo suficiente como para empezar a relajarse.

Cuando por fin reducían las defensas, todo se desparramaba: la rabia por la condición que les hacía indeseables desde su nacimiento, el dolor porque la gente que ellos amaban se habían puesto contra ellos, el terror porque en cualquier minuto pudieran ser cogidos y arrastrados de vuelta a las escuelas especiales que se parecían a las cárceles. Se suponía que tenían que estar allí hasta que fueran certificados como inofensivos, que no fueran una amenaza para las comunidades mágicas y las no mágicas. La mayoría nunca salía de allí.

Tami había pensado que las anomalías eran positivas, dejando que los niños las sacaran de sus sistemas y comenzaran a sanar. Sólo que ninguno de ellos anteriormente había tenido que ver con una émpata. Especialmente una que no solo podía leer las emociones, sino que podía proyectarlas y magnificarlas.

Los otros niños habían huido para encontrar algún sitio, cualquier sitio en donde estar hasta que desapareciera. Tami había estado desesperada, necesitaba ir a trabajar porque virtualmente era nuestra única fuente de ingresos, pero no se atrevía a dejar a Lucy sola en ese estado. Yo me había ofrecido voluntaria para quedarme con ella, porque ella parecía encontrar tranquilidad cuando yo estaba a su alrededor. Después de una infancia vigilando mis emociones en casa de Tony, no proyectaba tanto como la mayoría de la gente. Pero ese día marcó la diferencia.

Tenía los ojos clavados en la puerta y sentía un pánico cada vez mayor que me sobrecogía con una fuerte emoción tras otra, una sensación tan parecida a la que estaba acostumbrada a sentir todos los días que no podía ignorarla.

Paolo, que se había quedado detrás porque estaba intentando evitar dejar pistas olorosas a su grupo, había estado casi literalmente subiéndose por las paredes. Y nosotros dos teníamos protecciones.

Cuando irrumpieron, los comerciantes corrieron directamente hacia la pared de dolor que Lucy había estado haciendo toda la tarde. Los sentimientos que ella había reprimido desde que su familia la había soltado en su nueva escuela, luego se marcharon y no volvieron más, todos esos sentimientos se habían desbordado. Y su talento los había magnificado unas cien veces. En lugar de asustarnos o lo que fuera que esos hombres hubieran planeado, acabaron disparándose el uno al otro hasta morir en un arrebato de rabia de otra persona.

Jesse me estaba mirando de cerca.

—Piensas que somos monstruos, ¿no?

Le guiñé un ojo. Casi me había olvidado de que estaba allí. No me permitía pensar en Tami demasiado a menudo y era extraño hacerlo ahora.

—Tengo una definición más amplia de la palabra normal que la mayoría de la gente —le dije finalmente—. Pero tú sabes igual que yo que teneros aquí podría ocasionar... algunos problemas.

Jesse adelantó la barbilla.

—Astrid es una neutralizadora —dijo malhumoradamente.

—¿Astrid?

—La chica con el niño.

—¡Ah! —Así que por eso Françoise se había ido al otro lado del escenario para lanzar su hechizo. Los neutralizadores generan a su alrededor un campo que neutraliza la magia a cierta distancia. Para los más fuertes, podría ser hasta un bloque de edificios; para los más débiles, era mucho más pequeño. Pero incluso un neutralizador de nivel bajo habría interferido si hubiera estado cerca.

—Así es como ella escapó, después de que se enteraran de lo del niño. No pudieron seguirle la pista.

Asentí con la cabeza. A los neutralizadores no se les encarcelaba automáticamente como a algunos magos con magia defectuosa, porque no se les consideraba una amenaza. Pero si a Astrid la hubieran descubierto embarazada, la habrían presionado para que pusiera fin a su embarazo, para que no transmitiera los genes defectuosos. No era de extrañar que hubiera corrido. Y los neutralizadores eran muy difíciles de encontrar cuando no querían ser descubiertos.

Tami era una neutralizadora de nivel bajo, lo que la había ayudado a mantener a los Inadaptados con vida y el caos a un nivel mínimo, al menos cuando ella estaba en

casa. Y sus habilidades aseguraban que cualquier fugitivo que ella acogiera no tuviera que preocuparse por inscribirse en un hechizo de búsqueda mágica. Lo que me parecía extraño es que, después de tantos años, los magos la hubieran descubierto.

—Vale, me alivia escuchar eso. —Y realmente estaba aliviada. La presencia de Astrid podría ayudar a suavizar las cosas, pero ella no podía estar en todos los sitios y había que vigilar a siete niños además de a un bebé. Necesitaba saber de qué era de lo que me estaba haciendo cargo—. Pero los dos sabemos que no todos son neutralizadores aquí.

Jesse golpeó al hormigón con su talón y no dijo nada.

—Jesse.

—Soy un evento fortuito, ¿vale? —dijo impulsivamente, con el mismo tono que alguien podría haber utilizado para decir «leproso».

—Eso no me dice mucho. —Evento fortuito es un término grande para las singularidades mágicas, que tratan con lo que los humanos llaman suerte. No con la buena o mala suerte, sólo... suerte.

Un ejemplo famoso, incluso entre las normas, es la experiencia extraña del escritor francés Émile Deschamps. En 1805, un extraño, *monsieur* De Fortgibu, le invitó a un restaurante de París para tomar un pudín de pasas. Diez años más tarde, vio pudín de pasas en el menú de otro establecimiento e intentó pedir uno, pero el camarero le dijo que el último plato se lo acababa de servir a un cliente que resultó ser De Fortgibu. Mucho más tarde, en 1832, a Deschamps le volvieron a ofrecer pudín de pasas en un restaurante. Alegrementemente le dijo a sus amigos que solo De Fortgibu se iba a perder hacer el ciclo completo, y un momento más tarde De Fortgibu apareció.

Por supuesto lo que los libros de historia no dicen es que De Fortgibu era un evento fortuito. Su magia asociaba ciertas cosas con gente en concreto, lugares o hechos. Cada vez que veía a una de sus primas, por ejemplo, ella llevaba algo azul; el perfume de naranja acompañaba cada visita a su librero favorito, y si se acercaba a unos cuantos metros de Deschamps, siempre aparecía el pudín.

La mayoría de los humanos afirmaba que hechos como estos eran simple coincidencia. Por otro lado, los curanderos mágicos especulaban que de alguna manera estaban vinculados a la memoria. Las imágenes de las personas o de los sitios se almacenan en el cerebro de cada uno en conexión con algún tipo de dato sensorial. Por ejemplo, una flor que le gustaba a la abuela de un hombre podría hacerle pensar en ella siempre que viera una. Como mago que era, De Fortgibu simplemente había llevado eso a otro nivel: su magia defectuosa garantizaba que cuando apareciera una señal, la otra también aparecería.

Pero no todos los eventos fortuitos tenían magia que se manifestaba de una manera ligeramente rara, sino que la mayoría de las veces se manifestaba en el modo

no amenazante de De Fortgibu. Un joven provocaba resacas tremendas siempre que estaba a menos de ocho kilómetros de la costa y le tuvieron que prohibir cualquier tipo de acceso a la playa. Otro causaba actividad sísmica y se le restringió el acceso a cualquier sitio cerca de una falla activa. Ese grupo en concreto de eventos fortuitos fueron bastante memorables para merecer su propio nombre: maleficio.

Un maleficio era básicamente una Ley de Murphy andante, con accidentes causados por un poder fuera de control que aparecía en condiciones regulares. Y a diferencia de las cosas aleatorias que la mayoría de los eventos fortuitos causaban, las acciones de un maleficio eran invariablemente dañinas. Hubo un tiempo, hace unos cientos de años, en que habrían sido asesinados de inmediato. *Ojalá, ojalá no sea eso con lo que me estoy enfrentando aquí.*

Seguramente Jesse no lo admitiría aunque fuese así.

—¿Cuánta fuerza tienes? —Un maleficio de cualquier tipo era peligroso, pero uno fuerte sería un desastre andante. Literalmente.

—No soy fuerte —me aseguró fervientemente—. ¡No soy nada fuerte! Y soy el único. Los otros son... bastante inofensivos.

—Oh, oh. —Ninguno de los niños, la mayoría de los cuales parecía que tenían unos siete u ocho años, habían parecido una amenaza. Pero entonces, Lucy tampoco lo había parecido—. Defíneme «bastante inofensivos».

—Si vas a deshacerte de mí, ¡hazlo! —dijo Jesse furiosamente—. Pero los otros están bien. Me iré si les dejas...

—¡No he dicho que quiera que te vayas! Sólo quiero saber con lo que estoy tratando aquí.

Los niños mágicos no se vienen abajo sin razón. Era casi una certeza que todos los niños tenían algún tipo de talento que les hacía ser personas no gratas en la comunidad mágica. Aunque Jesse admitiera que solo había una neutralizadora, un evento fortuito y un vidente, y jurara que los otros cinco solo eran *scrim*s (el término actual para magos con poca habilidad), yo seguía teniendo mis dudas. Los *scrim*s formaban la población más grande de los fugitivos mágicos, pero Tami no se había concentrado en ellos cuando la conocí porque no tenían impedimentos físicos que pudieran beneficiarse de la influencia apaciguadora de una neutralizadora. También podían pasar desapercibidos, evitando a la comunidad mágica y a su ley si lo decidían. Esa no era ninguna opción para gente como Lucy.

Pero aunque dudara o no, no podía obligarle a que me dijera la verdad. Y con Astrid alrededor, con algo de suerte no importaría de todas maneras. Su poder debería anular las habilidades de los niños, fueran lo que fueran y siempre y cuando estuvieran cerca. Eso me daría tiempo para averiguar lo que le había pasado a Tami.

Decidí cambiar de tema:

—¿Cómo te encontraron los magos?

Jesse sacudió la cabeza.

—No lo sé. Irrumpieron una mañana y Tami nos gritó que corriéramos. Astrid intentó reducirlos, pero había demasiados y tenían armas. No tuvo oportunidad.

—Pero se escapó.

—Porque no la querían, todos estaban allí por Tami. Apenas nos miraron a los demás hasta que la cogieron.

—¿Por qué?

Jesse jugueteaba nervioso con las mangas de su horrible sudadera verde guisante.

—Uff, ¿no lo sé?

—Esa frase funcionaría mucho mejor sin el signo de interrogación —le dije de manera seca.

Cuando se quedó en silencio tercamente, suspiré y me rendí, por el momento. Cuando aprendiera a confiar en mí (si es que lo hacía), su memoria podría mejorar. Cualquier mentira ahora solo lo haría mucho más difícil para que él admitiera la verdad después.

—Veré si puedo averiguar lo que le pasó a Tami —le dije—. Conozco a un par de personas que sabrán decirme si el Círculo la tiene. —La expresión de Jesse claramente me decía que no me veía con muchas posibilidades. Conociendo al Círculo, yo pensaba lo mismo.

Nos levantamos para reunirnos con los demás, pero un pequeño desfile nos detuvo en la puerta. Una hilera de cuerpos de pájaros pequeños estaba subiendo por un cubo de basura grande y se metían dentro lentamente, tambaleándose. Obviamente habían estado en la basura por una buena razón: no tenían plumas, ni piel, ni siquiera carne, sólo huesos quebradizos unidos por cartílagos y, aparentemente, aire fino.

Jesse dijo una palabra que yo hubiera preferido que no supiera a su edad y me miró con miedo.

—No lo hace siempre, sólo cuando el bebé está quisquilloso o... algo así.

Seguí la pista de cuerpos de palomas hasta dentro, donde se juntaron con otro montón que estaban haciendo un movimiento extraño arrastrando los pies en el suelo alrededor de Miranda. Al final me di cuenta de que se suponía que era un baile. El bebé les estaba haciendo gestos felizmente con una cuchara cubierta de salsa, mientras un niño asiático de unos ocho años sonreía orgullosamente.

—¿Un nigromante? —pregunté suavemente.

Jesse arrastró un pie sobre la losa ahora bastante sucia.

—Me había olvidado de él.

—Oh, oh. —Me pregunté que más se le había olvidado.

Le expliqué la situación lo mejor que pude a Miranda.

—Sí, vale —chistó, limpiando un poco de salsa de la barbilla del bebé—. ¡Ñam, ñam, ñam!

La pequeña le gargajeaba y Miranda descubrió sus colmillos lo más que pudo para obtener una sonrisa. Me di por vencida.

Advertí a Jesse que estuviera pendiente de que todos estuvieran fuera del alcance de la vista de cualquiera y lo bastante cerca de Astrid para disminuir la probabilidad de cualquier accidente. Luego me fui a buscar a mi compañero. Necesitaba solucionar unas cuantas cosas de mi lista de tareas antes de que tuviera que comenzar a guardarlas en volúmenes.

Encontrar a Pritkin no fue difícil. Él y uno de sus amigos estaban donde se habían pasado la mayor parte de la semana: escondiéndose en uno de los almacenes en los niveles más bajos del Dante, memorizando tomos gigantes. Cuando abrí la puerta, levantó la vista de un volumen inmenso con la expresión atrapada de un animal cazado. Su pelo, que siempre desafiaba las leyes de la física, estaba colgando en desanimadas matas y una mancha roja decoraba su frente y una mejilla: cortesía de la encuadernación de piel desintegrada del libro. Me había dado la impresión de que investigar no era una de sus cosas preferidas. Quizá porque no podía vencer a los libros.

—¿Qué estas haciendo aquí? —preguntó.

—El espectáculo se canceló.

Nick miró hacia arriba desde la mitad de un círculo de libros, rollos de pergamino e, incongruentemente, un ordenador portátil. Parecía inofensivo, un pelirrojo con gafas con tantas pecas que casi parecía que estaba moreno, sus manos y sus pies eran demasiado grandes en comparación con el resto de su cuerpo, como un dogo alemán. Pero el desgarbado joven era realmente un mago y, ya que era amigo de Pritkin, probablemente era más peligroso de lo que parecía.

Se fijó en mi vestido, que se había decidido por una tarde gris lluviosa. Unas pocas flores de naranja aleatorias se esparcían por la seda intermitentemente, como si una ráfaga de viento se las hubiera llevado. Parecía un poco cansado.

—¿Algún motivo en particular?

—Está lloviendo.

Las cejas de Nick se juntaron.

—Creía que estabas desfilando en la sala de baile.

—Ranas —aclaré.

La pequeña criatura como una muñeca posada en una pila de libros en el codo de Nick finalmente se preocupó por reconocer mi presencia.

—¿Has dicho ranas?

—Sí, algo así como que aguaron la fiesta.

Nick miró a Pritkin, que suspiró.

—Vete. —Nick no necesitó que se lo dijera dos veces. Quizá también estaba cansado de investigar.

Su compañía diminuta puso los ojos en blanco y volvió a ignorarme con ostentación. La duendecilla, que se llamaba Radella era una coordinadora del rey de los duendes oscuros. Con «duendecilla», me refiero a una criatura enana con mal genio que incluso hacía que Pritkin pareciera diplomático y con «coordinadora» me

refiero a una espía. Estaba aquí para hacer dos cosas: arrastrar de vuelta a Françoise a la esclavitud y asegurarse de que yo no iba a romper el trato que había hecho con su rey. Él también quería el Códice y se imaginaba que yo era la chica que se lo iba a conseguir. La duendecilla parecía que estaba empezando a tener sus dudas.

Ella no era la única. Acepté la propuesta del rey por muchas razones. Había estado en su territorio y bajo su control, así que decirle que no podría haber sido muy perjudicial. Había necesitado una pensión completa para un amigo, un vampiro llamado Tomas en el único sitio en donde incluso los largos brazos del Senado no pudieran llegar. Y el rey había prometido ayudarme a resolver el acertijo más grande de mi vida.

Tony siempre había intentado evitar decirme cualquier cosa sobre mis padres. Mi opinión era que había supuesto que me podría enfadar un poco cuando me enterara de la bomba que él había puesto en el coche para matarlos, y, de este modo, le permitiría mantener todos mis talentos para él. O a lo mejor él se había sentido un cabrón. A él siempre le había gustado mezclar el placer con los negocios.

Fue el mismo carácter vengativo el que le había llevado a decidir que simplemente matar a mi padre no era bastante. Había sido un empleado de Tony, uno de los humanos que mantenía por allí para arreglar las cosas a la luz del día, pero él se había negado a entregarme cuando se lo había ordenado. Y nunca nadie le había dicho que no al jefe, pero no lo castigó. Así que Tony pagó a un mago para que construyera una trampa mágica para el espíritu de mi padre, haciendo que continuara con su tormento en el más allá.

Algún día, esperaba atacar el trofeo de Tony en sus dedos fríos como la muerte, pero eso requería encontrarlo primero. Y mi último viaje al Reino de la Fantasía había probado que no estaba a la altura de los duendes. Sin la ayuda del rey oscuro, nunca llegaría a ningún sitio cerca del refugio que Tony había encontrado para esconderse. Y por alguna razón, el rey quería el Códice tanto como yo. Un hecho que me preocupaba bastante siempre que me ponía a pensar en eso.

—¿Qué le ha pasado a tu cuello? —preguntó Pritkin.

Mi mano se fue directamente a la bufanda que había atado sobre las marcas de los agujeros. Un borde de la venda que me había puesto sobre la herida sobresalía por encima de la gasa. Confiando en que Pritkin, típico de él, lo notara y comentara, le dije:

—Me corté afeitándome.

—Muy graciosa. ¿Qué pasó?

Dudé, intentando que se me ocurriera una buena mentira y Pritkin dijo resoplando:

—Mircea es lo que ha pasado.

Suspiré.

—¿Dónde está? —Pritkin ya se estaba poniendo de pie antes de que yo moviera la cabeza.

—Tranquilo. Yo fui hacia él, no al revés.

—¿Fuiste hacia él? ¿Por qué?

Mis dedos daban forma al polvo de una tapa de un libro que había al lado. La piel de abajo era vieja y se estaba pelando, y se parecía ligeramente a la piel de un reptil. Quité la mano y resistí el impulso de limpiármela en la falda.

—Me transporté accidentalmente.

—¿Cómo que accidentalmente?

—¡Porque está empeorando! —Intenté leer sus notas garabateadas, pero estaban en un idioma que no conocía—. ¿Has conseguido algo?

—No. —Vio mi expresión—. Te dije que esto podría llevar algún tiempo.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo mientras tanto? Estoy harta de servir mesas y de hacer el trabajo de sustitución para Casanova. ¡Algunos días me siento como si me estuviera volviendo loca!

—¿Loca? —murmuró la duendecilla.

Pritkin estaba mirando fijamente las pilas de libros como si acabaran de insultar a su madre. Finalmente sacó uno enorme azul de la parte de abajo del montón.

—No corres ningún peligro inmediato siempre y cuando no tengas más accidentes en los que Mircea esté involucrado.

—¿Y qué pasa con él? —le pregunté—. Está empeorando.

—Es un vampiro maestro. Puede con ello.

En lugar de responder, alargué la mano por la mesa para quitar la tapa del pequeño tarro blanco al lado del codo de Pritkin y miré dentro intencionadamente. La pulgada de líquido que contenía era débilmente verde, con un aroma floral agradable. *Crisantemo*, supuse. Levanté la vista y lo vi fulminándome con la mirada.

—No te creas que no sé que fuiste tú.

Había hecho que Miranda sustituyera el sirope negro que él llamaba café por algo más orgánico desde hacía dos días, después de la última vez que se colocó de cafeína y me echó una bronca. Estaba bastante segura de que él estaba engañándome, pero no se lo pregunté. La verdad es que no pensaba que pudiera sobrevivir sin su dosis diaria, o, para ser más exacta, que nadie lo podría reanimar sin ella.

—Eres el mejor argumento para el descafeinado que he visto nunca —le dije—. Y, siendo honesta, ¿no te parece extraño comer brotes de soja y tofu, y beber doce tazas de café al día?

—Mi récord está en seis.

—Y yo que pensaba que a vosotros, los de Brist, os gustaba el té. Pero quizá el agua sería...

Apartó el jarro a un lado.

—¡Lo necesito!

Lo miré mejor y decidí que podría tener razón. Podría haber tenido una charla con la ducha hacía poco, pero no debió de ser muy larga. Tenía los ojos rojos y cuando movía la cabeza justo ala derecha, la luz mostraba una capa fina de barba rubia y pelirroja en sus pómulos y barbilla, sumado a una camiseta y unos vaqueros con los que parecía que había dormido, y tenía un aspecto tosco.

—Necesitas dormir algo —me escuché decir—. Estás hecho un asco.

—¿Y quién se encargará de esto entonces?

—Nick y yo. —Pritkin me lanzó una mirada que se me pusieron los pelos de punta—. No soy una investigadora formada, pero tiene que haber algo que pueda hacer.

—Sí, ¡puedes traerme un maldito café!

Me dije a mí misma que tirarle algo a la cabeza, aunque bien se lo merecía, no mejoraría las cosas. De todas formas, seguramente lo hubiera esquivado,

—Los vampiros han escuchado un rumor de que los magos oscuros podrían tener el Códice.

—¡Oh! ¡Me ayuda mucho! ¿Te lo dijo Mircea antes o después de que casi te desangrara?

—Me lo dijo Rafe.

—Está bien saber que estás al día con la familia.

—¿Cuál es tu problema?

Pritkin me ignoró.

—Me imagino que Rafe no tiene la dirección, ¿no?

—No, pero puede tener alguna idea.

—Los magos oscuros nunca se quedan en un sitio mucho tiempo. Si encontrarlos fuera fácil, ¡ya los hubiéramos destruido!

—Tiene que haber rumores.

—Siempre los hay. Y para cuando el Cuerpo los escucha y envía un equipo, los oscuros ya hace tiempo que se han ido, y a menudo nos dejan una sorpresa horrible.

El Cuerpo era el término oficial de los magos de la guerra, el brazo de ejecución del Círculo Plateado, que tendía a ser mucho más fanático con sus trabajos que la policía humana. Realmente tenían licencia para matar y ellos la ponían en práctica. No quería tratar con ningún grupo que normalmente hiciera hacer quedar mal al Cuerpo. Pero si ellos tenían el *Códice*, no tenía otra alternativa.

—No vas a encontrarlos en libros antiguos llenos de polvo —le señalé—. ¿Qué es lo que estás haciendo aquí abajo?

La duendecilla hojeó una página en uno de los grandes volúmenes. Tuvo que poner sus pies y utilizar las dos manos para poder hacerlo.

—Te lo explicaríamos —jadeó—, pero requiere palabras de más de una sílaba.

—Estamos intentando encontrar una solución a ese *geis* tuyo —contestó Pritkin.

—¿Haciendo el qué?

—Intentando crear un hechizo que pueda romperlo. —Ni siquiera me estaba mirando cuando lo dijo, pero ya se había dado la vuelta para examinar otro pasaje arcano.

Me recordé a mí misma duramente que Pritkin era un amigo. Era más fácil pensar en él de esa manera que estar continuamente frustrada por el hecho de que no se me permitía matarlo.

—Ya sabemos dónde está el contrahechizo. ¡Está en el Códice!

—Por si no te acuerdas, el *geis* se duplicó —dijo Pritkin bruscamente.

—Entonces, ¡podemos lanzarlo dos veces!

—La magia no funciona de esa manera. ¿Te acuerdas de lo que te pasó cuando retrocediste en el tiempo y te encontraste con Mircea cuando aún no tenía el *geis*?

—Saltó desde mí hasta él —dije impacientemente. Pritkin no tenía ninguna necesidad de preguntarle, teniendo en cuenta que él había estado allí en ese momento.

—Duplicando el hechizo y estableciendo el ciclo de retroalimentación que tú tienes ahora.

—Sí, pero con el contrahechizo...

—Actúas como si aún hubiera dos hechizos distintos, ¡cuando eso no es para nada cierto! —dijo con voz seca.

—No entiendo. —Mantuve la compostura porque era extraño que pudiera hablar con él de todo esto y yo quería respuestas.

—El *geis* se diseñó para que fuera adaptable. Esa era su principal fuerza, pero la adaptabilidad también lo hizo demasiado inestable para la mayoría de los usos. A menudo se cambió del hechizo original a algo nuevo con el tiempo, adaptándose para cubrir las necesidades, o lo que percibía como necesidades del ángulo de avance.

—Por lo que dices parece que puede pensar.

—No más de lo que puede un programa de ordenador. Pero como un programa sofisticado, se adapta a la nueva entrada de datos.

—¿Cómo cuál?

Los ojos de Pritkin se fijaron serenamente en los míos.

—El hechizo en sí mismo es lógico. Lo que su diseñador no tuvo en cuenta es que la mayoría de las personas no lo son. A menudo están confundidas por lo que quieren en realidad, y el hechizo no diferencia entre pensamientos ocultos, deseos subconscientes o deseos reconocidos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué estoy atrapada en esto porque quiero estarlo?

—Quizá no ahora, pero...

—¡No quiero que Mircea se muera!

—Sí, pero ese no era el propósito del hechizo, ¿no? Se diseñó para unir a dos

personas.

Me quedé mirándolo fijamente, horrorizada. *¿Fue eso por lo que el hechizo había saltado de mí hacia Mircea en el pasado, porque yo lo deseaba secretamente? Si no me sintiera tan atraída hacía él, o si tuviera más control sobre mí; ¿se podría haber evitado todo esto?*

—Y ha estado sin supervisar durante más de un siglo, indudablemente creciendo y cambiando todo el rato. —Pritkin siguió de forma despiadada—. Es muy probable que estés buscando el contrahechizo para un hechizo que ya no existe.

Lo miré fijamente, sintiendo cómo el pánico me llegaba hasta la garganta, oscuro y amargo. Estar bajo el dedo pulgar de Tony la mayoría de mi vida me había enseñado a no intentar controlar mi entorno; en lugar de eso, había controlado la única cosa que podía: a mí misma. La idea de que me quitaran esa última pequeña libertad me asustaba en más niveles de los que yo pensaba que tenía.

—Dices que el contrahechizo no funcionará.

—Tú cambiaste los parámetros del *geis* cuando lo duplicaste —repitió Pritkin—. A lo mejor se ha convertido en algo y el contrahechizo no está diseñado para tratar con ese algo. Y si es así, encontrar el *Códice* no te hará ningún bien.

No contesté durante un buen momento, tan solo miré fijamente los ojos verdes claros fijados en los míos con osadía. Lo que él estaba diciendo sonaba alarmantemente convincente, pero ¿cómo sabía que estaba diciendo la verdad? ¿Cómo podía estar segura de que esto no era un intento para persuadirme de que dejara de buscar algo que, para empezar, él no quería que encontrara? Era difícil creerle cuando tenía a otra autoridad diciéndome exactamente lo contrario, asegurándome que el *Códice* lo arreglaría todo y haría que encontrara mi primer cargo oficial.

—¿No te vale eso? —La duendecilla se movía rápidamente enfrente de mí, su pequeña cara se había puesto furiosa—. ¡No dejaré que mi rey te mate!

Una imagen del lirón de *Alicia en el país de las maravillas* de repente pasó rápidamente por mi mente. Miré la tetera con ansia, preguntándome si cabría dentro. A lo mejor, si empujaba...

—¡No he olvidado nuestro trato! —le dije de modo cortante—. ¡Y no respondo bien a las amenazas!

—¡Y yo no las hago! Tú hiciste un trato con él, humana. ¡Es mejor que no sepas lo que te hará silo rompes!

Miré a Pritkin, que estaba extrañamente callado, y vi que había vuelto a su investigación. Aparentemente, los pensamientos de mi posible muerte en manos del rey de los duendes no eran suficientes como para llamar su atención. Di un golpe fuerte con la mano en lo alto de la mesa y vi cómo saltó.

—La Cónsul ya tiene a todas las autoridades mágicas en el libro, ¡trabajando para

intentar encontrar una solución a todo esto! ¿Por qué piensas que tú tendrás más suerte?

—Porque tengo que tenerla.

—¡Esa no es una respuesta! —Tan solo me miró—. Maldita sea Pritkin, ¡ahora soy pitia! ¡No puedo hacer mi trabajo si tú sigues decidiendo lo que necesito y no necesito saber!

—Si eres pitia, entonces actúa como tal.

—Lo estoy intentando, y no creo que eso implique esperar al destino ¡para que me vuelva a dar otra patada en el culo! ¡Quiero hacer algo!

El enorme volumen en el que él había estado trabajando de repente dio un salto hacia arriba y se arrojó contra la puerta, dejando una mancha azul polvorienta donde había golpeado. Antes de que pudiera comentar exactamente lo inútil que resultaban esos gestos infantiles, la puerta se abrió y se asomó una cabeza rojiza. Parecía que Nick pensaba que estaría más seguro en el barullo de las escaleras.

Entró con cuidado, empujando un carro de servicio de habitaciones y bordeando el libro que estaba puesto al revés.

—Se ha parado. Pero tiene que haber unos dos mil. —Su voz era casi de admiración.

—¿Qué lo causó? —preguntó Pritkin.

—La mejor suposición de Augustine es que uno de sus competidores está intentando que llueva en su desfile.

Me estremecí con el juego de palabras, pero Pritkin sólo parecía más serio.

—Va a haber más cosas de este tipo con el Cuerpo preocupado por la guerra.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunté.

—Magos con sed de venganza decidiendo tomar cartas en el asunto —explicó Nick.

—El Cuerpo no puede enfrentarse a la guerra y vigilar al mismo tiempo a cada uno de los magos agraviados —acabó Pritkin con gravedad—. ¿Y qué es todo esto?

—El almuerzo. Cuando volvía, me encontré con un camarero por el camino con el carrito. —Nick comenzó a elegir entre los sándwiches, fruta y las galletas—. ¿Quieres algo Cassie? Hay mucho aquí.

—La verdad es que no tengo hambre.

—Comerá —dijo Pritkin de manera concisa.

—Dije que...

—Si te mueres de hambre, eso dañaría mi reputación profesional.

—Como bastante.

—No obstante, lo mismo no tendría validez, si yo te estrangulara comprensiblemente irritado.

—Comeré un sándwich —le dije a Nick—. Sin carne.

Venía con una ensalada de huevo que parecía buena y me la dio junto con un zumo de manzana. Lo miré pensativamente. A diferencia de su amigo, él aún era un miembro con buena reputación en el Círculo. Él podría ser capaz de averiguar algo sobre Tami, suponiendo que era el Plateado el que la tenía. Por otra parte, no conocía su opinión acerca de todo el debate mágico. Podría verlos con la misma falta de interés que todo el mundo parecía tener y pensar que ella no merecía la pena para hacerle unas preguntas. Pero no se puso nada sobre la mesa...

—Ya que ella te cobijó hace siete años, me imagino que no es una adolescente, ¿no? —preguntó después de que hubiera esbozado el problema.

—Tenía veintitantos cuando la conocí, lo que hace que ahora esté en mitad de los treinta. ¿Por qué?

—Entonces es demasiado mayor para los más hambrientos —dijo Nick, dando un mordisco a algo que yo esperaba que fuera pollo—. Ellos no desperdiciarían su tiempo, especialmente si ella es débil.

Pritkin pudo ver mi expresión.

—Está hablando de personas que hacen bombas neutralizadoras.

Nick asintió con la cabeza.

—Eso es cuando...

—Sé lo que son —dije aturdida. Las bombas estaban altamente valoradas, ya que concentraban el efecto usual de una neutralizadora, deteniendo toda la magia en un área por un periodo de tiempo, incluyendo la mía. Me había enterado de eso hacía poco, ya que Tami nunca había tocado ese tema. No era demasiado sorprendente, teniendo en cuenta que el proceso que se requería para hacer una bomba acaba de manera drástica con la fuerza de la vida de los neutralizadores y, por lo tanto, los mata.

—No te preocupes —dijo Nick, untando mostaza o lo que fuera—. Como la mayoría de los magos, los neutralizadores obtienen su poder completo cuando llegan a la pubertad, haciéndose más fuertes que nunca. A los buscadores de información les gusta obtenerlos tan pronto como sea posible a partir de entonces, para maximizar la cantidad de fuerza de vida que ellos tienen que dar. Tu amiga no les interesaría.

—Entonces, ¿por qué la quiere el Círculo?

Se encogió de hombros.

—Ni idea; al menos que ella tenga conocimiento de información importante de algún tipo.

Sacudí la cabeza.

—Tami no sabe nada de eso.

—Pero conoce a alguien —señaló Pritkin. Suspiró cuando vio mi mirada desconcertada—. El Círculo no sabe dónde estás; el hecho de que estén ansiosos y que ofrezcan una recompensa por tu cabeza ya dice bastante. A lo mejor están

intentando engañarte con un señuelo para que vayas hacia ellos.

—¿Crees que la cogieron por mí? —El sándwich que al principio no había estado muy rico, de repente no me supo a nada.

—Es posible —coincidió Nick, apoyando la sugerencia de su amigo—. La mitad del Consejo estaba presente cuando tú apareciste, regañaste a la Cónsul, sedujiste a Mircea y te llevaste a Tomas justo delante de sus narices.

—¡No fue así como pasó! —dije, horrorizada. Y no había sido así. La Cónsul estaba torturando a un amigo mío para que muriera y yo hice un intento desesperado de rescatarlo. Había funcionado, un hecho que aún me asombraba, pero por un momento, había estado en grave peligro, sin mencionar que también había estado aterrorizada.

Nick se encogió de hombros.

—Bueno, esa es la historia que se cuenta por ahí.

—Si están intentando persuadirte para que intentes otro rescate temerario, necesitarían encontrar a alguien por quien tú pensaras que merece la pena el esfuerzo —señaló Pritkin—. Pero Tomas sigue en el Reino de la Fantasía y por lo tanto es inalcanzable. Tus padres, como ya se sabe, han fallecido y tus amigos de la infancia son vampiros protegidos por el Senado. —Se quedó pensando un momento—. O fantasmas. Pero incluso el Círculo no puede hacer daño a los muertos.

Me quedé de pie allí durante un minuto, pestañeando de manera estúpida. *¿Que decía eso de mi vida, cuando incluso mis enemigos tenían problemas para encontrar a alguien cercano a mí?* No había visto a Tami en siete años. *¿De verdad había pasado tanto tiempo desde que había tenido una amiga lo bastante vulnerable para actuar de rehén en el destino?* Supongo que era así, excepto por Tomas, y eso era cualquier cosa menos un pensamiento reconfortante. Recordaba claramente el giro repulsivo en mi estómago cuando me había dado cuenta de por qué él había sido programado para esa muerte tan horrible y humillante, quizá porque yo estaba volviendo a experimentar todo eso de nuevo.

El Senado tenía muchas razones para querer a Tomas muerto, pero la ejecución se había convertido en un espectáculo público principalmente con la esperanza de que yo fuera tras él. Y lo había hecho, justo en el medio de la sala, la mitad eran aliados del Círculo Plateado, quienes habían estado prestando atención aparentemente a la lección. *¿Habían empezado inmediatamente a buscar un sustituto para Tomas?* *¿Había sentenciado a Tami el momento en que lo liberé?*

—¿Podrías averiguar si el Círculo la tiene? —le pregunté a Nick.

—Puedo intentarlo —dijo lentamente; aparentemente se estaba dando cuenta de que esto podría ser un asunto delicado—. Pero si quieren que tú vayas a por ella, seguramente publicarán el hecho de que la tienen.

—No necesariamente.

—Pero...

—No obtuve ningún memorando sobre Tomas, si es que lo mandaron. Sólo me tropecé con él por casualidad, después de que la ejecución ya hubiera comenzado. —Él había seguido estando vivo porque era un vampiro y no era fácil de matar. Tami no tenía esa ventaja.

—Sea lo que sea —dijo Nick seriamente—, se le dio al Consejo una lista directa del tipo de poder que ejerce la pitia. Probablemente no van a olvidarlo. Si te están tendiendo una trampa, tomarán precauciones, lo que haría cualquier intento de rescate extremadamente...

—Tú no vas a ir a rescatarla. —Ese, por supuesto, era Pritkin.

—No sin tener ninguna idea de dónde está —coincidió. Cuando había ido tras Tomas, el Senado había explotado una bomba neutralizadora, así que no solo no pude transportarme, lo cogí y nos fuimos. Era una buena suposición que el Círculo tuviera su propio escondite de cosas perversas, esperando a asegurar que cualquier intento de rescate que hiciera acabara conmigo siendo la que necesitara el rescate. Si iba a hacer esto, necesitaba un plan. Y para hacer uno, necesitaba saber dónde estaba.

—Haré lo que pueda —prometió Nick—. Pero acerca del *Códice*, aún digo que debemos comprobarlo con Saleh.

—¿Quién es Saleh? —pregunté, intentando que mi voz no sonase desesperada.

—¡Es demasiado arriesgado! —La mirada que Pritkin le envió a Nick hubiera derretido el vidrio.

—Soy pitia —le recordé—. Respirar es arriesgado.

—Saleh trafica con información. Información esotérica, difícil de obtener, muy valiosa —me informó Nick, a pesar de la cara inmóvil y firme de Pritkin—. El problema es el precio.

—Yo puedo traer el dinero —dije, pensando en Billy, en las rueda de la fortuna y en los grandes sobornos.

—Él no trafica con dinero —dijo Pritkin con voz seca, sin dejar acabar a Nick de hablar—. Sólo con favores, ¡y tú no querrás arriesgarte a deberle uno!

—¡Eso lo decidiré yo!

—Al menos podríamos hablar con él —se ofreció Nick dócilmente. Continué esperando a que su actitud modesta se le pegara a su amigo, pero hasta ahora no había habido suerte.

—Si él sabe algo, yo lo sabré —dijo la duendecilla, manoseando su pequeña espada. Hubiera sonado cómico, si no fuera porque yo ya había visto lo que podía hacer con ella.

Nick sacudió la cabeza.

—Si lo hacemos enfadar, nunca más podremos obtener nada de él.

—Cuanto menos vayamos, mejor —añadí—. A la mayoría de la gente no le

gusta hablar delante de una multitud. —Especialmente si uno de ellos le pone una espada en la cara.

Pritkin parecía que estaba a punto de explotar.

—¿No habéis escuchado nada de lo que os he dicho? Probablemente el Códice es inútil para tus propósitos ¡y no te voy a llevar cerca de ese pedazo de escoria!

—No me tienes que llevar a ningún sitio —le dije impaciente—. Iré yo misma.

—Tú no vas a ir —sonaba definitivo.

—Ya sé cómo se llama —señalé—. ¿Crees que será muy difícil que Billy lo localice?

—¿Te haces una idea de lo que te puede pedir? Intentará engañarte.

—Entonces estaría bien que estemos todos para asegurarnos de que no lo hace —dijo Nick sin ninguna pega. Levantó una ceja color arena hacia mí—. Si permites la escolta.

Vi que la cara de Pritkin se estaba poniendo púrpura y que suspiró. Hasta que no tuviera formación en defensa, era necesario que tuviera un guardaespaldas o dos. Además, no sabía cómo deshacerme de él. Vale, incluso sabiendo que seguramente me arrepentiría.

Por supuesto, yo tenía razón.

La habitación hubiera parecido elegante si no hubiera sido por toda la sangre. El interior de buen gusto, crema y dorado, del apartamento discordaba con el panorama de las Vegas Strip en la parte de afuera, pero la vista no era tanto un problema de decoración, sino los arroyos marrones que habían descendido por el papel de la pared grabado en relieve y se coagulaban en la bonita moqueta beis. No había ningún cuerpo a la vista, pero no hacía falta que lo hubiera. Nadie podría haber perdido tanta sangre y seguir vivo. Ni siquiera algo que no fuera completamente humano.

Mi vestido había cambiado a un crepúsculo escalofriante, con ramas negras retorcidas agarrándose a una luna de cosecha como dedos huesudos. Era completamente espeluznante y encajaba perfectamente con mi humor. Miré hacia atrás con ansia al vestíbulo, pero no podía cortar y correr cuando todo esto había sido idea mía. Lo único bueno es que había logrado que la duendecilla no viniera. Me preguntaba si ya se le había ocurrido alguna manera de salir del archivador.

Seguí a Pritkin sin mucho entusiasmo por el siniestrado salón mientras Nick permanecía detrás de nosotros examinándolo todo. Nos dirigimos al pasillo, intentando esquivar los lugares donde había más sangre. No era fácil. Cuando por fin lo conseguí, decidí que la víctima se tuvo que haber llevado al menos a unos cuantos de sus agresores con ella. Ningún cuerpo solo podría derramar tanta sangre.

Como era de esperar, la puerta al final del pasillo estaba medio abierta debido al cadáver que había en medio. O, para ser más precisa, la parte de un cadáver. La parte de arriba estaba a un metro del resto y no era capaz de verle el brazo derecho. Claro que tampoco me estaba esforzando mucho en mirar.

Pasé con cuidado por encima de lo que quedaba de cuerpo e inmediatamente vi el brazo. Estaba pegado a la pared dentro de la habitación: cortesía de un hacha grande que lo había cortado por el hombro. El brazo colgaba por los restos de una manga que alguna vez pudo haber sido azul, pero que ahora era de color púrpura y estaba hecha pedazos tiesos.

Tragué saliva, miré fijamente a mi alrededor, el sudor ya se estaba formando sobre mi labio superior. El aire acondicionado no estaba encendido, y a pesar de una brisa esporádica que procedía de una ventana hecha pedazos, tenía que hacer cuarenta grados en el apartamento. Pero esa no era la razón por la que yo estaba sudando.

Los rayos de sol del mediodía parecían más fuertes de lo habitual, oscurecidos con polvo, y con lo que después de un momento me di cuenta que eran unas doscientas moscas. Estaban revoloteando sobre lo que al principio parecía ser una masa aleatoria de partes de cuerpo en lo alto de una cama de tamaño extra grande, pero que al final resultó ser el cadáver de un hombre. Para decirlo con delicadeza,

digamos que llevaba un tiempo criando malvas. No soy una experta, pero dudaba mucho de que alguien que acababa de morir pareciera un globo blando a punto de explotar con gases fétidos y desintegración. La vista era horripilante y tardé un minuto en darme cuenta de que tenía la piel del color de un caramelo de menta, un verde azulado y calizo.

—El genio —dijo Pritkin de manera concisa, antes de que yo pudiera preguntar—. ¿Lo ves?

Lo miré de manera incrédula.

—Es un poco difícil no verlo.

—¡Al espíritu!

Sacudí la cabeza. Si había un fantasma en ese lugar, estaba realmente quieto. O a lo mejor se desmayó por el mal olor de lo que fuera que se estaba filtrando en una cuchillada en el lateral del genio. Al menos a las moscas parecía que les gustaba; se habían congregado allí alrededor de unas cien en un montículo negro y estaban trabajando. Sentí arcadas e intenté respirar por la boca. No me ayudó.

—Cuidado, Cass, pareces casi tan verde como él —comentó Billy—. Dile al mago que el único fantasma que hay aquí soy yo y que nos vamos de aquí. Este sitio me está dando escalofríos.

Tragué saliva.

—¿Sientes algo? —Si alguien podía encontrar a un fantasma fuera de control, ese era Billy.

—No, pero voy a mirar por aquí para asegurarme. Algunas veces los nuevos se esconden. —Él no suele ser así de generoso, así que seguramente yo no tenía muy buen aspecto.

—Gracias. —Comencé a avanzar ligeramente hacia la puerta, con la intención de respirar un poco de aire contaminado, mucho más agradable, suponiendo que pudiera haber alguna ventana abierta en la sala. Pero Nick estaba en medio.

No lo había visto entrar y me asustó. Di un grito y me eché atrás tan deprisa que me hubiera caído si no hubiera sido porque Pritkin me cogió.

—Dudo que esté aquí —dijo a secas, poniéndome de nuevo en pie—, incluso aunque una parte de él hubiera sobrevivido. Estaría después del asesinato.

—¿Qué le puede hacer un fantasma a alguien? —se burló Nick.

Pritkin y yo nos intercambiamos una mirada. Él había visto en persona el daño que podían hacer un par de fantasmas enfadados. Pero no lo mencionó.

En lugar de eso, dijo:

—Voy a echar un vistazo por el resto del apartamento. —Y se marchó.

—Podría ser el mejor cazador de demonios del Cuerpo —dijo Nick, frunciendo el ceño detrás de su amigo—, pero te apuesto a que tú sabes más de fantasmas. Saleh podía haber dejado uno, ¿a que sí?

Apartó la vista y miró al cuerpo, pero no le contestó. No es que fuera muy sorprendente, ya que no tenía cabeza.

—No lo sé. —Nunca había conocido a un genio antes, pero suponía que las mismas leyes los gobernaban mientras controlaban a otras criaturas mágicas que no eran humanas, ninguna de las cuales dejaba fantasmas. Claro que tampoco los dejan la mayoría de las personas. La verdad es que todo alrededor era bastante extraño, así que era muy probable que cualquiera que fuera la información que este se hubiera llevado al más allá estuviera allí. Pero no me apetecía dar una larga explicación en ese momento.

—Billy se ha ido a echar un vistazo. Si queda algo de él, lo encontrará.

—¿Si queda algo? ¡O es un fantasma o no lo es! —Nick parecía un poco estresado; una vena le latía insistentemente debajo del ojo derecho. Me parecía el tipo de oficina; a lo mejor el trabajo de campo tampoco le sentaba bien.

—No es tan sencillo —le expliqué—. No todos los fantasmas son permanentes. Algunos espíritus persisten alrededor de sus cuerpos durante un tiempo antes de aceptar las cosas y seguir adelante.

—¿Cuánto tiempo?

—Unas horas, quizá unos días. No más de una semana, a menos que estén planeando rondar por el futuro.

—Basándonos en el estado del cuerpo, no puede llevar muerto más de cuatro días. Según tu cálculo, el espíritu podría seguir aquí.

—Quizá, pero yo no siento nada.

—Inténtalo con más fuerza —insistió Nick—. Ya no está en condiciones de exigir. Si puedes ponerte en contacto con él, quizá esté dispuesto a contarnos algo.

—Si está aquí, Billy lo encontrará. Si no está... —Me encogí de hombros—. No hago nada para atraer a los fantasmas, así que no puedo intentarlo con más fuerza. Ellos tienden a aparecer cuando yo estoy cerca.

—No nos podemos permitir quedarnos mucho más tiempo —dijo Nick tranquilamente, pero había una nota de aviso en su voz que no me gustó. De repente se me ocurrió preguntarme por qué el sitio no estaba lleno de magos de la guerra. Su trabajo era investigar los asesinatos en la comunidad sobrenatural, y allí parecía que había bastantes cuerpos para mantenerlos ocupados durante un rato. En ese momento descubrí un pie de un marrón dorado mucho más humano sobresaliendo por detrás de la cama. No quise mirar si aún estaba pegado a algo.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que alguien más aparezca? —pregunté inquietamente. Pritkin y sus amigos los magos no se llevaban lo que se dice exactamente bien, y yo prefería perderme la reunión.

—No hay manera de saberlo, pero Saleh estaba suspendido por el Consejo. —Nick vio mi expresión—. Es como la libertad provisional —le explicó—. Y si no

aparece para su reunión semanal, se envía a alguien para que le eche un ojo.

—Mierda. —Me dirigí hacia la puerta, pero Nick me agarró.

—¿Y si fueras a tocar el cadáver? ¿Haría que hubiera una conexión más fuerte?

—Lo miré fijamente aterrorizada.

—¡No voy a tocar esa cosa! —Solo la idea hizo que se me pusieran los pelos de punta.

—¿Y qué me dices entonces de algo que le perteneciera? —Antes de que pudiera detenerle, Nick cruzó la habitación para tirar de la camiseta del hombre muerto. Creo que intentaba arrancar un trozo de tela para mí, pero la carne muerta se cayó junto con el trapo, desprendiéndose del hueso como un pescado muy hecho. La camiseta se abrió donde él la había agarrado, dándome una visión momentánea de un vientre que se movía solo. Cuando me di cuenta, estaba viendo gusanos pululando por debajo de la piel, tuve una arcada.

—Ya está. Estoy lista. —Me tambaleé por la puerta y tropecé con Pritkin saliendo del pasillo—. ¿Hay baño aquí?

—La segunda puerta a la izquierda. No hay nadie dentro.

Durante un segundo, no supe lo que quería decir. Solo estábamos nosotros tres en este loco encargo para interrogar a un hombre muerto, a no ser que contáramos a Billy, y el no había necesitado usar el baño durante un rato bastante largo. Luego me di cuenta de que me estaba dando a entender que en el baño no había cadáveres. Me vino a la cabeza la imagen del cuerpo hinchado que había detrás de mí, me atraganté y salí corriendo.

Parecía que al vestido le gustaba más el baño que el dormitorio convertido en depósito de cadáveres. El espejo reflejaba un rosa pálido indeciso, como el cielo justo después del amanecer. Pero aunque me quedé de pie encima del lavabo durante un minuto, intentando no arrojar el almuerzo, el sol no salía. No lo culpaba.

Había acabado de lavarme las manos y la cara, intentando quitarme lo que era como una capa grasienta, cuando una niebla fina flotó desde el desagüe hasta ser un resplandor plateado y frío. Se convirtió en una cara, ondeando enfrente del espejo como un espejismo hecho de vapor. Era borroso e indistinto, no tan sólido como yo solía ver a los fantasmas. Parpadeé, pero no se fue.

—¿Es seguro? —dijo una voz temblorosa.

—¡Uf! —dije estúpidamente. La verdad es que no había ninguna respuesta buena. En el pasado, en unas pocas ocasiones memorables, me había encontrado con espíritus que aún no eran conscientes de que estaban muertos. Y nunca habían apreciado que los pusieran al corriente.

Los ojos nebulosos comenzaron a moverse alrededor de la habitación. Se separaron del resto de la cabeza y flotaron, mirando todas las cosas. Uno se deslizó por debajo de la puerta y yo me sobresalté, solo porque era demasiado consciente de

lo que iba a pasar. Unos pocos segundos después, la boca se abrió por el impacto, pero no salió ninguna palabra.

—Sé que está mal —balbuceé—, pero te vas a ir a un sitio mejor.

La cabeza ciega se giró hacia mí.

—Soy un demonio —gruñó—. No lo creo.

Vale, tenía razón. El otro ojo volvió de mirar por fuera de la ventana y se puso en medio de su frente. Le dio una extraña energía de cíclope, pero bajo estas circunstancias, no creí que mereciera la pena mencionarlo.

—¿Quién hizo esto?

—¿No lo sabes? —le pregunté sorprendida.

—¡Estaba dormido! —dijo, y sonaba indignado—. Escuché que alguien entró a la fuerza, se quedó a medio camino de la cama y luego se fue la luz. —*Permanentemente*, pensé pero no lo dije. El ojo se centró en mi cara, mirándome realmente por primera vez—. ¿Y quién demonios eres tú?

—Sólo estoy de visita —dije, dirigiéndome hacia la puerta.

—No tan deprisa. —La cara reapareció en mi camino. El ojo errante alcanzó al otro y hubo algunos empujones mientras luchaban el uno contra el otro por conseguir espacio en la frente. Cuando al final se colocaron, me miró con reproche.

—¡Puedes verme!

—Soy clarividente.

—Bien. Entonces dime quién hizo esto. ¡Alguien va a pagar por ello!

De repente tuve una idea.

—A lo mejor podemos llegar a algún acuerdo —le ofrecí.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito saber algo acerca del *Códice* —le dije de modo tenue.

—¿Cuál? —me dijo, sonando con ganas de negociar.

—¿Hay más de uno?

—Un código es una recopilación de conocimiento, nena. ¿De cuál estamos hablando?

Tragué saliva.

—Del *Códice Merlini*. El volumen perdido.

Agudizó su mirada.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—No te lo dije. ¿Sabes algo?

—Posiblemente.

Suspiré.

—Me llamo Cassie Palmer —admití, y los ojos fantasmales brillaron visiblemente.

—Vale entonces. —La voz de Saleh se volvió dinámica—. El *Códice* se perdió

hace unos siglos, pero ese no es el problema. Incluso si lo encuentras, no serás capaz de leerlo.

—¿Está cifrado?

—Mejor que eso. Más tarde o más temprano los códigos se pueden descifrar, el tiempo no importa. El fue un poco más creativo.

—¿Eh? ¿Quieres decir que realmente hubo un Merlín?

—No, lo llamaron el *Códice Merlini* porque un hombre que se llamaba Ralph lo escribió —dijo Saleh impacientemente.

»¿Conoces esa historia de Merlín en la que rejuvenecía cada año en lugar de envejecer? —Asentí con la cabeza—. Bueno, los narradores la mezclaron.

—¿Y que querían decir?

—Querían decir que no era el mago el que rejuvenecía. Hechizó el Códice para que, si alguna vez desaparecía de su posesión, éste comenzara a rejuvenecer.

—¿Y por qué haría eso?

Saleh me echó una mirada que decía que estaba comenzando a sospechar que mi cociente de inteligencia era igual al tamaño de mis pechos.

—¡Para que se empezará a borrar él solo! En nuestra época es sólo un manojito de pergaminos en blanco.

—Pero si alguien va al pasado...

Saleh desprendió una sonrisa malévolamente.

—Entonces ese alguien posiblemente pueda recuperarlo.

El estómago me dio un vuelco. Mi nuevo cargo denotaba que, entre otras cosas, tenía el divertido trabajo de controlar la línea del tiempo. Pero sin alguna de esas lecciones que no estaba recibiendo, cada vez que volviera, me arriesgaba a estropear cosas que no sabría cómo arreglar.

—¿Dónde está? —pregunté, sabiendo que no me iba a gustar la respuesta.

—Pregunta equivocada —murmuró—. Deberías preguntar dónde estaba. Porque necesitas retroceder a una época en la cual el texto estaba casi todo intacto, justo después de abandonar las manos de Merlín.

Alguien llamó a la puerta astutamente y yo salté.

—Tenemos que irnos. —La voz de Pritkin se escuchó a través de la fina madera.

—Entonces, ¿dónde estaba? —siseé tranquilamente. La única persona que odiaba más que yo mis excursiones al pasado era Pritkin. Quería cerrar el trato antes de que él interfiriera y posiblemente lo complicara.

De repente Billy pasó a través de la pared como un petardo veloz.

—El mago está bien, Cass. Tenemos que irnos, ahora. —Se detuvo cuando vio la cara de espectro del genio—. ¿Quién es?

—Saleh. Lo encontré.

—Genial. Entonces, vámonos. Hay un grupo de magos de la guerra que están

subiendo por el ascensor.

—Dame un minuto.

—No tienes un minuto.

—¡Billy! ¡Podría haber averiguado algo!

Pritkin comenzó a dar golpes a la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Te ha pasado algo? —Demasiado tarde recordé, ya que una vez me había dicho que su oído era muy fino. Miré a Saleh.

—¿Qué quieres?

Me miró rotando un ojo.

—¿Tú que crees? Eres clarividente. Quiero saber quién hizo esto.

—No controlo mi don —le conté desesperadamente, mientras Pritkin comenzaba a lanzarse contra la puerta del baño.

—Entonces supongo que me quedaré contigo hasta que decida manifestarse —dijo Saleh amablemente.

—No, no lo creo —dijo Billy, fulminándolo con la mirada.

Miré fijamente a Saleh, que me devolvió la mirada con sosiego. Suspiré y me di por vencida.

—¿Cuándo te moriste exactamente?

—El lunes por la mañana, alrededor de las diez.

Miré a Billy. De ninguna manera iba a volver a un apartamento lleno de asesinos de un cuerpo humano vulnerable.

—Necesito un poco de ayuda —dije urgentemente.

Mi cuerpo necesita un espíritu en casa para mantener la vida, pero nunca nadie me había dicho que tuviera que ser el mío. Alguien me había dicho que debía saber que no necesitaba a Billy para que cuidara mi cuerpo físico cuando mi espíritu hiciera una pequeña excursión. «Tan solo retrocede en el tiempo a la misma época que dejaste», me había dicho, indiferente, como si medir el tiempo fuera tan fácil. Ni que decir tiene que yo prefería mi solución.

—No me lo creo —murmuró Billy, mientras una de las bisagras se abría con un crujido. Le eché una mirada desesperada y él dijo una palabrota antes de meterse en mi piel.

—No te quedes mucho tiempo. Se imaginará que soy yo cuando no pueda hacer que salgamos de aquí.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Saleh.

—No puedo decirte lo que quieres saber, pero puedo mostrártelo. —Agité la mano por lo que quedaba de él y me transporté.

El baño se transformó a nuestro alrededor, a cuatro días antes. No había ningún sonido que procediera de detrás de la puerta, así que con cuidado metí mi cabeza insustancial a través de la madera y miré alrededor. La ausencia de sangre en las

paredes bastó para saber que había llegado antes que los asesinos.

Saleh fluyó a través de la pared, con aspecto decidido. Lo seguí, buscando algo inusual. Como a alguien con un hacha enorme.

Saleh pasó por la pared de su habitación fácilmente, como si lo hiciera cada día. El genio estaba durmiendo en la cama. En vida hubiera tenido un aspecto bastante normal excepto por el color de su piel. No llevaba turbante, ni pendientes de oro y tampoco tenía el atuendo del Oriente Medio. En lugar de eso, tenía una mata de pelo castaño rizado, una perilla bien recortada y un chándal de los Lakers. También tenía una cabeza.

El reloj despertador que había en la mesa al lado de la cama marcaba las 9.34. Saleh y yo nos miramos el uno al otro, luego nos sentamos para observar. No tuvimos que esperar mucho.

A las 9.52, escuché el sonido de pies corriendo y el ruido de armas, cuando, presumiblemente, los guardaespaldas de Saleh se enfrentaron con los asesinos. Un momento más tarde, uno de ellos anduvo a tropezones hasta la puerta, antes de que un hacha que mágicamente se mantenía suspendida le cortara el brazo. Una espada empuñada por manos humanas le seccionó un momento más tarde, mientras la figura que estaba en la cama se despertó, pestañeó legañoso y comenzó a mirar a su alrededor. Antes de que pudiera ver algo con claridad, el segundo guardaespaldas estaba muerto y la cabeza de Saleh estaba jugando al baloncesto con la cesta de la ropa al otro lado de la habitación.

Apenas noté el horripilante desenlace final porque mis ojos se habían fijado con incredulidad en la figura que estaba de pie en la escena y que empuñaba la espada. Hubiera jadeado, pero parecía que no me funcionaban los pulmones, mi cuerpo se quedó repentinamente vacío de algo que se parecía al aire. Una desorientación repulsiva me golpeó y durante un momento, no pude moverme, no pude pensar. Parecía que el tiempo se había detenido mientras miraba fijamente, conmocionada, su cara, salpicada por la sangre de sus víctimas.

Alguna parte de mi cerebro notó que él parecía distinto. En lugar de una camiseta andrajosa y un abrigo marrón que parecía que había pasado por demasiadas batallas, su figura delgada estaba metida en unos vaqueros negros ajustados, una camisa a juego con botones hasta arriba y una lujosa chaqueta negra de piel. Era su aspecto común pero modernizado, como si de repente hubiera desarrollado el sentido del estilo. También parecía que se había peinado hacía poco y la barba de tres días en su mentón parecía más algo que estuviera de moda a que se hubiera olvidado de afeitarse.

Aunque su expresión era la alteración más radical. Lo había visto enfadado muchas más veces de las que pudiera contar, pero esa sucesión particular de características, como un pájaro cazador a punto de morder el cuello de su presa, era

nueva. Miré dentro de unos ojos verdes familiares negándome completamente. Todo lo que podía pensar era: *No me extraña que no quisiera traerme a ver a Saleh.*

—¡No me lo puedo creer! —se quejó Saleh—. ¡Ni siquiera lo conozco!

Vimos como Pritkin limpiaba la espada llena de sangre en la esquina de las sábanas de Saleh antes de enfundarla en una vaina larga amarrada a su espalda. Salió aterrador y airoso, dando zancadas sin prisa. No miró atrás.

—Un tipo viene paseando hasta aquí, me corta en pedazos y yo, ¿ni siquiera lo conozco?

—Cálmate —le dije, sintiéndome mareada y débil—. Mantén la calma y la cabeza clara.

—¡No tengo cabeza! —protestó y se dirigió a la puerta.

—Tenemos un trato —le recordé.

—Tu libro está en París. —Saleh alzó lo que hubiera sido su hombro si es que lo hubiera tenido—. Inténtalo en el año 1793.

Lo miré fijamente.

—¿Qué? —Maldita sea. Debería haber sabido que no había sido ninguna coincidencia.

—Sí, un par de capullos magos oscuros se lo robaron a Merlín ese año y...

—Espera. —Miré al genio, preguntándome si lo había entendido—. Merlín vivió en... bueno, no lo sé exactamente, pero ¡no podía estar vivo en el siglo dieciocho!

—Él era parte íncubo, todo el mundo lo sabe —me informó malhumoradamente—. Y los demonios son inmortales. Ahora cállate si quieres que te lo cuente, porque si no, me voy.

Me callé.

—Así que, sí, estaba vivo en 1793 cuando los magos le robaron el Códice, quienes lo sacaron a subasta en una pequeña reunión el tres de octubre. Justo antes salieron volando de la ciudad para librarse de las ejecuciones y las hogueras y las multitudes y el medio demonio enfadado que iba tras ellos. Bueno, de todas maneras, vístete para impresionar y quizá puedas echarle un ojo antes de que lo vendan.

—Pero si planean venderlo, ¡estará vigilado! Tiene que haber un momento mejor...

—Merlín estaba vigilando el Códice hasta que los magos pusieron sobre él sus zarpas avariciosas y, créeme, pita o no, seguro que no quieres experimentar lo mismo que él.

—Entonces, ¿qué me dices de más tarde? ¿Quién lo compró?

—Incluso si tuviera todo el día, no podría cubrir todos los rumores de adónde fue después de esa noche. De todas formas, a ti eso no te interesa, ya que si lo quieres antes de que los hechizos desaparecieran, tienes que llegar antes hasta él. Y ese momento es París, 1793 —dijo tajantemente—. Intenta que no te decapiten. Créeme,

es una mierda.

Se volvió a dirigir al pasillo.

—Espera un minuto. ¿A dónde vas?

—¿A dónde crees? Tengo un trabajo que hacer.

—¡Saleh!

Se detuvo al lado de la puerta.

—Esto no tiene que ver contigo, nena. Gracias a ese hombre misterioso, vuelvo a ser incorpóreo. Se han echado a perder diez años de poder acumulado, así, sin más.

—Intentó chasquear los dedos, pero la falta de manos le frustró. Hizo una mueca—. Cualquier venganza que se me pueda ocurrir está dentro de las normas, y créeme, puedo ser realmente inventivo.

Se marchó fluyendo y me dejó allí viendo tontamente cómo se iba. Bueno, al menos eso explicaba cómo había logrado dejar de ser un fantasma: no lo había hecho. El espíritu era el estado natural de Saleh. Tan solo había ahorrado el poder suficiente para formarse un cuerpo, lo mejor para girar y tratar con mortales, supuse. La pregunta es, ¿vine en su busca?

Dudaba si en su condición actual podría hacerle realmente algún daño a Pritkin. Los fantasmas, incluso los nuevos, tienen una fuente de poder limitada, una que se elimina muy deprisa con ataques a lo vivo. Saleh no era un fantasma, pero ya que había perdido la mayoría de su poder con su cabeza, dudaba que le fuera posible hacer mucho más. Aparte de las formidables protecciones de Pritkin y que probablemente estuviera bastante a salvo. Lástima que no se pudiera decir lo mismo de mí.

Si Saleh encontraba la manera de comunicarse con el mago, de acusarle o de recriminarle el crimen, se le podría escapar cómo había adquirido esa información, y eso sería fatal. Si Saleh ni siquiera lo conocía, parecía poco probable que Pritkin tuviera ninguna queja personal contra el genio, lo que significaba que la razón de matarlo era probablemente para evitar que me contara algo del Códice. Y si Pritkin no había vacilado en matar a Saleh para mantener el secreto a salvo, ¿por qué iba a ser yo distinta?

Al final, decidí que todo el asunto de Saleh era estúpido, ya que yo no sabía cómo acorralar a un genio que no quería irse. Finalmente me transporte de vuelta sola, y me encontré con Billy chillando dentro de mi cabeza:

—¡Métete en la bañera!

Cuando me quedé allí, intentando ponerme al día, salió de mi piel y me dio un empujón, justo en el centro del pecho. Normalmente Billy tenía problemas para mover incluso cosas pequeñas, pero había encontrado energía extra en algún sitio porque casi salgo disparada. Me fui tambaleando hacia atrás contra la bañera antigua con patas, perdí el equilibrio y me caí dentro. En ese mismo momento, la pared del

pasillo voló hacia dentro en una explosión de yeso, madera y papel de pared caro.

Estaba echada entre los escombros, la cabeza me daba vueltas, mi visión se oscureció durante bastantes segundos confusos. La bañera había sido una antigüedad restaurada, con el cuerpo original de sólido hierro fundido. Me había salvado la vida, pero con la cabeza machacada y los pulmones cubiertos de polvo, tenía problemas para sentirme agradecida.

—¡Señorita Palmer! —La voz de Pritkin procedía del agujero donde solía estar la puerta—. ¿Estás bien?

No lo miré. No podía mirarlo.

—Sí. —Escupí sangre (me había mordido la lengua) y polvo del yeso—. Nunca he estado mejor.

Escalé por los escombros y me dirigí al lavabo, solo que parecía que ya no estaba allí. Aún había un agujero en la ventana del tamaño de un lavabo, así que cogí un camino peligroso a lo largo del baño destrozado y miré hacia afuera. La brisa fresca me distrajo tanto que tardé unos segundos en ver los restos de las tuberías ocho plantas más abajo, en medio de la Flamingo Road. Un conductor de taxi estaba de pie fuera del coche, observando la tremenda abolladura en su capó y mirando desconcertado. Miró hacia arriba y se encontró con mis ojos. Me agaché rápidamente y volví dentro. Este lugar estaba a punto de hacerse más popular de lo que yo quería.

Miré en el pasillo y vi a tres desconocidos magos de la guerra sentados con la espalda apoyada en la pared. Parecían molestos, a lo mejor porque los habían atado con cuerdas como a los pollos que están a punto de poner en un pincho. Puesto que sólo había tres, supuse que no habían contado con nosotros. Aunque parecía que me reconocían o, quizá, miraban así a todo el mundo en un principio.

—Podemos intentar un hechizo para la memoria —dijo Nick, refiriéndose a ellos de manera dudosa.

—No durará —discutió Pritkin—, no con su formación.

Miró a Nick, sus ojos se oscurecieron con preocupación.

—Parece que te acabas de unir abiertamente a la resistencia.

Parpadeé, pero no ayudó. La máscara era absolutamente perfecta. Había crecido alrededor de criaturas cuyas emociones a menudo se mostraban en el parpadeo más mínimo de una pestaña, en una fracción infinitesimal de pausa en la conversación. Había pensado que sabía cómo interpretar a las personas, pero incluso concentrándome en todo lo que tenía, no pude encontrar un fallo.

El impecable depredador letal que acababa de ver simplemente ya no estaba. En su lugar, había un hombre pálido, con aspecto cansado; el yeso cubría su piel y su ropa. Pritkin se pasó las manos por el pelo, húmedo de sudor debido al calor infernal que hacía en el apartamento y acartonado en mechones al más puro estilo punki. Por lo menos ahora tendrá que lavárselo, pensé con la mirada en blanco.

Pritkin se dio cuenta de que estaba allí y el roce de sus ojos fue suficiente para hacer que la piel me picara.

—¿Lo encontraste?

Tropecé y me caí fuertemente contra la pared. El corazón latía contra mis costillas, tan rápido y fuerte que podía sentir el pulso en el cuello.

—No. —Cerré los ojos como si estuviera agotada, porque Pritkin había demostrado en el pasado que podía leerlos demasiado fácil. Pero me sentí orgullosa de mi voz. Era la que había mejorado en la Corte, la que estaba diseñada incluso para no decirles nada en absoluto a los vampiros. Obligué a mi ritmo cardiaco a que fuera más despacio, incluso que mi respiración se estabilizara—. Parece que los genios son como los vampiros: no dejan fantasmas.

—Dijiste que habías encontrado algo. —Abrí los ojos y vi a Pritkin dirigiéndose hacia mí. Vale, quizá hubo un fallo, decidí. El modo de caminar era el mismo. Tenía la mortífera fluidez de un luchador, todo unido y predispuesto. Se detuvo demasiado cerca de mí, algo que me incomodaba, aquellos ojos verdes listos estaban buscando mi cara.

Es Tony de mal humor, me dije duramente, buscando a alguien a quien desangrar porque ha tenido un mal día. Tú no sientes nada, no tienes miedo, porque eso atrae su atención más que nada. Estás tranquila, distraída, serena. No sientes nada.

—Había una pista de fantasma en el baño, pero no era del genio —le dije de manera despreocupada—. Otra persona murió aquí ya hace tiempo.

—¿Estás segura de que estás bien? —Nick vino y se puso a mi lado. Sus ojos se posaron en mi vestido, que había pasado de un amanecer esperanzador a una noche nebulosa, con pequeños tentáculos blancos reptando por un escenario tenebroso.

—Sí, estoy bien —le dije firmemente—. El lavabo pasó de largo en su camino para destrozarse un taxi.

Pritkin miró por encima de mi hombro el baño destruido y frunció el ceño.

—Tenemos que irnos. Aquí no hay nada para nosotros y las autoridades humanas llegarán pronto.

Me negué a tocarle la mano, así que enrosqué un puño en su abrigo que era de nuevo el antiguo marrón destrozado. Me pregunté dónde guardaba su ropa buena. Alargué la mano que me quedaba libre hacia Nick y me preparé para transportarnos de vuelta al Dante.

—Sí —coincidí. Mis ojos se centraron en Pritkin—. Aquí ya estamos todos listos.

Casanova había indicado que era imprudente que yo ocupara una habitación, ya que el Círculo podía buscar en la lista de huéspedes que llevaban allí una larga temporada. En su lugar, me había metido en lo que una vez había sido un almacén pequeño en la parte de atrás del bar *tiki*. Aún tenía bastantes cajas de sombrillas de cócteles en cajas debajo de mi cama y apenas había sitio para moverse. Pritkin lo tenía aún peor; estaba metido en el vestuario que una vez se había reservado para los famosos artistas muertos del club. Era más grande, ya que allí habían estado sus tumbas, pero él juraba que aún tenía un cierto... olor. Por el momento, ese pensamiento me había alegrado considerablemente.

Acababa de ponerme la camiseta gigante que estaba usando de camisón cuando Billy pasó por la pared. Le puse al tanto de mi conversación con Saleh mientras se sentaba en el borde de la cama y se hacía un cigarrillo fantasmal.

—Necesitamos un equipo —concluí.

—Somos un equipo.

Estaba cansada y dolorida, pero no sólo físicamente. Me abracé a la almohada que era tan cómoda como la que te dan en una línea aérea excepcionalmente tacaña.

—El espectáculo de Cassie y Billy podría haber funcionado para estar un paso por delante de Tony —dije—. No va a ser suficiente para que podamos allanar una fortaleza del Círculo Negro.

—Y hemos tenido mucha suerte con los compañeros.

—Podemos confiar en Rafe.

—Cass, ya sé que te cae bien, pero, ¡hombre! No es un gran guerrero.

—No necesitamos a un guerrero —le dije irritada—. No estoy planeando atacar al Círculo.

—¿Y tus planes siempre funcionan perfectamente, no?

—Mira que te gusta dar el coñazo.

—No, tan solo me sale así de natural. —Encendió el cigarrillo y me miró a través de una neblina de humo fantasmal—. Siempre estará Marlowe.

Se refería a Kit Marlowe, la que una vez había sido la dramaturga isabelina.

Ahora era la espía jefe de la Cónsul.

—Sí, ¡estaría bien!

—Salvarías a Mircea y a la vez a ti misma. Creo que compensarías algunas deudas —argumentó Billy.

—Podría, si no me culparan por haberlo metido en este lío desde el principio.

—Pero él te lanzó el *geis* a ti...

—Lo que, como mi maestro, tiene todo el derecho a hacer. Yo soy la que no tengo

derecho a duplicarlo, ni siquiera por accidente. —Vi la objeción temblando en los labios de Billy—. Y sí, creo que su razonamiento es una mierda. Sólo digo eso.

—A mí no me gustan más que a ti —Billy sonaba afligido—. ¿Pero quién más está ahí? Seguimos encontrándonos con esos tipos poderosos, ¡pero todos son unos putos locos!

—No voy a llevarme a nadie en el que no confíe cuando retroceda en el tiempo. Ni tampoco a ningún incompetente. O a alguno que tenga sus propios planes.

Billy soltó un suspiro exasperado.

—Va a ser un poco difícil reunir a un equipo si sigues ese tipo de normas. ¿Alguien leal y fuerte que no quiera nada? ¡Venga, hombre!

Me encontré poniéndome furiosa otra vez con Pritkin, que se suponía que era exactamente ese tipo de persona. Había empezado a bajar la guardia frente a él, solo porque era listo y valiente y algunas veces extrañamente divertido. Debería haber sabido que nada de eso significaba que él estaba de mi lado. «Cuando doy mi palabra, la cumplo», me había dicho una vez. Sí, ¡claro!

Me entretuve con la colcha azul y tejida con hilos de oro con un lazo rasposo. No era la primera vez que deseaba algo menos llamativo y más cómodo. Había tenido una colcha de algodón suave en casa de Tony que había usado durante años. Se había decolorado al lavarla; sus flores brillantes y baratas se convirtieron con el tiempo en colores pasteles suaves, como un jardín inglés. Estaba un poco rota por los bordes, pero nunca había dejado que mi quisquillosa institutriz la cambiara por otra. Me había gustado como estaba, con sus fallos y con todo. Pero como el resto de mis cosas, al igual que Eugenie, ya no existían.

—¿Cass? —Billy de repente sonó avergonzado, algo casi nuevo para él—. ¿Sabes que Pritkin es un imbécil, verdad?

Un imbécil que resultaba que era un amigo, susurró una pequeña voz en mi interior. *Vale ya, ya vale.*

—¿Cass?

El nudo en mi garganta había crecido tanto que casi me dolía, y mis ojos habían comenzado a escocerme de un modo embarazoso, y ¡*juau!*, era el momento de cambiar de tema.

—Lo sé.

—Entonces, vale. Mejor así. Nunca confié en él.

—Yo no confío en nadie —dije fervorosamente. Era de lo único que estaba segura esos días.

—En nadie, excepto en mí —corrigió Billy—. Entonces, ¿cuál es el plan?

—Tengo que conseguir el Códice —le dije, empezando con la única cosa en la que no había discusión. Pritkin había dicho que no ayudaría, pero supongo que ya había visto lo mucho que podía creerle.

—Sólo que no lo puedo traer aquí. Ha estado deambulando durante más de doscientos años; ¿quién sabe lo que pasaría si lo saco de esa línea del tiempo?

Billy pareció confundido durante un momento, y luego sus ojos se abrieron de par en par.

—No puedes pensar lo que creo que estás pensando.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Si la montaña no va a Mahoma...

—¡Mahoma no era un vampiro maestro loco!

—Mircea no está loco. —Bueno, al menos por ahora—. Está... atormentado.

—Oh, oh. Vas a arrastrar a un maestro vampiro atormentado para allanar una fortaleza de magia negra.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—¡Cualquier cosa es una idea mejor!

—No chilles.

—¡Entonces empieza a hablar con sentido! —Le lancé la almohada, aunque no le hizo nada porque le pasó justo al lado—. Eso no cambia el hecho de que estés loca.

Me tambaleé hacia atrás y me desplomé en la cama, me puse un brazo sobre los ojos. Probablemente tenía razón, pero eso no cambiaba nada. Si no podía llevarle el hechizo a Mircea, no tenía otra opción que llevar a Mircea al hechizo. Y había estado diciendo justo esa mañana que quería algo que hacer y para ser mis últimas palabras, dejaban mucho que desear.

—Necesitas descansar un poco. —Billy intentó coger mi mano, pero había gastado demasiada energía en el apartamento y no tenía fuerza. Pasó sus dedos a través de mí.

—Y tú tienes que alimentarte —le dije acabando el pensamiento. No estaba esperando con ansia la energía, pero yo solo iba a dormir de todos modos.

—Ya lo haré —dijo después de un minuto.

Miré hacia arriba, confundida. No recordaba la última vez que Billy se había negado a coger energía. Era el lazo principal que nos unía, su pago por haberme ayudado con todos mis problemas.

—¿Qué?

—No te ofendas Cass, pero tienes un aspecto horrible.

—Gracias.

—De todas formas, no necesito mucha energía para espiar al mago maniaco. —Inclinó el sombrero hacia atrás y me envió una sonrisa arrogante—. Y si tenemos suerte, quizás algunos de nuestros viejos amigos en el Cuerpo lo encontrarán y se encargarán de ese problema por nosotros.

Me quedé dormida preguntándome por qué ese pensamiento no me hacía sentir mejor.

Rafe y yo nos encontramos en las cocinas antes del amanecer a la mañana siguiente. Al no seguir contando con Pritkin, tenía que buscar ayuda en donde fuera y no había muchas opciones. Le había dejado un mensaje en el número privado que Rafe me había dado, diciéndole que tenía que verlo. Sólo esperaba que no fuera a volverse loco cuando le dijera lo que quería.

Poco después de que cogiéramos taburetes y nos pusiéramos en una mesa de preparación sin usar, uno del personal correteó hacia allí y puso una taza de café de arcilla blanca enfrente de mí. Olía a café bien tostado y leche recién hervida y tenía un punto en el medio de la espuma del expreso añadido justo al final. A Pritkin le hubiera encantado. La aparté a un lado sintiendo náuseas.

—*Cucciolina*, estás hecha un desastre —le dijo Rafe a su admiradora más reciente, cuando las pequeñas manos gordas untaban masa blanda de baya por toda su camisa de seda verde.

Alguien del personal estaba haciendo pasteles para la noche de San Juan, lo que explicaba por qué un bebé tenía un aro morado por toda la boca y mermelada pegada en su fino pelo rubio. Miranda, que había intentado cuidarla y supervisar todo al mismo tiempo, me la había entregado casi tan pronto como cuando entré por la puerta. Inmediatamente el bebé hizo un pequeño sonido desagradable de enfado y cuando me quedé allí de pie, sujetándolo torpemente, rompió a llorar enojado.

Rafe me rescató, cogiéndolo a pesar de su atuendo elegante y la zarandeo contra su pecho. El bebé exageró durante unos segundos, gimiendo como silo hubieran clavado con alfileres antes de que finalmente decayera en resuellos ansiosos y presionara su cara contra su camisa. Considerando lo rápido que se había recuperado, estaba bastante claro que sólo quería flirtear con el chico guapo.

Un plato blanco chino se unió a mi taza de café. En él había un panecillo bastante grande y bien hecho. Miré el panecillo y, que yo viera, no me devolvió la mirada. Ya que había pasado la primera prueba, lo abrí y lo olí. Mantequilla de cacahuete y anchoa. Casualmente un chef pequeño estaba holgazaneando cerca de allí, esperando un veredicto. Iba a tener que esperar un rato.

—Me recuerda a ti cuando tú tenías su edad —dijo Rafe, limpiando en vano los labios de la niña con un pañal. Solo hizo que las cosas empeoraran: ahora también tenía las mejillas moradas—. Nunca podías comer nada sin ensuciarte por todos lados.

Jesse reprimió una sonrisa al otro lado de la mesa larga donde él y un grupo de niños estaban jugando al Monopoly. Deberían haber estado en la cama, eran más o menos las cuatro de la mañana, pero nadie seguía un horario normal en Dante. El tener un personal parcialmente compuesto de personas que ardían con la luz del sol probablemente tenía algo que ver con eso.

Casi todos los niños más mayores estaban absortos en el juego, pero una de las

más jóvenes estaba sentada en el suelo, jugando con un dispensador de caramelos Pez con cabeza de Elvis que alguien le había dado. Parecía que estaba completamente atenta a eso, sin embargo la puerta que había detrás de ella estaba tenazmente abierta. Parecía que sus padres habían escondido una vez a su hija, porque los avergonzaba, en una pequeña habitación sin ventanas hasta que ella descubrió que las cerraduras se abrían como por arte de magia y ella escapó. Ahora se había convertido en una especie de costumbre, aunque había hecho que fuera como un reto para el casino: las puertas del ascensor simplemente se negaban a cerrarse mientras que ella estuviera dentro.

Mirándola, finalmente me imaginé lo que había estado molestándome. Estos niños eran demasiado jóvenes. La edad media estaba en los ocho años, con muchos niños de cuatro a cinco años, lo que no tenía sentido.

Con catorce años, yo era una de las más jóvenes en la camada de Tami. La mayoría estaba entre los quince y los diecinueve, lo bastante mayores para haberse imaginado cómo iban a ser sus vidas en una de esas escuelas especiales y para habérselas ingeniado para escapar. Es verdad que de vez en cuando también había niños más jóvenes que pasaban por allí, pero normalmente llegaban con un hermano mayor o con un amigo. Nunca había visto a Tami con tantos niños tan pequeños. ¿Cómo se habían escapado? ¿Cómo habían sobrevivido en las calles hasta que ella los encontró? Yo apenas lo había conseguido y entonces tenía más años y más dinero que muchos de ellos.

—No vine a la corte hasta que no tuve cuatro años —le recordé a Rafe ausentemente. Un coche pequeño del juego del Monopoly había decidido rodar por la mesa hacia nosotros y chocó contra mi mano. Le di la vuelta y lo lancé; se estrelló con un zapato que saltaba enérgicamente. Parecía que alguien había encantado la mesa de juego para los niños.

—No para vivir, pero tu padre te trajo cuando eras una *bambina* —contestó, dejando de limpiar a la niña pegajosa. La puso contra su pecho con un brazo, la palma de su mano rodeaba de manera protectora su cabeza.

—¿Qué?

—Le encantaba exhibirte. Claro que tú te comportabas mucho mejor que muchos —dijo con un suspiro cuando la niña comenzó a morder su corbata.

—No lo sabía. —Sabía tan poco acerca de mis padres que las pequeñas trivialidades me parecían una revelación. En mi mente, «madre» significaba una mano fría, pelo suave y un olor dulce. Era todo lo que más recordaba de ella. A menos que lo intentara con todas mis fuerzas, era lo único que recordaba de ella. Y aún recordaba menos de mi padre.

—*Piccolina mia*, por favor, para —dijo Rafe desesperado, quitándole la corbata y sustituyéndola por un chupete antes de que la niña pudiera protestar. Por suerte, la

pequeña riña parecía que la había agotado y pronto se acomodó en su pecho y se durmió—. Las visitas terminaron cuando tenías unos dos años —añadió.

—¿Sabes por qué?

Rafe comenzó a encogerse de hombros, luego se dio cuenta de que eso podría haber despertado a su nueva novia.

—Supongo que sería porque comenzaste a mostrar señales de tu don. Tu padre se tuvo que percatar de que Tony te cogería si lo supiera.

Que fue lo que hizo un par de años después.

—¿Cómo se enteró? —Nunca supe cómo Tony había descubierto que valía la pena tenerme. La idea de que el chivatazo podía haber sido algo que yo hubiera ocasionado me daba nauseas.

—Tony nunca confió en nadie, ni siquiera en sus sirvientes más antiguos —me reaseguró Rafe—. Había gente que observaba a tu padre, indudablemente tenía gente observándolos. A los únicos que Antonio no controló fueron a aquellos que teníamos lazos de sangre con él, ya que sabía que no éramos lo bastante fuertes para romperlos. —Dijo lo último con un rencor inusual.

—No creo... ¿Puedes contarme algo de ellos? ¿De mis padres? —No era la primera vez que le había preguntado, pero Rafe nunca había sido capaz de contestar. Le habían obligado a estar en silencio y como el vampiro que lo creó le había dado la orden, la prohibición era incluso más fuerte que la de Mircea.

Rafe me miró con compasión.

—Lo siento, Cassie.

—Sólo pensaba que, quizá, sin Tony...

—Pero aún está vivo —me recordó Rafe suavemente—, y así también su poder sobre mí.

—Pero a lo mejor Billy puede...

—Y la prohibición de Antonio incluye la comunicación a través del mundo de los espíritus.

La habilidad que yo tenía para comunicarme con los fantasmas la heredé de mi padre. No era sorprendente que Tony hubiera pensado añadir esa pequeña advertencia. Siempre lo había odiado, pero nunca pensé que fuera estúpido. La decepción se volvió a poner en su sitio de siempre detrás de mi caja torácica.

—¿Mircea no puede romper el lazo de sangre? —le pregunté después de un momento.

—No le he preguntado. Tal y como está ahora... no me atrevo a hacer algo que lo pueda debilitar aún más.

—Lo que me lleva al por qué de que quisiera verte. —Miré a los niños, pero ninguno de ellos nos estaba prestando atención. Jesse se estaba mordiendo el labio y mirando a la mesa, donde pequeñas señales hipotecarias acababan de aparecer en un

montón de sus hoteles. Le puse al día lo más tranquila que me fue posible.

—¿Quieres asaltar una fortaleza de magia negra? —me preguntó Rafe incrédulo cuando acabé de hablar—. ¿Sola?

—No sola —corregí. El descanso de una noche me había ayudado a aclarar mis ideas y me hizo reevaluar mi plan. Necesitaba llevar a Mircea hasta el Códice, pero intentar llevarlo yo sola era insensato. Afortunadamente, había otra opción.

Aparte de Rafe y de otros cuantos trofeos, Tony se había especializado en reunir personas agresivas, con habilidades y personalidades para complementar su red de actividades altamente ilegal. Y algunos de ellos habían tenido muchos años para perfeccionar sus habilidades. Iba a ir a por el Códice y no iba a ir sola.

—Pero si ya sabes dónde está, ¿no puedes simplemente...? —Rafe hizo un gesto con la mano indeterminado que se suponía que indicaba que me transportara.

Lo respetaba lo bastante como para no poner los ojos en blanco, aunque me costó el no hacerlo.

—Si tan solo fuera entrar y cogerlo, sí, pero por alguna razón dudo que vaya a ser tan fácil. Necesito a Alphonse.

Rafe se quedó allí sentado, parecía horrorizado, pero algo de su tensión tuvo que haberse comunicado con el bebé, que se despertó y empezó a aspirar ruidosamente. La miré con cautela, sabiendo lo que eso significaba. Pero Miranda, después de haber aterrorizado al personal para satisfacerse, vino y se la llevó antes de que llegara la explosión. Y Rafe se quedó mirándome fijamente.

La reacción no fue exactamente lo que se dice una sorpresa. Alphonse era la mano derecha de Tony y el jefe de los gamberros. Después de que el jefe hiciera su acto de desaparición, Alphonse había tomado el control de las operaciones familiares en la Costa Este como Casanova lo había hecho en Las Vegas. Y, a priori, no había nada en él que fuera tranquilizador.

Por alguna razón, parecía un boxeador que había perdido demasiados combates: todos sus rasgos estaban ligeramente descentrados, como si los hubieran roto en mil pedazos y ya nunca pudieran volver a encajar perfectamente. Por otro lado, su voz era tenebrosa como la de Don Corleone. Era debido a un daño traqueal provocado por un codazo fuerte en su garganta en su vida mortal, pero eso no cambiaba el hecho de que cada vez que ponían *El Padrino* en casa de Tony, alguien se volviera loco y todo el suelo acabara lleno de sangre; lo que podía explicar el por qué estaba tan a menudo en la lista de reproducción.

Incluso mucho más preocupante era la pila de álbumes gruesos de fotos y muy usados que había en su habitación, llenos de fotografías en blanco y negro rotuladas con esmero. Algunas mostraban a gente en ataúdes, mirando ciegamente hacia arriba, otros estaban boca abajo en cunetas o desparramados sobre la agrietada acera, aún desangrándose. Alphonse conservaba las fotos de todas las personas a las que había

asesinado. Había un montón de álbumes.

En un principio, las fotos habían sido idea de Tony. En el mundo humano, Alphonse había sido un monstruo, del tipo de los de las películas con choques de coches, explosiones y bastante sangre para que en las noticias aparecieran reportajes sobre los efectos de la violencia en la sociedad. En el mundo de los vampiros, tan solo era bueno en su trabajo. A veces demasiado bueno, pero hablar con él no arreglaba nada y en el mundo de los vampiros no había terapeutas. Entonces alguien bromeó una noche cenando y dijo que Alphonse necesitaba un pasatiempo y los ojos de Tony se iluminaron.

Al bromista desafortunado se le había encargado el trabajo de encontrar algo que le gustara hacer a Alphonse y que no estuviera relacionado con matar y, si no le encontraba ningún pasatiempo, él mismo debería entretenerlo. Todo el mundo había supuesto que estaba en las últimas, incluido él. Había sido especialmente cierto cuando para hacer deporte cazaba a las mascotas, cuando utilizaba el piano como tiro al blanco y cuando le envolvía los palos de golf alrededor del cuello. Pero luego compró una cámara y preparó un cuarto oscuro y nadie vio a Alphonse en una semana.

Cuando Alphonse no tenía cadáveres que hicieran de modelo para él, fotografiaba a cualquiera que estuviera dando vueltas por el patio. Particularmente, le encantaba sorprender a la gente, sacándoles fotos cuando hacían algo embarazoso o desde el peor ángulo posible. Debajo del bonito techo de Rafe había paredes empapeladas con imágenes horribles: yo con los ojos en blanco, con la boca llena de pizza; y con la mandíbula hinchada como la de una ardilla después de una extracción de muela.

Al principio las había odiado, odiaba despertarme cada mañana y ver versiones grotescas de mí misma que ya había empezado a ver reflejadas en el espejo siempre que me miraba durante mucho tiempo. Pero no me había atrevido a rechazar las ofertas de Alphonse, que pronto daba vueltas por la habitación y empezaba otra sesión. Y poco a poco, mientras mi colección iba creciendo, empecé a cambiar de opinión.

La modelo preferida de Alphonse era su novia, una rubia metida en carnes con los brazos tan musculosos como los de un hombre, conocida como *Sal la Ojo*. Su apariencia justificaba su apodo: tenía una cicatriz que le atravesaba el ojo izquierdo, se inclinaba por la mejilla y llegaba justo a la esquina izquierda del labio. Había perdido el ojo durante el periodo de la fiebre de oro en California con otra chica de la cantina que supo cómo empuñar una botella rota mejor que ella. Poco después, Tony había decidido añadirla a su establo. Las partes perdidas antes del cambio no se regeneran, así que Sal se quedó con un ojo permanentemente. Aunque a Alphonse parecía no importarle, y su sonrisa ladeada y su cara cicatrizada destacaban prominentemente en su colección de fotos.

Un día me había quedado mirando fijamente la última foto que me había hecho, mis ojos pasaron de mis mejillas y barbilla cubiertas con acné (Alphonse las había acentuado con un filtro rojo para que se pareciera a un paisaje de Marte) a una foto de Tony tumbado en su trono, pareciendo incluso más hinchado de lo normal. Apenas había notado la foto más nueva de Sal en el medio, a pesar del hecho de que la lente se había posado con detenimiento en sus cicatrices. Entre nosotros dos, ella parecía completamente normal. Me di cuenta de que a través del objetivo de Alphonse, todo el mundo era feo; o quizás, a través de su objetivo, todo el mundo era guapo.

Seguí encontrándolo confuso, pero nunca volví a mirar mi fotografía del mismo modo. Incluso había empezado a pensar que, comparado con las fotos adornadas y de pose que mi institutriz prefería, la verdad es que algunas de ellas tenían algo de interesante. Alphonse podría ser un cabrón asesino, pero al contrario que cierto mago de la guerra que podría nombrar, a veces parecía lógico. Y ya me estaba cansando de tratar con gente a la que realmente no entendía.

Me había pasado las últimas semanas deambulando por el mundo de Pritkin, al que se suponía que yo pertenecía, sintiéndome como alguien que estaba de visita en un país extranjero y que solo hablaba a medias el idioma.

La mayor parte del tiempo no tenía ni puta idea de lo que estaba pasando, y una vez o dos había alcanzado un estado de confusión tan intenso que parecía que me podía causar un daño cerebral. No podía ganar el juego (¡qué demonios!, ni siquiera podía jugar) cuando no entendía las reglas. Necesitaba nivelar el terreno de juego. Necesitaba a los vampiros.

—Puede que Alphonse sea una persona agresiva de primera clase, pero no es un maestro de primera clase —le recordé a Rafe—. Si Mircea muere, estará en el mismo barco que tú, obligado a luchar por un cargo dentro de la familia que le absorba.

—No tiene que preocuparse. Hay muchos que estarían encantados de añadir sus... talentos especiales... a su arsenal.

—Sí, pero ¿cuántos crees que estarían dispuestos a hacerle su segundo?

—Más tarde o más temprano Alphonse podía tallar su nicho, pero no tenía la menor intención de volver a quedarse en segundo plano. No durante siglos, ni para siempre. Y no creo que le sentara bien al vampiro que conocía.

—La Cónsul ha prohibido a todo el mundo que te ayude —me recordó Rafe.

—Alphonse no es tan bueno a la hora de cumplir órdenes —le recordé también yo—. Creo que se arriesgará. —Si hubiera tenido que apostar, la apuesta hubiera sido de diez a uno. Era su mejor oportunidad para mantener su cargo actual y eso me hacía su mejor amiga. No importaba lo que dijera la Cónsul—. Necesito a Alphonse y a un equipo con sus gamberros más locos. ¿Puedes conseguirlo?

—Puedo ponerme en contacto con él —admitió Rafe de mala gana—. Pero aunque esté de acuerdo, no sé si todo esto servirá con tan poco tiempo.

—¿Poco tiempo para qué? —le pregunté impaciente—. Sé dónde está el *Códice*, Rafe. ¡Solo necesito ayuda para cogerlo!

—Sí, pero Mircea... está empeorando. Y si pierde sus facultades, ¿el contrahechizo invertirá el daño? O, ¿se quedará así para siempre? —A pesar de nuestra posición, demasiado cerca de los hornos para que fuera cómoda, Rafe se estremeció.

Me eché hacia atrás en la silla, estaba mareada. Había supuesto que una vez que tuviera el hechizo, todo volvería a la normalidad. Pero, ¿y si no era así? Y con el Senado en medio de una guerra, ¿qué pasaba si decidían que un vampiro maestro demente era una responsabilidad que no se podían permitir? No me extrañaba que Rafe estuviera asustado. Si el *geis* no mataba a Mircea, la Cónsul podría hacerlo.

Irónicamente, lo que necesitaba era más tiempo. Sabía dónde estaba el *Códice*; antes o después iba a coger el hechizo. Pero no me haría ningún bien que Mircea se volviera loco mientras yo hacía mis planes. Tenía que mitigar de alguna manera los efectos del *geis* mientras se me ocurría algo. Y sólo había una única posibilidad para eso: el único sitio que conocía por experiencia donde el *geis* no funcionaba con toda su fuerza.

—¿Qué me dices del Reino de la Fantasía? —pregunté—. Si podemos llevarle hasta allí, podríamos ganar tiempo para...

—La Cónsul ya pensó en eso —dijo Rafe. Su tono era calmado, pero sus dedos agitados estaban convirtiendo mi servilleta de lino en jirones—. Pero los duendes ya no quieren más vampiros en su mundo, especialmente a ninguno en el estado de Mircea. Denegaron un permiso de entrada.

—¿Quién lo hizo? ¿Los oscuros o los de la luz?

Pareció sorprendido.

El Senado no trata con los duendes oscuros. Su tratado con la luz lo prohíbe.

—Pero yo sí. —El rey de los duendes oscuros esperaba que yo encontrara y le entregara el *Códice*. Hasta que eso pasara, tenía que tenerme contenta. Eso me daba una palanca para obtener un par de favores, como por ejemplo una habitación y comida para un vampiro enfermo.

—Incluso aunque los duendes estuvieran dispuestos a ayudar, ¿cómo lo llevaríamos hasta allí?

—¿Qué me dices de la entrada a la MAGIA? —La Metafísica Alianza de Grandes Interespecies Asociadas era la versión de la comunidad sobrenatural de las Naciones Unidas. No era mi sitio preferido, pero teníamos que entrar para llevar a Mircea de todas formas, así que tenía sentido conducirlo hasta el Reino de la Fantasía a través de la propia conexión de la MAGIA.

Pero Rafe machacó esa idea.

—Aún no está reparada. La última vez, tu billete no era... convencional... y

destrozó el hechizo. La Cónsul ha apelado a los duendes para que permitan otra, pero dicen que si no podemos controlar quién entra en sus tierras de una manera mejor que esa, entonces no están seguros de que quieran que tengamos una. Estamos negociando, pero no se sabe cuánto tiempo va a llevar.

Y a los duendes no se les conocía por hacer las cosas corriendo. Sin mencionar que la entrada, siempre y cuando se volviera a abrir, estaría muy bien vigilada. Allí no podíamos hacer nada.

—¡Maldita sea! —Golpeé la mesa con la palma de la mano tan fuerte que el café que aún no había probado se derramó por todos lados. Estaba limpiándolo con los jirones de mi servilleta cuando uno de mis *post-it* mentales que estaba guardado en algún sitio de mi cerebro comenzó a moverse.

—Tony tiene una entrada ilegal por aquí en algún sitio —le dije lentamente—. La utiliza para el contrabando. Solo que no sé dónde está.

Rafe me agarró las manos y por primera vez parecía esperanzado.

—¿Cómo la localizamos?

—No lo sé, pero sé a quién preguntar.

—No necesitas una entrada hasta que no tengas el libro —me dijo la duendecilla, ahuecándose su pequeña melena de pelo pelirrojo brillante. Había encontrado un disco compacto por algún sitio, posiblemente en la basura porque la mayor parte del polvo que tenía ya no estaba. Lo estaba utilizando como espejo en el tocador que se había hecho de una pila de estuches de CD—, y tú aún no has hecho ningún progreso en eso.

—Lo necesitas para volver a casa —le señalé—, a no ser que te quieras quedar aquí.

Miré alrededor de su apartamento provisional. Desde su perspectiva era claramente espacioso; estaba utilizando estanterías del armario de la sala de estudio de Pritkin. Había preparado la estantería de arriba como su armario, mientras que la de abajo era una cama, completa con un guante para horno como saco de dormir y una linterna pequeña como lámpara. Sin embargo, me lanzó una mirada maliciosa.

—Sí, creo que vuestro mundo es muy acogedor.

—Cuando yo visité el tuyo, ¡casi me matan!

—Y yo estaba encerrada en un archivador —me soltó.

—¡Es mejor que un Calabozo!

—¿Has estado alguna vez en uno?

Había visto el archivador y parecía una bomba que había explotado desde el interior.

—No parece que hayas tenido muchos problemas para salir.

—Sólo porque estaba hecho de algún metal inferior en vez de hierro —se estremeció—. Podía haber muerto, mi magia se hubiera filtrado, mi cuerpo se hubiera

congelado lentamente en el agarre cruel de hierro...

—Sí, pero no fue así. Y si podemos volver al punto en el que estábamos...

Sus furiosos ojos lavanda se clavaron en los míos.

—El punto en donde estábamos es que el esclavo debe volver al servicio del rey y tú tienes que encontrar el libro que le prometiste. —Sonrió maliciosamente—. No intentes volver al Reino de la Fantasía sin él. Al rey no se le conoce por su naturaleza misericordiosa.

—Françoise no se va a ir a ningún sitio —le dije, quizá por décima vez—, y si la ira del rey es tan temible, ¿por qué te ofreciste para ayudarnos a escapar de aquí? ¿No tenías miedo de las consecuencias?

La duendecilla agitó las alas alborotadamente.

—Eso fue distinto.

—¿Distinto por qué?

—El mago me ofreció algo irresistible. —Su cara seria desapareció y de repente sus ojos brillaron con una luz más suave—. Nadie me hubiera culpado por cogerlo, ni siquiera el rey.

—¿Qué te ofreció?

—¡No importa! ¡No puedo encontrarlo! —Le dio una patada a las fundas de los CD, luego se sentó sobre el carrete extragrande de hilo que había convertido en un asiento, frotándose en secreto su pie dolorido.

De repente me vino a la cabeza un recuerdo.

—La piedra runa. Jera. —Una de las razones por las que había conseguido sobrevivir por así decirlo a mi única incursión en su mundo fue porque había adquirido algunas runas de batalla del Senado. No había duda de que la Cónsul las quería de vuelta, porque serían muy útiles en la guerra y porque yo no había preguntado exactamente antes de cogerlas. Pero pensé que en ese momento ella podría haber querido más a Mircea. Y no pude ver qué bien le hacía a ella una piedra runa cuando su único poder era hacer a las personas más fértiles.

La duendecilla levantó la vista con resentimiento.

—Él me dijo que la tenía. Incluso me la enseñó. Parecía real.

—Es real. —Por fin nos entendíamos—. ¿Estabas dispuesta a arriesgar la ira del rey simplemente por la oportunidad de tener un hijo?

—¿Simplemente? —Su pequeña voz se convirtió en un chillido—. Sí, confía en un humano ¡y mira lo que pasa! Mi gente está al borde de la extinción, mientras tu estúpida, frágil y pueril raza, cuyo único logro es procrear y procrear y...

—Sí, gracias. Ya lo entendí. —La miré de cerca—. ¿Y qué me dices si te la consigo?

De repente un torbellino de alas verdes brillantes estaba en mi cara.

—¿Dónde está? ¿La tienes tú? Pensaba que uno de los magos...

Sonreí. No era de extrañar que me estuviera haciendo la pelota.

—La puedo conseguir.

—Lo creeré cuando lo vea.

—Entonces lo creerás pronto. Pero a cambio quiero la ubicación de la entrada.

—La encontraré —prometió fervientemente—. No pienses en volver a engañarme, humana. Descubrirás que soy aún menos misericordiosa que mi rey.

Esa tarde estaba inscribiendo una convención que el personal del hotel había etiquetado secretamente como «Geek Squad»: unos doscientos entusiastas de los juegos de rol en vivo que habían llegado con bolsas y equipaje, y en algunos casos, con espadas y armaduras; de repente pillé a Pritkin mirándome fijamente. Estaba al otro lado del vestíbulo, apoyado contra una de las estalagmitas falsas que salían del suelo, barba de tres días, pelo despeinado y una complexión fuerte y esbelta. Su cuerpo parecía relajado, pero su cara tenía la misma expresión dura que había visto la última vez cuando estaba de pie por encima del cadáver sin cabeza de Saleh.

Fruncí el ceño y entregué una credencial a un tipo vestido con una túnica larga y un sombrero puntiagudo. Se pasó el bastón a la otra mano para poder ponérsela. No creía que la identificación le fuera a ayudar mucho: era el séptimo Gandalf que había visto esa mañana.

—Aún no puedo entender por qué no podemos prepararnos ahora —gimoteó el tipo a mi lado. Su voz estaba apagada por la máscara que llevaba pero por desgracia no lo bastante para que no pudiera entenderle. Había tardado un momento en identificar la máscara, ya que había añadido unos colmillos de plástico que hacía que se hundiera de forma extraña. Supongo que no había sido capaz de encontrar una cabeza buena de ogro, porque se había convertido en un Chewbacca.

—Te lo dije, estamos haciendo limpieza de última hora —le expliqué por quinta vez.

—¡No pueden estar limpiando toda la sala a la vez! Podemos trabajar a su alrededor.

—Esa no es mi tarea —le dije a secas, mirando a un grupo de tipos con orejas de elfos que estaban señalando a las grandes criaturas colgadas cerca del techo cavernoso del vestíbulo. Todos medían casi dos metros, negros grisáceos, con enormes alas de reptil que acababan en zarpas delicadas y afiladas. Parecían una mezcla entre un murciélago y un pterodáctilo y la mayoría de la gente los confundía con adornos siniestros. Pero aparentemente los elfos habían decidido usarlas para tiro al blanco: los tres tenían arcos en las manos y uno colocó una flecha en su arco mientras yo miraba.

Antes de que pudiera abrirme camino a través de la multitud, una de las criaturas ascendió con gracia hasta la parte de arriba de la estalagmita. En la luz tenue centelleaban los cristales de su nueva atalaya, casi tan brillante como los ojos oscuros de la criatura mientras examinaba a los turistas con anticipación predatoria. Avistó al jugador que manejaba el arco y pegó un chillido como metal torturado que hizo eco en la inmensidad del vestíbulo atrayendo los ojos de cada uno que había allí.

—¡Eh! ¡Qué guay! —dijo el tipo con la flecha—. ¡Un *yrthak*!

—Eso no puede ser un *yrthak* —dijo otro jugador en un tono superior—. Tiene ojos.

Me dio un escalofrío de terror que me llegó a la columna vertebral. Hacía tiempo, una vez, las fuerzas de seguridad propias del casino habían confundido a espectadores inocentes con intrusos peligrosos: y los habían tratado según el caso. Esa vez, Pritkin y yo estábamos en el punto de mira y casi nos matan. Por algún motivo, me parecía difícil que un turista normal tuviese la misma suerte.

Me metí entre un par de hobbits (o jawas o posiblemente monjes muy pequeños) y le quité el arco de la mano a uno de los jugadores. Se lo lancé a uno de los tipos de seguridad que lo alcanzó desde la otra parte de la sala. La aventura de Casanova con el dinero corrompido iba a ser la muerte de todos nosotros.

—Éste no era el momento para registrar sospechosos con un montón de normas —le siseé, en voz baja.

El guardia se encogió de hombros, sujetando el arco demasiado alto para que los brazos que se estaban agitando del jugador indignado no pudiera alcanzarlo.

—¡No se admiten armas en el interior del casino! —le gritó.

El hombre joven frunció el ceño.

—Carisma cero, ¿eh?

Me di la vuelta y me encontré con que Chewbacca aún echaba espuma por la boca.

—Mire, señora, ¡tengo proveedores que no tienen sitio para poner sus cosas! ¿Qué se supone que tengo que decirles?

Incluso aunque Casanova me hubiera estado pagando, no hubiera sido bastante por este trabajo. Le pasé mi brazo alrededor de su hombro peludo.

—¿Ves a aquel tipo allí? —Señalé a Pritkin—. Normalmente se ocupa de estas cosas. Sólo que no le gusta que la gente se entere, así que quizá tengas que ser un poco más persistente.

Alto, oscuro y velludo señaló a Pritkin y le gritó algo a la media docena de proveedores que estaban dando vueltas por la entrada. Se concentraron todos en el mago y yo volví al trabajo. Unos minutos más tarde, sentí un brazo caliente descender por mi hombro.

—Eso no ha sido muy agradable.

Me escoció la piel como si alguien estuviera respirando sobre ella.

—¿Y desde cuándo te importa? —le solté. La palabra «agradable» ni siquiera estaba en el vocabulario de Pritkin.

—No es uno de mis requisitos comunes —coincidió, sonando sorprendido.

No contesté, mis ojos estaban en el grupo de jugadores que ahora estaban intentando atraer al *yrthak* enseñándole un sándwich para que bajara de su percha.

Realmente me preocupaba que no hubiera vuelto aún al sitio adecuado. Incluso me preocupaba más el hecho de que sus ojos no estaban fijos en la comida que le ofrecían, sino en la yugular del jugador más cercano.

—¿Tú puedes controlar estas cosas, no? —le pregunté nerviosa al guardia que había a mi lado.

El hombre no respondió, pero se movió unos metros para acercarse a los elfos; su cara tenía casi la misma expresión de felicidad que la mía. Permitir que se comieran a alguien probablemente no mejoraría la evaluación de su siguiente actuación. Sacó una radio, parecía preocupado.

—Podemos tener una situación problemática —le dijo a alguien.

—Vi que me estabas mirando. —Me estaba diciendo las palabras directamente al oído.

—Me alegro por ti —le dije, mientras mi bonita línea ordenada de elfos, troles y magos antiguos corría a toda prisa hasta donde estaba la acción. *Mierda*. Realmente esperaba salir pronto de aquí.

Pritkin estaba de pie tan cerca de mí que el calor de su cuerpo estaba provocando que un pequeño goteo de sudor me bajara por la columna vertebral.

—La conversación ha sido muy entretenida —le dije ácidamente—, pero tengo trabajo que hacer. ¿Por qué no vas y apuntas con un arma a algo?

Él no hizo ningún comentario, quizá porque estaba demasiado ocupado dibujando con su lengua un sendero lento y húmedo que me subía hasta el cuello. Durante un segundo helado, solo me quedé allí de pie. Siempre había supuesto que Pritkin era algo alérgico al contacto con los humanos. Raras veces tocaba a las personas, a menos que me estuviera moviendo como a un maniquí, y nunca intentaba besar. Especialmente no de esa manera tan... obvia.

Me giré y vi su amplia sonrisa, sus ojos eran verdes vibrantes. No era una expresión que yo me hubiera imaginado en su cara: una sexualidad casi animal. Y su ropa volvía a ser negra. Tuve un mal presentimiento, pero eso fue antes de que se acercara y me atrajera hacia él.

Cualquier cosa que pudiera haber dicho quedó silenciada por sus labios, que se deslizaban suavemente por los míos. No estaba preparada para que él me besara, y mucho menos así. Su boca estaba caliente y era sorprendentemente dulce, y el raspado débil de su barba de tres días no debería haber sido lo menos erótico, aunque lo fue. Su lengua trazó una delicada caricia sobre mi labio inferior, de forma francamente indecente. Lo empujé hacia atrás, tremendamente confundida.

—¿Qué...?

—No —dijo, moviendo mi cabeza hacia un lado y me besó. El calor radiaba de la mano pesada que estaba apoyada en mi cuello, y un dedo pulgar acariciaba suavemente las líneas de mi garganta. Una prisa repentina de deseo me hizo

olvidarme de mantener mi boca cerrada, y una lengua se enroscaba expertamente con la mía. Pritkin se tomó su tiempo, explorándome, probándome. Tenía una mano puesta en mi cintura, en lo que debería haber sido un punto neutral, pero quemaba.

Me moví hacia atrás, enfadada y confundida:

—¿Estás loco? —Uno de los hechos graciosos acerca del *geis* era la sacudida de dolor que me daba siempre que me acercaba a alguien que no fuera Mircea. Parecía que tenía un resentimiento particular hacia Pritkin, que incrementaba el aviso común donde él estaba implicado hasta un nivel que hacía que mis ojos se escurrieran hasta las mejillas.

Él no respondió; de algún modo me metió en la recepción sin ponerme una mano encima. Algo estaba pasando en el casino: podía oír gritos y verlos flases de las cámaras, y una pila de guardias corriendo con una red enorme en sus manos.

—Sé que hablaste con Saleh —susurró contra mis labios—, ¿qué demonios te dijo?

Otro chillido inhumano hizo pedazos el aire, esta vez, desde la parte de arriba. A la segunda criatura parecía que no le gustaba el hecho de que los guardias estuvieran intentando atrapar a su compañera. Quitó la parte de arriba de una de las estalactitas en su camino a unirse a la lucha y roca falsa nos llovió por todos lados. Apenas lo noté, ya que estaba mucho más concentrada en el cuerpo que repentinamente se había presionado contra mí.

—Contéstame. —Me di cuenta que la empuñadura de una espada se estaba clavando ligeramente en mis costillas, y algo no estaba... no estaba bien. ¿Dónde estaba la funda en su muslo? ¿O el cinturón de piel andrajoso lleno de armas y pociones como un loco científico homicida? ¿Y desde cuándo Pritkin usaba colonia?

De repente me entró el pánico. Nada de esto tenía sentido. Para nada me iba a quedar allí en el medio de vestíbulo enrollándome con Pritkin mientras toda aquella mierda se estaba descontrolando. Lo empujé, y el resultado fue como intentar mover un peñón.

—¡Déjame!

El poder inundó el aire, haciendo que los pelos del brazo se me pusieran de punta, alarmada, y enviando una marea abrasadora que rodó por todo mi cuerpo.

—Te he dicho que me dejes —murmuré, repentinamente perdida en un par de ojos claros como el cristal. Su boca volvió a reclamar la mía, feroz y posesiva, pero nada vergonzosa para cualquiera que pudiera estar mirando, y algo que tuvo que ver con eso hizo que el resto del mundo cayera en pura hambre. Su aroma era enloquecedor, algo elegante, caro y completamente inesperado, con el almizcle de piel y necesidad debajo del resto.

Se echó hacia atrás y examinó la cara de un extraño, uno que tenía una expresión de intensidad de halcón.

—Contéstame.

La orden surgió a través de mí con la fuerza irresistible de un maremoto.

Abrí la boca con una respuesta automática, justo cuando una lluvia nueva de yeso cayó desde arriba encima de nosotros.

Farfullé y me ahogué en una bocanada de polvo gris, y Pritkin suspiró frustrado:

—Para ser un lugar lleno de íncubos —dijo secamente—, conseguir seducir aquí es sorprendentemente difícil.

Tropecé con otro grupo de hombres de seguridad que se dirigían a la crisis de la hora, y para cuando ya estábamos todos en nuestros sitios, Pritkin ya no estaba.

—Sabrás que yo tampoco soy tan misericordiosa —dije, mirando a la duendecilla. Como si no tuviera ya bastantes problemas con Pritkin volviéndose loco, Radella había aparecido con exactamente nada de nada.

Françoise aún estaba dando zarpazos por el número alarmante de armas que Casanova había almacenado en una despensa en la planta más baja del Dante. Había decidido que, dado el número de gente que me quería muerta, quizá debería abastecerme. Y con Radella aún conspirando contra ella, me imaginé que Françoise podría ser capaz de utilizar ella misma algunos objetos.

Sostenía algo:

—*¿Q'est-ce que c'est?*

Miré de reojo.

—Es una Taser. Da descargas eléctricas a la gente.

—*¿Quoi?*

—Como un relámpago. —Me moví como si me hubiera dado un rayo y sus ojos se iluminaron al entender el significado.

Miró a la duendecilla que estaba revoloteando fuera de alcance, cerca del techo, y sonrió.

—Electrocútame y te quitaré el corazón —prometió Radella.

Françoise no hizo ningún comentario, pero fijó el pequeño dispositivo en el cinturón de herramientas verde aceituna, al estilo del ejército, que había encontrado en un cajón de armas. Parecía un poco extraño con su vestimenta. Aún llevaba el vestido del espectáculo de moda, aunque las arañas estaban empezando a parecer un poco opacas. Dos se habían dejado de mover juntas y la que había en su hombro había estado tejiendo la misma red durante los últimos veinte minutos. Parecía que el encanto sólo estaba hecho para durar un día.

Además del vestido que llevaba puesto cuando se escapó del Reino de la Fantasía, era el único traje que le había visto puesto. De repente se me ocurrió que a lo mejor no tenía más vestidos. Me hice una nota mental para llevármela de compras.

—¿Cuál se supone que es el atraco? —le pregunté a Radella, mientras examinaba una nueve milímetros. La empuñadura no parecía ser más pequeña que la de la mía,

así que la volví a poner en su sitio.

—No puedo encontrarla, ¿vale? —Revoloteó hasta lo alto de un armario de pistolas y se sentó, con la mano en la barbilla. Sus alas iridiscentes descendieron alrededor de sus hombros con desesperación—. ¡He mirado en todos los sitios!

—Entonces, ¡vuelve a mirar!

—Si la entrada estuviera aquí, ¡la habría encontrado!

—Bueno, obviamente no —señalé—, porque está aquí.

—Entonces, debería haber sido fácil localizarla —se quejó Radella—. La potencia de salida sola...

—¿Ya estás otra vez?

Me lanzó una mirada de fastidio.

—¡Las entradas no funcionan con pilas! Son extrañas, no sólo porque están reguladas, sino porque poca gente tiene una fuente de poder capaz de manejar una.

—¿De qué clase de poder estamos hablando?

—De mucho. Normalmente se requiere un yacimiento de una línea ley, aunque hay talismanes capaces de abrir una puerta de entrada a corto plazo.

Pero son extrañas. Dudo que los vampiros tuvieran una.

—¿Un qué de línea ley?

—Donde dos líneas se cruzan y combinan su energía —dijo Radella impacientemente. Parpadeé—. Ley. Líneas —dijo muy lentamente y articuladamente—. ¿Sabes lo que son, verdad?

Había oído hablar de ellas, pero apenas me acordaba. Era algo sobre un montón de monumentos antiguos que se construían en líneas paralelas.

—Supongo que no sé nada —le dije.

Sonrió con satisfacción.

—Yo siempre lo sé. —Françoise dijo algo en un idioma que yo no conocía y Radella se puso roja. Le dio una reprimenda a su mano, haciendo que todo el gabinete temblara debajo de ella.

—¡Cállate, esclava! ¡Recuerda con quién estás hablando!

—Siempre lo hago —le dijo Françoise dulcemente.

—¡Señoras! Miré adelante y atrás entre las dos, pero ninguna estaba cogiendo ningún arma, lo que hizo que fuera una conversación bastante agradable para las dos.

—Para decirlo de una manera muy pero que muy simple —dijo Radella fríamente, sus ojos fijos en Françoise—, las líneas ley son límites entre mundos: el tuyo, el mío, los reinos de los demonios, el que sea. Cuando esos límites colisionan, obtienes estrés, como cuando dos de tus placas tectónicas se rozan. Y el estrés crea energía.

—Como las fallas mágicas.

—¡Eso es lo que he dicho! —me soltó Radella—. Sólo en ese caso, no hay tierra

que mover, sólo se lanza energía mágica. Por lo tanto, en lugar de terremotos o tsunamis, obtienes poder que se puede utilizar para varias aplicaciones por aquellos que saben cómo.

—Como entradas que fluyen.

—Bajo ciertas circunstancias. Si dos líneas ley particularmente fuertes se cruzan, podrían generar ese tipo de energía, pero eso no pasa a menudo.

—Entonces, todo lo que tenemos que hacer es buscar ese yacimiento —dije animada—. Si está aplazando esa clase de poder, ¿debe de ser fácil de encontrar!

Radella suspiró y murmuró algo que me alegré de no haber entendido.

—Hay líneas ley por todas las Vegas —dijo finalmente—, pero ninguna se cruza con nada cerca de aquí. El área más cercana donde lo hacen es el enclave de la MAGIA, que es por lo que está construida donde está.

—Entonces, ¿qué usaba Tony? —pregunté impacientemente.

—¿Una suposición? —Radella frunció su boca pequeña. Le hacía parecerse a la Barbie profesora—. Magia mortal; obtenida fácilmente: rápida y poderosa.

—Siempre que tengas estómago para hacerlo —murmuró Françoise en voz baja.

—Espera un segundo. —Esperaba no haberla oído bien—. Me estás diciendo que aunque encuentre la entrada de Tony, ¿tendría que matar a alguien para usarla?

Radella se encogió de hombros.

—Bueno, no a nadie que te caiga bien.

—¡No voy a cometer un crimen!

—Creo que yo podría suministrar energía a la entrada —dijo Françoise—, durante poco tiempo. Con algo de ayuda.

Me estaba mirando, pero yo negué con la cabeza.

—Nunca me formaron. Tony tenía miedo de tener una bruja poderosa en su patio.

—Pero... ¿no sabes nada? —Parecía aterrorizada.

—Más o menos.

—Pero tú vas de aquí a allí. —Hizo algunos movimientos sacudiendo los brazos frenéticamente en el aire—. Haces cosas, ¡todo el tiempo!

—¿En lugar de qué? ¿De esperar a que alguien venga a matarme?

—¡Pero si los magos oscuros te atrapan, te quitarán tu poder! ¡Sería espantoso!

Sonreí desagradablemente.

—Sí, sólo que tendrían que ponerse a la cola.

—¿Quoi?

—Nada. —Miré a la duendecilla—. Podemos preocuparnos por cómo impulsar esa maldita cosa una vez que la encontremos. ¿Se os ocurre alguna idea?

Parecía pensativa.

—Tiene que ser una entrada oculta. Es lo único que tiene sentido.

—¡Ya sabemos que está oculta! —le dije desesperada.

—No. Oculta, oculta. Como si no estuviera en este mundo hasta que se invoca.

—¿Escuchaste cuando dije que no sabía nada de magia?

Radella frunció el ceño.

—Piensa en ella como en una puerta. Una puerta que usa energía cada vez que está abierta. Así que la mantienes cerrada hasta que la necesitas.

—Y luego la abres con un sacrificio.

—Eso es, pero si es así como funciona la entrada, probablemente haya un encantamiento especial para invocarla.

—Déjame adivinar. Tú no conoces el encantamiento —se imaginó.

—Es distinto para cada entrada, una contraseña que solo conocen los usuarios.

—Y ahora todos ellos están en el Reino de la Fantasía —le recordé—. ¿Cómo se supone que voy a conseguirla?

Una mirada astuta cubrió su cara pequeña, como la de una muñeca.

—Quizá se me pueda ocurrir algo, por un precio justo.

Entrecerré los ojos mirando a esa pequeña cosa confabuladora.

—¿Ahora qué quieres?

Se movió inquietamente, intentando parecer indiferente. Pensé que afortunadamente era demasiado pequeña para andar jugando; con una cara de póquer como esa, hubiera perdido todo en menos de cinco minutos.

—Quiero lanzar la runa otra vez —dijo repentinamente—, por si no me sale un niño a la primera.

Me puse a mirar otra arma durante un momento. Me había dado la impresión de que ya habíamos acordado que le daría la runa, no que la lanzaría. A lo mejor esa cosa tenía más valor de lo que yo pensaba.

—Vale —le dije lentamente, intentando sonar reacia—. Otro lanzamiento.

—¡Sin restricciones! Incluso si consigo un niño con el primero, ¡aún quiero un segundo!

—De acuerdo.

Radella tragó saliva.

—¿Qué clase de ayuda quieres?

—Cualquiera que sea necesaria. —Tampoco le iba a dejar imponer sus condiciones.

—Sabía que encontrarías la forma de convencerme para esta locura —criticó, pero no lo decía con el corazón.

—¿Tenemos un trato?

—¡Por Dios! ¡Tú ya sabes que sí! —Sonreí y ella me devolvió la sonrisa—. No seas tan presumida, humana. Aún no has escuchado mi idea.

La entrada principal del Dante es algo sacado de una pesadilla medieval, con estatuas de basalto retorcidas, setos torturados y un foso defensivo bastante seguro.

Las manijas de la puerta principal eran caras agonizantes que gemían, se quejaban y pronunciaban su famoso lema que decía a todos los que entraban que abandonaran la esperanza... y sus carteras. Pero la decoración demente es cara, lo que explica por qué la parte de atrás parecía un almacén moderno con rampas de carga, con viejos contenedores de basura y una alambrada simple de tela metálica que rodeaba el aparcamiento de empleados lleno de coches.

Françoise, Radella, Billy Joe y yo aterrizamos en el aparcamiento del Dante dos semanas antes. Aún faltaban unas horas antes de que el sol, o alguien con algo de sentido común, saliera. En otras palabras, el mediodía para las personas que yo necesitaba ver.

La gran idea de Radella era retroceder en el tiempo antes de cualquiera que supiera cómo convocar la entrada y obtener el encantamiento con los medios que fueran necesarios. Yo había corregido que eso excluyera palizas, navajazos o algo que probablemente acabara con la destrucción de la línea del tiempo. Françoise había añadido una matización y había mencionado que probablemente pudiera borrar los últimos recuerdos de cualquiera, excepto los de un mago poderoso. Así que ya teníamos un plan; tan solo necesitábamos al tipo adecuado. Y supuse que el predecesor de Casanova, Jimmy el Rata, un operador rastrero, estaría en el ajo.

—*Je suis désolée* —dijo Françoise, aparentemente hablando con la parte de abajo de la alambrada de tela metálica.

Intercambié unas miradas con la duendecilla, que simplemente se encogió de hombros. Me incliné para obtener una mejor vista y me vi esposada al poste de la alambrada.

—¡Qué demonios!

Françoise se echó hacia atrás y se cruzó de brazos, mirándome con una clara imitación de Pritkin de mal humor.

—Nos vamos. Es demasiado peligroso para ti.

—¿Perdona?

—No tienes ninguna habilidad en *magique, n'est-ce pas?*

—¿Qué quieres decir?

—Tenías que traernos aquí; no había opción, pero no tienes que ponerte en peligro ahora. Nosotros hablaremos con esos gánsteres mientras tú te quedas en un lugar seguro.

—¡Yo puedo tratar con Jimmy!

Françoise no respondió, pero tenía esa mirada en su cara como si se fuera a quedar contenta en el aparcamiento durante toda la noche discutiéndolo. Intenté quitarme las esposas, pero las debían de haber sacado del almacén de Casanova porque era acero de muy buena calidad. Todo lo que logré con mis esfuerzos fue hacer ruidos metálicos en la alambrada y sacarme de quicio.

—Vale —dije—. Vosotros os vais, yo me quedo. Que lo paséis bien.

—No lo estás diciendo en serio —dijo Billy de manera incrédula.

—¿Te vas a quedar aquí? —Françoise parecía dudar. A lo mejor esperaba que siguiera discutiendo un poco más.

Volví a hacer un sonido metálico en la alambrada.

—¿Tengo otra opción?

—No confío en ella —dijo la duendecilla, mirándome de cerca—. Deberíamos encerrarla en un armario.

—Tengo una pistola —señalé.

Radella frunció el ceño.

—Tiene razón, podría disparar a la cerradura.

—Yo estaba pensando en algo un poco más animado —le dije, sin estar completamente segura de estar bromeando.

—Es por tu propio bien —dijo Françoise mordiéndose el labio. De repente parecía desconcertada.

Radella hizo un chasquido con las manos.

—La ponemos fuera de combate, la metemos en un armario, en uno verdaderamente pequeño —añadió perversa.

Françoise ni siquiera se preocupó de mirarla.

—Volvemos ahora —prometió; luego, se dio la vuelta y caminó a grandes pasos.

—Sí, yo esperaré aquí como un taxista glorificado —le grité. Sus hombros se meneaban ligeramente, pero no sabía si era de vergüenza o por no saber lo que era un taxista.

—Vale, eso ha sido realmente... —comenzó Billy.

Levanté la mano que tenía libre. Françoise se detuvo al lado de la puerta de atrás y miró hacia donde yo estaba; probablemente se estaba preguntando por qué mi mano estaba suspendida en el aire. La saludé y después de un minuto ella y Radella entraron por la entrada de empleados. Tan pronto como se cerró la puerta, me moví dos pies adelante. Detrás de mí, las esposas, ahora vacías, golpeaban la cerca.

—Se me olvidaba que ahora también puedes hacer eso —dijo Billy.

—A mí también, la mitad de las veces. —Me froté la muñeca y miré a mi alrededor. No había nadie a la vista. Se me ocurrió que debería haber mirado antes de haber hecho mi ilusión de Houdini.

—¿Y por qué no les demostraste que estaban perdiendo el tiempo? —preguntó Billy.

—Me imaginé que también podríamos escaparnos antes de la fase de amotinamiento de nuestra relación. —Además no pensaba que Radella hubiera estado bromeando con lo del armario—. Vamos a encontrar a Jimmy antes de que les venda el puente de Brooklyn o algo...

—Hablando del demonio —dijo Billy cuando alguien que se parecía horrores a Jimmy salió por la puerta de atrás.

Caminé hacia delante después de una pausa de sorpresa, apenas creía la suerte que había tenido. Si pudiera acercarme a él antes de que llegara a su coche, podríamos hablar sin encontrarnos con nadie más y posiblemente sin ser escuchados. Pero la puerta se abrió y una rubia salió corriendo, mirando alrededor de manera salvaje.

—Espera, hay una Barbie con él —me advirtió Billy. La rubia encontró a Jimmy y fue corriendo detrás de él, su camiseta negra con gran escote se le iba subiendo mientras corría. Billy silbaba en señal de agradecimiento.

—Esa cosa se le va a caer si no...

Se detuvo en seco, entrecerrando los ojos para mirar el aparcamiento y yo hice lo mismo, una sensación vaga de malestar avanzó lentamente hasta mi columna vertebral. Las luces energéticamente correctas no eran de mucha ayuda para la visibilidad, pero vi suficiente como para que el estómago se me cayera al suelo.

—Creo que tenemos un problema —dije atteridamente.

—¡Eh! —dijo Billy con los ojos abiertos de par en par—. ¡Creo que esa Barbie eres tú! Te lo puedo decir por el tamaño de tus...

—¿Te das cuenta de lo que eso significa? —Conseguí chillar en un susurro. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que habíamos retrocedido en el tiempo a la noche que vi el Dante por primera vez; no era un momento que realmente me interesara revivir.

—Sí. —Me miró—. De todos los momentos a los que podías retroceder, ¿por qué demonios...?

—No lo hice a propósito —siseé—. Casanova me dijo que el último envío de esclavos había salido para el Reino de la Fantasía esa noche. Si no podemos hacer que Jimmy hable, quizá podamos escuchar el encantamiento que usó.

—Si estuviéramos en el sitio adecuado y en el momento adecuado, sí, pero no— es así.

—¿Eso crees? —Mi primera visita al Dante no había ido muy bien. De hecho había sido casi tan espectacularmente mala como era humanamente posible. Había habido demasiadas ocasiones en las que nos habíamos librado por los pelos, y yo y otros muchos podríamos haber muerto a poco que las cosas hubieran sido ligeramente diferentes. Necesitaba encontrar al equipo y salir, rápido antes de que cualquiera de nosotros cambiara alguna cosa.

Jimmy y mi otra yo desaparecieron en las líneas de los coches, y la puerta de atrás volvió a abrirse de nuevo. Pritkin y un par de vampiros aparecieron; me quedé de piedra. Mis ojos podrían estar teniendo problemas para ver la acción, pero ciertamente los suyos no. Y si ellos miraban hacia aquí y me veían, podría distraerlos

de la tarea que tenían entre manos; la cual, entre otras cosas, incluía salvar la vida de mi otra yo.

No me moví, no respiré, no parpadeé. La camiseta de tirantes negra que había decidido que sería apropiada para las actividades nocturnas me ayudaría a que fuera más difícil de ver. Pero me podían oler desde la distancia, incluso en un aparcamiento lleno de gases y basura. Uno de los vampiros se detuvo, levantando la cabeza ligeramente como si estuviera oliendo el aire y yo tragué hondo. Era Tomas, un compañero de habitación que había tenido seis meses y que podía percibir mi aroma. Si él me sintiera...

Pero no lo hizo. Los tres hombres corrieron a la fila de coches y unos momentos después empezó el caos: con disparos, gritos y alguien prendiendo fuego a un coche. Salí volando hacia la puerta de atrás. Y me detuve al tiempo que derrapaba un par de segundos más tarde cuando apareció en mi camino la última persona a la que quería ver.

Me las apañé para detenerme antes de abalanzarme sobre él, pero estaba muy cerca. Me arrastré precipitadamente varios pasos atrás justo para estar en el lugar seguro.

—¡Se supone que tú no tienes que estar aquí! —dije con reproche.

Una ceja perfecta se transformó en un arco igualmente perfecto.

—Entonces, tenemos algo en común, *dulceață*.

Miré a Mircea, totalmente conmocionada.

—¡Deberías estar en el centro de la ciudad! —La versión de mi otra yo que había perseguido a Jimmy a lo largo del aparcamiento había escapado de la MAGIA esa misma noche. Y aunque habían permitido que los hechizos de protección me siguieran la pista hasta la ciudad, ninguno de ellos sabía exactamente adónde había ido. Mientras Tomas, Pritkin y un vampiro llamado Louis-Cesare venían aquí, Rafe y Mircea habían ido a las oficinas principales de Tony. O eso era lo que yo había creído.

—Y allí estaba. Dejé allí a Raphael por si acaso aparecías —dijo Mircea, sus ojos se acercaron a los míos lentamente—. ¿Puedo preguntarte cómo lo sabías?

—Seguramente no sea una buena idea —dije, deseando que la histeria fuera un lujo que me pudiera permitir.

Mircea se quedó allí de pie, con su ridículo aire de modelo de pelo alborotado, con un ligero deje de diversión en los labios y elegantemente vestido de negro, exhibía perfectamente su, objetivamente hablando, cuerpo extremadamente atractivo. No sabía si lo hacía deliberadamente, pero parecía que su ropa siempre estaba un poco ceñida en sus bíceps y en sus caderas, llamando mi atención donde no se suponía que tenía que estar en absoluto. Sin mencionar que Mircea de negro parecía un pecado. La única gracia que le salvaba era que al menos no era de piel, ¿y por qué iba a ir allí?

Extendió su mano, era una invitación en silencio, pero hizo que mi estómago diera un vuelco. Mi estómago era un idiota.

Salté hacia atrás, tropezando casi con mis propios pies.

—¡No me toques! —La última vez que me había encontrado a Mircea en el pasado, el *geis* había saltado desde mí hasta Mircea, comenzando todo este desastre duplicando el hechizo. *¿Se triplicaría si se acercara ahora lo suficiente?* Porque no pensaba que ninguno de los dos pudiera sobrevivir a eso.

En algún sitio cercano, la gente estaba chillando y Pritkin maldecía a un par de hombres rata con caras aterrorizadas que corrían a toda prisa, goteando sangre por el suelo.

—Tenemos que irnos, *dulceață* —dijo Mircea suavemente.

El hecho de que él aún utilizara el alias que me había puesto hacía unos años, que significaba «querida mía» probablemente era una buena señal, pero dudaba que fuera a durar mucho. Necesitaba irme, pero realmente no quería transportarme enfrente de él: eso le diría mucho más de lo que yo quería que supiera. Pero no podía correr más deprisa que él y estaba segura que no le iba a permitir que se acercara demasiado a

mí.

—Cassie. —Mircea me miró con reproche cuando yo seguía ignorando su mano extendida.

Pero alejándome desesperadamente, creía que el descuido de la situación había llegado en una época antes de que se lanzara el *geis*. Ese Mircea no lo tenía, así que el hechizo había saltado desde mí hasta él para poder completarse. Pero este Mircea lo tenía, de hecho, tenía los dos tipos, así que sería inmune, ¿no?

—¡Cassandra!

—¡Estoy intentando pensar! —le dije mientras empezaba a caminar hacia mí.

—Puedes pensar en la MAGIA, allí estarás a salvo.

—¿Sabes? —le dije salvajemente—, considerando las veces que he escuchado esa palabra, ¡es impresionante la cantidad de veces que casi me matan!

—Eso no pasará esta noche —me dijo firmemente y cogió mi mano. Lo miré fijamente horrorizada, esperando la chispa eléctrica que me mostraría que ya había conseguido matarnos a los dos. Pero aparte del débil hormigueo que el *geis* siempre emitía, no sucedió nada más.

Nada excepto un olor dulce y empalagoso, como flores a punto de florecer. *¿Dónde había olido esto antes?* Mircea dijo lo que yo sospechaba que era una palabrota en rumano y bruscamente me puso detrás de él.

—Cass, ¿te acuerdas de la última vez que estuvimos aquí y aparecieron un par de magos oscuros para la fiesta? —preguntó Billy, su voz temblaba ligeramente.

—¿Por qué? ¿Qué tiene eso que ver con...? —Miré alrededor del abrigo de Mircea y vi un grupo de siluetas negras contra las farolas—. ¡Oh!

—Estoy pensando que a lo mejor se me pasaron algunos en el reconocimiento —dijo Billy, pareciendo asustado.

Conté rápido.

—¿Unos pocos? —grité—. Ocho no son unos pocos.

Desde lo lejos, una nube azul comenzó a extenderse por encima del aparcamiento. Recordé que Pritkin había utilizado algún tipo de gas lacrimógeno en el combate y casi nos asfixia a todos. No le había hecho gracia al interior de mi cuerpo, mis pulmones estuvieron ardiendo durante horas después de eso; claro que tampoco fue realmente lo que se dice una sensación exterior.

—La vidente se viene con nosotros, vampiro —dijo uno de los magos.

Esperaba que Mircea intentara convencerle, que usara alguno de sus encantos que lo habían convertido en el negociador de la Cónsul. Supongo que también lo hicieron los magos. Porque parecieron realmente sorprendidos cuando el orador salió volando por el aire.

Aterrizó en lo alto de los cables de alta tensión, partió uno de los más gruesos y quedó enredado en los finos. Una descarga eléctrica sacudió violentamente su cuerpo

durante un momento, luego se lanzó hacia el suelo y se volvió a elevar con un cable que se había quedado enrollado en un pie. Rebotó un par de veces antes de empezar a moverse en el espacio lentamente, balanceándose en el aire boca abajo agarrado por un tobillo como el Hombre Colgado de mi baraja del tarot.

—Eso ha sido poco prudente —le dijo calmadamente el mago que estaba más cerca de Mircea, justo antes de que una pared de aire abrasador se abalanzara sobre nosotros. Me levantó completamente del suelo y nos lanzó a los dos contra la alambrada. Me libré del poste que me hubiera partido la espalda, pero parecía que algunos de los enlaces se podían haber convertido en suplementos permanentes en mi anatomía.

En un abrir y cerrar de ojos, Mircea volvió a estar de pie y dos magos se prendieron fuego espontáneamente. No obstante, apagaron el fuego igual de rápido y para cuando había salido de la red de metal arrastrándome, respondieron con una bola abrasadora de blanco y azul eléctrico. Hizo ponerse a Mircea sobre una rodilla, pero la cogió, las manos chirriaban claramente, luego se lo lanzó de vuelta al remitente. Las protecciones de los magos la desviaron hasta los cables de tensión de arriba, causando que un impulso de energía corriera a lo largo de ellas como fuego azul. Las farolas estallaron en una línea larga como petardos y un impulso de energía explotó contra el mago que estaba colgando, y lo envió haciendo espirales hasta el suelo con un cable de tensión encajado y enrollado a su alrededor.

El mago electrocutado estaba temblando ligeramente contra el suelo, como si aún estuviera vivo. Luego le eché una mirada a su cara; tenía la mandíbula desencajada, los ojos abiertos y vidriosos, y la lengua ennegrecida; decidí que seguramente no estaba vivo. Aparentemente uno de sus colegas llegó a la misma conclusión, pero en lugar de lamentar su fallecimiento, eligió usarlo. Animó el cadáver con un gesto, levantándolo en vertical como un espantapájaros en un vendaval, todos los miembros saltaban y se balanceaban, los pies temblaban y estaban levantados justo por encima del suelo.

Desvié mi mirada del cadáver que bailaba hasta la nube azul que se extendía, pero había bastantes destellos, murmullos y disparos silenciados que venían de dentro y me sentí marginalmente a salvo por el hecho de que no se escuchara nuestra lucha. Era de lo único de lo que me sentía a salvo, especialmente cuando un bote de metal de la basura vino volando hasta nuestras cabezas. Se detuvo en medio del aire, a unos treinta centímetros de mi nariz, luego cambió de rumbo y voló hacia otro lado, los fragmentos cortantes bombardeaban la línea de magos como metralla. Metralla que no parecía que pudiera atravesar sus protecciones.

La carcasa oxidada del Ford Pinto marrón que golpeó a los magos un segundo después tampoco atravesó sus protecciones, pero necesitó de su esfuerzo combinado para sacársela de encima. Se fue volando por el aire a través de la noche, rotando tres

veces antes de que explotara contra la línea más cercana de coches. La mayoría de los magos estaban bien, aunque muy enfadados. Pero uno de ellos, el más joven o el que estaba menos formado, perdió la concentración durante una décima de segundo y, así, sus protecciones. Un segundo es todo lo que se necesita.

Un vampiro maestro no necesita tocar a una persona para reducirla drásticamente; Mircea aprovechó esa oportunidad para demostrarlo. Creo que estaba intentando intimidar a los demás para que corrieran porque él no iba a realizar una muerte limpia. Extendió una mano y el mago chilló hasta que paró, de repente unas lágrimas de sangre le salieron de los ojos. Pero en lugar de correr por sus mejillas, fluyeron hacia afuera, volando desde donde estábamos nosotros hasta la palma de la mano de Mircea donde inmediatamente las pequeñas gotitas se absorbieron.

Y luego, no sólo le sangraban los ojos; parecía que cada poro de su piel se había agrietado, haciendo que no solo un goteo, sino una inundación, girara por el aire, como un lazo largo y rojo. Unos pocos segundos después el mago se arrugó, la cara ahora estaba blanca como la nieve, los labios desangrados abiertos en un silencioso «oh». Estaba muerto antes de que golpeará el suelo.

Si la intimidación había sido el objetivo, no había funcionado. Los magos simplemente se disgregaron y montaron ataques por separado. Posiblemente suponían que Mircea no podía ver a la vez a los seis que quedaban, y mientras se estaba ocupando de uno, los otros lo cogerían. Estaba completamente aterrada de que pudieran tener razón. El cadáver animado se acercaba más, y una nube de fragmentos de vidrio de los coches destrozados se elevó desde el suelo detrás de ella, brillando en las llamas, como diamantes mortales. Como si eso no fuera bastante, un grupo de neumáticos en llamas giraban por el suelo, parecían un escuadrón de ovnis en la oscuridad.

Perdí la pista de lo que pasó exactamente después de eso, ya que todo se vino sobre nosotros al mismo tiempo: la mayoría demasiado rápido para poder verlo. Parpadeé y la siguiente vez que miré, un segmento de cerca había saltado enfrente de nosotros, actuando como una protección para atrapar los varios objetos que estaban volando. Me di cuenta de por qué el cadáver seguía moviéndose incluso después de haber muerto cuando chocó con la alambrada y se encendía con chispas. Alrededor de su pie, el cable de tensión derribado aún estaba enrollado como una serpiente larga y negra, siseando y crujendo, lanzando fuego tanto a los vampiros como a los humanos. Pero no podía tocarlos, y en un momento, el cuerpo se fue moviendo por el aparcamiento como una marioneta loca.

Mircea envió el segmento de cerca volando hacia el mago más cercano y golpeó sus protecciones con una avalancha de chispas. Ellos los mantenían, asegurándose de que el metal caliente no tocara su piel, pero no pudieron detener que la alambrada los envolviera como una manta. La alambrada comenzó casi inmediatamente a brillar

con una luz nueva, más intensa, derritiéndose en sus protecciones de la misma forma que el agua caliente se hunde en el hielo.

Los otros magos se habían detenido por alguna razón y no podía esperar a saber por qué. Me lancé a por Mircea, intentando transportarnos antes de que volvieran a traer su viento, incluso aunque arruinara mi tapadera. Pero una pared sólida de energía se encontró con mi mano extendida, abrasando una raya por mi piel que sentí como una quemadura de sol grave.

—Sal de aquí, Cassie —dijo Mircea, cuando yo eché mi mano hacia atrás.

—¡Eso es! —dijo Billy—. Transportaos fuera de aquí.

Le puse mi cara de «y una mierda».

—¡Tengo que tocarlo!

—¿Y qué es lo que te detiene?

Aparentemente él no podía verla barrera tan bien como yo. Mircea no tenía protecciones; no era un mago y la magia de los vampiros no funciona así. Lo que él estaba produciendo tenía que ser poder puro, rodeándose él mismo y a los magos en un campo de energía que los había atrapado como si estuvieran en una caja. Pero de alguna forma, él también estaba atrapado como ellos. Él no podía dejar caer la barrera sin liberarlos y yo no me podía acercar más mientras tuviera esa barrera alzada.

—¡Mircea es el que me está deteniendo! —le solté.

—¡Cassandra! ¡No puedo retenerlos para siempre! —Una única gota de sudor descendió por la mejilla de Mircea y se quedó suspendida en el borde de su mandíbula—. ¡Tienes que irte!

Antes de que pudiera responder, uno de los magos se liberó, un joven con acné y con ojos de distinto color: uno azul y uno verde. Andaba a tropezones alejándose de los otros, le salía humo de la ropa, su pelo castaño débil estaba en llamas. Pero unas pocas palabras susurradas apagaron las llamas y cuando se dio la vuelta, tenía la cara furiosa y algo en la mano. Algo caliente y rosa pálido, del color de la piel, entre sus dedos.

La pequeña bola parecía inocua, pero había estado alrededor de magos el tiempo suficiente para saber lo que podía hacer. Y Mircea no se podía mover, no se podía defender sin liberar a los demás para hacer incluso un mayor daño. El miedo, extremo y violento, me estremeció hasta la médula y mi corazón comenzó a latirme en los oídos, lo que no tenía sentido porque podía sentir el escozor en la piel cuando la sangre descendía por mi cara.

La pequeña bola cayó al suelo y rodó unos cuantos metros antes de ir a parar contra un matorral que había crecido en medio del cemento. El mago se puso de rodillas, mirándome fijamente con cara de sorpresa. Y luego se cayó hacia un lado, aún agarrando la mancha que se extendía por su pecho.

—Le disparaste. —Billy parecía casi tan sorprendido como yo.

—Supongo que olvidó alzar sus protecciones —le dije temblando.

Quería sentarme. Mi interior se sentía estremecido y mi mano estaba temblando y, teniendo en cuenta que tenía el cargador de la pistola casi lleno, probablemente era una violación de la seguridad. Pero luego, los magos hicieron algo que lanzó a Mircea contra lo que quedaba de alambrada, lo que hizo que perdiera momentáneamente la concentración. Y en cuanto ocurrió, el cadáver animado llegó volando por el aparcamiento y se lanzó directamente hacia él.

Chillé, sabiendo lo que fuego de cualquier tipo le haría a un vampiro desprotegido. Luego, comencé a disparar al azar, tenía un dolor en el pecho tan punzante que parecía que me estaban clavando un cuchillo. Pero el resto de los magos tenían sus protecciones en alto. Mis balas solo afectaban a un par de ellos como si estuvieran hechas de acero transparente y los otros las absorbieran, como rocas que se caen en el agua. Habían matado a Mircea y yo ni siquiera podía herirlos.

—¡Cassie! —Me giré al escuchar la voz de Billy y lo vi suspendido en el aire enfrente de Mircea, brumoso e inconcreto, como una figura borrosa.

Miré fijamente con incredulidad cuando Mircea levantó lentamente la cabeza. Luego, reaccioné, literalmente se me abrió la boca, porque estaba colgando en el medio de la alambrada con energía blanca y azul y no había ninguna manera de que hubiera podido sobrevivir a eso. Era imposible.

—¡Sácalo de aquí o estará en las últimas!

—¿Qué? —dije estúpidamente, y luego alguien me agarró por detrás. La pistola salió volando de mi mano y un puño golpeó mi pómulo, enviando con fuerza mi cabeza para atrás haciendo que los oídos me resonaran. Intenté desesperadamente transportarme, pero estaba mareada y el dolor era muy fuerte, así que no lo conseguí.

—¡La tengo! —gritó la voz de un hombre en mi oído y por el rabillo del ojo vi otra sombra negra avanzando hacia nosotros. Pero los brazos alrededor de mi cintura no se movían, no importaba lo que hiciera. Alguien estaba gritando al lado, un sonido horrible, indefenso, que se mezcló con mi concentración tanto como las manos que me estaban apretando la cintura.

Pegué una patada, lo más fuerte que pude, y sentí el impacto contra algo suave. Alguien maldijo y un hombre pálido y flaco, con ojos grises, duros, apareció enfrente de mí. Sacó un cuchillo de su abrigo y lo puso enfrente de mis ojos hasta que fui capaz de verlo con claridad. En cuanto lo hice, lo clavó en mi muñeca derecha.

Pude sentir cómo se me rompían huesos pequeños, luego le dio un giro y desgarró los tendones, la sangre caía de mi brazo cuando sacó el cuchillo y volvió a ponerlo delante de mi cara.

—¿Aún quieres pelear con nosotros?

Durante un momento, no pude chillar; no tenía suficiente aire en los pulmones. Luego algo duro y resbaladizo se apretó alrededor de mis muñecas, justo sobre la

herida. Y di un chillido que no sonó nada bien, no sonó a mí, pero el dolor era tan fuerte que no podía dejar de chillar.

—¡Haz que se calle! —dijo alguien, y un brazo sujetó mi tráquea, cortando el ruido y también mi respiración. Volví a intentar transportarme desesperadamente y por un segundo pensé que lo había conseguido. Justo como en las cavernas, podía sentir el tiempo como una masa acaramelada y elástica, solo que no estaba del todo bien, no me estaba envolviendo como yo quería.

De repente golpeé el suelo, conmocionada y con los ojos llorosos, y cuando nadie volvió a agarrarme, comencé a intentar gatear para escapar, pero tenía las manos atadas con una brida y no podía poner peso sobre la muñeca rota y mi sentido de la orientación estaba dañado. Acabé acurrucándome en un charco de algo caliente y pegajoso.

Bajé la mirada y vi una figura con forma de diamante quemado en el asfalto. Todo lo que había alrededor eran jirones de tela que finalmente reconocí como vaqueros azules nuevos y los restos chamuscados de una camiseta de algodón. Había pedazos blancos duros pegados por todos lados, estropeando el diseño, y algo que parecía pelo. Finalmente me vino a la cabeza. La alambrada. Mircea la había envuelto alrededor del mago y se había quemado a través de sus protecciones y luego había...

Me puse de pie y me fui tambaleando, la bilis se me subía por la garganta, la respiración era rápida y bastante honda para que realmente pudiera dañarme los pulmones. Estaba mareada y cuando intenté quedarme quieta, el espacio que había a mi alrededor pareció moverse. Hubiera corrido directamente hasta la alambrada si Billy no me hubiera gritado:

—¡Tus zapatos! ¡La suela es de goma, Cassie!

Durante un momento no supe de lo que estaba hablando, pero luego el fuego azul y blanco se encendió delante de mis ojos y lo entendí. El cable de corriente se desprendió de su dispositivo de entrega humana y se unió directamente a la alambrada, serpenteando hacia adelante y hacia atrás sobre el asfalto como una enorme anguila eléctrica. Seguía mareada y mi visión estaba intentando apagarse; parecía que mis manos no querían hacer lo que les decía, incluso la mano que no parecía que estaba en llamas. Quitarme los zapatos era una pesadilla, e incluso agarrarme bien a ellos un reto: *¿Cómo se supone que los utilizaría para algo? ¿Y por qué nadie estaba intentando detenerme de repente?*

No me quise arriesgar a tocar el cable directamente, con suelas de goma o sin ellas. Intenté lanzar los zapatos, pero mi puntería fue peor de lo normal y al final, en lugar de eso, acabé dándole patadas. Lo intenté cuatro veces, pero conseguí sacudir el cable derribado hasta que perdió el contacto con la alambrada.

Tan pronto como lo hizo, sentí vagamente a Mircea saltando y atacando a los magos que quedaban. Escuché lo que parecía un chasquido de un cuello y un cuerpo

golpeó el suelo hacia un lado, pero parecía que no podía concentrarme en eso. Fue todo lo que pude hacer para combatir el deseo de relajarme y de sumergirme en la oscuridad acogedora que estaba suspendida en los bordes de mi visión. Fui dando trompicones hacia atrás y mi tacón golpeó algo que se machacó con la poca presión. Cuando miré abajo, vi dos cuerpos en el suelo. El más cercano era de una mujer, tan anciana como para estar cadavérica; su piel fina como el papel y moteada con manchas, su pelo fino y sus huesos blancos. El otro cuerpo pertenecía a un hombre, bueno, al menos fue lo que supuse por la ropa que llevaba. La brisa suave hizo que pequeños pedazos de una camiseta desintegrada de color mostaza salieran volando, como el polen en el aire. El cuerpo por debajo parecía una momia recientemente desenvuelta, la piel marrón arrugada estaba estirada sobre las costillas visibles. Los observé, impactada y perpleja.

—¡Cass, Cass! —Billy estaba hablando conmigo y algo pálido rodó contra el zapato que me quedaba—. ¡Lánzalo!

Por fin mis ojos lograron concentrarse en el objeto pálido que identifiqué como la bola que el mago había estado sujetando anteriormente. Billy tenía que haberla recuperado, pero no pude entender por qué hasta que levanté la mirada y vi a cinco magos más apresurándose hacia nosotros desde el otro lado del edificio. Parecía que la caballería había llegado, pero con mi aspecto normal, se fueron hacia el otro lado.

Moví la cabeza, intentando aclarar mis ideas y el movimiento sacudió mi brazo, y ¡ay! ¡Dios mío!, no había sido una buena idea. Por suerte los magos no me estaban prestando atención, ya fuera porque no me habían visto aún o porque, comparada con Mircea, yo no parecía una amenaza. Mircea estaba proporcionando un montón de distracción: pisándole la cabeza a un mago mientras dislocaba la cabeza de otro hasta casi arrancársela del cuerpo. Parecía impresionante, pero si él hubiera recurrido al antiguo mano a mano, estaría bastante agotado. No sabía si podía sobrevivir a otro ataque y no intentaba averiguarlo.

Intenté agarrar la esfera, pero mis manos estaban resbaladizas con sangre y parecía que no podía sujetarla. Cada vez que pensaba que ya la tenía, mis dedos no eran capaces de sujetarla. Accidentalmente le di una patada, pero sólo rodó unos pies hasta que se detuvo en un borde del hormigón.

—¡Cass!

Levanté la cabeza y vi que no tenía tiempo. Los magos se habían detenido a una distancia prudente de Mircea, pero sólo era porque cualquier vampiro maestro se merece cierto respeto, incluso uno herido. Quizá especialmente uno herido. Pero el ataque comenzaría de nuevo en cualquier momento, y yo no podría detenerlo.

—¡Billy! ¡No puedo cogerla! —Lo miré desesperadamente—. Tienes que hacerlo tú.
Sacudió la cabeza.

—Estoy demasiado cansado. ¡Gasté toda la energía que tenía para que fuera rodando hacia ti!

Intenté agarrarla de nuevo y atrapé la bola debajo de mis manos, pero estaba demasiado resbaladiza. Me dio la impresión de que su superficie no proporcionaría demasiada tracción aunque yo no estuviera sangrando.

—¡Maldita sea! ¡Si tuviera más tiempo...!

Billy me miró como si estuviera loca.

—¡Eres pitia! ¡Tienes todo el tiempo que quieras!

—¡No puedo transportarme! ¡Ya lo he intentado! —Probablemente era por el dolor, pero no podía ver más allá. A lo mejor esa era una de las cosas que enseñaba la formación, cómo concentrarte cuando tu cerebro está borroso por la pérdida de sangre y parece que tu mano se va a caer y no tienes nada de tiempo para hacerlo. Me hubiera gustado, tanto, tanto haber recibido esa lección.

Pero no lo había hecho, así que tenía que seguir con lo que sabía. Me detuve cogiendo inútilmente la esfera y miré a Billy.

—¡Atráela!

—¿Ahora?

—Maldita sea, Billy. Sí, ¡ahora! ¡Recupera la fuerza y lanza esta cosa!

Billy no perdió ni un segundo. Se metió dentro de mi piel antes de que acabara de hablar e inmediatamente sentí la salida de energía. A diferencia de lo normal, dolió. A lo mejor porque yo no tenía mucho más que dar, a lo mejor porque Billy tuvo que acelerar el proceso, o a lo mejor porque de todos modos, ya me dolía todo. Pero cualquiera que fuera la razón, durante unos segundos mi corazón estuvo golpeando duramente, mis manos estaban temblando y realmente podía sentir cómo mi vida salía de mí. Mi cerebro estaba estancado en una rueda de hamster, *mala idea, mala idea, mala idea, mala idea*, pero no había nada que pudiera hacer; no tenía fuerza para detenerlo. Escuché el suspiro de alguien, una liberación silbante de aliento y luego sentí que me caía desde muy alto.

Aterricé sobre el asfalto en el momento en que vi a Billy coger la bola. Casi la pierde una vez, casi se resbala de su mano prácticamente transparente, pero la cogió en el último segundo. El lanzamiento se pareció mucho a lo que yo hubiera hecho, un tiro bajo y tembloroso que no aterrizó ni siquiera cerca del centro. Explotó a medio metro aproximadamente de los magos con un *plof* apenas audible y una nube pequeña de rosa brumoso, como si se hubiera lanzado una pelota rellena con metralla al

hormigón. Parecía que el aire se ondulaba ligeramente, pero los magos no mostraron efectos discernibles.

—¡Es un puto fiasco! —maldijo Billy justo cuando el primero de los recién llegados alcanzó a Mircea. Se giró, su codo golpeó la cara del mago y me dio tiempo de preguntarme por qué las protecciones del hombre no estaban alzadas, por qué no habían detenido el ataque. Luego, fue como si su cabeza hubiera explotado, como si en lugar de a un hombre, Mircea hubiera golpeado una cara que no era nada más que arena de color.

—Esposa de Lot —dijo Billy, sonando impresionado—. Mala cosa, magia negra. —Me pregunté si debería preocuparme porque su tono hubiera sido elogioso.

Los otros magos se habían detenido, se habían quedado de piedra en varias etapas del movimiento. Uno había estado corriendo, estaba con una pierna levantada y su propio dinamismo lo tumbó. Explotó contra el asfalto y Mircea puso una sonrisa simplemente malintencionada. Caminó hasta la siguiente estatua humana, un joven con el pelo rubio color arena y le dio un leve empujón con la palma de su mano. El mago se cayó hacia atrás contra otro y los dos golpearon el suelo con un golpe fuerte, disolviéndose en una nube de polvo multicolor. Se mezclaron de tal forma que era imposible decir dónde empezaba un cuerpo y dónde acababa el otro.

Mircea continuó hacia el último mientras yo miraba fijamente la arena de carne de colores saliendo de una zapatilla de deporte de piel llena de rozaduras. Una ráfaga de viento sopló por todo el aparcamiento, empujando pequeños granos de la sustancia contra la mejilla que yo tenía pegada al asfalto y que parecía incapaz de levantar. No parecía que fuera arena, en realidad, no se parecía mucho a nada.

Escuché el ruido fuerte de otro cuerpo golpeando el suelo, sentí la ola de viento cuando se hizo pedazos, pero no podía concentrarme en eso. Estado de choque, pensé vagamente. Sabía lo que sentiría técnicamente, pero no estaba segura de si realmente lo estaba sintiendo. Me dolía todo el cuerpo, pero el dolor parecía llegarme de lejos, a través de un zumbido cargado de energía estática.

Miré fijamente la pila de restos humanos y me pregunté qué había hecho el hechizo. Billy estaba diciendo algo. A lo mejor estaba intentando advertirme, sólo que no pude entenderle. *A lo mejor, se chupó toda el agua*, pensé vagamente. ¿Eso era lo que quedaba de una persona sin humedad? Un montón de materia desintegrada de olor químico, pero que no podía ser porque la gente no se convertía en metralla cuando les tocabas. Eso no era así, no era posible.

Como yo, disparando a un hombre directamente al corazón.

Alguien se puso de rodillas a mi lado y cortó la pulsera de plástico. Pude ver brillos blancos a través de la carne sangrante de mi muñeca, pero no parecía que le hubiera dado a ninguna vena. Aunque tenía mala pinta. Alguien me llevaba en brazos, mi espalda estaba contra un pecho caliente que respiraba demasiado deprisa,

o a lo mejor era yo la que respiraba demasiado deprisa. Intenté calmar la respiración pero no pude, así que decidí que entonces no era yo.

Unas manos fuertes pasaron entre mi pelo, separando con cuidado los nudos durante un momento. Luego un susurro de respiración me llegó al oído:

—*Dulceață*, yo puedo curar esto, pero sería mejor si fuéramos a la MAGIA. Allí hay curanderos con más habilidades de las que yo poseo.

Mircea, pensé. Él era el único que olía a humo, a sangre y a sudor. Parecía extraño: siempre lo había asociado con colonia cara. Bajé la mirada y vi manchas y huellas en mi piel donde él me había tocado. Eso también me parecía extraño aunque no podía pensar por qué.

—Cass, tenemos que salir de aquí. Él no te puede llevar a la MAGIA. —Billy estaba suspendido en el aire enfrente de mi cara y eso estaba bien, porque parecía igual que siempre.

—No puedo volver a la MAGIA —dije, repitiendo las palabras de Billy, y mi voz sonaba casi normal. ¡Qué extraño!

—Es un corte malo, *dulceață*, y hay muchos huesos en tu muñeca. Puede que no sea capaz de repararlos todos perfectamente.

Levanté la vista y le miré la cara. Estaba sucia y empapada de sudor; tenía la mejilla izquierda cubierta de leves marcas en forma de diamante. Pero la nueva piel ya estaba empujando a la ondulada mientras lo observaba, dejando que volara como la ceniza en el aire. Y sus ojos eran los mismos, brillantes con inteligencia, suaves con preocupación, llenos de comprensión, preciosos. Él estaba bien. El alivio fue tan agudo que por un segundo me dolió más que la muñeca.

Quería decir algo, pero había demasiada emoción quemando demasiado cerca de la superficie. De todas formas, no pensaba que tuviera que decir lo que estaba pensando: que, incluso aunque el final de mi juego fuera corto, me gustaba la idea de que el suyo no lo fuera. Era un tipo de futuro apoderado y mientras no fuera lo que yo estaba esperando, era bastante bueno. Sentaba bastante bien. Así que en lugar de eso, lo miré, sin pestañear, hasta que no pude ver más que algo borroso de palidez y oscuridad, los colores se palidecían el uno al otro por alguna razón.

—Te curaré aquí —dijo *Mircea* con seriedad, sosteniendo con cuidado mi muñeca sobre su larga mano.

Parecía raro, animal y demasiado controlado, con algo rebosando justo bajo la superficie, rabia o frustración; o las dos cosas. Los otros también podían verlo, porque todos los vampiros estaban intentando actuar de manera sumisa y la duendecilla lo estaba mirando con ojos preocupados. *Françoise* estaba sentada en el suelo al lado nuestro, pero parecía indecisa, como si no tuviera ni idea de lo que decir. Se me ocurrió preguntarme qué es lo que estaban haciendo todos allí, pero entonces *Mircea* hizo algo, y una sensación de calor me invadió el brazo. Extrañada, la

repentina falta de dolor hizo que aguantara la respiración.

Bajé la vista y vi cómo se cerraba la herida y cómo se realizaban pequeños y extraños cambios bajo la piel. Reestructuración de huesos, pensé y esa parte no era tan agradable, pero seguía sin doler y de repente pude pensar incluso un poco mejor. Podía sentir la sangre a empujones por mis venas, y la piel se estiró y se emparejó, pero no hubo letargo ni dolor.

Mircea se estaba mordiendo el labio mientras seguía las líneas del tendón y el músculo de mi brazo, cambiando su forma con su dedo como si fuera un bisturí. Era una sensación ligera. Apenas me rozó el brazo, pero me estremecí. Un roce tan simple no debería ser tan poderoso.

Mircea no se dio cuenta. Sus ojos estaban abiertos de par en par y brillaban más que nunca; la prisa del combate aún sonaba detrás de ellos como electricidad. Estaba completamente concentrado y lucía extrañamente un aspecto más joven, y cuando por fin levantó la cabeza para decirme que estaba en ello, lo agarré por la camisa y le besé, fuerte.

No fue un gran esfuerzo. El ángulo no era el correcto y nuestros dientes chocaron y los dos sabíamos como adrenalina. No me importó. Me agarré con fuerza a su camisa, aplastando la seda y parecía que mis manos no se querían despegar. Y las necesitaba porque no podría pegarle hasta que ellas lo hicieran y la verdad es que quería pegarle. De repente estaba furiosa, completamente lívida. Porque casi se había muerto, ¡maldita sea! Y yo no había sido capaz de hacer nada, y él casi se muere.

Mircea no se opuso, no intentó echarme para atrás; en lugar de eso, me acercó más, estaba lo bastante cerca como para oír cómo le latía el corazón, lo bastante cerca como para escucharlo respirar. Él se encargó del beso, yendo más despacio hasta que todo fue calidez, dulzura e inevitabilidad. Sus manos se deslizaban por mi espalda y por mi pelo, peinándome los rizos y haciéndome temblar. Nunca había sabido que alguien pudiera besar en tu idioma, besar en disculpas, pero aparentemente él podía. No estaba segura de la razón por la que se disculpaba, pero me sentía bien. Era como si sintiera haberme asustado de esa forma.

No jugaba limpio al besar y no te besaba de una sola vez: seguía deteniéndose y apartándose hasta que pensé que me iba a morir de frustración. Me apetecía chillar, pero no podía desperdiciar el aire y cuando pensaba que me iba a volver completamente loca, por fin hizo un leve sonido hambriento y nos encontramos a medio camino. Y de repente hirvió la necesidad entre nosotros de jadear y gemir como vapor.

Pude sentir cómo reaccionaba el *geis*: pequeños temblores justo por debajo de la piel, síntomas de una explosión inminente. Y no me importó. De alguna forma nunca me había dado cuenta de la fuerza flexible de su cuerpo, de aquellas manos, fuertes y robustas y dolorosamente tiernas. Un destello de lo que se sentiría, comprimido

debajo de su peso, giraba en espiral por mi cuerpo. Yo quería eso. Quería todo.

Y luego, se separó, y quedó conmocionado, y como un poco salvaje, como no lo había parecido durante la lucha, cuando hubiera tenido que sentirlo. Lo miré, con el pelo desordenado y la cara sucia, y quise volver a besarlo. No por un impulso irresistible, sino porque ya me sabía familiar, porque quería más de la calidez que parecía hervir por mi piel siempre que nos tocábamos.

Pero no podía. Por decirlo de una manera, este Mircea estaba dos semanas antes del tiempo. Para él, el *geis* acababa justo de despertarse. Pero cuanto más contacto tuviéramos, más rápido crecería y pondría a Mircea en un infierno aún peor.

Me eché fuerte hacia atrás y él me dejó ir. Pero apartó su mirada de asombro de mí hacia Françoise y Radella.

—¿Hay alguna cosa que deseas decirme, *dulceață*?

Miré a Françoise, pero ella solo hizo ese encogimiento de hombros francés que nunca había sido capaz de interpretar. Fantástico. Volví a mirar a Mircea y tragué saliva.

—No me encuentro bien —le dije honestamente—. ¿Podemos hablar un poco más tarde?

Después de una pausa apenas imperceptible, Mircea asintió con la cabeza. Se levantó, aún mirándome fijamente mientras daba órdenes y les decía a los vampiros que habían aparecido demasiado tarde que se marcharan a toda prisa, como hormigas asustadas. Me senté en el suelo y los miré, preguntándome qué estaban haciendo hasta que vi que uno de ellos tenía algún tipo de vacío industrial. Comenzó a chupar los restos de los magos que habían sido golpeados por el hechizo de Esposa de Lot. Otro le siguió, arrojando los zapatos y pedazos no arenosos a una bolsa de basura de tamaño grande.

Ya no me dolía nada, pero aún me sentía agotada y me aparté lentamente de todo. Seguramente estaba afectada por la hipnosis de Mircea, el equivalente en vampiro de una juerga hasta el amanecer. No pensaba que fuera una buena idea intentar volver a transportarme justo ahora.

Otro vampiro había comenzado a romper en pedazos a los dos cadáveres marchitos. Eran tan viejos que sus huesos se rompían fácilmente y se quebraban como palos secos. Hicieron un sonido chirriante cuando los metió en una bolsa de basura. Los observé, incapaz de reaccionar, embotada por el brillo cegador de la hipnosis. Sabía que tenían que haber sido asesinados por un hechizo que era para mí, pero en ese momento, eso no me parecía tan importante. El vampiro logró meter a los dos en una bolsa. Parecía que había traído una de buena calidad porque se estiraba pero no se rompía.

De repente otro vampiro salió gritando por el aparcamiento. Se había prendido fuego intentando apagar las llamas del Ford. Mircea parecía asqueado, pero se movió

para ayudarlo. Probablemente hubiera hecho lo mismo aunque el tipo no fuera de su pertenencia. Era un senador y tenía que defender el lema no oficial del Senado: «Limpia siempre tu porquería».

Sentí un ligero dolor en la muñeca, que me anunciaba que la hipnosis podría estar perdiendo fuerza y que quizá debería pensar en encontrar alguna aspirina. Pero no me moví. Me desplomé allí mismo mirando las cosas que nunca salen en las películas porque no son muy emocionantes. Simplemente son personas haciendo un trabajo. Después de la acción, viene el fuego que se apaga y se barre la calle y luego, la explicación a las familias de que alguien no va a volver a casa. Solo que esto último no iba a pasar aquí. Nadie sabía quiénes eran los magos oscuros o dónde encontrarlos. Si el hombre que yo había matado tenía familia, no sabrían que algo iba mal hasta que no volviera nunca más.

El pensamiento se me clavó como un puñal muy afilado, deslizándose justo entre las costillas. De golpe, todos los aspectos de mí, sobre los que yo no hablaba, en los que no pensaba, volvieron a estar presentes. Y por un minuto, vi otra escena.

Mac, un amigo de Pritkin y durante poco tiempo también mío, me había seguido hasta el Reino de la Fantasía y murió allí por protegerme. Aún tenía pesadillas con eso, mi mente me mostraba imágenes surrealistas de sus manos que se hundían en el tronco de un árbol; la corteza se fundía y fluía entre sus dedos y por encima de su muñeca, lo iba paralizando mientras seguía por su cuerpo hasta que la piel, el pelo, todo estaba cubierto por el mismo gris monótono y uniforme. Como una mortaja. Normalmente me despertaba empapada de sudor y mi corazón latía fuertemente cuando le cubría la cara.

No había sucedido exactamente así, pero no me podía quejar del proceso de edición de mi cerebro; la realidad había sido peor. Estaba harta de ser la persona que hacía que mataran a la gente. Había jurado que no iba a volver a suceder, pero ahí estaba, no la razón para ello pero sí el instrumento real. Un hombre había muerto esta noche, y yo lo había hecho. Yo lo había matado.

Mi mente estaba horrorizada, incrédula, sentía repulsión. Pero parecía que mis emociones se estaban dando un respiro. No estaba temblando, no estaba vomitando, aparentemente no estaban haciendo nada. Lo más que sentía era un poco de entumecimiento. Sólo entumecimiento. A pesar de que el mago no había sido mi única víctima.

Billy podría haber lanzado el hechizo Esposa de Lot, pero yo le había donado la energía que lo había hecho posible. Por lo menos, eso había hecho que parte de la responsabilidad hubiera sido mía. Pero, de alguna forma, aquellas muertes no parecían tan reales. Había visto magia durante toda mi vida, pero no era lo mismo. Los vampiros eran criaturas mágicas, pero la mayoría de los vampiros que pertenecían a Tony había usado rapidez, fuerza y un montón de armas humanas para

matar. Algunas de las cosas que hacían podían ser bastante espectaculares, sin mencionar que también eran horripilantes, pero al menos tenían sentido. A diferencia de una pequeña bola inocua que podía acabar con la vida de cinco personas en cuestión de segundos. No obstante, el disparo fue algo más. Había visto la expresión en la cara del hombre, se miraba la sangre entre sus dedos, procedente de una herida que yo había causado. No. Eso no podía negarlo.

Y más allá de la culpa y el dolor, y quién sabía que más iba a sentir cuando el entumecimiento consolador de Mircea se desvaneciera, probablemente también había complicado la línea del tiempo. Un montón de personas que no se suponía que tenían que morir, estaban muertas. ¿O se suponía que sí debían morir?

Realmente era duro pensar, y bastante irónico, ya que las paradojas de la línea del tiempo no se me daban muy bien. Pero había unas cuantas excentricidades que estaba empezando a notar. Como, ¿si no era así como las cosas tenían que ocurrir, por qué no había conocido a Mircea la última vez que había estado aquí? ¿Y por qué sólo había visto a dos magos oscuros en lugar de a los doce que se supone que andaban rondando por allí? Si Mircea no los hubiera combatido antes, ¿quién lo hubiera hecho? Porque yo no había visto a nadie más que se hubiera ofrecido como voluntario.

—Cassie. Debemos irnos —dijo Françoise delicadamente.

La miré con seguridad. Parecía estar saltando arriba y abajo sin realmente levantarse del suelo y todos sus bordes eran confusos. Decidí que seguramente fuera culpa mía.

—¿Cómo salió todo?

Hizo una mueca.

—¿No te acuerdas?

Por un minuto, me quedé pensando en las experiencias que había vivido aquí hacía dos semanas.

—Te capturaron. Recuerdo haberte liberado, pero eso es todo. —Realmente no quería saber lo que una pila de brujas y una duendecilla estaban haciendo encerradas en una de las plantas más bajas del Dante. Las había descubierto por casualidad mientras andaba en otras cosas y las ayudé a escapar, pero no les hice muchas preguntas—. Estoy un poco confusa con los detalles.

—Mira, los magos pensaron que yo era una de sus esclavas que se había escapado —explicó Françoise—. Me encerraron y cuando Radella intentó ayudarme, también la capturaron.

—¿Lo conseguiste?

Asintió con la cabeza seriamente.

—Estaba en el segundo grupo. Pude escuchar el hechizo cuando enviaron a los otros. Yo iba después, pero entonces llegó la noticia de que tú estabas aquí, bueno, la

otra tú —explicó de un modo útil. Yo asentí con la cabeza—. Cerraron la entrada y nos dejaron, porque les dijeron a todos que dejaran todo lo que estaban haciendo y que te encontraran.

Sí, me imaginaba. Tony me tenía muchas ganas. Supongo que sus hombres pensaron que podían acabar con el tráfico de esclavos después. De repente estaba perversamente contenta de que, por lo menos, no hubieran podido lograrlo.

—Nunca debería haberte dejado —dijo Françoise tristemente.

—Quiero ver la maldita runa antes de ir con tu gente a cualquier otro sitio —dijo la duendecilla cruzando sus pequeños brazos.

—¿Por qué?

—¡Porque todos vosotros estáis completamente locos! —soltó Radella. Tenía los ojos fijos en los vampiros que ahora estaban de rodillas al lado de la figura con forma de diamante en el asfalto, debatiendo si merecía la pena intentar sacar algo de las grietas o si sería más fácil un trabajo nuevo de pavimentación.

—Porque podría haberte ayudado —dijo Françoise mirándome como si se estuviera preguntando si me había golpeado la cabeza. Y sí, así había sido y la mandíbula que no paraba de latir seguía recordándomelo. Me había olvidado de eso hasta ahora. ¡Ah, sí! La hipnosis estaba desapareciendo demasiado deprisa.

—No hubieras podido hacer nada —le dije—, y te podrían haber matado.

—¡Mejor a mí que a ti!

Sacudí la cabeza, pero me detuve porque hizo que el dolor se hiciera más intenso.

—¿Desde cuándo mi vida es más valiosa que la tuya?

—Desde que te convertiste en pitia.

A medio camino del aparcamiento, se asomó la cabeza de Mircea. Reprimí un suspiro. Maldito oído de los vampiros.

—Sí, ahí está la cosa —le dije, cogiéndole la mano. Françoise parecía confundida pero no me detuve y le expliqué que se supone que la pitia es la que protege a los demás, sin que necesite que la protejan a ella. Mircea se dirigía caminando a grandes pasos hacia nosotras, con determinación, y yo no estaba dispuesta a tener una batalla dialéctica contra él esta noche. ¡Joder! Siempre las perdía incluso cuando no sentía que estaba a punto de estallarme el cerebro.

—Espera —le dije, con la esperanza de poder transportarme otra vez antes de perder el conocimiento.

«Apunta el arma. Equilibra la culata con la otra mano si necesitas estabilizar tu puntería. Aprieta el gatillo ligeramente. No tienes que apretar muy fuerte para que dispare». Respiré lentamente y observé el objetivo de papel retrocediendo como si las balas le estuvieran penetrando en la carne. Casi todas dieron fuera de la diana y ni siquiera una de ellas estaba dentro del círculo que representaba los órganos vitales. ¡Qué irónico!

El almacén sin uso tenía buena ventilación para ser un local que estaba en el interior, así que Pritkin lo había preparado como un área de tiro. Se suponía que la práctica diaria mejoraría mi puntería, al menos esa era la teoría. Hasta ahora, las figuras recortadas de papel al final de la habitación no habían tenido que preocuparse demasiado.

Solté el cargador vacío y lo recargué. Siempre tenía la misma sensación con el arma en la mano: el peso, el olor humeante del aceite y la pólvora, el olor de papel quemado, todo me resultaba familiar después de casi dos semanas haciendo lo mismo. Cuando había cogido hoy el arma, me había parecido extraño. Como si matar ayer a un hombre hubiera cambiado eso de algún modo: que pesara más, que resaltara la superficie negra lisa y brillante como una señal. Algo.

Pero no fue así.

«Beretta de nueve milímetros, el cartucho contiene quince tiros. El área efectiva máxima es de cincuenta metros, pero es mejor más cerca. Recuerda quitar el dispositivo de seguridad y apuntar al torso». Pritkin me había estado dando consejos, empeñado, como decía él, en minimizar mi condición de blanco gigante en el campo. Y así era como había estado pensando en las lecciones: como algo designado para ayudarme en la defensa. De algún modo, nunca se había dejado constancia de que normalmente la defensa con un arma significaba disparar a algo más substancial que a una diana de papel. Esa defensa con un arma podía significar matar.

Había crecido rodeada de armas, las había visto tan a menudo que formaban parte de mi entorno, no eran más importantes que un jarrón o una lámpara. Yo no había tenido ninguna porque no se esperaba que yo tuviera que pelear. En casa de Tony, yo había estado dentro del grupo de no combatientes útiles y se suponía que otras personas tenían que protegernos. Me habían dicho cien veces que si alguna vez se producía algún ataque, mi misión era ir a uno de los muchos de los refugios secretos que había por allí y esperar.

Había habido una cierta comodidad en mi antiguo cargo que nunca había apreciado realmente hasta ahora. Porque la pura verdad era que, en el momento en que asumías un cargo de responsabilidad, habría personas que te respetarían, que

esperarían que las protegieras, que esperarían que las salvaras. Estaba acostumbrada a escapar y, de hecho, era condenadamente buena en eso, si no, no hubiera durado tanto. Sabía cómo conseguir acreditaciones falsas casi en todos los sitios, cómo cambiar mi aspecto, cómo mezclarme.

No sabía cómo mantener viva a la gente.

El cargador volvió a estar vacío, ese ruidito clic, clic me estaba diciendo que lo recargara. Presioné un botón y se me escapó. El cargador gastado chocó contra mi pie antes de dar vueltas por el suelo. Lo recogí y lo recargué manualmente con quince balas nuevas.

A pesar del dolor que tenía en la muñeca, mis manos estaban firmes. Me seguía sorprendiendo, seguía esperando desmoronarme. Me había lavado frente a un espejo de un baño después de que hubiéramos vuelto, dejando la toalla sobre mi cuello, fría y suave, mientras esperaba a desvanecerme. Sólo que aún no lo había hecho. Y estaba empezando a preocuparme de verdad.

Una vez, cuando tenía unos seis años, Alphonse había regresado de un trabajo cubierto de sangre, con una cuchillada en la frente que casi le dividía en dos el cuero cabelludo, haciendo que se pareciera al monstruo Frankenstein antes de que el doctor se lo cosiera. Pero estaba extrañamente de buen humor porque los otros tipos, los que había dejado tirados en pedazos sobre una cancha de baloncesto, tenían peor aspecto. Habían cogido a un par de los nuestros en una disputa de territorio, y ya que los muertos habían sido los vampiros de Alphonse, Tony le había dejado que se encargara de ellos. Alphonse había hecho su riguroso trabajo de costumbre.

Me había visto merodeando en una esquina, mirándole con los ojos abiertos de par en par, y me había acariciado la barbilla al pasar. Me había dejado una marca roja en la piel que Eugenie me limpió después mientras inadvertidamente me enseñó mi primera palabrota. Cuando fui más mayor, me había dado cuenta de que él había aclarado un asunto, volviendo cubierto de sangre para demostrar que el insulto había sido vengado como era debido, pero todo lo que había pensado en ese momento era que era extraño verlo tan relajado. Si no hubiera sido por la sangre, podía haber sido cualquiera que volviera de un buen trabajo de noche.

A él tampoco le había preocupado.

Apunté de nuevo a la diana, aún parecía bastante intacta a pesar del hecho de que el aire se estaba poniendo acre. Pensé en la cara de Mircea, en sus ojos reflejando fuego, su cuerpo perfilado en llamas mortales que saltaban. Quería tocarlo tan desesperadamente que podía sentir sus dedos en mi muñeca, como un dolor imaginario. Así era cómo se tenía que sentir el tratar de alcanzar algo sin una mano: alteración, vacío y confusión. Y casi me había quedado así para siempre, gracias a un tipo que pensaba que intentar electrocutar a alguien era una manera aceptable de saludar.

El aire resonaba con disparos y el sonido del papel se rasgó hasta que el clic volvió. Recargué, me escocían los ojos por el humo y deseaba que la vida fuera así de fácil. Tan solo rellenar lo que estaba vacío y sustituir lo que estaba perdido. Pero no era así. Algunas cosas no podían sustituirse, así que tenías que asegurarte antes de nada de no perderlas.

Empezar a estar de acuerdo con Alphonse ya sobrepasaba la locura.

Esa tarde, Françoise y yo nos dirigimos al edificio imponente de mármol y cristal en la galería principal donde Augustine había puesto una tienda. Mi disputa con los magos oscuros me había dejado una cosa bien clara: si Mircea no hubiera estado allí, hubiera durado unos treinta segundos. Si realmente tenía alguna esperanza de ponerle las manos encima al Códice, tenía que estar mejor preparada. Sólo esperaba que Augustine pudiera hacer lo que yo tenía en mente.

Françoise se había detenido enfrente de las dos ventanas grandes de cristal laminado que mostraban selecciones de la línea *prêt-a-porter*. Le puso el ojo a un vestido ceñido con burbujas doradas que sobresalían desde el dobladillo, pero continuó sin hacer ningún comentario. Dentro, un candelabro grande ocupaba la mayor parte del techo, sus cristales estaban formados por témpanos encantados que no se derretían a pesar de las velas esparcidas entre todas sus filas. Inmediatamente, Françoise comenzó a buscar, aunque no tenía ni idea de qué era lo que pensaba utilizar como dinero. Yo le había ofrecido irnos de compras, ya que había acabado aquí sin familia, sin amigos y sin ropa, pero en mi cuenta bancaria no había suficiente para las *boutiques* caras.

Decidí que le explicaría las cosas solo cuando encontrara algo, y pasé al lado del personal hasta un pequeño taller que había al final. Nadie intentó detenerme. Volvía a estar disfrazada de Elvira; llevaba una peluca negra y una credencial con un nombre que parecía oficial. Había descubierto que evitaría un montón de problemas si parecía una empleada, aunque no le estaba haciendo ningún bien a mis empujes.

El taller estaba tan abarrotado con percheros de ropa y cilindros de tela que ni siquiera podía ver a Augustine, pero escuché a alguien refunfuñando en una esquina a lo lejos. Resultó que era él, forcejeando con una pieza de piel dorada que parecía que estaba intentando comérselo. La lanzó y le puso encima una silla, luego comenzó a cavar en la pila de papeles sobre un escritorio al lado y siguió refunfuñando.

Me acerqué con cuidado, porque la tela se estaba resistiendo y haciendo un valiente intento para tirar la silla.

—¿Hola?

—No sirve de nada que te quejes —me dijo rápidamente—. No hubo espectáculo así que nadie va a cobrar, ni siquiera yo.

—No estoy aquí por eso.

La piel dio un tirón y casi lo tira al suelo. Él hizo como que no se había dado

cuenta, pero disimuladamente acercaba hacia la silla el borde del pesado escritorio.

—Entonces, estoy a tu disposición.

—Estoy pensando en un vestido. Algo francés.

—No te referirás al inútil de Edouard —dijo, sonando horrorizado—. Querida, por favor. Puedo diseñarte algo mucho mejor con los ojos cerrados. ¡Qué demonios! ¡Puedo diseñarte algo mejor que sea divino!

—No me refiero a que quiero un diseñador francés —intenté explicarle—; sólo quiero algo que parezca...

—Olvida París. París se acabó —me dijo alegremente—. Ahora dime, ¿para qué ocasión estás planeando exhibir mi trabajo?

—Necesito una vestimenta que encaje con la época de finales del siglo dieciocho.

—¡Ah! Una fiesta de disfraces. No hago disfraces. —Teniendo en cuenta que el estilo personal de Augustine era una mezcla entre Galliano y Liberace, pensé que eso era discutible. En ese momento tenía puesta una túnica amarilla color azafrán con mangas abultadas sobre unos pantalones de harén púrpuras. Un fajín dorado atado alrededor de la cintura al estilo pirata que no sujetaban un sable, sino unas tijeras, un metro y un alfiletero con forma de tomate.

—No creo que lo entiendas —le dije pacientemente—. Es muy importante.

—¡Ah! Quieres vestirme para impresionar —dijo Augustine pícaramente—. Bueno, en ese caso, has venido al lugar perfecto. —Me llevó hacia un maniquí de modista en uno de los pocos espacios abiertos de la habitación. Murmuró una palabra y la figura adoptó una silueta muy detallada que me resultaba muy familiar. Sentí un impulso repentino de ponerle una toalla por encima.

—¿Alguna cosa especial que tenga que saber? —preguntó—. Algunas cosas pueden afectar al vestido.

—No, yo sólo...

—Porque no quiero que me vengas a última hora diciéndome que necesitas un hechizo que te haga bailar mejor o que te sostenga la copa o que seas una brillante conversadora y que te has olvidado mencionarlo.

—¿Puedes hacer eso con un vestido?

—Querida, puedo hacer cualquier cosa con un vestido. Claro, cualquier cosa legal, así que no me pidas una poción amorosa o alguna tontería porque no tengo ninguna intención de perder mi licencia.

—¿Qué más puedes hacer? —Mi mente iba a toda prisa con las posibilidades.

—¿Qué quieres? —Una pieza de tejido blanco comenzó a cubrir la figura.

—¿Me puedes hacer invisible?

Augustine suspiró y giró el borde de mi peluca con un dedo.

—Una prenda horrible y un pelo aún peor pueden hacer eso.

Entrecerré los ojos y lo miré.

—Entonces, ¿qué me dices de un aislante contra hechizos? ¿Puedes hacerlo para que si alguien me lanza algo perverso se pueda ver?

—¿Una rival celosa? —preguntó comprensivamente,

—Algo así.

—Dime, ¿cómo es esa pequeña gatita de poderosa?

—¿Eso importa?

—¡Claro que sí! Tengo que saberlo fuerte que es para hacer el contrahechizo —dijo impacientemente—. Si es algo pequeño, como hacer que huelas a un camión de basura...

—No. Necesito detener un ataque mayor, como el que podría lanzar un mago oscuro.

Augustine parpadeó con seriedad.

—Querida, ¿a qué clase de fiesta vas a ir?

—Ese es el problema. No lo sé.

—Bueno, quizá deberías pensar en no ir. ¿Quién necesita todo ese estrés? Tómate la noche libre, hazte las uñas.

—Es casi una obligación.

—*Hmm*. Esa no es realmente mi línea —dijo dubitativo—. Los magos de la guerra a veces utilizan capas encantadas para reforzar sus protecciones, pero no creo que la moda sea su mayor prioridad.

Françoise asomó la cabeza. Parecía que llevaba un pequeño animal sobre la mitad superior de su cuerpo, uno con un montón de plumas que se extendían hacia fuera en todas las direcciones.

—He encontrado algo —me dijo.

Augustine se puso rígido.

—¿De dónde has cogido eso? Es un prototipo.

—¿Qué es? —pregunté, mirándolo con cautela.

—Una chaqueta, ¡qué si no! —me dijo—. Puerco espín. Maravilloso para deshacerte de la atención que no deseas. Por desgracia, este tiende a lanzar plumas sin avisar a cualquiera que moleste a la persona que lo lleva, así que no creo que...

—Me lo llevaré. —Françoise apiló otros artículos que llevaba en el brazo encima de la mesa—. Y estos también.

—¿Qué es todo esto? —le pregunté. Detrás de ella había un par de montañas de ropa que caminaban; supuse que eran las dependientas aunque no se les veían las cabezas.

—*Pour les enfants* —dijo Françoise, sujetando una camiseta pequeña que ponía «El mejor niño del mundo» en lo que parecía lápiz de cera.

Fruñí el ceño y Augustine se la arrebató de la mano, con aspecto agraviado.

—Debajo de la frase va a aparecer una imagen del niño que la lleve —me dijo

con altivez.

—Hay un sitio en la galería que puede hacer eso.

—Y hace que la persona que la lleve tenga una debilidad repentina e incontrolable por las verduras.

Suspiré.

—Nos la llevaremos. —Hizo un chasquido con sus dedos a sus dependientas sobrecargadas, que empezaron a correr alrededor añadiendo más cosas.

—Respecto a mi vestido —le dije, ahora que estaba de mejor humor—, creía que los genios creativos como tú apreciaban un reto.

Me dio una palmadita en la mejilla que me pareció un tanto excesivo teniendo en cuenta que él no parecía que fuera mucho mayor que yo.

—Así es querida, así es. Pero también está el pequeño tema del pago. No estamos hablando de algo *prêt-a-porter*. Y por lo que me estás pidiendo...

—Envíale la factura a lord Mírcea —dijo Françoise jugando con una bufanda que aunque pareciera raro estaba allí tirada simplemente como una bufanda.

Comencé lentamente:

—¿Qué? ¡No!

Su bonita frente se frunció suavemente.

—¿*Pourquoi pas?*

—Yo no... Eso no es... No sería apropiado —dije, muy atenta a Augustine que escuchaba codiciosamente.

—*Mais, eres su petite amie, non?*

—*Non!* Quiero decir no, no lo soy. —Dejó de fruncir el ceño y luego Françoise se encogió de hombros de una forma que sugería que conocía una negativa cuando la veía—. Envíale la factura a Casanova —le dije a Augustine. Si se quejaba, le diría que lo descontara de mi nómina atrasada.

—Casanova —repitió Augustine, con un destello malvado en el ojo—. ¿Sabes que está esperando a que le pague por los daños de la sala de conferencias? Justo esta mañana se presentó con una estúpida factura.

—Entonces preséntale tú una de vuelta. Una muy grande. —Miré la pila de extravagancias de Augustine—. Y añádele esas.

La sonrisa de Augustine casi adoptó la forma de la del gato de Cheshire.

—Cenicienta, realmente creo que irás al baile.

Esta tarde, después de acabar otro turno en el Infierno, Françoise y yo salimos sin que nos vieran en un todoterreno negro reluciente. Mientras esperaba a que llegara Alphonse y mi apoyo, tenía que hacer unos cuantos recados y ella se había ofrecido voluntaria para ayudarme. Ninguna de las dos teníamos coche, pero me las había apañado para encontrar un medio de transporte.

La matrícula en la parte delantera del todoterreno era 4U2DZYR.^[1] Perteneía a

Randy, uno de los chicos que trabajaba en la versión de Casanova de un spa. Hubiera sido el tipo perfecto californiano que se pasa todo el tiempo en la playa, con un profundo bronceado, pelo blanqueado por el sol y una sonrisa con dientes blancos, excepto por su voz, que aún tenía un acento del Medio Oeste de los Estados Unidos. Estaba poseído por un íncubo, pero hasta ahora se había comportado de buena manera.

—¿Lo estás diciendo en serio? —me preguntó Randy por tercera vez mientras entrábamos en el aparcamiento gigante de Wal-Mart—. ¿Quieres comprar aquí?

—Sí, ¡quiero comprar aquí! —le dije, desesperada. Hacía tiempo Wal-Mart había sido demasiado sofisticado para mí en comparación con el cajón de ofertas a veinticinco centavos de las tiendas de segunda mano o del Ejército de Salvación. Pero me dio la sensación de que no había muchos clientes de Randy que sentían lo mismo. Había tenido que preguntar la dirección a una de las camareras.

Se metió en la plaza de aparcamiento más estrecha que había, los neumáticos chirriaron y se detuvo bruscamente. Me miró de manera seria por encima de sus Ray Ban.

—Mientras que te asegures de que lord Mircea sepa que yo no tengo nada que ver con esto, tan solo estoy siguiendo órdenes. Si la señora del jefe quiere visitar los barrios bajos...

—¡Suena como si me fuera a un club de estriptis o algo parecido! —dije irritada—. ¡Y no soy la señora del jefe!

—Vaaaale. —Randy curioseó a Françoise, que estaba fuertemente agarrada a la tapicería del asiento trasero. Se me había olvidado preguntarle si alguna vez se había subido en un coche y a juzgar por los ojos abiertos de par en par y su tez blanca como un muerto, apostaba a que la respuesta era que no.

—No quiero volver a hacer esto.

—No soy tan mal conductor —dijo Randy ofendido.

—Sí, sí que lo eres —dijo fervorosamente.

—Bueno, las ruedas ya han dejado de rodar, cariño —le dijo, poniéndole un brazo alrededor de la cintura. La colocó en el suelo—. ¿Sabes? Algunos de mis mejores trabajos los he hecho en la parte de atrás de los coches. —Esta frase la acompañó con una sonrisa gigante como de «todo el mundo piensa que soy guapo». Probablemente era la única cosa que lo salvaba.

Saqué la larga lista de la compra del bolso y la moví delante de ellos antes de que Randy dijera nada.

—¿Podemos ir ya? Porque no tengo todo el día.

Había descubierto que ocho niños y un bebé necesitan un montón de cosas, especialmente cuando todo el armario que tenían era literalmente la ropa que llevaban en sus espaldas. Y excepto por unas pocas camisetas para los turistas, el

establecimiento de Augustine no se especializaba en nada para niños. Prefería que sus clientes fueran adultos y muy adinerados. De ahí que tuviera la lista.

Una hora más tarde, estaba apoyada contra una estantería con un montón de camisetas *Fruit of the Loom* mientras Françoise aterrorizaba a varios empleados mal pagados de la tienda. Había secuestrado por lo menos a cuatro y los había hecho ir adelante y atrás intentando encontrar las tallas que necesitábamos. Parecía un poco fuera de lugar, como si estuviera llevando una de las creaciones sofisticadas de Augustine: un vestido largo negro y básico con una chaqueta elegante cubierta con impresiones de periódico. Esperé que nadie se diera cuenta de que todos los titulares eran de hoy.

Randy estaba de pie enfrente de una columna reflejada, sacando los bíceps y admirándose los.

—¿Qué piensas?

La camiseta sin mangas que se había puesto era azul claro y pegaba perfectamente con sus ojos. Él sabía muy bien lo que yo pensaba, lo que la mitad de las mujeres que había en la tienda pensaban. O eso, o es que coincidió que habíamos ido de compras el mismo día que todas las madres jóvenes del estado necesitaban renovar los armarios de sus hijos.

—Pensaba que no comprabas en sitios como este.

—Una camiseta es una camiseta. —Se encogió de hombros, creando una onda de músculo que provocó un chillido de una cliente al lado—. Escucha, tienes un montón de niños.

—Sí, ¿y?

Durante un minuto, sólo se quedó de pie, mirándome incómodamente, como un niño grande. Un niño grande con un montón de músculos y una camiseta de malla transparente.

—¿Así que los estás alojando en el casino, verdad? ¿En un par de habitaciones libres?

—¿Cómo sabes eso? —El personal de cocina no había tenido espacio en los minúsculos cuartos que Casanova les había asignado para otras nueve personas, así que había tenido que ser creativa. Trabajar a veces en la recepción me había ayudado bastante.

—Todo el mundo lo sabe. El personal ha estado trabajando para evitar que el jefe se entere, pero a veces revisa los libros, ¿sabes?

—¿Qué es lo que quieres, Randy?

—Sólo quería decirte que si necesitas, bueno, dinero o cualquier cosa... —La voz se le apagó mientras lo miraba incrédula. No tenía ni idea de lo que le estaba enseñando su íncubo. Aparentemente, no habían llegado a la parte en donde se suponía que las mujeres le pagaban.

—Estaremos bien. —Si Casanova me diera algo de pena por el tema de las habitaciones, haría que Billy manipulara todas las ruletas de la fortuna de la casa.

Y puesta a pensar en eso, también era bastante bueno con los dados.

—¿Segura? Porque, quiero decir, a mí me pagan bastante. No me iba a doler ni nada, ¿sabes?

Françoise me echó una de esas miradas que yo esperaba que el ícubo se la echara a ella. Ella vio que me daba cuenta y se encogió de hombros de una manera que podría haber significado cualquier cosa desde «sólo estaba mirando» a «no he tenido sexo en cuatrocientos años, así que demándame». Decidí que no quería saberlo.

—Gracias. Estaré en la zapatería —dije, cogiendo el carrito más ligero de los que quedaban.

Dieciséis pies (no estaba contando al bebé porque hasta ahora no había demostrado ser capaz de aguantar de pie ni siquiera con calcetines) necesitan un montón de zapatos. Me levanté después de hurgar en la fila de abajo intentando encontrar un par parecidos a las Converse del número de Jesse y me golpeé la cabeza con el codo de alguien. Alguien que parecía que se había escapado del Palacio de César y se había olvidado de quitarse el disfraz.

—¿Por qué estás aquí? —La voz resonó muy alto en el espacio tan grande.

Miré a mi alrededor frenéticamente, pero parecía que en la sección de zapatos nadie estaba prestando atención a la diosa dorada que medía tres metros.

—¡Te podría hacer la misma pregunta! —le susurré.

—He venido para recordarte que el tiempo se acaba. Tu vampiro morirá si no se rompe el hechizo.

—¡Soy consciente de eso! —le solté.

—Entonces, te lo vuelvo a preguntar, ¿qué haces aquí? ¿Has hecho algún progreso?

—Sí, un poco. Bueno, sé dónde está el Códice.

—Entonces, ¿por qué no lo has recuperado?

—¡No es tan fácil! ¿Y por qué te preocupa? ¿Qué tienes tú con Mircea?

—Nada. Pero tu actuación no ha estado tan... orientada... como había esperado. Ésta es una prueba importante de tus habilidades, Herófila. Y hasta el momento te has dejado distraer con tareas innecesarias. Esos niños no son tu misión. El Códice lo es.

—¡Oh, oh! —Para alguien a quien no le preocupa el Códice, lo menciona bastante—. Bueno, quizá pudiera hacer un trabajo mejor ¡si tuviera algo de ayuda! ¿Qué me dices de quedarte cerca un rato? Y mientras estás por aquí podemos tomar unas cuantas de esas lecciones de las que siempre oigo hablar.

—No puedo entrar en este reino, Herófila. Este cuerpo es una proyección, solo puedes verlo tú, y no puedo mantenerlo durante mucho tiempo.

—Entonces, ¿por qué no me cuentas un poco más acerca del Códice? Como, por ejemplo, ¿por qué Pritkin estaba dispuesto a matar para mantenerlo a salvo?

—Sabes todo lo que necesitas. Encuéntralo y completa tu misión, y hazlo pronto. Hay personas que se van a oponer.

—Eso ya lo he notado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó tajantemente.

—Tú eres una diosa, ¿no lo sabes?

Sus ojos se entrecerraron peligrosamente.

—No te olvides de ti, Herófila.

—Me llamo Cassandra.

—Un nombre pobre para una pitia. Tu homónimo se opuso a mi deseo y vivió para arrepentirse. No cometas el mismo error.

Era más que un poco surrealista, incluso para mí, estar discutiendo sobre un mito con una leyenda en medio de la sección de zapatos de Wal-Mart. Especialmente con un dependiente echándome una mirada espeluznante desde el pasillo contiguo. No obstante, no dijo nada. A lo mejor muchos de sus clientes hablaban con los zapatos antes de comprarlos.

—A lo mejor es así, pero aún sigue siendo mi nombre y estoy haciéndolo lo mejor que puedo. Las amenazas no van a agilizar el proceso.

—Encuentra algo que lo haga —me dijo rotundamente y desapareció.

Suspiré y luché contra el impulso de golpearme la cabeza contra la estantería de metal y no detenerme. El dependiente me estaba mirando alrededor de los zapatos del número doce con una expresión que decía que estaba pensando en llamar a seguridad. Decidí no arriesgarme.

Levanté la imitación de los Converse rojos:

—¿Tiene el número nueve de estos?

Me colé en la habitación de Pritkin a la mañana siguiente, en una misión para encontrar esa runa que le había prometido a Radella y me quedé de piedra. Había esperado que fuera una búsqueda corta; por alguna razón había supuesto que guardaría sus pertenencias con una precisión militar. Sólo que no era así.

La cama todavía estaba sin hacer desde que había dormido en ella por última vez, y la ropa estaba esparcida por el suelo como si acabara de pasar un huracán. Él tenía razón: realmente olía mal. Pero me inclinaba menos a culpar a los ocupantes anteriores que a las pociones de olor nauseabundo alineadas en una estantería en la pared.

El artilugio que parecía estropeado estaba justo encima de la cama, algo que me hubiera preocupado, ya que la mayoría de las sustancias que él solía llevar eran letales. Aun así, supuse que no había tenido muchas más opciones. La pared de enfrente estaba ocupada por un armario, la que miraba hacia el club por una puerta y la que daba a una parte del casino por una cristalera.

Las ventanas eran marca registrada del Dante y supongo que los diseñadores habían situado esta detrás de los vestuarios porque su esplendor gótico no iba demasiado bien con la temática *tiki* del bar. Pero el resultado de una ventana tan grande en un espacio tan pequeño era una habitación completamente bañada en tonos de brillantes; rubí, zafiro, esmeralda y perla. Manchaban la colcha con sombras acuosas y difusas, y salpicaban el suelo con charcos de luz. Me hubiera resultado muy difícil poder dormir allí, pero al menos el tema iba con él: un grupo de soldados moviendo arsenal antiguo.

Me fui a trabajar de mala gana y rápidamente comencé a preguntarme más acerca de lo que no encontré que de lo que encontré. Junto con algunas camisetas con bolitas y bastante potencia de fuego como para conquistar un país pequeño, encontré varios pares de vaqueros, unas zapatillas de deporte nuevas, unos pocos artículos de tocador básicos y algunos calcetines aún sin utilizar. Todas esas compras hechas a toda prisa por un tipo que no se vestía para impresionar. Tan solo estaba reponiendo cosas necesarias que, probablemente, no podía coger porque no se atrevía a volver a su apartamento. El Círculo iba tras él por una docena de razones, de las cuales la mayoría tenían que ver con ayudarme, así que no le culpaba. Pero aún no explicaba dónde estaba escondido el armario de su otro yo.

Finalmente recogí una caja pequeña de madera de la mesita de noche. La había dejado deliberadamente para el final, esperando encontrar la runa metida en un calcetín y sin necesitar fisgonear nada que pudiera ser prácticamente personal. Si no hubiera necesitado la maldita cosa tan desesperadamente, hubiera salido de allí como

una bala. Pero como la necesitaba, abrí con desgana la tapa.

No había ninguna runa allí dentro, sólo unas pocas cartas amarillas y una fotografía bastante borrosa. La mujer de la foto llevaba un sombrero oscuro y un vestido de cuello alto que hacía que su cara resaltara como una pálida huella dactilar. No se veía muy bien, pero parecía joven, con rasgos normales y ojos ligeramente pintados. Era bonita, pensé, o lo habría sido si hubiera estado sonriendo.

Le di la vuelta a la caja para ver si tenía algún compartimento escondido pero no encontré ninguno. Sólo era un rectángulo simple de pino sin ni siquiera un forro en el que se hubiera podido esconder algo dentro. Le di la vuelta a la foto. Tenía el nombre de un estudio en la parte de atrás: J. Johnstone, Birmingham.

Pritkin había mencionado una vez que había vivido en la Inglaterra victoriana, lo que le hacía muchísimo más mayor que su apariencia de treinta y tantos, pero nunca le había preguntado nada acerca de la lucha de tanto correr y estar a punto de morir. Y nunca había mencionado a su familia. No sabía si la mujer de la foto era su madre, su hermana o incluso su hija. Me di cuenta que aunque podía haber escrito un libro acerca del mago, la realidad era que no sabía mucho acerca de él.

Billy atravesó la puerta, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿La conseguiste? —le pregunté con ansia. Me enseñó sus manos vacías y yo suspiré. Volví a poner las cartas en su sitio sin haberlas leído (un roce rápido había sido bastante para saber que la runa no estaba dentro de ninguna de ellas) y volví a colocar la caja en su cuadrado de madera sin polvo—. ¿Y ahora qué?

Billy me lanzó una mirada.

—Ya sabes lo que viene ahora. Has buscado en la habitación, yo he registrado de arriba a abajo la parte de abajo de este antro, y él no escondería nada tan valioso en cualquier sitio. Tiene que llevarla encima.

Era el peor de los casos.

—¿Cómo son tus habilidades como carterista?

—Depende a lo que esté prestando atención. Una vez le cogí una runa, pero solo porque los dos estabais demasiado ocupados chillándoos el uno al otro y él no se dio cuenta. Tendrás que distraerlo.

Genial. Normalmente crear una discusión con el mago siempre espinoso no hubiera sido un problema, pero ahora...

—No creo —le dije fervorosamente.

—Entonces querrás largarte ya, porque cuando vine pasé a su lado.

Me quedé mirando a Billy en blanco durante un segundo, luego asimilé lo que había dicho y me lancé hacia la puerta. Fue exactamente la peor cosa que pude hacer cuando me podía haber transportado, pero me entró el pánico. La manija se torció debajo de mi mano y, antes de que pudiera respirar, estaba de vuelta en la cama, un pecho fuerte clavado sobre mí y un cuchillo en la garganta.

Parpadeé nerviosa al mago, su cara estaba salpicada con color por el arco iris derramado sobre la cama. La luz azul pintaba su pelo pálido y se extendía hasta las mejillas, haciendo extrañamente que pareciera un alienígena durante un momento.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —me preguntó.

El filo frío de la cuchilla había hecho mella en mi piel y estaba de manera preocupante muy cerca de la yugular. Tragué saliva.

—¿Intentando no moverme?

Pritkin se quitó de encima, frunciendo el ceño, y el cuchillo desapareció casi por arte de magia.

—Me deberías haber avisado si estabas planeando pasar por aquí. ¿Y si hubiera puesto alguna trampa?

No contesté; estaba demasiado ocupada intentando preguntarme por qué, de nuevo, parecía tan distinto. Se quitó de encima el abrigo viejo de piel marrón, dejando ver una camiseta verde desteñida por el sol y unos vaqueros.

Los vaqueros eran azules claros, delgados y finos como la seda y lo bastante sueltos para apenas pegarse a los músculos de su cadera. En otras palabras, eran completamente lo contrario a apretados y negros. Su pelo también había perdido ese toque puntiagudo y moderno que lucía en el vestíbulo. Parecía que acababa de lavárselo, el flequillo, que pedía un corte a gritos, se le metía en los ojos. El resto de su cuerpo debería haberse ido también a la ducha: tenía manchas oscuras en los brazos, resaltando las venas, y también tenía una mancha sobre la mejilla.

—¿Qué has estado haciendo? —le pregunté mientras me ponía derecha.

—Investigando.

—¿En una mina de carbón?

—Los textos mágicos oscuros normalmente no se encuentran en ficheros de ordenador limpios. Ahora, ¿quieres explicarme por qué estás aquí?

Aparté la vista antes de contestar, pasando un momento difícil separando al Pritkin normal de cada día con el abrigo que no era de su talla y su estúpido corte de pelo del hombre que me había besado.

—Pensé que te alegrarías de verme después de lo que pasó en el vestíbulo.

—¿De qué estás hablando?

No respondí, acababa de darme cuenta de algo que me pareció importante. Como siempre, la camiseta de Pritkin estaba entrecruzada con cinturones, vainas y cartucheras. El tipo era un arsenal andante con casi todo tipo de arma transportable conocida por el hombre. Excepto una.

—No llevas una espada —le dije; de repente me di cuenta.

Pritkin se giró después de colgar su abrigo en el armario, y Billy fue hacia allí para comenzar a registrarla. Solo esperaba que lo hiciera en silencio.

—No la necesito, ¿no te acuerdas?

Lo miré fijamente durante un segundo, luego di un salto desde la cama y lo agarré. Lo giré, intentando levantarle la camiseta al mismo tiempo.

—¿Qué coño...?

—Estate quieto —le dije, luchando para desabrochar las hebillas y las correas; la mitad de ellas parecía que habían sido diseñadas simplemente para volverme loca. Últimamente la mayor parte de las subidas de adrenalina habían sido el resultado de situaciones de vida o muerte; era un poco desorientador el sentir la misma respuesta a algo que podría ser positivo. Pero mi corazón se había acelerado hasta que pude sentirlo en la garganta y mis manos de repente eran demasiado torpes para poder hacer el trabajo—. Quítate la camiseta —le ordené, intentando mantener la voz firme.

Se giró, tenía una expresión medio interrogativa y medio enfadada en la cara. Pero para mi sorpresa no discutió y se desnudó hasta la cintura, rápida y eficazmente. Le di la vuelta y vi lo que esperaba: una estela de colores brillantes, dorado, plateado y un intenso azul oscuro que recorría desde el hombro hasta el costado.

La punta de mis dedos siguió los bordes ligeramente resaltados del diseño, por una piel caliente y músculo duro hasta que se detuvieron en el cinturón de sus vaqueros. Había sido una tonta por no haber pensado en eso antes, especialmente cuando había visto cortar una parte en su piel. Pritkin ya no necesitaba volver a llevar una espada. Ya tenía una, en forma de un tatuaje mágico que se manifestaba como un arma siempre que él lo decidía.

—¿Estás pensando en hacerte otro tatuaje? —preguntó; su voz era extrañamente fuerte.

No contesté. Su brazo estaba contra la pared, haciendo que sus músculos resaltaran y su espalda estaba tensa. Había algo hipnotizante en todo ese poder enjaulado tan cruelmente unido, en toda esa fuerza enrollada tan dócil bajo mis manos.

Observé cómo dos de mis dedos se sumergían en el cinturón suelto y deshilachado, aún siguiendo el borde de la cuchilla. La tela sedosa del vaquero estaba caliente por su cuerpo y cedía fácilmente, dejando al descubierto un ligero hoyuelo justo donde terminaba su espalda. Supongo que sabía por qué no compraba ropa interior, pensé desconcertadamente, mientras mis dedos abandonaban la espada y seguían la pequeña depresión.

De repente Pritkin se giró y me cogió la muñeca.

—Cuidado —dijo bruscamente—, o ¿has olvidado lo que puede hacer ese *geis* tuyo?

Y ese era otro misterio. No había habido ninguna corriente de poder que avisara en el vestíbulo y tampoco había ninguna ahora, aunque ciertamente debería haberla habido. Pritkin me soltó y me senté, me sentía demasiado caliente y un poco desorientada. Parecía que no podía dejar de mirar su pecho.

El pelo crecía grueso y dorado oscuro sobre sus bíceps, pero se atenuaba en una pista oscura que bajaba hasta su estómago antes de desaparecer debajo de sus vaqueros. Parecía suave sobre todos esos músculos firmes y también muy incitador.

Tragué saliva.

—Tenemos un problema.

Pritkin resopló.

—¿Sólo uno? Eso sería algo nuevo.

Me tambaleé hacia atrás, agotada por las consecuencias. Pritkin no había sido el que había matado a Saleh, no había sido el hombre en el vestíbulo, no era, probablemente, un traidor. Volvía a tener a mi aliado más fuerte, pero también a un doble misterioso con asesinatos y seducción en mente. Y él parecía tener un don especial definitivo para los dos.

Pude ver colores a través de mis párpados, bermellón, azul y verde; los matices de la ventana se filtraban por la piel. De repente se vieron bloqueados por una sombra oscura. Abrí los ojos y me encontré a Pritkin mirándome de una manera que no era para nada cómoda.

—Vas a contarme exactamente lo que está pasando —me dijo con gravedad—. Ahora mismo.

Y justo de esa manera, todos los sentimientos del vestíbulo volvieron como una ráfaga. *Ni se te ocurra*, me dije severamente mientras levantaba la mano para rodear su cara. Mis dedos me ignoraron y se arrastraron por su piel suave y su barba de tres días, girando su cabeza hasta ponerla en un ángulo perfecto para un beso. A lo mejor así es la esquizofrenia, pensé, mi cuerpo chillaba que fuera hacia adelante y mi cerebro me ordenaba que me quedara quieta. Mi cerebro perdió.

Antes de tomar la decisión consciente, sentí mis labios rozando los suyos. Aunque sospechaba que mentalmente estaba maldiciendo, parecía que su cuerpo no estaba escuchando a su cerebro mucho más que yo al mío. Los músculos bajo mis manos estaban duros como el hierro, pero no las apartó. Y después de un segundo sobresaltado, me cogió la nuca y me besó.

Dejé que mis manos se acomodaran en su pelo, que no solamente desafiaba la gravedad, sino que era grueso, liso y suave y maravilloso para pasar los dedos por él. Sólo que no tuve mucha opción ya que Pritkin besaba igual que hacía todo lo demás: directo, sin misericordia y con una intensidad que me dejó sin aliento. Era caliente y desesperado como si estuviera hambriento de eso y mis labios se entreabrieron y no pude resistirme, porque ¡Dios mío!

—¡Cabrón! —jadeé, cuando por fin nos separamos—. ¡Sabía que me estabas engañando! —El sabor de café había sido rico y amargo en su boca.

—Señorita Palmer...

—Estoy tirada en tu cama. Me acabas de besar sin sentido. Creo que puedes

arriesgarte a usar mi primer nombre.

—Ya me estoy arriesgando bastante con esto —susurró.

Dejé que mis dedos se sumergieran en los músculos duros de sus hombros. Su piel era cálida y estaba un poco húmeda por el calor del abrigo, y era completamente hipnótica. Seguí con mis dedos los ligeros bordes de la cicatriz de su hombro, su piel tersa y muy suave en donde unas garras habían dejado huella. Era un enigma: John Pritkin, un científico loco con las manos encallecidas por las armas, viejas cicatrices y con más secretos que yo.

Mis manos siguieron el músculo hasta sus brazos, rozando sus firmes bíceps, deslizándose hacia abajo para acariciar la piel sedosa en la doblez interior de su codo. No podía ni contar las veces que había sentido un latigazo de energía cuando nos acercábamos, pero era obvio que tocarle intencionadamente lo hacía mucho más...

—Cassie.

—Bueno, ya lo has hecho —le dije como en sueños—. Supongo que tendré que empezar a llamarte John.

—Esto no es una buena idea. —Su voz era entrecortada, pero no se apartó. Pensé que con ese gesto me daba permiso para acercarme, así que metí mis brazos entre los suyos, deslizando mis manos por su corpulenta espalda, mientras sentía su piel cediendo y volviéndose a tensar, caliente y fuerte.

Parad, les dije a mis manos duramente. Me ignoraron y en lugar de eso explotaron la curva lisa y fascinante de su espina dorsal. Encontraron el cinturón suelto, la piel caliente, el músculo tenso y el mismo hoyuelo que me había fascinado anteriormente. Tuve que acariciarlo, solo un poco, y los ojos de Pritkin de repente se volvieron verde oscuros.

—Nunca te pregunté si tenías un gemelo maligno —le dije vagamente—, ¿lo tienes?

Parpadeó.

—¿Por qué?

Intenté contárselo, pero parecía que tenía problemas para obtener bastante oxígeno. Era como si parte de él moviera el aire a nuestro alrededor, como si yo lo metiera dentro de mi cuerpo con cada aliento. Puse la cara contra los rizos de su pecho, sintiéndolos contra mi mejilla, gruesos y calientes, como su excitación presionándose contra mi muslo.

Golpeó con fuerza la cama con las manos y su cara llenó mi visión: su expresión era más desesperada que hambrienta.

—¡Escúchame! ¡Algo no va bien! ¿Por qué hiciste eso en el vestíbulo? —Su voz me envolvió; las palabras eran poco claras y sin significado alguno. Le arañé el pecho hasta la piel blanda de su estómago y un escalofrío de poder debajo de la piel siguió cada movimiento.

Sentí que se apartaba de mí con un sentimiento de conmoción distante; el aire más frío de la habitación se arremolinaba entre nosotros donde solo había habido calor húmedo antes. En el mismo momento, la luz de la ventana se intensificó de repente, como un reflector detrás de ella. Inundó la habitación con un color tan intenso que casi era sonoro.

El carmesí de la vidriera brilló hasta que pareció que iba a romperse, alejándose del resto del diseño en una muestra de fuegos artificiales rojo y dorado. Se fundieron sobre la cama en una nube brillante de luz que tenía una forma extrañamente familiar. Había visto algo así una vez, pero aquella había sido un reflejo pálido de esta neblina dorada y resplandeciente.

—Todo ese poder y en un paquete tan bonito. La verdad es que es irresistible. — Parecía que la voz procedía del aire, susurrando a lo largo de mi piel como una brisa.

La cabeza de Pritkin se aceleró, una rabia pura distorsionaba sus rasgos.

—¡Lo sabía!

—¿Qué es? — Tanto la voz como Pritkin me ignoraron; o quizá no lo había dicho en voz alta; ya no estaba segura. Todo parecía igual que después de un desmayo: todo eran ángulos extraños y figuras sin significado y la sangre corría por mis oídos como una marea entrante.

—¡No la tendrás! —gruñó Pritkin.

Una risa suave hizo eco por toda la habitación.

—¿Quién ha dicho nada acerca de mí?

El velo resplandeciente se deslizó sobre el mago, haciéndole parecer como si se hubiera empapado la piel con brillantina. Chilló, no había otra palabra para eso, y fue como si una presa hubiera explotado. Lo que había sido una niebla almizclada, ahora era una lluvia torrencial y me bañé en ella, en él. De repente la habitación parecían los trópicos en julio, con un calor húmedo y pesado que parecía que se metía en mis poros.

Sus labios estaban en los míos, sus manos sostenían con cuidado mi cabeza, así que podía besar todo el aliento que salía de mi cuerpo y me estaba presionando contra la cama. Y luego sus labios estuvieron en otro sitio: en mi clavícula, el lateral de mi cuello, el pliegue entre mis pechos, mi mandíbula y me dio la impresión de que no estaba escogiendo los lugares al azar. Eran sitios en los que él había pensado y eso era casi bastante para enviarme más allá del límite.

Pero luego se detuvo, le entró un escalofrío que hizo que su cuerpo vibrara en el mío. Hizo que arqueara la espalda hacia arriba y dio un grito ahogado, encogiéndose como si mi roce fuera doloroso.

—No. —Se impulsó hacia atrás con los dientes apretados—. No te muevas.

Me horroricé al darme cuenta de que estaba tratando de parar, que iba a comportarse con nobleza. En cuanto mi cuerpo entendió que iba a ser rechazado otra

vez, una ola de coraje hizo que se estremeciera, y me sentí atravesada violentamente por todos y cada uno de los impulsos que me habían atraído de Pritkin.

—¡No!

Le agarré los hombros y rodé sobre él, la cabeza me daba vueltas y mi corazón iba a toda prisa. Una alarma estaba sonando fuerte en algún lugar de mi mente, pero la ignoré. Apoyé la cara en los músculos firmes de su estómago. Olía tan bien: sal, sudor y el dulce almizcle de la piel, y tenía que averiguar si sabía tan bien como olía. De repente no había nada real para mí, sólo necesidad y las manos en mi cuerpo, y el cuerpo bajo mis manos.

Mi lengua arrastró un lento arco justo debajo de su ombligo. Sentía el eco de su pulso rápido y frenético contra mis labios y bajo mis dedos, mientras se movían para desabrocharle los pantalones.

—Cassie... —La voz de Pritkin sonaba extrañamente raspada y áspera, pero la ignore, excepto para darme cuenta de que había vuelto a decir mi nombre. Dos veces en un mismo día, eso era un récord.

Estaba descubriendo que realmente me gustaban los vaqueros viejos. Una vez que desabrochabas el primer botón, los otros salían de sus agujeros gustosamente de un solo tirón.

—¡Ay Dios! —susurró Pritkin, sonando casi aterrorizado por alguna razón. Me miró fijamente, respiraba fuerte y la necesidad salvaje en su cara luchaba en contra de algo cercano al terror. Los iris de sus ojos eran medio negros, solo con una pequeña banda verde, y estaba literalmente aferrado a la cama con sus uñas, como si fuera la única cosa que impidiera que el torrente irregular de emociones que corría entre nosotros le sacudiera con fuerza hacia mí como un yoyó.

Apenas noté cuándo el aire comenzó a moverse a nuestro alrededor, atrayendo hacia un centro invisible, cogiendo toda la ropa esparcida por el suelo y haciéndola girar en espiral. Un grito áspero sonaba como un llanto de encantamiento procedente de la garganta de Pritkin. Y una luz tenue roja apareció en las sombras, como el parpadeo húmedo de las luces del norte, envolviendo la silueta de un hombre. Parpadeé, y la figura detrás de la incandescencia pasó a través de ella; el espejismo rojo se dividió como la niebla. Volví a parpadear, más fuerte esta vez, para asegurarme de que estaba alucinando, mirando fijamente sin dar crédito y mi mirada pasó de la cara de Pritkin hasta su vivo reflejo.

—Tiene que morir —dijo el hombre, casi informalmente. Notó la expresión de Pritkin y su sonrisa como respuesta fue algo entre dulce y envenenadamente cruel—. Te prometo que no le dolerá.

—¿Qué interés tienes en ella? —El tono de Pritkin estaba cubierto de antipatía.

—Habló con Saleh. —Los ojos de su doble se detuvieron en mí, y no había vida, ni calor, no había nada humano en ellos, solo una apreciación fría. No podía creerme

que los hubiera confundido alguna vez—. Ella lo sabe.

Antes de que pudiera poner en claro la cabeza para formular una pregunta, Pritkin había saltado desde la cama y se había lanzado sobre el recién llegado. Le golpeó directamente en el pecho, y el impulso los llevó a los dos al suelo. Dieron vueltas por el espacio limitado; al juntarse, sus magias crujían echando chispas, mientras yo buscaba algo a mi alrededor, cualquier cosa que pudiera utilizar como arma.

Tenía un brazalete que había sido propiedad de un mago oscuro y siempre estaba dispuesto a pelear. Lamentablemente tenía una mente propia y no seguía siempre mis instrucciones. No me atrevía a usarlo ahora ya que no le tenía mucho aprecio a Pritkin y había una probabilidad muy alta de que atacara al tipo equivocado.

Había bastante capacidad de armas en el armario para equipar a un ejército pequeño, pero no podía alcanzarlo y la única cosa a este lado de la habitación era la lámpara de noche. No parecía demasiado fuerte, pero la arranqué de la pared de todas formas, justo a tiempo para ver a Pritkin inmerso en un remolino blanco cegador que giraba lentamente. Se escuchó un crujido alto y la energía desgarró el aire, como si un relámpago hubiera caído en la habitación. La luz me cegó durante un momento y luego tuve algo sobre mí.

Él, o ello, me estaba tocando, me estaba sujetando, pero no podía sentir el calor de su cuerpo y no había olor, ni siquiera el más mínimo viso de loción de afeitar o de la piel de su chaqueta. Aunque estaba acostumbrada a esas cosas de los fantasmas, me sentía aterrorizada por estar sujeta por ese vacío.

A ciegas, desplegué todos mis sentidos, desesperada por encontrar algún trazo humano que me devolviera a la realidad. Lo que vi era humano y se retorció, pero no era humano; ¡Dios! No era humano en absoluto.

Pude sentir su necesidad creciendo como mil tormentas de truenos, un hambre avasallador que no quería nada más que derretirse sobre mí y alimentarse y alimentarse y alimentarse. Una nube sofocante descendió sobre mi piel y ahora podía sentirlo, deslizándose sus manos frías por mi cuerpo, pude probar el miasma de corrupción presente en la parte de atrás de su garganta cuando me besó. La nube comenzó a sumergirse en mi piel, desplazándose rápidamente por mi cuerpo mientras yo respiraba en su aliento pegajoso, traspasando mis defensas y corriendo por mi sangre repugnantemente.

Me tocó por todos lados, consumiéndome desde dentro hacia afuera. Había mentido. Dolió. Fue una sensación horrible y agotadora, mucho peor que el mordisco de un vampiro. Era como si unos dientes con cuchillas estuvieran cortándome por dentro, por todos lados, corriendo como una navaja entre el músculo y el hueso, convirtiendo el aire de mis pulmones en cristal roto.

Se suponía que estaba protegida para este tipo de cosas. El único legado de mi madre era el tatuaje con forma de pentagrama en la espalda que era uno de los

encantamientos más fuertes del Círculo. Había sido heredera del cargo de pitia antes de que se escapara con mi padre y fuera desheredada, y le habían dado la estrella para su seguridad. Preparaba un puñetazo, pero el *geis* estaba interfiriendo, lo que significaba que si iba a salir de esto, tenía que ser por mí misma.

Intenté luchar, pero mis brazos y mis piernas no se movían, toda mi fuerza se vaciaba en esa cosa que me agarraba tan suavemente y me tenía bajo su control. Mi cuerpo se sintió tan pesado y sin vida como si la criatura ya hubiera acabado de alimentarse. Sólo que yo sabía que no había terminado aún porque podía sentirla royendo entre los huesos y en la médula; el letargo me aseguraba que ni siquiera podría chillar cuando me chupara la vida. Mi conciencia se volvió resbaladiza e insensible, mi cuerpo intentaba protegerme de lo que estaba pasando, de lo que iba a pasar...

Y luego se fue; Pritkin lo había sacado y tenía un brazo alrededor de su garganta. Me quedé mirando fijamente a la cosa, era el reflejo exacto de Pritkin excepto porque brillaba tan fuerte como una llama, lleno de energía con poder robado. Y ahí fue cuando las piezas encajaron.

—¡Eres un incubo! —Me estaba dirigiendo al espíritu, pero fue Pritkin el que contestó:

—Sólo la mitad —gruñó, retorciéndole el cuello a la criatura de manera tan salvaje que podría haberle hecho pedazos la espina dorsal de un humano.

En un movimiento demasiado rápido para que yo pudiera verlo, la criatura se liberó del control del mago, se dio la vuelta y empujó a Pritkin violentamente contra la ventana; la golpeó fuerte, sacando de su sitio todos los paneles de vidrio coloreados, y haciendo que explotaran hacia afuera. La criatura volvió a arremolinarse sobre mí, y sus ojos eran de un negro liso y sólido como si las pupilas se hubieran desangrado.

Estiré una mano, un chillido salió de mi garganta pero no lo articulé, porque de repente el ataque se había parado. No se oía nada, no había movimiento. Nada.

Después de un segundo atónito, me di cuenta de que las manchas rojas delante de mis ojos eran unos pocos pedazos de vidrio de rubí rotos, lanzados hacia mí por la lucha. Permanecían a medio camino de su arco, sobrevolando en el aire como si estuvieran esperando a que les dieran permiso para caerse. Todo lo demás también estaba congelado, desde el demonio de ojos oscuros hasta Pritkin, atrapado en la mitad de la superficie rota de la ventana, sus bordes afilados estaban clavados en su piel. Yo era la única cosa que se movía en toda la habitación.

Agnes, la antigua pitia, había sido capaz de hacer esto, de detener literalmente el tiempo durante periodos cortos, pero yo nunca había aprendido a hacerlo. Con un poco de miedo, también me di cuenta de que tampoco sabía cómo deshacerlo; me decidí a preocuparme por eso más tarde y a ocuparme del problema que no sabía

cómo resolver. Cogí una botella de la estantería de Pritkin, le quité la tapa y lancé todo lo que había dentro sobre la cara del demonio.

Aparte de que el pelo se le puso un poco rosa, no pasó nada más. Me entró el pánico después de eso y comencé a lanzar todo lo que podía con las manos.

Frascos de líquido, transparentes y sin olor como el agua a los que les siguieron otros que contenían sustancias acarameladas y viscosas, con olores que hacían que la cabeza me diera vueltas. Pero a pesar del hecho de que el arsenal de Pritkin estaba especialmente diseñado para combatir contra demonios, parecía que nada tenía ni el más mínimo efecto.

Vacíé la estantería completa, al tiempo que era incapaz de quitar la vista de la cara cubierta de poción enfrente de mí. La sensación de ser observada por esos ojos negros relucientes era más que escalofriante. Los pelos de la nuca se me pusieron de punta cuando mi propia mirada comenzó a dudar y de repente todo volvió a empezar.

Pritkin se acabó estrellando con la ventana y el demonio chilló. El sonido se mezcló con el tintineo plateado del cristal roto y parecía realmente angustiados. Supongo que las pociones no habían tenido efecto cuando el tiempo estaba parado, pero ahora estaban haciendo algo. Algunas incendiaron su ropa y su pelo, quemando el aire con el olor de piel chamuscada. Intentó apagar las llamas con sus manos, pero eso sólo hizo que le salieran ampollas en la piel. Y la última poción que le había lanzado, roja oscura con un olor fuerte picante hizo que su cara comenzara a derretirse como la cera.

Después de un momento, dejó de intentar salvarse y en lugar de eso me agarró. Busqué mi poder, pero era lento, ese fue el tremendo coste de ese ligero lapso en el tiempo. Le arrojé la lámpara, pero él la lanzó a un lado con un rugido, mitad ira, mitad dolor. Apenas le quedaba pelo, se le habían quemado las raíces con el fuego que lo consumía con un júbilo inhumano, pero no sucedería a tiempo.

Levanté el brazo derecho, donde dos cuchillos brillantes y gaseosos salieron del brazalete que llevaba, ahora sólo había un Pritkin en la habitación y no me importaba mucho lo que le hicieran a este que quedaba. Tuve suerte ya que se clavaron en el demonio con su impulsividad corriente.

—¡Cassie! —Billy me estaba haciendo gestos con la mano frenéticamente sobre la calavera humeante de mi atacante—. ¡Aquí!

Como si no supiera dónde estaban las armas.

—¿Qué crees que estoy intentando hacer? —Mis cuchillos estaban volando alrededor, clavándose una y otra vez en la presa tan salvajemente que apenas podía verlos. No me atrevía moverme—. ¡Dame algo!

No pasó nada durante un momento, luego una avalancha que sonó como si fueran campanas que golpearan el suelo. Billy había conseguido darle la vuelta a la estantería del armario. La mayoría de las cosas se quedaron donde cayeron, pero un

solo cuchillo se deslizó por el suelo y chocó contra mi pie. Lo cogí, pero el demonio estaba golpeando duramente mis pies sin quedarse quieto el tiempo suficiente para que lo usara.

—¡Acaba con él! —Billy estaba centelleando agitado—. ¡Hazlo!

—¡Lo estoy intentando!

El demonio no podía verme porque se había quedado ciego por el ácido que casi se había comido completamente su cara. Pero podía escuchar y se giró hacia mí con las manos extendidas. Su piel era una asquerosidad llena de grietas carbonizadas negras y rojas y el abrigo de piel se había derretido contra él en parches. Bajé la vista y lo miré fijamente, sintiendo casi náuseas por haberle hecho esto a algo, aunque fuera algo tan malvado como él. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Giró lo que había sido su cara y me miró, de manera suplicante, y yo dudé. Antes de que me diera tiempo a parpadear, me tenía cogida por los pies, los huesos de sus dedos se deslizaban por mi piel en una caricia escurridiza. Inmediatamente, volvió la sensación horrible agotadora; por ese pequeño roce, mi poder fluyó hacia él.

Por un instante fue tanto el dolor, que lo vi todo blanco. Luego, chillé e intenté avanzar a empujones para escaparme, pero lo único que hice fue perder el equilibrio. Me caí de culo y di una patada al mismo tiempo, golpeando la cara ennegrecida lo bastante fuerte como para que la piel desmenuzada se cayera en una cascada marchita. Se veían los huesos blancos y duros, pero el demonio solo me dejaba ver sus dientes en una parodia de una sonrisa.

—Tú tendrás peor aspecto en un momento —susurró e incrementó la velocidad de la extracción.

Por un segundo el mundo se volvió gris.

—¡No pienses en eso! —dijo Billy frenéticamente—. No me queda nada, Cassie. ¡Si pierdes el conocimiento se acabó!

—Estoy bien —le dije, mordiendo la parte interior de mi mejilla tan fuerte que me supo a sangre. Mis cuchillos seguían dándole puñaladas sin parar, pero era como si la criatura hubiera dejado de sentirlos—. El cuello —les dije, mi voz apenas fue audible, ni siquiera para mí—. Cortadlo.

Para mi sorpresa, no solo escucharon, sino que también obedecieron. Se pusieron a trabajar con determinación, cortando los tendones y la carne hasta que escuché cómo golpeaban el hueso. La sangre resonaba en mis oídos y los ojos se me estaban oscureciendo, pero no iba a dejar que se cerraran. Pequeños pinchazos de luz habían comenzado a explotar enfrente de mi vista cuando los cuchillos finalmente completaron su tarea, cortándole la espina dorsal con un crujido audible.

Un huracán cubrió inmediatamente la habitación. La ropa, la ropa de cama y los fragmentos de vidrio fueron pasando, volando en parábolas peligrosas que me agarraron la cabeza e intentaron encogerme en el menor espacio posible. Mientras

sentía todo dando vueltas alocadamente a mi alrededor, mi intestino se cerró como un puño e intenté obligarlo a que saliera por mi garganta y todo mi cuerpo se paralizó como en un agarrotamiento gigante. Quería perder el conocimiento. Quería saber lo que estaba pasando. Quería verla cara de Pritkin y no quería que estuviera llena de sangre.

Tenuemente escuché un chillido desde algún sitio cercano, pero ni siquiera podía distinguir los sonidos por separado. Chillido sobre chillido de aire torturado pasó por mi lado, a mi alrededor pero me acurruqué sobre mí misma y me negué a mirar. Luego, tan rápido como había comenzado, se paró. El completo silencio descendía, excepto por el sonido de mis respiraciones débiles y silbantes.

Me puse boca arriba y miré fijamente el techo. Era todo lo que podía hacer para respirar, para que el aire entrara y saliera de mis pulmones. Mi mano estaba abierta en el suelo, los dedos aún estaban un poco doblados alrededor del cuchillo que nunca había utilizado. Incluso con suelo firme debajo de mí, me sentí mareada, como si fuera a caer por el abismo del mundo. Al menos, el cuerpo de la criatura había desaparecido, pensé lentamente, justo antes de que me encontrara violentamente enferma.

Pareció seguir un momento, aunque entonces estaba confundiendo el sentido del tiempo y realmente no tenía ni idea. Mi visión seguía intentando oscurecerse y se aclaró solo de forma irregular; era negra y se desvaneció hasta que pude verlos pies llenos de rozaduras de Pritkin y la piel pálida del interior de sus bíceps mientras me cogía. La cabeza me latía y mi cuerpo temblaba de una manera que me hubiera avergonzado si no hubiera estado tan ocupada intentando no dar una actuación repetida.

Puse una mano en el suelo, intentando obtener bastante fuerza para ponerme derecha, pero Pritkin simplemente me acercó a él un poco más.

—Dale un momento. —Su voz goteaba furia, pero sus dedos estaban calientes y suaves contra mi piel. Eso estaba bien, porque realmente me sentía bastante extraña, fría y ligera, como una burbuja congelada.

La sangre le salpicó desde donde la ventana había roto su carne, siguiendo el rastro de pistas serpenteantes desde su antebrazo hasta su codo y parecía que tenía muchos problemas en los ojos para poder enfocar, como yo. No tenía ni idea de por qué no era una mancha en el aparcamiento, pero parecía que había estado menospreciándole todo este tiempo. Me quedé mirándolo fijamente, sin habla, pero Billy Joe sabía justo qué decir.

—Así que el cazador de demonios más conocido del Círculo es medio demonio —comentó, flotando desde al lado del armario.

—Tengo que decirte, que no vi venir a éste.

Tengo que admitirlo, yo tampoco.

Me pasé el resto del día en la cama, me dolía todo tanto que incluso relajar los músculos hacía que me dolieran. Era difícil creer que podía estar tan dolorida y viva. No estaba segura de si fue por el ataque o por toda esa cosa de parar el tiempo. Mi predecesora había muerto poco después de hacer ese truco por última vez; quizá eso había querido decir algo. Cualquiera que fuera la razón, todo mi cuerpo se sentía como una gran herida.

Mi estado mental no estaba mucho mejor. Cuando por fin me las apañé para dormir, mis sueños mostraban continuamente la cara de Pritkin, con una sonrisa brillante e indefensa que era bastante para extrañarme, ya que no era una expresión que hubiera visto alguna vez en la vida real. Entonces comenzaba a hundirse, como si su carne fuera de cera, con unos riachuelos que corrían por sus mejillas para acabar goteando en su barbilla, los ojos fuera de órbita, la sonrisa alegre se desvanecía y se convertía en una mueca de esqueleto. Me desperté cubierta de sudor frío.

Miré fijamente las figuras que la lámpara de la mesita de noche proyectaba en el techo, haciendo conscientemente que el ritmo de mi corazón fuera más despacio. *Ésta no soy yo*, me dije furiosamente. *No respiro hasta que no decida hacerlo. No pienso en las cosas que no quiero. Y no chillo como una niña pequeña por una puta pesadilla.* Inspiré y expiré durante unos minutos, con calma y firme, hasta que mi respiración se calmó sin tener que hacer ningún esfuerzo.

Luego se abrió la puerta y Pritkin estaba allí, mirándome fijamente. Hubo un ruido retumbante y apresurado, y un suave susurro de aire. Chillé como una niña pequeña.

Saltó dentro de la habitación, me puso en el suelo, cubrió mi cuerpo con el suyo y hundió la cabeza. Esperé a que se apoderara de mí el letargo enfermizo para que empezara la sensación horrible de succión sobre mi poder, pero no sucedió nada. Después de un minuto, el sonido zumbante desapareció.

Comencé a sentir cómo me ardía la cara, a pesar de tenerla presionada contra el suelo de hormigón frío.

—No es que no te agradezca que me protejas del aire acondicionado —dije murmurando—, pero ¿me puedo levantar ahora?

Pritkin me soltó y me ayudó a volver a la cama y desapareció. Cosa que estuvo bien. Aún no tenía ni la más remota idea de lo que iba a decirle.

Volví a dormirme como una persona que se tira por un barranco y no soñé. Pero a medianoche, había dormido tanto como pude y llegué al punto en el que el aburrimiento había sobrepasado los dolores y las molestias. Me senté. Tenía sed, estaba sudando y atontada. El espejo me mostró una versión mía pálida y fatigada con

una impresión del tejido de la manta en la parte izquierda de mi cara. Pero después de una ducha muy caliente, comida y cuatro aspirinas, me fui a encontrar algunas preguntas.

Pritkin no estaba en la escena del crimen. Aunque había barrido los cristales y el agujero estaba cubierto con una lámina de plástico duro impresa para parecerse a la que una vez había sido una ventana preciosa. Supuse que estaba allí como una especie de sustitución para que, al menos desde fuera, todo pareciera medio normal a pesar del caos que había dentro. Me imagino que tenía que ver con eso.

Me hubiera gustado haber tenido una perspectiva diferente de lo que pasó, pero Billy estaba ocupado, chocando con mi gargantilla para absorber la energía que había conseguido acumular. La monstruosidad de oro y rubí que era tan fea y que siempre llevaba por dentro de la ropa era un talismán, guardaba energía mágica, del mundo natural y le alimentaba en pequeñas dosis. Era suficiente para que él siguiera activo, pero nunca era lo bastante como a él le hubiera gustado. Normalmente la complementaba con mis propias reservas, pero en ese momento no me quedaba ninguna.

Me fui a buscar a la única persona que podría saber algo y la encontré mirando las máquinas tragaperras en el segundo piso. Por la expresión de Casanova, pensé que alguien se había hecho millonario; pero no. Era peor.

En ese momento era más de la una de la mañana, pero ese era el horario estelar del Dante. Por eso había pensando que era un poco extraño que una tercera parte de la sala estuviera vacía, con fila tras fila de máquinas tragaperras abandonadas suplicando silenciosamente que las toquetearan, que las quisieran y que las alimentaran con dinero. Luego, di la vuelta a la esquina y vi, que de hecho, había una buena razón para ese aislamiento.

Dos de las tres antiguas semidiosas conocidas mitológicamente como las Grayas estaban en el lugar. Parecían inofensivas, pequeñas, arrugadas y ciegas, excepto Dino, que en ese momento tenía el único ojo que todas ellas compartían. Tenía que haber sido su día de suerte porque cuando sonrió y me saludó con un dedo pequeño, vi que también llevaba el único diente de las tres.

Accidentalmente las había ayudado a liberarse de su largo encarcelamiento hacía poco, lo que las había convertido en mis sirvientas hasta que cada una de ellas me salvara la vida. Teniendo en cuenta todas las veces que me había metido en líos, eso no duraría mucho. Ahora eran libres y capaces, como Pritkin había dicho: «para volver a aterrorizar a la humanidad», a menos que yo pudiera atraparlas.

Era algo que definitivamente quería arreglar uno de estos días, solo que había ido pasando a lo último de la lista de cosas que tenía que hacer y se había desplazado por culpa de las crisis que había tenido con más presión. Françoise se había ofrecido voluntaria para hacerlo por mí, como una forma de darme las gracias por obtener su

empleo medio normal. Sentía una punzada de culpabilidad por meterla en un lío que no importaba las vueltas que le diera, era todo mío. Pero francamente, una bruja poderosa probablemente hubiera tenido más suerte que yo tratando con las Grayas.

No parecía que estuviera haciendo mucho en ese momento. Las estaba mirando con los ojos entrecerrados sin hacer ningún intento claro de atraparlas. Me miró y se encogió de hombros.

—Tienen un lazo.

—¿Qué?

—Un lazo metafísico —soltó Casanova—. Hace que la magia las trate como una sola entidad.

Miré a las chicas mientras asimilaba eso. No veía a Penfredo por ningún sitio, pero Enyo estaba jugando una partida de blackjack con monedas de cinco centavos y Dino estaba al lado de ella, sentada en una silla. Estaba destripando una máquina de póker, sistemáticamente desparramando sus entrañas mecánicas por todo el alfombrado psicodélico. Supongo que no se había quedado muy contenta con el pago.

Necesitaba un poco más de información.

—¿Qué tal?

Casanova golpeó ligeramente la caja negra pequeña que Françoise tenía en una mano. Era una trampa mágica, que a pesar de su tamaño, era perfectamente capaz de atrapar y mantener dentro a las Grayas, una trampa como la que una vez las encarceló durante siglos.

—El hechizo —repitió Casanova, mostrando su impaciencia—, ¿tiene que meterlas aquí para que desaparezcan?

—Sí.

—Por alguna razón ve a las abuelas horripilantes allí como tres partes de una única totalidad, que puede ser que sea así, por lo que tengo entendido. A menos que todas estén presentes, simplemente no se presentan como si estuvieran aquí, al menos no para el hechizo. Y se han imaginado que estamos intentando atraparlas.

—Así que se aseguran que siempre falte una. —Acabé por él—. Pero eso no explica por qué están aquí en primera instancia, si saben que vamos tras ellas...

—Me están vigilando —susurró Casanova.

—¿Qué?

—Están hechas para ser guerreras y creo que encuentran las Vegas un poco insulso para su gusto. Rara vez hay algo por aquí —dijo, enviándome una mirada oscura.

—Ellas saben que si todo el Infierno se va a romper en pedazos en algún sitio, será aquí. Así que entonces. Nunca. Se irán.

—Hablando del Infierno —le dije, pero él no me hizo caso.

—No empieces, no hay nada que pueda hacer.

—Él te destrozó la ventana, ¡prácticamente mató a Pritkin!

—Teniendo en cuenta que tu mago ha estado siguiéndole los pasos durante más de un siglo con la misma cosa en la cabeza, no creo que se pueda quejar mucho.

—Tenemos que hablar.

—Sí, así es. —Casanova era el chico del póster para «Nunca estoy Feliz»—. ¿Qué te parece si empezamos con el hecho de que esto no es un campo de refugiados? Ya tengo a un montón de inmigrantes ilegales en la cocina gracias a ti.

—Eso fue idea de Tony, lo sabes perfectamente...

—Y ahora descubro que se les han unido un grupo de mocosos zarrapastrosos, probablemente llenos de piojos...

—¡Eh!

—Que también están ocupando dos de mis habitaciones, ¡probablemente para robarme y dejarme sin blanca!

—Sólo son niños.

—A los niños se les debe ver y no oír. Y a ser posible, sería mejor ni verlos —me dijo, sin calmarse—. ¡No tengo bastante seguridad para ver a ese trío allí, limpiar tus desastres y cuidar de niños!

—Nadie te está pidiendo que lo hagas...

Me señaló con un dedo, acusándome.

—Estoy en esto contigo, ¿me escuchas? Tú y tus raros amigos, corrompiendo al personal, destrozando el casino, llamando la atención de lord Rosier...

—¿Quién?

—Ya sean órdenes o no, ¡ya he tenido bastante! —Lo agarré cuando intentaba irse, lo que no hubiera funcionado si no hubiera sido porque Françoise había puesto su hombro en medio—. ¡Oh! Esto sí que es bonito. ¡Asaltado en mi propio casino! ¿Qué más viene ahora? ¿Atarme?

—Sí, seguro que eso lo odiarías —le dije amargamente—. Deja ya de hacer tanto teatro. Pritkin se ha ido a algún sitio y necesito respuestas. O me las das o me echas.

Casanova resopló.

—Vale, ¡no voy a echar a la calle a la novia del jefe!

—¡No soy la novia del jefe!

—Oh, oh, eso no es lo que yo recuerdo. La última cosa que escuché de ese mismo hombre era que te prestara cualquier ayuda posible porque tú eres... ¿cómo era la frase?, ¡ah, sí!, muy preciada para él. —Casanova miraba vagamente indignado—. Claro que eso fue antes de que empezaras a entenderte con el mago ¡en medio del puto vestíbulo!

—¡Ese no era él!

—Tú lo sabes y yo lo sé. ¿Y Mircea lo sabe? Porque la verdad es que a él no le gusta compartir.

—Yo no sé nada —le dije con tono grave—. Pero estoy a punto de saberlo.

—No de mí —dijo Casanova rotundamente.

Françoise comenzó a hechizar algo y él se quedó pálido.

—¡Estate quieta! ¡Ni siquiera tengo la factura del último desastre aún!

—Entonces habla. ¿Quién me atacó? Y, ¿por qué?

—¡Ya te lo dije! Y preferiría no volver a mencionar su nombre; podría llamar su atención. —Casanova se estremeció visiblemente—. Ya con tener sus semillas destructivas aquí es más que suficiente.

—¿Te estás inventando esto? —El único grupo en el que podía pensar que ya no me quisiera muerta eran los demonios, sobre todo porque no conocía a ninguno. Al menos, no había conocido a ninguno hasta hoy, a menos que contáramos al ícubo. Y la muerte y la destrucción no eran realmente sus especialidades.

Por lo menos, eso era lo que yo pensaba.

—Hay unas cuantas cosas sobre las que yo no bromeo, nena, y él es una de ellas.

—¿Me estás diciendo que el padre de Pritkin es un tipo de demonio?

Casanova se quedó pálido.

—No algún tipo de demonio. Es el gobernador de nuestra corte.

—¿Así que este Rosier es qué? ¿El Señor de los demonios?

—¡No uses su nombre!

Billy Joe lo había dicho y yo incluso había escuchado una especie de admisión de los propios labios de Pritkin, pero aún no podía creérmelo.

—Pero Pritkin odia a los demonios, los ha cazado durante años, es un fanático de eso...

—No me digas.

—Pero si él es medio demonio, ¿por qué...?

—No lo sé; o mejor dicho, tienen sus cosas; todo el mundo lo sabe. Tu mago tiene la distinción de ser el único mortal al que se le ha echado del Infierno, pero no tengo casos concretos. Yo no me meto en la política del Tribunal Supremo; tengo mis propios problemas, la mayoría de los cuales ¡últimamente tienen que ver contigo!

Ignoré el obvio intento de cambiar de tema.

—No lo pillo. ¿Cómo es posible que Pritkin sea medio ícubo? —le di un codazo en el brazo—. Tú eres incorpóreo.

—Tengo un huésped...

—Eso es a lo que me refiero. Necesitas un huésped, ya sabes... —Agité la mano por su cuerpo, que como siempre era elegante en un traje de lino color canela y una vistosa corbata de seda naranja. Casanova levantó una ceja—. Para alimentarte, ¿no? ¿Y no haría eso que el padre del niño no fueras tú, sino el huésped?

Casanova jadeó; el peso de mi estupidez comenzaba claramente a ser demasiado para él y ya no lo aguantaba. Pero al menos, respondió:

—El gobernante de nuestro tribunal es lo bastante poderoso para asumir la forma humana cuando quiera, en lugar de tener que encontrar un huésped, y, por lo tanto, es el único de nosotros que tiene progenie. —Puso mala cara—. Teniendo en cuenta el resultado, no puedo decir que le envidio en eso.

—Quieres decir que ¿Pritkin es el único de su tipo?

—Hay muchas razas de demonios ahí fuera y muchos de ellos son corpóreos todo el tiempo —dijo Casanova enfadado—. No hay exactamente muchos niños medio demonios en el mundo, pero existen. Y la mayoría de ellos son maniacos destructivos.

—¿Pero no hay más íncubos?

—El experimento no fue un éxito total —señaló secamente.

—Vale, pero nada de esto explica por qué Ros... —Casanova se sobresaltó—. Ese demonio me atacó. Solo fue a por Pritkin cuando él intentó protegerme.

—¿Protegerte? ¡Es como enviar a Pancho Villa a que le ayude a resolver los problemas a Che Guevara!

—¿Podrías por favor...?

—No lo sé. —Casanova vio mi expresión—. ¡Es la verdad! No lo sé y no lo quiero saber. Lo último que ahora mismo necesito es ¡que la gente crea que estoy interfiriendo en sus negocios!

—Rosier mató a Saleh —dije, intentando juntar las piezas del puzle—. Y cuando vino a por mí, dijo que era porque había hablado con él. Pero de lo único que Saleh y yo hablamos fue de...

—¡No me lo cuentes! —Casanova dio un paso hacia atrás con cara de pánico, justo hasta la línea de las criaturas con aspecto peligroso que acababan de entrar en la sala. Habían estado demasiado tranquilas, ni siquiera las había escuchado. Me supuse que Casanova sí lo hubiera hecho en otras circunstancias, pero no estaba en su mejor momento. Fue incluso peor cuando se giró y se encontró con la mirada en la cara burlona de Alphonse.

Gruñó literalmente y la seguridad del casino, que había estado siguiendo en secreto al grupo de vampiros vestido elegantemente, se acercó un poco más.

—¡Yo los invité! —dije, antes de que las cosas se pusieran feas.

—¡Me has tendido una trampa! —Casanova me lanzó una mirada puramente maliciosa. Y vale, está bien, quizá podía habérselo dicho antes, pero había estado ocupada.

—Están aquí para ayudarme con algo, no para pelear —le dije. Miré a Alphonse, lo que fue fácil con Casanova en medio ya que medía casi dos metros—, ¿vale?

—Seguro —coincidió suavemente, dándole un apretón amistoso en el hombro a Casanova que hizo que el íncubo hiciera una mueca de dolor—. Ven a ver las motos en el Mirage.

—¡Estás en mi territorio!

Alphonse sonrió lentamente.

—Ya no hay territorios, ¿no lo has escuchado? El Senado los declaró ilegales para acabar con las peleas. —Se rió entre dientes, como si hubiera sido la broma más graciosa que había escuchado en mucho tiempo.

—Le gustan las motos —le recordé a Casanova rápidamente—. ¡Ya lo sabes!

Era verdad. Aparte de la fotografía, las películas de vampiros y matar cosas, a Alphonse le gustaban las motos grandes y ruidosas que echaban humo negro y que ahogaban a cualquiera que por desgracia estuviera detrás de él. Para ser un asesino a sangre fría, estaba bastante equilibrado.

También era muy bueno en meterse bajo la piel de Casanova. No le resultaba muy difícil. Tenía la impresión de que había algún resentimiento rezagado por el hecho de que Alphonse hubiera asumido el puesto de Casanova como el segundo de Tony hacía unos años. No tenía ni idea de si había sido una simple decisión de negocios o tenía algo de personal, pero no había duda de que el íncubo estaba resentido. Y Alphonse asomado al pie de su puerta sin ni siquiera pedir permiso no estaba ayudando.

—¿Y si mi señora y yo queremos jugar un poco, quién va a detenernos?

Las cinco personas enormes del personal de seguridad dieron un paso adelante a la vez. Comencé a meterme entre ellos y el grupo de Alphonse que estaba formado por él, Sal, tres vampiros que recordaba de Tony y uno que no reconocía. La verdad es que no quería ser responsable de una guerra de territorio. Pero Sal me cogió de la muñeca antes de que yo pudiera pestañear y me quitó de en medio.

—Déjales que se desquiten o si no, será mucho peor después —dijo, mientras los dos grupos se abalanzaban los unos hacia los otros. Alphonse cogió un cenicero que había, que era tan grande como un cubo de basura pequeño, y lo hizo girar como una porra. La arena negra, que había sido impresa con esmero con el logo del Dante, se fue volando por todos sitios antes de que el cenicero le diera a Casanova directamente en el estómago. Se fue haciendo eses hacia atrás hasta que llegó donde estaba Enyo tirándole de la silla.

—¿No te importa si se matan los unos a los otros? —pregunté, mientras Enyo se ponía derecha, miraba a su alrededor y lanzaba la máquina tragaperras destripada contra Alphonse.

Sal me echó hacia atrás unos pocos metros hasta donde había un pequeño banco cerca de las puertas de vidrio adornado que daban al paseo. Se encendió un cigarrillo, sus numerosos anillos daban más luz que los candelabros cubiertos de telarañas que había sobre nuestras cabezas.

—Tienen que establecer fronteras —dijo, encogiéndose de hombros—. Cariño, de todas formas esto iba a pasar antes o después. Mejor que sea ahora cuando aún se

necesitan los unos a los otros.

Casanova se lanzó de un salto y acabó en la espalda de Alphonse y comenzó a estrangularle con el cordón de plástico de cable de ordenador.

—No parece que vayan a darme puñetazos a mí.

—Relájate. No se pueden permitir matarse los unos a los otros con la vida de Mircea en juego. Es sólo un combate pervertido; deja que lo acaben y luego ya hablamos.

Aparentemente Casanova había cogido el cable del ordenador de Enyo y ella lo quería de vuelta. Al menos supongo que esa era la razón por la que lo sacó de la espalda de Alphonse y lo lanzó por las puertas de cristal. Sal se apropió de una bandeja con bebidas de un camarero que estaba corriendo a toda prisa para quitarse de en medio y me miró de cerca, las uñas largas y rojas golpeaban ligeramente su vaso.

Iba vestida de la manera correcta. Sus pantalones de seda blancos estaban tan aferrados a su piel que era como si les encantara cada centímetro de su cuerpo y su camiseta lamé dorada caía por un lado y era muy corta por el otro de modo que se parecía más a un concepto que a una camiseta en sí. Su pelo rubio estaba echado hacia atrás en una cola de caballo rizada y su maquillaje era perfecto. Cogió mi camiseta arrugada y los vaqueros que me había puesto de prisa, todavía medio dormida, con los ojos llenos de lagañas y mi pelo hecho un nido de ratas.

—Chica, tienes que tener más nivel. Estás con lord Mircea —me informó con un tono de deber.

Decidí que intentarle explicar mi relación real con Mircea sería un error, ya que ni siquiera yo estaba segura de lo que era.

—¿Y?

—Representas a la familia. ¿Y esto? —Un gesto menospreciador indicó mi falta total de elegancia—. Es absolutamente vergonzoso.

—¿Disculpa?

—No puedes andar por ahí con estas pintas —me dijo claramente, como si pensara que a lo mejor yo era un poco lenta. Su novio, que había cogido impulso balanceándose en el candelabro, saltó sobre uno de los hombres de Casanova que había estado moliendo a palos al vampiro cuyo nombre yo desconocía.

—La verdad es que no te esperaba esta noche —le dije a la defensiva—. Sin mencionar que estoy disfrazada.

—¿De qué? ¿De vagabundo?

Debería haberlo recordado: Mircea estaba en la minoría de los vampiros que preferían el atuendo modesto. La mayoría creía en el antiguo dicho que decía que si lo tienes, tienes que hacer alarde de ello y así valdrás más. Alphonse era un converso fanático de esa mentalidad, tanto que se había metido en líos más de una vez en el

tribunal por haber deslumbrado más que el jefe. Esta noche llevaba uno de los trajes que se había hecho a medida en Nueva York por tres o cuatro mil dólares, un traje muy moderno y lo bastante caro para que fuera la envidia de cualquier estrella del rap. *Quizá, debería haberme cepillado el pelo al menos*, pensé un poco tarde.

Casanova se tambaleaba hacia atrás desde el pasillo, cogió una bebida de la bandeja que Sal había puesto en el borde del sofá y la sujetó antes de lanzar la bandeja recortando el aire hacia el cuello de Alphonse. Alphonse la esquivó en el último minuto y hubiera alcanzado a Dino si no fuera porque la cogió como un *frisbee* y se la envió de vuelta. Sal la alcanzó en el aire y puso su vaso vacío encima de ella antes de volver a ponerla encima del cojín del sofá.

—Vas a necesitar un *look* distinto —dijo pensativamente.

—¿Qué?

—Una persona.

Parpadeé. Era desconcertante escuchar palabras como esa que salieran de la boca de Sal. Nunca la había conocido demasiado bien en casa de Tony; principalmente porque ella siempre estaba encima de Alphonse, vestida con algo corto, apretado y provocativo, dando una buenísima impresión de una rubia tonta. La verdad es que hasta ese segundo yo había pensado que era una rubia tonta.

—Mira un ejemplo. Soy una chica que trabajó en cantinas y una prostituta con armas. ¿Crees que alguien me va a tomar en serio si aparezco en Dior?

—A lo mejor Gaultier —le ofrecí, antes de estirar mis piernas para apartar a un vampiro que se deslizó de morros por la alfombra, antes de desaparecer debajo del sofá. Cuando no volvió a salir gateando de allí inmediatamente, miré por debajo y me encontré con una mano agarrándome la garganta.

Sal golpeó con su tacón plateado brillante el lateral del brazo y él lo quitó precipitadamente. Pude ver el zapato de cerca y me di cuenta de por qué llaman así a los tacones de aguja. La cosa estaba hecha de metal, a juzgar por su aspecto de aleación de acero, y era punzante como un cuchillo.

—Tienes que destacar tus virtudes —dijo, mientras intentaba frotar mi garganta sin que se notara demasiado—. Soy una mujer dura y todo el mundo lo sabe, así que vivo con ello. Pero en tu caso —me echó un vistazo—, tú nunca vas a triunfar con eso.

—Puedo ser dura —le dije, enfadada.

—Sí, claro. —Sal hizo una pompa con el chicle—. Con esos pequeños brazos como palos. Creo que vamos a intentarlo con la elegancia, así también tendrás el mismo estilo que Mircea.

—Pero Mircea no...

—¿Y no crees que eso hace que resalte? Él está diciendo: «Soy tan fuerte que no necesito jugar a disfrazarme para vosotros, gilipollas». Pero aunque él no lleve

ninguna mierda de esa medieval como algunos, él siempre está guapo.

—Tengo cosas más importantes por las que preocuparme que...

—No hay nada más importante que tu imagen —me dijo Sal tajantemente—. Tienes que estar espectacular o vas a estar luchando todo el tiempo. Si no pareces importante, todo el mundo va a asumir que eres pan comido. Luego tendremos que defenderte por el bien del jefe y un montón de gente morirá. Sólo porque no te preocupaste y no te pusiste un poco de maquillaje.

Cuando estuve en el tribunal, me dedicaba a mezclarme con la gente y pasar desapercibida, intentando evitar la atención porque normalmente no acababa bien. Nada en mi experiencia pasada me había enseñado cómo causar impresión.

—Normalmente no me visto bien —le dije sin convicción.

Sal me cogió el brazo, esas garras, rojas como la sangre, se hundieron, pero no me perforaron la piel.

—¡Oh! Nos encargaremos de eso. Y la mirada calculadora en su cara fue la cosa más espeluznante que había visto en toda la noche.

—No puedo respirar —me quejé.

Sal me lanzó una mirada en el espejo que teníamos enfrente.

—No necesitas respirar, necesitas estar guapa —dijo, atándome despiadadamente la parte de atrás de mi corpiño. Estábamos en la suite del ático que se había apropiado junto con una botella de champán, media docena de botones y el vestido que le había pedido a Augustine. A Augustine no le había gustado que le hubiera despertado en mitad de la noche, ni que hubiera invadido su sala de trabajo y había declarado en alto que las proezas de los genios llevan tiempo y que aún no había terminado, gracias. Luego Sal compró dos trajes en el acto y puso en un pedido una media docena más y él se calló tan rápido que su boca hizo un sonido crepitante.

—No, tú no necesitas respirar, pero yo estoy muy segura de que es una de mis necesidades.

—¿Siempre te quejas tanto?

—No creo que pedir que pueda respirar sea una...

—Porque no me acuerdo. —Sal se detuvo para admirar el eslogan tan grosero que se acababa de escribir solo a lo largo del pecho. Uno de los trajes que le había comprado a Augustine era un mono negro que mostraba pintadas luminosas en distintos momentos. Sal había descubierto que podía influenciar en la elección de las palabras si lo intentaba con todas sus fuerzas y se lo estaba pasando en grande corrompiendo su traje.

—Claro que no recuerdo mucho de ti —continuó—. Nunca tenías nada que decir a nadie excepto a esos amigos imaginarios tuyos...

—¡Eran fantasmas!

—... Siempre entraban furtivamente por las sombras, con un aspecto aterrador si alguien llegaba a notar tu presencia...

—Me pregunto por qué.

—Por lo que he podido ver, no ha cambiado.

Inspiré hondo, planeando enseñarle a su vestido una palabra nueva, si no fuera porque ella me apretó la cintura en ese momento y obligó a que todo el aire saliera de mis pulmones.

—¡Mantener la cabeza hacia abajo es la peor cosa que puedes hacer! Te hace parecer vulnerable.

—Lo que es bastante justo, ya que realmente lo soy.

—¿Vas a esconder toda tu vida? Tienes que demostrar a todo el mundo que tienen que tenerte miedo, no al revés. Lo que hiciste con la Cónsul; eso estuvo bien. Hizo que se echarán un poco hacia atrás, hizo que pensaran. Últimamente no has tenido

más problemas con el Círculo, ¿verdad?

—¿Aparte de la recompensa tan grande que pusieron por mi cabeza?

—¡Uy! A lo mejor tenemos que hacer ese punto un poco menos obvio.

—Si es más obvio acabaré muerta. —Sal se giró para coger su copa de champán y una frase muy grosera iluminó la parte de atrás. Fruncí el ceño, pero no iba a rebajarme a luchar con un trozo de tela—. No he tenido ningún problema porque no saben dónde estoy.

Sal se detuvo para darle la propina al último botones que parecía agotado. Acababa de vaciar un baúl lo bastante grande como para ocultar a un cuerpo en medio del suelo del salón. Y teniendo en cuenta a quién pertenecía, podía ser que fuera así.

—Cariño, ¡todo el mundo sabe dónde estás! —dijo en cuanto el botones se marchó—. Quiero decir, vamos, ¿qué piensas que estamos haciendo aquí?

—¿Planeando cómo vencer a Casanova?

—Aparte de eso.

—No lo sé. Rafe te llamó...

—Y normalmente salimos corriendo cuando hace un chasquido con los dedos —dijo Sal, poniendo los ojos en blanco—. Alphonse ha venido para hacerle la pelota al nuevo jefe, y ya que él no está por aquí, tú lo harás.

—¡Oh, oh! —Alphonse haciéndome la pelota a mí era como si la tierra decidiera cambiar de dirección.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Sal parecía auténticamente desconcertada—. Hay una guerra. Todo el mundo está eligiendo el lado en el que se queda. Los más listos se están alineando donde está la fuerza. Como con Mircea. Como contigo.

—¿Y qué me dices de Tony? Él es tu maestro.

—Y nunca me había dado cuenta de cuánto odiaba a ese pequeño sapo hasta que se fue.

—Pero si vuelve...

—Lo mataré —dijo Sal, sonando como si se estuviera deleitando con esa oportunidad.

—No puedes. Como maestro tuyo...

—Para entonces ya no será mi maestro. Mircea lo será.

Las cosas de repente tuvieron mucho más sentido.

—Lo que tú quieres es que Mircea rompa el lazo.

—Cuando todo esto acabe, intentaremos aún seguir de pie y en la parte ganadora —confirmó Sal, lanzándome una mirada con unos ojos repentinamente azules y perspicaces—, sin morir luchando por un hombre que las dos despreciamos.

Maravilloso. Ahora, otro grupo dependía de mí, esperando que milagrosamente yo pusiera todo de nuevo en orden. Decidí que quizá hubiera sido mejor estar sola, así

había menos gente a la que decepcionar y menos cosas que complicar.

—Si soy tan poderosa, ¿por qué no puedo hacer que esos dos ahí abajo dejen de matarse el uno al otro?

Sal cogió el teléfono y me lo dio.

—Quieres que dejen de hacerlo, díselo.

—Así sin más.

—Exactamente, así sin más.

La miré con la mirada en blanco, pero ella solo hizo una pompa con su chicle así que le dije a la persona que estaba al otro lado del teléfono que me gustaría hablar con Casanova. Me dijo que estaba bastante ocupado en ese momento.

Le dije que realmente le agradecería que encontrara un segundo para mí. Me preguntó si quería dejar un mensaje. Sal me quitó el teléfono de la mano con una mirada enojada.

—Mete el culo ahí dentro y dile que la pitia reinante quiere hablar con él —soltó.

Demasiado para mi camuflaje. Si el Círculo no sabía ya dónde estaba, probablemente lo sabría pronto.

—¿Te haces una idea de lo que acabas de hacer? —le pregunté, sintiendo como me daba migraña.

Sal me dio un puñetazo en el brazo.

—Eres pitia, ¡empieza a actuar como tal!

Me reprimí para no frotarme el brazo dolorido y la miré. Ella me devolvió la mirada. Casanova se puso al teléfono, sonando un poco falto de aliento.

—¿Qué?

—¿Estás ahí? —le pregunté—. Porque a lo mejor estoy loca, pero podía haber jurado que estamos aquí porque tu maestro está a punto de volverse loco y por lo tanto está obligando a la Cónsul a que lo mate. ¿Tengo que recordarte lo que os pasará a los dos en ese caso?

Alphonse cogió el teléfono, no era que lo necesitara: la audición de un vampiro es mucho más que suficientemente buena para que cualquier conversación telefónica se convirtiera en una conversación de conferencia.

—¿Cuál es el plan? ¿Vamos a sacarlo de allí?

—Eso estaría bien —coincidí.

—Rafe dijo que viste al maestro hace un par de días. Si tú entraste entonces, ¿para qué nos necesitas ahora?

—¡Porque estoy casi segura de que los guardianes tomaron buena nota de esa pequeña visita! —le dije impacientemente—. Están esperando a que vuelva a intentarlo; y la última vez que quité a alguien del control de la Cónsul, utilizó una bomba neutralizadora para atraparme.

—Sí, ya lo había escuchado, aunque no me lo creí.

—¡Ah! Las bombas neutralizadoras existen —le aseguré—, y la Cónsul tiene un montón de ellas. —Las había visto con mis propios ojos y aunque dudaba de que ella quisiera usar alguno más de esos recursos tan escasos y tan caros conmigo, el hecho era que le había hecho quedar mal. No había sido intencionado, pero raras veces los vampiros se preocupaban por esas pequeñeces. Y andar jugando con la reputación de alguien que debe en parte su poder al miedo que consigue inspirar era un asunto serio.

—Lo que quería decir es que no creía que pudieras lograrlo —aclaró Alphonse.

Yo tampoco lo creía. Decidí que no sería prudente mencionar exactamente cuánto había tenido que verla suerte. En un mundo donde la reputación era lo más importante, la mía no era gran cosa. Alphonse me recordaba como la pequeña clarividente domada por Tony, algo que no iba a convencerle para que hiciera nada. Pensar en mí como alguien bastante borrascoso o lo bastante loco para enfrentarme con la Cónsul sería una imagen mucho mejor.

Por suerte, tanto Alphonse como Casanova me necesitaban para asegurarse de que Mircea seguía vivo y bien. Hasta que se anular el *geis*, podía confiar en ellos. Hasta un punto. Probablemente.

—Creo que sé cómo podemos hacerlo —dije.

Casanova había estado balbuceando por detrás. Pensé que alguien le había estrangulado, pero supongo que no fue así, porque de repente elevó la voz.

—Vale entonces. Estás loca. Esto dice mucho de ti.

—Loca y soy la novia del jefe —le recordé dulcemente.

Agradecí que cuando Sal recibió una respuesta de la Cónsul diciéndole que nos vería, fuese casi de día. Eso no hubiera tenido que preocupar a la presidenta del Senado ya que hacía tiempo que había dejado de estar unida al ciclo del sol, pero Alphonse y compañía no tenían esa condición. Así que tuve un indulto de un día antes de averiguar si mi plan iba a funcionar. Y ya que había roto con el ciclo del sueño, decidí utilizarlo para otras cosas.

Nick estaba al cargo cuando llegué a la sala de investigación. Tenía la nariz enterrada en un tomo antiguo, gigante y polvoriento, pero parecía contento de poder tomarse un descanso.

—No hay noticias de tu amiga Tami —me dijo antes de que pudiera decirle nada—. Ya no tengo el mismo nivel de acceso como fugitivo de la justicia.

Me contorsioné suavemente.

—Sí, lo siento por eso. —Alguien debió haberle avisado de que tendía a tener ese efecto sobre los magos.

—Tenía que pasar antes o después. El sistema está anticuado, pero el Consejo se niega a verlo.

—Y yo que pensaba que eran un montón de gilipollas que escarbaban en el poder.

—Eso también —dijo Nick secamente, cerrando la tapa de su libro. Tenía un símbolo de relieve que me resultaba familiar, escalas plateadas brillaban contra la usada piel verde.

—El uróburo —dije, e inmediatamente lo sentí cuando su cara se encendió con el aire deleitado de un fanático que había encontrado el alma de un niño.

—No sabía que te interesaba la historia mágica, Cassie.

Y no me interesaba antes de que el Códice apareciera. Ahora no tenía muchas más opciones.

—El símbolo de la eternidad, ¿verdad?

Asintió con la cabeza con entusiasmo.

—Esa es una interpretación. La serpiente, o el dragón en algunas representaciones, se come su propia cola, de esta manera mantiene su vida y asegura el ciclo eterno de renovación.

Se giró hacia el frontispicio, una hoja casi transparente cubierta con la imagen de la tapa presentada en tonos brillantes.

—Ésta se copió de un amuleto egipcio con fecha del año 1500 a. C., pero también era conocida por los fenicios, los griegos, los chinos y los escandinavos... la verdad es que es el último arquetipo. ¡Apenas se conoce una cultura que no la conociera de alguna forma!

—Qué interesante. —Y así era, al menos un poco. Pero no tenía tiempo para una lección de historia mágica—. ¿Has visto hoy a Pritkin?

Fue muy tarde. Nick ya estaba metido en otro libro.

—También es uno de los símbolos protectores más antiguos del mundo, posiblemente el más antiguo. Sin mencionar que fue el que más se expandió. Los aztecas creían que una serpiente gigante residía en los cielos como una protección a la Tierra hasta el final de los tiempos. Los egipcios tenían un mito bastante parecido. Las dos culturas pensaban que cuando la protección del uróburo dejara de funcionar, la era del hombre llegaría a un fin.

—¿Nick? —Esperé hasta que levantó la vista. Tenía una mancha de polvo en la nariz—. ¿El rubio con mal carácter que necesita un corte de pelo?

—¿John? Sí, está por aquí. —Nick hizo un gesto con una mano como si lo ignorara y cogió otro libro con la otra.

Se lo arranqué de la mano.

—¿Es esto lo que has estado investigando aquí abajo? —Parecía que había un número enorme de libros dedicados al pasatiempo de Nick y ninguno al *geis*.

Vio mi expresión y se apresuró a explicármelo.

—No, no, o más bien, sí, pero está ligado a nuestra investigación.

—Seguro.

—Sí, ¿ves esos de ahí? —Señaló una línea de símbolos en el frontispicio,

presentados en adornos plateados y rodeando las curvas de la parte de fuera de las medidas de la serpiente—. Las *Ephesia Grammata* —anunció orgulloso como si eso explicara algo.

—¿Y eso es lo que sería...?

—Perdón, las cartas de Éfeso. Le dieron una... energía... añadida a la protección. A menudo los ves en los amuletos junto al símbolo del uróburo. Se decía que habían sido escritas por el propio Salomón. —Se giró hacia un dibujo lineal mostrando a la serpiente rodeando a un tipo a caballo con una lanza larga—. Ese es él, atacando la maldad —añadió, señalando a la figura que había en el medio del círculo—. Y ahí vuelven a estar las cartas de Éfeso.

—¿Pero qué son?

Nick pestañeó con seriedad durante un momento a través de sus gafas.

—¿Nunca has escuchado hablar de ellas?

—¿Por qué te iba a preguntar, entonces, si lo hubiera hecho?

—Es sólo que... son famosas. Son incluso hasta normas. —Me miró ligeramente ofendido por mi nivel de ignorancia. Crucé los brazos y lo miré fijamente—. Se dice que fueron inscritas en la estatua de Artemisa en Éfeso, el centro de su culto en el mundo antiguo —explicó—; esta diosa estaba estrechamente asociada con la magia protectora y las cartas eran consideradas como algunas de las *voces magicæ* más potentes que existían.

—Palabras mágicas —traduje—. ¿Y qué significan?

—Eso es. —Nick me miró con orgullo, como si por fin hubiera dicho algo perspicaz—. Nadie lo sabe.

—¿Qué quieres decir con que nadie lo sabe? ¿Por qué se usan palabras si no sabes lo que significan?

Nick se encogió de hombros.

—Las palabras tienen poder, algunas más que otras.

—¿Y hasta ahora nadie ha averiguado lo que significan?

—Bueno, sabemos lo que las palabras individuales significan —dijo sonando vagamente condescendiente—. La primera, *askion*, se traduce más o menos como «los sin sombra», probablemente es una referencia a los dioses. El problema es que cada palabra es solo una ayuda mnemotécnica, un indicador de memoria para una línea de un texto.

—¿Es sólo una única palabra en una línea completa? ¿Qué le pasó al resto?

—Ese es el tema. Si se juntan, el texto completo forma un hechizo demasiado importante, demasiado poderoso para cualquiera que se arriesgue a escribirlo en su integridad. —Sonrió, se le vio un brillo de dientes blancos y grandes en su cara pecosa—. Excepto una vez.

—Deja que adivine. El Códice contiene el hechizo completo.

—El rompecabezas más antiguo de toda la magia —dijo Nick como en sueños—. El secreto para el último poder.

Estaba empezando a comprender por qué el rey de los duendes oscuros quería a toda costa ese Códice.

—Suena como algo que la gente hubiera querido mantener.

—Es la historia de siempre —dijo Nick, su sonrisa se deslizó—. Un grupo de líderes hambrientos de poder, probablemente del culto de Artemisa, no quisieron arriesgarse a que se fuera de sus manos. Así que sólo transmitieron el hechizo completo oralmente. Pero cuando se quemó el templo en el 356 a. C., todos murieron.

—Y desde entonces, nadie lo ha vuelto a escribir.

—Nadie sabía lo que significaba.

—Bueno, eso fue estúpido.

—Exactamente. Es posible ser demasiado cuidadoso. Algunas veces puedes perder más siendo muy cauteloso que tomando un riesgo necesario.

—¿Como decirme dónde está Pritkin? —le dije ociosamente.

—Sí, yo —se detuvo, frunciendo el ceño—. Me has engañado. —Sonaba más sorprendido que enfadado.

—¿Dónde está?

—Tienes que darle un poco de tiempo. Él...

—Tuvo tanto como yo, a mí también me atacaron. Necesito hablar con él, Nick.

—La verdad es que no creo...

Me incliné sobre la mesa, cerrando de un golpe su preciosa pila de libros. Mantener mi temperamento esos días era mucho más difícil de lo que pensaba.

—Mira Nick, esto es lo que pasa. Esta noche tengo que visitar a la Cónsul, que tiene mal genio y ya está menos que contenta conmigo. Así que necesito saber si un cabreado señor de los demonios se va a presentar sin haber sido invitado. Y la única manera que tengo de obtener esa información es hablando con tu amigo.

—Entiendo, pero tienes que tener en cuenta que...

—Y cuando tengo que hacer eso es ahora.

Su ceño aumentó.

—¿Estás intentando intimidarme? Porque creo que deberías saber que...

—Pensaba que todos los magos tenían que estar al servicio de la pitia. —No es que me reconociera manteniendo mi cargo legítimamente ni hasta ahora había mostrado cualquier lealtad en absoluto. Pero supuestamente Nick se sentía de otra manera. O si no, tenía que preguntarme lo que estaba haciendo aquí.

—Bueno, sí, técnicamente, pero...

—Soy pitia —le recordé—. Y tú eres un mago de la guerra. No tengo que intimidarte para que me des información que tú estás obligado a proporcionarme.

Nick parpadeó un par de veces, luego suspiró y se frotó los ojos. Parecía que le

estaba empezando a doler la cabeza.

—Está en la sala de entrenamiento.

—Donde tú deberías haber estado hace ya una media hora —dijo Pritkin sucintamente desde detrás de mí. Salté y una mano se extendió para ponerme firme.

—Si mantuvieras tus citas, no tendrías que intimidar a mi colega para sacarle información.

Nick pareció tan sorprendido al ver a Pritkin como yo, a pesar del hecho de que él había estado de frente a la puerta. Tenía esa imagen extraña en la mente de Pritkin simplemente materializándose en el aire fino, antes de que lo aplastara. Era corpóreo, vale, pero tan jodidamente furtivo.

—No me intimidó —dijo Nick ofendido.

Pritkin le lanzó una mirada.

—Claro que no. —Llevaba un chándal gris que parecía que ya había corrido una maratón. Le echó a mi traje una larga mirada, pero no hizo ningún comentario.

—Cámbiate y ven conmigo.

—¿Por qué? —pregunté, mi estómago ya estaba empezando a dar vueltas. Porque era esa hora de la mañana en la que notaba que sólo había estado despierta media noche.

—Vamos a correr.

—No corro para distraerme. Sólo corro cuando alguien va detrás de mí con un arma.

—Eso podemos arreglarlo —susurró, sacándome fuera de la habitación.

Después de que me hubiera puesto unos pantalones viejos de chándal y una camiseta de tirantes andrajosa, hicimos seis circuitos por los pasillos en la planta baja y subimos y bajamos las escaleras hasta que ya no sabía por dónde iba. Pritkin juró que eran unos tres kilómetros, lo que le servía de calentamiento, pero yo estaba bastante segura de que me estaba mintiendo. O eso o estaba en peor estado físico del que pensaba.

Nos detuvimos en lo que había servido de gimnasio para una representación acrobática que ya no se hacía, antes de que Pritkin se lo apropiara con propósitos de entrenamiento. Aún había unas alfombrillas enrolladas contra una pared, parecían discordar teniendo en cuenta el resto de la decoración. La habitación era bonita, se parecía más a una sala de baile que a un gimnasio, probablemente estaba diseñada en un principio para pequeñas conferencias que no necesitaban la sala más grande que había en la planta baja. Tenía paredes gruesas recubiertas con paneles de madera que llegaban hasta el techo antepechado, con enormes espejos en tres de las partes y una vidriera alta en el otro lado. La luz que entraba en la habitación se ondulaba como el agua, salpicando un mosaico de color por todo el suelo de madera.

De manera despreocupada me apoyé contra la puerta, intentando que no pareciera que me estaba sujetando, mientras Pritkin buscaba en una bolsa grande de lona. Tenía un ojo puesto en mí, como si pensara que estaba a punto de escaparme, lo que era completamente injusto, ya que eso solo había pasado una vez y él había estado sacando la cuerda de sortear la fatalidad en ese momento; sin mencionar que la única manera que tenía de hacer un descanso en ese momento era que alguien me llevara.

Me esperaba algún equipamiento de ejercicios nuevo y malvado u otra arma que él pensara que yo fuera capaz de apuntar. El tipo estaba todo esperanzado. Así que yo parpadeé insegura por lo que acababa de sacar.

—¿Para qué es eso?

—Las pistolas se atascan y fallan el disparo si se aplica el hechizo adecuado — dijo Pritkin de manera concisa—, y a veces sin él. Tampoco son eficaces contra todos los enemigos. De igual modo, los hechizos se pueden contrarrestar con protecciones, con hechizos más fuertes o incapacitando al conjurador. Ningún método es adecuado solo, en particular, como es tu caso, cuando los enemigos potenciales vienen en tantas variedades.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué quiere decir?

Golpeó su pierna contra la parte plana de una espada de entrenamiento pasada de moda. Su hoja era de madera, pero aun así, sonó muy alto.

—Quiere decir que aquí lo tenemos. Espadas y brujería.

—No, aquí lo tienes tú. Yo no soy ningún mago de la guerra. —Había coincidido en que tenía que ponerme en forma y aprender cómo golpear alguna vez que otra a lo que apuntaba, pero no había firmado para ser aprendiz de brujería.

—No, no eres un mago de la guerra, que es por lo que ayer casi te mueres.

—No. Casi me muero porque tu padre decidió que no le había gustado que hubiera hablado con Saleh. Algo que deberíamos discutir en algún momento.

—Sabía que estabas tramando algo en ese piso.

—Sí, gracias, pero no es el tema.

—¿Qué te dijo? —preguntó Pritkin, provocándome una sensación de *déjà vu* extraña y espeluznante.

Tan solo lo miré fijamente hasta que él maldijo y se giró, subiéndose la parte de abajo de su sudadera. Los colores brillantes del tatuaje me tranquilizaron un poco, aunque supuse que podían ser falsos.

—Quizá necesitemos una palabra en clave —le dije, pensativa.

Pritkin murmuró una que preferí ignorar y me lanzó la espada. Inmediatamente la solté porque a pesar de que era de madera pesaba aproximadamente la mitad que yo. Golpeó el suelo, primero el pomo, con un torpe ruido seco y vibrante.

—Estás de broma.

—Es la más pequeña que tengo. Ya te conseguiré algo más apropiado más tarde. Y has eludido la pregunta.

—No, no lo hice. Saleh no dijo mucho. Estaba demasiado preocupado por el hecho de que tu padre lo había matado. —Me pregunté cuántas veces iba a tener que volver a sacar a relucir la conexión familiar antes de que Pritkin cogiera el mensaje. No es que bajo circunstancias normales hubiera sido asunto mío, pero el que casi me hubieran absorbido la vida no de recibo. No es que fuera completamente desconocido para mí, pero no era normal.

—Hay algunas criaturas a las que no se les puede matar —dijo Pritkin, ignorándome como de costumbre—. Ayer te encontraste con una de esas. Tus instintos fueron buenos, pero lanzar pociones a una criatura así lo único que consigue normalmente es que se enfade.

—A mí me pareció que estaba algo más que enfadado conmigo.

—Porque de alguna forma conseguiste golpearle con quizá media docena de hechizos, la mitad de ellos corrosivos para los demonios, todos al mismo tiempo. Dudo que haya alguien que haya conseguido lo que tú lograste. —Me lanzó una mirada—. Me gustaría saber cómo lo hiciste.

—Detuve el tiempo. Accidentalmente —le dije, mientras levantaba una ceja—. Agnes me enseñó una vez que era posible, pero nunca tuvo tiempo de explicarme cómo se hacía.

—¿Puedes volver a hacerlo?

Sacudí la cabeza.

—Lo dudo. No sin saber lo que hice primero. —Y no sin pasarme un día en la cama después, pagando por lo que hice.

—Entonces, tuviste suerte —dijo Pritkin sombríamente—. La próxima vez puede ser que no la tengas.

—¿Qué quieres que haga? ¿Volverme loca?

—No, quiero que aprendas lo que puedes hacer para hacerle desaparecer a él o a cualquier demonio que tenga cualquier tipo de interés en ti.

—¿Y por qué tendrían ese interés en mí? —inquirí, de repente preguntándome si volverme loca no tenía ningún sentido después de todo.

—¿Por qué le pasa a todo el mundo? Atraes los problemas como si fueras un imán.

Fruncí el ceño.

—No te atrevas a decirlo. Esto no fue una llamada de mi mala suerte normal y tú lo sabes. ¡Ese demonio era tu padre y tú ni quiera me advertiste sobre él!

—Te estoy advirtiéndote ahora. Una decapitación no le matará, pero le obligará a regresar al reino de los demonios durante un tiempo corto, quizá durante unos días. Todo lo que cause un fallo catastrófico del cuerpo que él ha asumido tendrá el mismo efecto, pero sus protecciones pueden detener la mayoría de los ataques, incluidos los disparos. Y a diferencia de la mayoría de los demonios, a él no le afecta la luz del sol directa. No obstante, para alimentarse tiene que soltar sus protecciones, lo que te da un momento de...

Le di una patada a mi espada y la lancé contra la pared.

—¡Pritkin!

—¡Necesitas prestar atención a esto! No puedo estar en todos los sitios e incluso cuando estoy... —Respiré hondo, como si admitirlo le diera vergüenza—. Hay algunas cosas de las que a lo mejor yo no puedo protegerte.

—No espero que lo hagas. Pero espero que me digas la verdad.

—No hemos venido aquí para hablar. —Cogió mi espada y me la volvió a poner en las manos.

Quizá él no había venido para eso, pero sin duda estaba en mi orden del día. Aunque no podía obligarle a que dijera la verdad; y en su caso, no creía que recordarle mi cargo ayudara mucho. Levanté la espada, sujetándola con las dos manos y deseando algo que no me atacara tanto la tensión de la espalda. Era casi la única parte de mi cuerpo que aún no me había dolido.

—Quieres luchar, de acuerdo —le dije—. Pero si demuestro que soy medio competente en esto, a cambio, tienes que contestar a mis preguntas.

Pritkin ni siquiera se preocupó de responder, sino que atacó. Me giré apartándome

del camino antes de que el golpe pudiera darme; una voz de mal humor que me resultaba familiar hacía eco en mis oídos: *«No tienes fuerza, chica, y nunca la tendrás. ¡No dependas de ella! Si no necesitas bloquear, no lo hagas. Tu oponente puede ser más fuerte que tú, pero él no puede hacerte daño sino estás ahí»*. Un segundo más tarde, mi espada estaba apuntando la yugular de Pritkin, echándole hacia atrás.

Me encontré mirándole fijamente los ojos verdes fríos y los analicé de repente. Parecía que la tensión aumentaba sin que él moviera ni un músculo. Me mantuve a una distancia adecuada, ya que nuestras espadas eran del mismo tamaño, sin embargo, estaba lo bastante cerca para ser capaz de golpear, pero lo bastante lejos para necesitar solo un paso hacia atrás para atacar. Lentamente me rodeó, un trabajo de pies perfecto, sin cruzar los pies o sin darme ninguna oportunidad para que le hiciera perder el equilibrio. Nunca lo había visto luchar con una espada, pero parecía que él también había dado algunas clases.

Imité sus movimientos, el mantra de mi institutriz Eugenie en mis oídos: *«Rapidez, el momento oportuno, equilibrio. Desliza tu pie por el suelo, ¡no saltes como si fueras un conejo asustado!»*. Yo era una tiradora pésima y estaba empezando a dudar que alguna vez fuera a mejorar. Pero sabía lo básico acerca de las espadas. Eugenie y Rafe habían entrenado conmigo muy a menudo cuando estaba creciendo para asegurarse de eso. Eugenie había defendido las lecciones ante Tony afirmando que eran más ejercicio que entrenamiento de combate.

Había mentido.

«Busca el movimiento del peso, la caída de un hombro, la suave tensión de los músculos que precipitan un ataque. Y sobre todo, ¡no pienses! No pienses en tu oponente, quién es o lo bien que lucha, o lo que tu crees que va a pasar. Confía en ti, pero no demasiado. Mantente abierta, flexible y preparada para actuar o reaccionar».

La hoja de Pritkin se arrastró y luego, de repente, invirtió el ataque cuando entró en una arremetida perfectamente equilibrada. En cada pared, su silueta reflejada arremetió con él, en el aire vacío, porque ese amago era uno de los movimientos favoritos de Rafe y yo no me había dejado engañar por él. Se recuperó casi inmediatamente, girando de una figura a otra, demasiado deprisa para que pudiera ir tras él.

«Golpea a la persona, ¡no a la espada! La espada no es quien te está intentando matar. Y recuerda, los oponentes más altos tienen un alcance más largo, pero a menudo dejan expuestas sus piernas. No sólo los torsos y las cabezas son el objetivo, ¡chica!» Hice un movimiento cortante en un arco descendente y golpeé brillantemente la pantorrilla izquierda de Pritkin mientras bailaba fuera de alcance. Dudaba que doliera, pero con una espada real hubiera salido sangre.

Eugenie podía haberle cortado completamente las piernas, pero yo no tenía su habilidad. A pesar de sus mejores esfuerzos, yo nunca la tendría. Pero a diferencia de Rafe, ella nunca se andaba con miramientos. También luchábamos con espadas de madera y por eso sabía que dolía una barbaridad si te golpeaban. Y ella no había tenido ningún remordimiento por darme en las espinillas o en la espalda con la parte plana de su espada si yo estaba dando menos de lo que podía. Con el paso de los años, junto con un montón de heridas, había acumulado una habilidad elemental que parecía que no me había abandonado completamente.

«Acuérdate de respirar. Nosotros no tenemos que hacerlo, pero tú sí; así que úsalo. Lucha cuando espiras, te da más poder». Un gran consejo, pero el truco estaba en conseguir dar un golpe, que de repente fue un poco más fuerte. Parada, retirada, ataque, arremetida: me estaba moviendo sin pensar, cuando Pritkin me dio una patada a toda marcha. Supongo que él había decidido que el tiempo de juego se había acabado; y yo ni siquiera me había dado cuenta de lo que habíamos estado haciendo.

En un minuto, la quemazón de los músculos cansados se estaba expandiendo por mis brazos y mis hombros hasta llegar a la columna vertebral. El sudor goteaba por mis ojos, haciendo que mi visión quemara y fuera arenosa, y un agotador dolor de cabeza se estaba formando en mi cerebro. Pero el pie vestido con la zapatilla de deporte de Pritkin apenas hacía ningún ruido contra el suelo de madera pulido y había parado de telegrafiar sus movimientos. Mientras, los espejos lanzaban imágenes de él como una extensión casi viviente de su arma, su espada se disolvía en el músculo, el sudor y los huesos; tuve que concentrarme en permanecer en la lucha y no tropezar con mis propios pies.

«¡No existe una lucha justa! Utiliza lo que tengas, todo lo que tengas: lánzale arena a los ojos, golpea sucio, golpea debajo del cinturón. Recuerda, tu objetivo es sobrevivir, no un premio de caballerosidad». Esa fue una lección, al menos, que nunca me habían tenido que volver a repetir. Ignoré la hoja que se acercaba a mí, me concentré en el espacio detrás de Pritkin y me transporté. Un segundo más tarde, tenía la punta de mi espada en la parte baja de su espalda.

Dudé, suponiendo tontamente que terminaría, pero aparentemente Pritkin no pensaba lo mismo. Se giró rápidamente, su arma cogió la mía y me la quitó de las manos; su espada me apuntaba a la barbilla, todo sucedió prácticamente antes de que pudiera pestañear.

—Me pregunto cuánto tiempo ha pasado antes de que te acordaras de que podías hacer esto.

Me transporté antes de que la mirada de superioridad divertida en su cara se hubiera completado totalmente y agarré mi espada desde donde había resbalado hasta donde se había detenido debajo de las ventanas. Me giré y me lo encontré casi encima de mí, había atravesado la habitación corriendo y volví a transportarme antes de que

me pusiera las manos encima. Intenté algo un poco elegante, esperando ahorrar los pocos segundos que me llevaría darme la vuelta y acabar encontrándomelo de cara.

Desafortunadamente, mis oídos interiores no notaron el cambio repentino de dirección y una ola de vértigo me costó más tiempo que lo que hubiera tardado con un giro. También hizo que tropezara con él cuando comenzó a girarse; tropezamos y nos fuimos juntos al suelo, intentando apartar nuestras espadas antes de que cayéramos encima de ellas. Intenté inmovilizarlo, pero él hizo que los dos diéramos vueltas y me sonrió, con los ojos brillantes y la cara ruborizada.

—Ya van tres veces ahora, prácticamente seguidas. ¿Cuál es tu límite? ¿Cuatro?

Me quité de debajo de él y le escuché caer en el suelo con un batacazo mientras volvía a coger mi espada, o quizá fuera la suya. Mi pelo estaba en sus ojos, junto con un montón de sudor; no estaba viendo demasiado claro.

—Varía —jadeé, hundiendo con la punta de la espada la sudadera sobre su corazón—, dependiendo de la motivación.

La pierna de Pritkin me agarró por la rodilla y tropecé, apenas pude mover la espada antes de empalarlo con ella. Un cuerpo duro bajó de golpe sobre mí el resto del camino hasta el suelo antes de que me pudiera recuperar y una respiración caliente se puso en mi oído:

—¿No estás segura?

—No he tenido ninguna razón... para averiguarlo aún —le dije salvajemente, intentando quitármelo de encima. Por supuesto, no funcionó.

—Es un buen truco —dijo Pritkin, sin dejar que me levantara—, pero de uso limitado si es el único que tienes en tu arsenal. Tenemos que trabajar en...

Hice un gran esfuerzo y aunque no había tenido más impulso que los demás, me transporté de nuevo. Era perceptiblemente más difícil esta vez, y el vértigo al caer fue mucho más fuerte. Había apuntado al otro lado de la habitación, pero para cuando me hube recuperado, Pritkin estaba allí.

—¡Basta ya! —gritó—. Hacer que vomites no va a...

—Eres... un pésimo perdedor —jadeé, intentando volver a recuperar el aliento. Transportarme la primera vez había sido como subir un par de escaleras; esta vez era como diez vuelos.

—No era consciente de que había perdido —contestó con la punta de la espada amablemente en mis costillas. Pero no me estaba tomando en serio, no estaba observando mi lenguaje corporal, probablemente esperaba que volviera a transportarme, así que no lo hice.

Un giro y un paso me pusieron a su alcance, el pomo de mi espada cogió su barbilla y mi pie se enganchó alrededor de su tobillo. Con un empuje estábamos otra vez en el suelo, pero esta vez yo estaba arriba, con una hoja de madera contra su cuello. Hizo un sonido de asfixia de sorpresa, o quizá de protesta por el hecho de que

había presionado demasiado fuerte. No fue bastante para rasgarle la piel, pero le dejó una marca, roja y con un aspecto como si estuviera en carne viva. Me alejé rodando, mi corazón amenazaba con salirse del pecho y mis piernas temblaban.

Me apoyé contra un espejo, mi pecho respiraba agitadamente. Me hubiera gustado regocijarme ya que probablemente nunca tendría otra vez la oportunidad, pero no tenía suficiente aire.

—Yo gano. Así que habla.

—¿Qué te gustaría escuchar? —preguntó, sentado a mi lado. Su tono era calmado, al cabrón ni siquiera le costaba respirar, pero arrastró la punta de su espada por todo el suelo lo suficientemente fuerte como para rayar la madera—. ¿Que esa criatura se impuso a mi madre sabiendo que ella moriría en el parto como los cientos de otras mujeres que él había agredido? ¿Que sólo la pequeña cantidad de sangre de duende que ella poseía le dio la fuerza suficiente para sobrevivir hasta que naciera su pequeño? ¿Que yo existo solamente por su perversa curiosidad para ver si una cosa así sería posible?

Pestañeeé. Había tenido una lista mental de argumentos preparados para hacer que me contara algo y ahora tenía que eliminarla. La única cosa que no había esperado era que me lo contara así, sin vergüenza, sin hacer una mueca con la boca en señal de disgusto. Y en ese punto estaba el problema con cada una de las conversaciones que Pritkin y yo habíamos mantenido.

Estaba acostumbrada al modo en el que los vampiros estaban en desacuerdo, en conversaciones complejas y delicadas, un baile de mentiras y verdades ocultas, más silenciosas que habladas. Conocía ese baile, esos pasos. Pero con él, no había discusiones complejas, amenazas de por medio o convenios discretos; solo afirmaciones directas que me dejaban extrañamente confundida. Seguía buscando el significado oculto cuando no había ninguno. O por lo menos esperaba que no hubiera ninguno.

—Estoy empezando a entender por qué odias a los demonios —le dije finalmente.

—¡Odio a los demonios porque existen sólo y completamente para infectar al género humano! No tienen características redentoras, en el mejor de los casos son pestes, y en el peor, maldiciones y a todos ellos les deberían perseguir, cazar y destruir ¡uno a uno!

—Estás diciendo que en una raza entera no hay ninguno que sea bueno.

—No.

Sabía el sentimiento que iba a desarrollarse de que algo importante faltaría en la vida, no tener razón para lamentarme por la gente que no conocía, pero sentir su ausencia como un dolor omnipresente. Sin duda, Pritkin tenía razones para odiar a Rosier, incluso quizás a los demonios en general, pero pensaba que el genocidio podría llevar las cosas demasiado lejos.

—¿Y los has conocido a todos? —pregunté, intentando no sobresaltarme bajo la mirada verde ardiente.

—Tú te criaste con vampiros —me dijo Pritkin salvajemente—. ¿Te preocuparías por adivinar dónde pasé mis años de formación?

Un poco tarde, me acordé de que Casanova había dicho algo acerca de que a Pritkin le habían expulsado del Infierno. Había supuesto que estaba exagerando. O no, pensaba, cuando Pritkin se levantó de un salto y comenzó a pasear, más rojo que cuando habíamos acabado el entrenamiento.

—Tú te criaste con esas criaturas, ¡pero tú las defiendes! Nunca lo he entendido, ¡cómo un humano puede ser partidario de los seres que se alimentan de él!

—Estás volviendo a confundir a los vampiros y a los demonios. —Siempre había tenido ese problema, y vivir cerca de Casanova, el único vampiro poseído por un íncubo, probablemente no había ayudado.

—¿Tú crees? —La tensión irradiaba de su cuerpo y su boca estaba apretada hacia abajo hasta su línea normal—. Son egocéntricos, predadores moralmente desolados que se alimentan de cualquier humano lo bastante tonto que les dé esa oportunidad. ¡No veo una diferencia muy grande!

Estaba empezando a comprender por qué Pritkin nunca había sido un gran fanático de los vampiros. El modo en el que ellos y los íncubos se alimentaban podría parecer que estaba muy cerca de la comodidad. Los vampiros tomaban sangre y los íncubos se alimentaban directamente de la propia energía vital, accediendo a través de las emociones. Pero la distinción podría ser un poco confusa para alguien con su historia personal.

—No es tan sencillo. —Me levanté con gran dificultad, intentando no estremecerme por el dolor que tenía en la espina dorsal. Me había girado demasiado deprisa o di un mal paso, y darle vueltas a mi cabeza a la izquierda y luego a la derecha parecía que no ayudaba. Pritkin se dio cuenta, pero no obtuve un masaje en el cuello. De algún modo, tampoco lo esperaba—. Algunos vampiros como Tony son monstruos —coincidí—, pero sospecho firmemente que él era así antes del cambio. No hay un vampiro típico, así como tampoco hay un humano típico.

Se acercó a mí. El dolor y la rabia luchaban en su cara.

—¡Hay un demonio típico! Rosier no es distinto de tus amigos de ahí abajo o de ninguno de los otros. Excepto en la cantidad de poder que posee, en la cantidad de dolor que puede causar.

—Puede que mi padre no fuera un monstruo, pero trabajaba para uno —le recordé tranquilamente. Pritkin no era el único que tenía que enfrentarse a algunas verdades tristes de su historia—. He tenido que aceptar eso, aceptar que sólo porque se negó a entregarme a Tony no significa que se negara a hacer otras cosas...

—Tu padre era humano —siseó; el repentino latigazo de su ira me golpeó como

una bofetada, haciendo que me echara un paso hacia atrás.

—¡Y tú también!

Rió con su risa corta, sin humor y me di cuenta de que nunca le había escuchado reír de verdad. A veces tenía sonrisas de diversión irónica, pero era lo más parecido. Incluso, estaban muchas veces en los músculos alrededor de sus ojos. Quería ver cómo se reía de verdad, al menos una vez. Pero, de algún modo, pensaba que hoy no sería el día.

Se movió de repente para que estuviéramos apretados desde el muslo hasta la cadera y el hombro, pero me negué a volver a retroceder.

—¿Lo crees de verdad? ¿Nunca te has preguntado por qué tu *geis* reacciona de esa manera tan fuerte hacia mí y no pasa con nadie más, y me ve como una amenaza?

—Parece que últimamente no se siente así. —La carne de gallina en mis brazos era una prueba de eso.

—¡Porque él estaba allí! Quería poner de manifiesto y demostrarme otra vez que yo no soy mejor que él.

—Espera, ¿Rosier puede bloquear el *geis*?

—Él es un señor de los demonios. La magia humana no tiene poder sobre un ser así.

—¿Podría eliminarlo?

Pritkin me agarró las manos, sus dedos se hundieron en mi piel hasta que estuvieron rodeados de contornos pálidos, sin sangre.

—¡No vas a buscar a esa criatura!

—¡Normalmente no voy por ahí intentando encontrar a gente que me quiere muerta! —Ya había habido bastantes que me habían encontrado por sí solos—. Pero si lo que él hiciera se pudiera duplicar, quizá por otro ícubo...

—No. Nadie más es tan poderoso. —Sus palabras volvieron a ser de repente calmadas, pero sus ojos apartaron la vista de los míos.

—Pritkin, si hubiera alguna posibilidad de que pudieras hacer algo con el *geis*... necesito saberlo. —Antes de que fuera a la MAGIA e hiciera algo realmente estúpido.

—¿Qué te piensas que he estado haciendo?

—Sé que has estado buscando una solución en la magia humana y que es difícil. Pero odias tanto a los demonios que no estaba segura si habías considerado... otra alternativa.

—No hay otra alternativa —dijo rotundamente—. Incluso Rosier podría no romper el *geis* y no tiene ninguna necesidad de hacerlo. Su poder puede tomar su control el tiempo necesario para que se alimente, el tiempo suficiente para acabar con tu vida y con el poder de tu cargo, ¡de hecho una comida estupenda!

—¿Es eso lo que él quiere? ¿El poder de mi cargo?

Pritkin no contestó, dudo que ni siquiera me hubiera escuchado. Cogió un

mechón de mi pelo y le dio un tirón fuerte.

—¿Ves lo fuerte que es esto? ¿Lo resistente? ¿Sabes a lo que se parece alguien cuando un ícubo acaba con él por completo? El pelo es frágil como la paja, la piel delgada y envejecida, la juventud desaparece, todo... —Se dio la vuelta repentinamente—. Tengo una lista muy larga de razones para odiar a esa criatura —dijo tras de un momento, con un mordisco en cada palabra—, pero en lo más alto está su omisión de advertirme de mi naturaleza, de tomarse siquiera un minuto para ayudarme a evitar que me convirtiese en lo que era.

—¡Tú no eres un demonio, Pritkin!

—Dile eso a mi víctima.

—No entiendo.

Se giró para ponerse frente a mí y me sobresalté tan solo con ver su expresión.

—Entonces déjame asegurarte eso. Cuando regresé de mi estancia en el Infierno, decidí hacer una vida normal por mí mismo. Conocí a una chica. Con el tiempo nos casamos. Y en nuestra noche de bodas, le quité la vida de la misma forma que esa cosa casi hizo contigo.

Parpadeé. Se me ocurrió que podía saber quién era la chica de la foto y por qué Pritkin la había guardado. Debería haberlo sabido: no estaba fuera de lo sentimental; la estaba utilizando para castigarse a sí mismo. Podría haberle recordado que no había sido culpa suya, que no había tenido a nadie a quien preguntar sobre sus habilidades para prevenirle del peligro. Le podría haber dicho que si hubiera sido yo, no hubiera querido que él se hubiera estado torturando por mi muerte durante más de un siglo. Pero sabía la respuesta que obtendría. La mirada que ya me estaba lanzando podría haber derretido el vidrio.

—Fue un accidente —le dije finalmente—. Tú no sabías...

—Y estoy seguro de que para ella fue muy cómodo cuando estaba tirada jadeando por última vez —dijo, mordiendo cada una de las palabras. Nunca le había escuchado la voz tan entrecortada, tan fría—. Traicionada por el que debería haberla protegido, por la misma persona en la que ella confiaba. Viendo al final lo que soy en realidad y sintiéndose horrorizada por ello, como debió estar todo el tiempo. Como tú lo estarías si tuvieras algo de sentido.

—Pritkin...

Me echó hacia atrás hasta que me pegué a la pared y no me quedaba ningún sitio adonde ir. El aire a su alrededor crujía tan nerviosamente que era incómodo mirarlo.

—¿Pero ellos se reproducen de ti, no? No te importa que los monstruos se alimenten de ti. Te has convencido a ti misma de que son como tú. Simplemente humanos con una afección. ¿Te gustaría saber lo que en realidad sienten esos vampiros por ti?

Me había criado con criaturas que podían matarme con el mismo esfuerzo que yo

necesitaría para aplastar a un bicho. Sabía cómo me veían, cómo veían a todos los humanos. Pero solo porque puedas matar no significa que lo tengas que hacer. No si ese algo es mucho más valioso vivo. Era la cuerda floja por la que había caminado durante mucho tiempo antes de que supiera que yo estaba en una de esas.

—Ya lo sé...

Sus ojos se volvieron verdes e inmóviles, como cuando había estado matando a personas que eran demasiado estúpidas para escaparse cuando habían tenido la oportunidad.

—No creo que lo sepas. Tú crees que ellos se preocupan, crees que ellos quieren, crees cualquier cosa que te haga más fácil no ver la verdad. Pero entiende esto. Para ellos, tú eres comida. Nada más. Siempre que olvides esto, te harás vulnerable. Y si a menudo te conviertes en un objetivo, ellos te destruirán; no porque te odien, sino porque es su naturaleza. Y nada cambiará eso nunca.

No intenté volver a decirle que eso no era nuevo para mí, porque él ya no estaba hablando de vampiros y los dos lo sabíamos. Y porque él ya parecía que había perdido una pelea consigo mismo. Le latió una vena en su cuello y sus mejillas parecían calientes, pero sus ojos estaban ensombrecidos.

—No me digas lo que soy, tan solo aprende a defenderte. De ellos, ¡o de mí!

No fue hasta que él se marchó cuando me di cuenta de que aún no comprendía por qué Rosier me quería muerta.

—¿Qué? ¿No puedo dejarte sola cinco minutos? —siseó Billy. No importa la cantidad de veces que me cambie de cuerpo (tampoco es que hubieran sido muchas) pero siempre tengo un zumbido extraño escuchando a mi voz diciéndome cosas que mi cerebro no quiere pensar. A lo mejor a la larga me acostumbraré a eso, pero lo dudo.

Miré la ventana oscura y vi lo que esperaba: un tipo moreno y taciturno en un traje demasiado chillón, con pelo negro liso y una ligera sobremordida. No era la cara más bonita de por allí, pero tampoco era alguien que atrajera la atención de los demás. Tenía que acordarme de darle las gracias a Alphonse por intimidar a este hombre para que se metiera en esto.

La posesión tiende a descolocar a los vampiros, principalmente porque se supone que es imposible. Incluso los vampiros del nivel bajo son capaces de desalojar a un huésped indeseado con un pequeño esfuerzo, y los más fuertes tienen protecciones lo bastante formidables para asegurarse de que, para empezar, nada establezca residencia. Pero Marcello había preferido permitir que un autoestopista lo hiciera para que sufriera el castigo de su maestro. Hasta ahora, se había comportado bien, había estado tranquilo y no había intentado volver a recuperar el control. Me preguntaba cuánto tiempo iba a durar esto.

Fuera de la limusina, las calles alumbradas por neones se derretían en manchas caóticas y resplandores tenues de luz, color y ruido. Billy y yo nos dirigíamos fuera de la ciudad a nuestro encuentro con el Senado. Me había escapado sin contárselo a Pritkin, principalmente porque él y la Cónsul no se habían llevado lo que se dice exactamente bien la primera vez que se conocieron y no necesitaba ninguna ayuda para crear una mala impresión. Pero también porque tan pronto como pusiera mis manos sobre Mircea, iba a conseguir el *Códice* e iba a acabar con este asunto; y aún no estaba convencida de que Pritkin estuviera tan interesado en salvar la vida de un vampiro, sobre todo ahora.

No obstante, aún se me hacía extraño no tenerlo ahí: como una cartuchera vacía donde debería haber una pistola. No me había dado cuenta de cuánto dependía de su locura particular. Dependía demasiado; lo que íbamos a intentar esta noche le hubiera venido como anillo al dedo.

Así que tenía un montón de cosas por las que preocuparme y menos ayuda de la que había planeado. No solo hacía que Billy no dejara de quejarse, sino que tampoco se tranquilizaba.

—Estuviste fuera casi un día —le señalé.

—¡Bueno, perdóname por agotarme para salvarte la vida! —me soltó—. ¡Sin

mencionar que se suponía que tenías que estar durmiendo! ¡Y no por ahí correteando con gánsteres y planeando dar un golpe en el Senado!

—No vamos a dar ningún golpe en el Senado —le dije pacientemente por sexta vez—. Vamos a entrar, coger a Mircea y a salir. Tampoco es gran cosa.

—De todas formas, eso era lo que necesitaba creer.

—De acuerdo. Por eso es por lo que estás demasiado asustada para quedarte con tu propio cuerpo —se detuvo Billy, inquieto.

—¿Qué?

—Mis tetas no caben en ese vestido. Y no, no me puedo creer que haya dicho eso.

—No hagas eso. —Le aparté las manos de una parte de mi anatomía que no tenía por qué conocer mejor—. Se supone que tienes que parecer digno.

—¿En estos zapatos? Tendré suerte si no te rompo el cuello.

—Las mujeres hacen esto todo el tiempo. Tú tienes que hacerlo una noche. Deja ya de lloriquear.

—¿Lloriquear? ¿De verdad quieres ir allí, Cass? Porque podemos ir. Podemos ir así.

—Lo pondré atrás —me dijo Sal. Ella y el resto de los chicos de Alphonse habían estado observando el intercambio con expresiones de interés y, puesto que eran vampiros, significaba que estaban bastante fascinados. Su novio y Casanova estaban en la otra limusina, presumiblemente para demostrar la solidaridad familiar a cualquiera que pudiera haber oído acerca de la lucha—. Si esto es lo que tienes que aguantar cada día, te mereces lloriquear.

—No lloriqueo —le solté.

—¡Oh! Gracias por la información, Bonnie. No te cortes en meterte en una conversación privada cuando quieras —añadió Billy. Inmediatamente después de conocerlos, él había empezado a llamar a Sal y a Alphonse, Bonnie y Clyde, y nada parecía que le fuera a detener. Y como él estaba en mi cuerpo en ese momento, realmente deseé que se callara para que Sal no tuviera que apretar su automática.

Billy enredó un poco más con mi anatomía; lo único que había logrado era poner un trozo de pecho más alto que el otro. Los observaba con tristeza, con la cabeza inclinada ligeramente a un lado.

—Sabes, la muerte ha sido mucho más extraña de lo que pensaba.

Miré fuera de la ventana la puesta de sol, que estaba pintando el desierto en un color rojo sangre. Acabábamos de salir de las Vegas, así que no estábamos en ningún sitio cerca de la MAGIA. Pero podía sentir la presencia de Mircea creciendo con cada kilómetro, como un imán que me acercara a él.

—La vida puede ser bastante extraña, en verdad —le dije.

La parte de fuera de la MAGIA es un grupo de edificios estucados difícil de describir en el medio de un mar de cañones no demasiado interesantes. No hay nada

que lo distingua de cualquier otro rancho excepto su aislamiento y el hecho de que no había ningún caballo ni excursionista a la vista. Pero su aspecto era lo menos importante de su protección. El área 51 tenía menos seguridad, claro que también tenía menos que ocultar.

Llegamos justo cuando el lugar estaba empezando a revivir. No es que fuera obvio desde el exterior, ya que la mayor parte alojaba a los miembros del personal humano, pero gracias a los sentidos de Marcello, pude sentir la actividad por debajo de la tierra. Sentí el zumbido de guardas mágicos, los pozos brillantes de energía que significaban vampiros, la sintonía mágica totalmente distinta que indicaba que había magos y otros, sensaciones menos familiares que podrían ser weres o el duende ocasional. La sensación se parecía a lo que un metro sísmico podría parecer justo antes de un terremoto: demasiada actividad en un sitio tan pequeño, esperando a explotar. Intenté no pensar en lo preciso que podía ser ese símil.

Seguí a todos los demás y entramos, intentando recordar no agacharme en las entradas. Los techos bajos se adaptaban a mi nueva altura, pero aún los sentía muy cerca, muy duros. Billy, que estaba llevando mi piel, estaba escoltado en una antecámara del pasillo principal del Senado junto con Sal y Alphonse para hacerles esperar hasta que la Cónsul gustara. Teniendo en cuenta el aprecio que me tenía, asumí que estarían allí un rato. Los otros miembros de la familia fueron conducidos directamente a las habitaciones de lord Mircea para pasar el rato, mientras los tipos importantes hacían sus negocios.

Los vampiros me habían alojado arriba con los otros humanos la primera y única vez que había aceptado su hospitalidad. Mirando a mi alrededor, podía ver por qué. La suite de Mircea era demasiado impresionante, como un palacio del Renacimiento bajo tierra con montones de suelos decorados con mármol, tapicerías ricas y candelabros de cristal reflejados en demasiados espejos. Tres vestíbulos distintos se separaban de la entrada y un auténtico mayordomo nos conducía a una biblioteca donde los frescos se apiñaban. La sencilla habitación en la que me había alojado antes era más acogedora, y mucho más del estilo de Mircea que esta insipidez opulenta.

Después de un par de minutos de luchar contra lo que serían donantes de sangre, comencé a deslizarme a través de la multitud. Casi llegué al pasillo cuando me quedé de piedra. En medio de la puerta de la entrada había un vampiro con grandes ojos marrones, rizos castaños desarreglados y una cara barbuda y alegre. Encantador, si ignorabas el hecho que era un asesino a sangre fría.

Pude notar el creciente malestar de Marcello al ver al jefe de los espías de la Cónsul. La verdad es que no podía culparle, no me estaba contentando mucho. No sabía por qué Marlowe estaba fraternizando con los sirvientes, especialmente en una reunión importante que estaba a punto de comenzar, pero probablemente no era una

buena señal. Tendía a mostrar dónde estaba la acción, pero no había manera de que él pudiera saber algo interesante de lo que iba a pasar aquí.

—¿No tienes hambre? —preguntó alegremente.

—Comí antes de irnos —le dije, en la voz baja de Marcello. Estaba contenta de no necesitar que mi corazón prestado latiera, porque, de repente, estaba en mi garganta—. Pensaba mostrar mi agradecimiento al maestro.

—Lord Mircea se encuentra indispuerto.

—Entonces estaré poco tiempo.

Casanova se unió a nosotros, una figura elegante en azul intenso y blanco, con una corbata estampada brillante. Parecía que se estaba dirigiendo a una fiesta de lujo en un yate privado y logró hacer que la vestimenta oscura de Marlowe de la era isabelina pareciera como salida de una mala obra de teatro.

—También me gustaría verlo —comentó—, para darle las gracias por mi nuevo cargo.

—Pensaba que simplemente había sido un acuerdo interino.

Casanova sonrió ligeramente.

—Por eso es por lo que me gustaría verlo.

Muchos otros vampiros hicieron movimientos vacilantes hacia nosotros, como si estuvieran pensando en unirse a la fiesta. La mayoría no tenía la oportunidad de ver a Mircea muy a menudo y con Tony debajo de una nube, probablemente planeaban comportarse servilmente. *Y échale la culpa de todo al gordo antes de que al jefe grande se le ocurran algunas ideas*, añadió Marcello en mi cabeza.

Calla, pensé.

—Qué valiente por tu parte —dijo Marlowe genialmente—. Estos días no está de muy buen humor. La mayoría de la gente se ha mantenido... a una distancia... de seguridad. Los recién llegados se esparcían por todos lados tan rápido que apenas me daba tiempo de ver cómo se iban.

—Entonces, ¿sólo vosotros dos? —Aún seguía siendo muy amable. Sentí el sudor frío corriendo por todo mi cuerpo prestado.

—Le transmitiremos los mejores deseos de parte de todos —dijo Casanova, aparentemente tranquilo. Marlowe me miró. Yo no dije nada, pero tampoco me fui.

Se encogió de hombros.

—Si insistes.

Le seguimos por un largo pasillo hasta una combinación de habitación y salón. Podía decir por el agujero del tamaño de un puño en la puerta que era la de Mircea. Parecía que las cosas no habían mejorado desde mi última visita.

A diferencia de los colores apagados que predominaban en las habitaciones públicas, estaba cubierto de color, algo que no noté en mi visita anterior porque las luces habían estado apagadas. Seguían estando apagadas, pero la vista de Marcello

era mucho mejor que la mía y fácilmente diferenciaba los turquesas, rojos y verdes brillantes del arte tradicional rumano en nichos y pintados en un armario gigante tallado. Las piezas deberían haber parecido llamativas y baratas al lado de la decoración crema y marrón, rica pero sencilla, pero no lo parecían.

Aparte del arte colorido, la primera cosa que noté fue la cama. El poste roto aún estaba incluido en la cama y las mantas aún estaban arrugadas, pero no había nadie en ellas. Una mirada rápida confirmó que Mircea tampoco estaba escondido en ninguna de las esquinas oscuras de la habitación; pero sí que había alguien.

—¡Tami! —Me salió antes de que pudiera contenerme. Tami parecía confundida, Casanova me echó una mirada como diciendo «no se te puede llevar a ninguna parte» y Marlowe se rió.

—Gracias. Me estaba preguntando cómo saber cuál de ellos eras —me dijo de manera agradable.

Estaba demasiado ocupada mirando a Tami para prestarle demasiada atención. Parecía mayor de lo que recordaba, más de lo que tenía que aparentar después de solo siete años y estaba demasiado delgada. Aún más preocupante era su ropa, una camiseta de tirantes arrugada con medias rotas, lo que me habría dicho que algo iba mal incluso aunque su expresión no lo hubiera hecho ya: estaba en las últimas. Tami siempre se había enorgullecido de su apariencia, nunca estaba deslumbrante, pero siempre aseada y limpia. El hecho de que pareciera que aún estaba llevando la misma ropa en la que la habían atrapado realmente me preocupaba. Pero estaba viva.

Casanova avanzó furtivamente, probablemente quería estar en una posición en la que yo pudiera transportarnos a los tres. Ese había sido el plan, en el caso de que cualquier cosa fuera mal. Sería una pena que no funcionara ahora.

—No te preocupes —dije, para que dejara de darme codazos en las costillas—. Es una inadaptada.

—¿Qué? —Casanova frunció el ceño mirando a Tami y ella hizo lo mismo; el miedo comenzó a sustituir a la confusión en su cara.

—Está bien —le dije rápidamente, esperando que no estuviera mintiendo. Parecía que no la tranquilizaba mucho, probablemente porque no sabía quién demonios era yo.

—¿En qué definición del término esto está bien? —preguntó Casanova.

Le lancé una mirada, pero él tenía razón. Ya que mi poder seguía a mi espíritu y no a mi cuerpo, había sido demasiado sencillo colarme para ver a Mircea disfrazado y transportarnos. Incluso aunque el Senado hubiera puesto una bomba neutralizadora para impedirlo, no sería Marcello quien la llevara. Debería haber recordado: nada era sencillo siempre que el Senado tenía algo que ver.

—Era un buen plan —dijo Marlowe, casi como si él hubiera estado leyendo mi mente. Intentó parecer compasivo, pero no paraba de salirle esa sonrisa.

—¿Excepto por la parte de que es un fracaso total? —preguntó Casanova.

—¿Cómo cogiste a Tami? —le pregunté a Marlowe.

—Escuchamos que los magos tenían a una inadaptada en sus celdas y les pedimos que nos la prestaran un tiempo —me dijo voluntariamente.

¡Joder!, debería haber pensado en eso. Poner una inadaptada al lado de la cama de Mircea era la solución perfecta. A diferencia de una bomba, Tami estaba siempre encendida. Y el hecho de que un poder de una inadaptada viva fuera eficaz sólo en un área muy limitada no importaba si ella estaba sentada justo al lado de él. Estaba tan segura de esta manera como lo estaba en una de las celdas del Círculo y su presencia aseguraba que si yo volvía a aparecer, estaría atrapada hasta que los vampiros pudieran cogerme.

Como justo ahora, por ejemplo.

—Hasta que empezamos a charlar no sabía que vosotros dos estabais familiarizados —añadió Marlowe.

Dije una de las palabrotas de Pritkin. No me extrañaba que Marlowe pareciera tan jodidamente feliz. El Círculo le había entregado una palanca para usar sobre mí sin ni siquiera darse cuenta.

Decidí tan solo saltarme la parte donde hacía las amenazas y la negociación y la llegada a la conclusión obvia.

—Si es una prestataria, el Círculo la va a querer tener de vuelta —señalé.

Si era posible, Marlowe parecía aún más contento. Esa maldita sonrisa iba a rajar su cara bastante pronto.

—Pensaremos en algo —me aseguró—. ¿Verdad?

Suspiré. Estuvo bien que hubiera vestido a Billy para la ocasión, porque después de todo parecía que íbamos a ver a la Cónsul.

—Sí, vamos para allí.

Tami se quedó de piedra cuando entramos en el vestíbulo del Senado y tan solo miramos. Había muchas cosas que mirar, desde la enorme caverna de piedra arenisca roja, pasando por los candelabros afilados, hasta los estandartes con gran colorido que colgaban detrás de los asientos adornados reunidos alrededor de la enorme tabla caoba de una mesa de reunión. Pero no necesitaba preguntarme qué era lo que había hecho que se le quedara la boca abierta. Era difícil concentrarse en otra cosa cuando la Cónsul estaba en la sala.

Al principio pensé que, tan solo para cambiar, había decidido llevar puesto algo que no estuviera aún vivo. Pero luego, el estampado de piel de serpiente dorado y negro sobre su caftán se ondulaba, con una marea de escamas resplandecientes que se enrollaban por arriba y por debajo de su cuerpo. Y una enorme cabeza de serpiente salía detrás de su cara como una capucha con los ojos negros destellantes que me miraban malévolamente. Me di cuenta sobresaltada que ella había despellejado lo que

parecía el abuelo de todas las cobras, pero de algún modo, lo mantenía vivo. Augustine, decidí vagamente, hubiera tenido un ataque de rabia.

Billy se movió para encontrarme y yo me quedé aliviada al ver que al menos había resuelto el problema del pecho. La creación de Augustine me quedaba como un guante en la cintura, donde se abría hacia afuera en una falda de campana con una pequeña cola. No estaba muy puesta en la moda antigua, pero había visto bastantes películas de la época para discutir con él sobre la autenticidad: a mí no me parecía algo que María Antonieta hubiera llevado. Él sólo se había sorbido la nariz y me informó que: a) los estilos habían cambiado rápidamente después de que la cabeza de la reina se había ido deambulando sin su cuerpo, b) aquí estábamos hablando de moda mágica, no humana, y c) yo era una idiota. Era bastante obvio por qué Augustine no era exactamente un nombre famoso. Realmente tienes que querer la ropa para aguantar al tipo.

Pero, ¡coño! Sabía coser. O conjurar o lo que fuera. Realmente no había apreciado su habilidad cuando estábamos en el Dante, cuando casi me asfixia, pero a pesar del hecho de que nunca iba a brillar más que la Cónsul, pensaba que estaba bastante guapa.

La base del vestido era de seda azul intenso de media noche, pero era difícil concentrarse en eso por lo que pasaba en la parte de arriba, o más bien, lo que parecía estar pasando dentro del vestido, porque cuanto más lo mirabas, más difícil era recordar que era de tela y no un cielo nocturno y que aquellas eran joyas y no una caída inimaginable de estrellas. De algún modo, Augustine había creado una banda de diamantes que giraba que se parecía horrores a la Vía Láctea.

Cuando Billy se acercó, Marlowe se sobresaltó y se echó para atrás. Tardé un momento en darme cuenta del porqué: las estrellas son esencialmente millones de pequeños soles. Eso probablemente explicaba el efecto apenas visible y el despliegue de luces que el vestido parecía arrojar sobre el suelo de la caverna, soltando un charco de pequeños prismas alrededor del dobladillo.

—¿Cassie? —Tami estaba mirando a Billy con incredulidad y yo decidí que, en este punto, volver a intercambiarnos tendría mucho más sentido que intentar darle una explicación. La posesión no era una habilidad que tenía cuando ella me había conocido.

Me puse de nuevo en mi propia piel y Marcello suspiró aliviado. Aparentemente, él no había disfrutado la cohabitación mucho más que yo.

—Ya iba siendo hora —susurró Billy mientras se dirigía directamente a mi gargantilla. El tono decía claramente que ya le escucharía después por esto.

—Está bien, Tami —le dije a ella, ignorando a los otros dos—. Sé que no has hecho nada malo. Esto es sólo un malentendido.

Marlowe se rió.

—¿Un malentendido? No lo creo. —Aparentemente se había recuperado del chamuscado, aunque noté que estaba un poco más lejos que antes. Tenía marcas pequeñas de quemaduras en sus pantalones, del tamaño de pinchazos, que podía jurar que no estaban allí antes—. Es más culpable que nadie.

Tami ya se había recuperado del golpe inicial y le envió una mirada bastante clara. Me parecía realmente familiar, quizá porque había experimentado hacía muy poco una reproducción fiel de ella.

—¡Jesse! Es tu hijo, ¿verdad? —Me tendría que haber dado cuenta antes, solo que cuando la conocí no tenía ningún hijo; o, al menos, no lo había mencionado.

La cabeza de Tami se movió hacia adelante y hacia atrás.

—¿Dónde está? ¿Está bien? ¿Y los otros, están...?

—Están bien. Aparecieron hace unos días. Los tengo a salvo en un sitio.

—¡Oh! —Flaqueó visiblemente y por un momento pensé que iba a acabar en el suelo. Pero se recuperó a tiempo para darme un abrazo que obligó salir el aire que el artilugio de Augustine me había dejado en los pulmones—. ¡Gracias, Cassie!

—No es nada —jadeé—. Recuerdo que una vez hiciste lo mismo por mí; aunque la próxima vez estaría bien recibir, ¡no sé!, ¿una llamada de teléfono? Sabías donde estaba.

—Pero no sabía lo que ibas a decir. Y es más fácil pedir perdón que permiso.

—¡Me conoces muy bien! —No me podía creer que ella pensara realmente que le hubiera dicho que no.

—Solía conocerte bien —corrigió—. Pero el tiempo cambia a la gente. Saliste de aquella vida. Comenzaste de nuevo. Y además, la paranoia es una «maldita cualidad útil». —Dijimos la última parte a la vez, nos reímos a pesar de todo, porque había sido el mantra de Inadaptados que Tami nos había metido en la cabeza casi a diario.

No obstante, Tami se puso seria rápidamente.

—Estaba tan preocupada Cassie... los magos de la guerra no me decían nada y yo no sabía... Jesse es listo, pero muchas cosas podrían haber salido mal y yo...

—No ha pasado nada malo —sonreí tristemente—, excepto que él tampoco me contó nada. No es que me sorprenda ahora. Él es el niño de su mamá; es solo que no sabía que tenías un hijo.

—No planeé quedarme embarazada. Cuando me enteré, lo oculté, y cuando Jesse nació... Tuve una charla con su padre y él acordó llevárselo. Su mujer no podía tener hijos y él, de algún modo, la persuadiría para jurar que el bebé era suyo. Creímos que, mientras Jesse siguiera su ejemplo y no mostrara ninguna señal de nada, algún día podría tener un aprendizaje de un oficio y tener una vida normal. Pero cuando tenía once años —tragó saliva—, empezaron todos esos fuegos.

Tardé un segundo en darme cuenta de lo que quería decir.

—¿Es piroquinético? *Uau*, eso es realmente... extraño. —Me mordí la lengua,

pero no engañó a Tami.

—Y realmente malo —dijo; su boca se torció—. Lo puso directamente en la lista de mierda del Círculo y ellos lo aprisionaron. Su padre se pasó dos años suplicando que lo soltaran, contrató a buenos abogados, hizo todas las cosas bien. Pero al final tuvieron que decirle que no había esperanza. Alguna cosa más, algo menor, sí, quizá podría haber ayudado. Pero no a Jesse. —Sus cejas se juntaron—. ¡Y yo no iba a soportar esa mierda!

—Lo sacaste.

Su barbilla se movió hacia arriba.

—¡Claro! ¡Coño! Lo saqué de allí. A los Inadaptados siempre nos tratan como si fuéramos inútiles, pero cuando me acerco a un guardia, ¡va y se viene abajo! ¡Pero él ya había estado aquí dos años! Me contó todo tipo de cosas, cómo viven, cómo están en prisión, cómo no los toca nadie como si fueran contagiosos y los rumores.

—¿Qué rumores?

—¿No los has escuchado? El Círculo está hablando de comenzar con operaciones obligatorias tan pronto como los niños sean lo bastante adultos.

Fruncí el ceño.

—¿Para qué?

—Para asegurarse de que no puedan reproducirse, de que no puedan contaminar el precioso banco de genes, ¡aun cuando se liberen de algún modo!

—Es un cargo que el Círculo niega —dijo suavemente Marlowe.

Tami se giró hacia él furiosa.

—¡El maldito Círculo no sabría la verdad aunque le mordiera en el culo!

Sólo Tami no se pensaría dos veces echar una bronca a un vampiro maestro enfrente de medio Senado, pensé, cuando Marlowe se echó un paso atrás. Levantó las manos, la boca hizo una mueca como una sonrisa que casi siempre lograba esconder.

—¡Nunca he dicho que les creyera!

—¿Pero por qué estás tú aquí? —le pregunté—. Quiero decir, sé que infringiste la ley, pero no fue nada demasiado grave. —Encerrar a una matriarca en la prisión más segura que poseían parecía una solución excesivamente innecesaria, incluso para el Círculo.

Marlowe levantó una ceja mientras me miraba.

—¿Hacer volar media docena de instalaciones educativas del Círculo no es muy grave? ¡Oh!, pero olvidé con quién estaba hablando.

Le miré, enojada, y entonces caí en la cuenta del resto de lo que había dicho antes. Me volvía hacia Tami, inquisitiva.

—¡Espera un minuto! Tú eres la Bruja Justiciera, ¿verdad?

Frunció el ceño, pasándose la mano por su falda arrugada.

—¿Te parezco una bruja?

Teniendo en cuenta por lo que había pasado, pensaba que estaba bastante bien, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo con lo que estaba haciendo.

—¿En qué demonios estabas pensando?

—Estaba pensando en que necesitaba sacar a mi hijo de aquí, ¡lejos de estos hijos de puta! Pero después de que hubiera sacado a Jesse, él me suplicó que volviera a por algunos amigos suyos. Y luego, ellos tenían amigos y luego los amigos tenían amigos... Y algunas veces los guardias no eran los únicos obstáculos, sobre todo una vez que entendieron que podía pasar sin que me vieran. Comenzaron a equipar trampas explosivas y... aumentaron rápidamente.

—¡Oh! —Parpadeé, encontrando difícil unificar a la justiciera loca con la mujer que había conocido. Claro que probablemente ella estaba teniendo un problema parecido conmigo.

—Pero el Círculo puso una trampa y caí en ella y ahora quieren que les dé los nombres de todos los que me han estado ayudando a encontrar casas para esos niños. Y no lo haré. —Miró un instante a Marlowe—. No me importa lo que me hagas. Vosotros, malditos vampiros, podéis dejarme seca y ¡no os diré una mierda!

—No es por eso por lo que estás aquí —le dije, interrumpiendo. Una farsa de espíritu era una cosa, pero insultar al Senado era algo más. Yo ya había lo hecho por las dos—. Quiero ver a Mircea —le dije a Marlowe, poniendo a Tami detrás de mí.

—Está indispuerto.

—Ya me lo has dicho. Aun así quiero verlo.

La expresión de Marlowe se quedó blanca con esa velocidad escalofriante que los vampiros muestran a veces.

—No —me dijo seriamente—. No creo que puedas.

—¿Dónde está? —preguntó Alphonse. Él y Sal se habían mantenido prudentemente en la parte de atrás, pero ahora se habían acercado. Uno de los guardias del Senado se movió para cortar el paso, pero Marlowe hizo un gesto y él los dejó pasar.

—Se le tuvo que trasladar a una zona más segura. —Marlowe me lanzó una mirada—. Tengo necesidad de cada operativo justo ahora; no tengo a los hombres para mantener a Lord Mircea recluido a salvo.

—¿Recluido? —La palabra no tenía sentido en el contexto de Mircea. Él era un maestro de primer nivel. Ellos iban adonde les diera la puta gana—. ¿De qué estás hablando?

—Intentó irse, supongo que para buscarte. Pero no estaba en completo control de sus facultades. No sabíamos lo que podría hacer si se escapaba y se iba con la población humana en ese estado... —Marlowe hizo una mueca—. Estaba... disgustado... porque le habían negado sus deseos. Tengo a seis hombres en condiciones críticas que te pueden confirmar este hecho.

Tragué saliva e intenté mantener una expresión neutral. Dudo que la consiguiera. Cuando Mircea estaba pensando con claridad, me había ordenado que me fuera. Si ahora estaba intentando seguirme, significaba que las cosas habían empeorado, incluso más rápido de lo que yo me había esperado.

—¿Dónde está? —repitió Alphonse, aunque sonaba más a «no hagas que me coma tu cara».

Sal le cogió el brazo mientras Marlowe tan solo parecía molesto. Claramente, no tenía en mucho la inteligencia de Alphonse. Era un punto de vista que yo compartía. Retar a cualquier miembro del Senado no era muy brillante, pero llevarle la contraria al infiltrado jefe era suicida, especialmente para alguien que apenas era del tercer nivel.

Cuando Marlowe lo ignoró, Alphonse soltó lo que sólo se le puede llamar un gruñido.

—Controla a tu sirviente —dijo Marlowe—, o lo haré yo.

Tardé un momento en darme cuenta de que se estaba dirigiendo a mí. No tenía sentido. Alphonse no era mi sirviente. Alphonse era... ¡mierda!

—Me estás tratando como la segunda de Mircea, ¿no es así? —Salió bien, aunque mis labios se habían entumecido.

—Él te nombró así mientras aún estaba... capacitado —admitió Marlowe.

Vale, eso era malo. Muy, muy malo. Explicaba un montón de cosas, incluyendo por qué la Cónsul había ordenado que me arrastraran a una celda en algún sitio, pero eso era solo el aspecto positivo.

Técnicamente, Mircea podía designar a cualquiera que él eligiera como su segundo, la persona que hablaba por la familia en el caso de que el maestro no fuera capaz de hacerlo durante un tiempo. Era el cargo que Alphonse había tenido bajo Tony. Pero, ¿por qué demonios Mircea me había elegido a mí? Tenía un personal completo en su casa en el estado de Washington, sin mencionar a una amplia familia de partidarios, cualquiera hubiera tenido más sentido como guardia temporal. Yo no podía defender a la familia que era un trabajo primario del segundo. ¡Ya había tenido demasiados problemas para mantenerme yo sola viva! ¿En qué demonios había estado pensando?

Me chupé los labios. Fue un gesto revelador que hubiera ganado que me dieran una bofetada por encima de la cabeza de Eugenie, pero de repente estaban tan secos que no podía hablar de otra manera. De todas formas, parecía que no salía nada de mi boca.

—Bueno, está claro que lo hizo —dijo Sal. Sentí una opresión de hierro descendiendo por mi hombro. Decía, «no te atrevas a desmayarte y avergonzarnos a todos». Puse derecha mi columna vertebral suavemente y la presión se alivió lo bastante para que pudiera irme con solo una ligera brisa—. El maestro y la pitia han

formado una alianza.

La expresión de Marlowe aclaró lo que él pensaba acerca de eso, pero entonces la Cónsul habló y ya no importaba la opinión de nadie.

—Entonces, tú puedes hablar por él —me dijo.

Me acerqué un poco, pero me detuve antes de que el reflejo hechizado por mi vestido le diera a la mesa. Dudaba que los pequeños puntos de luz que estaba emitiendo fueran más que un mordisco de una pulga para ella, pero no necesitaba ninguna ayuda para sacarla de quicio. Probablemente ya lo iba a conseguir yo sola.

Levanté la vista y miré esa cara de bronce bonita.

—¿Por qué lord Mircea ha sido aprisionado?

—Como se te ha dicho, por su protección. Se estaba haciendo muy difícil controlarlo sin que causara daño. La trampa también hace obvia la necesidad de supervisión constante.

—¿La trampa? Quieres decir que los has puesto en...

—No tuvimos otra opción —dijo Marlowe rápidamente—. No había nada más que pudiera sujetarlo.

Alphonse maldijo y yo me mordí el labio antes de decir algo que probablemente no viviría el tiempo suficiente como para arrepentirme de ello. Pero a pesar de mis mejores esfuerzos, sentí mi presión sanguínea elevarse a gran velocidad. Ella estaba hablando del tipo de caja mágica que Françoise había intentado utilizar con las Grayas. Estaba hecha para criminales peligrosos, lo que significaba que el diseñador no se había preocupado en proporcionar mucha comodidad ni tampoco se había preocupado de asegurar la pérdida del conocimiento. El comentario informal de la Cónsul significaba que Mircea estaba completamente solo en un mundo vacío volviéndose loco poco a poco, sin ningún tipo de comodidad, sin voz para hablar, sin mano para tocar. Nada. No me podía imaginar un destino peor.

—¿Vas a aceptar esta mierda? —siseó Alphonse en mi oído. Su puño estaba apretado y parecía un hombre que de verdad quería perder el control—. Porque yo...

Le di un pisotón en el pie, fuerte, e increíblemente se calló.

—No. —Volví a mirar a la Cónsul—. Mircea tiene que ser puesto en libertad. Inmediatamente.

Inclinó la cabeza ligeramente.

—¿Estás de acuerdo en completar el *geis*?

—No he dicho eso.

—Entonces se quedará donde está —dijo secamente—. No podemos curarlo. En cautiverio no se puede hacer daño ni puede hacer daño a los demás.

—¡Se está haciendo daño! ¡El *geis* lo está volviendo loco!

—Un hecho que puedes evitar, si tú quieres. —Un destello de ira se onduló en aquella cara normalmente impasible—. Si él no te hubiera nombrado como cabecilla,

ordenaría que te encerraran en una habitación con él y ¡así hubiéramos puesto fin a esto!

—Si Mircea quería eso, él no me hubiera nombrado su segunda —señalé, pensando frenéticamente. Y así me di cuenta de por qué me había dicho que me fuera, por qué había dado el único paso posible para asegurarse de que la Cónsul no pudiera obligarnos a estar juntos—. ¿Está asustado, verdad?

—¿Qué? —Era obvio que Alphonse estaba perdido, pero Sal parecía pensativa. Estaba empezando a preguntarme quién era realmente el que llevaba los pantalones en la relación.

—Tú ahora eres pitia —dijo lentamente, resolviéndolo—. Y el *geis* responde al poder. —De repente se le abrieron los ojos de par en par—. ¡Mierda!

No hay más que decir. Nunca iba a volver a suponer que Sal era lenta. Lo había cogido mucho más rápido que yo.

Por el bien de Alphonse, se lo expliqué:

—Cuando Mircea puso el *geis* sobre mí, era el más poderoso de las dos partes involucradas, así que yo estaba bajo su control. Se suponía que se iba a elevar antes de convertirme en pitia, pero no ocurrió así. Y ahora Mircea teme que mi poder supere al suyo; que, si completamos el *geis*, yo no sea su sirviente, sino que él sea el mío.

Alphonse se parecía a alguien al que le acababan de tirar una carga de ladrillos encima. Le dejé que procesara la información mientras me volvía a dirigir a la Cónsul.

—Tony tenía un portal —le dije bruscamente, lo utilizaba para sus operaciones de contrabando. Puedes usarlo para enviar a Mircea al Reino de la Fantasía, donde se reducirán los efectos del *geis*. Allí debería tener control sobre sí mismo.

—El duende no lo permitirá. —La bonita máscara volvió a estar en su sitio y era tan perfecta que casi pensaba que me había imaginado la otra.

—El oscuro lo hará. Su rey y yo tenemos un acuerdo. Y uno de sus sirvientes está disponible para escoltar a Mircea hasta el palacio, así que no será lastimado en el camino. Todo lo que necesitamos es una fuente de poder para abrir el portal. —Le di a Billy un codazo metafísico. Dudaba que pedirle que cuidara a una duendecilla con mal carácter fuera a salir bien, pero no tenía otra opción. No confiaba en Radella—. Asegúrate de que no traicione a Françoise —le dije.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

—Ella puede oírte —le recordé. Por alguna razón, ella nunca había tenido ningún problema con eso, ni siquiera en nuestro mundo—. Dile que el trato se romperá si intenta algo.

Billy se alejó medio camino de la gargantilla para sonreírme.

—Esto tiene potencial.

—¡Y no le lleves la contraria!

—Claro que no. —Puso su cara herida.

—Esto no resolverá el problema en cuestión —insistió la Cónsul, ignorando mi conversación unilateral. La capucha de la serpiente detrás de ella se dobló en una onda larga y lenta que caía en forma de cascada en el reluciente caftán. No sabía si eso significaba algo, así que lo ignoré.

—He estado trabajando en una solución permanente. —Había esperado no tener que sacar esto a la luz, teniendo en cuenta cómo respondería seguramente, pero estaba fuera de las demás opciones—. Existe un contrahechizo.

—Nuestros expertos han coincidido en que no es cierto.

—Entonces, tus expertos están equivocados. El contrahechizo se encuentra en el *Códice Merlini*.

Marlowe me estaba mirando y empezaba a comprender. Él había estado allí cuando los duendes oscuros me habían dado el encargo de encontrar la maldita cosa, cuando había descubierto que contenía una manera de escapar del *geis*.

—Tú lo encontraste —dijo suavemente.

Sacudí la cabeza.

—Aún no, pero sé cómo conseguirlo.

—Me lo vas a decir —dijo la Cónsul. No era una pregunta—. Enviaré a alguien a por él y si dices la verdad, ordenaré que suelten a Mircea. Te quedarás aquí hasta que me lo traigan.

—No lo entiendes —le dije, intentando mantener la calma—. No es cuestión de dónde está, sino de cuándo. Soy la única que puede conseguirlo. ¡He estado trabajando en ello durante dos semanas ya!

La Cónsul tan solo me miró. Durante un momento, temí que fuera a pedir una de sus interrupciones, que podían durar desde horas hasta días, pero luego parpadeó.

—¿Por qué debería creer que deseas ayudar a uno de los nuestros?

—¿A uno de los vuestros? —Bajé las manos desesperada—. Excepto por lo de beber sangre, prácticamente soy una de los vuestros.

Su cara mostró la primera sonrisa que había visto en ella. Después de haberla visto, esperaba que también fuera la última.

—Si eso fuera verdad, hace tiempo que estarías muerta por rebeldía.

De acuerdo. Amenazas de muerte a un lado, estamos haciendo progresos.

—Si quisiera a Mircea herido, entonces, ¿por qué iba a estar aquí? —le pregunté—. ¿Qué castigo podría darle que fuera peor que lo que está pasando ya? Si quisiera que sufriese, tan solo me apartaría. Así es como sabes que quiero ayudar.

—¿Y qué es lo que quieres a cambio?

Por fin llegamos a eso.

—Quiero que se libere a Tami y que se le absuelva de todos los cargos.

—¡Cassie! —Escuché el susurro de Tami excitado detrás de mí, sentí sus ojos perforándome la nuca, pero me tragué las palabras que sabía que ella esperaba escuchar.

Ella quería que yo pidiera que se hiciera algo por esas malditas escuelas de magos, pero yo conocía otras cosas. La Cónsul podría ser capaz de mover sus hilos acerca de un único prisionero, pero cambiar un área completa de política del Círculo sería sobrepasarse. Ella no tenía ese tipo de autoridad y pedirle algo que ya sabía que no podía darme, tan solo haría parecer que yo no quería ayudar a Mircea. Ya había pedido más delo que yo pensaba que podía obtener, estipulando que los cargos se retiraran en lugar de simplemente liberar a Tami. No iba a conseguir nada mejor. No esta noche.

—A cambio, recuperaré el contrahechizo y liberaré a lord Mircea del *geis* —dije. La Cónsul no parpadeó esta vez.

—Hecho. Pero te llevarás a uno de nosotros.

—Había planeado llevarme a Alphonse —comencé, pero ella me detuvo.

—No. A un senador.

Me lo había estado temiendo. ¿Por qué sólo acordar salvar a Mircea cuando también había una oportunidad de conseguir el Códice? Sólo que eso no iba a suceder. No había pasado por todo esto para poner ese tipo de poder en las manos de los vampiros. Afortunadamente ella no había especificado qué senador.

Sonreí y ni siquiera intenté hacer una mejor versión que la suya.

—De acuerdo.

Aterricé en el tejado del Dante dos semanas atrás y estuve a punto de caerme. Tenía los pies sobre hormigón, pero la campana de mi falda se balanceaba con la brisa. Me agarré a un lateral de una torrecilla tan fuerte que me arañé la piel, temblando ligeramente al darme cuenta de que si hubiese caído unos centímetros a la izquierda habría aterrizado sobre la nada. Pero no fue así, lo había conseguido. Y después de un momento logré separarme de la falsa roca y mirar a mi alrededor.

Desde aquí arriba todo estaba extrañamente silencioso: el ruido del tráfico se había atenuado y no se percibían sonidos de combate. Todo parecía normal, con las luces de la Franja brillando en la distancia y eclipsando la marquesina plagada de estrellas situada en lo alto. Pero una ráfaga repentina de viento procedente de la base de una torre me empujó con tanta fuerza que me hizo retroceder un paso. Con ella vino un olor a pólvora y ozono. Parecía que estaba en el lugar correcto.

Volví a acercarme con cuidado al borde del tejado y vi el aparcamiento a mis pies, una imagen caótica. El humo azul casi se había disipado en un lado y dejaba ver coches quemados y destrozados, una serie de cuerpos evidentemente muertos y Tomas, de pie frente a una multitud de curiosos espectadores haciendo su imitación de Obi Wan: «Estos no son los droides que estás buscando», mientras un hombre rata se acercaba a la puerta de atrás dejando un rastro de sangre en el suelo.

En el otro extremo del aparcamiento, alejado de la carretera, la limpieza había empezado. Fue ligeramente interrumpida por una vampiresa que corría por el aparcamiento agitando las manos frenéticamente mientras le salían llamas de la espalda de su chaqueta. Mircea se movió para interceptarla, mientras más vampiros emergían de un par de limusinas plateadas que estaban aparcadas en el otro extremo del casino. Mircea consiguió que la vampiresa enloquecida recuperase el control con una sola palabra, y otros saltaron sobre ella con mantas para apagar las llamas. Poco después me vi junto a Françoise y un punto brillante que supuse que era el destello de la duendecilla.

Aparte de Mircea, nadie pareció darse cuenta de su partida. La mayoría de sus vampiresas estaban demasiado absortas en controlar los incendios. Cuando una chispa sin control puede resultar mortal, uno tiende a prestarle atención. Miré hacia atrás, al otro charco de actividad, y vi que todo el mundo también parecía bastante distraído. Ahora Tomas estaba hablando con dos polis, mientras Louis-Cesare sostenía a la versión más joven de mi otro yo para que pudiese discutir con Pritkin. Pero era la mejor oportunidad que se me iba a presentar.

Me puse detrás de Mircea:

—¿Me has echado de menos?

Giró bruscamente la cabeza y abrió los ojos como platos. Miró hacia el lugar donde acababa de desaparecer mi otro yo y luego volvió a mirarme.

—¿Qué es esto?

Le eché una ojeada. No habría podido decirlo desde el tejado, pero tenía un aspecto horrible. Tenía una quemadura en la espalda de la cazadora en forma de diamante y pequeños harapos de material negro flotando en el aire tras él como serpentinas de Halloween. Tenía la mitad del pelo suelto, que le caía de lado sobre una mejilla, y tenía ceniza en la barbilla.

Por lo menos la camisa estaba bien: era de seda china fuerte, con pequeños broches en lugar de botones, y parecían haber sido protegidos de una electrocución gracias a la chaqueta.

Tenía un poco de ceniza pegada a la seda color crema. Me acerqué para limpiársela, pero él se apartó con un gesto brusco.

—Tenemos que irnos —dije con impaciencia. Probablemente tenía pocos segundos antes de que me viese alguien que no debía.

Me acerqué a él, pero de repente ya no estaba allí. ¡Maldita sea! Me había olvidado de lo rápido que pueden llegar a moverse los vampiros.

—¿Quién eres? —La voz provenía de detrás de mí.

Me giré tan rápido que la falda se me enrolló a las piernas. Me tambaleé un poco, pero recuperé el equilibrio y conseguí no caerme. Pero se me soltó el moño tan *chic* que Sal me había hecho y el pelo se me vino a los ojos. Lo peiné hacia atrás y recorrí a tientas el asfalto buscando las horquillas. Le dije que no funcionaría. La elegancia y yo no nos llevamos muy bien.

Por fin conseguí encontrar un par de horquillas y me levanté, intentando sujetarlas y que no se me cayesen las cosas de mi sobrecargado bolso. Marlowe había estado gorroneando por la tesorería del Senado y había aparecido con la gran bolsa de joyas que ahora mismo intentaba dislocarme el brazo.

—Riqueza portátil —me había explicado cuando le pregunté por qué iba a andar con un puñado de piedras que harían parecer al diamante Hope una cosa insignificante—. En una revolución, la gente quiere cosas que se puedan sacar fácilmente del país.

Podría discutir lo de fácil de sacar, pero no me apetecía quejarme. Sólo esperaba que fuese suficiente. Por desgracia, las piedras y mi pistola no habían dejado espacio para un cepillo.

—¿Tienes un peine?

Seguramente teníamos que parecer respetables para esto. Tal y como estaban las cosas, no estaba segura de que nos dejaran entrar a ninguno de los dos.

Como Mircea no contestaba, levanté la mirada y vi que estaba sosteniendo algo, y no era un peine.

—¿Para qué es eso?

—Para ti si no me dices la verdad.

—Ya tengo un arma —le dije, confusa. ¿Qué pensaba que iba a hacer con esa cosa? No era una pistola, era un rifle de asalto M16. Aquello era gigante, y me estaba apuntando.

—¡Ah! —De repente lo entendí. Dejé caer las horquillas y extendí las manos con las palmas hacia arriba. Pero la pistola que apuntaba a mi pecho no cambió de posición—. Después de lo que acabas de pasar es comprensible que estés un poco asustado —le dije. Y no sé por qué no se me habría ocurrido antes—. Pero estoy aquí para ayudar. Por favor, cógeme la mano y te lo demostraré.

La única respuesta de Mircea fue retroceder unos cuantos pasos. Probablemente para disparar mejor. Detrás de él, varios de sus vampiros dejaron sus tareas de extinción y nos miraron. Genial.

—Deshaz el hechizo —me dijo con un tono desagradable—. A mí no me engañas.

—No estoy utilizando... —empecé a decir, pero volvió a desaparecer antes de que pudiese acabar. Tardé un momento, pero lo divisé al otro lado del aparcamiento, por encima de una de las limusinas. Y no, dejar que se fuera a cualquier parte no era una opción.

Me transporté, pero en el medio segundo que me llevó llegar allí ya se había evaporado. Estaba a punto de abrir una de las puertas del coche para mirar dentro, cuando vi el reflejo de dos figuras borrosas moviéndose detrás de mí. Volví a transportarme antes de que los vampiros pudiesen agarrarme y aterricé de espaldas al otro lado del aparcamiento, cerca de donde había empezado. Empezaba a sentirme mareada. Mala señal. Sobre todo cuando ni siquiera habíamos conseguido llegar a la maldita subasta.

Miré a mi alrededor intentando encontrar a Mircea, y casi tropiezo con él. Ambos nos asustamos, y con un rápido vistazo vi que había perdido el arma. Quizá había recordado que realmente no la necesitaba para matarme. O quizá había decidido dejarme hablar.

—Escucha —le dije—, sólo quiero...

Me lanzó una poción a la cara. Yo tenía la boca abierta y me atraganté con aquella porquería de sabor vil. Era verde y aceitosa y me escurrían glóbulos de ella por la barbilla que fueron a parar en el collar de Billy. Maravilloso. Aquella cosa tenía tantos recovecos y huecos que probablemente nunca conseguiría limpiarlo.

Cuando por fin pude pestañear lo suficiente para quitarme aquella cosa de los ojos y poder ver: me encontré a Mircea mirándome fijamente, con una mirada medio perpleja, medio enfadada.

—Eso debería de hacer desaparecer el hechizo —dijo, como si estuviese hablando solo.

—Seguramente, ¡si es que hubiese alguno! —dije furiosa. Y volvió a desaparecer—. ¡Por tu bien espero que esto no manche! —grité hacia el lugar donde estaba antes, justo antes de que un brazo me rodease el cuello.

—Debes de ser poderosa —susurró exhalando su cálido aliento en mi oreja— para que ese brebaje haya fallado.

Conseguí liberarme de su abrazo estrangulador y me lancé sobre él.

—¿Te puedes estar quieto un minuto?

Mircea volvió a girarse con un movimiento demasiado rápido para mis ojos y me agarró por el cuello, con su palma sobre mi piel desnuda. Yo suspiré de alivio.

—Gracias —le dije con sinceridad, y nos transportamos antes de que alguien más nos viese jugando al cógame si puedes.

Un momento después, estaba clavada contra una pared de ladrillo dura y fría. Mi cuerpo me informaba sin cesar de que quizá había hecho demasiados saltos últimamente, y que había aterrizado en un charco y tenía lodo congelado en el zapato. Sin hablar de la mano de Mircea agarrándome el cuello, que me sujetaba demasiado fuerte como para sentirme a gusto.

—¿Dónde estamos? ¿Y quién eres? —No lo veía muy bien, pero parecía cabreado.

—¿En qué momento estamos? —corregí. Caía una nieve fina que formaba remolinos y que se me quedaba como un pegote en las pestañas. No veía demasiado con su cuerpo en medio, pero la noche era fría y húmeda, no cálida y árida, y había guijarros bajo nuestros pies, no asfalto. A juzgar por lo que estaba experimentando, y a pesar de mi mareo, nos habíamos transportado por lo menos unos cuantos siglos atrás—. Y ya sabes quién soy.

—Tú no eres mi Cassandra. —Su tono era neutro y duro. Nunca lo había oído en él, al menos no dirigido a mí.

—Entonces, ¿quién soy? —Deseaba que la carretera se estuviese quieta durante un minuto, lo suficiente para recuperar la respiración, para pensar.

—Eres una bruja que se oculta bajo un hechizo y si no lo haces desaparecer, lo haré yo —dijo, mientras apretaba cada vez más.

Al tragar pude sentir su palma de la mano. Me preguntaba durante cuánto tiempo más podría seguir haciendo esto, cuánto tendría que apretar él para que yo no pudiese tragar ni respirar. No parecía faltar demasiado, pero no podía pensar ni en una sola cosa que decir para detenerlo. Lo único que nunca se me habría ocurrido era que Mircea me confundiese con una de las personas contra las que habíamos estado luchando. Porque lo conocía, instintivamente, sin lugar a dudas, y simplemente había supuesto que él sentía lo mismo.

Obviamente estaba equivocada.

Sentía sus dedos sobre mi cuello, flexionados contra el músculo, y sabía que tenía

que decir algo o hacer algo ya. Pero no me podía volver a transportar, todavía no, no con el pánico y el cansancio devorándome. Y estaba segura de que perdería el conocimiento antes de poder recordar algo que pudiese convencerlo para que esperara un minuto antes de matarme.

De repente, Mircea soltó la mano y yo jadeé. Veía puntitos negros bailando ante mis ojos mientras mis pulmones luchaban con mi garganta para obtener el suficiente aire para mi sistema hambriento de oxígeno. Sentí como me agarraba la barbilla, noté que me apartaba el pelo de la cara, pero parecía bastante trivial después de no asfixiarme. Unos dedos ligeros recorrieron suavemente un par de arrugas apenas perceptibles en mi cuello, deteniéndose directamente sobre la piel sensible y brillante.

—¿Dónde te hiciste esto? —dijo con una voz débil, pero ya no estaba segura de si era él o yo. Los oídos todavía me pitaban, no sé si por el hecho de habernos transportado o por estar a punto de asfixiarme, no estaba segura. Me llevó un par de segundos entender de lo que estaba hablando. Y luego me di cuenta de por qué me había soltado, de por qué era probable que no muriese esa noche, al menos a manos de él. Me dejé caer contra el ladrillo frío tan aliviada que casi tenía ganas de reír, aunque de haberlo hecho me habría dolido mucho la garganta.

—¿Dónde?

Su voz sonaba ahora más fuerte, más insistente. A lo mejor había tenido una oportunidad de recuperarse de la conmoción. Lo miré fijamente con una mano sobre mi cuello herido. Podría darme la misma oportunidad.

—¿Dónde crees tú? —le solté.

Las marcas de mordiscos son como las huellas dactilares: no hay dos iguales. Hacía días que llevaba la huella de sus dientes en mi carne, como una marca. Probablemente fuese la razón principal por la cual Alphonse, Sal e incluso la Cónsul, a su manera, habían cooperado tanto. Y si ellas lo habían reconocido, Mircea seguro que también tuvo que hacerlo.

—Es mi marca, aunque yo no te la he hecho.

—No me la has hecho «todavía» —corregí. No podía ocultar el hecho de que yo pertenecía a su futuro. Su Cassie no podía transportar a la gente a través del espacio, y mucho menos a través del tiempo. Ya había revelado todo eso.

El truco era no decir nada más.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberte hecho daño.

—¿Podrías?

Volvió a tocarme durante un instante. Sus fuertes dedos se enredaron en mi pelo, me frotaron la nuca y recorrieron con cuidado la herida en proceso de curación hasta que dejé de sentirla. Al menos el dolor, pero los dos pequeños bultos seguían allí. No eran duros, pero sí obvios, al menos para mí. Y supongo que también lo eran para él, porque inclinó la cabeza y los besó, con mucho cuidado, suavemente, con sus labios

suaves y cálidos recorriendo las pequeñas cicatrices.

No me tocó de una manera especialmente sensual, pero mi cuerpo reaccionó de inmediato emitiendo un torbellino de adrenalina. Por un minuto, mis dedos se aferraron a su abrigo, no por el frío ni por que oliese a humo, ni porque estuviese pringada de un líquido verde que me escurría por el cuello.

—Siguen ahí —dije temblando mientras él me acariciaba el cuello.

—Siempre estarán ahí —murmuró—. Eres mía. Anuncian ese hecho a todo el que te ve.

—Es un poco más común que te den un anillo —dije sin aliento—, sin mencionar lo de consultármelo primero.

—Soy todo un caballero, mi *dulceață* —me dijo con reprobación—. Nunca entraría en casa de una dama, ni en su cuerpo o su mente, a menos que me invitase.

—Pero yo no... —y me detuve. No le había dado permiso explícitamente aquella vez, pero tampoco lo había echado de la cama exactamente. Y cuando por fin había conseguido resistirme, Mircea lo dejó pasar. Después de llegar hasta allí, él paró.

—Tal y como pensaba —murmuró, y luego me besó. Y todavía era tan cálido, húmedo y necesario como el agua. Le correspondí a su beso con entusiasmo y se me pasó por la cabeza que quizá no fuese propio de una dama, pero a él no parecía importarle. Me besó hasta que empecé a marearme debido al calor que recorría todo mi cuerpo, como si hubiese bebido algo raro, extraño y adictivo. Tan adictivo que me llevó un momento recordar que el plan no era alimentar al *geis*.

Me aparté de un tirón sintiendo un peso en el pecho y el aire frío punzándome los brazos desnudos. Encogí los hombros por el frío y tragué saliva emitiendo un ruido que no se parecía en lo más mínimo a un gemido.

—¿Te importaría no hacer eso? —susurré. Ya era lo bastante duro tal y como era sin que provocase que mis niveles de hormonas se uniesen a mi presión sanguínea.

—¿Por qué? —Parecía realmente extraño.

—Porque no... nosotros no... Es complicado, ¿de acuerdo?

Mircea era capaz de transmitir más con un pequeño movimiento facial que alguna gente que yo había conocido con conversaciones enteras. En este momento sus cejas indicaban sarcasmo.

—*Dulceață*, las únicas veces que he dejado tal marca fue para castigar o para reclamar.

—Puede que yo...

—Y cuando se trata de castigo no me alimento del cuello.

Tragué saliva y cerré el pico. Así no iba a ganar. Si seguía hablando no tardaría mucho en sacarme toda la historia. Y quizá no importase, pero quizá sí. Porque no había mucha gente que pudiese contemplar el tipo de tortura al que se enfrentaba sin hacer nada al respecto. No lo conseguiría, pero casi seguro que alteraría el tiempo en

el intento.

Miré a mi alrededor, pero no había nadie a la vista. Podía ver gracias a la luz que emitían un par de faroles parpadeantes colocados uno a cada lado de una puerta cercana. Estaban unidos a una casa que estaba pegada con otras, moradas medievales de cuatro pisos alineadas una detrás de otra como viejos borrachos. Ninguna de las otras tenía faroles ni había sombras moviéndose tras las cortinas en su interior. Eso, además del hecho de que mi poder tiende a llevarme adonde necesito estar, significaba que probablemente ese era el lugar.

—Ahí dentro hay una fiesta esta noche —le expliqué mientras intentaba tranquilizarme al mismo tiempo que cada uno de mis nervios me decía: «¡Ahora! ¡Date prisa! ¡Está ahí dentro!». La idea de que el Códice pudiese estar a unos diez metros de distancia era suficiente para confundirme, aún sin la ayuda de Mircea.

—Un par de brujas negras están a punto de subastar un libro de hechizos. Tenemos que entrar ahí dentro y comprarlo, robarlo o conseguirlo antes de que alguien lo haga...

De repente, Mircea me atrajo hacia él y me llevó de nuevo contra la pared.

—No es momento de... —empecé, y luego el aire crepitó y se desgarró, como si todos los relámpagos de Europa hubiesen decidido descender sobre nosotros al mismo tiempo. Hubo una ráfaga de viento y el mundo basculó de forma horrible. Un segundo crujido entumecedor, un destello de luz púrpura imposible, y una barcaza ornamentada apareció en medio de la estrecha calle. Era tan grande que su casco casi rozaba los edificios situados a ambos lados.

La miré fijamente, viendo imágenes persistentes de la tormenta repentina bailando alrededor de la realidad de un enorme barco bloqueando abiertamente la calle de esta manera. Sólo me dio tiempo a pensar: «Sí, probablemente éste sea el lugar», antes de que Mircea me arrastrase hacia las sombras de un callejón casi inexistente entre dos edificios ebrios. Su mirada era furiosamente atenta.

—¿Dónde estamos?

—París, 1793 —conseguí decir, sin estar segura de si sería capaz de oírme. Le había tenido que leer los labios para entenderlo debido a la sinfonía interpretada casi al completo por instrumentos de percusión que se habían instalado en mis canales auditivos—. Al menos eso espero.

Mircea permaneció en silencio durante un momento, mientras su raudo cerebro se ponía al día.

—¿Por qué? —preguntó por fin.

—Te lo dije. Nos vamos a una fiesta.

Por encima de su hombro, vi cómo de la barcaza salía una rampa que se extendía hasta tocar la calle helada. Era roja, como el casco, y un intenso color carmesí formaba el fondo de grandes espirales doradas, verdes y azules que mis ojos, en fase

de recuperación, finalmente pudieron identificar como un dragón alargado. Su hocico esculpido formaba la proa del bote. Cada uno de los colmillos delanteros sostenía una bola dorada y brillante colocada casi como faros delanteros. Su largo cuerpo serpentino recorría el lateral para terminar en una cola con púas cerca de la proa. No había remos, velas ni ningún otro rastro de sistemas de propulsión, nada que pudiese explicar cómo había aparecido encallado entre los edificios sin agua a la vista.

Cuatro hombres fornidos con armaduras doradas descendieron por la rampa. Sus trajes estaban cubiertos por completo de pequeñas escamas, imitando a las del dragón. Se colocaron a ambos lados de la rampa, de dos en dos, blandiendo largas espadas como guardas de honor. Entonces, de la barriga del dragón salió flotando una pequeña silla con una mujer aún más pequeña sentada sobre ella. Sus pies, increíblemente pequeños, estaban envueltos en zapatos de loto satinados y no tuve que preguntar por qué levitaba la silla, porque no había manera de que aquellas cosas tan minúsculas hubiesen sostenido ni siquiera su propio peso.

A primera vista parecía desvalida, como una muñeca vestida con demasiada elegancia que tenía que ser transportada por sus ayudantes. La imagen contrastaba rigurosamente con el poder que irradiaba, igual que una pequeña supernova, inundando la calle con una fuerza invisible pero casi sofocante. Los guardias eran para alardear, ya que esta belleza no necesitaba a nadie que la defendiese.

—¿Quién es? —conseguí soltar.

—Ming-de, emperadora de la corte china... es casi lo mismo que nuestra Cónsul —susurró Mircea, con su aliento congelando el aire delante de mi cara.

Observé cómo los dragones adornados con joyas del vestido de Ming-de se enroscaban, se retorcían y se enrollaban. En principio pensé que se debía a la luz parpadeante de los faroles, pero no. Un pequeño dragón dorado correteaba por los bajos de su vestido, brillante como el fuego en contraste con la seda carmesí, y me di cuenta de que tenían pensamiento propio.

—Pero, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Viajando por líneas ley —dijo Mircea mientras todo el grupo entraba formando una majestuosa procesión.

—¿Qué?

Hubo otro fogonazo, esta vez verde, y un golpe tan fuerte como para hacerme saltar. Parpadeé y, cuando volví a mirar, detrás de la barcaza de Ming-de apareció un enorme elefante gris con un howdah dorado. El elefante no parecía tener tanto espacio como le gustaría y soltó un trompetazo atronador de protesta. De la parte de atrás de la barcaza asomó la cabeza de un guardia y gritó algo. Luego el enorme barco dio un bandazo hacia delante a paso lento hasta que golpeó un farol y tuvo que detenerse. Empezaba a parecer una fiesta en la que los anfitriones no habían pensado demasiado en el tema del aparcamiento.

Después de un momento, el elefante se arrodilló y apareció una pareja india. Llevaban hermosísimos ropajes con colores verdes y azules de pavo real, aunque nada parecía moverse. Entre ambos llevaban puestas tantas joyas como yo tenía dentro de mi pequeña bolsa, y el zafiro del turbante del tío era tan grande como mi puño. Pero no tuvieron que despojarse para la subasta. Cuando se dirigían hacia la puerta, una pequeña alfombra voladora se desplazó por el aire hasta colocarse detrás de ellos transportando un cofre. Sentí cómo me daba un vuelco el estómago. Si estos eran ejemplos de los pujadores, volvía a tener problemas.

—Vale. ¿Qué está ocurriendo? —pregunté.

—El maharajá Parindra de la *Durbar* de la India. Es lo mismo que nuestro senado —me explicó Mircea—. Creo que la mujer es Gazala, su segunda.

—Pero, ¿cómo han llegado aquí?

—A través de líneas ley.

—Eso ya lo has dicho antes. No me ayuda.

Mircea me hizo un gesto raro con una ceja.

—¿Nunca has navegado por una línea ley?

—Ni siquiera sé lo que significa.

—¿De verdad? Recuérdame que te lleve algún día. Creo que te parecerá... excitante.

Lo miré fijamente e intenté recordar, no sin dificultades, de lo que estábamos hablando. Frunció la boca formando una casi sonrisa, olvidando su intensidad anterior o, lo que era más probable, ocultándola.

—Me encantará aclararlo más tarde, pero por ahora apreciaría más una explicación más coherente de tu presencia aquí.

—Vamos a pujar por un libro de hechizos. Acabas de ver a nuestra competencia.

Mircea me miró con escepticismo.

—Conozco bien a Ming-de, pero sólo porque una vez fui el enlace del Senado con su corte. Y me encontré con Parindra una sola vez, porque ambos tenemos la reputación de viajar poco más allá de nuestras tierras. Si quisiesen algo así hubiesen enviado a un sirviente.

—Bueno, obviamente no lo han hecho —dije hurgando en lo que quedaba de la chaqueta de Mircea hasta encontrar un pañuelo. Limpié todo lo que pude de aquella cosa que me había lanzado, fuese lo que fuese; por suerte se había secado casi todo y mucho se había ido con el viento—. Por lo menos no huele —dije tristemente.

Mircea cogió el pañuelo y me limpió una mancha verde del cuello. Sus nudillos apenas me rozaron, y aun así fue a través del tejido satinado del lino.

Fue una sensación extraña, cerca pero sin tocar, cálido pero sin sentirlo, la manga de su chaqueta susurrando a lo largo de mi brazo desnudo.

—¿Por qué volviste a por mí? —murmuró, acariciándome suavemente,

presionando lo justo para que yo sintiese las iniciales bordadas en la tela—. ¿No existo en tu época?

Define existir, pensé, mientras el pequeño cuadrado descendía, con los extremos bordeados con una cinta haciéndome cosquillas en la parte superior de los pechos.

—La Cónsul no me dejaba venir sola —dije respirando.

Cuando había hablado con Billy sobre llevarnos a Mircea, todavía estaba relativamente lúcido... tanto como el *geis* nos permitía a todos. Pero si la Cónsul estaba tan desesperada como para ordenar que lo confinasen, entonces estaba muy lejos de poder ayudarme. Y yo necesitaba ayuda competente.

Si Mircea moría, no tenía ninguna duda de que la Cónsul me echaría la culpa a mí. Y, a diferencia del Círculo, que parecía tener demasiados problemas para concentrar toda su energía en perseguirme, me dio la impresión de que era una persona de ideas fijas. Si quería verme muerta, tenía la sensación de que moriría. Realmente rápido.

—Podías haber elegido otro senador —señaló Mircea.

No se me ocurría ninguna mentira convincente teniendo toda la piel en carne de gallina debido a sus caricias, que me profería con servil devoción.

—Tu otro tú estaba ocupado —dije, agarrando el pañuelo antes de que se me fuese la cabeza. Esto no iba a llegar a ninguna parte y yo no era tan masoquista.

—Para algo tan importante podría haber encontrado tiempo —dijo Mircea en voz baja.

Y sí, estaba jodida, porque de ninguna manera habría enviado a nadie más para ocuparse de algo que le concerniese de manera tan personal. Pero todavía no le iba a decir nada.

—Vas a tener que confiar en mí —le dije.

—Aunque tú no me corresponderás con el mismo honor, ¿verdad?

Respiré profundamente y me concentré en no darme cabezazos contra la pared.

—No hay mucho más que te pueda decir. Probablemente ya he dicho demasiado. Lo único que necesitas saber es que tenemos que conseguir ese libro o ambos tendremos problemas.

Mircea se tomó un momento para procesarlo. Estaba segura de que no iba a dejarlo así, que no iba a confiar en mi palabra sin más. Pero luego extendió el brazo.

—¿Puedo suponer que esto cuenta como una primera cita?

—Ya hemos pasado por eso hace mucho tiempo —dije sin pensar.

Él sonrió lentamente.

—Es bueno saberlo.

El tipo que contestó a la puerta tenía unos cuarenta y pocos años, el pelo fino debajo de una peluca que llevaba torcida y muchos dientes ya podridos. No parecía alguien que hubiera sido capaz de defender a un mago legendario, pero quizá solo era el mayordomo. Le seguimos a través de un pasillo estrecho y subimos unas escaleras hasta una biblioteca. Tenía una chimenea de mármol vistosamente tallada, estanterías que cubrían dos paredes, nácar sobre las molduras de madera oscura y unas tres docenas de invitados.

Todos ellos se detuvieron para mirarnos cuando el mayordomo, o lo que fuera, nos presentó. No había escuchado a Mircea dar su nombre, pero de todas formas el hombre lo sabía, aunque yo solo era una invitada. No tenía que haberme preocupado tanto por nuestra apariencia: Mircea se las apañó para hacer que la manera de quitarse su abrigo fuera como si hubiera marcado una tendencia de moda. Vi a muchos otros hombres allí, a hurtadillas, quitándose los suyos después de un momento, sin querer perderse esa nueva tendencia. Pero uno permaneció quieto, tapado desde la cabeza hasta los pies, con una capa negra gruesa que rozaba el suelo y no dejaba ver mucho más que una nariz. Me pareció bien, porque la gente que estaba viendo ya me estaba sorprendiendo bastante.

Una mujer apareció enfrente de nosotros llevando una cesta de escarapelas tejidas azules, blancas y rojas. Preferí no hacerle ningún agujero a la creación de Augustine y quedarme con la que llevaba puesta aunque no me gustara. Era divertido: no me podía imaginar qué material habían usado.

—Pelo humano, probablemente de los guillotizados —murmuró Mircea. Rápidamente la puse en una mesa de al lado.

Un momento más tarde, una chica francesa, bonita y con ojos oscuros se pavoneaba con una bandeja de vasos de vino. Le dio uno a Mircea y luego se quedó allí parada, aparentemente esperando a que lo acabara para así poder darle otro. Parecía que el resto de la sala no tenía tanta suerte. Pero me di cuenta de que Mircea no bebía, tan solo sostenía el pie de la copa delicado con indiferencia en una mano, el contenido de color rojo sangre brillaba en la luz tenue.

Cogí una copa de la bandeja y me la bebí casi toda de un sorbo. Estaba bueno y el humo que me despejaba la cabeza era mejor. Mircea me observó con una sonrisa, nos intercambiamos los vasos y él me dio el suyo lleno.

—¿No te gusta el vino? —le pregunté, dando sorbos con un poco más de decoro.

—Depende de las circunstancias.

—¿Cómo por ejemplo?

—Recuérdame que alguna vez te lo enseñe —murmuró mientras una mujer

impresionantemente bonita se unió a nuestro grupo.

Era japonesa, o al menos parecía asiática y tenía colibríes de papiroflexia zumbando a su alrededor, sujetándole la cola de su vestido pintada a mano. Y ella era solo la primera de muchas. A pesar del hecho de que encontramos una esquina oscura al lado de la chimenea para esperar al evento principal, una corriente continua de personas se dirigieron hacia allí para hablar con nosotros. O, para ser más precisos, para hablar con Mircea, ya que la mayoría de ellos apenas me habían mirado. No pude evitar darme cuenta de que un número desproporcionado de esas personas parecían ser atractivas y, además, mujeres.

No sé por qué me sorprendió. Había sido igual en el patio, cuando Mircea vino para hacerle una visita larga a Tony. Había oído por casualidad al personal quejándose de que nunca habían tenido tantos invitados; incluso vampiros que odiaban a Tony habían pasado por allí para mostrar su agradecimiento. Porque Mircea no era sólo un miembro del Senado, era un Basarab, lo que para los vampiros era como estar en la categoría de estrellas de películas.

O quizá una estrella del rock, pensé, conteniéndome para no quitar a la fuerza la mano que la *groupie* de turno, una bruja escultural con el pelo castaño rojizo, había puesto sobre su brazo. Mircea se echó para atrás con el pretexto de poner su copa vacía sobre la repisa de la chimenea y su admiradora hizo lo mismo. Su boca se arqueó en una sonrisa afligida que, por un momento, quise probar de tal manera que ni siquiera podía pensar.

No culpaba a las *groupies*. Mucho. Mircea era perfectamente capaz de utilizar su aspecto y reputación para sacar ventaja: era prácticamente un requisito del trabajo. Pero lo más gracioso era que la mayoría del tiempo no lo hacía a propósito. Simplemente disfrutaba de su entorno, igual daba dónde estuviera o lo que estuviera haciendo, con una sensualidad inconsciente que formaba parte de él, igual que su color de pelo.

Incluso con el poder extra que mi oficio me prestaba, el *geis* se estaba fortaleciendo. Simplemente el estar a su lado hacía que mi corazón corriera a toda prisa y mi pulso palpitara. Y mi cuerpo iba notablemente más despacio al obedecer las órdenes de mi cerebro para mirar a otro lado, para no tocar, para no notar cualquier cosa pequeña en él. Como el modo en el que su pelo aún tenía el recuerdo débil del frío invierno afuera. Como el calor de su piel cuando tocaba el corte en mi labio superior con la punta de los dedos.

—Una especulación de poción —murmuró, su dedo se arrastró por mis labios.

Claro que, a veces, lo hacía a propósito.

Levanté la vista y me encontré con sus ojos que estaba quietos, intensos y bien enfocados. Con esa mirada, era fácil creer que yo era la única persona de la sala que tenía algún valor para él, la única en la tierra que le importaba. Pero ya había visto

esa mirada antes y no solo dirigida a mí. La gente tímida se volvía más habladora, la gente agresiva se volvía dócil y las personas simples se transformaban, intentando estar a la altura de la admiración que veían en sus ojos, o que ellos pensaban que veían.

Sostuve su mirada durante un momento tenso antes de parpadear y apartar la vista, enfadada porque estaba intentando hacérmelo a mí y confundida porque lo estaba haciendo ahora y me encontré con lo ojos de una vampiresa con el pelo oscuro. Su vestido granate se aferraba a unas curvas peligrosas y su mantilla plateada encuadraba una cara tan bonita que lo único que pude hacer fue mirarla fijamente durante un momento. Extendió una mano, pero la ignoré; estaba demasiado alta para que yo se la estrechara así que me supuse que no iba dirigida a mí.

Mircea la besó respetuosamente y le dijo algo en italiano, pero sus ojos seguían mirándome. Esto siguió durante un periodo de tiempo incómodamente largo, pero ella no dijo nada, así que yo tampoco lo hice. Después de un rato, en lugar de eso, prefirió mirarlo a él.

Tuvieron una corta conversación que no pude seguir, pero luego, realmente no tuve que hacerlo. Ella era bastante buena en dar a conocer la información en silencio. Le miró fijamente a la cara, pestañeando, frotándose los laterales de su cuerpo arriba y abajo con las manos y hablando con un tono ronco. Cada mirada, cada movimiento decía que ella lo quería, con una franqueza perfecta y sin ningún tipo de vergüenza. Aparté la vista antes de verme tentada a hacer algo realmente estúpido.

Al final se fue, pero no antes de lanzar otra mirada extraña en mi dirección.

—¿Una vieja amiga? —le pregunté, intentando quitarle importancia.

—Una conocida —murmuró. Ahora sus ojos estaban fijos en un par de nuevas personas que acababan de llegar, dos vampiros. Se inclinaron de modo respetuoso en su dirección y él hizo lo mismo, pero su postura se agarrotó ligeramente. Para el normalmente muy controlado Mircea, era el equivalente de alguien cabreado. De repente, las cosas comenzaron a tener sentido.

Más de doscientos años de vida añaden un montón de fuerza, incluso a un maestro de primer nivel. Y los vampiros pueden sentir los cambios en el nivel de poder de otro tan fácilmente como los humanos podrían notar un nuevo corte de pelo. Era probable que cualquier vampiro que se acercara demasiado se diera cuenta de que había algo seriamente distinto en Mircea. Él me había utilizado para distraer a la mujer, pero dudaba que el mismo truco funcionara con los hombres.

—Pareces muy afectuoso con tus conocidos —le comenté, sin molestarme en disimular mi tono mordaz. Estaba resentida por formar parte de su treta, incluso aunque estuviera de acuerdo con su motivación.

—La condesa y yo formamos parte del Senado europeo durante un tiempo. Se sorprendió al verme —dijo Mircea, mientras observábamos a los dos vampiros coger

su distintivo tricolor con idénticas expresiones insulsas. Comenzaron a circular, pero no hacia nosotros.

—Se supone que tengo que estar en Nueva York en este momento, sondeando la posibilidad de comenzar allí un nuevo Senado.

—Fantástico. —Era todo lo que necesitaba, que el Mircea de esta época regresara y tuviera a la condesa «como se llame» preguntándole por sus vacaciones en París.

—No te preocupes. Ella murió en un duelo antes de que yo regresara. De todas formas, más que nada hemos estado hablando de ti.

—¿De mí? ¿Por qué?

—Quería saber por qué llevas mi marca. Se la negué a ella hace un tiempo y se mostró... sorprendida... porque te hubiera preferido a ti.

—¿La rechazaste? —Me imagino que estaba bastante sorprendida. Yo parecía bastante decente después de haberme limpiado la mayor parte de la poción y después de haberme peinado con los dedos mi pelo voladizo, pero no estaba en el mismo nivel que la condesa. No había necesitado su gesto para decirme que nunca lo estaría.

—Quería irse conmigo a la cama no por placer, sino por la ventaja política que ganaría —dijo Mircea suavemente.

—No estás hablando en serio. —¿Qué? *La tía tenía que haber estado borracha.*

—Ha habido muchas durante estos años que han compartido esa perspectiva. Cuando tienes una gran cantidad de poder, siempre están aquellos que piensan que esas cosas son más atractivas que tú.

—Entonces es que son idiotas. —No me pude callar y se me escapó.

Mircea se rió de repente, sus ojos estaban radiantes.

—No me has preguntado la respuesta que le di, *dulceață*.

Seguramente me iba a arrepentir de esto, pero tenía que saberlo.

—¿El qué?

Se inclinó y me cogió la mano, se la llevó de manera dramática hasta su pecho.

—Que tú me has embrujado.

—Seguro que no le dijiste eso.

Me dio un beso rápido sobre el punto del pulso en mi muñeca.

—Con esas mismas palabras.

Quitó la mano, mirándole. Lo que me faltaba era otra enemiga a la que tener que estar vigilando toda la noche.

—Ella te llamó príncipe, ¿verdad? —le pregunté, decidiendo cambiar de tema. No hablo italiano, pero el término es el mismo en español—. Creía que eras conde.

—Cuando yo era joven, no había condes en Wallachia —dijo Mircea, para que no quedara mal—. El término era *voivode*. Los españoles a veces lo traducen como «conde»; otros prefieren «gobernador», o de vez en cuando «príncipe». Gobernábamos un país pequeño. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué no seguís usándolo?

—La idea de un conde rumano estaba demasiado popularizada cuando salió el libro de Stoker. Hubiera sido imprudente después de eso.

Nos interrumpió la llegada de otra *groupie* guapísima. Aparentemente, todas las chicas sencillas habían decidido tomarse la noche libre. Me quedé mirando a lo lejos e intenté pensar en cosas más importantes mientras ella se reía tontamente y flirteaba. No me ayudó mucho. Yo no era estúpida, a pesar de la opinión pública. Había sabido todo el tiempo que yo no podía tener esto. Pero echarle esas miraditas estando justo a mi lado no era solo de mal gusto, era insultante y ya había tenido bastante. Deslicé mi brazo por el suyo y le eché a esa desvergonzada la mejor de mis miradas. La galaxia daba vueltas alrededor de mis pies y de repente se expandió, ampliando su anchura quizá un palmo, lo bastante para que el dobladillo de su vestido se incendiara. Era una bruja, no una vampiresa, así que apagó las pequeñas llamas con sólo murmurar una palabra. Pero después de eso no se quedó cerca.

Miré a Mircea, me di cuenta tarde de que también le podía haber dado a él. Pero no había agujeros del tamaño de un alfiler en sus pantalones negros y no vi ni rastro de humo, lo que no tenía sentido, ahora que lo pensaba.

—¿Por qué no estás en llamas?

Levantó una ceja.

—¿Tú querías que estuviera en llamas?

—No, pero... el vestido tuvo... un ligero efecto sobre Marlowe. —Y ni siquiera había estado tan perspicaz entonces.

La ceja subió un poco más.

—¿Quemaste al senador Marlowe?

—Bueno, no fue intencionado. —Mircea solo se me quedó mirando—. Estábamos en la cámara del Senado y se puso demasiado...

—¿En la cámara del Senado?

Fruncí el ceño. Su cara parecía que hacía muecas por alguna razón.

—Sí, él me arrastró para que viera a la Cónsul.

—Le prendiste fuego en la cámara del Senado delante de la Cónsul.

—Sólo fue un fuego pequeñito —le dije, luego me detuve porque él empezó a reírse a carcajadas, toda su cara se arrugó al hacerlo, sus dientes brillantes y sinuosos, una boca irresistible.

—Él lo apagó —le dije a la defensiva. Dejó de reírse.

—*Dulceață* —jadeó finalmente—, hubiera dado cualquier cosa por haber visto eso, pero estaría bien si no lo repitieras esta noche.

—Yo no...

—Sólo te lo digo porque creo que Ming-de desea una audiencia.

—¿Qué?

Él inclinó la cabeza ligeramente a la parte opuesta de la sala, donde la versión china de un Cónsul estaba flanqueada por sus cuatro guardaespaldas.

—Sería prudente que te contuvieras para no incendiar a la emperatriz china.

—Parece ocupada —le dije débilmente. Era verdad: ya había reunido una larga corte de admiradores; pero yo también había tenido mujeres formidables por una noche. Mircea no se molestó en contestar, sólo utilizó nuestras manos unidas para llevarme a través de la sala.

Nos detuvimos enfrente del estrado en el que Ming—de había aparcado su silla como si fuera un trono. También tenía dragones contorsionados alrededor de la parte de atrás de la silla, pero al menos, no se movían; a diferencia de los ventiladores que estaban puestos a ambos lados de su cabeza, revoloteando y agitándose en el aire como dos mariposas hiperactivas. Nadie los estaba sujetando, las manos de los guardias estaban tan preocupadas con las lanzas que, ya que eran vampiros, supuse que era sobre todo ceremonial. Especialmente cuando los ventiladores estaban bordeados de cuchillas y probablemente podrían pasar de mover el aire a aferrarse a la carne en cualquier momento.

Había estado tan preocupada con el espectáculo de Ming-de, que no me había dado cuenta de que estaba hablando hasta que Mircea me empujó con el pie. Aparté la vista de las fanáticas que bailaban y la dirigí a los negros ojos líquidos puestos en una pequeña cara ovalada. Ming-de parecía que tenía veinte años y sí, era asombrosamente hermosa. Suspiré. Por supuesto, ella había querido ver a Mircea.

Sólo que ella no lo estaba mirando. Me pregunté si a lo mejor debería tener un cartel que pusiera «Víctima de un hechizo ficticio, no soy una amenaza» antes de que nadie comenzara a planear deshacerse de la competencia. Ming-de extendió una mano con uñas rojas brillantes y ridículamente largas. Me quedé tan absorta mirándolas (sólo la uña del dedo pulgar debía medir quince centímetros y estaba curvada hacia fuera, como un muelle), que tardé unos segundos en darme cuenta de que me estaba dando con algo.

Era un bastón con un nudo marrón horrible al final. Me eché hacia atrás antes de que pudiera cortarme el corazón o algo. Pero me siguió hasta que logré enfocarlo, a pesar de tenerlo casi encima de las narices. El nudo se deshizo y se convirtió en una cabeza reducida que llevaba un pequeño gorro de capitán sobre su fino pelo.

—A su majestad imperial, la emperatriz Ming-de, majestad sagrada del presente y del futuro, dama de los diez mil años, le gustaría hacerle una pregunta —dijo en una monotonía aburrida que lograba transmitir una repugnancia absoluta hacia mí, hacia su ama y hacia el mundo en general.

Parpadeé.

—Usted no es chino. —El acento británico lo delató; eso y el hecho de que las trenzas que le salían del gorro eran pelirrojas.

La cabeza dio un suspiro de sufrimiento.

—Sería gilipollas si estuviera utilizando un intérprete si lo fuera, ¿no? ¿Y cómo lo ha sabido?

—Bueno, yo sólo...

—Es el sombrero, ¿a que sí? Ella hace que me lo ponga para que la gente me pregunte.

—¿Le pregunte el qué?

—¿No lo ve? Siempre funciona. Es parte de mi castigo, el tener que contar la historia de mi trágica vida y dolorosa muerte a cada Tom, Dick y Harry antes de que contesten a una simple pregunta.

—Vale, perdón. ¿Cuál es la pregunta?

Me miró desconfiadamente.

—¿No quiere saber nada de mi trágica vida y de mi dolorosa muerte?

—La verdad es que no.

De repente se mostró ofendido.

—¿Y por qué no? ¿Mi muerte no es suficientemente interesante para usted? ¿Qué haría falta, eh? Quizá si Robespierre estuviera aquí colgado, maldita sea, entonces si me escucharía, ¿verdad?

—Yo no...

—Pero un simple capitán de una compañía de la India del Este que cometió el error de disparar al barco equivocado... oh, no... Eso no es bastante para que se preocupe, ¿verdad?

—¡Mire! —le dije mirándolo—. No estoy teniendo una muy buena noche aquí. Cuéntemelo, no me lo cuente, ¡me es igual!

—Bueno, no hay razón para que grite —dijo susceptiblemente—. El ama solo quiere saber el nombre de su costurero.

—¿Qué?

—Del mago que encantó su vestido —explicó, en un tono que dejaba claro que el sufrimiento más grande en la vida después de la muerte era tratar con gente como yo.

—El no está... disponible ahora. —Lo que era cierto, ya que ni siquiera había nacido aún.

—Está intentando guardarse el secreto para usted sola, ¿eh? A mi ama no le gustará eso —dijo con júbilo.

Mircea y Ming-de habían estado charlando mientras yo hablaba con su asistente. Ni siquiera había intentado seguir su conversación que era en mandarín, pero reconocí la frase *Códice Merlini*. Y aunque no lo hubiera hecho, el agarre repentino y fuerte de Mircea hubiera llamado mi atención.

—Estamos aquí por el *Códice* —susurró.

Lo miré, preguntándome de qué iba todo este alboroto.

—Sí, te lo dije...

—¡Tú dijiste un libro de hechizos! —Mircea comenzó a inclinarse y a murmurar una sarta de cosas rápidas en chino y a separarme de Ming-de.

—¡Eso es lo que es!

—¡*Dulceață*, describir el *Códice* como un libro de hechizos es más o menos como describir el *Titanic* una barca!

No me enteraba de lo que estaba pasando, pero no pude evitar notar que nos estábamos dirigiendo hacia la puerta.

—¡Espera! ¿Adónde vamos?

—Fuera de aquí.

Me eché para atrás. ¿Por qué? No lo sé ya que no me sirvió para nada.

—¡Pero la puja está a punto de empezar!

—De eso es de lo que tengo miedo —susurró, justo cuando se apagaron todas las luces.

No es que hubiera habido mucha luz antes en la sala, solo algunas pocas velas, pero ahora estaba completamente a oscuras. Sentí un brazo rodeando mi cintura y chillé antes de reconocer el escalofrío del *geis*. La gente estaba murmurando y dando vueltas por todos los lados mientras Mircea se iba derecho a través de la multitud, prácticamente arrastrándome.

No entendía lo que le pasaba; nadie parecía estar muy contento por el repentino apagón, pero tampoco parecía que fuera algo amenazador. Para cuando llegamos a las escaleras, mis ojos se habían acostumbrado lo suficiente a la oscuridad y vi la luz que mi vestido desprendía. La sala estaba iluminada por las estrellas y había sombras y parecía exactamente igual que antes, hasta que un grupo de figuras oscuras rompieron las ventanas y entraron.

Mircea me puso en sus brazos y prácticamente voló hacia el vestíbulo donde nos encontramos con otra media docena de figuras oscuras acercándose. Mis ojos no pudieron enfocarlas, pero no creía que tuviera nada que ver con la falta de luz. Y luego de repente estábamos de vuelta en la parte de arriba, en casi el mismo tiempo que hubiera tardado yo en transportarme. Mircea se detuvo en la biblioteca y aterrizó para esquivar al mago que tropezó de espaldas y salió por la puerta, los ventiladores voladores de Ming-de estaban zumbando alrededor de su cabeza como si fueran avispas enfadadas. Uno de ellas golpeó un candelabro de pared al pasar y lo cortó justo a la mitad.

Eché una ojeada a la puerta de la biblioteca y no vi nada más que una tormenta de fuego de hechizos, golpes y chillidos, todo demasiado resplandeciente para que mis ojos pudieran capturar algún detalle. Luego Mircea cogió a un mago que estaba bloqueando la escalera mientras subía y lo lanzó escaleras abajo. Golpeó al grupo de figuras oscuras que estaban intentando subir por la estrecha escalera al mismo tiempo

y la mayoría de ellas se cayeron de espaldas. Los ventiladores seguían como si estuvieran en una misión.

Para cuando pestañeé, estábamos en la siguiente planta, donde había un mago enfrentándose a la condesa. Su bonita mantilla se había convertido en una red brillante que lo envolvió como una tela de araña. Justo antes de nuestro último vuelo de escaleras, ella lo sacudió y lo llevó hacia ella, con los colmillos ya sacados y resplandecientes.

Alguien me cogió el pie cuando llegamos al ático, pero Mircea dio una patada hacia atrás y escuché el sonido de quien fuera cayéndose por las escaleras. Arrancó la puerta que llevaba a lo que parecía que era la habitación del sirviente, abrió una ventana y se puso conmigo en la repisa resbaladiza y helada antes de que yo pudiese protestar. Luego se detuvo, miró fijamente la entrada principal debajo, donde docenas de figuras oscuras se estaban dirigiendo a la puerta principal. *Seguramente se han quedado sin ventanas que romper*, pensé con la mirada en blanco.

—¿Puedes hacer lo que hiciste en el casino? —preguntó Mircea; su voz estaba mucho más calmada de lo podría estar en esas circunstancias.

—¿Qué? No, aún no. —El mareo y las náuseas de haberme transportado tantas veces seguidas casi se habían pasado, pero aún me sentía aniquilada. Dudaba que pudiera transportarme yo sola, y mucho menos a los dos.

Mircea no hizo ninguna pregunta, tan solo me puso sobre su hombro derecho lo que me dejó ver la figura encubierta que irrumpió en la habitación detrás de nosotros. Era el invitado de la fiesta con capucha. Decidí que aún no quería saber lo que había debajo de todo aquello.

—Voy a tener que saltar —dijo Mircea, echándole al recién llegado una mirada indiferente.

—¿Saltar? ¿Qué? —Estaba segura de que no había escuchado bien.

La capa envió un hechizo que bajó volando las escaleras, luego bloqueó la puerta al empujar un armario pesado contra ella.

—Si vas a saltar, ¡hazlo! Si no, ¡quítate de en medio! —le soltó.

Y ahí fue cuando comencé a preguntarme cuándo había caído en esa fantasía. *Estrés*, pensé vagamente. *Seguro que es eso*.

—Estoy esperando a que entre el resto de los magos para poner la bomba —contestó Mircea con sequedad.

—¿Qué bomba? —Dijimos la figura encapuchada y yo a la vez.

—La que los magos de la guerra de la asamblea de brujas de París van a poner para destruir esta casa, y ellas esperan que también se destruya el *Códice*.

No era de extrañar que hubiera enloquecido allá abajo o eso fue lo que le pareció a él. Seguro que había escuchado hablar acerca de esta noche en algún sitio. Y si era lo bastante interesante para que la gente contara historias sobre eso, yo no quería

andar por allí, pero no me podía ir. ¡Coño, no ahora que estábamos tan cerca!

—¿Y por qué destruirlo? —pregunté—. ¿No lo quieren para ellos?

—Sí, y por eso es por lo que lo están buscando ahora; pero si no lo encuentran, destruirán la casa y todo lo que hay en ella, eso es mejor que dejar que caiga en manos de los oscuros.

—El *Códice* no está aquí —dijo el encapuchado, abriéndose camino hacia la ventana. Ahora éramos tres situados en lo alto del tejado congelado—. ¡La asamblea de brujas va a matar a docenas de personas innecesariamente!

—Lo dudo —dijo Mircea, moviendo la cabeza hacia donde había comenzado una lucha delante de la casa entre los magos y los invitados de la fiesta, la mayoría de los cuales parecían haber salido a salvo de una situación muy peligrosa en la biblioteca.

Me eché hacia atrás cuando Parindra pasó a gran velocidad, tan rápido que la brisa me encrespó el pelo; parecía que había encontrado otro uso para su alfombra. Arrojó algo sobre la multitud de magos que había debajo, que explotó en una neblina amarilla que atravesó sus protecciones como ácido e incendió a muchos de ellos. También hizo que comenzará a arder la parte de atrás de la barcaza y asustó al elefante.

El animal soltó un rugido de descontento y salió hecho una furia, cogiendo a un mago con su trompa y lanzándolo contra una casa cercana que golpeó con un crujido repulsivo. El ataque diseminó al resto de los magos que se fueron corriendo en todas las direcciones para evitar ser aplastados por el elefante o por la silla del elefante pesada que se había resbalado por la parte de atrás y se estaba moviendo a los lados como un ariete incrustado con joyas.

—Eso debería valer —dijo Mircea.

—Espera. ¿De qué estás hablando? ¿Valer para qué? —le pregunté, y sentí sus músculos tensos debajo de mí. Me di cuenta de que el alboroto había dejado la zona libre de magos debajo de nosotros y que Mircea tenía intención de aprovecharlo—. Oh, no. No, no. Mira, estoy empezando a tener un problema con las alturas y...

—Espera —dijo, y ya estábamos volando.

Ni siquiera me dio tiempo a chillar. Sentí una ráfaga de aire frío, una corta sensación de ingravidez y luego nos estrellamos contra la cubierta del barco. Mircea se llevó la peor parte de la caída, pero me soltó de sus brazos y me abalancé contra el encapuchado que aparentemente había saltado con nosotros. No parecía un vampiro allí abajo, no sentí ningún débil hormigueo a través de la espina dorsal, ¿pero cómo había podido conseguir un humano dar ese salto y seguir aún con vida?

No tuve tiempo de averiguarlo porque un hechizo golpeó la barcaza, haciendo que temblara y que se sacudiera detrás de nosotros, consiguiendo que los dos nos fuéramos tambaleando hasta la barandilla, al mismo sitio donde un mago estaba intentando subirse a bordo. Un tipo vestido como los sirvientes de Ming-de vino

corriendo y comenzó a darle cuchilladas con una lanza, pero el mago había conseguido mantener sus protecciones y todo lo que hacía era sacarlo de quicio. Llegó hasta nuestro lado y él y el guardia se cayeron al suelo en un enredo de extremidades, antes de dar vueltas y chocar contra mí y contra el encapuchado. Sentí un pie en el estómago que me cortó la respiración, pero al encapuchado le fue peor que a mí: su cabeza se dio un golpe fuerte contra la barandilla de madera pesada de la barcaza.

Mircea se había vuelto a poner en pie y fue haciendo eses hasta la barandilla. Apenas pudo echarse atrás antes de que un hechizo pasara rápidamente a su lado, explotando contra la fachada de piedra de la casa que había detrás de nosotros. No fue el único. Los hechizos estaban siendo lanzados por todos sitios haciendo que el cielo oscuro pareciera tan claro como si fuera de día, como si la luz del día tuviera todos los colores del arco iris.

—Nunca conseguiré que salgas de aquí viva, no sin una protección —dijo con gravedad—. Y ahora mismo estoy demasiado agotado para proporcionarte una. Tendré que improvisar. —Tuvo una conversación corta con el vampiro chino que quedaba—. Zihao te protegerá. No salgas del barco —añadió, justo antes de saltar al otro lado.

—¡Mircea! —Entorné los ojos sobre el borde de la barcaza, pero toda la calle era un hormiguero de actividad y no pude verlo. Aunque sí vi a alguien más.

Aparentemente la condesa había acabado su comida y vino para el postre; no tenía que preguntar a quién había elegido para cumplir ese papel. ¡Maldita sea! Sabía que iba a pasar algo como esto.

Saltó a cubierta y dijo algo en italiano que no entendí, y sonrió maliciosamente... eso sí lo entendí. Intenté ponerme de pie, pero la cola de vestido que Augustine había añadido al traje se puso en medio, envolviendo mis tobillos como una cuerda. Ella empezó a reírse mientras yo tiraba del material de seda que claramente se había negado a romperse o a soltarse. Entonces ella se inclinó sobre mí y me desenredó con un golpecito de su muñeca.

—Si lo quieres, lucha por él, pero de pie, bruja —me dijo, mientras Zihao intentaba encontrar algo que hacer al otro lado del barco. Aparentemente defender mi vida no incluía ser destripado por un miembro del Senado celoso.

La verdad es que de eso no podía culparle.

Gateé hasta ponerme de pie e hice un amago de sonrisa.

—Uy, eso ha sido muy... decente por su parte —le dije esperanzadoramente. Quizá podríamos arreglar esto.

La red plateada brillante subió por detrás de su cabeza como un marco para su bonita cara.

—La verdad es que no. —Sonrió—. Prefiero cenar de pie.

O quizá no.

La red de encaje se lanzó sobre mí, como lo hizo el mago que yo estaba segura que no había conseguido escapar de la casa. Pero se detuvo a medio camino entre nosotros, atrapada en un campo de estrellas que de repente se había arremolinado alrededor de mí, como una galaxia en miniatura. Durante unos pocos segundos, la mantilla se quedó suspendida en el aire, el objeto inamovible se encontraba con la fuerza irresistible. Luego todo explotó como si una estrella se hiciera nova.

Lancé un brazo sobre mi cara para no dejar que entrara el resplandor y cuando volví a mirar, la condesa estaba allí de pie como si no hubiera pasado nada. Aunque no pensaba que ese hubiera sido el caso, porque pude ver escenas de la batalla detrás de ella, a través de los cientos de pequeños agujeros que la luz de las estrellas había tallado por su cuerpo. Y entonces, ella se cayó por el lado de la barcaza hasta la carretera que había debajo.

Me quedé allí de pie, mirando fijamente su cuerpo estrujado, conmocionada y más que un poco asustada. Estaba viva, pero posiblemente no durante mucho tiempo. Porque no se podía matar a un vampiro maestro de esta manera. Hacer daño, enloquecer, enfurecer, sí; matar: no. Se podía levantar en cualquier segundo y, en cuanto lo hiciera, estaría acabada. Realmente necesitaba salir de ese barco.

Zihao vino mientras yo intentaba encontrar algún hueco. Él había perdido la lanza, pero había improvisado un arma nueva de un remo grande con el que comenzó a embestir desde la parte superior de la capa.

—¡Espera! —Me puse de rodillas, que de todas formas estaban temblando, y extendí las manos. Las estrellas habían vuelto a su sitio habitual y parecía que ya no seguían rotando. Pero el guardia se detuvo de todas maneras.

Dijo algo que, de nuevo, no entendí. Estaba empezando a envidiar el dispositivo de traducción que tenía Ming-de, aunque fuera temperamental. Finalmente pareció que se dio cuenta de que teníamos problemas para comunicarnos. Sacudió con fuerza un dedo pulgar entre el encapuchado y yo, como si quisiera preguntar si estábamos juntos y yo asentí con la cabeza enérgicamente. No era cierto, pero quien fuera el que estaba debajo de eso tampoco estaba con la otra parte y ya había visto bastante sangre por una noche.

Eso pareció agrandar al guardia que caminó sin rumbo para atacar a alguien más. Dirigí mi atención al encapuchado y me pregunté si había desperdiciado mi tiempo defendiendo un cadáver, porque el hombre que había debajo estaba inmóvil con un brazo pálido extendido hacia afuera y la capucha aún le oscurecía la cara. Ni siquiera parecía que estuviera respirando aunque con tanta tela amontonada, era difícil saberlo. Pero el brazo estaba caliente y parecía bastante humano, así que le eché para atrás la capucha para ver si tenía alguna herida.

Y me quedé helada.

Podía oír la locura alrededor de mí, el elefante arrasándolo todo, los cristales rompiéndose, la gente insultando. Pero nada de eso me parecía tan real como aquella cara en el medio de todo ese molde negro en una miríada de colores por hechizos voladores. Una cara muy familiar.

No. Seguro que me había dado un golpe en la cabeza y no me había dado cuenta, porque tenía que estar alucinando. Parpadeé fuerte un par de veces pero no cambió nada: la cara seguía siendo persistentemente la misma. Apreté las manos contra mis ojos y me quedé sentada así un minuto, sin hiperventilar porque eso sería débil y no me lo podía permitir, pero quizá respirando un poco mas fuerte. Cuando dejé caer las manos sobre mi regazo, me las arreglé para controlarme. Para controlarme un poco, o algo parecido.

Bajé la vista y miré fijamente a la cara y, vale, quizá empecé a hiperventilar solo un poco mientras mi cerebro intentaba darle un giro a la cosa loca, estúpida y completamente imposible que mis ojos insistían en mostrarme. Pero seguro que estaban equivocados, tenían que estarlo, porque ese no podía ser Pritkin. Lo había dejado en el Dante, con la feliz creencia de que iba a regresar temprano. Y a menos que hubiera encontrado una máquina del tiempo en algún sitio, él aún seguía allí. Pero tampoco era Rosier, porque aunque sabía con toda seguridad que el señor de los demonios podía sangrar, dudaba que se hubiera quedado inconsciente por culpa de una herida en la cabeza poco grave.

Parecía un poco distinto, pensé aturdida, con el pelo largo rubio rojizo sobre sus ojos, rozando sus hombros. Parecía más joven, su cara era un poco más fina y hacía su nariz incluso más larga de lo normal, y los pómulos estaban más resaltados. Sus labios, como siempre finos, eran un simple tajo fino a lo largo de su mandíbula.

Pero supongo que él hubiera necesitado algún tipo de disfraz. No podía parecer el mismo siempre, vida tras vida; alguien se tendría que haber dado cuenta. A lo mejor era por eso por lo que sabía tan poco de los vampiros. No sería inteligente juntarse con criaturas tan mayores como él y que pudieran recordar una cara desde hacía algunos siglos, no importaba el disfraz que llevara. Y Pritkin nunca había sido estúpido.

No, Pritkin no, me corregí. Escuché la voz de un genio gruñón diciéndome que el autor del Códice había sido medio ícubo. Y Casanova había dicho que en toda la historia solo había habido uno de esos.

Miré fijamente la cara debajo del corte de paje ridículo: Dios, él nunca había tenido un corte de pelo decente, ¿verdad?, y no me lo creí. Pero el hecho seguía estando allí, solo conocía a un medio ícubo, un mago británico que sentía una gran fascinación por el Códice y que vivía alrededor de 1793. Y Pritkin no era su nombre.

¡Maldita sea! Incluso yo misma lo había dicho una vez, él no se parecía a un John; pero, de repente, se pareció muchísimo a un Merlín.

Se le movieron las pestañas y, un momento después, una mirada verde familiar me estaba atravesando. Intenté con todas mis fuerzas parecer preocupada y cordial, lo que no era difícil cuando estaba casi sentada sobre mi pistola, pero de todas formas yo era más lenta que Pritkin al desenfundar el arma. No había tenido tiempo de comprobar si llevaba armas, pero, hablando de él, eso era casi innecesario; siempre estaba armado hasta los dientes.

Los ojos verdes centelleaban, evaluando el peligro con la misma objetividad que yo recordaba de la primera vez que nos habíamos encontrado con un enemigo. Ya había pasado mucho tiempo desde entonces, pero lo recordaba vívidamente. A pesar del frío empecé a sudar en menos de diez segundos.

Pritkin se desenroscó solo, sus ojos seguían cada una de mis respiraciones mientras se ponía derecho lentamente, mareado, pero ocultándolo tan bien que si no lo hubiera conocido, no me hubiera dado cuenta.

—Y pensar que yo creía que los vampiros eran las peores amenazas —dijo, mirando rápidamente a la barandilla y luego a mí.

—No soy una amenaza —le dije, sintiéndome aún anonadada. Aparte del pelo, él parecía... el mismo. Simplemente el mismo. Me quedé esperando a que me pidiera café y me regañara por algo.

—Llevas bien la máscara de la inocente angustiada —dijo, mirándome con unos ojos fríos como el hielo mientras se ponía de pie—. Pero a diferencia de un vampiro, no te voy a infravalorar.

—Quiero decir que no soy una amenaza para ti —le aclaré—. Estamos del mismo lado.

—Un engaño miserable —expresó con desdén—. Sé lo que buscas y a quién sirves. ¡Es por culpa de tontos como tú por lo que todos nos estamos tambaleando al borde de la destrucción!

Dio un paso atrás hasta que su cadera golpeó la barandilla, luego colgó una pierna. No tenía ni idea de adónde pensaba ir, pero conociéndolo, se arriesgaría. Y no podía permitirlo. Si había alguien aquí que supiera dónde estaba el Códice, ese era el hombre que lo escribió.

—¡Por favor! —le dije desesperadamente—. ¡No sirvo a nadie! Podemos trabajar juntos, ayudarnos el uno al otro...

—Si tú no sirves a esa alma vengativa, entonces has sido engañada por aquellos que han comenzado con sus proyectos de destrucción. Si tu caso es este, que sepas esto: no sé las mentiras que te han contado, pero sólo estamos seguros en la resistencia, no hay esperanza de proteger nuestros derechos y nuestras vidas si no

¡oponiéndonos al poder que incuestionablemente tiene el propósito de invadirnos y derrocarnos!

Aún estaba intentando descifrar lo que me había dicho cuando vi una pesadilla subir desde el suelo detrás de él. El cuerpo de la condesa se parecía extrañamente al queso suizo, con agujeros sangrientos en los restos de su vestido negro, pero con hilos de carne roja y las venas moradas que ya habían empezado a tejerse entre los agujeros, cubriéndolos. Y yo sabía lo que iba a pasar tan bien como cualquiera: si un vampiro se puede mover, es letal, y ella estaba otra vez en pie. Uno de los agujeros le había quitado un ojo y le había dejado un cráter quemado en lo que había sido una cara preciosa, pero el otro me estaba enfocando malévolamente.

Estoy muerta.

Mi vestido permanecía quieto, aún bonito, pero inútil en lo que tenía que ver con la defensa. Comencé a rebuscar en mi bolso, desperdigando joyas por la cubierta quemada mientras intentaba encontrar la pistola que, de todas maneras, no me iba a servir de mucho. Luego, escuché un sonido extraño como un silbido y levanté la vista: vi una columna de fuego donde la condesa había estado y un frasco de una poción vacío en la mano de Pritkin.

Ella chilló y corrió hacia la multitud, en dirección al elefante. El elefante mostró su miedo cuando vio una corriente de fuego dirigiéndose hacia él, y supongo que su instinto fue intentar apagarlo, porque uno de sus enormes pies bajó con la fuerza de un pilón a vapor, justo por encima de ella. Y luego el otro, por si acaso... Y después aparté la vista porque o lo hacía o vomitaba.

—Tú me hiciste un favor —dijo Pritkin—. Te devuelvo ese favor. No vuelvas a dar por hecho mi buena voluntad.

Se subió a la barandilla, aún mirándome de reojo y cuando Parindra hizo otro descenso rápido, él se agarró al borde de la alfombra y se fue.

—¡Pritkin! —grité el nombre equivocado, pero no importaba; para cuando las palabras habían salido de mi boca, él ya estaba lo suficientemente lejos como para no poder oírlo. No obstante, no estaba fuera de peligro.

Parindra tardó un segundo en darse cuenta que había recogido a un autoestopista. Le dio un golpe con el pie, pero Pritkin seguía sujeto fuertemente, lo que pareció molestar al Cónsul indio. Incluyó la alfombra completamente hacia arriba, cinco o seis pisos por encima de los tejados de las casas, antes de volver a intentarlo. Esta vez no falló y, con una patada que parecía malintencionada incluso desde la distancia, lo lanzó hacia la noche.

Miré fijamente, tenía el corazón en la garganta ya que sabía que ni siquiera un mago podía sobrevivir a una caída desde esa altura. Pero antes de que el grito pudiera salir de mi garganta, una masa membranosa se formó sobre su cabeza; un azul pálido brillaba en el cielo negro, como una medusa de neón. La parte de abajo fluyó hasta

las manos y los brazos de Pritkin; el resto aumentó rápidamente sobre la cabeza, reduciendo al mínimo la velocidad de su descenso.

Había sabido que las protecciones podían hacer un montón de cosas, pero un paracaídas era algo nuevo; no obstante, estaba funcionando y a menos que hubiera una brisa que yo no sentía, él tenía el control sobre esa cosa. Y no estaba intentando volver dentro de la casa; se estaba dirigiendo hacia otra dirección.

—La magia humana nunca deja de asombrarme —dijo Mircea desde detrás de mí. Me giré.

—¡Tenemos que cogerle!

—Ming-de ha accedido a llevarnos con ella cuando haga su salida, que será muy pronto. No sé cómo reaccionará al tener un mago desconocido a bordo.

—¡No me refiero a ayudarlo! ¡Digo cogerlo! ¡Tiene el *Códice*!

La mirada de Mircea se agudizó.

—¿Estás segura? ¿Lo viste?

—No necesité verlo —le dije sarcásticamente—. Está intentando irse. Y no se iría de ningún modo si no tuviera ya lo que quiere.

En algún lugar, bajo esa capa, él lo llevaba consigo. Y ahora se estaba escapando con él.

Mircea me estaba mirando con curiosidad.

—¿Conoces a ese mago?

Tuve una reacción tardía, entonces recordé que Mircea no había visto a Pritkin sin la capucha de la capa. Eso era bueno siempre y cuando la integridad de la línea del tiempo siguiera, pero también significaba que él no conocía al confabulador, malicioso y peligroso hijo de puta al que nos estábamos enfrentando.

Antes de que pudiera responder, hubo un resplandor de luz roja y un crujido que se escuchó incluso con el ruido de la batalla. Y entre un pestañeo y otro, Pritkin desapareció sin más.

—¿Qué...? ¡Se ha ido!

—Quédate aquí. —Mircea saltó por la barandilla y avanzó con dificultad a través de la carnicería de allí abajo hasta llegar donde Ming—de estaba; acababa de salir de la casa. Su silla, como un trono, volvía a estar suspendida en el aire, planeando serenamente a través del caos, sus ventiladores cortaron una amplia franja delante de ella mientras sus guardias le daban golpes y puñetazos a todo lo que había a los lados. Pero aparentemente los ventiladores reconocieron a Mircea porque lo dejaron entrar para hablar con su ama.

Volvió en un momento, utilizando un cuchillo que le había quitado al pasar a un mago para intentar extraer una de los orbes en las garras del dragón.

—¿Qué haces?

—Te prometí que te llevaría a través de las líneas ley. Parece que voy a cumplir

esa promesa mucho antes de lo que me esperaba. —Con un golpecito en la muñeca, el orbe se cayó en sus manos. Ming-de flotaba suavemente por la rampa que se levantaba detrás de ella. Todo el barco empezó a temblar y lentamente se levantó del suelo como si fuera un globo aerostático.

—Espera —levanté la voz y se me escuchó por encima del ruido de un par de docenas de hechizos que estaban golpeando a la barcaza a la vez: parecía que los magos no se alegraban demasiado por la temprana salida de Ming-de—. ¡No lo entiendo!

—Te lo explicaré más tarde, pero si quieres atrapar al mago, tenemos que movernos rápidamente.

—¡Pero las líneas ley son fuentes de energía masivas! —El modo en el que la duendecilla las había definido había sido una mezcla entre una erupción volcánica y un reactor nuclear—. ¡No podemos entrar ahí!

—Te aseguro que sí que podemos —dijo Mircea poniendo un brazo alrededor de mi cintura mientras que la barcaza temblaba y arrasaba los tejados.

—Eso no es lo que yo quería decir —dije con un tono agudo mientras él saltaba hacia la barandilla estrecha que había alrededor de la barcaza, balanceándonos con una falta completa de aprecio por las pequeñas cosas, como la construcción destartada, los magos de la guerra enfurecidos y, ¡ah, sí!, la gravedad.

—Espera.

Moví la cabeza violentamente.

—No. Mira, cada vez que dices algo así, al final terminamos haciendo algo realmente... —Mircea se puso lentamente de cuclillas y sus músculos se tensaron—. Escúchame —chillé—. No podemos...

Y luego lo hicimos. Mircea saltó en lo que por un segundo era solo aire fino y luego nos estábamos arrastrando de lado hacia un remolino apresurado de luz y de color, era como estar en medio de rápidos rojos como la sangre, precipitándose hacia una catarata del tamaño de las del Niágara. Destellos de luz profundamente brillantes explotaron a nuestro alrededor, mientras conductos derretidos de pura energía corrían al lado a toda prisa y formaban arcos sobre nuestras cabezas. Era demasiado para que mi cabeza lo entendiera y fue un momento antes de que me diera cuenta que no nos estábamos carbonizando.

—No tenemos protecciones como los magos —dijo Mircea, que parecía eufórico—, pero entrar en una línea ley, incluso simplemente pasar rozándola sin ellas, es una locura. Las fuerzas de energía nos consumirían en un momento.

—¿Y por qué no lo han hecho?

Señaló una burbuja dorada apenas perceptible de energía que brillaba suavemente a nuestro alrededor. Era casi invisible al lado del remolino pulsante de la línea ley.

—Los magos más fuertes pueden utilizar las líneas para transportarse

rápidamente en distancias cortas tan solo con sus protecciones personales. Los viajes más largos precisan de algo más substancial.

Miré fijamente a mi alrededor, sorprendida, mientras la corriente de energía nos impulsaba hacia delante a gran velocidad.

—¿Cómo sabías que esto estaba aquí? No había nada visible.

—Quizá no con los ojos, pero puedes sentirlo si sabes lo que buscas. —Me quedé impresionada durante un momento hasta que Mircea de repente sonrió—. O puedes hacer lo que la mayoría de nosotros hace, llevar un mapa.

—Pero tú no tienes un mapa.

—Viví en París durante muchos años. Hace mucho tiempo que memoricé las ubicaciones de las líneas —admitió—. Las usaba todo el tiempo.

—¿Tú llevabas algo como esto por ahí? —Señalé el orbe que tenía en las manos. La cosa era tan grande como una pelota de fútbol.

—Hay protecciones de tamaño de bolsillo, aunque no te proporcionan un viaje tan suave.

Un remolino particularmente grande en la corriente eléctrica nos hizo girar a la izquierda durante un momento.

—¿Suave? —le pregunté, agarrándome fuerte a sus brazos para evitar caerme.

—Oh, sí. —Mircea pasó la mano cariñosamente sobre la pequeña esfera mientras de algún modo volvíamos al centro de la corriente donde estaba un poco más calmado—. Odio tener que devolver esto. —Volvió a sonreírme, obviamente regocijándose por el salvaje viaje—. Es más que una protección.

También puede ayudarte a encontrar las líneas: brilla más cuando una está cerca, y puede abrir una fisura si está directamente en su camino.

—¿Pero cómo se supone que vamos a encontrar al mago en todo esto?

Mircea señaló un remolino de luz más adelante.

—Alguien salió de la línea allí, no después. No noté ninguna otra línea ley antes de la suya, ¿y tú?

—No lo sé. —Entre los hechizos, el duelo y todo esto con Pritkin, se podían haber activado media docena y seguramente yo no me hubiera dado ni cuenta.

—Tenemos que arriesgarnos —dijo Mircea—. Espera.

—¿Sabes? Realmente estoy empezando a odiar esa...

Y luego, estábamos cayendo, abalanzándonos hacia el lateral de la línea, a través de un remolino de luz y sonido. Durante un momento creí que algo había salido terriblemente mal, pero con una repentina falta de color y un estampido arrollador, como el estruendo de un trueno, estábamos una vez más sobre suelo sólido.

—El Barrio Latino —escuché decir a Mircea mientras mis ojos luchaban por adaptarse, Los colores cambiantes y brillantes de la línea habían dejado sombras pulsantes en mi visión, como fuegos artificiales en el negro profundo del cielo—.

Esta zona es un laberinto de calles pequeñas incluso en nuestra época. No será tan sencillo como esperaba.

Finalmente conseguí enfocar la vista en la única fuente de luz que quedaba: el orbe en sus manos. Brillaba suavemente, aunque si estaba poniendo una protección a nuestro alrededor, yo no lo veía. Claro que tampoco podía ver mucho más. Más allá del pequeño charco de luz, todo lo que pude distinguir fueron edificios alzados oscuramente a cada lado que alcanzaban en lo alto el gran nivel de la galaxia.

—¿Cómo puedes saber dónde estamos? —Incluso para una visión de vampiro, esto estaba muy oscuro.

—Esa línea en particular atraviesa el centro de París y la *Île de la Cité*. Y puedo oler el Sena.

Me alegré por él. Yo podía oler sobre todo las capas de basura que, a pesar del frío, se estaban descomponiendo en los canales. Mi zapato chapoteó en algo fangoso que se quedó pegado a la suela y subió el tufo a vinagre de la fruta podrida. Había estiércol de caballo y olor a orina humana por todos lados, como si las calles estuvieran empapadas de ella. De alguna forma, las películas de capa y espada nunca mencionaban ese tipo de cosas.

—Por aquí. —Mircea me cogió el brazo, algo que estuvo bien, porque los adoquines estaban desnivelados y eso sin contar que las partes que estaban cubiertas por una capa fina de hielo eran resbaladizas.

La calle oscura y serpenteante estaba demasiado tranquila y era tan estrecha que constantemente sentía que alguien estaba a punto de aparecer desde las sombras y me iba a coger. Teniendo en cuenta la preferencia de Pritkin por la ofensiva antes que la defensa, al menos cabía la posibilidad de que lo hiciera. Pero llegamos al final sin problemas y descubrimos un sitio un poco más claro iluminado por un trocito de luna: el Sena con las torres elevadas de Nôtre Dame al otro lado. La nieve ligera de la tarde se había derretido sobre los adoquines convirtiéndolos en un espejo de hielo que reflejaba perfectamente la enorme catedral. Desafortunadamente no reflejaban a Pritkin.

La cabeza de Mircea se elevó como si estuviera oliendo el aire. Todo lo que yo podía oler era pescado podrido y la prueba de que quizá las leyes del agua limpia no habían entrado en vigor aún, pero Mircea debía de que ser capaz de apartar esos olores. Se dirigió a la boca abierta de otra calle, pero antes de que llegáramos, una carretilla cercana llena de heno se incendió. Estaba al lado de la carretera, quemándose alegremente durante un momento y luego se lanzó hacia nosotros.

Mircea me apartó del camino, pero perdió segundos óptimos en el proceso y acabó sin librarse del todo de los pequeños pedazos de heno. Le había visto tratar antes con fuego, pero tenía que haber algo distinto en este, quizás algún residuo de una poción aún seguía pegado, porque no se apagaba; en lugar de eso, se pasó a la

pesada tela de su camisa y comenzó a extenderse.

Se arrancó la camisa y la lanzó al río, en donde siseó y se apagó, pero para entonces el fuego ya se había extendido hasta su pelo. Antes de poder alcanzarlo para intentar apagarlo con mis manos, de repente desapareció y escuché una zambullida. Me giré y vi ondas extendiéndose por el agua.

Un momento más tarde, su cabeza salió a la superficie. El fuego se había apagado, pero no me dio tiempo a suspirar de alivio porque un cuchillo se deslizó por mi garganta. Me quedé helada.

—Creo haberte mencionado que sería imprudente seguirme —dijo Pritkin.

—Igual de imprudente que hacerle daño a ella —dijo Mircea. No vi que Mircea se moviera, pero Pritkin se puso tenso.

—¡Quédate donde estás, vampiro! —Sentí la hoja del cuchillo hundiéndose en mi piel y un pequeño goteo de calor corrió por mi cuello. Mircea se quedó paralizado, chorreando, a unos pocos metros.

—Deseas una muerte muy dolorosa, mago —le dijo y a pesar de estar cubierto en lodo del río que lentamente se estaba escurriendo por el pecho, hizo que pareciera creíble. El orbe se le había caído de las manos cuando entró en el agua, había dado vueltas hasta un adoquín demasiado alto y se había detenido. Por lo que podía ver por su tenue luz, aparte de algunas quemaduras que parecían desagradables en su pecho, parecía que estaba bien. Eso no me hizo estar menos furiosa con Pritkin.

Forcejeé, demasiado enfadada para preocuparme por ese hombre que no era el mismo que una vez me había puesto un cuchillo en el cuello. Ese Pritkin no había tenido ninguna razón para hacerme daño: por otro lado, este suponía que yo quería robarle.

—¿Estás loco? ¡Podrías haberlo matado!

—Y aún puedo. Ya te lo he advertido; si te niegas a hacer caso, debo y tendré que recurrir a otros medios.

—¿Como matar a dos personas con un estúpido hechizo? Por el amor de Dios...

—¿Y a qué deidad invocarías? —preguntó Pritkin, mientras la hoja del cuchillo se hundía un poco más. Estaba empezando a sentir sangre acumulándose en el hueco de mi garganta. Aún más preocupantes eran los ojos de Mircea que se habían inundado en ámbar y, en ese momento, eran más brillantes que el sustituto de una linterna. Estaba irritado y eso no era nada bueno.

Muy pocas veces Mircea perdía los nervios, pero cuando lo hacía, era espeluznante. Ya lo había visto dos veces y la verdad es que no quería otra demostración. Sobre todo porque Pritkin no podía morir esa noche. Ninguno de esos hombres lo sabía, pero un día, ellos trabajarían juntos para hacer una historia bastante impresionante y un poco de esa historia sería mía. Necesitaba el *Códice* pero mi vida dependía de que los dos siguieran vivos cuando las cosas se hubieran

calmado.

—Escúchame —le dije, mi voz era baja y urgente—. Te dejaremos en paz. Te puedes quedar el maldito libro. Todo lo que necesitamos es un hechizo. Dánoslo y nos iremos.

—Un hechizo —meditó Pritkin mientras comenzó a movernos hacia atrás. No podía imaginarme lo que estaba haciendo; con la velocidad de Mircea, unos cuantos metros extras eran insignificantes—. Y me pregunto cuál será.

Se lo hubiera dicho, pero había aumentado la presión tanto que tenía miedo de que lo siguiente que dijera fuera lo último.

—Suéltala, mago y consideraré permitir que sobrevivas a tu castigo —dijo Mircea muy suavemente.

—Y si tú te abstienes de seguirme los talones, consideraré dejar que se vaya, una vez que acabe mi trabajo —contestó Pritkin. Sonaba calmado, pero su latido de corazón en el pecho detrás de mi era demasiado fuerte para que fuera así. Mircea comenzó a decir algo más, pero Pritkin no le dio esa oportunidad. Levantó la mano como si estuviera cogiendo algo en el aire y la noche se abrió, desgarrándose como una herida, todo rojo pulsante en contraste con la oscuridad. Mircea saltó, pero demasiado tarde: la línea ley nos atrapó y nos fuimos.

Un momento más tarde, el torrente nos arrojó fuera a lo que parecía una carretera sucia, pero antes incluso de que pudiera comenzar a enfocar los alrededores, nos cogió otra línea, ésta era azul y volvimos a desaparecer. Perdí la pista de cuántas cruzamos después de esa, todos los colores corrían juntos: azul, blanco, púrpura, otra vez azul y luego, de nuevo, rojo. Era un viaje mucho más turbulento que el anterior, con la protección de la emperatriz, y la mayoría del tiempo apenas tenía la ocasión de andar a tropezones antes de que volviéramos a irnos.

A mis ojos no les daba tiempo a acostumbrarse, pero mis otros sentidos recogieron pistas aleatorias en cada parada; el olor fuerte de algas marinas enraizadas y la llamada de las gaviotas; el olor a estiércol y el balido de ovejas; el calor de algún espacio cerrado y el hedor de vino derramado. Habíamos llegado a la última parada con imágenes reflejadas aún bailando delante de mis ojos donde había otra grieta y un resplandor brillante rojo y Mircea apareció de la nada.

Pritkin maldijo y una bola de fuego apareció en el aire enfrente de nosotros. Mircea la esquivó y la bola de fuego explotó contra el orbe que había sido su objetivo todo el tiempo. Por alguna razón, esperaba que la bola dorada se hiciera pedazos como si fuera cristal, pero estaba hecha de material duro. Cuando las llamas desaparecieron, parecía exactamente lo mismo. Pritkin había usado el momento de la explosión para abrir otra línea ley, esta amarilla. Atraía como un pequeño sol justo por encima de nuestras cabezas y pude sentir su empuje, incluso cuando Mircea nos agarró.

Tenía una mano en Pritkin, pero los pliegues pesados de la capa hacían difícil distinguir dónde estaba el cuerpo del mago y en lugar de un brazo, él había agarrado un puñado de ropa negra. La capa se rompió cuando Pritkin se abalanzó hacia el orbe, recogiénolo justo cuando fuimos succionados por un espacio vacío dorado.

Después de un viaje corto y turbulento, una bofetada de aire golpeó mi cara y descendimos a una superficie que se filtraba húmedamente alrededor de mis pies. Me apoyé en algo que parecía piedra, mis ojos se negaban a centrarse en nada excepto en sombras que daban saltos; mis pulmones amenazaban con rebelarse contra la nitidez del aire de la noche. Era como saltar al final profundo de la piscina cuando no está lo bastante caliente para nadar y el impacto es todo lo que puedes sentir hasta que sales a la superficie, jadeando.

Cuando pude volver a enfocar la vista, todo lo que vi, en lugar de corriente que daba saltos de color vívido, fue un mundo negro extendiéndose a mi alrededor en cada dirección, como la capa perdida de Pritkin. Pero lo podía escuchar jadear en algún sitio cercano, sonaba casi tan agotado como yo. Y recordé a Mircea diciendo que el viaje largo no estaba recomendado sin algún tipo de protección avanzado. A lo mejor, eso era por lo que nos habíamos detenido; a lo mejor todos esos saltos antes de robar el orbe habían agotado a Pritkin. Una lástima que yo no estuviera en forma para aprovecharme de eso.

Seguí apoyada contra la roca fría hasta que lentamente pude enfocarla. Era parte de una cerca de madera y piedra que bordeaba un campo vacío, sin nada en la distancia aparte de unas manchas de carbón que podrían haber sido árboles. Luces grises de niebla se elevaban desde el suelo húmedo, girando alrededor de nuestros tobillos de manera fría y húmeda, mientras Pritkin buscaba a tientas algo en su ropa. A sus pies, el orbe brillaba tenuemente a través de una costra de mugre, después de haber recibido un baño de barro cuando aterrizamos.

Parecía que estaba sola.

Examiné a este nuevo Pritkin mientras cuidadosamente mi latido del corazón volvía a normalizarse. No llevaba ningún pantalón bombacho de moda, chalecos bordados o pelucas cubiertas de polvo. Simplemente tenía puesta una camisa blanca de manga larga que, a pesar del frío, se había remangado para mostrar los antebrazos musculosos, y unos pantalones grises finos que no hubieran parecido que estaban fuera de lugar doscientos años después. Por supuesto, estaban cruzados con una carga de armamento, distinto de su montón usual de armas por la falta de automáticas.

La única nota discordante era la visión de pelo pelirrojo dorado. Por alguna razón parecía que no podía parar de mirarlo. Seguí queriendo pensar en él como el hombre que conocía, al que algunas veces llamaba amigo, pero el pelo no me dejaba. Lo miré con resentimiento, intentando entender la manera rápida en la que mi mundo había cambiado. Ya había lamentado nuestra amistad afrontando su traición. Sólo tenía que

reevaluarlo otra vez, comenzar a confiar, solo averiguar que había tenido razón la primera vez.

No importaba si Pritkin tenía el Códice o no. Él había escrito el maldito libro. Sabía desde el principio el hechizo para deshacer el *geis* y simplemente no me lo había dado. Y no había manera de excusar eso. No necesitaba descubrir su tapadera. Pudo haber pretendido que se lo encontraba en uno de sus viejos tomos; podía haber hecho que lo redescubría; podía haber hecho un montón de cosas en vez de esperar y ver morir a Mircea. Pero se lo había dicho a sí mismo: los vampiros eran un poco mejores que los demonios en este libro.

Y el único demonio bueno era uno muerto.

Apisoné un arranque de ira pura. No podía permitirme explotar ahora. Si no obtenía el hechizo, Pritkin ganaría y Mircea moriría. Y ninguna de esas dos cosas era aceptable.

Aún estaba mirándolo cuando de repente me agarró los dos brazos.

—¡El mapa! ¿Qué hiciste con él?

—¿Qué mapa?

Me sacudió fuerte, y si era con la intención de que pudiera pensarlo mejor, no funcionó.

—¡El mapa de la ubicación del *Códice*!

—Pensaba que estábamos pujando por el *Códice*. ¿Me estás diciendo que no lo tenían?

—No querían traerlo a la subasta por si acaso alguien intentaba escaparse con él —dijo, inspeccionándome como si él pensara que podía tener metido el mapa en mi escote. Como si hubiera sitio para una servilleta allí—. Si no quieres sufrir la humillación de un hechizo revelador, te sugiero que me lo des ahora.

—¡No lo tengo! ¿Y qué humillación?

Pritkin pasó una mano sobre mí, sin tocarme, sólo sobrevolando unas pocos centímetros de la seda ahora inactiva. El vestido volvía a brillar brevemente, pero aparentemente no tenía fuerza porque no pasó nada. Nada excepto que de repente se volvió transparente junto con todo lo demás que llevaba puesto.

—¿Qué demonios? —Salté detrás del poste de la cerca que junto con la pobre luz era bastante para taparme bastante bien. No me hizo sentir mucho mejor—. ¿Qué clase de lunático eres?

Pritkin no respondió aunque su mandíbula se cerró un poco más fuerte.

—Dame lo que es mío e invertiré el hechizo.

—¡Ya te lo he dicho! ¡No lo tengo!

Con otro corto movimiento de la mano y una palabra susurrada, el poste de la cerca también se volvió transparente. Chillé y fui corriendo hacia una línea de barras de madera hasta el siguiente poste de piedra; Pritkin copió mis acciones al otro lado.

Nos detuvimos, cara a cara, con el poste en medio de los dos.

—¡No te atrevas! —le dije, cuando levantó una mano.

—¡Entonces dame lo que quiero!

—¡Vete al infierno!

—Acabo de volver —gruñó, y el poste desapareció. Antes de que pudiera volver a correr, saltó hacia la cerca y una mano fuerte se cerró en mi nuca. Forcejeé, pero no me pude mover y al final me detuve.

Sentí cómo soltaba su mano y se echó hacia atrás. Con el golpe se debió caer el barro del orbe porque su luz de repente bailaba sobre las rocas como vidrios enfrente de mí. La piedra transparente y la luz del orbe asustaron a una pequeña criatura que había hecho una madriguera debajo del poste e hizo que se escabullera rápidamente en la oscuridad.

Pude sentir la mirada de Pritkin, despiadada, intransigente y enfocada mientras recorría la parte de atrás de mi cuerpo como el roce de un fantasma. Deseaba tanto volver a transportarme que podía saborearlo, pero incluso aunque hubiera sido posible, ¿adónde hubiera ido? Necesitaba el Códice y Pritkin lo tenía. Al menos era mejor que lo tuviera o lo mataría, lentamente.

—Date la vuelta —dijo después de un momento.

Me abracé al poste de la cerca invisible, diciéndome a mí misma lo estúpida que era. *Acaba con esto y quizá él te escuche. Tan solo hazlo y no pienses en ello:* era un fantástico consejo, excepto que era Pritkin y, a pesar de todo, eso lo hacía diferente. Era bastante extraño, pensaba que los ojos de un extraño me hubieran preocupado menos.

—No tengo el mapa —le repetí, intentando no notar que hacía mucho frío y que mi cuerpo estaba reaccionado como era de esperar.

—Siento no poder creerte —dijo fríamente y casi sonó sincero. También sonó implacable. Cuando aún no me moví, sentí cómo se acercaba detrás de mí—. Esto es desagradable. No hagas que sea más desagradable obligándome a que busque físicamente. —Su tono no me dejó ninguna duda de que lo haría.

Respiré hondo.

—Te hago un trato. Te enseñaré el mío si tú me enseñas el tuyo.

—¿Qué? —Sonó confundido. Supongo que no existía aún esa frase en esa época.

—Haz lo mismo y me daré la vuelta.

—¡No estoy escondiendo nada!

—¡Y yo tampoco! Lo justo es justo. ¿O es que estás buscando una excusa para hacer esa búsqueda física?

Pritkin murmuró algo que sonaba claramente malicioso.

—¡Mi ropa está protegida! Incluso aunque deseara acceder a lo que me pides, no funcionaría con ella.

—Entonces desnúdate.

—¿Disculpa? —De repente sonó casi educado, como si creyera que a lo mejor no había escuchado bien.

—Quítatela.

—¿Y dejar que me maldigas sin protección? —No pude ver su cara, pero pude escuchar la burla en su voz.

—Seguirás teniendo tus protecciones —le señalé—, y si te preocupa tanto que te pueda vencer, déjate las armas puestas.

Hubo un silencio durante un momento largo.

—Si tienes algo de caballero, lo harás —añadí, ya desesperándome.

Contuve la respiración, segura de que no funcionaría, que seguramente no se dejaría engañar. Pero supongo que no era tan viejo en 1790 porque un momento después escuché más maldiciones acalladas y los sonidos suaves de la ropa al quitársela.

—Muy bien —dijo una voz hecha una furia después de unos segundos—. ¿Te darás tú ahora la vuelta?

—¿Y cómo sé que de verdad te has desnudado?

—¿Estás poniendo en duda mi honor? —sonaba incrédulo.

—Digamos que no me siento especialmente confiada. Haz que el poste sea otra vez opaco y ponte de frente. Si no me has mentido, saldré de aquí detrás y acabaremos con esto.

Pritkin no se preocupó de maldecir esta vez. De repente las rocas se volvieron opacas y él dio pisotones hasta ponerse enfrente del poste. Llevaba una pistola en una mano y aún llevaba un cuchillo en una funda atada a la pantorrilla, pero no se había preocupado del resto. Supongo que lo había hecho para poner de manifiesto lo improbable que sería que le diera un golpe en una pelea.

—Ahora cumple con tu parte del trato —dijo apretando los dientes; o a lo mejor él los había apretado para evitar que castañetearan. Parecía que tenía frío, pensé sin sentir pena en absoluto.

Lo examiné mientras los ojos verdes me miraban detrás de una cortina de pelo pelirrojo dorado. No hizo ningún intento de taparse. ¡Qué noble! Luego le eché un buen vistazo y mis ojos se abrieron de par en par. A pesar de la temperatura, realmente no tenía ningún motivo para sentir vergüenza.

—En cuanto te des la vuelta —logré decir finalmente. Comenzó a discutir, pero levanté una ceja—. Es justo.

Pritkin levantó las manos, pero se dio la vuelta, dejando ver esos hoyuelos fascinantes. Esta vez no me detuve para admirar la vista. Tan pronto como se dio la vuelta, agarré su ropa y el orbe, abrí una línea ley y desaparecí.

No había sido difícil coger la línea con la ayuda del orbe, especialmente cuando ya sabía dónde estaba. Pronto descubrí que llegar a algún sitio era un poco más difícil. Con Mircea había pensado en las líneas como ríos de energía, pero ésta era más como los rápidos, con golpes, corrientes y remolinos que me golpeaban por todas partes.

La burbuja de protección que me proporcionaba el orbe evitaba que la corriente de energía me carbonizara, pero eso era todo: no había volante, ni cinturón de seguridad y lo que era peor, no había frenos. Me golpeé primero contra un lado y luego contra el otro, antes de que la cosa se pusiera completamente hacia arriba y mi cuerpo dio un vuelco completo hasta que fue atrapado por la parte de abajo de la esfera. Era una noria infernal y no sabía cómo salir de allí.

Enrollé mi botín robado y até precipitadamente mis enaguas alrededor para evitar que se lanzara hacia todos los sitios. Luego comencé a intentar imaginarme cómo funcionaba esa cosa. Mediante pruebas y errores, descubrí que podía manejar el pequeño círculo de protección al presionar un lado u otro del orbe, aunque no tenía nada que ver con lo fácil que Mircea lo había hecho parecer. Un pequeño giro podía hacer que me lanzara en esa dirección por lo que parecía que era una milla. Rápidamente aprendí a reducir los movimientos, acariciando el orbe con pequeños movimientos de mis pulgares.

Era casi tan fácil como dirigir una pelota de plástico de playa a través de la marea entrante usando palillos chinos, pero poco a poco fui haciéndolo mejor. Me las apañé para colocarme cerca del lateral de la línea, que es donde la gente parecía que entraba y salía. El flujo aquí era más rocoso, no era tan estable como en el medio de la corriente y me sacudía incluso más cuando intentaba devolver la burbuja a mi mundo.

Parecía que la línea ley tenía una clase de piel estirándose sobre ella, formada por bandas extragrasas de energía que hacían el salir de allí incluso más difícil de lo que me esperaba. Cada vez que empujaba la línea, se ponía en su sitio otra vez, obligándome a tener que pasar tiempo volviendo a maniobrar para volver a la posición. Pero al final conseguí el camino correcto y la mitad de la burbuja liberó el campo de energía.

Y aquí es donde las cosas fueron de mal a peor, a mucho peor.

El orbe mantenía mis pies y piernas en su sitio, suspendidos en la corriente de energía que venía en contra y que giraba, pero supongo que no funcionaba más allá de los confines de las líneas, porque la parte de mí que estaba en la parte de afuera estaba totalmente expuesta a los elementos. Me encontré colgada boca abajo, con el pelo al fuerte viento, sobrevolando a gran velocidad la ciudad oscurecida. Mis ojos se llenaron de lágrimas con el impacto del aire frío, pero si los entrecerraba, podía ver el

Sena brillando abajo, muy abajo, retorciéndose por París como una serpiente plateada. Lo había olvidado: las líneas ley no siempre siguen la tierra.

No podía chillar, había demasiado aire en mi cara y apenas podía ver. La bolsita que había hecho con mis enaguas aseguraba que no se pusieran delante de mi cara, pero seguía chocando conmigo, lo bastante fuerte para que me doliera. *Maldita sea, ¿qué era lo que llevaba Pritkin encima?*

Era incluso peor, aunque el campo de gravedad que la línea aplicaba estaba evitando que cayera hasta morir, no aguantaría una vez que el orbe se liberara completamente. No parecía que fuera a pasar mucho tiempo para que eso ocurriera, porque cada vez veía más de mi cuerpo y no sabía cómo pararlo.

Tampoco sabía cómo utilizar mis protecciones rudimentarias como un paracaídas, aunque fueran lo bastante fuertes para soportar mi peso, cosa que dudaba. Aparentemente los magos de la guerra aprendían todos los tipos de usos para su protección personal, pero como le había recordado una vez a Pritkin, yo no era uno de ellos. Observe el río pulsante de energía que había a mi alrededor y me pregunté si me había enroscado completamente. Entonces la línea se cayó en picado de repente, como una montaña rusa invisible y se dirigió directamente hacia el suelo.

Entonces sí que grité, aunque el sonido arrancó de mi garganta y se fue antes de que pudiera oírlo. Mis oídos estaban llenos de viento apresurado y vértigo mientras la línea daba vueltas y giraba y de repente volvió a ir hacia arriba. Durante los siguientes minutos, subía y bajaba, daba vueltas y se desplomaba hasta que estuve tan mareada que ya no sabía hacia dónde se dirigía ni lo que hacía.

Colgada por sólo una pierna, cuando mi cuerpo estaba casi a punto de soltarse de la pequeña protección que el orbe proporcionaba, vi una sombra gigante y oscura apresurándose hacia mí. Podía ver la línea hacia delante y estaba volviendo a subir, alto, tan alto por encima de la ciudad que si me caía, no habría nada que pudiera recogerme. Tenía que coger esa sombra, fuese lo que fuese.

Tiré con fuerza, liberándome centímetro a centímetro, mientras la burbuja se hacía más grande. Era un edificio de algún tipo, pero no pude distinguir los detalles. Tenía el pelo en los ojos, oscureciendo la pequeña visión que el viento y las lágrimas de puro pánico habían dejado. Saqué una mano fuera a ciegas y allí, sin saber de dónde, una criatura con cuernos con una expresión aburrida saltó frente a mí.

Mi pie se liberó de la línea y todo mi peso de repente estaba colgando de mis brazos; brazos que habían agarrado al monstruo y no iban a dejar que se marchara. Mis pies se abrieron hacia afuera sobre la nada, antes de golpear con la fuerza de la inercia el lateral de algo duro. El impacto hizo que un escalofrío torturara mi cuerpo y por un momento dejé de agarrar. Pero la criatura no se movió, ni siquiera se inquietó, y volví a agarrarla fuerte.

Después de unos segundos intentando recobrar la respiración, entorné los ojos a

través de una cortina de pelo enredado y vi una cara como un perro con una mirada lasciva sacándome la lengua. Parpadeé, pero su expresión no cambió. Después de otros pocos segundos, mi cerebro se recuperó y me informó de que lo que fuera lo que mis manos estaban sujetando con fuerza no estaba vivo.

Estaba suspendida de una gárgola de piedra que estaba en guardia sobre lo que probablemente había sido una vista panorámica de París durante el día. Debajo, luces pequeñas alumbraban por momentos pedacitos del mundo entre las sombras y un trocito de luna bailaba sobre el Sena. Estaba en lo alto de Nôtre Dame. De alguna forma había completado el círculo.

Mis brazos estaban cansados, me dolían los hombros y había un camino muy largo hasta llegar abajo. Con un montón de maldiciones acalladas, arrastré mi cuerpo hasta el lado del parapeto y salté al suelo. Mis rodillas se aflojaron y me senté repentinamente, aferrada agradecidamente a la sensación divina de una superficie que no se movía. El suelo de piedra estaba frío y húmedo con nieve medio derretida, pero durante un segundo pensé seriamente en besarlo.

Parecía que las estrellas estaban girando alrededor de mí, así que me quedé allí sentada, jadeando, hasta que se detuvieron. El orbe había aterrizado a unos metros de mí y lo observé mientras pulsaba su extraña luz contra la pared alta de piedra del parapeto. Me di cuenta de que al menos Pritkin no podría seguirme, y la idea me alegró inmensamente.

Comencé a buscar por la zona la ropa de Pritkin que se había esparcido por todos sitios cuando aterricé y se soltó el nudo de mis enaguas. La recogí y la puse en un pequeño bulto frente a mí y comencé a examinar detalladamente cada pieza. Me había llevado un par de pantalones de lana, una camisa blanca de lino con cordones en el cuello y en las muñecas, un cinturón lleno de pociones, un par de botas de piel fuertes y calcetines de lana calientes.

Miré lo último con un remordimiento de culpa. No me había esperado que él fuera tan literal para que incluso se quitara lo que llevaba en los pies. Aparentemente él había creído que un trato era un trato y no había hecho ninguna excepción a lo que le había pedido. O a lo mejor, se había sentido mal por someterme a eso. Quizás había pensado que se merecía unos dedos de los pies fríos, al menos... Vale, no. Seguramente no fue así. Pero aun así, los calcetines hicieron que me sintiera mal.

No obstante, no lo bastante mal para no ponérmelos. Las botas eran demasiado grandes, pero también me las puse, atándolas lo más fuerte que pude. Había perdido mis zapatos en algún sitio de París y no iba a ir a buscar a Mircea descalza.

Examiné todo dos veces, luego de nuevo, otra vez, comprobando cada costura por si tuviera compartimentos escondidos. Incluso puse las pociones a la luz por si acaso hubiera rellenado alguna de ellas con un trozo de papel, pero no hubo suerte. El mapa no estaba allí.

Claro que no, pensé furiosa. Yo había esperado que él hubiera estado tan predispuesto a dar por supuesto que yo lo había robado que él no había comprobado nada a fondo antes de acusarme. Pero parecía que había dicho la verdad. Realmente lo había perdido. Y eso significaba que podía estar en cualquier sitio: aún en la barcaza, pisado bajo los pies en la batalla o se le había caído cuando se quedó colgando de sus protecciones diez veces sobre la ciudad. Nunca lo encontraría.

Me levanté de puntillas y me incliné sobre el parapeto para ver si se había caído algo abajo. Por casi todos sitios el cielo era más brillante que la ciudad, con edificios que lanzaban sombras negras que eliminaban todo en su camino, como si partes grandes del mundo hubieran desaparecido. Pero la famosa ventana rosa brillaba tan resplandeciente como un reflector en el cielo negro que iluminaba la superficie de adoquines delante de las puertas principales de la catedral. Allí no había nada.

Seguí allí de pie, intentando pensar qué hacer, cuando un resplandor amarillo y brillante iluminó el cielo nocturno. Miré arriba y vi la mitad de un mago de la guerra desnudo y enfurecido inclinado fuera de la línea ley; su pelo golpeaba su cara lívida mientras me miraba directamente. Chillé y anduve a tropezones hacia atrás, maldiciéndome. Parecía que Pritkin no estaba tan agotado como yo pensaba. Y con sus protecciones intactas, él no necesitaba ropa ni juguetes para acceder a las líneas ley. Vi sus armas en mis enaguas transparentes y corrí a por ellas.

Aterrizó justo detrás de mí, sus ojos eran salvajes, le salía humo del pelo debido a la energía que se había filtrado por sus protecciones puestas a prueba. Por primera vez parecía el hijo de su padre. Miré a mi alrededor desesperadamente y descubrí una puerta de madera dentro de la torre de la campana. Gracias a Dios no estaba cerrada con llave.

Miré a Pritkin durante una décima de segundo y giré. Casi ya había llegado a la puerta, estaba sólo a unos pocos pasos detrás de mí, como si no hubiera roto el paso al dejar la línea detrás. No intenté razonar con él: su expresión me decía cómo iba a resultar todo. Le golpeé con la puerta en la cara, eché el pestillo y huí.

Las escaleras en espiral y claustrofóbicas eran tan estrechas que mi vestido pasaba rozando los dos lados y todo estaba completamente negro excepto por la tenue luz del orbe y las pequeñas ventanas alargadas ocasionales que mostraban trocitos de lo ligeramente menos negro que había afuera. Como mucho podía ver dos escalones delante de mí mientras zigzagueaba escaleras abajo, intentando darme prisa sin resbalar con piedras que ya estaban lisas por los cientos de años de uso.

Escuché una colisión detrás de mí y trocitos en llamas de madera cayeron en cascada por los escalones junto con un montón de chispas. Por suerte, las curvas de la escalera me protegieron de la mayoría, pero él tenía que atravesar un campo de minas de astillas en llamas con los pies descalzos. Por desgracia para mí, parecía que lo hacía muy bien.

Me cogió cuando apenas había llegado a la mitad de las escaleras y el impacto hizo que perdiera el equilibrio. Nos caímos, la mitad de la caída rodando por la espiral estrecha y girada. Había estado sujetando el contenido de su cinturón de pociones en el pliegue de mi vestido y cuando me caí, los frascos pequeños se cayeron por todos los sitios. Algunos se cayeron junto a nosotros, mientras los otros explotaron contra las paredes, inundando la escalera con un hedor punzante que inmediatamente llenó mis ojos de lágrimas. Tuvo que haberle dado algo a Pritkin porque maldijo y me soltó.

Le escuché caer, pero no pude ayudarlo. Perdí mi agarre en el orbe, que se fue rebotando escaleras abajo, desapareció alrededor de una curva y dejó la escalera completamente a oscuras. La única razón por la que no lo seguí era porque había puesto mis uñas en una de las ventanas pequeñas, la única tracción posible. El hedor de las pociones era increíble, pero el aire frío de la noche que entraba por la ventana me permitía respirar. Me quedé pegada allí, esforzándome en escuchar por encima de mis propios jadeos, pero no había otro sonido que no fuera el del viento en la parte de afuera.

—¿Estás herido? —grité finalmente, pero solo me respondieron ecos. No escuchaba mucho más que un gemido desde abajo. De repente la escalera estaba misteriosamente tranquila.

Me mordí el labio, pero en realidad no había nada en lo que pensar. Aunque me hubiera preocupado por Pritkin, no había otra salida. Sólo había una escalera desde la torre de la campana y yo estaba en ella. Y el viaje por la línea ley era imposible con el orbe en la parte de abajo de las escaleras, aunque estuviera dispuesta a volver a arriesgarme.

Después de otra respiración profunda, me arriesgué a través de un miasma de humos y frascos hechos pedazos que crujían bajo mis pies. En la parte de abajo de las escaleras, el orbe se había detenido en una puerta de madera que probablemente daba al exterior. Al lado de su charco pequeño de luz estaba Pritkin tirado en un montón arrugado, sin moverse. Me olvidé de la precaución y corrí abajo hasta los últimos escalones, me puse de rodillas en el pequeño espacio que había antes de la puerta y desesperadamente busqué el pulso bajo la piel de su cuello.

Estaba caliente, lo que me tomé como una buena señal, pero durante un buen rato, no pude sentir nada más. Mechones pesados de pelo se habían enrollado en su cuello y los solté antes de volver a intentarlo. Casi sollozo de alivio cuando al final encontré un pulso que palpitaba fuerte y seguro bajo mis dedos. Pero una humedad pegajosa goteaba de su mandíbula hasta mi mano y después de una pequeña exploración, encontré un corte que parecía desagradable en su cuero cabelludo y otro en su brazo.

Abrí la puerta para que salieran algunos de los vapores y me giré; me encontré a Pritkin de pie.

—Simplemente es justo —dijo de mala manera, antes de cogerme por los hombros y golpearme contra la roca implacable de la pared.

—¡Déjame! —Me giré y luché, pero él me sujetó mientras sus ojos hicieron un repaso visual al desnudo con la luz débil del orbe.

—¡Dámelo!

—¡No lo tengo!

—¡No me mientas más! —siseó Pritkin.

—¡Nunca lo encontré! —grité, empujándolo, pero sin llegar a ningún sitio—. Ahora suéltame o te juro que...

Hizo que me callara besándome fuerte y enfadado, tan enfadado que no sabía qué hacer excepto dejarle que me silenciara tragando todo mi aire. Curiosamente era como si me estuviera gritando de una manera nueva, ya que los últimos gritos no habían funcionado. Sentí el rasguño de su barba de tres días y el hundimiento de sus dedos a través de la seda, apretándome más fuerte, luego se separó, aquellos ojos como el hielo eran vibrantemente verdes.

—¡Dámelo!

Me quedé sorprendida por la lucha durante un momento, luego lo miré fijamente, jadeando. Tenía sangre secándose en la piel de su frente y una herida abierta en su barbilla, pero sus ojos brillaban con más luz que nunca. Un calor dulce y pesado comenzó a extenderse dentro de mí y a pesar del frío, podía sentir el sudor brotando por la superficie de mi piel.

De repente, la idea de Pritkin como medio ícubo me pareció posible por primera vez.

La sugerencia surgió por mis venas, casi como una droga.

—Estaba buscándolo cuando me atacaste —le dije sin luchar. Estaba diciendo la verdad y necesitaba guardar mis fuerzas para escapar—. Creía que lo llevabas encima pero no estaba en tu ropa.

—¡Te he dicho que no me mientas más! —Pritkin volvió a besarme fuerte, poniendo mi labio inferior entre sus dientes y mordiéndolo. Sus labios estaban fríos y un poco agrietados por el viento invernal, pero su beso era intenso, profundo y voraz. Mi corazón se aceleró, instintivamente traté de escabullirme, pero me resultó imposible resistirme. De repente, mis manos estaban agarrando fuertemente sus hombros, mis uñas estaban clavadas en el grupo de músculos que se encontraban allí y lo estaba besando también, brutalmente.

Envolví mi pierna derecha alrededor de la suya, sintiéndole duro contra mi muslo vestido de seda, mientras él rompía los cordones que tenía en mi espalda. No llevaba mucho debajo del vestido, era tan apretado que no me había hecho falta llevar un sujetador, algo que se hizo obvio cuando me bajó el vestido hasta la cintura. El sentimiento del aire frío sobre mi piel me devolvió de nuevo a mi cuerpo, mientras él

recorría mi piel con sus manos. La única satisfacción menor era que él no tenía mucho mejor aspecto que yo. Su piel brillaba por el sudor que le salía del pelo y bajaba hasta su cuello. Y a pesar de todo, yo quería enterrar mi cara en ese pelo sucio, chupar esa piel brillante y morder ese hombro flexionado.

—¿Dónde está? —Me agarró por los hombros, sacudiéndome bruscamente. El movimiento hizo que el vestido se cayera incluso un poco más, el forro de seda se deslizó por mi cuerpo con un suave siseo hasta que se arrugó en mis pies, la tela transparente parecía un montón de envoltura plástica. Me quedé allí de pie, muerta de frío, sólo con unas bragas, unas medias y las botas grandes de Pritkin.

La rabia y el dolor se condensaron en mi garganta durante un momento, así que todo lo que pude hacer fue mirarlo, con los ojos ardientes, mientras continuaba su búsqueda. No me desvistió, pero sus manos recorrieron cada pulgada de mi cuerpo, deteniéndose solo en lo alto de mis botas robadas.

—¡No lo llevas encima! —Miró hacia arriba con reproche; sus manos aún seguían en mis pantorrillas.

—¡Ya te lo dije! —Me costó un mundo no golpearle en la cara.

—¡Tuviste tiempo de esconderlo!

Comenzó con los cordones de las botas mientras yo intentaba pensar enfurecida. No creía que otro rechazo me hiciera ningún bien, no cuando ni siquiera me estaba escuchando.

—¿Reduce tu energía, verdad? —dije en lugar de eso—. Seducir a alguien que se resiste.

En un segundo, tenía mis muñecas inmovilizadas contra la roca, sus caderas presionadas contra mí, entre mis piernas.

—No cuando prácticamente te mueres por eso —dijo suavemente—. Tiene que ser poco satisfactorio estar al lado de un cadáver, noche tras noche. Puedo sentir la frustración en ti, la desesperación, la necesidad.

Levanté la vista y miré fijamente los ojos verdes que brillaban tanto que podrían haber estado en llamas. Y por un momento extraño y fuera de mí, realmente quise arrancárselos.

—¡Al menos yo sé lo que es Mircea! —le solté—. ¿Pueden decir lo mismo tus amantes?

El golpe iluminó sus ojos durante un instante antes de que se ocultara detrás de la certeza de que estaba fanfarroneando.

—¿Y qué soy?

Él había tenido que averiguar mi punto débil sintiendo la concentración de emoción de semanas combatiendo contra el *geis*, pero sin saber el motivo real. Pero yo no tuve que especular sobre el suyo.

—Lo supe en cuanto te vi —le dije toscamente, odiándome incluso mientras

pronunciaba las palabras. Nunca es más fácil clavar el cuchillo que descubrir los secretos de alguien en el que una vez confiaste lo suficiente, pero no tenía otra opción. Si él volvía a insinuarse, no sé si tendría la fuerza suficiente para combatirlo —. Eres medio íncubo.

Una mirada atravesó la cara de Pritkin por un instante, como si le hubieran dado una bofetada fuerte y estuviera intentando disimular, cuánto le dolía.

—¿Cómo lo supiste?

Ignoré la pregunta. Debía hacerlo mientras tenía su atención o quién sabe dónde acabaría todo esto.

—Si estoy mintiendo, ¿por qué iba a coger tus cosas? —pregunté, mi corazón golpeaba duramente—. Me podía haber ido mucho antes de que tú aparecieras si no me hubiera tomado mi tiempo para buscar en tus pertenencias. ¿Para qué hacer eso si ya tuviera el mapa? ¡Ahora suéltame!

Durante un segundo, algo de duda centelleaba detrás de sus ojos. Luego su barbilla se movió hacia afuera en una obstinación que me resultaba familiar.

—Dejaré que te vayas cuando me devuelvas lo que es mío.

—No te puedo devolverlo que nunca tuve —le solté, intentando liberarme de él con todas mis fuerzas. No vino tras de mí y recogí con fuerza mi vestido, antes de recordar que era inútil para taparme. Me lo puse de todas formas, las escaleras estaban congeladas—. Si no te importa... —le dije, con los dientes apretados.

Su mirada se movió recorriendo mi cuerpo de nuevo y mi piel se tensó por la presión de sus ojos. Con un rápido gesto por su parte, de repente mi vestido volvió a ser mucho más opaco. No le di las gracias por ello.

Me dirigí hacia la puerta y se cerró con fuerza en mi cara.

—Aún no hemos terminado —gruñó Pritkin.

Me giré tan enfadada que ni siquiera podía ver y tropecé con la enagua demasiado larga. Me ayudó a levantarme sin decir ni una palabra y me giró y anudó los lazos. Sentí sus dedos fríos sobre mi piel acalorada y se movían con sabiduría. La única razón por la que le dejaba tocarme era por la certeza de que si volvía hasta Mircea así, él mataría a Pritkin.

No es que eso no tuviera cierto encanto.

—¡Quítame las manos de encima! —le dije fríamente tan pronto como terminó. Me sentí traicionada y absolutamente lívida, pero mi cuerpo no era lo bastante listo como para saberlo. Le había gustado el tacto de sus manos, quería más, lo quería ahora. Era casi como si hubiera dos yo, uno que aprobaba enérgicamente al mago y otro al que le hubiera encantado verlo muerto.

Entonces me ocurrió algo que debería haber notado antes.

—El *geis*. No se encendió.

—Tú misma lo dijiste —dijo Pritkin fuertemente—. Soy medio íncubo. Puedo

romper los hechizos mientras me alimento.

Lo miré fijamente, sin habla, mientras una miríada de piezas encajaba. Rosier pudo vencer al *geis*, así que estaba claro que su hijo también tenía que ser capaz de hacerlo. Pero no lo había hecho, al menos no en nuestra época. Había preferido sufrir el agudo dolor en más de una ocasión que... ¿qué? ¿Arriesgarse al acercarse demasiado a mí? ¿Estar tentado a repetir lo que había pasado con su mujer? Una mujer que este Pritkin aún no tenía, pensé. No era de extrañar que no estuviera tan preocupado al utilizar sus habilidades, que no fuera tan cuidadoso por evitar tocar a alguien.

Un recuerdo de todo lo que nos acabábamos de tocar pasó por mi mente y sentí una ola de calor creciendo por mis mejillas. Dios, lo odiaba, pero aún odiaba el *geis* un poco más.

—Quiero que elimines el *geis* —le dije bruscamente—. Eso es para lo que necesito el *Códice*. ¿Puedes hacerlo?

Me miró incrédulo.

—¿Esperas que me crea que has llegado tan lejos simplemente para eso?

—¿Para que se quiere si no es para un hechizo? —le rebatí.

—¡Para destruirlo! ¡Es la única manera de asegurarse que nunca caerá en manos de gente como tú!

—Dame el hechizo para invertir el *geis* y podrás hacer con el *Códice* lo que te salga de las narices. No me importará.

Hubo un silencio absoluto durante un minuto, mientras me miraba fijamente con una expresión medio desconcertada, medio enfadada. Por primera vez se pareció a mi Pritkin, al hombre insolente, cínico y brutalmente sincero.

—¿Y por qué simplemente no me lo dijiste? —preguntó finalmente.

—¡Acabo de hacerlo! En fin, ¿me lo vas a dar o no?

Pritkin me pasó una mano por encima y pude sentir cómo mi aura crujía.

—Tú tienes dos *geis*, no uno —me informó después de un momento—. Y están extrañamente entrelazados. Nunca había visto esta configuración antes. ¿Cómo sucedió?

—Es una larga historia. —Y, de todas formas, no una que pudiera contarle—. ¿Puedes lanzar el hechizo?

—Quizá. Si me devuelves el mapa.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No... lo... tengo.

—Si tú no lo cogiste, entonces dónde... —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¡Mi capa!

Tardé un segundo, pero lo entendí. Una sonrisa amplia apareció en mi cara y ni siquiera intenté hacerla menos sarcástica.

—¿La que tú llevabas cuando robaste el mapa, no? ¿La que Mircea cogió antes de

irnos?

Pritkin gruñó y yo sonreí aún más. Dijo unas cuantas palabras, ninguna en un idioma que yo conociera. Seguramente era alguna versión antigua de «que te jodan».

—¿Vas a darme el contrahechizo o no? —le pregunté.

—Persuade al vampiro para que me dé el mapa y te daré el hechizo —dijo finalmente, aunque sonaba como si le ahogara.

Me eché hacia atrás contra la pared, de repente estaba agotada.

—Hecho.

Volvimos sobre nuestros pasos, pero la bodega estaba vacía y la taberna ruidosa en la parte de arriba estaba llena de personas que no eran Mircea.

—¿Se habrá ido solo a por el *Códice*? —preguntó Pritkin.

—No creo. —Mircea estaba tras de mí, no tras el *Códice*—. Pero sabrá que descubriste muy pronto que había desaparecido. Esperará a que vayas tras él; y esperará una lucha, así que no se quedaría aquí, es demasiado público.

—¿Adónde iría? —preguntó Pritkin.

Abrí la boca para indicar que leer la mente no era una de mis habilidades, pero de repente la volví a cerrar. *La ventana rosa*, pensé, viéndola iluminada en mi memoria como un adorno gigante de Navidad. Era ya medianoche y las calles alrededor de la catedral estaban vacías. ¿Dónde mejor para tener un enfrentamiento?

Le dije todo eso y Pritkin hizo un ruido que en cualquier otro hubiera indicado un incipiente ataque al corazón, pero él me echó hacia atrás hacia el sótano y abrió una línea ley casi salvajemente, como si rompiera el aire. Un momento más tarde, después de otro viaje salvaje entre mundos, estábamos abriendo las puertas principales de la antigua iglesia.

A nuestro lado había vidrieras de colores largas que brillaban débilmente con la luz reflejada de unas pocas docenas de velas. No era sorprendente que parecieran mucho más auténticas que las que había en el casino, con el vidrio enrollado en líneas sutiles hacia la parte de abajo de los cristales, más grueso aquí que en la parte de arriba, frágiles por su antigüedad incluso hacía doscientos años. Más velas iluminaban una línea arrolladora de obras maestras similares que conducían a la parte delantera oscurecida de la iglesia, donde estaba Mircea, lavándose en un pila de agua bendita.

—No es posible —dijo Pritkin mirándolo fijamente incrédulo. No podía haber sonado más conmovido si Mircea hubiera estando bebiendo a sorbos sangre de un cáliz de comunión.

Mircea tuvo que habernos escuchado entrar, pero continuó con lo que estaba haciendo. Estaba dándonos la espalda, la luz de las velas sobre su piel desnuda hacía que sus músculos formaran un marcado relieve. Se había lavado el barro del río que tenía en el pelo y ahora se había echado el pelo hacia atrás, las gotitas de agua

brillaban en la luz. La escena le parecería a todo el mundo una portada muy buena para una novela romántica.

Suspiré y Pritkin puso su mirada en mí.

—¡Es un vampiro! —dijo, como si yo no lo hubiera notado.

—Sí, ¿y?

—Creo que el mago está sorprendido porque no ardo en llamas por el agua sagrada —dijo Mircea, secándose con lo que sospechosamente parecía un paño del altar. Yo misma estaba un poco sorprendida teniendo en cuenta que era católico. Pero luego lo miré mejor y me di cuenta que, como la catedral, había visto días mejores.

Cajas, barriles y toneles estaban apilados por todos lados, bloqueando todo menos el pasillo principal que estaba estropeado por un montón de pisadas de barro. Fuera no había conseguido evitar darme cuenta de que las estatuas, seguramente santas pero definitivamente escalofriantes, habían sido destrozadas. No parecía que la revolución se preocupara demasiado por la religión.

—¡Claro! —Se burló Pritkin—. ¡En este momento el agua no es sagrada! ¡Los jacobinos se aseguraron de eso!

—Destrozaron la catedral antes de que la convirtieran en un «Templo para razonar» —coincidió Mircea, seguramente por mi bien—. Lo que, teniendo en cuenta sus excesos no parece para nada irónico.

—Ellos la profanaron —soltó Pritkin—. ¡Desde luego ahora abarca algo igualmente impuro!

—Pero —continuó Mircea—, ya que no somos de su tipo, salvemos su reputación. He descubierto que la mayoría de los hombres pueden ser razonables, si reciben el estímulo apropiado.

Levantó algo en dos dedos de la mano mientras continuaba secándose con la otra mano.

—¡Eso es mío! —Pritkin dio un paso adelante antes de contenerse.

—Y tú tienes algo que me pertenece a mí. Sugiero un cambio —dijo Mircea, dándose la vuelta por fin.

Cuando reconoció a Pritkin, no fue nada explícito, pero por un instante su cuerpo se agarrotó y sus ojos se dirigieron hacia mí. Moví la cabeza brevemente, pero la detuve cuando Pritkin nos miró a los dos.

—¿Qué truco es éste? —preguntó—. ¿Me estáis tomando por tonto?

—No, no por tonto —dijo Mircea con el aire de un hombre que no sabía muy bien qué pensar de él. Me pregunté cuánto tiempo le llevaría estar seguro. Los humanos mágicos podían vivir doscientos años, así que podría haber algunos por allí que estuvieran vivos en la época de la Revolución francesa. Pero no aparentarían treinta y cinco.

—Así es como procederemos —dijo Pritkin de manera concisa—. Sacarás el mapa y lo dejarás al lado de la línea ley. Yo lo cogeré y abriré una fisura. Tan pronto como haya verificado que es auténtico, te daré el hechizo.

—Él ya sabe el hechizo que necesito —expliqué.

Mircea dirigió su mirada incrédula desde el mago hacia mí.

—¿Y tú confías en él para que te lo dé?

—¡Yo no soy aquel cuyo honor está en duda! —dijo Pritkin furioso.

—¡La secuestraste e intentaste matarla!

—¡La secuestré para que no tuviera que matarla!

—Mago, te juro por todo lo que es sagrado que...

—¿Sagrado? —El desprecio de Pritkin era el mismo que antes—. No te atrevas a utilizar ese término, tú...

—¡Cállate! —grité y resonó extrañamente en todas las partes de la catedral, como un altavoz fantasmal. No podía soportar un minuto más así—. No tenemos otra opción —le dije a Mircea más calmada.

—¡Ya ha demostrado que es un traidor! Volver a confiar en él...

—No te estoy pidiendo que confíes en él; te estoy pidiendo que confíes en mí. Por favor.

Mircea no respondió, pero cruzó el espacio y cogió el brazo de Pritkin, tan rápido que ni siquiera lo vi moverse.

—Si le haces daño, no volverás a ver el mapa —dijo suavemente—. No vivirás lo bastante para volver a ver nada.

Pritkin intentó ignorarlo, pero se dio cuenta de que no podía.

—Si dices la verdad, no tengo ninguna necesidad de hacerle daño —dijo maliciosamente—. Ahora, ¡suéltame!

Mircea accedió de mala gana, después de un apretón que hizo que Pritkin juntara los dientes en un gesto de dolor; luego todos fuimos en grupo hacia afuera. Pritkin no se frotó el brazo tercamente, aunque seguramente se le había cortado la circulación y tuvo cuidado de tenernos a los dos claramente a la vista. Mircea puso el mapa en el centro del suelo de adoquines y se movió unos metros hacia atrás, lo que en términos de vampiros significa que también podría no haberse preocupado de moverse; podía haber cruzado ese espacio en un suspiro.

Miré intencionadamente a Pritkin. Me saludó con la mano y pronunció unas pocas sílabas guturales. No ocurrió nada. Prunció el ceño y volvió a repetirlo.

—No sentí nada —dije, excepto que la presión de la sangre comenzó a subirme.

—No ha salido bien.

—¡Dijiste que podías lanzarlo!

Mircea hizo una mueca con el labio.

—No se puede confiar en un mago.

Pritkin lo miró brevemente, pero ni siquiera se acercó a un intento. Parecía preocupado, se estaba dando golpecitos con un dedo en los labios.

—Dime, ¿había un método de salida adjunto a los hechizos cuando se lanzaban, en el caso de que algo saliera mal?

—Sí, pero ya lo hemos intentado —le dije desesperada.

—¿Cuál era?

Miré, pero no tuve más opción que responderle. No sabía qué información necesitaba para que el hechizo funcionara.

—Sexo con el creador o alguien de su elección. Pero no sucedió nada.

No era tan loco como sonaba. El ritual para completar la transferencia de energía desde la antigua pitia hacia mí había requerido que yo perdiera mi virginidad. Era una cláusula justamente normal en el mundo antiguo, donde el sexo era una parte en todo, desde los hechizos curativos hasta el culto. Pero le había dado a Mircea una idea. Él también había hecho del sexo una condición para la liberación del *geis*.

Tenía que haber parecido infalible: el *geis* me protegería hasta el ritual, donde se invertiría en el mismo acto que me hizo pitia, por lo tanto asegurando que Mircea no acabara unido a mi poder. También tenía que haber funcionado, excepto porque el hechizo había sido duplicado antes de que la transferencia se hubiera completado. Después de eso, Tomas había servido de sustituto de Mircea para el ritual y yo me convertí en pitia según lo previsto, sólo que con el *geis* vivo y coleando.

—¿Estás segura? —insistió Pritkin—. Porque si el *geis* se expandió más allá de sus parámetros originales, en realidad se convierte en un hechizo nuevo. Eso es por lo que se toman normalmente precauciones adicionales.

—¿El *geis*? —La mirada de Mircea se acentuó.

—No preguntes —le solté, aún mirando a Pritkin—. Y sí, estoy segura.

—Entonces no hay nada que hacer —dijo Pritkin encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡No me mientas! ¡Necesito el contrahechizo real!

—Ya lo tienes.

—¡No te creo! —Le cogí por la camisa, sin preocuparme por las posibles consecuencias. Me apetecía chillar de frustración—. ¡Dámelo! Tengo que lanzar esta cosa. ¡No lo entiendes!

—¡He hecho todo lo que puedo! ¡Ahora dame lo que es mío!

—¡Lo destrozaría antes que dártelo a ti! —le dije, tan enfadada que apenas podía ver. Debería haberlo sabido. Cada vez que confiaba en un hombre, cada vez, acababa así, con lágrimas en los ojos y echando humo. Hay un dicho: la locura hace siempre lo mismo y espera resultados distintos. O quizá esto era estupidez.

Pritkin maldijo.

—¿El pudor indignado tiene un precio tan alto?

Le sonreí intensamente.

—Supongo que solo soy vengativa así.

—Dámelo y nos separamos, si no como amigos, por lo menos no como enemigos —me advirtió—. Y créeme cuando te digo, señora, que no me quieres como enemigo.

—Quizá no me he expresado con claridad —le dije desagradablemente, dándole una patada al mapa y lanzándoselo a Mircea—. Sin *geis*, no hay mapa. O lanzas esta cosa o nunca volverás a ver el *Códice*, ¡te lo juro!

Pritkin no respondió, sino que hizo lo último que esperaba que hiciera. Me quitó de encima, como si yo no estuviera, y saltó derecho hacia Mircea. Me golpeé en el costado y para cuando me levanté ya habían llevado la lucha a medio camino de la superficie de adoquines, de vuelta a la catedral.

Mircea podía haber estar agotado del ataque en el casino, pero un vampiro maestro es siempre un vampiro maestro, algo que Pritkin estaba aprendiendo a fuerza de golpes.

La pelea se acabó tan deprisa que casi fue como si no hubiera ocurrido. Un golpe rápido y malintencionado con el codo de Mircea hizo que el mago se fuera tambaleando hasta las puertas de la antigua catedral y que las golpeará con un ruido sordo y repulsivo. Pritkin también debía de estar bastante agotado porque sus protecciones no aparecieron para amortiguar el golpe.

Rebotó contra las puertas y se cayó débilmente en las escaleras, con una pose que recordaba a una muñeca abandonada. No obstante Mircea se dirigió hacia él y yo me levanté rápidamente:

—¡Mircea! ¡No lo mates!

Levantó la vista y dudó un poco, luego asintió con la cabeza. Él había visto a Pritkin en nuestra época; sabía que no tenía que morir esta noche. Corrí hacia delante, preocupada por si ya era demasiado tarde y por si el sonido que había escuchado había sido la cabeza de Pritkin. Pero cuando me puse de rodillas a su lado, no encontré ninguna herida grave. Comprobé su pulso y después le levanté un párpado. Pudo haber estado fingiendo en las escaleras; no estaba segura, pero él había estado frío en la barcaza y si no estaba fingiendo, entonces era un actor de puta madre.

—Está inconsciente —confirmó Mircea. Él podía sentir cosas como la presión sanguínea y sabría si el mago estaba fingiendo.

Mircea metió a Pritkin en la catedral y lo tapamos con su capa. El sitio estaba desierto y aún quedaban horas para el amanecer. No habría nadie que le pudiera molestar hasta que volviera en sí. Pero todo estaba demasiado tranquilo y el sitio tenía un aire extraño: no era como una iglesia en donde la gente se congrega regularmente, sino que más bien era como una de esas criptas desiertas en *Père Lachaise*, preciosa pero olvidada. No me gustaba tener que dejarlo allí.

Mircea me cogió el brazo y me apartó del mago.

—Vivirá —me aseguró—, pero cuando se despierte...

Tenía razón. Pritkin no era de esos que abandonan, incluso con una posible conmoción cerebral. Y lo último que necesitábamos era que Mircea tuviera que hacerle aún más daño.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunté cansada. Tenía frío y hambre, y, ahora que el subidón de adrenalina estaba desapareciendo, mis ojos querían cerrarse. La verdad es que no tenía muchas ganas de una búsqueda agotadora.

—Los dos necesitamos descansar antes de que vayamos a la caza de nuestro tesoro —dijo Mircea, haciendo eco de mis pensamientos. Frunció el ceño durante un momento y luego la cara se le despejó—. Conozco el lugar perfecto.

Más tarde, tras un corto viaje en una línea ley, estábamos ante una tabla de roble grueso con una aldaba de bronce con la forma de un dragón comiéndose su propia cola. Pestañeeé cansada mirándolo. *¿Es que esa cosa me estaba siguiendo?* Mircea la golpeó contra la puerta unas cuantas veces, pero no contestó nadie.

—La mayoría de mis sirvientes están en mi finca del campo —me dijo, volviendo a golpear, esta vez más alto—, pero debería haber un guarda aquí. No le gusta viajar.

Miré fijamente la casa, parecía que estaba completamente vacía, y me pregunté si estaba seguro de eso. Sin el maestro en la casa, el guarda quizá se había largado a algún sitio donde no hubiera decapitaciones diarias.

—No creo que haya nadie en casa —me atreví a decir, mirando por la ventana. No podía decir mucho de lo que había dentro ya que había sábanas por encima de todos los muebles, pero parecía tan vacía como la catedral.

Mircea sólo sonrió.

—Es un poco lento.

—Así que cuando dijiste que viviste en París...

—Quise decir aquí. —Mircea se detuvo para golpear la puerta, esta vez sacudiendo la pesada madera—. Antes de unirme al Senado de Norteamérica, pertenecía al europeo, y este tuvo su base en París desde principios de la Edad Media.

Comenzó a golpear la puerta de nuevo y un hombre pequeño con una nariz grande y ojos azules acuosos abrió la puerta. Nos miró de una manera miope, con los ojos entornados desde debajo de una peluca demasiado grande, mientras soltaba una retahíla de francés enfadado. Puntuaba lo que fuera que estaba diciendo con movimientos salvajes de su bastón, pero sin su apoyo perdió el equilibrio y se hubiera caído por las escaleras si Mircea no lo hubiera agarrado.

—¡Malditos jóvenes rufianes! —dijo con ira y mientras tanto intentó morderle la muñeca a Mircea. Pero a pesar de ser un vampiro, parecía que tenía solo un Colmillo y no acababa de morder nada.

—¡Horatiu! ¡Soy yo! —La voz de Mircea hizo eco en toda la calle a pesar de que prácticamente le estaba gritando al oído al anciano.

—¿Eh? —El vampiro entrecerró los ojos, pero aparentemente no hizo que viera mejor.

Mircea suspiró.

—Te di un cordón para tus gafas —dijo, buscando agitadamente en el abrigo del hombre—. ¿Por qué no las llevas puestas?

—Soy un vampiro. ¡No necesito gafas! —informó a Mircea mientras le daba golpes a sus manos. Mircea lo ignoró y al final sacó un par de quededos. Se los puso

encima de la larga nariz del vampiro y le sonrió alentadoramente.

—Soy yo —repitió.

—¡Ya lo sé! —dijo el anciano irritado—. Podrías haber avisado de que vendrías. ¡Dios! No tengo nada preparado —se quejó, pero nos dejó pasar.

Caminamos lentamente por un pasillo y subimos unas escaleras largas. Horatiu llevaba una vela que ondeaba y brillaba intermitentemente, lanzando sombras que saltaban en las paredes; eso hizo que pudiera ver bien por primera vez a Mircea. A pesar de las antiguas libaciones, aún le faltaba la mitad de su ropa, estaba sucio y tenía polvo por encima de lo que aún llevaba puesto, y un hilo de algo que sospechosamente se parecía a un alga marina estaba pegado tenazmente a su pelo. Verlo así era probablemente una experiencia única. La conservaría para siempre en mi memoria.

—Vas a tener que cambiarte antes de que vuelvas a ver a mi otro yo —dije, intentando no reírme—. Algo que se parezca bastante a tu antiguo traje.

Mircea me lanzó una mirada que decía que había notado mi diversión.

—Tengo muchos trajes negros.

—Pero la camisa...

—También tengo unas cuantas de esas.

—¿De verdad? —No me parecía que fueran fáciles de encontrar.

—Así es. Ming-de me envía una cada año para mi cumpleaños.

—Qué amable por su parte. ¿Por alguna razón en particular?

Mircea pestañeó vagamente.

—No creo que quieras decirme lo que el mago quiso decir con lo de pudor indignado, ¿verdad?

—Me lamí los labios, sintiendo un escozor residual en mi lengua que sabía sospechosamente a un mago de la guerra psicópata en concreto.

—La verdad es que no.

—Entonces, creo que también yo me guardaré mis secretos, *dulceață*.

—Sí, pero tú tienes más que yo —murmuré.

Hizo una mueca con una ceja.

—Estoy empezando a imaginarme algo.

Acabamos en las habitaciones de Mircea, que estaban compuestas por un pequeño vestuario y una habitación más grande. El armario pintado que había visto en la MAGIA ocupaba el sitio de honor al lado de un tapiz de seda que mostraba un dragón verde comiéndose su propia cola. Lo miré fijamente fatigada. Estaba empezando a ser escalofriante.

—El uróburo.

—El símbolo de Sárkány Lovagrend —corrigió Mircea; tenía los ojos fijos en Horatiu.

—¿Qué?

—La Orden del Dragón —tradujo, acercándose a su sirviente. El anciano estaba haciendo algo al lado de la chimenea que estaba enfrente de la cama. Tardé un momento en darme cuenta de lo que era porque el montón de papeles que estaba sujetando estaban presionados contra un ladrillo cubierto de hollín a varios pies a la izquierda de la rejilla en lugar de a uno de los troncos polvorientos—. Era una sociedad que el rey Sigismund constituyó en Hungría. Mi padre se hizo miembro y... Deja que yo haga eso —se ofreció Mircea, sus ojos se fijaron en el papel que ardía rápidamente.

Horatiu le dio un golpe en el hombro.

—¿No te he enseñado nada acerca de respetar tu posición social? —preguntó—. Siempre correteando, jugando con los niños de los sirvientes, pensando que esa sonrisa descarada tuya iba a dejar que te libraras de todo tipo de comportamiento irresponsable.

—Así que no ha cambiado nada —murmuré.

Mircea me lanzó una mirada herida, mientras forcejeaba con el anciano para coger el montón de papeles.

—¿Qué llama tan maravillosa! —dijo en alto, tratando de quitarle el papel a Horatiu justo antes de que se le incendiara la mano.

Horatiu contempló el interior frío de la chimenea con orgullo.

—Sí, ¿verdad?

Después de unos momentos, Mircea consiguió hacer que los troncos ardieran.

—Supongo que no hay nada para comer, ¿verdad? —preguntó. No parecía muy optimista, pero de todas formas mi estómago se quejaba con expectación.

—¿De comer? —Horatiu me miró con los ojos entornados. Aparentemente había supuesto que Mircea había traído comida preparada.

—¡Ella es mi invitada! —dijo enfáticamente.

Horatiu susurró algo que sonaba decepcionado.

—Bueno, supongo que puedo salir y tratar de encontrar a alguien —dijo dudosamente— pero con todos los problemas que hay hoy en día, a menudo las calles se quedan desiertas en cuanto oscurece.

—Quiero decir para ella.

—¡Eh!

—¿Hay algo de comida para un humano? —preguntó Mircea pacientemente.

—Bueno, si hubieras avisado —dijo Horatiu susceptiblemente—. No puedo adivinar que vas a traer a uno de ellos a casa, ¿no? Sin mencionar que, en todo caso, la mayoría de las tiendas están vacías, ¡el ejército se lo ha llevado todo!

—Un no hubiera sido suficiente —dijo Mircea. Su mirada hacia mí era de arrepentimiento—. Mis disculpas. Mi hospitalidad normalmente es algo más...

hospitalaria.

—No pasa nada. —Me senté en una alfombra de felpa enfrente del calor y extendí mis manos hacia el fuego. Por primera vez esa noche me sentía casi caliente y no tenía que preocuparme por nadie que me asustara.

—Creo que las bodegas están intactas, ¿verdad? —preguntó Mircea.

—Sí, sí, hay cantidad de vino. —Horatiu simplemente se quedó allí de pie, igual que Mircea—. ¿Quieres que vaya a coger una botella? —preguntó finalmente el anciano.

—Eso estaría bien —dijo Mircea amablemente. Horatiu se fue tambaleándose, susurrando palabras tan alto que eran entendibles. Mircea suspiró y comenzó a buscar en un baño turco en una esquina.

—No obstante, es un uróburo, ¿verdad? ¿El símbolo del dragón? —Mis ojos habían vagado otra vez hasta llegar al tapiz. Las escamas del dragón eran verdes y sus ojos, distinguidos en hilo dorado, parecía que se movían en la luz tenue del fuego.

—Supongo que sí —dijo Mircea ausente—. Es un símbolo de protección antiguo, de un cinturón de poder que enajona algo precioso. Y eso es lo que estaban intentando hacer: proteger a Europa de una posible invasión turca. ¿Por qué?

—Sigo viéndolo últimamente, allá donde vaya. Está empezando a asustarme.

Mircea se rió.

—El uróburo es el emblema de los magos. Está por todas partes en nuestro mundo.

—Pero sólo utilizan un simple círculo plateado —protesté. Siempre había pensado que mostraba una falta real de imaginación. Eran la organización mágica más antigua de la tierra y ¿no se les había ocurrido nada mejor?

—La antigua versión de su símbolo era un uróburo. Se estilizó con el tiempo para que fuera más fácil de reproducir. Dicen que lo eligieron porque es el símbolo alquímico de la puridad y las representaciones plateadas de la sabiduría. —El tono de Mircea no dejaba duda de lo que él pensaba acerca de esa afirmación.

—Protección, puridad y sabiduría. —Un montón de cosas me vinieron a la cabeza cuando pensé en el Círculo. Esas tres no estaban en la lista.

Mircea me ofreció una botella polvorienta.

—Burgundy —dijo triunfantemente.

—Pero si acabas de mandar a Horatiu a por vino.

—Sí, un hecho que él recordará quizá unos cinco minutos. —Llenó un par de copas que parecían razonablemente limpias y me dio una.

—Gracias. —Le di un sorbo—. ¿Qué le pasó?

—¿A Horatiu? —Asentí con la cabeza—. Me temo que fui yo.

—¿Qué? Pero, ¿cambiar a alguien tan mayor no se considera un poco... desaconsejable?

—Mucho. —Mircea ignoró su vino y se puso a buscar agitadamente en el armario. Pronto sacó un paquete enrollado en papel que olía a sándalo—. Sí, pensaba que tenía otra. —Levantó una esquina del papel—. Y es blanca.

Acerqué los ojos y la vi. Supuse que era el pequeño regalo de Ming-de.

—Te queda mejor el color —le solté.

Me lanzó una mirada abrasadora por encima del hombro.

—¿Tú crees? La mayoría de las mujeres piensan que estoy mejor sin nada encima.

Cambié de opinión rápidamente.

—¿Entonces, por qué lo cambiaste?

Mircea se encogió de hombros.

—Fue mi tutor de la infancia. Lo visité en su lecho de muerte y encontré su piel tan pálida como las sábanas, pero su mente era tan perspicaz como siempre. Sabía que se estaba muriendo y estaba muy indignado por eso. Estaba allí tumbado, su cuerpo le fallaba y me pidió que hiciera algo, con la misma voz que utilizaba para darme miedo cuando era un niño...

—¿Y tú le mordiste?

—Accedí a su propuesta —dijo Mircea con dignidad.

—Le mordiste.

Suspiró y se quitó la camisa.

—Me temo que sí.

—¿Pero entonces, por qué es así? Si lo cambiaste, ¿no debería tener una visión de vampiro? —Sin mencionar la escucha, el sentido del equilibrio y la habilidad para atravesar una habitación más rápido que una oruga que camina sin rumbo.

—Normalmente sí, pero Horatiu se estaba muriendo cuando pasó por la transformación; si hubiera dudado un poco, se hubiera ido. Y cambiar a alguien con esa salud tan extremadamente pobre es, como tú dijiste, desaconsejable.

—¿Entonces por qué lo hiciste? —Una eternidad como esa no me parecía un gran regalo.

Mircea dio golpecitos en el fuego, no es que hubiera hecho falta que lo hiciera. La habitación ya estaba calentándose muy bien.

—Porque no sabía lo que estaba haciendo —admitió, habiendo torturado a los troncos para satisfacerse—. Te olvidas de que yo no estoy elegido para esta vida; la recibí debido a un odio de una anciana hacia mi familia. Estaba maldito.

—¿Qué tiene que ver eso con Horatiu?

—Todo. No tuve a nadie que me aconsejara, *dulceață*. Nadie que me diera ningún conocimiento de mi nuevo estado. Quizá en otra época hubiera sido distinto. Hoy, el mismo Senado supervisa a esos vampiros sin amo cuando se crean, aunque son pocos. Pero entonces... nada era tan simple. No sabía que este sería su destino.

—Nunca pensé en lo que tuvo que haber sido para ti —dije lentamente—, despertarte de repente cambiado.

Sonrió sombríamente.

—No fue tan rápido como piensas. Fue una semana antes de que la transformación se completara e incluso entonces... esas cosas eran fábulas, ¡historias que se contaban para asustar a los niños! ¿Cómo me podía haber pasado una cosa así? A mí, ¿un buen católico?

—Pero el vampirismo es una enfermedad metafísica. No tiene nada que ver con...

—Pero yo no sabía eso, Cassie. No sabía nada. Podía entrar en una iglesia, rezar el rosario, hacer cosas que siempre me habían dicho que eran imposibles para los malditos. Aun así, la luz del sol por la que había caminado toda mi vida de repente me quemó, la comida de mi juventud ya no me alimentaba e incluso mi cuerpo estaba cambiando en modos que, en el momento, me horrorizaban. No quería ver más que los demás, oír cosas que mejor era no saber, dar vueltas en mi cama, sintiendo cada latido de mi corazón en un kilómetro a la redonda llamándome a voces...

—No obstante lo aceptaste con el tiempo;

—No sé si esa es la palabra que usaría —dijo Mircea secamente. Se quitó los pantalones sucios con naturalidad, los puso encima de la cama y comenzó a cepillarlos—. Me negaba, no quería admitir lo que me estaba pasando.

—¿Cuándo cambió eso?

—Cuando la nobleza me descubrió. Nosotros éramos una monarquía elegida, cualquiera con el linaje correcto era un candidato, y ellos habían decidido apoyar a una rama rival de la familia. Y en aquellos días, la manera común de cambiar el poder era matar a los que lo tenían.

Había escuchado esta historia de su cambio hacía mucho tiempo, pero él hizo que pareciera una gran aventura. Ahora, no parecía que fuera así. Estaba empezando a sospechar que la versión que había recibido cuando era una niña había sido un relato altamente selectivo.

—Primero mataron a mi padre. Él me había mandado a una cruzada desventurada contra los turcos y a pesar del hecho de que las tropas que yo dirigía se habían defendido bien, perdimos la guerra. A partir de entonces ya no fui tan popular para la nobleza que no se había movido para ayudar con la lucha. Hacerme ver su muerte fue con la intención de un castigo merecido.

Se detuvo para cepillar una mancha particularmente difícil; luego continuó.

—Le arrancaron el cuero cabelludo, un truco que habíamos aprendido de los turcos. Les arrancaban la piel de la cara mientras las víctimas aún vivían, torturándolas y haciéndolas irreconocibles al mismo tiempo. Cuando acabaron, me taparon los ojos con agujas calientes para que su cuerpo mutilado fuera la última cosa que viera. Entonces me quemaron vivo.

—¡Por Dios!

—Me quedé allí tumbado, escuchando la tierra caer sobre mi tumba y asumí que ese era el final —dijo, sentado en el borde de la cama para volver a ponerse los pantalones—. Esperé a quedarme sin aire, a la muerte, al juicio, a algo... pero pasaron las horas y no ocurrió nada. Nada excepto que mis ojos se repararon y me permitían ver a pesar de que allí no había luz. Al final tuve que enfrentarme al hecho de que algo un poco... extraño... estaba pasando.

—¿Qué hiciste?

Mircea se encogió de hombros.

—Excavé para salir. Había llovido por la noche y la tierra estaba suave. De otra manera no lo hubiera conseguido. Después de eso, me eché en la tierra húmeda, tragando el aire que claramente ya no necesitaba y me pregunté qué es lo que iba a hacer. Era un monstruo; al final tuve que aceptar eso. Pero era uno malditamente débil. No me había alimentado desde el cambio y mi cuerpo había tenido que reparar el daño considerable de la lucha y la tortura que le siguió a esa lucha. Sabía que no estaba en estado de enfrentarme a ellos.

—¿Cómo sobreviviste? —le pregunté urgentemente. Realmente quería saberlo. Nuestras situaciones no eran idénticas, pero había bastantes similitudes y esperaba alguna información sabia para mí. Mircea no había sabido ser un vampiro, así como yo tampoco sabía cómo ser una pitia. Pero él lo había logrado.

—Con suerte y alguna ayuda puntual —dijo después de una pausa—. Mi ropa, aparte de la sucia que llevaba puesta, el dinero y las pertenencias estaban en Tirgoviste, donde vivían muchos de aquellos que habían intentado matarme. Tenía que arriesgarme a volver y tuve la mala suerte de que uno de mis atacantes me vio. No se dio cuenta de lo débil que estaba y no se atrevió a cogerme, pero corrió a avisar a los demás.

—Pero si te acababan de quemar, ¿por qué iban a creerle? —La mayoría de la gente preguntaría a alguien que venía contando historias de muertos que caminaban si quizás había estado bebiendo demasiado.

Antes de responder, Mircea vino y se juntó a mí. Ya que estaba sentada al lado del fuego, demasiado cerca de las chispas aleatorias de fuego para el gusto de un vampiro, el movimiento me preocupó, al igual que la sonrisa despreocupada en su cara.

—Hablas como una mujer moderna real —dijo delicadamente—. Pero en aquella época, mucha gente aceptaba las antiguas leyendas de *nosferatu* como un hecho. Y sabían cómo tratar con cualquiera de nosotros que se atreviera a mostrar la cara.

Se sentó y se relajó, metiendo sus pies descalzos en la moqueta profunda y sus ojos se quedaron fijos en el dobladillo de mi vestido. Bajé la vista sólo para darme cuenta de que las punteras sucias de las botas de Pritkin se dejaban ver por debajo de

la seda. Me había olvidado de que las llevaba puestas, tal y como él había olvidado buscarlas. Me sentí ruborizada por el recuerdo de por qué habíamos estado tan distraídos.

Intenté meter el pie debajo de la tela, pero no funcionó. Mircea se puso de rodillas frente a mí y puso mi pie en sus manos, mirando fijamente la bota sucia y pesada con incredulidad.

—¿De dónde has sacado esto?

—Eh... —Era más o menos del número 43 y obviamente eran de hombre.

Mircea raspó un poco de barro que cubría el talón y apareció un cuchillo. Se calló al suelo, haciendo un pequeño ruido vibrante y los dos nos quedamos mirándolo un rato.

—¿Llevas puestas las botas del mago?

—Técnicamente son botas.

Los ojos de Mircea se entrecerraron.

—Sí, eso ya lo veo. ¿Por qué las llevas puestas?

—Tenía los pies fríos.

—¿Y él tuvo un gesto caballeroso? —Su tono era sarcástico.

—No exactamente.

—Le robaste los zapatos. —Mircea sonaba como si no acabara de creérselo.

—Botas. Y exactamente no... Es decir, en ese momento no las estaba usando.

—¿Y por qué no?

—Eh...

Mircea me quitó la otra bota ofensiva y lanzó las dos al otro lado de la habitación. Aterrizaron haciendo un ruido contra el revestimiento de madera pesado e hizo que un aguacero de suciedad apelmazada se esparciera por toda la habitación. Lo que le dejó mirando fijamente los calcetines de Pritkin.

Estaban tejidos de una lana gris áspera que no pegaba ni con cola con mi vestido y, como las botas, eran muy grandes. Mircea no hizo ningún comentario esta vez, simplemente tiró de ellos con fuerza y los lanzó igual que los zapatos.

—Se me van a enfriar los pies —protesté.

—Te encontraré algo más apropiado —me informó sucintamente poniéndome el pie en su regazo.

Aún no se había abrochado la camisa y cuando se movió, la luz del fuego hizo cosas impresionantes en los músculos de su pecho. Comenzó a acariciarme los pies, demasiado fuerte para que me hiciera cosquillas y me sentaba tan bien que tuve que apartar la vista. Era un error dejarle saber que se estaba acercando a mí, pero era eso o me levantaba y me movía: una bandera roja incluso más grande.

—¿Cómo saliste de allí? —le pregunté cambiando de tema.

—¿Salir de donde?

—De la ciudad.

—Con la ayuda de Horatiu —dijo, acariciando mi empeine con caricias calientes y firmes. Tenía unas manos increíbles, largas, finas y expertas, y el calor de su tacto a través del filtro de mi media de seda era más que un poco desconcertante.

—Supongo que entonces él era más joven, ¿no?

—Unos cuantos años. La permanencia de la familia en el trono nunca había sido del todo segura y nos habían entrenado desde la infancia para que estuviéramos preparados para escapar cuando nos avisaran. Horatiu recuperó mis fondos de emergencia, algo de ropa y un caballo y me escondió hasta el anochecer. Me estaba preparando para irme cuando se subió en el caballo e insistió en venir conmigo hasta la frontera. Intenté disuadirle, pero fue más cabezota que nunca. Y afortunadamente vino conmigo. No lo hubiera podido conseguir solo, no en aquellos primeros meses. Incluso con su ayuda, a veces casi no pudimos escaparnos.

Le cogí la mano, necesitaba romper el contacto para poder pensar.

—¿Hay algo que harías diferente?

Mircea dejó su mano aún apoyada en la mía, aunque la otra seguía cogida a mi pierna, aquellos dedos largos enrollaron mi tobillo.

—En ese momento creía que estaba haciendo lo único que podía hacer. Me iba a ir hasta que dejaran de buscarme, hasta que me hiciera lo bastante fuerte para defenderme y los vientos políticos volvieran a cambiar. Pero me fui demasiado pronto, con demasiadas cosas por hacer. Alguno de mis errores los rectifiqué más tarde, pero otros... no se podían redimir.

Eso tenía que haber sido verdad, pero no era lo que necesitaba oír.

—Si fueras a darle a tu antiguo yo algún consejo, ¿qué le dirías?

Mircea se quedó en silencio un largo momento.

—Que cuando te vuelves algo más, a menudo tienes que abandonar algo para reclamarlo.

—¡Eso no suena muy útil!

—Quizá no, pero no hay normas fuertes y rápidas para la supervivencia. Hice lo que todos hacen cuando se enfrentan a algo que creemos que está más allá de nuestras habilidades.

—¿Y qué fue lo que hiciste?

—Lo mejor que pude.

—¿Y cuándo eso no era lo bastante bueno? —susurré, admitiendo finalmente lo que había intentado no pensar. Que yo no era lo bastante buena. La antigua pitia lo había dicho ella misma y yo estaba comenzando a pensar que había sido una profecía: o sería la mejor de nosotros o la peor. No tenía ni idea de lo que significaba la primera parte, pero realmente veía lo último como una posibilidad.

—Encontré ayuda.

—¿Como cuál?

—La familia —dijo simplemente—. Estaban a mi lado. Me dieron algo por lo que luchar aparte de por mi propia supervivencia. Me ayudaron a creer que triunfaríamos, incluso cuando yo mismo muchas veces lo dudaba.

—La familia —repetí lentamente. La mismísima cosa que yo no tenía.

—No la de nacimiento. Esa estaba destrozada, primero con la muerte de mi padre y luego por la traición de Vlad. Pero con el tiempo construí una nueva. Tenía a Horatiu, luego a Radu y a la larga a otros.

Un gran consejo... para otro vampiro. Pero yo no podía simplemente salir y conseguir una familia por mí misma. Y todos los que había tenido habían desaparecido por asesinato, traición o por mala suerte.

—Bueno, algunos de nosotros no tenemos una familia en la que apoyarnos —le dije agriamente.

—Tu tienes una familia, *dulceață* —me dijo, acercándose a él. Se movió lentamente, dándome tiempo para protestar, para que me apartara. Cuando no lo hice, una mano rodeó mi cintura y la otra— cubría mi cuello, su tacto era cuidadoso pero seguro.

»Siempre has tenido una.

—La familia te es fiel a ti, no a mí.

—Pero como yo te soy fiel, es lo mismo.

—¿Me eres fiel? —Busqué su cara. Era preciosa, las llamas bailaban en aquellos ojos oscuros y brillaban en su pelo. Y como era habitual, no me dijo absolutamente nada—. Soy vidente, Mircea, no telepática. Ni siquiera soy mejor que un vampiro para saber si alguien está mintiendo o no.

—¿Qué sientes? —Respiraba suavemente por la boca y lo sentí en mis labios, caliente y pesado. Durante un segundo, el recuerdo de su boca era tan vivido que no estaba segura de si nos estábamos besando en ese momento o no. Era demasiado fácil imaginarse amar a Mircea, pero era incluso más fácil imaginarse los problemas que eso podría acarrear.

—¡En lo último que puedo confiar es en mis sentimientos! —le dije inestablemente—. ¡En especial en lo que siento por ti!

—¡Ay, *dulceață*! —murmuró—. Aprenderás como yo lo hice: la familia es la única en la que puedes confiar.

Me cogió la cara con sus manos y sonrió contra mis labios, y cuando lo sentí, tampoco pude evitar reírme. Podía sentir su risa ahogada donde mi mano descansaba contra su pecho, y el sonido sordo de su corazón cogiendo velocidad. Me pegué a él, mis manos encontraron piel caliente debajo de su camisa y se extendía por su espalda.

Cuando por fin me besó, no tuvo nada que ver con el tacto de Pritkin. Mircea besaba con firmeza, pero sin vehemencia. En lugar de apretarme con fuerza,

ahogándome, me besó con una ternura tal que me arrebató los sentidos. Su mano me acariciaba la mejilla mientras que su lengua provocaba la mía, caliente y sedosa, convirtiendo lánguidamente la dulzura en calor. La única palabra para describir el modo en el que Mircea besaba era «exuberantemente».

—Tienes la piel fría —murmuró, colocándome contra él. Sentía el calor de su cuerpo en mi espalda mientras el fuego me calentaba por delante. Mi vestido se había subido hasta las rodillas y el calor seco de las llamas me sentaba muy bien en las piernas.

Sabía que no podía dejar que esto continuara, pero estaba agotada y mis defensas estaban bajas. Y oía una voz familiar por detrás: la que me decía que podía ponerle freno a esto en un minuto. Nada pasaría en solo un minuto. Sería tan cuidadosa... Una de las manos de Mircea estaba en mi cintura, mientras que la otra se abría paso debajo de mis enaguas, rozando mi pantorrilla izquierda antes de que se deslizara a la parte de atrás de mi muslo. Comenzó a acariciarme lentamente, haciendo pequeños círculos a través del material de seda. De repente mi pulso comenzó a ir rápidamente, se me nubló la visión y mi piel se calentó.

—No podemos —le dije, insegura, intentando recordar por qué esto era tan importante.

Sus dedos habían encontrado la cinta en la alto de mis braguitas; apretaban, doblaban y desdoblaban, raspando las uñas afiladas sobre el encaje. Cuando se sumergieron por la parte de arriba, no pude hacer nada más que temblar.

—Sí, estoy completamente seguro de que podemos —dijo.

Le miré a los ojos que rebosaban calor y satisfacción, y sentí algo dentro de mí que se extendía, que se descomprimía. Era como si hubiera estado allí todo este tiempo, pero no hubiera tenido espacio hasta ahora. De repente, yo también temía que pudiéramos.

Me di cuenta que me estaba desabrochando el vestido, pero luego las uñas arañaron ligeramente toda mi espalda y olvidé por qué eso era un problema. El calor doble, el de Mircea y el del fuego había hecho que el sudor se juntara entre mis omóplatos, suspendido en el borde y a punto de deslizarse por mi columna. Cada vez que un lazo se soltaba, allí estaba su lengua, lamiendo las gotas de sal, trazando figuras en mi piel. Sus labios pasaban rozando todo mi cuerpo, se cerraba brevemente en los bultos individuales de mi espina dorsal, chupándolos delicadamente.

—No lo entiendes. El *geis*... —Me detuve porque me había dado un escalofrío particularmente fuerte. Tenía la sensación definitiva de estar en un tren sin frenos que se iba derecho hacia un acantilado. Mircea se rió nerviosamente, cosa que no era muy reconfortante y también estaba un poco alarmado por lo rápido que me estaba quitando la ropa. Pero luego, comenzó a murmurar algo en rumano, musical y lento, contra mi hombro y entendí cada una de aquellas palabras.

Sentí la seda resbalar y comenzar a caerse mientras la tela se desprendía. Me echó sobre la alfombra y me dobló la pierna derecha; sus labios me rozaban la parte interior del muslo. Mis escalofríos pasaron a ponerme la carne de gallina cuando su lengua se encontró con la piel entre la seda y sus dientes se cerraron alrededor de la parte de arriba del encaje.

—Mircea, escúchame —le dije rápidamente para tapar la excitación que me había producido mirar como me quitaba las bragas con los dientes—. El *geis* no funcionó. Ya no es el hechizo original, es...

—Es delicioso —dijo, después de habérmelas quitado por completo.

—Ahora, a lo mejor sí. ¡Pero se hace más fuerte!

Mircea había enroscado su mano en mi otro muslo, su dedo pulgar descansaba en el borde del lazo de lo que me quedaba puesto. Comenzó a moverlo ausentemente hacia arriba y hacia abajo hasta que dio con un lugar particularmente sensible y se detuvo. Me acariciaba suavemente, como si de alguna forma supiera exactamente lo que ese roce me estaba haciendo, mientras yo intentaba recordar cómo se respiraba.

—Lo estoy esperando con ansias —susurró, antes de besarme de una manera tan lenta y lujuriosa como la miel fría.

Las cosas se volvieron un poco confusas durante un momento después de eso. Recuerdo que él me desvistió lentamente, su expresión era hambrienta, decidida y extrañamente afectuosa. Recuerdo los rápidos dedos acariciando lentamente mi piel desnuda mientras me observaba con repentinos ojos oscuros. Recuerdo que me tumbó en la sábana y que con sus manos grandes y cuidadosas me tocó por todos los sitios, mientras el fuego se susurraba humeantemente a si mismo y la nieve caía más fuerte

afuera.

—Mircea. —Me detuve porque un dedo pintó mis labios con vino, silenciándome antes de que lo quitara con sus labios. Hubo más vino, bajando por mi torso en riachuelos rojo oscuro. Inspiré muy hondo, tartamudeando, y comenzó a chupar la línea, descendiendo...

Pasó y rozó un pezón, lo chupó delicadamente mientras yo temblaba, dibujando figuras en mi piel con su lengua. Cada roce de sus labios, cada respiración causaba un placer que corría como fuego salvaje por todos mis nervios. *Supongo que por fin sé cómo toma él el vino*, pensé desconcertadamente, antes de que de repente se arrojara sobre mi ombligo y perdiera la consciencia.

El vino goteaba en mi estómago, sobre mis caderas, por mis muslos. Levantó la vista, sus ojos brillaban con más que sólo luz de velas mientras me acariciaba la parte central. Todo mi cuerpo se tensó con ansia, con lo que nunca había tenido que tener y lo que nunca había dejado de querer. Me estremecí y empujé hacia atrás las yemas de los dedos cuando volvieron a pasar por encima de mí y la mano se retiró.

Miré fijamente todo mi cuerpo, dolorido, sin comprender, hasta que un dedo volvió, cubierto de vino y lentamente se metió dentro. La intrusión hizo que mis músculos se tensaran, aunque lo había querido, pero el agarrotamiento instintivo de mi cuerpo no podía detener la penetración lenta y deliberada. Luego se retiró y una lengua caliente lo sustituyó, persiguiendo el vino, saboreándolo, saboreándome mientras sus dedos pulgares dibujaban pequeños círculos inquietos en mis caderas.

Fui la primera en apartar la vista, el calor derretido aplastaba la razón; mi cabeza volvió a caerse sobre la alfombra incluso cuando la arqueaba hacia arriba. Su lengua me hablaba suavemente: algún idioma desconocido del cuerpo. Pero parecía que una parte de mí lo entendía, una parte de mí estaba muy cerca de lo locuaz, porque me trasapaba una ola tras ola de placer. Me provocaba simplemente moviendo su lengua demasiado despacio, hasta que yo gemía sin poder hacer nada para evitarlo.

Las ventanas oscuras reflejaban la visión imposible de esa cabeza orgullosa inclinada sobre mí, esa lengua inteligente dándome placer. Cerré los ojos y respiré desesperadamente; era casi demasiada sensación. Él había comenzado con un roce suave, pero rápidamente se volvió más seguro, pidiendo más, hasta que sus manos se agarraron fuerte a mis caderas, moviéndome a tirones más cerca, de un modo casi insaciable. Y supongo que mi cuerpo también tenía que estar hablando con él, porque de algún modo, él sabía el ritmo que yo quería, sabía exactamente el roce que yo deseaba. El placer se deslizaba arriba y abajo de mi espina dorsal como cera caliente hasta que paró y se derritió por completo.

Sin que me preguntara, abrí las piernas un poco más para que me tocara. E instantáneamente el *geis* me recompensó: el sentimiento que siempre tenía cuando me resistía, como si me oprimieran el pecho, de repente se alivió. Y sentí que respiraba

hondo por primera vez en días.

E hizo que me aterrorizara.

Había sido una tonta al pensar que podía controlar esto, loca por dejar que esto llegara tan lejos. Si me convirtiera en uno de los sirvientes de Mircea no estaría muy bien, pero si él se convirtiera en uno mío sería incluso peor. No creo que la Cónsul se alegrara demasiado de tener a uno de sus senadores bajo el control de otra persona, especialmente bajo el mío. Ni siquiera tenía que pensar cuál sería su respuesta: si no detengo esto, sería una esclava o moriría.

Mi cuerpo ya no obedecía órdenes de mi cerebro, literalmente ya no tenía el control sobre mí misma, pero aún podía hablar.

—Mircea, escúchame. Tenemos que... —Me detuve de repente, incapaz de terminar; estaba demasiado ocupada tragando el gemido que quería salir de mi garganta.

Escuchó el pequeño ruido que apenas pude reprimir y las comisuras de sus ojos se arrugaron.

—Estaba empezando a preocuparme —dijo ligeramente—. La mayoría de las mujeres no son coherentes en este punto.

Lo besé para quitarle la sonrisa burlona de su cara, y tiré fuerte de él hacia mí por las dos mitades de su camisa. Me besó más intensamente mientras le quitaba la seda de sus hombros y la bajaba hasta sus brazos. Un botón de madera se fue dando saltos rápidos por el suelo, pero la tela pesada no se rompía, se quedó en sus muñecas. Me eché hacia atrás, mirándolo fijamente, y tiré más fuerte hasta que finalmente se soltó. Mircea puso con los ojos brillantes una sonrisa en sus labios. La ignoré esta vez.

—Me alegro de que seas más valiente que tu contraparte —dije, mientras él me volvía a echar sobre la alfombra. Me di cuenta de que aún llevaba un calcetín. Parecía un poco raro, ya que era todo lo que llevaba puesto.

—¿Qué contraparte? —murmuró Mircea, volviendo a bajar por mi cuerpo besándolo.

—La de mi época.

—¿Y por qué dices eso? —preguntó, su aliento era como un espíritu encima de mí. Eché la cabeza hacia atrás, tan cerca ya de él. Temía tocarme.

Mircea apoyó la barbilla sobre mi estómago y me miró con los ojos ardientes y dorados. Una mano agarraba mi cadera posesivamente.

—Lo dudo. Como un famoso francés dijo una vez: «La mejor manera de alargar y multiplicar los deseos de uno es intentar limitarlos».

—¿Incluso si hacen que yo me vuelva tu maestra? —le solté.

Durante un largo momento, no pasó nada. Luego Mircea se puso encima de mí de una manera brusca; sus brazos apoyados a cada lado de mi cuerpo, su cara mirando fija y directamente a la mía. Sus pupilas aún estaban dilatadas y su piel estaba

ruborizada. Pero al contrario que yo, tenía el control sobre sí mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—El *geis* responde al poder. —Su pelo susurraba por mis pechos, una sensación de pétalo suave que, repentinamente, se hizo casi insoportable. Gemí y tuve que luchar para no tratar de agarrarlo—. Y ahora que soy pitia...

Sus ojos se abrieron de par en par. Dolor y sorpresa coincidieron en su cara con algo más oscuro, más básico.

—Hay una posibilidad de que tu poder sea mayor.

Simplemente asentí con la cabeza; apenas fui capaz de lograrlo. Era como si mi piel quemara, mi pulso latía y mi fuerza de voluntad había desaparecido. Deslicé mi muslo entre sus piernas, le rodeé la espalda con mi brazo y esperé. Me mordí el labio para silenciar los sonidos que querían salir de mi garganta, las peticiones que quería hacer.

Me estremecí e hice un ruido de impotencia cuando sus brazos me rodearon, meciéndome contra él. Me besó murmurando contra mi pelo:

—Está bien, todo va a salir bien. —Y comencé a sollozar sin palabras, forcejeando débilmente, intentando decirle que no era así, que nada estaba bien.

Mircea comenzó acariciarme suavemente desde la cabeza hasta la parte de abajo de mi espalda, una y otra vez, murmurando cosas dulces sin sentido. De repente, ya no sentía esa lucha dentro de mí y se me aflojaron todos los músculos, un rugido bajo en mis oídos. Me di cuenta que su sugerencia me había desconcertado. Normalmente me hubiera enfurecido porque ni siquiera me había preguntado, pero en ese momento y de un modo absurdo, le estaba agradecida. El calor y la sensación de seguridad me calmaron, me fueron tranquilizando gradualmente y ni siquiera me di cuenta de cuándo me quedé dormida.

Me desperté cuando la puerta se abrió de un golpe y Horatiu entró tambaleándose. No era mucho más tarde a juzgar por la falta de luz de afuera. Estaba sudando y la sábana que alguien me había puesto por encima se había enredado en mi cuerpo, cubriendo mis extremidades. El fuego estaba al rojo vivo y en la habitación hacía demasiado calor.

—¿Dónde está el maestro? —preguntó Horatiu; su voz era temblorosa.

Me puse derecha, sujetándome la cabeza. Me dolía, tenía la boca seca y me sentía atontada. Los indicios comunes de una sugerencia poderosa que no había tenido mucho efecto. Mircea debió haber usado sus armas más poderosas para superar el *geis* y el resultado era mucho peor que una resaca. Me levanté y me fui haciendo eses hasta la ventana, la abrí de golpe y respiré algunas bocanadas de aire fresco.

—¿El maestro? —repitió Horatiu.

Parpadeé mirándolo por encima del hombro. Tenía una botella de vino en lo alto de una bandeja de plata deslucida y le temblaban las manos; temblaba tanto que temí

que pudiera caérsele todo.

—No lo sé —le dije mientras me movía para ayudarlo y un segundo más tarde me tenía cogida por mi cuello ya maltratado.

No necesité mirar las manchas de la piel, la forma de las manos que me volvían a agarrar para saber quién era.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunté, sin preocuparme por forcejear.

—Fuiste lo bastante amable y mencionaste el nombre del vampiro en mi presencia —se burló Pritkin—, y parece que es muy conocido en París. ¡Descubrir dónde tenía su residencia lord Mircea no ha sido nada difícil!

—Dime que no has hecho daño al anciano —le dije, preguntándome lo que le habría hecho al Horatiu real. Esperando que por haberseme ido la lengua, él no hubiera acabado con una vida centenaria.

La risa de Pritkin hizo eco con dureza en mis oídos.

—Me lo encontré dormido, con la bandeja a su lado. Lo dejé tal y como estaba. Mi disputa no es con él.

—No. Tu disputa es conmigo y mi paciencia tiene un límite —siseó Mircea. Había aparecido en la puerta con una bandeja similar a la de Horatiu en las manos. Estaba cargada de comida (una rebanada redonda de pan, mantequilla, jamón) que había reunido de algún modo, sacando una esfera oscura de debajo de su capa—. Dame lo que es mío o moriremos todos. Aquí mismo. Justo ahora.

—¡El mapa no te servirá de nada si ya estás muerto!

—¡A ti tampoco! —soltó Pritkin.

—Dije que éramos hombres razonables. Parece que sobreestimé a uno de nosotros —contestó Mircea. Sus manos se flexionaron ligeramente y sus labios se apartaron de sus dientes hacia atrás. Juro que casi pude ver sus colmillos alargándose. Me apetecía chillarles a los dos que no nos podíamos permitir una lucha en la que pudiera morir uno o todos nosotros, pero no hubiera servido de nada. Así que hice algo que sí que serviría.

Mientras Pritkin estaba de pie observando a Mircea, me moví detrás de él y le cogí la pequeña esfera de la mano. La tiré por la ventana mientras él se giraba, completamente conmocionado, y Mircea nos agarró a los dos y nos sacó de la habitación. La puerta se cerró justo cuando se produjo una explosión enfrente de la casa. Todo esto había llevado menos de diez segundos.

—¿Estás loca? —me preguntó Mircea informalmente—. Era un dislocador.

No tuve tiempo de responderle, porque Pritkin soltó un rugido de pura rabia y se lanzó sobre Mircea. Se cayeron hacia atrás, por la barandilla y escaleras abajo, golpeando la parte de abajo y luego dando vueltas, directos hacia un espejo grande. Se movió pero no se rompió, al menos no hasta que Mircea cogió a Pritkin por el cuello y lo lanzó contra él. El cristal roto hizo un sonido como papel de aluminio

arrugándose, se fue rajando en líneas puntiagudas de luz rota que irradiaba de sus hombros como si fueran alas. Luego el espejo se vino abajo, esparciendo cristal por todos sitios y Pritkin cogió un pedazo de vidrio roto grande y le hizo una raja a Mircea justo en el cuello.

No vi lo que pasó después porque llevaron la lucha a la habitación de al lado, fuera del alcance de mi vista. Tiré de la sábana que aún llevaba puesta y corrí hasta la parte de abajo de las escaleras, pero tuve que reducir el paso para poder pasar por los pedazos de vidrio rotos del espejo. Y, justo en la parte de abajo de las escaleras, mi pie descalzo se encontró con algo que no era madera ni vidrio: un recorte doblado de papel.

Era una simple hoja de papel que contenía un montón de instrucciones pintarrajeadas. Un montón de instrucciones pintarrajeadas que me eran familiares. Lo miré fijamente, sin dar crédito, supongo que ahora sabía quién había estado al cargo de la subasta.

Mi cabeza se levantó con el sonido de una explosión y corrí a la recepción; me encontré una parte del entarimado carbonizado y humo. Pero había un frasco roto al lado, así que había sido una poción, no un hechizo. Parecía que los dos hombres estaban demasiado cansados para intentar algo más moderno que el antiguo mano a mano; lo que significaba que tenía unos segundos extra antes de que alguno acabara muerto.

El impacto hizo que uno de los candelabros saliera despedido a un lado y la mayoría de las velas se habían apagado contra el suelo, pero una seguía ardiendo. La puse sobre una esquina del mapa y grité:

—¡Quita el *geis* o le prendo fuego!

La lucha se detuvo. Mircea levantó la vista; tenía una mano rodeando el cuello de Pritkin, mientras que el mago sostenía el cuchillo que se hubiera dirigido al pecho de Mircea.

—¡Ya lo he hecho! —dijo de pronto Pritkin; veía su cara furiosa incluso con la luz casi inexistente—. No hay ninguna posibilidad de que el contrahechizo no hubiera sido suficiente, ¡si tú no te hubieras opuesto!

—¡Yo no hice nada!

—¡Mientes! ¿Cuál era tu plan? ¿Que tu vampiro encontrara el Códice mientras me distraías? —Me quedé mirándolo fijamente, sin habla. ¡Yo no había sido la que había distraído a nadie!—. ¡Tu intención todo el tiempo fue encontrar el Códice a todo coste!

Sentí mi pecho palpar con algo similar a la expresión en la cara de Pritkin.

—Bueno, si no era así, ¡ahora sí que lo es! —dije furiosamente.

—¡No te va a servir para nada! —Me miraba con una expresión de pánico mientras una llama pequeña comenzó a quemar la esquina del mapa—. No tiene un

punto de partida ya que se le iba a dar verbalmente al ganador de la subasta.

—Entonces buscaré al subastador. Estoy segura de que puede ser razonable.

—A lo mejor, ¡si estuviera vivo!

Mircea abrió la mano y se puso de pie.

—Parece que estamos en un callejón sin salida —le dijo a Pritkin—. Tú tienes el punto de partida, pero no el mapa. Nosotros tenemos el mapa, pero no el punto de partida. Sólo podemos conseguir nuestro objetivo si cooperamos. —Fue un buen discurso, pero él lo completó con una sonrisa que hizo que el mago lanzara una mano a su cinturón que contenía su fila usual de pequeñas pociones mortales.

Las ignoré y miré cómo crecía la llama, acabando con la obra de arte que alguien había pintado minuciosamente al final de la página. Esta parte resaltaba, teniendo en cuenta lo descuidado que estaba el resto del mapa. Particularmente porque no hubiera estado incluido en la versión que un día un anciano apuesto me daría en un bonito jardín francés. Era un uróburo dorado, perfectamente dibujado, sus escamas pequeñas brillaban con la luz de la vela.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Pritkin, mientras las llamas hambrientas seguían subiendo—. Si lo quemas, nunca lo encontrarás. Incluso si el vampiro ha hecho una copia, ¡no contendrá el punto de salida! ¡Y no te ayudará!

—Supongo que tengo que arriesgarme —dije, mirando cómo la llama amarilla brillante consumía el papel.

—¡No puedes estar hablando en serio! —Pritkin se movió hacia mí, pero Mircea le dio un golpe repentino que le dejó perplejo. El mago se cayó al suelo, mirándome fijamente con furia y confusión en su cara.

—No creo que haya hablado más en serio en toda mi vida —le dije sinceramente.

Miró impotente cómo el papel se ponía marrón y se encrespaba y pude ver el momento justo en que sus ojos lo percibieron. Si nadie encontraba el *Códice*, se borraría lentamente y se escondería en cualquier madriguera que los magos hubieran encontrado para él. Y si alguien alguna vez se lo encontraba, les sería inútil, tanto como si él lo hubiera recuperado y destruido él mismo.

Los tres miramos el papel quemándose hasta que se convirtió en cenizas. Pritkin me miró, tenía una expresión neutra, mientras cuidadosamente pisaba la ceniza con sus talones. Luego simplemente se dio la vuelta y se fue. Un momento más tarde, una luz azul iluminó la parte delantera de la casa como una luz estroboscópica y desapareció.

—No hice ninguna copia —me dijo Mircea tranquilamente—. Puedo intentar reproducirla desde la memoria si quieres, pero era bastante compleja.

—No. —Bajé la vista y miré fijamente el mapa, estaba mareada—. La verdad es que no lo es.

—¿Sabes, *dulceață*? La mayoría de mis citas no han sido tan sucias.

—No te quejes. Debes ver este sitio en doscientos años —le dije, empujando el candelabro hacia él.

Mircea cogió el estante de velas cautelosamente mientras yo le cogí su cuchillo de debajo del uróburo de oro puesto en la línea de calaveras. Salió fácilmente; la escayola apenas había tenido tiempo de secarse. Detrás había un tubo pequeño de piel embellecido con roca sólida. Con un poco de trabajo pude abrir un borde y un segundo más tarde, se deslizó en mis manos. Miré fijamente el cilindro polvoriento de caliza y casi me pongo a llorar.

El punto de partida que el subastador (suponía que era el abuelo de Manassier), le había dicho a Pritkin había sido una farsa. Y las copias de los mapas que había por ahí, supongamos que con su hijo, no le servían a nadie que pudiera encontrarse con ellas. A menos que conocieras el secreto, simplemente ellos enviarían a cazadores de tesoros a una búsqueda inútil. Como uno de ellos hizo conmigo, unos doscientos años después de este momento.

No era de extrañar que a Manassier no le hubiera importado darme el mapa; él sabía que no valía para nada. La pista real había sido el dibujo al final de la página, un dibujo que las copias no habían tenido. Un dibujo que el Pritkin de su época nunca había tenido tiempo de notar.

Fui a tientas para abrir el tubo, mis manos eran torpes tanto por el frío como por la excitación. Al final le cogí las velas a Mircea y le dejé a él que lo hiciera. Una hoja suelta de pergamino salió un momento más tarde, dorada por los años, pero aún perfectamente legible.

—No me lo puedo creer —susurré. Había estado aquí todo este tiempo. Incluso había tocado el símbolo minúsculo que marcaba el lugar. Lo había tocado y luego lo había dejado pasar—. No me creo que ya se haya acabado.

—No se ha acabado —dijo Mircea, examinando una página. Hojeó otras muchas y su ceño se frunció—. A no ser que a lo mejor sepas leer galés.

—¿Galés? —Le quité con fuerza la hoja y un borde frágil se rompió y se cayó al suelo. La cosa se estaba desintegrando prácticamente solo con sujetarla. Fui más cuidadosa después de eso, pero era fácil ver que Mircea tenía razón: todas las páginas estaban cubiertas del mismo tipo de lenguaje codificado que Pritkin utilizaba para tomar sus notas. No podía leer ni una palabra—. ¡Maldita sea!

—No es uno de mis idiomas —dijo Mircea antes de que pudiera preguntar—. No obstante, hay magos en esta época que serían capaces de traducirlo y posiblemente podrían lanzar el hechizo para ti.

Observé como un pequeño rizo al final de una letra lentamente desaparecía. Estaba pegada a la palabra final de la última página: una palabra que ya se estaba borrando. *Relájate*, me dije severamente. *¿Cuáles son las probabilidades de que sea una parte del hechizo que necesito?* Suspiré. Con mi suerte, seguro que eran

bastantes.

—Tenemos que darnos prisa —dije, enrollando cuidadosamente las hojas del pergamino.

—Eso no sería acertado; Utilizar la ayuda de magos siempre es peligroso. Tendré que hacer alguna comprobación para estar seguro de que nos ponemos en contacto con uno que no nos traicionará inmediatamente.

—¿Me estás diciendo que todos están tan locos como Pritkin?

—Si reconocen lo que están manejando, seguramente sí —dijo secamente.

Le entregué las páginas a Mircea y volví a poner el marcador de oro en la escayola fría y húmeda. No había necesidad de preocuparse por llevarnos el *Códice*: el uróburo había permanecido inalterable cuando Pritkin y yo pasamos por primera vez. Todos esos rumores habían sido mentiras: nadie lo había encontrado nunca.

—Creo que sé de alguien que podría ayudarnos, pero tengo que volver a mi época para hablar con él. —Simplemente esperaba tener la fuerza para poder transportarnos. Cogí la mano de Mircea: sólo había una manera de averiguarlo.

»Espera —le dije y nos transportamos.

El Dante estaba más tranquilo de lo que nunca había estado cuando volví a mi época después de dejar a Mircea en la suya, así que nadie me había visto chocar contra una pared. ¡Mierda! La verdad es que necesitaba dejar de transportarme un tiempo. Parecía que mi cabeza estaba a punto de estallar. Los latidos afectaban incluso a mi visión: durante unos momentos, todo el pasillo parecía el interior de un corazón: rojo y palpitante.

Pero había acabado donde necesitaba estar, en el pasillo que conducía a la sala de investigación. Y Nick estaba allí, con su nariz metida en un libro como de costumbre, pareciendo tan erudito como esperaba que realmente fuera.

—¡Cassie! —Se levantó bruscamente, como alarmado, y se me ocurrió que a lo mejor me tenía que haber dado una pequeña ducha antes. Pero eso podía esperar, el *Códice* no.

El polvo de caliza que tenía en mi cabeza se esparció por la mesa cuando extendía las hojas del pergamino, apartando los libros a todos lados mientras lo hacía.

—¿Puedes leer esto? —le pregunté, ignorando el susto de Nick—. ¡Es importante!

Se calmó después de un momento, la curiosidad intelectual se apoderó de él y rápidamente examinó algunas líneas.

—Galés —meditó—, una variedad especialmente antigua, por no decir peculiar.

—¿Pero puedes leerlo?

—Sí, claro, eso creo. Con tiempo. No es uno de mis idiomas principales, ya lo sabes, pero he tenido algo...

—Lo necesito ahora, Nick. —Gesticulé acerca de las hojas esparcidas—. Aquí, por algún sitio, está el hechizo para levantar el *geis* y sería estupendo obtenerlo antes de que Mircea se vuelva completamente loco. —O antes de que empezara a borrarse.

De repente, Nick se quedó callado, sin moverse, ni siquiera respiraba y durante un segundo fue algo repugnante, como lo que un vampiro podía hacer.

—Esto... —se detuvo y tragó saliva—, ¿esto es el *Códice*, verdad? Lo encontraste.

—Sí, sólo que no sirve para nada ya que no puedo leerlo. —Simplemente se quedó allí sentado, así que le di un golpecito con el pie—. Ahora, Nick.

—Vale, vale. —Volvió en sí con más vigor aún, rebuscando en las páginas rápidamente, buscando el hechizo adecuado—. Esto podría llevar un rato —murmuró—. Aquí hay cientos de hechizos y no veo un índice... ¡Oh! ¡Espera!

—¿Has encontrado uno?

—Mejor. —Su flequillo se tambaleaba sobre los ojos y él se lo echó

impacientemente hada atrás—. Puede que haya encontrado el hechizo.

—¿Lo dices en serio? —Lo miré fijamente, apenas atreviéndome a tener esperanzas. El maldito *geis* me había frustrado en todo momento durante semanas; era casi imposible creer que podría liberarme de él en unos pocos minutos.

—Esto puede tardar un poco, Cassie. Puedes, no sé, ir a cambiarte si quieres.

Sí, definitivamente necesitaba refrescarme. Mis manos estaban llenas de heridas pequeñas, mis uñas estaban rotas y tenía suciedad incrustada en las líneas de mis manos. Mi pelo era un desastre irritante y estaba cubierta de polvo del corto viaje espeleológico. Pero Nick iba a tener que tratar conmigo con toda mi gloria mágica, porque de ninguna de las maneras iba a tener el *Códice* fuera del alcance de mi vista.

Miró bien mi expresión, desistió, y volvió a la tarea de traducción. Me senté enfrente de él y miré dentro de la omnipresente taza de porcelana, pero solo quedaba un vago olor a flores. Miré en la cocina para ver si había café, imaginándome que los dos podríamos necesitarlo y me concentré en no quedarme dormida hasta que lo tuviera.

—¿Cuánto sabes del Círculo, Cassie? —preguntó Nick de repente.

Bostecé.

—¿Aparte de que quieren matarme? No mucho.

—Sí, soy consciente de que habéis tenido vuestras diferencias en el pasado.

—Y en el presente. ¿Lo preguntas por algo, Nick? —Quería traducción, no conversación.

—Bueno, la verdad es que sí. Es sólo que pensé que deberías saber que no estás sola. Hay muchos de nosotros que han crecido decepcionados con el Círculo durante algún tiempo. Solo que no estamos de acuerdo con el remedio. Algunos de nosotros vemos todo el sistema como el problema, no simplemente el grupo en el poder en este momento. Vemos la guerra como una oportunidad de cambiar las ideas antiguas, de rehacerlas, de hecho, que sean algo que se acerque más al tipo de gobierno que tienen los vampiros. Entonces, no habría grupos pequeños de megalómanos cometiendo errores que son cruciales para todo el mundo.

La verdad es que yo pensaba que todo eso resumía al Senado.

—¿Quieres decir con una persona al cargo?

—No necesariamente. Sólo una autoridad más centralizada, con una visión general mejor de las actividades de todos, y más revisiones y balances de su comportamiento.

—No hay muchas más revisiones y balances en el Senado —señalé—; de hecho, no hay ninguna.

—¡Pero funciona! En lugar de que las elecciones se conviertan en concursos de popularidad, tienes a la mejor gente nombrada para cada posición por un líder preocupado y capaz.

—No creo que describiera a la Cónsul de ese modo —le dije a secas—. Obtuvo su cargo por ser la más fuerte y la más astuta; punto.

—Pero ella gobierna bien. La gente la respeta.

—¡La gente la teme!

—Todos los líderes fuertes son temidos por los ignorantes —comentó Nick, pacientemente sin escuchar ninguna de las cosas que le había dicho—. Podemos aprender mucho de los vampiros, si el prejuicio no estuviera de por medio.

Me reí, simplemente no pude evitarlo. Los magos parecían tener una visión seriamente deformada de los vampiros. Pritkin los veía como una maldición en persona, mientras Nick estaba decidido a ponerlos en un pedestal. No obstante, no pareció que sentara demasiado bien que lo encontrara divertido, así que intenté explicárselo mientras él buscaba una palabra especialmente confusa.

—El sistema de los vampiros funciona por los lazos que obligan a los vampiros subordinados a realizar la voluntad de sus maestros y precisa de maestros para responder de las infracciones de sus seguidores. Los magos no tienen ese tipo de estructura. Y no puedes esperar que las personas...

—Quizá si lo hiciéramos, podríamos coordinar nuestros esfuerzos y ¡eliminar lo oscuro de una vez por todas y para siempre! —interrumpió—. Tal y como está, están un paso delante de nosotros, simplemente por cruzar otro territorio de asamblea de brujas, y para cuando nosotros pasamos por todos los debates, favores y sobornos, y por fin conseguimos el permiso para ir tras de ellos, ¡ya han vuelto a desaparecer!

Parecía bastante molesto; tenía las mejillas encendidas debajo de todas aquellas pecas. Yo había cambiado el tema, pero algo me estaba incomodando.

—Creía que el Círculo era la autoridad central. ¿No está al cargo de toda la comunidad mágica?

—No —soltó—. Ese es el problema. Lo que tenemos ahora es como una organización paraguas. No todas las asambleas de brujas en el mundo entero les pertenecen, somos especialmente desiguales en Asia, e incluso aquellos que son miembros se unieron en momentos distintos y con distintos acuerdos.

—No sabía eso. —Los vampiros siempre hablaban del Círculo como un sinónimo de los magos en general. Claro que podría ser así en este país. Nunca había pensado en que pudiera ser distinto en algún otro sitio.

—¡Es un revoltijo total! —dijo Nick acaloradamente—. Algunas asambleas de brujas no permiten ninguna búsqueda de su territorio y otras solo lo hacen después de recibir la demostración definitiva de que hay actividad cuestionable. Y, por supuesto, algunas veces no tenemos pruebas, sólo una sensación instintiva o un consejo de alguien que no reconocen como fuente legítima. Y explicar que nuestras fuentes no conocerían lo oscuro tan bien para tener información si fueran legítimos no nos lleva a ningún sitio nueve de cada diez veces. Sería mucho más fácil si todos

respondiéramos a una autoridad.

—Una dictadura, en otras palabras. —Pritkin había entrado en la habitación sin que lo hubiéramos escuchado. Salté, intentando levantarme y dar vueltas al mismo tiempo, y casi acabo en el suelo. Me cogió y me aparté tan pronto como encontré mis pies; jadeaba un poco y estaba muy resplandeciente.

—Ya veo que has vuelto sana y salva.

—No tiene que ser nada de ese tipo —argumentó Nick, aparentemente sin darse cuenta de que nadie le estaba escuchando.

Parecía que Pritkin acababa de salir de darse un baño. Su pelo, otra vez corto y rubio claro, estaba engominado en trenzas húmedas que, por alguna razón que no podía definir, me molestaban. Quizá porque resaltaban su cara, como había hecho la antigua versión más larga. Quizá porque me hacía recordar la última vez que lo había visto húmedo, resbaladizo por el sudor y resplandeciente.

Dios, ¡lo odiaba!

—Tú —ni siquiera podía hablar, tenía tantas cosas que quería decirle—. ¡Tú lo sabías! —Fue lo único que pude decir, las únicas palabras que no amenazaban con ahogarme.

—No, no lo sabía. En ese momento simplemente pensé que eras una bruja competente que estaba intentando robarme.

—¡No mientas! ¡Viste cómo me transportaba!

—Creí que me habías nublado la mente, tú o el vampiro. Tenía las defensas bajas, mis protecciones casi estaban agotadas. Parecía una conclusión razonable.

—¿Y cuando volvimos a encontrarnos? ¿No me reconociste?

—No, no después de tanto tiempo. No inmediatamente. Me lo había preguntado varias veces, pero no lo sabía. No hasta que vi tu vestido. —Examinó los restos desgarrados—. Era inolvidable.

—Más que yo, por lo que se ve —le dije, mordaz.

—Nick, si pudieras darnos un momento...

—Pero estoy justo en medio de... —Vio las miradas que le dirigimos y tragó saliva—. O... o podría ir a ver cómo va el café —profirió y se dirigió a la puerta. Intentó llevarse la página en la que estaba trabajando, pero alargué la mano y volvió a dejarla con desgana donde estaba.

—Entonces, lo encontraste. —La voz de Pritkin no mostraba ninguna emoción en absoluto. Había aprendido mucho en doscientos años.

—Y me lo voy a quedar.

—Me temo que no puedo permitirlo, Cassie.

Me reí, e incluso a mí me sonó agrio.

—¡Ah! Ahora es Cassie, ¿no? Deja que me asegure de que lo he pillado. Soy la señorita Palmer cuando pretendes ser fiel y Cassie cuando me estás dando una

puñalada por la espalda. Está bien saberlo.

Pritkin se sobresaltó un poco, pero no dejaba de mirar.

—No entiendes lo que está en juego.

—Me estoy preguntando si esa es la razón por la que nadie nunca me cuenta nada. —Lo último que le dije fue casi un chillido, pero no me importó. Ya sabía que volver a verlo iba a ser difícil, lo único que no sabía era cómo de difícil. Había tenido razón antes. Ocultar las emociones era muchísimo mejor que vivirlas, especialmente cuando querían salir.

—Te diré lo que quieres saber si me prometes que escucharás todo antes de transportarte. Si creías que antes eras un objetivo, eso no es nada con lo que serás con esa cosa en tu posesión. ¡Tienes que destruirla!

No podría haberme transportado para salvarme; ya me estaba costando bastante incluso el levantarme. Pero Pritkin no lo sabía. Me daba ventaja, control para por fin sacarle algunas preguntas. Pero de ningún modo podía ponerle mucho entusiasmo.

—Me he pasado toda la vida jugando —le dije tranquilamente—. Es el pasatiempo preferido de los vampiros. Un susurro por aquí, un guiño por acá, una pista que puede o no llegar a algún sitio y puede que me la hubieran dado a propósito o no. Estoy cansada de juegos. Sólo quiero que alguien me diga la verdad. ¿O es que ya no me lo he ganado?

Pritkin cerró los ojos un instante y tragó saliva, con una ligera oscilación de la nuez. Busqué su cara aún joven, intentando ver detrás de la máscara. Para ver miles de años de experiencia. Pero no había nada.

Había crecido rodeada de criaturas que nunca mostraban su edad, al menos no físicamente; pero siempre podías adivinar cuáles eran los más mayores y no solo por el aura de poder que emitían. Había una gravedad en ellos, como si el aire pesara más cuando entraban en una habitación. Como si todo en ellos fuera de algún modo «más»: más profundos, más brillantes, más ricos.

Abrió los ojos, pero yo no aparté la vista. Lo examiné detenidamente, intentando mantener a la Cónsul en mi cabeza, la manera que ella sentía, la manera que entornaba los ojos sin que pareciera que estaba haciendo nada. Observé un sonrojo débil extendiéndose por sus mejillas mientras continuaba inspeccionándolo y mentalmente sacudí la cabeza. No. No era posible que él fuera tan mayor.

Lo que dejaba sólo su estancia en el infierno. Él había hablado de los años más jóvenes que había pasado allí, pero también había hablado de que él había vuelto en 1792, lo que era una locura. Si él había desaparecido de la historia porque, de hecho, había desaparecido de la tierra, entonces se había ido en la Edad Media. Y si él acababa de regresar... mil años en la tierra dejarían marcada a una persona; ¿qué haría un milenio en el reino de los demonios?

Me pregunté cómo sería ser arrebatado a un mundo del que no sabes nada, en

dónde tu único uso era ser como un trofeo. ¿Algún tipo de experimento extravagante para que tu padre se mostrara orgulloso? ¿Y de todas formas, qué había hecho Pritkin para que lo expulsaran de allí? Exactamente, ¿cómo se hace para que te echen del infierno?

—Rosier intentó matarte para que tú no pudieras hacer lo que justamente acabas de hacer: recuperar el *Códice* y un hechizo que se conoce como las Cartas Efesias —dijo finalmente.

Quizá fue porque estaba cansada, o por la tensión de estar cerca de Pritkin y no ser capaz de tocarlo, de golpearlo, de pasar mis manos por su pelo y hacer que se levantara. ¡Maldita sea! Pero me estaba costando mucho seguirle:

—¿Qué?

—Eran palabras talladas en el antiguo templo de Artemisa en Éfeso...

—Nick me contó lo que eran las Cartas Efesias —le dije con impaciencia—. ¿Por qué todo el mundo está tan preocupado por un hechizo antiguo?

—Por lo que puede hacer. Por lo que, de hecho, ya hizo hace miles de años. —Pritkin se sentó en el borde de la mesa—. Lo que seguirá haciendo si nadie lanza el contrahechizo que yo escribí imprudentemente. Ya lo creo, Merlín el Sabio.

—Así que yo tenía razón. Tú eres Merlín. —Me pareció difícil asimilarlo, a pesar de todas las pruebas. Pritkin era sólo... Pritkin. No era ninguna leyenda de otra época.

—En realidad, Myrddin, no es que utilizara el nombre mucho tiempo. Un poeta francés creía que sonaba obsceno y lo cambió. Simplemente, él cambió todo lo demás.

—Entonces, ¿las historias no son ciertas? ¿No existió Camelot ni Lancelot ni Arturo...?

—Sí, hubo un Arturo, más o menos... ¡Y me imagino su cara si leyera todas las cosas que se escribieron sobre él! Ese rumor sobre su hermana sola; le hubiera cortado el corazón a alguien por ese rumor. —Pensó por un momento—. O ella lo hubiera hecho; era una mujer aterradora.

—Así que tú tienes, ¿qué? ¿Mil años? —Aún no podía creérmelo.

—No precisamente... Nací en el siglo VI, pero no logré vivir un intervalo de vida normal antes de que Rosier viniera a reclamarme. Y el tiempo en el reino de los demonios transcurre distinto al de aquí, es muy parecido al Reino de la Fantasía; sólo que mucho más rápido. Estuve allí, por lo que recuerdo, escasamente una década humana. Pero cuando volví... —Sacudió la cabeza y aún había asombro en su cara— ... el mundo había cambiado.

—Cuando te conocí en París, me dijiste que acababas de regresar. ¿Fue entonces cuando volviste?

—Más o menos. Para entonces, ya había vuelto hacía unos años, los suficientes

para aprender sobre mí hasta cierto punto, pero no lo bastante como para evitar verme asaltado por un hechizo que ni siquiera había sido inventado en mi época, pero era anticuado en el siglo XVIII.

—Por el abuelo de Manassier.

—Sí. Él y un colega estaban viviendo entre medias en ese mundo nebuloso. El Círculo los había rechazado por conducta impropia, y, sospecho que por su enorme incompetencia, pero no tenían ninguna habilidad que lo oscuro quisiera. Vivieron de manera precaria liberando a los pueblerinos ingenuos de sus posesiones mundanas y, siempre que era posible, despojándolos de su magia. No pudieron atravesar mis protecciones para conseguir esto último, pero lo que sí consiguieron fue lograr escaparse con el Códice.

—¿Y cuál es ese hechizo misterioso del que ibas a decirme algo?

Pritkin apoyó la cabeza en su mano, un gesto cansado que no recordaba haberlo visto antes.

—He cometido muchos errores en mi vida, pero el peor de todos fue el de haber escrito aquel maldito hechizo.

—Pero Nick me dijo que nunca se había escrito. Que se perdió después de que se quemara el templo y de que todos los sacerdotes se murieran.

—Uno sobrevivió y, a su avanzadísima edad, dejó una copia exacta. No sé si es que estaba senil o simplemente no estaba dispuesto a dejar que su más preciado secreto se muriera con él. Quizás había olvidado lo que el hechizo hacía; quizá nunca lo supo. Yo solo sé que encontré sus divagaciones garabateadas en un templo antiguo en Angelsey. ¿Cómo llegaron hasta allí? —Se encogió de hombros—. Seguramente un legionario romano las cogió por curiosidad en el Este antes de que le volvieran a reasignar. Nunca lo supe.

—¿Cómo lo encontraste?

—Porque lo estaba buscando. No ese hechizo en particular, sino algo antiguo que pudiera haber sobrevivido. No tenía muchas esperanzas, los romanos habían quemado el lugar durante sus juergas matando a los druidas, y lo que quedaba lo saquearon los sajones unos siglos más tarde. Pero nadie había pensado que un antiguo pergamino fuera muy útil, especialmente uno en un idioma que ninguno podía leer, y, de algún modo, sobrevivió. Los idiomas siempre han sido una de mis especialidades. Y yo me abalancé sobre él.

—¿Para qué?

—En parte, por curiosidad. Por el resto... Estaba muy orgulloso de mí mismo, creía que había encontrado el trabajo de mi vida antes de que entendiera lo larga que sería esa vida. Parecía un bien absoluto: catalogar y conservar el saber tradicional me pareció una buena idea en una época en la que el mundo parecía desmoronarse a nuestro alrededor. ¿Cómo iba a saber yo que aquello que escribí iba a provocar más

caos y confusión que los propios sajones!

—Pero, ¿qué es lo que hace? —Pensaba que me iba a volver loca si no me lo contaba ya.

—Las Cartas Efesias son un hechizo y un contrahechizo en uno, dependiendo de la voz, la inflexión y la manera en la que se lee. Una manera cierra una puerta; la otra la abre.

—¿Qué puerta?

—La puerta entre los mundos. Rosier teme que si se encuentra el hechizo, alguien pueda invertirlo, abriendo una puerta de entrada a rivales de un tipo al que no han tenido que enfrentarse... —Había estado eligiendo entre la pila de páginas en su codo y había cogido una del grupo. Tenía que haber sido la traducción en la que Nick estaba trabajando, a menos que los sacerdotes efesios antiguos usaran papel de libreta con rayas. Se quedó sin respiración—. ¿Qué es esto?

Miré el papel.

—Nick estaba traduciendo el contrahechizo para mí, para el *geis*.

—Este no es el contrahechizo —dijo Pritkin; su cara se estaba quedando sin color mientras lo miraba. Bajé la vista y miré el papel, pero no tuvo mucho sentido.

ASKION: Los sin sombra. *Donde los Dioses reinaron una vez.*

KATASKION: Sombrío. *Ahora lo hacen los humanos.*

LIX: Tierra. *La tierra está bloqueada.*

TETRAX: Tiempo. *Al guardián del tiempo.*

DAMNAMENEUS: Sol abrumador. *Con esto, el sol es abrumador.*

AISION: Voz verdadera. *Y el oráculo habla con una voz verdadera.*

Pritkin me cogió por los brazos.

—¡Llévanos de vuelta, rápido!

—¿De vuelta a dónde?

—Al momento en el que Nick se levantó para irse. ¡Tengo que cogerlo!

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—No hay tiempo para explicaciones. ¡Tan solo hazlo!

Me aparté un mechón de pelo sudoroso de los ojos e intenté concentrarme. ¡Dios! Estaba tan cansada.

—No puedo transportarme ahora. Quizá mañana...

Pritkin maldijo.

—Si no lo encuentro, ¡no habrá un mañana! —Y se fue. Ni siquiera vi cómo se fue, sólo escuché un portazo de la puerta que se cerró detrás de mí.

Y luego se apagaron las luces. Me quedé allí sentada en la oscuridad y pensé seriamente en bajar la cabeza y quedarme dormida. Allí abajo se estaba muy bien y muy tranquilo, y a lo mejor nadie me encontraría hasta por la mañana.

Si es que había una mañana.

Gruñí y me levanté. Como siempre había sospechado, estar al cargo era una putada, sobre todo cuando ni siquiera nadie se daba cuenta de que lo estabas.

Palpé alrededor hasta que estuve segura de que tenía el Códice completo, lo enrollé, incluyendo la traducción del hechizo que no necesitaba, en un tubo y le puse una banda elástica alrededor. Después, lo metí dentro de mi corpiño. Mircea no lo había atado tan fuerte como Sal, pero aún seguía ceñido y con el tubo allí ocupando el poco espacio que había, respirar una vez más se convertiría en un problema. Pero al menos nadie estaba moviendo el corpiño. Ahora, si no me desmayaba por la falta de aire, todo iría bien.

Salí con cuidado al pasillo e intenté recordar lo lejos que estaba de las escaleras. Pero no es el tipo de cosas que notas cuando las luces están encendidas. Había cubierto lo que creía que era la distancia justa cuando alguien me agarró.

Chillé, y alguien pegó un grito y luego me lanzó contra la pared. Me dolió y ya me puse de mal humor. No me contuve en absoluto cuando le di con la rodilla en la entrepierna a quien fuera que estaba allí.

—Espero por tu bien que esto no deje marca —siseó Casanova.

—Eres un vampiro. Te curarás. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es mi casino —dijo, con un tono un poco agudo—. Tengo todo el derecho de estar aquí. Eres tú y tus amigos matones los que tenéis que iros, ¡antes de que sigáis causando más problemas!

—Evitar los problemas no es que me motive mucho estos días. El no morir sí que me motiva; el no ver a Mircea volverse loco me motiva mucho. Hablando de eso...

—El Senado no está aquí, pero me acaban de decir que están de camino. Y aún no me han dado el visto bueno en este trabajo, ¡ya lo sabes! ¿Qué crees que va a pensar cuando la Cónsul aparezca y vea que todo este maldito lugar está oscuro?

—¿Por qué viene hasta aquí? —Era lo que me faltaba.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? ¿Tengo la pinta de que se me consulten asuntos del Senado? Intento mantenerme lo más lejos posible de esos cabrones locos.

—Se detuvo—. Por supuesto exceptuando a lord Mircea.

—Claro. ¿Por qué está todo oscuro?

—Porque uno de esos gorriones que soltaste aquí ha causado un apagón.

—¡No puedes estar seguro de que hayan sido los niños! —le dije, sintiéndome

culpable.

—¿Ah, no? Bueno la compañía de electricidad dice que tenemos electricidad. ¡Lo único que les faltó fue llamarme idiota cuando los llamé! Y aún no hay luces. Y si me permites señalarlo, no hay máquina tragaperras, ni mesas de juego, ni nada. ¡Estoy perdiendo una fortuna!

—Han sido sólo diez minutos. Relájate. Me ocuparé de ello.

—Seguro que lo harás, ¡ahora!

—Deja de gritar. Tengo un problema más grande. ¿Has visto a Nick?

—Sí, ¿cómo crees que te he encontrado? Me dijo que...

Cogí a Casanova de lo que parecía que eran las solapas y lo sacudí.

—¿Dónde está?

Me separó las manos con una palabrota.

—Y otra vez. ¿Cómo demonios voy a saberlo? ¿Y esto es seda italiana importada, vale?

—¿Dónde lo viste?

—En el vestíbulo. Corrí hacia él cuando todas las luces se apagaron. Estaba intentando encontrar la manera de salir de aquí y yo estaba intentando encontrarte. Intercambiamos información.

—¿Le ayudaste a irse? —Volví a agarrar a Casanova a pesar de su palabrota.

—Le indiqué la dirección adecuada; personalmente no le acompañé hasta afuera. ¿Y qué marca la diferencia?

—¡Tienes que detenerlo!

—Te hago un trato. Haz que esos pilluelos tuyos deshagan lo que sea que hayan hecho mal esta vez y yo detendré al mago. ¡Tengo a todo el mundo con un ataque de pánico en el vestíbulo!

—De acuerdo. —Dudaba que los vampiros de nivel bajo que Casanova había contratado tuvieran demasiada suerte deteniendo a un mago de la guerra, pero quizá podían hacer que fuera más despacio, lo suficiente para que Pritkin lo encontrara.

Casanova llamó a seguridad por el teléfono móvil mientras andaba con cuidado por las escaleras oscuras. Resulta que no había exagerado para nada la situación que había en el vestíbulo. Unas cuantas personas de seguridad tenían linternas y las movían alrededor como luz estroboscópica sobre la multitud aterrada, mientras otros gritaban instrucciones contradictorias por los megáfonos. Un grupo de jugadores estaban tocando la guitarra y cantando en una esquina, en la débil luz de los mecheros que sostenían sobre sus cabezas. Creí reconocer la canción, pero parecía que hablaba sobre los Jinetes Negros. Y los pterodáctilos estaban mirándolo todo con ojos brillantes y hambrientos.

Eché un vistazo a la sala en busca de Nick, pero era realmente difícil distinguir las caras. Casanova se dirigió hacia el equipo de seguridad, la mayoría de cuyos

miembros terminaron en el foso defensivo. Los carontes conducían las barcas con una pértiga, llevaban túnicas negras y máscaras de muerte, normalmente llevaban a la gente adelante y atrás, entre la entrada y el vestíbulo, pero las barcas estaban varadas debido a la falta de luz, y el puente levadizo que servía de entrada alternativa parecía estar estancado en la posición abierta.

Un par de tipos impacientes habían decidido intentar cruzar el foso defensivo y se dieron cuenta de que era más profundo de lo que se esperaban. El dispositivo de seguridad estaba sacándolos mientras que prevenía a cualquiera de hacer lo mismo. Y otro guardia estaba reteniendo a la fuerza a alguien que ya tenía un pie en el agua.

Me pareció ver a alguien que se asemejaba a Nick.

—¡Allí! —señalé, pero Casanova estaba delante de mí. Un gesto hizo que dos de sus guardias vampiros ayudaran al humano asediado, pero de alguna forma Nick los esquivó, dirigiéndose a la parte del *backstage*, y era de suponer que a la puerta de salida del personal.

—Dile a seguridad que cierren las salidas —le dije a Casanova.

—¿Cuáles?

—¡Todas! —No iba a darle la oportunidad a Nick de que retrocediera, algo que sería demasiado fácil en esta multitud.

Casanova se puso a hablar por teléfono mientras yo intentaba seguirle la pista a Nick a través de aquella masa de humanidad contorsionada y parpadeante. Durante cinco largos minutos le perdí de vista; entonces, uno de los pterodáctilos chilló y miré hacia el cielo. Cogí del brazo a Casanova y señalé:

—¡Mira!

Muchas linternas de los hombres de seguridad siguieron mi gesto. Las dobles luces de las linternas iluminaron la figura de un hombre que parecía que, de algún modo, caminaba sobre el fino aire. Casanova parpadeó.

—¿Qué cree que está haciendo ese puto loco?

—¿Sobre qué está apoyado? —Nunca había creído que los magos tuvieran la levitación en su repertorio.

—Las pasarelas. Están pintadas del mismo color que el techo; de esta forma nadie nota que están ahí. Las utilizamos para hacer reparaciones.

Casanova cogió una linterna del guardia que estaba más cerca y dirigió su luz a un laberinto de formaciones rocosas brillantes. Aún no podía ver de lo que estaba hablando, pero era obvio que Nick se estaba apoyando en algo.

—¿Por qué está ahí arriba?

—Seguramente quiere dirigirse al techo, suponiendo que no se rompe el cuello primero —maldijo Casanova.

—Mis primas del seguro van a dispararse si se cae.

—¿Y por qué iba a caerse?

—Porque las pasarelas también sirven de apoyo para las estalactitas grandes ¡y las rocas sobresalen a través de ellas!

Nick se había detenido enfrente de una roca que parecía demasiado grande para poder rodearla y estaba segura de que no lo conseguiría, pero debí haberlo supuesto. Nick podría parecer inofensivo, pero era un mago de la guerra. Por suerte, Pritkin también lo era y él también lo había visto. Las linternas iluminaban una cabeza rubia brillante que escalaba para alcanzarlo, pero Nick le llevaba bastante ventaja. Empujó una daga a un lado de la roca de mentira, consiguiendo un punto de apoyo extra y lo utilizó para saltar alrededor del obstáculo.

—¿Es verdad que puede llegar hasta el tejado? —pregunté, apretando el brazo de Casanova tan fuerte como para hacer que la luz se meneara. Sabía que no podía alcanzar el nivel de los torreones, donde yo había estado hacía un par de semanas, pero el más bajo sobre la entrada sería incluso mejor desde su perspectiva. Estaba tentadoramente cerca del suelo.

—Si puede recorrer todo el camino, sí. Hay una escotilla de acceso en el tejado para reparar el letrero principal. —Casanova me miró—. ¿Es muy importante para ti que baje de ahí?

—Mucho. ¿Por qué?

—Porque alguno de mis guardias está armado.

—¡No puedes empezar a disparar en una habitación llena de gente!

—¡Podemos hacerlo pasar como parte del espectáculo! —dijo, haciendo gestos a su alrededor. La mayoría de los turistas atrapados había decidido que esto tenía que ser un entretenimiento que no estaba planeado y habían dejado de quejarse lo suficiente como para estirar sus cuellos hacia arriba, estirándolos para ver a través de la oscuridad.

—¿Harás que parezca una parte del espectáculo cuando alguien muera? ¿Por el rebote de una bala?

—Mis chicos son buenos tiradores.

—Y él es un mago. No atravesarán sus protecciones. ¿Puedes hacer que alguno salga para cortarle el paso?

Antes de que Casanova pudiera contestar, Nick divisó a su perseguidor y lanzó un hechizo, justo mientras Pritkin estaba bordeando la estalactita grande. Golpeó directamente la masa de roca falsa, haciendo que se agrietara en el medio y enviara una lluvia de escayola a la multitud que estaba mirando. A esto le siguió una ducha de chispas cuando Pritkin y Nick se lanzaban simultáneamente hechizos el uno al otro. El público aplaudió, pero fue la gota que colmó el vaso para los pterodáctilos que se lanzaron al aire y fueron chillando hacia donde estaba la lucha.

—¡Casanova!

—No puedo llamarlos, así que ni siquiera preguntes.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás al cargo aquí o no?

Una de las criaturas apuntó a Pritkin, arañando y picoteando su protección. La otra criatura se fue tras de Nick, pero él hizo que un hechizo lanzara fuego y chamuscó una de sus alas como las de un murciélago y que se fuera dando vueltas hacia la multitud. Pronto volvió a por más, pero mientras tanto ya había conseguido llegar hasta la siguiente estalactita.

—No cuando tiene que ver con la seguridad —dijo Casanova rápidamente—. Los guardias están preparados para actuar de manera independiente. ¡No puedo hacer nada mientras esos dos sigan lanzando magia a su alrededor!

Me mordí el labio y observé cómo la criatura que estaba atacando a Pritkin le daba un golpe seco y malicioso con el pico. Empezó a penetrar en sus protecciones y luego se detuvo cuando su cabeza se quedó estancada. Comenzó a darle una paliza, obligándole a que él se pusiera de rodillas y se sujetara con fuerza la luz para evitar caerse en su intento de liberarse. Entretanto, Nick se estaba acercando mucho más a la salida.

Pritkin logró concentrarse a pesar de la paliza que estaba recibiendo de las alas gigantes y le lanzó un hechizo a Nick, derrumbando la parte de la pasarela sobre la que él se encontraba. Se cayó en el foso defensivo con un sonido chirriante y acuático, lanzando una nube de vapor en su oleada que casi le da a un caronte que había llegado un poco tarde a atracar su barca. Miré justo a tiempo y vi que Nick se había enredado de alguna forma en el tramo siguiente. Se subió en la barca mientras se defendía de la criatura con unos cuantos hechizos más, haciendo caso omiso de la multitud que le estaba observando fascinada en la parte de abajo.

Pritkin estaba en desventaja porque intentaba no darle a la multitud, pero Nick no tenía ese remordimiento. Tarde o temprano, iba a fallar y enviaría un hechizo mortal a la masa de turistas. No podía hacer nada por Pritkin: yo no era un mago, pero seguramente podía volver a encender las luces y ayudar a los de seguridad para que despejaran la zona.

—Vamos allá. —Tiré de Casanova—. Seguramente los niños estén en la cocina.

Me cogió por el brazo y nos dirigimos a las escaleras, ya que los ascensores no funcionaban. En la parte de abajo nos detuvimos al lado de una cristalera en donde entraba una luz débil del exterior. No es que ayudara mucho con la visibilidad; yo sobre todo estaba mirando a un túnel negro y largo donde debería ser capaz de ver estandartes medievales resplandecientes en lo alto, una línea de armaduras a cada lado y la cocina del servicio de habitaciones a la izquierda.

Aunque no veía nada, me dirigí hacia la puerta de la cocina cuando, desde la oscuridad, escuché un siseo lento y bajo, como escamas arrastrándose por el suelo. Me quedé helada. No sabía lo que era, pero ese tipo de sonidos nunca era bueno. Me crispó los nervios, e hizo que se me pusieran los pelos de punta.

—Ya he visto esta película —dijo Casanova fuertemente—. Al final, todos mueren.

—¡Cállate!

—No lo entiendes, ¡conozco ese deslizamiento!

Una niebla negra comenzó a enviar dedos oscuros que corrían por la piedra del suelo. Y todo lo que tocaban, por pequeña que fuera la luz, se apagaba.

—¿Qué es?

Pude escuchar cómo tragaba saliva.

—La oscuridad no está causada por la ausencia de luz, sino por la presencia de algo más. Algo que, créeme, no querrás ver.

De acuerdo, excepto que morir en la oscuridad tampoco sonaba muy atractivo. Le cogí antes de que pudiera escaparse, aplastándole esa manga cara sin misericordia.

—¿Qué es?

—Ya te lo dije...

—¡Casanova! Existe una posibilidad muy alta de que aquí haya niños. ¿Qué coño es lo que está ahí fuera?

No respondió, sólo alumbró al techo con la linterna. Las paredes en este tramo eran de madera oscura, pero el techo estaba pintado de blanco, con relieves de espirales doradas en los bordes. Era difícil verlo ya que también era blanco pálido. Estaba pegado al techo boca abajo, con la cabeza levantada hacia un lado, observando.

Era como una parodia de un niño, pequeño y a medio formar; brillaba de manera húmeda por todas sus superficies. Parecía ciego, sin el menor rastro de ojos bajo la piel estirada que le cubría las órbitas, pero su cabeza se volvió infaliblemente hacia mí.

—Cassie —me dijo con la voz de Pritkin. Sonaba compasivo—. Si no corres, te mataré rápidamente y dejaré a los niños solos.

Me tragué el sonido que quería salir de mi garganta e hice una rápida valoración de mis armas. Las mías consistían solamente en un par de cuchillos que se portaban mal, ya que había perdido mi bolso en algún sitio a lo largo de la línea. Eso no era bueno. Pero había una línea de armas en las manos de las armaduras que recubrían el pasillo. Parecían tan inanimados y vacíos como las piezas de un museo, pero en realidad eran parte del sistema de seguridad.

—Casanova —le dije cuidadosamente—. Ordena a los guardias que lo ataquen.

—No puedo. —Sacudió la cabeza con franqueza; nunca lo había visto tan aterrado.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? Si dejas que yo me muera, Mircea te matará.

—Y si tú la ayudas, yo lo haré —dijo la cosa que había en el techo, como si fuera

parte de la conversación—. Es difícil servir a dos maestros, ¿verdad? Te advertí de que esto se complicaría algún día.

—¿Dos? —Al final lo había pillado—. ¿Es Rosier, verdad? —Casanova asintió con la cabeza sin decir nada—. Se supone que aún no debías estar de vuelta —le dije al demonio en tono acusatorio. ¿No había dicho Pritkin que tardaría un par de días en recuperarse? ¿Ya había pasado tanto tiempo? Con tanto salto en el tiempo no estaba segura, pero creía que no.

La cosa movió la cabeza en la otra dirección, el por qué, no lo sé. No tenía ojos, así que no podía haber sido para ver mejor.

—Bueno, no estoy en mi mejor forma —dijo finalmente.

Examiné a Casanova, que estaba haciendo muecas de disgusto y que iba a desmayarse en cualquier momento.

—Vete —le dije—. Ayuda a Pritkin. No dejes que Nick se escape y no le dejes que hable con nadie. Yo me ocuparé de esto.

—¿Tú te ocuparás de esto? —Casanova me miró fijamente sin ninguna expresión en la cara, como si no pudiera encontrar ninguna que encajara con la situación.

—Sí. —Volví a levantar la vista. Era horripilante pero pequeño. Decidí que podía ocuparme de él—. Ya te maté una vez.

—Ah, sí. Es verdad que lo hiciste. Por eso es por lo que me he traído a algunos amigos —dijo suavemente. Casanova salió corriendo.

—¿Amigos?

—Sirvientes de un colega que me debe un favor. Mis chicos son buenos para muchas cosas, pero matar no es realmente su fuerte. Bien, normalmente, yo haría esto de una manera relativamente rápida —continuó—. Pero después del otro día, me temo que voy a tener que romper mi costumbre. Un pequeño asunto de prestigio. Ya sabes cómo va esto.

—Claro. —Por el rabillo del ojo vi aparecer algo pequeño y resplandeciente por las escaleras.

—Ahora, quédate quieta, esto te va a doler muchísimo.

—A ti también —dijo la duendecilla, y lanzó su pequeña espada como una flecha. Le dio a la cosa cuadrada donde no tenía ojos, provocando un chillido de dolor y rabia mezclados.

Giré el cuello y vi a Françoise bajando las escaleras y dirigiéndose hacia mí, parecía más que un poco agotada. Su vestido estaba rajado en tres sitios distintos, uno de los cuales rezumaba una mancha que se estaba extendiendo, y sus ojos eran enormes. No obstante, Radella, que estaba volando delante de mí parecía que se encontraba bien. Probablemente las armas humanas no eran capaces de herir a un demonio, pero parecía que la duendecilla tenía más suerte.

Me giré y vi a Rosier, parecía un poco más calmado. Sólo se veían fragmentos de

oscuridad desvaneciéndose por el suelo, de las esquinas, de la pared y a lo largo del pasillo. Aún no podía centrarme en ninguno de ellos, pero tenía el presentimiento de que Casanova podía haber estado en lo cierto: yo no quería que fuera así.

—¡Oh, oh! —dijo la duendecilla inútilmente.

—¿Qué está pasando? —pregunté, y Françoise comenzó una retahíla rápida en francés que no tuve tiempo o capacidad para traducir—. ¡Radella!

—Hemos intentado llegar adonde están los niños. —Señaló al final del pasillo—. ¡Esa cosa tiene a la mitad de ellos atrapados en la cocina!

—¿Están todos bien?

—Por ahora sí, el personal los está protegiendo, pero no aguantarán. No si esas cosas los atacan.

—¡Pero la magia de los duendes funciona con los demonios!

Radella pasó zumbando enfrente de mi cara, su cara estaba furiosa.

—Sí, si tuviéramos guerreros con los que trabajar en vez de utensilios de cocina, ¡con eso valdría! Pero con eso...

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué no podéis entrar?

—Entramos por la puerta de atrás. Me las apañé para pasar a través de sus fuerzas, pero la bruja casi se mata. Y yo no puedo hacer mucho sola.

Billy Joe vino flotando por el techo.

—Tenemos otro problema —dijo rápidamente, sin ni siquiera detenerse para recriminarme que le hubiera dejado con este lío—. Nuestro amigo ha enviado a alguno de sus hombres a la parte de arriba. Ahora están allí, con los niños. Y no tengo ningún poder contra los demonios, Cass.

Él, Françoise y Radella me estaban mirando y después de una décima de segundo, me di cuenta de que estaban esperando instrucciones. Como si yo debiera saber cómo salir de todo esto. *Y Agnes lo hubiera sabido*, pensé sombríamente. *Incluso a Mira también se le habrían ocurrido algunas ideas*. Pero yo no tenía ninguna.

—Tengo una propuesta para ti, duendecilla —soltó Rosier. Levanté la vista y vi que se había quitado la espada de Radella. Lo que quedaba de ella se había caído al suelo haciendo un ruido. No quedaba nada más que la empuñadura, el resto parecía que se había corroído, como con ácido—. Vete ahora y yo te perdonaré el castigo merecido por tus acciones equivocadas.

—Yo podría tener una oferta mejor —dije rápidamente.

Radella apartó la vista de lo que quedaba de su espada y me miró.

—Espero que sea una mejor, ¡humana!

—¿Te gustaría tener la runa? ¿No solo para lanzarla, sino para quedártela para siempre? Sólo tarda un mes en recargarse después de cada uso, así que podrías tener todos los niños que quisieras; e incluso tus amigos podrían...

Me callé, porque ella se había quedado parada, como si todos sus huesos de

repente se hubieran derretido dentro de su piel. Durante un momento pareció como si la hubieran dejado sin aire de un golpe, pero luego se chupó los labios, lentamente y con precisión, y me miró con una expresión ahogada en aquellos ojos enormes lavanda.

—¿Qué quieres? —Salió como si fuera un susurro.

—Encuentra la forma de sacar a los niños y es tuya.

—¿Estás sorda? ¡Ya te he dicho que es imposible!

—¿Los demonios te pueden seguir hasta el Reino de la Fantasía?

—¿Qué? ¡No! O si lo hicieran, no durarían mucho —dijo con una sonrisa maliciosa—. ¿Pero cómo...?

—Vuelve a la cocina e invoca el portal. Llévate a los niños al Reino de la Fantasía, luego vuelve con ellos una vez que sea seguro.

—¿Y cómo hago eso? Incluso suponiendo que puedo volver a atravesar las líneas, necesitaría una muerte para accionar el portal. Tu fantasma me dijo...

—La tendrás.

—¿Qué?

—De ninguna forma, Cass. Cállate. —Por una vez Billy sonaba mortalmente serio. Lo que significó que cogió las cosas al vuelo más rápido que Radella.

—Habrá una muerte —le dije a Radella. De una forma u otra. ¿Importa cuál de nosotros muera: esa cosa o yo?

La duendecilla se quedó en silencio un minuto.

—No, para el hechizo eso no tiene importancia.

Françoise había estado mirando de un lado a otro entre nosotras dos, intentando seguir nuestra conversación.

—¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Qué está pasando?

—En un minuto. Radella, ¿viste a una niña pequeña en la cocina con el pelo rubio y ojos marrones, de unos cinco años?

—Había muchos niños. Yo no...

—¿Apretando fuerte a un osito de peluche? Nunca va a ningún sitio sin él.

—No.

Asentí con la cabeza. Eran las primeras noticias buenas que escuchaba.

—Billy, necesito que encuentres un camino para que los niños puedan salir por la parte de arriba del casino. Una de ellas, una niña pequeña, es clarividente. Debería ser capaz de escucharte. Saca a los niños de aquí, llévalos directamente a la luz del sol. —Pritkin había dicho que eso funcionaba con la mayoría de los demonios. Solo esperaba que estos estuvieran entre ese número de demonios.

—De acuerdo, me iré a jugar con los niños mientras tú te sacrificas; eso no va a ocurrir.

—¡No tengo tiempo para discutir! —le dije; le quité el collar de un tirón y se lo

puse en las manos de Françoise—. Dale esto a la pequeña clarividente. Creo que se llama Jeannie —le dije. Ella lo cogió, pero parecía muy confundida; no estaba segura de cuánto de lo que había dicho había entendido.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Billy.

—Si no lo hago, ella irá tras de ti.

—¡No se trata de eso! —me dijo, más enfadado de lo que lo había visto nunca.

—Billy encontrará una salida para ti —le dije a Françoise—. Busca a las tres brujas viejas, seguramente estarán en el vestíbulo.

Casanova había dicho que las Grayas estaban interesadas en el poder. Sólo esperaba que no hubieran decidido tomarse el día libre.

—¡Te ayudarán a llegar a los niños!

—Un fantasma, tres viejas y una bruja que ya han luchado contra nosotros y han perdido —meditó Rosier—. Personalmente yo lo reconsideraría, duendecilla.

Ni siquiera me molesté en mirar a Radella. Sabía lo que iba a elegir; la expresión de su cara había sido elocuente. Además, Françoise me abrazó tan fuerte que amenazaba con ahogarme.

—¡No! ¡No volveré a dejarte sola!

—¡Soy pitia! —le dije, separándole los brazos con un forcejeo algo indecoroso—. Y harás lo que te digo.

—Sí, haz lo que te dice, bruja. No te puedes comparar con nosotros —añadió Rosier amablemente.

Françoise lo miró con los ojos furiosos y pronunció una sola palabra áspera. No eran las sílabas líquidas del francés ni de ningún otro idioma que yo conociera. Era bajo y gutural, y el poder que había detrás de esa palabra hizo que la piel se me pusiera de gallina. Algo voló directamente hacia Rosier, Algo que no pude ver muy bien en aquella luz tenue, pero él lo devolvió con un gesto pequeño e indiferente. El hechizo golpeó la cristalera lo que había sobre mi cabeza, que hizo que una gran cantidad de pedazos de vidrio roto de colores resplandecientes llovieran a mi alrededor.

Cogí a Françoise por los brazos antes de que pudiera volver a intentarlo, sacudiéndola lo más fuerte que pude.

—¡Tiene razón! No puedes ayudarme, pero ¡puedes ayudar a los niños! Ahora sal de aquí. ¡Vete! —Le di un empujón hacia las escaleras.

Miró al demonio y luego me miró a mí y otra vez al demonio; su cara estaba cubierta de confusión y de dolor. No sé lo que ella habría decidido si Rosier no hubiera dado un golpecito con el dedo, haciendo que varias figuras oscuras se despegaran de la masa principal. No se preocuparon de las escaleras, pero se lanzaron hacia arriba por el techo. Justo hacia el resto de los niños.

Iba a señalar que Rosier debería preocuparse más por el poder que ella tenía de lo

que él suponía, para que enviara refuerzos. Pero no tuve esa opción. Françoise se dio la vuelta y corrió.

Billy no se movió.

—¡Billy!

—Yo... esto... De verdad que no puedes esperar que yo...

—Puedes volver a traer la caballería aquí una vez que los niños estén a salvo.

—¡Ya estarás muerta para entonces!

Rosier se rió. Aparentemente los demonios también podían escuchar a los fantasmas.

—¿Y cómo pretendes evitarlo si te quedas? —le pregunté—. ¡Vete donde puedes echar una mano!

—No me pidas que haga eso.

—Billy, por favor... —Me callé, sin saber cómo convencerle. Si se negaba a ayudar, reduciría drásticamente las posibilidades de Françoise. Cuanto más tiempo estuvieran los niños en la oscuridad, más tiempo tendrían los sirvientes de Rosier de encontrar la manera de destruirlos. E inadaptados o no, sólo eran niños.

—El espectáculo de Cassie y de Billy, ¿te acuerdas? —dijo, repentinamente condicional—. Donde tú vas, yo voy.

—Excepto que eso ya no es así. —Y Dios, echaba de menos los días cuando era así—. Por favor, Billy. Haz esto por mí.

Sus hombros se hundieron y su cara se arrugó.

—Espero que no sea lo último que hago por ti, es todo —dijo, bastante furioso—. Porque si acabas muerta, ¡voy a hacer que tu vida después de la muerte sea un infierno!

Radella revoloteó enfrente de mi cara en el segundo en el que Billy desapareció.

—Si te mueres, ¿cómo conseguiré la runa? —preguntó.

—Pritkin. Él te la dará, suponiendo que puedes traer a los niños a salvo. ¿Puedes hacerlo, verdad?

—Sí.

—Y tráete también al personal de la cocina contigo. —Miranda había dicho que defenderían a un crèche con sus vidas. Realmente no tenía mucho interés en que me lo demostrara.

—Pero... son duendes. Duendes oscuros —dijo Radella como si yo no me hubiera dado cuenta.

—¿Y cuál es la diferencia? ¡Simplemente tráelos contigo! —No sabía que los demonios los atacarían una vez que los niños se hubieran ido, pero tampoco sabía que no lo harían. Desde luego Rosier parecía tener fríamente inculcado el concepto de venganza.

Radella se quedó en silencio durante un momento. Luego escuché una frase

suavemente hablada, lírica, casi como si las campanas tocaran.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada. —Sonaba avergonzada—. Simplemente... buena suerte Cassie.

Sentí la corriente de aire cuando pasó volando por delante de mí y Rosier se rió con su espantosa sonrisa.

—Un duende bendiciendo. Es tan extraño. Y tan inútil fuera del Reino de la Fantasía. —La nube negra había acabado de juntarse hacía unos minutos y estaba suspendida en el aire detrás de Rosier, esperando su deleite—. Te dije que te cambiaba la vida de los niños por tu sacrificio. Deberías haber aceptado el trato. Ahora tú morirás, y ellos también.

Iba a decirle que prefería confiar en mis aliados antes que en su palabra, pero no tuve la oportunidad. La horrible masa contorsionada de repente se quedó inmóvil, como los soldados que se ponen en sus puestos. Luego, se lanzó directamente hacia mí.

Chillé, demasiado cansada para incluso fingir que no estaba aterrada. Los malditos caballeros permanecían estáticos, incapaces de detectar a las criaturas que estaban a punto de matarme. Pero una nube de fuego, la fuerza de quizá un par de docenas de lanzallamas, se disparó desde el otro lado del pasillo.

Quizá Casanova había instalado alguna medida nueva de seguridad. Pero fuera lo que fuera, fue eficaz. La nube chilló con el sonido de cien voces, y se retorció frenéticamente en el aire; una masa negra girando, quemándose, que me recordaba a los gusanos trabajando en el cuerpo sin cabeza de Saleh.

El resplandor de las llamas que brillaba en las armaduras arrojó más luz sobre la escena, aunque hubiera estado más contenta en la oscuridad. Rosier se cayó desde el techo y aterrizó en medio del pasillo con un débil plaf. Luego algo saltó sobre mí por detrás, hundiendo lo que parecía un soporte pequeño de cuchillos en mi espalda.

Pegué un grito y fui hacia atrás haciendo eses, golpeando la pared y haciendo que las garras se clavaran aún más. Me fui tambaleando hacia atrás, hasta la habitación, y saqué mis cuchillos gaseosos, pero echaron un vistazo a la lucha más grande que había a unos cuantos metros y me abandonaron.

Miré a mi alrededor desesperadamente, pero aunque había unas cien armas de distintos tipos en las manos de los caballeros, no vi ninguna que ayudara a desencajar algo tan alto en mi espalda que ni siquiera yo podía ver.

Otra de las cosas se enganchó en mi brazo izquierdo, penetrando tan profundo que llegó hasta el hueso, mientras otra se pegaba a mi muslo. Me caí de rodillas, ciega por el dolor y la conmoción, y me di cuenta de que las cosas habían detenido su ataque. En lugar de eso, me obligaron a echarme boca arriba, me inmovilizaron y esperaron. Levanté un poco la cabeza para mirar entre mis pies y vi por qué se habían parado.

Rosier venía arrastrándose hacia mí, avanzando lentamente hacia delante con aquellos brazos largos y delgados, sus rudimentarias piernas le seguían por detrás. Su cara se volvió hacia mí, infalible a pesar de las cuencas vacías sin ojos; y por encima de los chillidos de los demonios en llamas, pude oír el suave sonido de las escamas susurrando por encima del suelo. Parecía inofensivo, una criatura indefinida, inacabada, con una boca desdentada y zarpas pequeñas y apenas formadas. Pero aun así, no quería que me tocara.

Se movía envolventemente sobre mis pies y por mis piernas; los dedos largos y demasiado flexibles me rodeaban las pantorrillas, las rodillas, las caderas mientras se extendía por todo mi cuerpo. Y ya pude sentir un eco débil de esa sensación horrible agotadora. Estaba empezando a alimentarse.

A pesar de que cada uno de mis músculos vibraba por la tensión, ni siquiera podía darme la vuelta para intentar quitármelo de encima. Tenía los brazos inmovilizados por el peso de sus sirvientes y mi fuerza manaba constantemente, o bueno, lo que quedaba de ella. Dobladas en el suelo a ambos lados, mis manos estaban quietas e inútiles.

Se colocó pesadamente sobre mi estómago, sus pequeñas garras rasgaban las costuras de mi enagua, apartándola para dejar al descubierto la carne indefensa de mi barriga. Aquella boca obscena se abrió y pude ver su interior, el color de su garganta era como el de un cadáver. Lamió una línea pegajosa en mi piel.

—Tienes un sabor dulce.

—Quítate de encima —le dije con la voz poco clara.

No pudo haber sonreído. Pero de todas formas dio esa impresión cuando me inmovilizó con esa mirada ciega.

—¡Oh! Eso es lo que intento.

Sentí un rasgón de la garra en el costado, que se hundía en mi piel. Y sin palabras, sin que él volviera a abrir aquella boca obscena de nuevo, sabía lo que planeaba hacer. Iba a cortarme en tiras como había hecho con la enagua, abriéndome para que él se pudiera alimentar de algo más sustancial que mero poder. Planeaba comerme viva.

Una sensación no exactamente de dolor, sino más bien como descargas repetidas de mis nervios al rojo vivo, crujió desde mi estómago hasta la boca. Me lo tragué, negándome a chillar de nuevo, pero se me pusieron los ojos en blanco cuando sentí esa garra comenzando a moverse a través de mi carne.

Se separó durante un momento para lamer delicadamente su piel manchada de rojo, dejándome ver cómo las gotas de mi sangre descendían por su brazo. Una cayó de su codo hasta la parte de abajo de mi estómago y él se detuvo para lamerla; su lengua era resbaladiza y fría sobre mi piel. Luego volvió a meter la garra y me hizo una raja un poco más grande.

Estaba yendo deliberadamente lento, dividiendo carne y piel, un centímetro cada vez, deteniéndose cada pocos segundos para lamer los bordes puntiagudos de la herida, enviando temblores violentos y repugnantes a través de mi cuerpo. Quería que yo supiera que iba a ser un proceso muy largo. Y de repente lo entendí: había querido que los otros se fueran tras los niños para poder tomarse su tiempo.

Y lo hubiera hecho, excepto por el genio desquiciado con el machete.

—¡Saleh! —Estaba tan contenta de verlo que lloré.

—¡Ey, corazón! —Eché un segundo vistazo—. Pareces duro.

El machete se balanceó, cortando en pedazos un brazo rudimentario y golpeando a Rosier, lanzándolo a la pared lateral, donde aterrizó con un crujido repugnante.

—Vaya día que llevo... —le dije, intentando estirar el cuello para ver las heridas

que Rosier me había hecho. Parecía que muchas. Parecía que demasiadas.

—¡Dímelo a mí! —dijo Saleh—. No te creerías el problema que he tenido para seguirle la pista a este tipo. —Hizo otro balanceo, pero falló—. ¡Quédate quieto, maldita sea! —ordenó, acuchillando al demonio. Pero la criatura se movía increíblemente rápido, incluso sin aquellas piernas esqueléticas y esquivaba bastantes golpes para mantenerse en una sola pieza.

Puede que Saleh hubiera encontrado a su presa, pero parecía que carecía de poder para cobrarse su venganza. Aunque Rosier apenas parecía interesado en conservar su vida, sino en acabar con la mía. Y Billy tenía razón: no había ninguna manera de que la caballería llegara aquí a tiempo.

Saleh logró cortar la cosa que me agarraba el brazo izquierdo al pasar, aunque habría preferido que me hubiera soltado el derecho, si es que hubiera podido elegir. Pero no iba a discutir. Cogí un pedazo de vidrio roto de la ventana que estaba al lado, uno que se parecía muchísimo a una zarpa, rojo y brillante, se iba afilando desde una base de cuña hasta una punta fina como una aguja. Pritkin había dicho que Rosier tenía que reducir sus defensas para alimentarse. Parecía que iba a tener la oportunidad de probar esa teoría.

Rosier saltó sobre mí, un borrón blanco deformado en la oscuridad que aterrizó con la fuerza suficiente como para dejarme sin respiración. No podía respirar, no podía ver, pero podía sentir. Antes de que el letargo comenzara de nuevo, antes de que él pudiera volverme completamente indefensa, extendí la mano en busca de la superficie resbaladiza de su piel y le clavé en el lateral el pedazo de vidrio roto lo más profundo que pude.

Chilló, pero había poca sangre, muy poco fluido corporal de cualquier tipo. Y la carne esponjosa se cerró alrededor de la herida casi inmediatamente. Así que volví a clavarle el pedazo de vidrio roto y esta vez lo se lo dejé clavado y busqué más a mi alrededor. Algunos estaban demasiado desafilados para que pudieran servir, pero ahí había uno azul con un borde afilado; aquí uno verde oscuro con una fisura que hacía que tuviera una doble hoja; y más allá, casi ya fuera de mi alcance, estaba uno blanco nacarado, tan lleno de grietas y astillado por el borde que casi tenía dientes de sierra; seguramente cortaba igual de bien.

Una de las cosas estaba intentando agarrarme el brazo que tenía libre, mientras su maestro chillaba y daba golpes e intentaba arrojar varios cuchillos a la vez.

—Pagarás por esto —me dijo; la sangre goteaba desde su boca hasta mi estómago, mezclándose con la mía.

—Quizá, pero no hoy —le solté, cuando Saleh apareció detrás de él. Ni siquiera tuve tiempo de echarme para atrás antes de que la hoja ancha le cortara la cabeza a Rosier.

La sangre empezó a derramarse, como un río, como si se hubiera matado a algo

mucho más grande que ese cuerpo minúsculo que estaba desplomado delante de mí. Estaba en una piscina de sangre cuando volvió el torbellino de aire, su sonido casi inmediatamente eclipsado por el chillido familiar del aire que señalaba una fisura de una línea ley; o, en este caso, un portal.

—Será mejor que corras —me dijo Saleh, cuando la corriente de fuego que resistía la nube del demonio se detuvo en seco. Pero no podía correr, apenas podía gatear, y de todas formas, no había tiempo. La nube se lanzó hacia mí, una masa de gritos y de odio histérico, pero un granizo de balas que provenían de las escaleras la golpeó mientras una docena de vampiros corrían hacia la habitación.

—¿Es una fiesta privada? —preguntó Alphonse, aplastando la cosa negra que colgaba de mi muslo con una bota pesada de moto—. ¿O podemos unirnos?

Sal me arrancó a la criatura que tenía en la espalda y le empezó a dar pisotones justo en el centro. Chillaba y se retorcía y se derritió, dejando sólo lo que parecía una marca de quemadura en las piedras que había debajo.

—Tú sí que sabes cómo dar una fiesta —dijo mientras me quitaba la última criatura del brazo derecho y la lanzaba contra la pared. Me examinó—. Pero estuviste bien. Está claro que la elegancia no es lo tuyo.

Me eché hacia atrás contra la piedra falsa del suelo, escuchando cómo los demonios y los vampiros se peleaban a nuestro alrededor. No parecía que a los demonios les gustaran más las pistolas automáticas que lanzar fuego. Observé cómo el último de ellos era machacado por las botas de Alphonse del número cuarenta y seis hasta que se quedó en nada, mientras Sal examinaba mis heridas. Lo que quedaba del cuerpo de Rosier estaba a mi lado, un desecho desperdiciado de carne blanca llena de sangre. Pensé seriamente en vomitar, pero decidí que sería un problema.

Sal examinó mi muslo y mis hombros y dijo que eran solo heridas de carne. El estómago estaba peor, la raja era lo bastante ancha como para necesitar puntos, pero le tomé prestado el cinturón y apiñé lo suficiente de mi enagua debajo de él para que sirviera de venda provisional y para que pareciera decente a la vez. *Multitarea, así es cómo tú haces las cosas*, pensé y comencé a reírme de manera nerviosa.

—Nada de eso —dijo Sal en tono reprobatorio—, deja la histeria para más tarde. La Cónsul está de camino y ella va a querer saberlo todo, ¿lo entiendes?

—Mierda, sí, lo entiendo. Y si está de camino, quizá pueda mover el culo y ayudar con algo de trabajo sucio ¡para variar!

Toda la sangre se escurría de la cara de Sal, y sus ojos se quedaron fijos en un punto, justo sobre mi hombro izquierdo.

—¿Y exactamente para qué trabajo sucio es para el que requieres ayuda? —Una voz poco amable preguntó detrás de mí.

Dios sabe lo que hubiera dicho, pero antes incluso de que pudiera darme la vuelta, Jesse salió corriendo desde la oscuridad y saltó enfrente de mí.

—¡La tengo! —gritó y envió una nube de fuego directamente a la Cónsul.

La Cónsul se cubrió con una pared profundamente brillante de arena, tan seca como un desierto, caliente como el infierno; yo había visto una vez cómo esa pared se había comido a un par de vampiros vivos. Sólo que me di cuenta, cuando vi que mi carne seguía sobre mis huesos, que no la estaba lanzando hacia nosotros; la estaba utilizando de protección. Agarré a Jesse por la cintura y le chillé al oído:

—¡Apágala! ¡Es una amiga!

De repente, el fuego se desvaneció y él se quedó allí de pie, un poco avergonzado.

—Uy, lo siento.

—¿No era fuerte en absoluto, no? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Bueno, a lo mejor un poco fuerte. —Supongo que ahora sabía quién se había enfrentado a un grupo de demonios furiosos.

—¿Por qué no estabas con los otros? —le pregunté.

—Estaba viniendo hacia aquí cuando dos de esas cosas me atacaron. Los achicharré —me dijo felizmente.

—¡Entonces podías haber entrado en la cocina! ¡Podías haberte ido con Radella y con los demás!

—¿Y dejarte así? —Sonó como herido.

La Cónsul dejó caer la tormenta de arena y Jesse se volvió a mirarla, tan fijamente como si intentara demostrar que «los ojos tan grandes como platos» no era una exageración. Supongo que nunca la había visto tan de cerca. Ella arqueó una ceja de una manera que me recordó misteriosamente a Mircea.

—¿Una amiga?

Sonreí débilmente.

—Bueno, ya sabes. No es una enemiga.

—Eso está por verse —dijo, estirando una mano adornada con joyas.

Parpadeé un momento hasta que me di cuenta de lo que quería. Esperaba que le entregara el Códice. Y yo ya había admitido que lo tenía. Me imaginé que tendría un minuto para dárselo antes de que me desnudara para buscarlo.

—¡Uy! —dije con agudeza. Mi cerebro estaba agotado, el cuerpo me dolía como nunca y no me quedaban fuerzas. No podía dejar que lo cogiera, no cuando Pritkin estaba dispuesto a llegar donde había llegado para destruirlo. No había entendido exactamente lo que hacía, pero sabía bastante como para pensar que quizá él había tenido una razón. Porque había otra razón aparte del *geis* para quererlo. Ming-de y Parindra no habían tenido a un vampiro enfermo y me habían parecido bastante fuertes.

La Cónsul no dijo nada, pero tampoco bajó el brazo.

—Dame el *Códice*, Cassandra.

—Ese no era el trato —le recordé—. Yo acordé salvar a Mircea; eso era todo.

—Ya le atenderemos nosotros solos. —Empujó a alguien hacia delante que había estado detrás de ella. Tami—. Dame el libro y te daré a tu amiga.

—Me la vas a dar de todas formas. Tan pronto como Mircea esté sano, ella será libre. Lo juraste.

Aquellos ojos endrinos se entrecerraron.

—Pero él no está curado. Aún no.

Tardé un segundo, pero se me ocurrió algo.

—Y tú lo tienes. —Yo tenía el contrahechizo, pero no podía curar a Mircea si no sabía dónde estaba. Y eso dejaba a Tami bajo el pulgar con manicura de la Cónsul hasta que ella decidiera liberarla. O hasta que se la devolviera al Círculo.

—¿Entonces, qué es lo que has decidido? ¿Qué prefieres el Códice antes que salvar a Mircea?

—Una vez que tenga el Códice, nuestros magos pueden lanzar el hechizo.

Era inconvenientemente cierto.

—¿Y si me niego a dártelo?

La Cónsul agarró el brazo de Tami y lo apretó suavemente.

—No creo que te niegues a hacerlo.

—Y yo creo que sí que lo hará —dijo una voz vibrante detrás de mí. De repente el pasillo se llenó de una luz dorada cegadora—. Muy bien, Herófila. ¡Has completado tu búsqueda!

No necesité girarme para saber quién estaba allí. La expresión de la Cónsul, una de leve sorpresa, fue suficiente. Para ella, eso era prácticamente una mirada entornada.

Moví los ojos, mientras Jesse y yo retrocedíamos unos metros hacia la ventana hecha pedazos.

—¿Y ahora que obtengo, una medalla de oro?

El dios dorado que medía tres metros con la túnica demasiado corta se rió e hizo eco en las paredes.

—¡Dame el Códice y puedes tener lo que quieras! ¡Ahora es nuestro mundo, Herófila!

Detrás de él, pude ver una fila completa de figuras con abrigo oscuro, y el olor a fruta podrida que los acompañaba me decía lo que eran. Magos de la oscuridad. Supongo que estaban allí por las pequeñas pitias malas que no hacían lo que se les decía.

—Porque yo ya tengo un círculo de oro —continué—. El Códice estaba escondido detrás de uno. Debería haber pensado en vosotros cuando lo vi.

—El oro es la señal alquímica para el sol, sí —dijo, aún mostrando aprobación.

—Me lo estuve preguntando, porque el símbolo del Círculo es de plata.

—Como la luna. El emblema de Artemisa, esa maldita traidora —dijo de manera despreocupada.

La bonita cara de la Cónsul puso una expresión que no me gustó demasiado.

—Estás trabajando con nuestros enemigos —siseó, y Tami dio un repentino grito cuando le apretó el brazo más fuerte.

—Ella le dio el hechizo a los sacerdotes, ¿verdad? —continué, ignorando lo que acababa de pasar. Seguro que la Cónsul no había sido siempre tan estúpida con dos mil años encima. Si le ofrecía bastante, se lo imaginaria ella sola.

—Siempre fue ridículamente sentimental —coincidió—. Creía que estaba siendo demasiado dura con la raza humana, que tu gente estaba en peligro de desaparecer por completo.

—¿Y era cierto?

—No seas ridícula —dijo descuidadamente—. Os reproducís como conejos.

—Qué suerte tenemos. —Mi cerebro cansado estaba teniendo problemas en hacer que las cosas encajaran. Ya que él estaba de buen humor, decidí dejarle que me ayudara—. Así que el uróburo es el hechizo que bloquea a tu especie de nuestro mundo.

Se rió. Estaba contento, incluso jocoso. Claro que lo estaba. Aún no le había dicho que no.

—Era el símbolo del hechizo de protección para Salomón, el que me atrapó aquí, el que deshice cuando defendí a aquella puta en Delfos. Le llamaban la Pitonisa, la última de una línea de brujas poderosas que conservaban el hechizo que él había lanzado. Asesiné a una de ellas y convertí su casa en mi templo principal y a sus hijas en mis sirvientes: Phemonoe y Herófila. Incluso mantuve el nombre: «pitia», que significa pitón, ya lo sabes.

No, no lo sabía, pero últimamente estaba aprendiendo todo tipo de cosas.

—Con su muerte, el hechizo original decayó, porque no había nadie que lo conservara —razoné—. Y los caminos entre los mundos estaban otra vez abiertos. Hasta que Artemisa decidió devolverle el hechizo a la raza humana. —Él asintió con la cabeza—. Pero sus sacerdotes están muertos. ¿Quién lo conservó después de la destrucción de su templo?

»El Círculo Plateado, por supuesto. —Pareció sorprendido porque yo no hubiera sabido eso—. Pero se olvidaron. Yo le había dado a las pitias parte de mi poder. Y cuando mi gente fue enrejada...

—El poder continuó.

—Y me permitió comunicarme, a pesar de la gran dificultad, con mis sacerdotisas —confesó—. Pero el maldito Círculo las corrompió, las puso en mi contra, bloqueó el único enlace que aún tenía con este mundo. ¡No pude contactar con ninguna de ellas!

—Hasta que yo aparecí. —De repente me estaba sintiendo realmente mareada.

—Sí, creía que tenía una buena candidata en Myra, pero desapareció. —Y desestimó a la sucesora anterior con un movimiento de la mano—. Estaba más interesada en consolidar su propio puesto que en seguir mi ejemplo. Me alegré bastante cuando tú te deshiciste de ella.

—No lo hice.

Se encogió de hombros.

—Tú ayudaste. De este modo ganándote varios amigos, joven Herófila. Artemisa nunca se preocupó de considerar que el hechizo que nos prohibió de la tierra cerraría aquellos mundos unidos también con los tuyos. El Reino de la Fantasía, por ejemplo, que depende de nuestra magia y ha estado en decadencia desde que nos fuimos. Se alegrarán de ver nuestro regreso.

—Eso explicaría por qué algunos de los duendes están ansiosos por ponerle la mano encima al Códice —dije.

Transmitió aprobación.

—Entienden que los modos antiguos eran mejores, para tu gente y también para nosotros. Piensa en todo lo que tenemos que enseñarte.

—Sí, continúas prometiéndome que me vas a contar lo que está pasando.

—Como ya he hecho. Dame el Códice, Herófila, y toma tu sitio legítimo como la jefa de mis sirvientes.

—No dejas de llamarme así cuando ya te lo he dicho. —Respiré hondo y me acerqué un poco más a la Cónsul—. Me llamo Cassandra.

La cara de Apolo cambió inmediatamente.

—Sí —siseó—. El nombre que tu madre te dio. ¿Sabes por qué, pequeña vidente?

—No.

—Porque tuvo una visión. Vio que su hija sería la que me liberaría. Vio que, si te convertías en pitia, se aclararía el hechizo, y yo y los de mi especie volveríamos. Conocía tu destino, pero no se atrevió a matarte, su única oportunidad real. En lugar de eso, corrió y te llamó así en honor de otra de mis sirvientes rebelde, en un acto de rebeldía. Fue una decisión que le costó la vida. —Extendió una mano—. ¡No cometas el mismo error! ¡Dame lo que es mío!

Miré a la Cónsul. No asintió con la cabeza, ni pestañeó, ni hizo nada tan obvio, pero algo se movía detrás de sus ojos. Realmente esperaba que estuviera leyendo bien sus ojos, porque si no era así, estaba acabada.

Saqué el Códice de debajo de mi corpiño y los ojos de Apolo inmediatamente se quedaron fijos en él. Un último juego. Una última oportunidad. Porque, después de todo, no lo necesitaba. Conocía al autor. Y realmente me debía una.

—Jesse —dije a secas—, haz eso que tú sabes.

—¿Qué? —Sus ojos apenas se habían apartado de su madre en todo momento. No

sabía cuánto había entendido, pero no necesitaba que él entendiera nada. Simplemente necesitaba que hiciera lo que él sabía hacer mejor.

—Achichárralo —le dije.

—No puedes evitar el destino. ¡Herófila! —gruñó Apolo—. El Círculo se está debilitando, fracturándose desde dentro. Y cuando caiga, ¡el hechizo caerá con él! ¡No elijas la parte perdedora!

—No lo estoy haciendo. —Arrojé el Códice al aire. El tiempo pareció ir más despacio cuando se giró una vez, dos veces... luego una nube de fuego más gruesa que mi pierna lo atrapó antes de que incluso llegara a lo alto de su arco. Cuando desaparecieron las llamas, no quedaba suficiente para hacer cenizas—. Y me llamo Cassandra.

—Puede que hayas hecho bien en recordar el destino de tu tocaya, Cassandra —dijo de pronto, mientras dos magos de la oscuridad se dirigían hacia mí.

Y los vampiros simplemente se quedaron allí de pie. Intenté transportarme con Jesse, pero estaba demasiado cansada y no ocurrió nada. Al menos, nada normal.

Una burbuja se formó de la nada y se balanceaba fuera del alcance, pesada y extrañamente gruesa, deformando la habitación en su superficie reflectora. Y luego, hubo otra, más pequeña que la primera y por un momento las dos estuvieron saltando como globos de helio, colisionando, subiendo y moviéndose sin rumbo. Hasta que la más grande se dirigió hacia el mago más alto.

En lugar de saltar, se quedó pegada a su brazo extendido, arrastrándose por la piel de su abrigo como melaza. Y a pesar de mi terror, parecía que no podía apartar la vista. Porque la manga debajo de la burbuja estaba cambiando.

La piel se volvió más oscura y más dura, y empezó a agrietarse; el mago comenzó a chillar mientras la manga, se desempolvaba como la cubierta de uno de los antiguos libros de Pritkin. Se escamó y se rompió en trocitos hasta que pude ver el interior del brazo. Solo que me di cuenta, cuando el mago se separó de mí, de que ya no era un brazo. Dejó atrás los restos andrajosos de la manga y la mano que sujetaba con fuerza mi muñeca ahora no era nada más que una colección de huesos bajo piel marrón y fina como papel.

Retrocedí con miedo y los huesos se cayeron, golpeando el suelo con un ruido metálico seco. Levanté la vista y vi al mago mirándome fijamente, una mirada de horror en su cara mientras envejecía décadas en tan solo unos segundos. Me quedé sin aliento, me di cuenta de lo que estaba pasando incluso antes de que una sustancia clara, casi transparente se desvaneciera. Se transformó en una burbuja que flotó unos pocos pasos antes de estallar y desaparecer. Lo que quedaba de su cuerpo se desplomó como un globo deshinchado.

Lo miré fijamente, recordando los magos muertos en la lucha con Mircea hacía dos semanas. Pensaba que habían sido golpeados por fuego amigo, por un hechizo

descontrolado. Parecía que después de todo no había sido tan amistoso.

—Veo que alguien te ha dado algunas lecciones. —Apolo estaba enfurecido—. La traidora de Agnes tuvo que haber pasado más tiempo contigo del que yo creía. No importa, no puedes vencerlos a todos. —Y la fila completa de magos se lanzó hacia mí.

Observé cómo se acercaban con ojos agotados y confusos. ¿De todas formas, qué había sido eso? ¿Una manera de acelerar el tiempo dentro de un área pequeña? No lo sabía, pero estaba segura de una cosa: no podía volver a hacerlo. Si no hubiera estado apoyada en Jesse, ya me hubiera caído al suelo.

Pero los magos no me alcanzaron esta vez. Los que estaban en la primera fila, seis en total, se encontraron con una tormenta de arena aguda que surgió de la nada y se concentraba solo en sus cuerpos. Estaban cubiertos de torbellinos, arena que bailó durante quizá veinte segundos y cuando se disipó, las únicas cosas que quedaban se cayeron al suelo: huesos y armas de metal. El resto de los magos se encontraron con vampiros enfadados, la mitad de ellos miembros del Senado y comenzó la lucha.

Agarré con fuerza a Jesse y miré fijamente a la Cónsul.

—¡Ya tardaste!

—Si vamos a ser aliadas, tenía que estar segura de que eres lo bastante fuerte para ser alguien valioso —contestó serenamente—. Supongo que tienes memorizado el hechizo que rompe el *geis*, ¿no?

—Sé quien lo tiene —le contesté.

—¿Y esa persona quién es?

—El mago Pritkin. Yo... se lo dije a él.

Arqueó una ceja, pero no me dijo nada acerca de la mentira tan obvia.

—Entonces, será mejor que corras. Estaba luchando contra otro mago en el vestíbulo hace un rato. No creo que estuviera ganando.

Me dirigí a las escaleras pero me llamó el llanto de Jesse.

—¿Y qué pasa con mamá?

Miré a la Cónsul.

—Si vamos a ser aliadas, creo que deberías confiar en mí.

Me miró durante un largo minuto, luego soltó a Tami.

—No me decepciones, pitia.

El tono fue amenazador, pero era la primera vez que ella había usado mi título. En conjunto, decidí que era un paso positivo. Recogí mis enaguas y salí corriendo.

Me desperté en una cama desconocida en una habitación lujosa pintada de un azul claro pero apagado. Las cortinas estaban fuertemente cerradas, así que me imaginé que fuera era de día, porque había un vampiro sentado a mi lado.

—Te diste contra la pared —dijo Sal, levantando la vista mientras se limaba las uñas—. Fue realmente vergonzoso.

Me puse derecha e inmediatamente me arrepentí. Me dolía todo.

—No fue así.

—Sí, sí que lo fue. ¡Plaf! Y te desmayaste, y no es que precisamente la tuvieras muy cerca.

Me toqué la cabeza y, sin duda, había una herida grande y gruesa.

—Me siento como una mierda.

—Tienes un aspecto aún peor. El lado bueno es que ganamos la batalla. Y lo que hiciste con esos dos magos estuvo muy bien.

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Que gané?

—Sí, más o menos. —Puso algo duro y frío sobre mi pecho—. Una niña pequeña dejó esto aquí para ti. Me dijo que te dijera que tu collar está hechizado.

Cerré el puño con ese peso familiar dentro y sentí la corta chispa de energía que me decía que Billy estaba por allí, absorbiendo energía.

—Lo sé —le dije llena de lágrimas—. ¿Entonces, todos los niños están bien?

—Supongo. —Sal hizo una mueca—. Parece que hay un montón de niños por aquí

—¿Y Françoise, Radella y...?

—Oye, ¿qué te crees que soy? ¿Las noticias de las tres? Pregúntale al mago si quieres saber algo.

—¡Pritkin! ¿Cómo está...?

—Está bien. Después de que tú te cayeras en picado, la Cónsul envió a Marlowe para que fueras a buscarlo. Resulta que no le hizo falta ayuda. Ya había matado a aquel tipo.

Tragué saliva y me eché hacia atrás. Nick. Se refería a Nick. Y Pritkin había tenido que matarlo porque yo había sido lo bastante estúpida como para darle a Nick las respuestas a todos sus sueños. O, al menos, seguramente él pensaba que era así. Recordé su cara cuando me había dicho que el Códice era la clave para el máximo poder. Una pena que no hubiera entendido que el poder no venía hacia nosotros.

—Necesito verlo —le dije a Sal.

—Bien. —Se levantó y se estiró. Y su mono me dijo que era una maldita pesada en letras grandes púrpuras—. Porque la verdad es que me está empezando a poner de

muy mala leche.

—¿Está aquí?

Sal puso los ojos en blanco.

—¡Claro! Y no sé cómo puedes aguantarlo.

—Al final te acaba gustando.

—Oh, oh. —No parecía convencida—. ¡Ah! Y otra cosa. —Le dio un golpecito con una uña muy larga a una caja negra que había al lado de la cama—. La Cónsul dejó esto para ti. Y está empezando a irritarse.

Casi le pregunté lo que era antes de que me acordara: Mircea. Sal tenía razón. Aún no estaba lista. Probablemente hubiéramos ganado la batalla, pero aún tenía que luchar mi guerra personal.

Asentí con la cabeza y Sal se fue, o intentó irse. Apenas había abierto la puerta, se encontró a Pritkin irrumpiendo en la habitación. No parecía que se hubiera bañado ni cambiado, pero, de nuevo, su pelo era una entidad independiente.

—¡Me dijeron que lo destruiste!

—Estoy bien —dije, comprobando debajo de la manta que llevaba algo puesto. Y sí, era así, pero era una camiseta y los pantalones de un chándal, no el vestido de noche destrozado. Volví a ponerme derecha—. Gracias por preguntar.

Pritkin hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Hablé con el médico que te atendió antes. Sabía que estabas bien. ¿Lo destruiste?

—Sí.

—¿Completamente?

Suspiré.

—No, dejé los pedacitos más importantes. Sí, ¡completamente! No quedaba mucho más que ceniza después de que Jesse le prendiera fuego. Relájate. Ya se acabó.

—Nunca se acabará. Podría volver otra pitia, encontrarlo de nuevo...

Me eché a reír, pero paré porque me dolía.

—Claro, ¡ha sido tan fácil...!

—Podría pasar —dijo con tozudez.

—Y todo lo que puedo decir es que le deseo mucha suerte a la pitia. La necesitará. —Lo miré de una manera más seria—. Me gustaría hacerte una pregunta y me gustaría que fueras sincero para variar.

—Quieres saber por qué oculté la verdad.

—Esa sería una de ellas. ¿Por qué no me dijiste simplemente lo que estaba pasando?

Me miró incrédulo.

—¿Qué razones tenía para suponer que elegirías ponerte del lado del Círculo en

lugar del de Apolo? Él podría haberte dado todo: seguridad, el conocimiento que tú necesitas acerca de tu poder, salud... mientras que el Círculo...

—Ha estado intentando matarme con todas sus fuerzas. —Me llevó un momento procesar esa información. No me gustaba admitirlo, pero podía entender sus argumentos. Con tanto en juego, incluso si él hubiera querido matarme, no se podría haber arriesgado. No estaba segura si él correría ese riesgo.

—Temían lo que una pitia inexperta podía hacer —continuó—, teniendo en cuenta lo que Myra ya había hecho. Fue educada sabiendo lo peligrosa que era esa criatura, la advirtieron de eso, aunque ella obedecía sus órdenes. Como muchos otros hubieran hecho.

—Eso explica todo —coincidí—. He estado preguntándome por qué Tony, que define bastante bien la paranoia, se uniría a una rebelión peligrosa. Pero supongo que no pensó que sería demasiado arriesgado con un dios de su parte.

—Eso fue lo que el Círculo supuso que tú pensarías. Y cuando sus intentos para eliminarte fallaron, estuvieron incluso más seguros de que tú te pondrías contra ellos tan pronto como te dieras cuenta de que tenías un aliado así. —Me miró con curiosidad—. Para serte sincero, no estoy del todo seguro de por qué no lo hiciste.

Le lancé una mirada.

—He leído las antiguas leyendas, bueno, al menos parte de ellas. Es bastante para suponer cómo serían las cosas con su grupo otra vez aquí.

—¿Eso es todo? —Pritkin parecía escéptico—. Porque tú hubieras sido su preferida, su consentida, una...

—Esclava —acabé a secas—. Hubiera sido su esclava. —Ya había tenido un maestro y eso había sido más que suficiente—. Dije que nadie volvería a controlarme nunca más como Tony lo hizo. Y lo dije en serio.

Pritkin apretó la mandíbula.

—Ese tipo de poder sería muy atractivo para muchos otros, independientemente del precio que tuvieran que pagar por él.

—Siento lo de Nick, le dije, sabiendo lo que tenía que estar pensando.

No hizo nada, pero sus ojos se oscurecieron.

—Fue necesario —dijo con sequedad—. Él había visto el hechizo; se lo podría haber dicho a los demás.

—Él se lo hubiera dicho a los demás. Se pasó media hora contándome lo que no estaba bien en el Círculo, diciéndome que era un gran desastre burocrático que simplemente necesitaba una mano firme que lo enderezara. Me imagino que se refería a su mano.

—Estaba sacándote información, intentando descubrir si tú apoyarías su puesto.

—Sí, pero no pareció alegrarse mucho cuando me reí de él.

Pritkin me observó durante un largo momento.

—Eres una persona muy poco corriente... Lady Cassandra.

Parpadeé, segura durante un momento de que no había escuchado bien.

—¿Qué me has llamado?

—Creo que has escogido un nuevo título en el reinado.

—Sí, ¿pero desde cuándo lo utilizas?

—Desde que te lo has ganado.

—Junto con un montón de enemigos. —Ahora mi lista de problemas incluía a un señor de los demonios enfadado, al rey de los duendes oscuros que seguía esperando impacientemente el Códice y a un dios enojado. Para evitar que el último de estos volviera a convertir la raza humana en su juguete, tenía que proteger el Círculo Plateado de la aniquilación, aunque se estuvieran enfrentando a una guerra con sus aliados y aun ellos mismos me quisieran muerta. Y, ¡ah, sí! Estaba en el último sitio donde quería estar, aliada con el Senado en medio de la lucha.

—Un riesgo del oficio. —Pritkin se encogió de hombros—. Hubo muchos que no se preocuparon de Lady Phemonoe.

Sí, como los que la habían asesinado.

—Una vez me dijo que o bien sería la mejor de nosotras o bien la peor —admití—. No supe lo que quiso decir durante mucho tiempo, pero creo que ahora lo sé: mi reinado verá el puesto finalmente bajo el control de la pitia en lugar de bajo el control del Círculo o algún otro ser antiguo, o me verá a mí y a todos los demás, convirtiéndonos en esclavos de esa criatura.

—Eso no ocurrirá.

Casi le señalo que había estado muy cerca de ocurrir, pero no me apetecía que empezáramos a pelearnos.

—Lo que en cierta forma nos lleva a otra cosa que quería preguntarte —le dije en lugar de eso—. El Círculo ahora mantiene el hechizo del uróburo, ¿verdad?

—Sí. El poder se extrae del Círculo de manera colectiva, ya que no hay ninguna posibilidad de que ningún mago solo pueda obtener una cosa así.

Eso era lo que me había estado temiendo.

—Vale, así que ¿cuántos golpes le quedan exactamente al Círculo antes de que ya no puedan seguir manteniendo el hechizo?

—No lo sé.

—Una estimación.

—No puedo. Todo lo que puedo decirte es que cuando se hizo el hechizo, el Círculo era considerablemente más pequeño de lo que es ahora. Es de suponer que tenemos algo de margen antes de que se alcance un punto de crisis. Pero cuando la guerra se caliente, habrá víctimas. Y cada pérdida se hará de manera progresiva más peligrosa.

—Porque podría ser la que haga volver a los antiguos dioses.

—¡No son dioses! Son fuertes, pero sobre todo porque su magia es tan distinta a la nuestra que es difícil de contraatacar. ¡Y sin duda alguna, no hay nada de divino en su comportamiento! Seres mezquinos, arrogantes y crueles sin un ápice de...

—Lo que yo digo —dije, levantando la voz— es que si el Círculo se debilita demasiado, el hechizo se rompe. Entonces, ¿cómo podemos evitar que eso ocurra? Es un poco difícil salvar las vidas de un grupo de gente ¡que aún están intentando matarme!

Pritkin se pasó una mano por el pelo agitadamente.

—¡Soy muy consciente de eso! Tenemos que lograr algún tipo de acercamiento. Si seguimos luchando contra nosotros mismos, nuestros enemigos tendrán una ventaja definitiva.

—E incluso si ganamos la guerra, si el Círculo se debilita lo basta como para que el hechizo se rompa...

—Entonces habremos perdido de todas formas. —Pritkin acabó la frase por mí con gravedad.

—¿Cómo sugerirías que comenzáramos? El Círculo me odia.

—No lo sé. Con su líder actual... No lo sé —repitió—. No será fácil. Pero sobre todo, tienes que demostrarles que no eres una marioneta de los vampiros. Ya sé que ese no es el caso —dijo, anticipándose a mi protesta—, pero es lo que parece. Vives aquí, rodeada de vampiros, llevas la marca de Mircea, estás unida a él por el *geis*...

—Acerca de esto último; me imagino que me vas a ayudar a romperlo, ¿no?

Hubo un alboroto en la parte de afuera, luego la puerta se abrió de un portazo y Casanova entró corriendo. Intentó quitarse las manos de Sal de encima.

—¡Suéltame, mujer!

—¿Qué más he hecho? —preguntó Pritkin incrédulo—. ¿Qué más quieres que haga?

Casanova me miró.

—¿Ya te encuentras mejor, eh? —No parecía preocupado. Sonaba más bien enfadado.

—No, la verdad es que no. —Miré a Pritkin—. Pues que lances el hechizo.

—Bien —castañeteó Casanova—, porque gracias a ti, ¡yo tampoco estoy mejor!

—¿Qué hechizo? —preguntó Pritkin confuso.

—¡El que elimina el *geis*! —le dije impacientemente—. Tenía que destruir el Códice, ¿no te acuerdas? Yo no lo tengo, pero tú sí, así que no importa.

—¿Estás prestando atención? —preguntó Casanova.

—Quizá cuando dejes de insultarme, pensaré en ello —le dije.

—Porque Françoise no hará nada con esas mujeres y la duendecilla no hará nada por nadie hasta que no consiga una runa de la que no para de hablar con entusiasmo y ¡alguien tiene que hacer algo!

—¿Qué mujeres?

—Eso ya lo hemos intentado —dijo Pritkin, comenzando a parecer muy preocupado.

—¡Las Grayas! —dijo Casanova, alzando las manos—. Ayudaron a Françoise a sacar a los niños de aquí; yo personalmente creo que simplemente les gusta matar a los demonios o a cualquier cosa que se quede quieta el tiempo suficiente, y ahora ella ni siquiera intenta atraparlas. ¡Ahora mismo están las tres en la parte de abajo! ¡Juntas! Si te das prisa...

—¿Intentado el qué? —le pregunté a Pritkin.

—El contrahechizo. Te lo lancé en Francia. Dos veces.

Lo miré fijamente, me olvidé por un momento de Casanova.

—Eso fue una farsa. No funcionó.

—No funcionó —coincidió—, pero no fue ninguna farsa.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Te estoy diciendo que ahora mismo están las tres juntas! —dijo Casanova iracundo—. ¿Quién sabe cuándo vamos a volver a tener esta oportunidad? ¡Levántate y baja y haz que esa bruja entre en razón!

Miré fijamente a Pritkin.

—Tiene que funcionar. ¡Ya hemos probado con todo lo demás!

Él simplemente sacudió la cabeza.

—Te lo lancé no sólo en Francia, sino también aquí, en nuestra época. No funcionó. Por eso es por lo que he estado buscando una alternativa.

—¿Y bien? —preguntó Casanova.

—¿Y? —le pregunté a Pritkin frenéticamente.

—Nada. No entiendo por qué el *geis* se está comportando de esta manera. No debería seguir aquí, pero está.

—¿Al menos me estáis escuchando? —gritó Casanova.

—¡Sí! —reventé—. Las Grayas están en la parte de abajo, las tres juntas y quieres que las atrape antes de que... —Me detuve, mirándolo fijamente.

—Sí, así que vamos. —Me levantó bruscamente.

—Exactamente lo que estaba pensando —dije, cogiendo la trampa de Mircea y la mano de Pritkin.

—¿A dónde vamos? —preguntó Pritkin, confuso.

—¡A terminar con esto!

Reaparecimos en la habitación de Mircea en la MAGIA, dos semanas antes, justo después de que lo dejara tras nuestra estancia en París. Me había concentrado en él en lugar de en un sitio cuando me transporté, porque no habría estado segura de dónde estaría. Pero no había contado con cogerle saliendo de la ducha.

—*Dulceață*. Umm, siempre es un placer verte —dijo, quitándose la toalla

inconscientemente. Miró a Pritkin—. ¿Por qué? —preguntó, obviamente dolido.

—No está aquí para luchar. Necesitamos lanzarte un hechizo —le dije rápidamente y luego me di cuenta que a lo mejor debería haberlo explicado un poco más.

Bajo un montón de mechones castaños húmedos, una ceja se levantó formando un arco sardónico.

—Tú no sabes de magia, Cassie. Por lo tanto supongo que lo que quieres decir es que él necesita lanzarme un hechizo.

Uau. Menos de treinta segundos y ya estábamos en la fase de Cassie. Me pregunté cuánto pasaría antes de que llegáramos ala de Cassandra. Antes de que pudiera decir nada, cuatro vampiros grandes irrumpieron en la habitación, con pistolas en las manos y con cara de pocos amigos. Se detuvieron dentro del baño y se quedaron allí, mirándonos inexpresivos a Mircea, luego a Pritkin y después a mí.

Pritkin sacó una pistola, pero Mircea no reaccionó; lo único que hizo fue ponerse una toalla alrededor de la cintura.

—¿Sí? —preguntó amablemente.

—Los guardias —dijo uno de los vampiros, con un poco de torpeza. Era más alto y tenía más musculatura que los otros, pero a juzgar por la energía que despedía, seguramente era el más joven—. Nos indicaron que había intrusos. —Frunció el ceño y fijó sus ojos en el arma de Pritkin.

—Se han equivocado —dijo Mircea suavemente, como si nosotros nos estuviéramos allí.

Tres de los vampiros inmediatamente hicieron una reverencia.

—Nuestras disculpas, milord —murmuró uno de ellos de manera formal—. Haré que los guardias comprueben antes de que se vuelvan a presentar informes erróneos. Aunque eso podría llevar una hora más o menos.

—Compruebe que puede hacerlo.

—Sí, señor.

Tres de los vampiros se dirigieron ala puerta, Pero el más grande dudó.

—Milord, con todo respeto, la Cónsul dijo que cualquier persona no registrada debería ser detenida y se le debería comunicar inmediatamente...

—Pero aquí no hay ninguna persona —repitió Mircea.

—¡Milord! —Pasó rápidamente su arma para señalar al mago de la guerra con el ceño fruncido y la clarividente a la que habían pegado una paliza que en ese momento estaban apiñados en el baño de Mircea—. Están justo ahí...

—¿Tú ves a alguien? —le preguntó Mircea a uno de los guardias.

—¡No señor! —contestó, mirándome fijamente.

—¡Deben haber hecho algo para confundiros! Sí, claro, hay dos magos...

Mircea hizo un pequeño gesto y el vampiro dejó de hablar de repente. Su mirada

pasó rápidamente en mi dirección, pero parecía que ya no podía encontrarme.

—Pero... ¡había gente aquí! —Mircea arqueó una ceja y los compañeros del vampiro lo arrastraron fuera de la habitación.

Miré fijamente a la puerta, preocupada.

—¿Volverán?

—No, pero tendrán que informar de esto, en una hora más o menos. Supongo que lo que tenéis que hacer no llevará más de una hora, ¿no? Porque si no es así, entonces tendré que hacer más preparativos.

—No estoy del todo segura de cuánto tiempo nos va a llevar —le dije torpemente. Eso simplemente dependía de lo difícil que fuera, entre otras cosas—. Es... *uff*... un poco complicado.

De repente se echó a reír y me hizo una seña para que le precediera hasta la habitación.

—Contigo, ¿cuándo es alguna vez de otra forma?

Como el baño, las zonas exteriores de la habitación estaban alumbradas con velas, no con electricidad. Recordaba por qué: esa fue la noche que la guerra había comenzado, al menos oficialmente, la noche en que atacaron a la MAGIA. Los guardias grandes estaban despiertos y ellos no juegan con la electricidad. No obstante, la tenue luz no me impidió verla mirada curiosa de Mircea.

Suspiré y miré a Pritkin, que se había sentado en la silla que Tami había ocupado después. Se encogió de hombros de forma poco servicial. Ya habíamos pasado por esto antes, y no habría manera de que Mircea fuera a aceptar sin ningún tipo de explicación, pero no tenía que gustarme.

—Es una larga historia —dije rápidamente, antes de que perdiera los nervios—, pero básicamente hubo un accidente con la línea del tiempo y el *geis* se duplicó. Y luego comenzó a crecer o a transformarse o lo que sea, y yo me estaba volviendo loca hasta que heredé el poder de la pitia. Me indultó, pero tú acabaste medio loco y, bueno, aquí metido. —Extendí la caja negra—. La Cónsul ordenó que la cerraran para que tú no te volvieras loco ni nada parecido.

—¿Básicamente? —repitió Mircea a secas.

—Bueno, sí, más o menos, pero creo que sé por qué no funcionó el contrahechizo. Porque lanzaron el *geis* a dos Mircea distintos: uno en la línea del tiempo actual y el otro en el pasado. Pero, dado que solo uno de ellos está presente siempre que intentamos lanzar el hechizo, este no cree que estés aquí. Por decirlo de algún modo.

—¿Disculpa?

—Es como con las Grayas —le expliqué impacientemente—. Por accidente las liberé y hemos intentado atraparlas desde entonces. Sólo que parece que se registran como una sola persona en lo que concierne a cualquier magia que se utilice sobre

ellas. Así que simplemente se aseguran de no estar siempre juntas, y así podemos estar lanzando el hechizo todo el día, pero no pasa nada.

—A ver si lo entiendo —dijo Mircea, poniéndose otro de los pequeños regalos de Ming-de—. Crees que el *geis* ve mis dos yo como una sola persona.

—Porque es así.

—Pero, dado que yo tenía el hechizo en dos líneas de tiempo separadas, si sólo se encuentra con un yo, no me ve como una persona completa, y por lo tanto no funciona, ¿es así?

—Eso es. Tenemos que estar todos presentes a la vez: Tus dos yo y yo misma, porque yo solo lo tuve una vez, pero tú dos. Una vez por el mago que inició el hechizo y otra por mí. Al menos, espero estar en lo cierto, porque si necesitamos otra yo, entonces esto se va a complicar de verdad,

—¿Se va a qué? —murmuró Pritkin.

—Entonces por eso fue por lo que en París tu vestido no me hizo ningún daño —meditó Mircea, ignorando a Pritkin—. Porque unidos como estábamos por el *geis*, nos veía como a uno solo. Y por supuesto, no dañaría a su dueño.

—Bueno, a dos terceras partes de su dueño, pero sí, así es.

—¿Estoy ahí dentro, verdad? —Mircea se puso los gemelos de ónice en los puños de la camisa francesa y miró la caja escéptico.

—Podemos sacarte —le dije indecisa—, pero no creo... es que... no estoy segura de cómo vas a reaccionar. Marlowe dijo que no podría controlarte al final...

—¿Podemos empezar con esto? —preguntó Pritkin.

Mircea lo ignoró, pero me miró con el ceño fruncido.

—¿No te ha engañado nunca el mago? A lo mejor es un intento de entrar en esta habitación, pasar la seguridad y asesinarme en una posición vulnerable, ¿no?

—¿Los magos hacen eso a menudo? —pregunté, sorprendida.

—Unos cuantos de la oscuridad lo han intentado. Después de lo que le pasó al último, me indultaron durante unos años. —Observó a Pritkin—. Pero a lo mejor ha olvidado la lección y se le tiene que volver a enseñar.

Pritkin saltó de la silla.

—Si tuviera alguna intención de hacerte daño, ¡ya hubiera tenido tiempo suficiente para haberlo hecho!

Mircea dejó al descubierto sus dientes, y no había forma de que eso se pareciera a una sonrisa.

—Tienes la libertad de hacerlo.

Me contuve para no lanzar algo, pero estuve a punto. Ya sabía que el haber traído a Pritkin no había sido una buena idea, pero después del desastre con Nick, no me atrevía a confiar en nadie más. Sin mencionar que él era el único que sabía el hechizo. Tenía que ser él y tenía que ser ahora.

—Para ser te sincera, no sé cuánto tiempo te queda —le dije a Mircea tranquilamente—. Si no hacemos nada, el hechizo seguirá su curso y morirás de todas formas.

—El hechizo nunca se diseñó para matar —reprobó—. No en su permutación más salvaje.

—No, ¡pero puede volver a uno loco! Y luego la Cónsul ya se encargaría de matarte.

Mircea se detuvo, sus ojos se deslizaron a la trampa. La miró durante un momento, sin ninguna expresión en su cara. Supongo que tenía que ser un poco raro, bueno, muy raro, imaginarte a ti mismo atrapado allí dentro y estar sentado justo al lado.

—El Senado tiene muchos expertos a su disposición. Seguramente puedan encontrar una solución.

—Eso ya lo hemos intentado. ¿Crees que la Cónsul te tendría aprisionado ahí dentro si hubiera otra alternativa?

—Pero, ¿este contrahechizo no eliminaría el *geis* en mí, así como el de tu Mircea? ¿Y por lo tanto cambiaría el tiempo?

—No, creemos que no es así. —Era una de las cosas que le había preguntado a Pritkin antes de irnos—. Se nos va a lanzar a los tres, para romper la unión que todos compartimos. Pero no puede afectar a nadie que no esté aquí, lo que incluye a la Cassie de esta época. Así que tu unión con ella permanecerá, y seguirá su curso.

—Y conducirá a un montón de problemas.

—Eso me temo. Pero no tenemos otra opción, no si quieres que la línea del tiempo presente continúe.

—La línea del tiempo en la que tú eres pitia. —No contesté, pero no tuve que hacerlo. Mircea había sabido desde la batalla en el Dante que su loca apuesta había saldado una deuda. Me miró pensativo durante un momento, pero luego sus ojos se movieron hasta Pritkin y su expresión se volvió indiferente—. Sé que crees que estás actuando para conseguir lo mejor, *dulceață*, pero no sabes quiénes son tus enemigos...

Pritkin maldijo y antes de que pudiera detenerlo, dijo algo en un lenguaje bajo y gutural que me sonaba horriblemente familiar. Antes de que pudiera parpadear, antes incluso de que pudiera acabar de hablar, Mircea lo había puesto contra la pared, con un puño en su camiseta y una mirada asesina.

—¡Mircea! ¡No! —Le cogí el brazo que tenía libre—. ¡Pensaba que íbamos a esperar hasta que él estuviera de acuerdo! —le dije a Pritkin furiosa.

—Él nunca hubiera estado de acuerdo —me soltó—, y de todas formas, tampoco importa.

—¿Qué no importa? ¡Pudo matarte! —Lanzar un hechizo a un vampiro sin su

permiso se consideraba tan estúpido que ni siquiera había una ley contra eso. No había necesidad para eso; la mayoría de los que lo habían intentado no habían vivido lo bastante para llegar a un juicio.

—No lo entiendes. El *geis*...

—¿Qué le pasa?

Parecía que Pritkin se había tragado un puñado de clavos.

—¿No lo sientes? El hechizo no funcionó. ¡El *geis* sigue aquí!

—¡Eso es imposible! ¡Dijiste que...!

—Dije que tu teoría parecía plausible si el hechizo no se hubiera transformado en algo nuevo. Es obvio que lo ha hecho. En los cien años desde que se lo pusiste al vampiro, ha tenido tiempo más que suficiente para crecer, cambiar y convertirse en un hechizo nuevo; y la consecuencia ahora es que el contrahechizo no funciona. ¡Porque el hechizo estaba diseñado para contrarrestar lo que ya no existe!

—¿Me estás diciendo que hemos pasado por todo esto para nada? ¿Qué de todas formas nos vamos a morir?

—No para nada. En el proceso descubrimos... —miró a Mircea y dudó— muchas cosas interesantes.

Y, sí, podía ser verdad, pero sabiendo lo que realmente estaba tras la guerra no me ayudaría mucho si no estaba viva para combatirlo.

—¡Eso no me ayuda!

—Te dije todo el tiempo que dudaba que el hechizo pudiera funcionar —me informó, en un tono que hizo que me apeteciera darle un puñetazo más que nunca.

Estaba a punto de devolverle una respuesta mordaz, cuando de repente me acordé de algo. Él había dicho eso, pero también había dicho algo más. Algo que se me había olvidado por lo obsesionada que había estado con el Códice. Había otra manera de romper el *geis*, una que Mircea había integrado en el propio hechizo.

Mi corazón se aceleró mientras la idea pasaba por mi cabeza. Los tres componentes del *geis* estábamos aquí ahora: los dos Mircea y yo. El contrahechizo no funcionó, pero fue porque el hechizo original había cambiado de forma, no porque mi teoría hubiera estado equivocada, pero Pritkin había dicho que el seguro antifallos era parte del *geis* y que eso se transformaría también. Así que el seguro antifallos debería funcionar.

—Podría haber una alternativa —dije lentamente.

—¿Qué alternativa? —preguntó Pritkin.

Miré a Mircea.

—¿Te acuerdas cuando tenías el lanzamiento del hechizo original? Hiciste que un mago le pusiera una cláusula de excepción.

—Una de seguridad, sí. Todas las personas con las que hablé me aconsejaron que lo hiciera. Es una precaución común, ya que el *dutchrecht geis* es famoso por... —Mircea dejó de hablar, se veía el entendimiento en sus ojos, seguido inmediatamente por un brillo resistente—. *Dulceață* —comenzó en señal de aviso.

—No funcionó con Tomas —le dije, hablando rápidamente antes de que cambiara de opinión—, porque era un sustituto, pero solo de uno de nosotros. Y justo como el

contrahechizo, la seguridad sólo funcionará si los dos tú participan.

—Cassie...

—¡Tienes que estar volviéndote loca! —interrumpió Pritkin—. Si no sale bien, acabarás unida a él para siempre.

—Eso no pasará.

—¡Eso no lo sabes! ¡No se puede decir lo que puede ocurrir con un hechizo que se le ha dejado que se las arregle sólo durante tanto tiempo! —Mircea no había hablado, no se había movido. Pero de repente allí estaban los guardias de seguridad—. Supongo que solo requiere al maestro adecuado para que tú te des por vencida, ¿no? —Pritkin se burló mientras comenzaron a llevárselo en brazos de la habitación—. ¡Creciste como un pequeño perro faldero de un vampiro; debería haber pensado que preferirías no morir de esa manera!

La puerta se cerró de un portazo, aunque aún podía oírlo despotricando mientras lo arrastraban por el pasillo.

—No puedes hacerle daño. Tiene que volver conmigo.

—Sus órdenes son simplemente que lo detengan —dijo Mircea, mirándome de cerca—. Creía que preferías discutir esto en privado.

—Sí. Bueno. —Me detuve y mentalmente aparté las acusaciones de Pritkin. Tenía que concentrarme si quería que esto saliera bien. Si quería que Mircea entendiera—. Si he planeado esto bien, y estoy bastante segura de que es así porque hemos intentado todo lo demás, entonces... tiene que ser con todos nosotros. La seguridad nunca fue una entidad independiente, pero estaba unida al *geis*. Así que cuando el *geis* se cambió, el seguro antifallos se cambió directamente con él. Eso es por lo que las medidas de seguridad incorporadas se utilizan con el *dutchrecht*. Porque aunque se descontrola, siempre lo contraatacarán.

—¿Qué tiene que ser con todos nosotros?

Entrecerré los ojos. Mircea sabía más de magia que yo, así que él me había seguido perfectamente. Tan solo quería que yo lo dijera.

Me detuve, segura durante un momento de que no podría decir esas palabras, que no podrían pasar por mi garganta.

—Esa cosa de sexo —dije impulsivamente—. Tiene que ser con todos nosotros. —Lo que fue absolutamente la cosa más impactante que nadie había dicho durante un buen rato antes de que Mircea sonriera.

—Ya sabes, cuando te dije que había disfrutado una amplia variedad de experiencias, no esperaba que tú te lo tomaras de una manera tan literal. —Comenzó a abrocharse los botones de la camisa. Supuse que por el hecho de que se estuviera vistiendo no tuve que haber sido tan clara como había pensado.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté—. Ya te lo he dicho, ¡tenemos que tener sexo ahora!

—No, creo que el término que utilizaste para el trío fue la cosa. —Mircea se puso la chaqueta del traje—. Admito que tengo algunas dudas acerca de las relaciones personales, pero hay una norma que intento mantener. —Se inclinó y me besó ligeramente la mejilla—. Si la señora no puede soportar decirlo —susurró—, no lo hacemos.

Lo empuje hacia atrás y lo miré, con las manos en las caderas, inmediatamente irritada.

—Nadie te obligó a que me lanzaras el *geis* —le dije, apretando un dedo en el pecho completamente vestido. El tejido suave y lujoso de seda china se encontró con mi mano, algo que no hizo que me pusiera contenta—. ¡Nadie te dijo que tener sexo era la condición para romperlo! He pasado por un infierno para imaginarme una manera de solucionar esto y ahora que la tengo, ¿estás jugando a hacerte el duro?

Si se estaba divirtiendo haciéndose el duro, parecía que esto todavía le estaba haciendo más gracia. Supongo que Sal tenía razón; yo no era muy dura.

—Tienes que admitir, *dulceață*, que tu historia no parece de algún modo...

—Desnúdate —le ordené.

Mircea se quedó allí de pie al lado del poste de la cama, levantando la ceja incrédulamente y lanzándome una mirada que claramente decía: «No me acabas de ordenar que me quite la ropa». Excepto que lo había hecho y levanté la barbilla obstinada en respuesta a su gesto. Muy despacio, se quitó la chaqueta y la soltó encima de la cama. Su mirada me retaba para que yo también me quitara algo.

Apoyé la cabeza en él. Bien. Después de la semana que había tenido, aquello no me parecía para nada un reto. Me eché hacia atrás y desabroché el broche que había en la parte de arriba de mi vestido. Sal se había negado a dejarme ir a visitar al maestro con mi chándal viejo y me había hecho apresuradamente un vestido. Con un tirón ya había desabrochado el vestido y la tela de satén se deslizó por mi cuerpo hasta que no quedó nada más que un charco azul helado alrededor de mis pies. Aún llevaba un conjunto de sujetador de satén sin tirantes y braguitas que había comprado para que hicieran juego con el vestido y un corsé blanco.

El corsé era una nota un poco discordante, pero no había tenido elección. Quien fuera el que me había remendado había hecho un buen trabajo, y un hechizo había cubierto la mayoría de los distintos cortes, heridas y marcas de zarpas. Pero el hecho seguía siendo que no me curaba como un vampiro.

Debajo del encaje y los jirones blancos había una fea cicatriz de seis centímetros de largo que habíamos temido que sangrara y que traspasara mi precioso vestido nuevo.

—Lo dices en serio. —Mircea tenía el ceño fruncido.

Extendí las manos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Es en serio! ¿Cuál es el problema?

Parecía lastimado, entre la exasperación y la incredulidad.

—¡Ya conoces el problema! Tú me lo explicaste. Y no tengo la intención de pasar el resto de mi vida unido a los deseos de una... —Se detuvo de repente.

—¿De una qué? —Sentí cómo me estaba poniendo de mal genio.

Rápidamente continuó:

—De una joven que, aunque es encantadora, sabe muy poco acerca de nuestro mundo.

—Estoy aprendiendo deprisa —le dije— y no me trates con condescendencia. — Estaba casi segura que la palabra que casi pronuncia era «niña». Y cualquier otra cosa de mí podía ser verdad, pero eso no lo era. No desde que tenía catorce años, cuando me escapé y conocí exactamente el tipo de mundo en el que vivía.

—Soñaría con ello —dijo, calmado—. Mucho más de lo que soñaría con completar este hechizo tan peligroso.

—¡No lo estamos completando! Dos de nosotros han hecho eso. La seguridad no hubiera funcionado si hubiéramos tenido sexo en Londres, porque no estábamos los tres allí. Pero aquí y ahora, anulará el *geis*.

—No puedes estar segura de eso.

—Quizá no. Pero puedo estar segura de que morirás si el *geis* no se rompe. ¿Preferirías eso a vivir bajo el poder de alguien?

—No sé qué decirte —contestó suavemente—. Nunca he tenido un maestro. Pero sí que me morí una vez, y que yo recuerde, no estuvo tan mal.

—¡Mircea!

—Cassie, ¿quieres escucharte? Esperas que yo me crea que hay otra versión de mí ahí dentro. —Movi6 la cabeza hacia donde estaba la trampa—. Y que los tres tenemos que copular para romper el *geis*, a pesar del hecho de que uno de nosotros posiblemente esté loco.

—¿Crees que te estoy mintiendo?

—Ya te he dicho lo que pienso: que te han engañado. Tienes que...

—No tengo que hacer nada. Soy pitia, lo que, en el caso de que se te haya olvidado, significa que soy superior a ti.

Mircea me cogió las manos que habían estado intentando desabrochar los botones de lazos de seda que servían de ojales en su camisa. Quería que se quitara ya esa puta camisa.

—¡Eres pitia porque nosotros te pusimos ahí!

De repente, le pegué un empujón. Acabó tumbado en la cama.

—*Dulceață*.

—¡Tengo el título porque me lo he ganado! Deja de suponer que soy la misma chica que dejaste en casa de Tony. No soy la misma.

—Los magos son traidores —dijo tenazmente—, y éste obviamente...

Le detuve poniendo un pie en el borde de la cama, entre sus piernas, mientras me balanceaba sobre el otro. No había pasado mucho tiempo en tacones de diez centímetros, así que no estaba segura de cuánto tiempo podría aguantar así.

—Quítatela —le ordené, empujando suavemente el interior de su muslo con la punta de mi zapato. Había dejado que Sal me convenciera para que me pusiera tacones de satén azul helado con una banda alrededor del tobillo y los dedos de los pies adornados con cristales en una forma de estrella radiante. Había pensado que eran demasiado, pero por alguna razón, no había parado de insistir en los zapatos.

—Qué bonito. Mucho más bonito que tu última elección de zapatos.

Empujé suavemente de nuevo y esta vez no fue en su muslo. Respiró hondo. Mircea podía fingir todo lo que él quisiera, pero al menos a una parte de él no le era completamente indiferente mi propuesta.

—Cassandra —comenzó, su tono era amenazador y yo contuve una sonrisa. Vale, ahora ya sabía que estaba llegando hacia él. El zapato continuó su trabajo, moviéndose en círculos que se hacían cada vez más grandes con cada movimiento; pasaba rozando pero no acababa de tocar. Sólo un poco de aliciente, aunque no parecía que necesitara mucho—. Es demasiado peligroso —me dijo tercamente—. Si no estás en lo cierto...

—No estoy equivocada.

—No lo sabes. Tú misma lo admitiste.

Volví a rozarle y él entrecerró sus ojos.

—Creía que la familia era en lo único en lo que se podía confiar. Así que confía en mí, Mircea.

No respondió, pero su mano se cerró lentamente alrededor de mi tobillo, luego bajó lentamente por el tacón hasta la punta. Acarició con su dedo la seda, arriba y abajo, hasta que empecé a sentirme un poco mareada. Estaba empezando a entender por qué Sal había insistido tanto en los zapatos.

—Te he dicho que te la quites —repetí. Ya podía sentir cómo mi pierna temblaba. Mircea se las apañó para desabrocharme con una mano la pequeña hebilla adornada alrededor de mi tobillo y me quitó el zapato. Luego sus labios se pusieron sobre mi pie. No era algo que hubiera esperado y me cogió desprevenida. La sensación de su lengua arrastrándose a lo largo de mi empeine fue bastante para que mis dedos se encogieran y me quedara sin respiración.

—¿Y qué pasa con el otro tú? —le pregunté, mientras mi cerebro aún podía formular frases.

—¿Qué pasa con él? —murmuró, antes de que sus dientes se cerraran en el talón. Lo mordió, una mordedura claramente suave, pero mi tobillo se dobló por la sensación. Temblé y me meneé y me tuve que coger al poste de la cama para mantener el equilibrio.

—Mierda —murmuré.

Mircea me sonrió, impenitente, y me echó en la cama a su lado.

—El mago no me insultó antes. ¿No te preguntas por qué?

Miré fijamente su preciosa cara. Estaba lo bastante cerca para besarle, pero no creo que eso fuera lo que él tenía en mente.

—Quiere ayudar.

—Quizá, pero ¿no puede ser igual de posible que él haya planeado una trampa?

—No tiene ningún motivo para hacerlo.

—La tensión ha estado creciendo entre nosotros y el Círculo Negro durante algún tiempo. No hay nada que les gustara más que atacar primero. ¿Y qué podía ser mejor que matar a un miembro del Senado y a la nueva pitia a la vez? Se aseguró de salir de la habitación...

—¡Porque tú lo echaste!

—Algo que podía haber anticipado fácilmente. Una vez que estamos solos, contaría con la curiosidad para obligarnos a abrir la caja, y por lo tanto, la trampa saltaría sobre nosotros. Y una vez que se activara la alarma general, él podría huir en medio de toda la confusión.

Y yo que pensaba que era una paranoica.

—Eso no es... —Me detuve porque ya no me estaba escuchando. Miró hacia arriba y, por un momento, su mirada estaba en otra parte.

—A los guardias les está resultando difícil encargarse del mago. Volveré en un momento. —Se bajó de la cama y se dirigió a la puerta.

—¡Mircea!

Me miró por encima del hombro, su cara estaba seria.

—No lo mataré Cassie. Pero tengo que saber la verdad sobre esto, sobre un montón de cosas. De una manera u otra.

Observé cómo se iba, preguntándome cómo era posible que las cosas se hubieran puesto tan feas así de rápido. Sabía que Mircea desconfiaba de los magos; todos los vampiros lo hacían, pero tontamente había supuesto que una situación de vida o muerte superaría eso. Y seguramente lo habría hecho si él hubiera creído que eso era a lo que nos estábamos enfrentando. Pero se había convencido a sí mismo de que Pritkin era un mago de la oscuridad asesino y yo era la crédula ingenua que él había engañado para que lo ayudara. Si necesitaba su cooperación, estaba perdida.

Para que el seguro antifallos se accionara, solo necesitaba dos componentes: proximidad y sexo. Estaba bastante segura que aún tenía lo anterior. Mircea no quería que nadie interfiriera en los asuntos familiares, así que era casi seguro que él cuestionara a Pritkin aquí, en su habitación. Por lo que había visto, era bastante cara, pero no era una casa muy grande, lo que significaba que estaban por aquí cerca.

Era la segunda parte de la ecuación la que era problemática. Había supuesto que

los tres teníamos que estar presentes y activamente involucrados para romper el *geis*, pero ¿y si no era así? Me mordí el labio furiosamente, intentando pensar en algo que alguien hubiera dicho que me pudiera dar una pista de una cosa o de otra, pero nada. Era una apuesta cincuenta a cincuenta: la proximidad a los dos Mircea y sexo con sólo uno de ellos rompería el *geis* o no. Y si me arriesgaba y jugaba, acabaría completando la misma atadura que había estado intentando evitar.

Billy me había aconsejado una vez que nunca jugara y apostara a menos que me pudiera permitir el perder. Pero si no apostaba ahora, perdería a Mircea, y no creo que pudiera vivir con eso.

Miré la caja que parecía inocente en la mesilla de noche y me pregunté si estaba loca. Marlowe no había sido capaz de controlarlo; la Cónsul se había asustado tanto que había ordenado que lo encerraran, y aquí estaba yo a punto de liberarlo. ¿Y si no me reconocía? ¿Y si sólo me veía como comida? Había visto lo rápido que podía alimentarse; estaría muerta antes de que alguien pudiera detenerlo.

Puedo transportarme si es demasiado para mí, me dije, esperando que fuera verdad. Sí, ¿y entonces qué? Si esto no funcionaba, ya no tenía ninguna idea más. Si esto no funcionaba... aparté el pensamiento como seriamente contraproducente y cogí la caja con cuidado.

Pritkin también me había dicho una vez algo más; el *geis* responde a los deseos más profundos del que lanza el hechizo. Y justo aquí, justo ahora, no había nada que Mircea y yo deseáramos más: que se fuera para siempre. Sólo esperaba que esto fuera suficiente. Coloqué la caja en el medio de la cama e inspiré hondo.

Y luego, dejé que saliera.

La figura de un hombre apareció de repente en la cama a mi lado. A primera vista, parecía que estaba dormido, hasta que miré de cerca y vi su cara, encima de la almohada y cubierta de dolor. Su mano agarraba a ciegas mi hombro, apretándome casi tan fuerte como su mandíbula, durante un largo minuto. Y luego, lentamente, dudosamente, casi como si se hubiera olvidado de cómo se hacía, se relajó.

Me di cuenta de que este hombre no era ninguna amenaza, llorando al parpadear mientras lo observaba. Apenas parecía saber dónde estaba. Intenté peinarle pasándole los dedos por su pelo, pero se me bloqueaban una y otra vez en todos los enredos.

—¿Mircea? —susurré.

Sus pestañas estaban legañosas y no abrió los ojos con el sonido de mi voz. Tampoco respondió, pero una mano vacilante correteó hasta mi cuello. Sus dedos se deslizaron a lo largo de mi nuca y se quedaron sobre el pulso de la yugular, justo sobre las dos pequeñas cicatrices que él me había hecho.

Le miré con los ojos llorosos y el corazón me iba tan rápido que parecía que estaba a punto de desmayarme. Luego, a ciegas, me agarró, haciendo esos ruidos desesperados y ahogados con su garganta que al final me di cuenta de que eran

palabras. Me estaba preguntando si estaba segura.

—Nunca he estado más segura —le dije ardientemente, y la decisión, de repente se hizo mucho más fácil. No podía dejar que se muriera. Todos los argumentos lógicos del mundo no cambiarían este hecho tan sencillo. Todo este tiempo, había estado luchando por su vida y no iba a perderlo ahora.

Fue fácil darle la vuelta con la mano sobre su pecho. Lo que no fue tan fácil fue ignorar el calor de su piel, los pezones duros sobre sus fuertes músculos o el latido de su corazón. Me gustaba la manera en la que contenía la respiración, el modo en el que su estómago se hundía bajo su caja torácica, cuando mis muslos tocaban sus costados.

No me estaba engañando a mí misma; sabía cómo iba a ser cualquier relación entre nosotros. Antes o después, Mircea haría algo imperdonable, seguramente por orden de la Cónsul. O yo exigiría algo y él no daría su brazo a torcer. Incluso aunque el Círculo no sospechara de nosotros, había un reloj que marcaba cada segundo que estábamos juntos, el sonido distante del tren que se acercaba. Sabía, siempre lo había sabido, que no podía quedarme con esto. Pero, por esta noche, podía tenerlo. Y lo quería todo.

Presioné la palma de mi mano contra él y me premió con un gemido áspero. Estaba recio e íntegro, con la punta sensible, irresistible. Aquí estaba más moreno, rosado y dorado, y era fascinante la manera en la que el rubor aumentaba bajo la presión de mis dedos, que se movían lentamente. Pasé mis labios por su costado, bebiendo profundamente de su olor tan familiar. Hacía que fuera más fácil acostumbrarme a la extrañeza de lo que estaba haciendo.

Lamí una línea lenta y larga desde el pie hasta la cabeza, dejando que mi lengua deambulara y se deslizara y sí, un jadeo me estimuló. Volví a hacerlo y sentí cómo temblaba encima de mí. No dudé después de eso. Necesitaba esto: el deslizamiento de su piel por mis labios, salada, agria y dulce en mi lengua.

Mircea me levantó antes de que hubiera acabado y juntó nuestros cuerpos; tenía la lengua, los dientes y los labios destrozados por marcas de mordeduras de semanas de tortura. Chilló cuando nos besamos, pero no creo que fuera de dolor. Me envolví en su cuerpo, lleno de músculos, la piel empapada de sudor y el pelo enredado, y sentí como comenzaba a penetrarme fuertemente. Una fuerza poderosa y brusca me tomó y se hundió más. Me moví hacia arriba, yo quería incluso más, y en un momento él estuvo tan adentro que ya no quedaba espacio entre nosotros.

Se detuvo durante un momento y los dos nos miramos fijamente el uno al otro; sus ojos por fin estaban abiertos de par en par, salvajes, doloridos y tan dorados que no podía ver nada de marrón en ellos. Cuando finalmente comenzó a moverse, no hubo cortos empujones de sus caderas, sino un diluvio imparable, los músculos de sus brazos y el poder de sus muslos reduciendo su cuerpo a una sola larga ondulación. Y, de repente, cada célula chillaba para acercarse más, para agarrarse

fuertemente alrededor de él en la carrera descendente, para vivir dentro su sabor y su olor, para sentir cada movimiento. Durante un momento fue casi como si estuviera poseída, sólo que parecía que iba en ambas direcciones. Alguna parte de mí susurraba a través de él con cada movimiento dentro de mi cuerpo, que a su vez aumentaba mi propio placer hasta que estuve segura de que moriría por ello.

—Perfecto —dijo entrecortadamente, antes de precipitarse a volver a besarme. Tenía la boca abierta, su lengua se hundía y me acariciaba al mismo tiempo que se movía dentro de mí.

Y de repente, fue demasiado duro, demasiado deprisa, demasiado. Mi respiración se rompió en jadeos chillones y rápidos cuando podía coger aire; mi cuerpo con espasmos mientras mi mente luchaba para aclarar todo. Pero era una sobrecarga sensorial completa, estaba clavada sin poder escapar, golpeada por cada movimiento energético, el dolor se mezclaba con el placer. Se movía encima de mí mientras gruñía en mi boca, mordiéndome los labios, diciendo lo mismo con su aliento, sus manos y su cuerpo: *¡Mía!* Lo susurraba a través de mí con cada empuje profundo. *Mía*. Cada empuje frenético de sus caderas, cada beso profundo y húmedo hacía eco de esa palabra. *Mía, mía*.

Y luego, aunque mi cuerpo pudiera soportarlo o no, de repente era incluso más. Entre una respiración y la siguiente, nos convertimos en una extensión de la pasión de cada uno de nosotros; de algún modo viviendo dentro de la piel del otro, era más como un cuerpo que dos. Su placer era como el mío, era mío. Tragó saliva y la sentí en mi garganta; se perdió con los movimientos al tenerme y yo sentí cada una de sus caricias.

Sus dedos acariciaban mis cicatrices con un estremecimiento interior profundo (*mía, mía*) antes de dejarlos caer a mis caderas, acariciando la suave redondez. Su mano estaba sobre mi pecho, y yo sentí mi propia piel tiritando a través de sus dedos, conocía la sensación de mi estremecimiento atravesando la espina dorsal de él, sentí su júbilo mientras mis músculos temblaban y luego se relajaban, entregándose completamente. El orgasmo fue tanto maravilloso como doloroso cuando finalmente llegó. Parecía como si estuviéramos rompiendo una barrera dentro del cuerpo de cada uno, adentrándose en lo más profundo, desgarrando el último atisbo de control. Empujaba una y otra vez, sin delicadeza, sin pensar, simplemente para esto: para llegar al éxtasis. Cada roce me quemaba, el placer que quemaba mis venas hacía eco en las suyas. No podía decir quién de los dos daba ese grito puro y balbuceante: *mío, mío, mío*.

Sin avisar, todo se desmoronó. Las sensaciones, el color, el calor, el placer eran tan intensos que me preocupaba el no volver a ser capaz nunca de recuperarme, era lo bastante intenso para que me doliera y me hiciera suplicarle que se detuviera, suplicarle que no se detuviera nunca. Seguía y seguía, las olas de placer al mismo

tiempo que los empujones cambiantes de Mircea se hacían más fuertes con las salvajes sacudidas que emanaban de mí, de él, de mí, hasta que ya no recordaba cómo respirar.

De repente se detuvo, y hubo una mirada extraña en sus ojos, sorprendidos y un poco rotos, aunque sobre todo asombrados. Yo también estaba bastante asombrada porque nunca había hecho que nadie tuviera esa mirada antes. Se quedó allí durante un largo momento, mirándome fijamente, antes de quitarse de encima y juntarse a mí; su pecho subía y bajaba notablemente mientras respiraba.

Puso la colcha sobre nosotros, formando un pequeño capullo caliente. Era fácil quedarse echada allí, mirando la vela más cercana y la cera cayéndose por la agarradera. Al final se apagó, dejando la habitación oscura, ensombrecida y extrañamente acogedora. Y fue mientras estábamos allí echados en un enredo de miembros, inseguros de dónde acababa un cuerpo y comenzaba el otro, cuando lo sentí. No fue nada dramático, nada extremo, solo un pequeño ruido seco. Pero de repente, volvía estar completamente dentro de mi propia piel.

El *geis* había desaparecido.

—*Dulceață*. —Mircea respiró. Y lo sentí en cuanto él dijo mi nombre, un zumbido uniforme y suave de algo que me reconocía y me aceptaba como si me hubiera conocido para siempre. Pero no era un hechizo. Era el modo en el que siempre me había sentido cuando estaba cerca de él, algo que había estado oculto por el *geis* y su calor constante y conmovedor, su hambre, desesperación y dolor. Esto era menos abrumador, pero más profundo, más persistente y dulce. Lo besé suavemente y su sabor fue fascinante, caliente, familiar y hogareño.

—¿Estás bien? —le pregunté, pero ya sabía la respuesta incluso antes de que sonriera levemente y abriera sus ojos. Las pestañas largas se sumergían sobre las mejillas demasiado marcadas, pero sentí la misma agitación ingrávida en mi estómago cuando esa mirada se encontró con la mía.

—Lo estaré.

En comparación con todos mis problemas, salvar la vida de un hombre no parecía un logro. Así, que ¿por qué estaba de repente sonriendo como una idiota? Quizá porque, ¿en algún sitio a lo largo de la vida, había aprendido a tomar mis triunfos donde podía conseguirlos? Mañana habría problemas, peligro y dolor, y no sabía si sería lo bastante inteligente para poder encargarme de todo, especialmente ahora que ya había comprendido lo que estaba en contra. Pero sabía una cosa: hoy, finalmente, algo había salido bien.

—El otro tú volverá pronto —le dije, esperando que estuviera lo bastante lúcido como para que lo entendiera—. Y le he dicho demasiadas cosas. No se le puede permitir que se acuerde de todas esas cosas.

—Nadie puede borrar la mente de un maestro —dijo con voz ronca—. Dudo que

ni siquiera la propia Cónsul pudiera hacerlo.

—Pero si tú recuerdas, intentarás cambiar las cosas...

—Ya lo hice. Busqué al mago, pero nunca lo encontré y volví aquí sólo para descubrir que tú también te habías ido. Después, reconsideré lo que habías dicho e intenté romper el *geis* antes de que tuviera la oportunidad de duplicarse, pero la guerra intervino. Y una vez que lo hizo, no se podía hacer nada más que ver cómo esto llegaba al final.

Lo miré fijamente incrédula.

—¡Pero tú no sabías lo que pasaba después de que te fueras! ¡No sabíamos que íbamos a conseguirlo!

—Te conocía. No podía creer que te fueras sin completar tu misión. Tenía que confiar en que tú encontrarías un modo de romperlo.

—¿Por eso fue por lo que me echaste? —le dije. La cabeza me daba vueltas—. Por lo que no dejaste a Rafe que me trajera a ti.

—No quise cambiar este futuro —coincidió—. Cuando él fue hacia ti, a pesar de mis órdenes, y tú viniste hacia mí... Por un corto momento pensé que se había acabado, pero luego recordé: aún no me habían aprisionado, tu ropa no era la misma y no había ninguna trampa en la mesita de noche. Era demasiado pronto. Fue lo más cerca que estuve de romper.

No me lo podía imaginar, esa espera solitaria, agonizante, ni siquiera sabiendo con certeza que ganaríamos al final, que todo podría ser para nada. No creo que yo pudiera haberlo hecho y no entendía cómo él lo había conseguido.

Antes de que pudiera decir nada, la puerta se abrió de un portazo y Pritkin entró violentamente. No llevaba su abrigo, no tenía la mitad de sus pociones y tenía una pistola en cada mano. Me pregunté cómo se las había apañado para abrir la puerta. Le dio un golpe con el pie para cerrarla.

—¿Funcionó? —preguntó.

—Sí, ¡pero no gracias a ti!

—¿No gracias a mí? ¿Y cómo si no hubieras sacado de aquí a esa criatura?

—¿Tú has planeado esto?

—¡Por supuesto!

—Pero... ¿Y si te hubiera escuchado? ¿Y si no me hubiera atrevido a...?

Pritkin me lanzó una de sus miradas impacientes.

—¡Tú nunca me escuchas!

—¡Eso no es de lo que estamos hablando!

Alguien metió un puño a través del palmo de roble de Rumania y casi lo coge antes de que él pudiera esquivarlo.

—Podemos discutir esto más tarde —dijo rápidamente—. ¡Sácanos ya de aquí!

Miré a Mircea, aún conmocionado.

—Puede que hubieras esperado que lo consiguiera —le dije—, pero no podías haber sabido...

—Te conocía —repitió—. Por lo tanto sabía el final.

Les cogí a los dos las manos, justo cuando las bisagras de la puerta salieron volando.

—¡El principio! —dije, y me transporté.



KAREN CHANCE nació en Orlando, Florida y ha vivido en Francia, Gran Bretaña, Hong Kong y Nueva Orleans, donde ha ejercido la enseñanza como profesora de historia. Actualmente vive en DeLand, Florida.

Hasta que un buen día se planteó dedicarse a la novela romántica y de aventuras hasta que consiguió que publicaran la primera entrega de una serie paranormal en donde sumergió a los lectores en un fascinante mundo lleno de vampiros.

Con sus libros ha conquistado a los lectores de habla inglesa permaneciendo durante muchas semanas en las listas de los libros más vendidos en el *New York Times* y el *USA Today*.

Notas

[1] Fonéticamente, For you to desire, que en español sería «Para que me deseese». (*N. de la T.*) <<